AÑO CRISTIANO

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

CONTIENE

LA EXPLICACION DEL MISTERIO, Ó LA VIDA DEL SANTO DE CADA DIA, ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPÍSTOLA Y UNA MEDITACION SOBRE EL EVANGELIO DE LA MISA, Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Á PROPÓSITO PARA TODA CLASE DE PERSONAS.

POR EL P. J. CROISSET, DE LA CAMPAÑÍA DE JESUS,
TRADUCIDO DEL FRANCÉS, POR EL P. J. F. DE ISLA, DE LA MISMA COMPAÑÍA

NUEVA EDICION

Aumentada con las adiciones y notas del P. CAPARROS y de los PP. CENTENO y ROJAS, con la vidas de algunos Santos nuevamente canonizados, y una noticia de otros Santos antiguos, con el Martirologio Romano íntegro; y seguida de las DOMINICAS del mismo P. J. CROISSET, traducidas por D. JOSÉ MARIA DIAZ JIMENEZ, presbitero.

ARREGLADA Y DIRIGIDA

Por Don Justo BARBAGERO, Presbitero, Doctor en Teologia, Licenciado en Canones y Catedrático de lengua hebrea de la real Universidad de Alcalá de Henares.

Adornada con láminas finas.

TOMO X.

PARIS
LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

—

1864

AÑO CRISTIANO

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

OCTUBRE.

DIA PRIMERO.

SAN REMIGIO, ARZOBISPO DE REIMS.

San Remigio, ornamento del órden episcopal, uno de los mas santos y mas sabios prelados de su tiempo, y apóstol de Francia, fué de una de las mas ilustres familias de las Galias, mas distinguido por la santidad que parecia como hereditaria en su casa, que por el esplendor de su antiquísima nobleza, la que contaba ya muchos siglos de brillante antigüedad en todo aquel país. Fué hijo de Emilio, señor de Laon, y de santa Cilinia, cuya memoria celebra la Iglesia el dia 21 de octubre. Dos solos hijos les habia concedido el cielo, san Príncipe, que fué obispo de Soisons, y otro segundo, cuyo nombre se ignora, que fué padre de san Lupo, obispo y sucesor de su tio en la misma santa iglesia.

Ya no se consideraban Emilio y Cilinia en estado de esperar mas sucesion, cuando un santo hermitaño, llamado Montano, las anunció de parte de Dios que

tendrian otro tercer hijo, á quien debian poner el nombre de Remigio, el cual seria con el tiempo apóstol de la Francia. Tardó poco en verificar el suceso la profecía. Dentro de breves dias se sintió en cinta Cilinia, y á su tiempo dió á luz con toda felicidad en Laon aquel niño, que desde luego se calificó por hijo milagroso, y en el bautismo se le impuso el nombre de Remigio, como lo habia prevenido el santo hermitaño Montano. No quiso la bienaventurada madre que cuidase otra de aquel querido hijo. Crióle ella misma por algun tiempo, hasta que, no permitiéndoselo hacer su avanzada edad, le buscó una ama como de su mano, tan virtuosa, que mereció la venerase y rindiese culto como á santa la iglesia de Reims.

Resueltos los padres de nuestro santo á no omitir diligencia alguna de su parte para contribuir á los altos designios que el cielo tenia sobre aquel niño, le hicieron educar con particular desvelo, tanto en el santo temor de Dios, como en el estudio de las letras. Abreviaron mucho los cuidados de la educacion las bendiciones con que el cielo le habia prevenido. Descubriéronse en el niño Remigio tan grandes talentos naturales y tan extraordinaria inclinacion á la virtud, que desde sus primeros años fué necesario moderar su aplicacion y contener su fervór dentro de los debidos límites. Con estas disposiciones hizo tan rápidos y tan asombrosos progresos así en las ciencias humanas como en la ciencia de los santos, que á los diez y ocho años de su edad era admirado como portento de virtud, de elocuencia y de sabiduría. Solo él ignoraba sus talentos; insensible á los aplausos que le merecian las producciones de su ingenio, le parecia que solo tenia habilidad para encomendarse á Dios, y por eso tenia la oracion tanto atractivo para él, que empleaba en ella una gran parte del dia y de la noche, no siendo de su gusto alguno de los mas

inocentes entretenimientos de aquella edad. Era muy inclinado al retiro; por lo que, concluidos sus estudios, se encerró en el castillo de Laon, donde observándole mas de cerca su familia, estimó mas la edificacion de sus ejemplos, que el esplendor con que la ilustraba su elocuencia y su sabiduria. Vivió retirado en el castillo hasta la edad de veinte y dos años, en cuyo tiempo quiso el cielo sacar á luz aquella brillante antorcha para colocarla sobre una de las primeras sillas de la iglesia de Francia.

Murió Bernardo, arzobispo de Reims, y no bien se pensó en nombrarle sucesor, cuando todos los sufragios del clero y del pueblo se unieron en favor de Remigio, sin haber que vencer mas que la resistencia de su humildad y las dificultades de su modestia. Dejó poco arbitrio á esta eleccion el superior concepto que se tenia de la pureza de sus costumbres, y la de aquella su rara capacidad, muy superior á sus años. No dejó él mismo de objetar la falta de estos, alegándola como impedimento canónico que hacia inválida la eleccion; pero los electores solo se pararon á pesar sus méritos sin pasar el tiempo en contar sus años. Como en ninguna de sus acciones le habian notado mozo, y como en toda su conducta habian observado siempre una madurez, un juicio, una gravedad, una circunspeccion y una prudencia que le hacian muy superior a la experiencia de los viejos, nada hubo que hacer en que la silla apostólica dispensase á su favor las ordinarias reglas de la Iglesia.

Conocióse muy presto que la virtud suple la edad con muchas ventajas. Ningun obispo honró mas la dignidad, y ninguno desempeñó mejor todas sus obligaciones. Persuadido á que, para ser poderoso en palabras, era menester serlo primero en obras, se dedicó á poseer todas aquellas virtudes que el apóstol san Pablo requiere en los pastores. Su pureza se

conservó toda la vida, no solo sin mancha, pero aun sin sombra de ella; su caridad nunca sufrió alteracion. Habiendo vendido su rico patrimonio y distribuido el producto entre los pobres, se consideró él mismo uno de ellos, á quien la iglesia de Reims mantenia de limosna, confiándole la administracion y la distribucion de sus rentas entre todos los necesitados. La afabilidad, la dulzura, la humildad y la modestia le hicieron dueño de los corazones de todos; y como el zelo correspondia á la eminencia de su santidad, experimentó luego los efectos todo el obispado. Era infatigable en los ejercicios de la caridad y en las funciones de su ministerio. No hubo choza que no visitase, ignorante que no instruyese, necesitado que no aliviase, ni afligido que no encontrase en él padre y consuelo. Nota san Gregorio Turonense que era tan eminente la santidad de su vida, y estaba tan generalmente conceptuada de todos, que era san Remigio tan venerado en Reims como san Silvestre en Roma. Fortunato nos le representa como el hombre mas sabio y como el prelado mas santo de su siglo; añadiendo que su doctrina, aunque adornada con lo mas exquisito que puede dar de suyo la erudicion y la elocuencia humana, mas era inspirada del cielo que adquirida en la tierra.

Queriendo Dios ilustrar todavía mas aquella elevada virtud, la autorizaba con milagros. En la visita de Chaumecy curó á un pobre ciego, que de cuando en cuando estaba poseido del demonio. En Cernay, con la señal de la cruz, llenó de vino un tonel vacío en reconocimiento de la caridad y del agasajo con que una buena mujer le habia hospedado en su casa. Ninguna cosa resistia á las oraciones y á la virtud del siervo de Dios. Apoderóse el fuego de un barrio de la ciudad de Reims, y amenazaba un incendio general á toda la ciudad; acudió allá el santo arzobispo,

hizo la señal de la cruz, y al punto todo se apagó enteramente. A la fama de san Remigio concurria à Reims todos los dias un prodigioso número de enfermos, y todos cobraban la salud por las oraciones del santo. Cierta mujer energúmena acudió à san Benito en su desierto de Sublago para que la librase de aquel trabajo, y el santo la remitió à san Remigio para que la sanase. Cuéntanse muchos muertos resucitados, y un prodigioso número de milagros obrados por aquel Taumaturgo de la Francia. Pero el milagro mayor del gran san Remigio fué la conversion del rey Clodoveo y de casi toda la nacion francesa.

Habia cinco años que reinaba Clodoveo entre los Franceses cuando, habiendo desbaratado á Siagrio, gobernador de las Galias y general del ejército romano, se apoderó de Soisons y de casi todas las conquistas de los Romanos. Dedicóse principalmente á merecerse el amor y la estimacion de los pueblos, ya casi todos cristianos, reprimiendo la licencia del soldado, castigando sus excesos, y prohibiendo sobre todo con graves penas que no se tocase en lo sagrado de los templos, lo que no contribuyó poco á ganarle el corazon de los nuevos vasallos. Un soldado, sin embargo, tuvo atrevimiento para hurtar de cierta iglesia de Reims un vaso sagrado de gran precio, y san Remigio despachó un clérigo al rey para recobrarle. Recibióle con grande humanidad Clodoveo, que ya tenia noticias del mérito y de la santidad del prelado; despidióle con mucho agrado, prometiéndole que se restituiria el vaso al arzobispo cuando se hiciese el repartimiento del botin, segun la costumbre de la nacion. Pidió el rey al soldado aquel vaso, pero este le respondió con insolencia que el rey debia contentarse con su parte; y colérico descargó con una hacha un gran golpe sobre el mismo vaso. Disimuló Clodoveo la falta de respeto, y se contentó

por entonces con tomar el vaso y enviársele al arzobispo; pero al año siguiente, haciendo la revista, reparó que estaban poco limpias las armas de aquel soldado, y abriéndole la cabeza por en medio, le dijo : *Acuérdate del vaso de Soisons.*

Seis años despues se casó Clodoveo con Clotilde, sobrina de Gondebaldo, rey de los Borgoñeses, princesa cristiana y muy virtuosa, que conservó la pureza de la religion en medio de una corte arriana, y por su virtud, raras prendas y hermosura se hizo dueña del corazon del rey, aprovechándose de este dominio, de manera que le acercó no poco á la religion cristiana.

Por los años de 494 salieron de sus tierras los Alemanes, pueblos belicosos, que aun no habian dado su nombre á aquel dilatado espacio de terreno, que se ve hoy tan poblado, y se echaron con ímpetu sobre los Franceses, cuya monarquía acababa de nacer, y por lo mismo era mas fácil hacerla titubear. Al principio se arrojaron sobre las tierras de Sigisberto, rey de Colonia. Parecióle á Clodoveo que los debia prevenir; y juntando prontamente sus tropas, acudió al frente de ellas á incorporarse con el ejército de Sigisberto. Encontraron al enemigo en Zulc, entonces Tolbiac, en el ducado de Juliers. Llegaron inmediatamente á las manos los dos ejércitos. El choque fué terrible por el valor de las dos naciones; pero herido, Sigisberto se retiró de la batalla, y sus tropas comenzaron á retroceder, cuyo terror se comunicó muy en breve á las de Clodoveo. Parecia ya negocio desesperado por parte de los Franceses, cuando se acordó Clodoveo de la palabra que habia dado á la reina Clotilde, ofreciéndole que, si el Dios que ella adoraba le hacia volver victorioso de aquella expedicion, al punto se haria cristiano. Paróse de repente en medio de la funcion, levantó los ojos y

las manos al cielo, y hablando con el Dios á quien adoraba su virtuosa mujer, le dijo : *Señor, cuyo gran poder sobre todas las potencias de la tierra me han ponderado tantas veces, suponiéndomele tambien muy superior al poder de los dioses que yo adoro : dignaos darme una prueba de él en el extremo á que me veo reducido. Si me concedeis esta gracia, prometo hacerme bautizar cuanto mas antes para no reconocer otro Dios verdadero que á vos solo.* Luego que pronunció estas palabras, reconoció en su corazon un nuevo aliento comunicado por el Dios que acababa de invocar, y observando el mismo ardor en los que estaban cerca de su persona, los volvió á ordenar : marcha con ellos á un grueso de enemigos que venia á envolverlos, cárgalos, rómpelos, deshácelos, y queda tendido en el campo el rey de los Alemanes. Consiguió Clodoveo una completa victoria, y tan completa, que ninguna lo fué mas, ni en otra alguna se ostentó mas el Dios de los cristianos como Dios de los ejércitos. Asegurado el rey de la asistencia del cielo, pasa el Rin, vadea el Mein, disipa el resto de enemigos que encontró formados, y los llevó delante de sí, batiéndolos siempre hasta los Alpes.

No teniendo ya enemigos Clodoveo, volvió victorioso á su reino para cumplir la palabra que habia dado al verdadero Dios. Ninguna noticia causó nunca mayor gozo á la virtuosa reina Clotilde. Salióle á recibir desde Soisons hasta Reims, y rogó á san Remigio que perfeccionase con sus instrucciones y con sus exhortaciones la grande obra de la conversion del rey, que el cielo tan dichosamente habia comenzado. No era desconocido el arzobispo á Clodoveo; tenia este grandes noticias de su santidad, y estaba bien informado de su mérito. Luego que el rey llegó á Reims, se hizo catecúmeno de Remigio, y la buena

disposicion del monarca ahorró mucho tiempo á las instrucciones del arzobispo. Hallóse presto capaz de recibir el bautismo Clodoveo; pero quiso, por seguir el consejo del santo obispo, que todos sus vasallos le recibiesen con él. Juntó, pues, á sus oficiales y soldados; trájoles á la memoria los milagrosos sucesos de la jornada de Tolbiac; declaróles su resolucion de abrazar la religion cristiana, y los exhortó con elocuencia noble, majestuosa y patética á que imitasen su ejemplo. Al punto resonaron por todas partes alegres aclamaciones y gritos, oyéndose una voz general que decia como de comun concierto: *Todos renunciamos el culto de los dioses mortales, y solo queremos adorar al inmortal. No reconocemos otro Dios que el que nos predica el santo obispo Remigio.* Entonces desplegó el santo todas las banderas de su apostólico zelo. Son indecibles los trabajos, las fatigas y los desvelos que le costó recoger tan rica y tan copiosa mies, siendo preciso para eso instruir antes á toda aquella numerosisima nacion.

Señalado el dia en que el rey habia de recibir el bautismo, se escogió para esta augusta ceremonia la iglesia de San Martin, extramuros de la ciudad de Reims. Adornóse magnificamente no solo la misma iglesia, sino todas las calles que conducian á ella. Tendiéronse y se colgaron de ricas alfombras y tapicería, todas blancas, para significar el efecto que causaba en el alma el sacramento. Las hachas y las velas que ardian en gran número estaban confeccionadas con exquisitas esencias, las cuales se exhalaban juntamente con la llama, y mezclándose á los aromas, bálsamos y otras esencias de que estaba llena la iglesia, derramaban en todo el ambiente una suavísima fragancia. El dia de esta memorable ceremonia fué el mismo de Navidad del año 496. Dejóse ver el rey con

toda la real familia al frente de mas de tres mil hombres escogidos de la corte y el ejército, entre los innumerables que habian pedido el bautismo.

Avanzóse el rey con ropaje blanco con tres mil catecúmenos vestidos del mismo color á las pilas bautismales, donde encontró á san Remigio, acompañado de los ministros de la Iglesia, en hábitos de ceremonia, y de muchos otros obispos de las Galias. Recibióle el santo prelado con un elocuente discurso, en que, manifestándole su gozo y el de todos los pueblos que acababa de sujetar á la dominacion de los Franceses, le significaba al mismo tiempo la jurisdiccion espiritual que le comunicaba sobre él la autoridad de pastor, cuando le recibia en el número de sus ovejas. En este tono de autoridad, sostenido mas por la santidad de su vida que por la sagrada elevacion de su carácter, le añadió, cuando estaba para bautizarle, estas palabras : *Príncipe, rinde tu cerviz, y humíllate bajo la mano omnipotente del dueño del universo; respeta ahora aquellos templos suyos que en otros tiempos reducias á ceniza; arroja al fuego esos ídolos que por tantos años adoraste.* Inmediatamente renunció el rey todas las supersticiones gentílicas, confesando públicamente á un solo Dios todopoderoso en tres personas distintas, y á Jesucristo nuestro Redentor, con todas las demás verdades de la religion cristiana. Despues de bautizado el rey, administró san Remigio el sacramento del bautismo á mas de tres mil personas, y entre ellas á Lantilde y Albofleda, hermanas de Clodoveo. La última poco despues se consagró a Dios renunciando el matrimonio para vivir en perpetua virginidad; efecto de las instrucciones y de la direccion del santo arzobispo.

Asegúrase que el cielo acreditó con muchas maravillas el gozo que le tocaba en la conversion del pri-

mer rey cristiano*, y llamado por lo mismo *el hijo primogénito de la Iglesia*, porque, no habiendo podido penetrar por el inmenso gentío el clérigo que llevaba el sagrado crisma, suplicó san Remigio al Señor se dignase remediar aquella falta, y al punto se dejó ver una blanquísima paloma con una ampolla en el pico llena de un bálsamo milagroso, que, revoloteando blandamente, la puso en manos del arzobispo, el que la tomó con humilde accion de gracias, sirvióse de aquel oleo celestial para la ceremonia del bautismo, y despues de ella con el mismo ungió y consagró al rey. Esta redoma, bajada del cielo, es la que con el nombre de *la santa Ampolla* se guarda con tanta veneracion en la abadía de San Remigio de Reims, y con aquel milagroso oleo se consagran aun el dia de hoy todos los reyes de Francia. Hincmaro, arzobispo de Reims, que vivió en tiempo de Carlos el Calvo por los años de 850; Flodoardo, que floreció en el siglo décimo; Aimoino, que vivia á principio del undécimo; Gerson, Gaguino y otros antiguos historiadores aseguran que aquel celestial bálsamo llenó de fragancia toda la iglesia. Tambien se cuenta que el escudo sembrado de flores de lis y el oriflama fueron entregados por un ángel en manos de cierto ermitaño que habitaba el desierto de Joyenval, y que á Clodoveo se le comunicó la gracia de curar los lamparones, de la que hizo la primera prueba en su favorecido Lanicet, cuya gracia se ha continuado despues en todos los reyes de Francia.

Concluida aquella augusta ceremonia, Remigio, á quien el rey respetó desde allí adelante como á padre suyo, se dedicó enteramente á la conversion de toda

* Se entiende en Francia, que en otras partes habia ya habido muchos reyes cristianos.

la nacion, sirviéndose del favor del príncipe única y precisamente para aumentar cada dia nuevas conquistas á Jesucristo, y para hacer que floreciese en el reino la disciplina eclesiástica. Habiendo regalado al rey el emperador Anastasio una rica corona de oro, le persuadió nuestro santo que la remitiese á Roma. Recibió el papa Hormisdas el regalo con el gozo y con el reconocimiento que correspondia á tan ilustre como ruidosa conversion; y sabiendo muy bien que, despues de Dios, se le debia la Iglesia á san Remigio, le hizo legado de la santa sede en el reino de Francia. Hallóse nuestro santo en el primer concilio de Orleans; y habiendo concurrido á él un obispo arriano sin otro fin que el de disputar y confundir á los católicos, no se dignó el orgulloso prelado ni de mirar siquiera á san Remigio cuando entró donde estaban los demás. En el acto mismo, castigó el cielo su orgullo, porque quedó mudo de repente. Reconoció al mismo tiempo su soberbia y sus errores; postróse á los piés del santo manifestando por señas su arrepentimiento; y habiendo abjurado aquellos, le restituyó san Remigio el uso de la lengua.

Anticipóle el Señor la noticia de que habia de castigar los pecados del pueblo con una hambre cruel, y el santo acopió gran cantidad de granos para socorrer las necesidades públicas. Maliciaron los paisanos que era codicia lo que era caridad, y con maligna intencion pusieron fuego á la panera. Noticioso san Remigio acudió prontamente á apagarle; pero viendo ya todo consumido y sin remedio, dijo con gracia, con frescura, y sonriéndose: El fuego en todos tiempos es bueno; calentémonos á él ya que no se puede sacar otro provecho, y se puso á calentar con el mayor sosiego.

Quiso el Señor purificar su virtud con dolorosas enfermedades los últimos años de su vida; pero las en-

fermedades no alteraron su dulzura ni su invencible paciencia Tuvo revelacion del dia de su muerte, y se dispuso para ella redoblando sus penitencias y encendiendo mas su fervor. Colmado, en fin, de merecimientos, y consumido de trabajos, rindió tranquilamente su espíritu en manos de su Dios el dia 13 de enero del año 533, casi á los noventa y seis de su edad, y á los setenta y cinco de su pontificado, que todo él fué una continuada serie de prodigios. Resolvióse dar sepultura al santo cuerpo en la iglesia de San Timoteo; pero se quedó inmoble á la mitad del camino: quisieron enterrarle en la de San Nicasio, y despues en la de San Sixto; pero todo inútilmente. Ocurrióles, en fin, el pensamiento de llevarle á la de San Cristóbal, donde no habia cuerpo santo, y luego se dejó mover el santo cuerpo. Hicieron glorioso su sepulcro los prodigios y frecuentes milagros que obró Dios en él, y de todas partes concurria la devocion á venerarle. San Gregorio Turonense, que murió en el mismo siglo que san Remigio, asegura que por esta misma multitud de milagros se movió el clero á elevar el santo cuerpo, y á colocarle en sitio mas decente detrás del altar; y porque esta traslacion se hizo con majestuosa pompa el dia primero de octubre, se comenzó desde entonces á celebrar su fiesta en esta die. Así permaneció el santo cuerpo hasta el noveno siglo, en que el arzobispo Hincmaro le elevó por la segunda vez para colocarle en lugar aun mas digno que el primero. Dió mayor extension á la iglesia; edificó una nueva capilla subterránea, que enriqueció con muchos adornos; depositó en una urna de plata el cuerpo del santo, que se halló todo entero, y envuelto en un tafetan carmesí, y puso la urna sobre el sepulcro de mármol que se le habia fabricado en la primera traslacion de primero de octubre, celebrándose en el mismo dia la segunda. El año de 901 se hizo la tercera por el arzobispo Her-

veo, llevándose el cuerpo al monasterio de San Remigio edificado sobre las ruinas de la pequeña iglesia de San Cristóbal. En fin, el año de 1049, hallandose el papa Leon IX en la ciudad de Reims, donde celebró un concilio, y ofreciéndose por entonces la dedicacion de la iglesia nueva del monasterio de san Remigio, aprovechó esta ocasion para trasladar á ella el cuerpo del santo, que se halló entero à los quinientos diez y seis años despues de su muerte. Esta última traslacion se celebró tambien con magnifico aparato el dia primero de octubre, y el papa fijó en él la fiesta de san Remigio.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Reims de Francia, san Remigio, obispo y confesor, quien convirtió à Jesucristo la nacion de los Francos bautizando é iniciendo en los misterios de la fe al rey Clodoveo; y, despues de haber pasado muchos años en el episcopado, murió ilustre en santidad y en don de milagros el dia 13 de enero. Con todo, celébrase su fiesta hoy, en cuyo dia se hizo despues la traslacion de su santo cuerpo.

En Roma, san Aretas, mártir, y otros quinientos cuatro.

En Tomes en el Ponto, san Prisco, san Crescente y san Evagro, mártires.

En Lisboa de Portugal, san Verísimo, santa Máxima y santa Julia, los tres hermanos, mártires, que padecieron en la persecucion de Diocleciano.

En Tournay, san Piat, presbítero y mártir, quien de Roma pasó á la Galia con san Quentin y sus compañeros para predicar el Evangelio, mereciendo la corona del martirio en la persecucion de Maximiano.

En Gante, san Bavon, confesor.

En Orvieta, san Severo, presbítero y confesor.

En Bar del rio Sena en la diócesis de Langres, santa

Germana, vírgen, que fué martirizada por los Vándalos.

En Troenes cerca de la Ferté Milon, san Vulgis, confesor.

En Ferrieres en Gatinais, santa Montana, abadesa.

En la diócesis de Nantes, san Benito de Macerac, abad.

En Siria, el natalicio de san Ananias, aquel que con la imposicion de manos curó á san Pablo de su ceguera.

En este mismo dia, el tránsito de santa Lorenza, venerada en Ancona, desterrada por la fe con santa Palaciata, en virtud de sentencia del juez Dion, bajo Diocleciano.

En Beryte de Fenicia, san Roman el Sinfoniasta, diácono.

En Portugal, santa Godina.

En Moreruela de España, san Froilan, obispo de Leon en la misma nacion.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Remigii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que la venerable festividad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Remigio nos aumente la virtud y el deseo de nuestra eterna salvacion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est re-

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la

conciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso, el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

« Habla aquí el Eclesiástico del sacerdote Aaron; pero el sacerdocio de Aaron solo fué figura del sacerdocio de Cristo, en el cual se cumplió literalmente lo que aquí se dice, que durará tanto como el cielo; porque el sacerdocio legal ha mucho tiempo que quedó derogado. »

REFLEXIONES.

No se ha encontrado hombre alguno semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo; por eso le hizo Dios crecer en medio de su pueblo. ¡Oh, y qué corto es el número de los fieles siervos de Dios! Hagamos juicio de esto por el número de los que observan su ley con fervor, con puntualidad y con zelo. ¿Es por ventura

en estos tiempos la santa ley de Dios aquella regla por donde gobiernan sus costumbres y su conducta todos los que se llaman fieles? ¿cuántos miran esta divina ley poco menos que como una ley puramente penal, que precisamente se observa por un temor servil, y frecuentemente se atropella sin remordimiento? La observancia de la ley divina camina siempre al mismo paso del lugar que ocupa la religion en el corazon de los fieles. Si se tiene mucha religion, se observa la ley con fidelidad y con exactitud; pero, luego que se comienza á ser poco cristiano, se pasa por encima de ella con facilidad. Si queremos hacer juicio seguro de la religion que tenemos, hagámosle por la fidelidad, por el ardor y por la puntualidad con que guardamos sus preceptos. Nuestros dogmas no son puramente especulativos; la fe de los cristianos es práctica, arregla las costumbres y alumbra el entendimiento. Los demonios creen, pero con una fe enteramente teórica. Es necesario creer para ser salvos, pero desdichado de aquel que tiene fe y no tiene obras. Es necesario creer; pero es preciso vivir conforme á lo que se cree. ¿Qué lugar ocupa hoy en el mundo la religion? El mismo que ocupa la ley de Dios: si esta ley cede al interés, á la ambicion, á las pasiones y á las impías máximas del mundo, ¿qué caudal hemos de hacer de la religion que profesamos? Recorramos con atencion todas las condiciones, todos los estados, todas las edades: ¿logra siempre la primacía esta divina ley? Concurre muchas veces con las leyes de las pasiones y del amor propio. Ella prohibe aquello mismo que persuade el amor de los deleites; ella condena lo que el mundo apetece, lo que el mal ejemplo autoriza, lo que los disolutos aclaman, y lo que las almas estragadas siguen, anhelan y solicitan. ¿A favor de cuál de estas dos partes se pronuncia la sentencia en aquellos tribunales donde preside la pasion? De aquí nace

aquella general relajacion de la moral; de aquí, aquella universal corruptela de costumbres; de aquí, aquella preferencia del espíritu del mundo sobre las máximas del Evangelio; de aquí, aquella falta de sumision á las decisiones de la Iglesia; y de aquí, en fin, aquel corto número de los escogidos. Pero este desórden de costumbres, esta escandalosa injusticia de juicio y de conducta, ¿reinará por ventura solamente entre las gentes del mundo? ¡Oh, y qué extraña seria la abominacion de la desolacion en el lugar santo, si el estado eclesiástico y el religioso fueran impenetrables al espíritu del mundo, si el sagrado de la fe y de la inocencia no se viese profanado por la corrupcion!

El evangelio es del capítulo 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multùm verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor,

ia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, suprà multa te constituam; intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi; ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

DE LA DICHA QUE TENEMOS EN SER CRISTIANOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la mayor dicha que podemos tener en este mundo es ser cristianos. Nacimiento ilustre, familia distinguida, alianzas honrosas, puestos elevados, fortuna brillante, títulos antiguos, empleos lustrosos, nombres magníficos; ¿no me diréis de qué podréis servir á un pobre infiel por toda la eternidad? Los Alejandros y los Césares están hoy confundidos con los mas viles esclavos de su misma religion. Revolved sus cenizas, buscad entre ellas alguna distincion, pues las mismas encontraréis en sus personas. ¡Buen Dios, y qué pequeñtos son en su muerte los mayores hombres si tienen la desgracia de no morir cristianos! Lleno está el infierno de esos dichosos del

siglo de esos dioses de la fábula; ¡y cierto que allí será muy respetable el título de haber sido un semidios en la tierra! Solo el nombre de cristiano es título de mucho honor en una y en otra vida; es un carácter indeleble, que por sí solo funda en los párvulos legítimo derecho á la eterna bienaventuranza. Aunque se hayan poseido todos los títulos de nobleza, de preeminencia y de grandeza que son imaginables, si falta el de cristiano, todos los demás se desvanecen como humo. Aunque uno hubiese sido el príncipe mas poderoso del mundo, será sumamente infeliz por toda la eternidad si no es cristiano. La verdadera y única bienaventuranza, dice Jesucristo, es conocerte á tí, ó Padre Eterno, y conocer á tu único Hijo Jesucristo, que enviaste á la tierra. Esta fe y este conocimiento es la religion de los cristianos. De todo esto podemos comprender, en lo posible, el precio, la dignidad, el valor y el mérito del santo bautismo, y la excelencia que comunica el augusto nombre de cristiano. Siendo concebidos en pecado, nacemos todos esclavos del demonio, hijos de maldicion y de ira. El bautismo es una regeneracion, un segundo nacimiento por el cual gozamos la preciosa libertad de hijos de Dios, adquirimos derecho á la herencia eterna, somos pueblo de Dios, hermanos, por decirlo así, de Jesucristo, sus coherederos, miembros de su cuerpo místico, que es la Iglesia. Comprende ahora, si puedes, qué dicha es haber recibido el bautismo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera las infinitas ventajas que trae consigo el augusto nombre de cristiano. Represéntate los infinitos méritos de la vida, pasion y muerte de Jesucristo, el infinito precio y valor de los santos sacramentos; los incomprensibles gozos de la celestial Jerusalen; el

valor sin medida de la gracia del Salvador; las inestimables utilidades de la comunion de los santos; la indecible dignidad de nuestra religion; y en fin, la dicha de la eterna bienaventuranza. Por el santo bautismo, por el título de cristianos, adquirimos derecho á todos estos tesoros, nos enriquecemos con todos estos bienes, y podemos aspirar á ser ciudadanos de la patria celestial. ¡Oh gran Dios, y qué elevado concepto haremos de esta dicha por toda la eternidad! ¿qué idea no tendremos del santo bautismo! ¡y cuál será nuestro reconocimiento por tan inexplicable beneficio! ¿Trocaremos entonces, ó confundiremos el nombre de cristiano con el de hombre de distincion, hombre poderoso, hombre de ingenio, hombre de mundo? Y si por toda la eternidad solamente hemos de hacer aprecio del título de cristianos; si este solo nombre ha de ser el objeto de nuestro eterno reconocimiento, ¿qué razon habrá para que no pensemos y no discurramos ahora de la misma manera? ¡Cosa extraña! Vive y muere un cristiano sin haber quizá dado jamás gracias á Dios por tan insigne favor, y acaso sin haber nunca estimado como tal la gracia de ser cristiano. Hácese tanta estimacion de haber nacido grande, de haber nacido príncipe, de haber nacido soberano. Apréciase tanto el ser de familia ilustre, de casa opulenta y poderosa; pero ¿quién hace una santa vanidad de haber nacido de padres cristianos, y de haber sido reengendrado en las saludables aguas del bautismo? ¿cuántas veces se han dado gracias á Dios por tan gran beneficio? Gloriámonos de un vano título de nobleza; pero ¿dónde hay nobleza comparable con la de ser hijos de Dios, tener derecho al paraiso, y ser miembros de la verdadera Iglesia? Somos ingratos porque estimamos poco este favor; y le estimamos poco porque tenemos poca fe, porque nuestras costumbres y

nuestra conducta desacreditan nuestra religion y la santidad del cristianismo.

Conozco, Señor, la irregularidad y la impiedad de mi conducta; pero confiado en vuestra divina gracia, espero reparar mi pasada ingratitud con mi enmienda futura.

JACULATORIAS.

Tuus sum ego, salvum me fac. Salm. 118.

Soy, Señor, vuestro hijo y vuestro siervo por el bautismo; no permitais que se pierda vuestro siervo y vuestro hijo.

Hæc est vita æterna: ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. Joan. 17.

La única vida eterna es conocerte á ti solo Dios verdadero, y al que enviaste Jesucristo.

PROPOSITOS.

1. No hay dignidad comparable con la de cristiano: todo título de nobleza, todo dictado honorífico, toda dignidad de la tierra, todo nombre cede al augusto epíteto de cristiano, y al respetable carácter que recibimos en el santo bautismo. Muchos príncipes y princesas nunca se gloriaban de otra cualidad: *Soy cristiano*, *soy cristiana*, se les oia repetir muchas veces: estos son los títulos de mi nobleza. San Luis, rey de Francia, se firmaba *Luis de Poissy,* porque en Poissy habia sido bautizado. *Yo soy cristiana,* respondian á los tiranos aquellas ilustres mártires, que en nada apreciaban ser princesas. Es cierto que esta augusta dignidad no se ha envilecido; pues ¿de dónde nacerá que no nos honremos tanto con ella? De que somos poco cristianos. Es uno grande en el mundo, es noble, es caballero, es rico, y luego hace vanidad

de serlo; pero el dia de hoy ¿se hace tanta de ser uno cristiano? Sin duda que esto debe de ser, porque se conoce muy bien que la conducta desmentiria las palabras y la profesion. Toma una fuerte resolucion para que de hoy en adelante sea muy diferente de la que has tenido hasta ahora: todos los dias por la mañana y por la noche has de dar gracias á Dios por la insigne dicha de ser católico cristiano, gloriándote de serlo, de parecerlo y de confesarlo. Cuando alaben en tu presencia tu casa, tu familia, tu distincion, tu empleo, tu ministerio, dí con resolucion que no aprecias otro carácter ni otra dignidad que la de cristiano.

2. Ten presente el dia en que fuiste bautizado, y celebra todos los años este dichoso dia con alguna fiesta particular. Confiésate y comulga en él, dando gracias al Señor por tan gran beneficio. Manda celebrar alguna misa al mismo fin, y convida con algunas limosnas á los pobres para que junten sus gracias con las tuyas. Renueva en él lo que prometiste á Dios en el bautismo, y profesa particular devocion al santo ó santa de tu nombre.

DIA SEGUNDO.

LA FIESTA DE LOS SANTOS ANGELES DE LA GUARDA.

No parece hay fiesta alguna que mas interese á cada uno de los fieles en particular, que la fiesta del santo Angel de la guarda. La santidad de la persona, su excelencia, su valimiento con Dios, y su ministerio; los importantes servicios que nos hace, los que nos ha hecho, los que nos puede hacer; en una palabra, la justicia, la obligacion, el interés, la religion, el agra•

decimiento, todo, dice san Bernardo, exige de todos los fieles un tributo anual de homenaje, de alabanzas y de solemnidad. Este es el objeto que tuvo presente la Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu Santo, y siempre atenta al bien espiritual de sus hijos en la institucion de esta festividad. Celebrábala ya muchos siglos ha con gran devocion la santa iglesia de Toledo; y es verisímil que de ella la recibió la iglesia de Rodas en Roverga, por el zelo y por la devocion del santo obispo Francisco Destain, que vivia en tiempo de Luis XII y de Francisco I; tambien se derivó de España á los Países Bajos, cuyas iglesias, segun consta, la celebraban todas el dia primero de marzo. Sin embargo la devocion á los santos Angeles de la guarda era ya muy antigua en Francia, puesto que san Luis mandó edificar en su honor una capilla dentro de la catedral de Nuestra Señora de Chartres; y mucho antes del décimosexto siglo se encuentran altares dedicados á los santos Angeles en Clermont de Auvernia y en otras partes. Celebrabase esta fiesta en Córdoba de España, el dia 10 de marzo; y el dia 10 de mayo en Siria, hasta que el papa Paulo V la fijó al primer dia libre despues de la fiesta de san Miguel, que es el segundo de octubre. El archiduque Ferdinando de Austria, que fué despues emperador, movido de su particular devocion al santo Angel de la guarda, suplicó instantemente al papa que hiciese general esta fiesta en toda la Iglesia; y así lo hizo su Santidad, por satisfacer á tan piadosos deseos, expidiendo una bula á este fin, que encendió y avivó mas la devocion de los fieles.

Pero la institucion de la fiesta no fué institucion del culto, ni de la devocion á los santos angeles; esta y aquel eran tan antiguos como la Iglesia misma. Cuando Jesucristo enseñó á los fieles que cada uno en particular tenia un ángel destinado a la custodia de su persona, al mismo tiempo les enseñó tambien

el culto, el respeto, la confianza y el amor que pedia de ellos el reconocimiento á tan religioso ministerio.

Aun dentro de la sinagoga era ya conocido el culto de los ángeles en general; pero el del Angel custodio en particular parece que no nació hasta que nació la Iglesia, y por lo que dicen los santos padres se conoce lo familiar que era á todos los fieles la devocion con el santo Angel de la guarda, ya desde aquellos primeros tiempos. Si en los cuatro ó cinco primeros siglos no se edificaron templos en reverencia de los Angeles de la guarda, fué precisamente por no dar ocasion á los gentiles para creer que los cristianos tributaban adoracion á los genios, como los adoraban ellos. Pero luego que la Iglesia no tuvo ya que temer las calumnias de los paganos, y cuando logró entera libertad para instruir á los fieles, no se quedó encerrada dentro del corazon la devocion á los Angeles de la guarda. En todas partes se les edificaron templos, se les erigieron altares, se les solemnizaron fiestas, y se experimentaron cada dia los provechos de esta utilísima devocion.

Debemos confesar, dice san Jerónimo, que ninguna cosa contribuye tanto á formar un elevado concepto de la dignidad de nuestra alma, como lo que Dios hizo por ella, y singularmente el haber destinado á cada una un ángel custodio desde el mismo dia de su nacimiento: *Magna dignitas animarum, ut unaquæque ab ortu nativitatis habeat in custodiam sui angelum delegatum.* Hácese juicio de lo que se estiman las cosas por el cuidado que se tiene de ellas. Es verdad qué basta la sangre de Jesucristo para darnos una justa idea de lo que vale nuestra alma. Este infinito precio de una redencion sobreabundante llena de admiracion, deja estáticas y suspensas á las celestiales inteligencias, de modo que no puedan menos de amar, dice san Bernardo, y aun de respetar á aquellos

por cuyo rescate entregó Dios á su unigénito Hijo: *Ipsi nos, quia nos Christus amavit* (Serm. de S. Mich.). Entre todas las obras de la omnipotencia bien se puede decir que ninguna costó tanto á Dios como el hombre; por lo que no es de admirar cuidase tan particularmente de esta su obra, que destinase un ángel para su custodia.

El Señor, dice el Profeta, además de la providencia general, que se extiende á todas las criaturas, te entregó al cuidado de sus ángeles, para que te guardasen, y te hiciesen siempre compañía en todos tus caminos: *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis* (Salmo 90). Hay muchos caminos escabrosos, sendas arduas y peligrosas, dice san Bernardo: *Multæ sunt viæ, et genera multa viarum.* Tropiézase en ellos con muchos malos pasos; nacen los peligros, por decirlo así, con nosotros mismos: todo es precipicios, todo despeñaderos en esta carrera. Desde la cuna nos arma lazos el demonio. ¿A cuántos peligros está expuesto un niño antes que se desenvuelva el uso de la razon? No basta toda la ternura de sus padres; es muy corta, es muy limitada toda la vigilancia del ama mas cuidadosa para prevenirlos todos. ¿Pues qué hace el Señor? Encarga á uno de sus espíritus celestiales que cuide de aquel niño desde el primer instante de su nacimiento. Este ángel tutelar, á quien llama Angel custodio la Iglesia, vela perpetuamente en desviar de aquella tierna criatura todo lo que le puede perjudicar, y en desvanecer los perniciosos intentos de los espíritus malignos, siempre inclinados á hacernos mal. ¿De cuántos funestos accidentes somos preservados por la asistencia de nuestros Angeles en aquellos primeros años de la niñez? Ellos son, dice san Hilario, los que conjuran los maleficios; ellos, dice san Bernardo, los que preser-

van á los niños de mil peligros, y los que los detienen en sus caidas.

Siendo tan grandes los beneficios que recibimos de los Angeles de la guarda en los diferentes acasos de la vida, ¿cuántas obligaciones les debemos por los auxilios que nos prestan en todo lo que toca al negocio de la salvacion? Conociendo el Señor, dice san Gregorio Niseno, la perversa intencion de los espíritus malignos, que quisieran hacer que ningun hombre ocupase las sillas que ellos perdieron en el cielo; y sabiendo muy bien nuestra ignorancia y nuestra flaqueza despues del primer pecado, quiso darnos á cada uno de nosotros un ángel tutelar, que hiciese inútiles todos los artificios de este enemigo de la salvacion : *E cœlo nobis Christus angelos institutores præfecit; ejusmodi scilicet, qui injuriæ dæmonum suum robur apponant* (In Matth. 18). Concediéronsenos, dice san Hilario, estos ángeles tutelares, para que nos guiasen en el camino de la salvacion : *Hi spiritus ad salutem humani generis missi sunt*; porque seria muy dificultoso en nuestra humana flaqueza evitar todos los artificios de este temible enemigo : *Neque enim infirmitas nostra, nisi datis ad custodiam angelis, tot tantisque spiritualium nequitiis obsisteret* (In Ps. 134). Pero los buenos ángeles no solo hacen inútiles los esfuerzos de los ángeles malignos, no solo nos libran de mil peligros, sino que insensiblemente nos desvian de muchas ocasiones en que segun nuestra actual constitucion preveen que infalible y funestamente caeríamos.

A los santos ángeles debemos, despues de Dios, dicen los padres, la mayor parte de los buenos pensamientos, y tantas saludables reflexiones, que contribuyeron á nuestra conversion. Aquellos auxilios imprevistos del cielo en accidentes tan peligrosos, aquellos milagros de la divina Providencia tan

dichosos como no esperados, efecto son, por lo comun, de la proteccion de los ángeles de la guarda. ¡Qué amor, qué veneracion, qué agradecimiento les debemos!

Mira, Moisés, le dice Dios, yo voy á enviar un ángel mio que vaya delante de ti, que te sirva de guia en el camino, te conduzca á la tierra que te tengo prometida: *Ecce ego mittam angelum meum, qui præcedat te* (Exod. 23). Respétale, oye su voz, guárdate bien de despreciarle; esto es, segun la version de los Setenta, sé dócil á sus consejos, y haz todo lo que él te previniere: *Observa et audi vocem ejus*; porque has de tener entendido que todo lo que dijere y obrare lo hace en mi nombre: *Est nomen meum in illo*. Si dieres crédito á sus palabras haciendo lo que te mando, *quod si audieris vocem ejus*, seré enemigo de tus enemigos, y afligiré yo á los que te afligieren á ti: *Inimicus ero inimicis tuis, et affligam affligentes te*. Mi ángel caminará continuamente delante de tí, y te hará entrar en la tierra prometida. En este misterio del angel tutelar de los Israelitas se cifra la instruccion, la comision y la diputacion de nuestros ángeles de la guarda.

Tambien son figura bien expresa de los oficios que hacen cada dia con nosotros los que hizo con Tobias el ángel san Rafael. No hubo discípulo mas dócil ni mas agradecido á su ayo, que el jóven Tobías: Padre mio, ¿con qué cosa digna podremos agradecer á este fiel conductor y á este buen amigo tanto como le debemos? ¿Qué expresion le podemos hacer, que sea correspondiente á tantos beneficios como hemos recibido de su mano? *Quam mercedem dabimus ei? aut quid dignum poterit esse beneficiis suis* (Tob. 12.)? Él me sacó, y me volvió sano y robusto á tu casa: *Me duxit et reduxit sanum*; librandome de mil peligros en el viaje. El camino era largo

y penoso : podia perderme á cada paso, y muchas veces corrió peligro mi vida. Si me veo restituido á la casa de mi padre con tanta felicidad, despues de Dios, se lo *debo á este amable conductor*; pero no pararon aquí sus beneficios : él mismo en persona fué á recibir el dinero de Gabelo : él me consiguió la mujer con quien me casé : él lanzó de ella el demonio, que tanto tiempo habia la estaba atormentando, cuyo lastimoso accidente tenia toda la casa en un contínuo llanto y en un perpetuo luto, llenando con tantos beneficios de alegría á su pobre padre y á su afligida madre : él me libró á mí de aquel formidable pez que me iba ya á tragar : él te hizo ver á tí la luz del cielo; y en una palabra, por él estamos llenos de bienes : *Me ipsum à devoratione piscis eripuit; te quoque videre fecit lumen cœli, et bonis omnibus per eum repleti sumus.* ¿Quién no descubre en esta misteriosa menudencia, y en toda la serie de esta dulcísima historia los ministerios, los importantes servicios que recibimos de nuestros ángeles de la guarda por todo el curso de nuestra peregrinacion en esta vida? Peligros desviados; funestos acasos prevenidos; malicica del demonio descubierta y confundida; negocios de importancia terminados con felicidad; dichosos sucesos en las empresas mas arduas, y en los proyectos mas espinosos; esta es, en resúmen, una parte de lo mucho que debemos á los ángeles custodios. *Quid illi ad hæc poterimus dignum dare?* ¿Pues qué le podremos dar, que sea correspondiente á tanto como le debemos, á los beneficios de que nos ha colmado, á los servicios que nos ha hecho, y á los muchos que debemos esperar nos haga todavía?

Ya nos lo enseña san Bernardo cuando, habiendo admirado la inefable bondad de nuestro Dios en la designacion de los ángeles tutelares, exclama : *Mira dignatio et verè magna dilectio charitatis!* (In Ps. *Qui*

habitat.) ¡Oh caridad! ¡oh exceso de amor! ¡oh bondad verdaderamente incomprensible! Pues logramos la dicha de estar continuamente bajo la tutela de aquellos espíritus bienaventurados, de tener inseparablemente uno de ellos á nuestro lado, de merecerle por guia durante el curso de nuestra vida: *Quantam tibi debet hoc verbum inferre reverentiam, afferre devotionem, conferre fiduciam!* ¡Qué veneracion, ¡qué respeto, qué devocion, qué confianza debe inspirarte esta amable, esta dulce verdad! *Reverentiam pro præsentia.* Su presencia te debe infundir respecto. ¡Cómo me atreveré á hacer delante de él lo que no me atreveria á presencia del mas vil hombre del mundo? *Tu ne audeas, illo præsente, quod, vidente me, non auderes?* Si la presencia de los grandes del mundo contiene á los mas rústicos y á los mas descompuestos, ¿qué compostura no debe infundir en mi corazon y en mi alma la continua presencia de aquel á quien el Salvador del mundo declaró por mayor y mas respetable que todos los grandes de la tierra?

Devotionem pro benevolentia. Su benevolencia te debe inspirar devocion, prosigue el mismo padre. ¿Cuánto cuida de nosotros nuestro buen ángel? ¿qué oficios no nos hace? ¿qué servicios no ejecuta con nosotros en este destierro? Presérvanos de mil peligros; líbranos de mil males; solicítanos todo género de bienes; presenta nuestras oraciones al Señor; consíguenos mil beneficios y mil gracias; defiéndenos de toda suerte de enemigos; llévanos, por decirlo asi, en palmitas; estorba nuestras caidas espirituales y corporales; y cuando á pesar de sus desvelos caemos en pecado, nos ayuda á levantar, siempre está viendo á Dios, y nunca nos pierde á nosotros de vista: lleno de Dios, ocupado en Dios, no está menos ocupado en nosotros, ni menos atento á todo lo que nos concierne; observa y guia todos nuestros

pasos; enderézanos cuando nos descaminamos; alúmbranos en nuestras dudas; determínanos en nuestras perplejidades; y despues de habernos conducido tan constantemente durante el curso de la vida, ¿cuánto nos ayuda, cuánto nos asiste en la hora de la muerte? *Quid ad hæc poterimus dignum dare?* ¿Qué reconocimiento le debemos por tan prodigioso número de beneficios?

Su custodia te debe inspirar confianza: *Fiduciam pro custodia.* Todos estos beneficios son ciertamente la prueba mas segura de su buena voluntad; y si la buena voluntad, junta con el poder, es lo que mas alienta la confianza, ¡cuánta debemos tener en nuestro santo Angel custodio! ¿Hubo nunca buena voluntad mas descubierta, ni valimiento mas eficaz ni mas seguro? ¿hubo bondad ni inclinacion á favorecernos mejor manifestada? Lo que hasta aquí ha hecho por nosotros es el mejor fiador de lo que está pronto á hacer. Atento á todas nuestras necesidades, expedito para socorrernos, y encargado por oficio de gobernar en todo; ¿cómo puede dejar de estimar nuestra confianza, ni cómo puede negarnos su proteccion siempre que le hayamos menester? Debemos, pues, á nuestros ángeles estas tres cosas: honor y respeto, porque estamos en su presencia; amor y devocion, porque nos aman con ternura; recurso y confianza, porque son mas zelosos de nuestro bien y de nuestra salvacion, que nosotros mismos.

Affectuosè diligamus angelos, exclama san Bernardo. Amemos, pues, tiernamente á nuestros ángeles por moradores de la patria celestial, de la cual tambien esperamos ser nosotros algun dia coherederos y conciudadanos, *tanquam futuros aliquando cohæredes nostros*; y por ser ayos y tutores nuestros destinados por el Padre de las misericordias para asistirnos y para gobernarnos: *Interim verò actores tutores à Patre positos, et præpositos nobis.* ¿Qué podemos temer

con tales protectores y con tales guias? *Quid sub tantis custodibus timeamus?* No hay que temer, ni que nuestros enemigos los venzan, ni que sus artificios los engañen, ni que nos descaminen por no saber guiarnos : *Nec superari, nec seduci, minus autem seducere possunt qui custodiunt nos in omnibus viis nostris.* Son nuestros amigos fieles, nuestros guias seguros, nuestros poderosos protectores; ¿qué tenemos, pues, que temblar? *Fideles sunt, prudentes sunt, potentes sunt, cur trepidamus?* Nada hay que hacer de nuestra parte sino ser dóciles á sus inspiraciones, puntuales en obedecer, fieles en servirlos, y prontos a sus piadosas inspiraciones, impulsos y llamamientos : *Tantùm sequamur eos, adhæreamus eis.* Seguros podemos vivir de que estamos debajo de la proteccion de Dios, mientras estamos bajo la tutela de nuestro ángel de la guarda : *Et in protectione Dei cœli commoremur.*

En fin, añade san Bernardo, siempre que nos combata alguna violenta tentacion, siempre que nos hallemos en ocasiones peligrosas, siempre que nos sucedan molestos accidentes, siempre que se nos ofrezcan dudas y perplejidades, siempre que esté turbado el corazon, y esté el alma afligida, cuando se ofrezca algun negocio, algun viaje donde haya que temer dificultades, riesgos y peligros, invoquemos con fervor y con toda confianza á nuestro ángel de la guarda. Si queremos granjearnos la benevolencia de aquellas personas de quienes tenemos necesidad, imploremos el fervor de sus ángeles custodios, porque ninguno como ellos podrá inclinar su ánimo á nosotros. No hay santo en el cielo que no tuviese singular devocion á su ángel custodio. Cada reino, cada region, cada ciudad, dice santo Tomás, tiene su ángel tutelar. En las iglesias donde hay Sacramento asiste innumerable multitud de estos espíritus celes-

tiales, que continuamente están haciendo corte á su soberano dueño realmente presente en la Eucaristía. ¡Oh, y cuántos asisten, dice el mismo padre, al santo sacrificio de la misa mientras esta se celebra! Todos ellos son dignos de nuestro culto, y cada uno nos alcanzará una devocion mas respetuosa y mas tierna como se lo pidamos. Acordémonos en fin que en todas partes encontramos santos ángeles, prontos á asistirnos en todas nuestras necesidades. Ellos nos aman como á hermanos, dice san Agustin: *Ipsi sunt fratres nostri, qui valde nos diligunt*: en todo nos enseñan, y en todo nos asisten: *nos ubique instruunt, in cunctis nos protegunt*; y están como con una santa impaciencia por vernos ocupar en el cielo aquellas sillas de que se hicieron indignos los ángeles rebeldes: *Sedes paradisi per nos repleri exspectantes.* Acudamos, pues, á nuestro ángel de la guarda, concluye san Bernardo, en todas las tentaciones, en todos los peligros, en todas las adversidades, en todos los negocios espinosos, en todas nuestras dudas, en todas nuestras empresas; imploremos su proteccion, pidámosle que nos alumbre, que nos aliente, que nos asista, y digámosle en todas ocasiones en que corremos algun peligro: Señor, sálvanos, que perecemos. *Quotiescumque ergo gravissima cernitur urgere tentatio, et tribulatio vehemens imminere, invoca custodem tuum, doctorem tuum, adjutorem tuum in opportunitatibus, in tribulatione: inclama eum, et dic: Domine, salva nos, perimus.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de los santos Angeles de la Guarda.

En Nicomedia, san Eleuterio, soldado y mártir con otros innumerables, los cuales, por haber consumido el fuego el palacio imperial de Diocleciano, fueron

falsamente acusados de ser los autores del crimen, y fueron muertos á montones segun las órdenes de aquel bárbaro emperador. Unos fueron decapitados, otros quemados y otros arrojados á la mar. Entre ellos Eleuterio, habiendo sido largo tiempo atormentado y saliendo mas vigoroso de cada tormento, acabó el martirio que le dió la corona, puesto á la prueba del fuego como se hace con el oro.

En tierra de Arras, el martirio de san Legero, obispo de Autun, á quien Ebroino, alcalde de casa y corte de Thierry, hizo perecer, despues de haberle hecho sufrir diferentes baldones y suplicios por la verdad.

En el mismo dia, san Guerino ú Gerino, hermano del mismo san Legero, que fué apedreado en el mismo lugar.

En Antioquia, san Primo, san Cirilo y san Segundino, mártires.

En Constantinopla, san Teófilo, monje, que, habiendo sido muy cruelmente azotado por Leon el Isauro en defensa de las santas imágenes, y enviado á un destierro, entregó su alma á Dios.

En Hereford de Inglaterra, santo Tomás, obispo y confesor.

En Champaña, san Serino, confesor.

En Yvelina entre París y Chartres, santa Scariberga que supo santificarse ejemplarmente en el matrimonio.

En San Huberto de Ardenne, san Bergis, abad de dicho lugar.

En Benevento, el martirio de san Modesto, diácono.

Cerca del monte Nitria en Egipto, san Amon, anacoreta, casado y sin embargo virgen.

En Lettir de Irlanda, san Otrain, confesor, hermano de san Medrain.

La misa es en honor del santo Angel de la Guarda, y la oracion la que sigue:

Deus, qui ineffabili providentia sanctos angelos tuos ad nostram custodiam mittere dignaris: largire supplicibus tuis, et eorum semper protectione defendi, et æterna societate gaudere. Per Dominum nostrum...

O Dios que con inefable providencia te dignaste enviar tus santos Angeles para que nos guarden; concede á nuestros humildes ruegos que, despues de defendidos por su continua proteccion en la tierra, seamos por toda la eternidad compañeros suyos en la gloria, por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 23 *del Exodo.*

Hæc dicit Dominus Deus: Ecce ego mittam angelum meum qui præcedat te, et custodiat in via, et introducat in locum quem paravi. Observa eum, et audi vocem ejus, nec contemnendum putes: quia non dimittet cùm peccaveris, et est nomen meum in illo. Quod si audieris vocem ejus, et feceris omnia quæ loquor, inimicus ero inimicis tuis, et affligam affligentes te, præcedetque te angelus meus.

Esto dice el Señor: Hé aquí que yo enviaré mi ángel que vaya delante de tí, y te guarde en el camino, y te introduzca en el país que yo he preparado. Venérale, y escucha su voz, y mira no le desprecies; porque no te perdonará si pecares, y mi nombre está en él. Pero si escuchares su voz, é hicieres todo lo que yo digo, seré enemigo de tus enemigos, y perseguiré los que te persiguen: y mi ángel caminará delante de tí.

NOTA.

«El libro de donde se sacó esta epístola se llama Exodo, voz griega que significa *salida*; porque refiere la salida de los Israelitas de Egipto, y la historia de

ciento y cuarenta años que pasaron desde la muerte de José hasta la ereccion del tabernáculo al pié del monte Sinai.»

REFLEXIONES.

Yo te enviaré mi ángel, que vaya delante de tí, que te guarde en el camino, y te introduzca en la tierra que te tengo prevenida. El cuidado que tiene Dios de nosotros es una prueba muy clara de su bondad y de su infinita misericordia. Pero ¿se podrá imaginar ingratitud mas torpe ni mas escandalosa; podrá darse prueba mas evidente de un perverso corazon, que no hacer reflexion á estos paternales desvelos, á esta eficaz atencion, á esta solicitud de cariñosa madre, que continuamente tiene Dios de nosotros? No contento con velar continuamente en nuestros intereses, nos señala un gobernador, un preceptor, un guia; y no como quiera, sino de su misma corte, de en medio de sus mas insignes favorecidos va á escoger y á entresacar á este sabio conductor y ayo de sus hijos. Siempre encarga este cuidado á uno de sus mas nobles y mas estimados cortesanos, á uno de aquellos príncipes de la corte celestial, que asisten de oficio delante de su trono. ¡Oh, y qué amable es esta divina Providencia! Pero, ¿y cómo la agradecemos nosotros, siendo así que nos preciamos de tan agradecidos á los menores servicios que nos hagan nuestros amigos? Si estuviera en nuestra eleccion escoger un guia que nos condujese por el escábroso, por el espinoso camino de esta vida, ¿nos hubiera pasado por la imaginacion escoger un ángel para un ministerio tan importante, pero al mismo tiempo tan inferior á la elevada dignidad de aquellos ministros del Altísimo? Pero lo que nosotros no nos atreveríamos á pedir, lo que no osaríamos siquiera imaginar sin temeridad y sin cierta especie de extravagancia, eso es lo que Dios nos concedió. Ape-

nas nacimos á este mundo, y aun antes de ver la luz de el, tiene cada uno de nosotros un ángel encargado de gobernarnos, que cuida de desviar de nosotros todo lo que nos puede perjudicar en aquella edad en que somos incapaces de ayudarnos, en que, arrollada todavía la razon, no se puede desenvolver para prevenir por sí misma tantos peligros, tantos tropiezos y tantos lazos. No hay menos que temer en lo restante de la vida; pero nuestro fiel guia, que todo lo prevee, y es tan poderoso como despejado, no nos abandona un momento. ¿Y cuál es nuestra correspondencia á tan señalado beneficio, ya sea respecto de Dios, ya respecto de los santos ángeles? ¿Cuántos pasan la vida sin haber hecho la menor expresion de agradecimiento á su fidelísimo guia? Siéndole deudores de infinitos beneficios, ¿cuántos mueren sin haber honrado, amado y dado gracias al ángel de su guarda? ¡Oh escandalosa ingratitud! ¡ó torpe olvido! que debe deshacer y borrar un corazon verdaderamente cristiano.

El evangelio es del cap. 18 *de san Mateo.*

In illo tempore: Accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes: Quis putas major est in regno cœlorum? Et advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine

En aquel tiempo: Se llegaron á Jesus los discípulos diciendo: ¿Quién juzgas es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesus á un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo que, si no os transformais, y haceis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humillare cómo este niño, ese será mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiese en mi nombre á un niño como este, me

meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. Væ mundo à scandalis. Necesse est enim ut veniant scandala, verumtamen væ homini illi, per quem scandalum venit. Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice abs te: bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quàm duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem æternum. Et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quàm duos oculos habentem mitti in gehennam ignis. Videte ne contemnatis unum ex his pusillis: dico enim vobis, quia angeli eorum in cœlis semper vident faciem Patris mei, qui in cœlis est.

acoge á mí mismo. Pero el que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, le seria mejor que le colgasen del cuello una piedra de molino, y ser sumergido en el profundo del mar. ¡Ay del mundo por causa de los escándalos! Porque es cosa necesaria que haya escándalos, pero ay de aquel hombre por cuya culpa viene el escándalo. Si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtale, y échale de tí: mejor te es entrar á la vida débil ó cojo, que ser echado al fuego teniendo dos manos ó dos piés. Y si tu ojo te sirve de escándalo, sácatele, y échale de tí: mejor te es entrar á la vida con un ojo, que ser echado al fuego del infierno teniendo dos ojos. Guardaos no despreciеis alguno de estos pequeñuelos; porque os hago saber que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en ellos.

MEDITACION.

DE LA DEVOCION DEL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA

PUNTO PRIMERO.

Considera que, despues de la devocion á Jesucristo nuestro Salvador y nuestro Dios, y á la santísima Vírgen nuestra buena madre, nuestra devocion, nuestra veneracion y nuestra confianza se debe dirigir al santo

nas nacimos á este mundo, y aun antes de ver la luz de el, tiene cada uno de nosotros un ángel encargado de gobernarnos, que cuida de desviar de nosotros todo lo que nos puede perjudicar en aquella edad en que somos incapaces de ayudarnos, en que, arrollada todavía la razon, no se puede desenvolver para prevenir por sí misma tantos peligros, tantos tropiezos y tantos lazos. No hay menos que temer en lo restante de la vida; pero nuestro fiel guia, que todo lo prevee, y es tan poderoso como despejado, no nos abandona un momento. ¿Y cuál es nuestra correspondencia á tan señalado beneficio, ya sea respecto de Dios, ya respecto de los santos ángeles? ¿Cuántos pasan la vida sin haber hecho la menor expresion de agradecimiento á su fidelísimo guia? Siéndole deudores de infinitos beneficios, ¿cuántos mueren sin haber honrado, amado y dado gracias al ángel de su guarda? ¡Oh escandalosa ingratitud! ¡ó torpe olvido! que debe deshacer y borrar un corazon verdaderamente cristiano.

El evangelio es del cap. 18 *de san Mateo.*

In illo tempore: Accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes: Quis putas major est in regno cœlorum? Et advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine

En aquel tiempo: Se llegaron á Jesus los discípulos diciendo: ¿Quién juzgas es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesus á un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo que, si no os transformais, y haceis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiese en mi nombre á un niño como este, me

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuánto nos empeñan en un vivo y continuo reconocimiento los importantes servicios que sin cesar nos está haciendo el santo Angel de nuestra guarda. ¡Qué cuidado tiene de nosotros! ¡qué buenos oficios no nos presta desde el mismo punto que nacemos! ¡de cuántos peligros nos defiende en la niñez! ¡de cuántos nos saca en la juventud! cuántos importantísimos obsequios le debemos en todo el curso de la vida! ¡y cuánto nos podrá ayudar en la hora de la muerte! Algun dia sabremos lo que debemos á nuestro Angel de la guarda; pero ¡qué sentimiento, qué dolor no haber advertido lo obligados que le estábamos, sino cuando ya no podemos darle ni la menor señal de nuestro agradecimiento! ¡cuánta será nuestra amargura cuando, presentándonos ante el tribunal de Dios, al salir de esta miserable vida, veamos á nuestro lado aquel bienaventurado espíritu, aquel ángel tutelar, que no nos abandonó ni un solo momento, cuyos saludables avisos despreciamos, á quien tantas veces contristamos con nuestros voluntarios descaminos, y cuya presencia nunca nos mereció el menor respeto! ¡cuánto será el furor, cuánta la rabia, cuánta la desesperacion de los infelices condenados cuando se vean precisados á separarse de sus santos ángeles por toda la eternidad! Prevengamos á lo menos estos crueles, pero ya inútiles remordimientos, y reparemos la pasada ingratitud con un reconocimiento continuo. Pues dia y noche está con nosotros el Angel de la guarda, no le perdamos de vista. Debemos profesar una puntual obediencia á todas sus órdenes, una perfecta docilidad á todos sus consejos, y una entera confianza en su proteccion. Si tuviéramos un amigo poderoso, despejado, fiel y zeloso de nuestros intereses,

¿dejaríamos de recurrir á él en todos nuestros trabajos, ni de consultarle en nuestras dudas? Sus consejos serian leyes para nosotros, nos impondríamos una como obligacion de venerarlos y de seguirlos, teniendo en eso particular complacencia. ¿Trataríamosle por ventura con menos confianza? Nuestro Angel de la guarda es ese fiel amigo, que posee ventajosamente todas esas prendas; pues de la misma manera nos debemos portar con él. Siempre que sentimos algun movimiento, que nos inclina al bien, ó nos desvía del mal, es una inspiracion que nos procura, es un buen consejo que nos da; y nosotros le despreciamos, y le posponemos á las sugestiones del demonio, cuyo único fin es hacernos compañeros de sus tormentos, haciendo que lo seamos de su sediciosa rebelion. Estando encargado de nuestra conducta, solo respira deseos de nuestra salvacion, solo está atento á que venzamos al enemigo de ella, y empeñado en que superemos los estorbos que nos salen al encuentro para conseguirla. ¡Con qué ardor, con qué confianza, con qué presteza debemos recurrir al Angel de la guarda en todas las tentaciones, en todos los peligros, en todos los negocios importantes y dificultosos!

¡Mi Dios, qué dolor, qué confusion es la mia cuando considero el poco caso que he hecho hasta aquí de un protector tan poderoso, de un amigo tan fiel, y de un guia á quien debo infinitas obligaciones! ¡Cuántas veces le falté al respeto en su presencia! ¡qué ingrato fuí á todos sus beneficios! ¡qué poco amor le he tenido! ¡y qué poca confianza me ha merecido su asistencia! Haced, Señor, que esta humilde confesion, junta á mi doloroso arrepentimiento me consiga el perdon de mis faltas, que voy á reparar en lo restante de mi vida.

JACULATORIAS.

In conspectu angelorum psallam tibi. Salm. 137.
Nunca me olvidaré, Señor, de cantar tus alabanzas en presencia del Angel de mi guarda.

Benedictus Deus, qui misit angelum suum. Dan. 3.
Bendito sea el Señor, que se dignó darme un ángel para que cuidase de mí.

PROPOSITOS.

1. No basta conocer la dicha que tenemos en lograr un ángel custodio destinado por Dios para velar sobre nosotros y para dirigirnos. No basta estar bien persuadidos de las muchas obligaciones que le debemos. Es menester manifestar en nuestro porte regular nuestro respeto, nuestro amor y nuestro agradecimiento. Debe crecer cada dia nuestra devocion al paso que son mayores cada dia los beneficios de nuestro conductor. Ninguno se te pase sin honrarle con algun obsequio particular, acabando todos los dias las devociones de la mañana y de la noche con esta oracion al Angel de la guarda: *Angele Dei, qui custos es mei, gratias ago tibi pro omnibus beneficiis mihi à te collatis. Me tibi commissum pietate superna, hodie et quotidie illumina, custodi, rege et guberna: et in hora mortis meæ ab hoste maligno me defende.* «Angel de Dios, destinado á mi custodia, gracias te doy por todos los beneficios que he recibido de tu mano. Y pues la soberana piedad del Señor se ha dignado ponerme á cargo tuyo, alúmbrame, guárdame, dirígeme y gobiérname en este dia, y en todos los de mi vida, defendiéndome del maligno enemigo en la hora de la muerte.» Nunca dejes de confesarle y comulgar en la fiesta del Angel de la guarda.

Invócale continuamente en todas tus necesidades. No emprendas cosa considerable sin implorar su asistencia; y cuando hagas viaje, dí al comenzar tu jornada la oracion que se reza hoy en la misa.

2. Aunque todos los dias debemos honrar á nuestro santo Angel, y aun invocarle muchas veces cada dia, hay uno en la semana consagrado particularmente á su culto, y este es el martes. Reverénciale singularmente en este dia, y no dejes de rezarle en él la oracion siguiente:

O fidelissime comes à Deo tutelæ meæ assignate; protector et defensor meus, nunquam recedens à latere meo; quas tibi gratias referam pro fide, amore, innumerisque in me collatis beneficiis? Tu dormienti advigilas, mœstum solaris, dejectum erigis, imminentia pericula avertis, futura doces cavere, à peccatis abstrahis, ad bonum impellis, lapsum ad pœnitentiam hortaris, Deoque concilias. Jam dudum fortassis in infernum detrusus fuissem, nisi tuis precibus divinam à me iram avertisses. Ne, precor, me unquam deseras. In adversis solare, in prosperis contine, in periculis tuere, in tentationibus adjuva, ut iis nunquam succumbam. Preces, et gemitus meos, omniaque pia opera divino conspectui offer, atque effice, ut in gratia ex hac vita perveniam ad vitam æternam. Amen.

«O fidelísimo compañero y custodio mio, destinado por la divina Providencia para mi guarda y tutela, protector y defensor mio, que nunca te apartas de mi lado, ¿qué gracias te daré yo por la fidelidad que te debo, por el amor que me profesas, y por los innumerables beneficios que cada instante estoy recibiendo de tí? Tú velas sobre mí cuando yo duermo; tú me consuelas cuando estoy triste; tú me alientas cuando estoy desmayado; tú apartas de mí los peligros presentes, me enseñas á precaver los futuros, me desvías de lo malo, me inclinas á lo bueno, me exhortas á pe-

nitencia cuando he caido, y me reconcilias con Dios. Mucho tiempo ha que estaria ardiendo en los infiernos si con tus ruegos no hubieras detenido la ira del Señor; suplícote que nunca me desampares. Consuélame en las cosas adversas, modérame en las prósperas, líbrame en los peligros, ayúdame en las tentaciones para no dejarme vencer de ellas jamás. Presenta ante los ojos de Dios mis oraciones, mis gemidos y todas las buenas obras que yo hiciere, consiguiendome que desde esta vida sea trasladado en gracia á la vida eterna. Amen.

DIA TERCERO.

SAN GERARDO, ABAD DE BROÑA.

San Gerardo, hijo de Stancio, pariente muy cercano de Haganon, duque de la Austrasia inferior, y de Plectrudis, hermana de Estéban, obispo de Lieja, nació al mundo hácia el fin del noveno siglo. Conocióse bien desde la cuna que le habia prevenido el cielo con sus mas dulces bendiciones; porque su bello natural, su inclinacion á la virtud, su modestia y su docilidad fueron presagio de la eminente santidad á que con el tiempo habia de llegar. Dióseie una educacion correspondiente á los niños de su esfera; pero su virtud fué siempre muy superior á la edad. Nunca se desmintió ni en los estudios ni en los demás ejercicios de su vida. Evitó siempre con el mayor cuidado todo lo que podia manchar aquella su virginal pureza, que se conservó tan limpia entre los peligros de la corte, como entre las defensas del claustro. Contenia su modestia aun á los mas disolutos; y cualquiera palabra libre

llenaba su modesto semblante de empacho y de rubor.

Hiciéronle sus padres seguir desde muy jóven la carrera de las armas, que parecia la vocacion ordinaria de los mozos de su calidad. Reputábase entonces la corte de Berenguer, conde de Flandes, por la mas brillante de toda la Europa; y fué enviado á ella Gerardo para instruirse en esta escuela. Tardó poco en distinguirse en ella por todas las bellas prendas que le adornaban, por aquel espíritu vivo, afable, brillante y naturalmente cortesano; pero singularmente por su prudencia y extraordinaria cordura. No se habia visto en mucho tiempo caballero mozo mas cabal ni mas cristiano. La corte, ordinario escollo de la inocencia, solo sirvió para dar nuevo realce á la suya. No omitió alguno de sus santos ejercicios, y de tal manera supo unir las preeminencias de su nacimiento con las obligaciones de su religion, que sus virtuosos urbanísimos modales honraban su devocion, y su devocion aumentaba mucho esplendor á su ilustre nacimiento.

Portóse Gerardo con tanta prudencia en la corte de Namur, que el conde le introdujo en todos sus consejos, y le acordó toda su confianza. Al volver un dia de caza, encontró á tres leguas de Namur, en un sitio llamado Broña, una capillita que Pipino habia mandado edificar. Entró en ella á hacer oracion, y fatigado de lo mucho que habia corrido, se quedó dormido, y tuvo un sueño en que le pareció veía al apóstol san Pedro, que le mandaba erigiese en aquel mismo sitio una iglesia, y la enriqueciese con las reliquias de su discípulo san Eugenio, mártir. Despertó, y le dió mucho que discurrir el misterioso sueño, porque ni jamás habia oido nombrar á san Eugenio, ni mucho menos sabia donde paraban sus reliquias. Sin embargo, como aquel terreno era suyo, edificó en él una

magnífica iglesia, y fundó algunas capellanías para que fuese mejor servida.

Por este tiempo se le ofreció al conde de Namur cierto negocio de grande importancia, que se habia de tratar con el príncipe Roberto, y para manejarle, envió á Gerardo á la corte de Francia. Luego que llegó á París, dejando allí á sus criados, se fué solo al monasterio de San Dionisio para lograr en él algunos dias de retiro. Asistiendo un dia á los divinos oficios que cantaban los monjes, observó que entre los patronos del monasterio hacian conmemoracion de san Eugenio, mártir, y esta casualidad le trajo á la memoria el sueño que habia tenido en su iglesia de Broña. Informóse de los mismos monjes quién era aquel san Eugenio; y diciéndole que habia sido un discípulo de san Pedro que tuvo la dicha de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, y que su cuerpo se veneraba en aquel monasterio, refirió á algunos religiosos lo que le habia sucedido y lo que habia soñado, manifestando vivos deseos de lograr aquella reliquia para enriquecer con ella su iglesia de Broña: pero los monjes le dieron á entender que no estaban dispuestos á hacerle semejante regalo, y que nunca se privaria el monasterio de tan inestimable tesoro. Como nada pudo conseguir, se restituyó á París, y terminada su negociacion con el príncipe Roberto, se retiró á dar cuenta de ella á Berenguer sin perder las esperanzas de lograr algun dia la deseada reliquia.

Mientras estuvo retirado en el monasterio de San Dionisio, le hizo tanta impresion el sosiego y la felicidad de la vida religiosa, y quedó tan edificado de lo que habia visto practicar á los monjes, que salió con deseos de dejar el mundo y de volverse al mismo monasterio para pasar en él el resto de sus dias. Aunque el estado en que se hallaba era tan tentador; aun-

que las esperanzas que le prometian su nacimiento, sus raras prendas y su valimiento en la corte eran tan lisonjeras; el vacío de los bienes aparentes, la brevedad de la vida y el pensamiento de la eternidad avivaban cada dia mas sus deseos del retiro, aumentando el tedio que le causaban todas las cosas del mundo. Siendo tan estrecha la amistad que el conde y él se profesaban, le pareció no debia ocultarle sus intentos; y así se abrió con él, declarándole que, no habiendo en el mundo negocio que le interesase tanto como el de su salvacion, estaba resuelto á volver las espaldas á aquel para dedicar toda su atencion á este. Movido, y aun pasmado el conde de Namur al oir tan santa y tan generosa resolucion, solo le respondió con sus lágrimas; y como era un príncipe muy piadoso, no se quiso oponer á la voluntad del Señor y á una vocacion tan señalada. Obtenida, pues, su licencia, fué Gerardo á despedirse de su tio el obispo de Lieja, y despues partió á San Dionisio. Ya se deja discurrir el gozo de aquella célebre comunidad cuando recibió en su gremio á un sugeto tan ilustre. Tomó Gerardo la cogulla de san Benito, y fué toda su aplicacion perfeccionarse en la profesion de la vida monástica. Muy desde luego se distinguió tanto en el monasterio, como se habia distinguido en la corte. Apenas contaba dos meses de novicio, y ya le proponian á los demás religiosos como un perfecto modelo. A vista de su humildad, de su modestia, de su puntual observancia, de su mortificacion y de su virtud, parecia haber revivido en él los Mauros y los Plácidos. Despues de su profesion, aprendió á leer, y andaba con la cartilla en la mano como si fuera un niño de cinco años; pero adelantó tanto en poco tiempo, que los superiores le obligaron á recibir los órdenes menores, aunque costó largo combate para vencer su humildad. Tambien le pudieron rendir

á recibir el diaconado; pero fué preciso condescender con él, dándole cinco años de término para disponerse a ordenarse de sacerdote.

Recibió su virtud nuevo esplendor con el ministerio del altar. Ocupado su corazon con una magnífica idea del sacerdocio de Jesucristo, desempeñó esta sublime dignidad con una inocencia y con una pureza de vida que se acercaba mucho á la de los ángeles. Impúsose á sí mismo la ley de celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa, y cada vez lo hacia con nuevo fervor, manifestando la devocion y el tierno amor que profesaba á Jesucristo en las lágrimas que derramaba, sin secarse nunca el copioso manantial.

Pero entre tanto no se le apartaba de la memoria la vision que habia tenido en la capilla de Broña, ni se habia extinguido en su corazon el deseo de enriquecerla con el cuerpo de san Eugenio. Hizo la proposicion al capítulo, y refirió en presencia de todos los monjes cuanto le habia sucedido, sin omitir lo que el apóstol le habia mandado en aquel sueño. Habló con tanta elocuencia, con tanta eficacia y con tanta mocion, que todos los monjes, como por otra parte le estimaban y le veneraban tanto, condescendieron con sus ansiosos deseos.

Habiendo, en fin, conseguido el santo lo que habia ansiosamente deseado por tan largo tiempo, se restituyó á su país cargado de aquellos santos preciosísimos despojos, y colocó el cuerpo del santo mártir en su iglesia de Broña, con otras muchas reliquias que tambien le habian regalado en San Dionisio, cuya traslacion se hizo con grande solemnidad el dia 18 de agosto de 930. La multitud de milagros que obró despues el Señor atrajo la devocion y el concurso de los fieles. Con este concurso se excitó la emulacion ó los zelos de los curas del contorno, y se incomodó la ociosa haraganería de los capellanes que el santo

habia dejado para el servicio de la iglesia. Fueron tantas las quejas que llegaron al obispo de Lieja contra aquella nueva devocion, que determinó abolirla; pero inmediatamente cayó en una grave y peligrosa enfermedad; y reconociendo su falta, cobró la salud por la intercesion de san Eugenio. Mal edificado san Gerardo de la indevocion de sus capellanes, los despidió, y en su lugar llamó á los monjes de san Benito, siendo este el principio del célebre monasterio de Broña.

A pesar de la repugnancia que tenia el santo á todo género de superioridad, se vió precisado á encargarse del gobierno del nuevo monasterio. Entabló en él la regla y la disciplina de san Benito en toda su pureza; pero como le interrumpiese demasiado su recogimiento el mucho concurso de la gente, y no pudiese conseguir del obispo de Lieja que le admitiese la dimision de su empleo, hizo fabricar una celda separada, donde vivia como recluso, para conversar mas á su salvo con Dios en perfecta soledad. Eran para él como precursoras de las delicias del cielo las dulzuras que gozaba en la quietud de su contemplacion; pero llamábale á vida mas activa la divina Providencia.

Habia en Hainaut cierta comunidad de canónigos reglares con el título de san Guislein, que se habia relajado un poco con el discurso del tiempo. Determinó reformarla el obispo de Cambray á la solicitud de Gisleberto, duque de Lorena, y le pareció no podia encontrar sugeto mas á propósito para el intento que nuestro san Gerardo. Pero no era fácil reducirle á que dejase el sosiego y el retiro de su celda. Alegó el santo razones, y se valió de ruegos y de lágrimas para que se le excusase aquella nueva carga; mas le fué preciso obedecer, y ni aun se le permitió que mientras tanto se le aliviase el gobierno de su monasterio de Broña, encargándosele á otro interinamente: tan

persuadidos estaban todos á que bastaba su nombre solo para mantener la reforma en todo su vigor. Llegando á Ursidung (así se llamaba el sitio donde estaba el convento de San Cuislein), dió principio despidiendo á los canónigos, y llamando á él á algunos de sus monjes. Luego comenzó á florecer en él la disciplina monástica; y el espíritu de san Benito, que tenia tan embebido en sí el santo reformador, resplandeció inmediatamente con tanto fervor en Ursidung como en Broña. Introdujo en él, mas con sus ejemplos que con sus exhortaciones, una observancia ejemplar, una mortificacion sin límites, y el espíritu de la mas estrecha pobreza; de manera que el monasterio de San Guislein comenzó á ser la admiracion de toda Flandes, y echó Dios tan descubiertamente la bendicion á sus trabajos, que la mayor parte de los obispos y de los príncipes vecinos le desearon para reformar los monasterios de su jurisdiccion, que habian decaido de la observancia regular. Vióse en precision de sacrificar á las funciones de la caridad su inclinacion al retiro, no permitiéndole su zelo negarse á las necesidades espirituales de muchas comunidades, que verdaderamente estaban necesitadas de reforma. Entonces se palpó con admiracion lo mucho que puede la virtud cuando está animada de un zelo legítimo y verdadero. Tomó san Gerardo sobre sí el gobierno de todos los monasterios de Flandes á instancias del conde Arnol, llamado el Grande, á quien habia curado milagrosamente del mal de piedra, moviéndole tambien á hacer vida penitente el resto de sus dias.

Así por el número de los monasterios que habian decaido de su primitivo espíritu, como por la calidad de los monjes, que era preciso reformar, se representaba empresa punto menos que imposible. Sin embargo, nuestro santo la llevó al cabo con la mayor

felicidad. En menos de veinte años entabló la reforma en diez y ocho monasterios, viéndose reflorecer el fervor y la mas exacta disciplina en los monasterios de san Pedro el Grande, de Bavon, de san Martin de Tornay, de Marchienas, de Hasnon, de Rhonay, de san Wast en Arras, de Turhoult, de Wormhoult, de san Riquier, de san Bertin, de san Silvin, de san Samer, de san Amand, de san Amado de Duay y de santa Berta.

Y si es verdad que es negocio mas arduo reforma un monasterio que fundarle, ¡qué sudores, qué disgustos, qué desabrimientos, qué fatigas y qué trabajos no le costaria una reforma tan general! Verdaderamente causa admiracion que un hombre solo fuese bastante para recoger tan abundante miés. No fueron solos estos diez y ocho monasterios (los cuales todos veneran á san Gerardo como á su abad) los que se aprovecharon de sus gloriosas fatigas, clámaron por el santo reformador la Lorena, la Champaña y la Picardía, adonde acudió prontamente san Gerardo, é introdujo tan breve y tan felizmente la reforma, que los monasterios de Mauson, Thin, Muatiers y san Remigio de Reims le reconocen como restaurador de la religion de san Benito, y le veneran como á su segundo patriarca.

Aunque tantos y tan penosos trabajos, añadidos á sus rigurosas penitencias, habian quebrantado mucho su salud y debilitado extraordinariamente sus fuerzas, emprendió el viaje á Roma, no obstante su avanzada edad, para solicitar que el papa confirmase todas sus reformas; y á la vuelta visitó todos los monasterios que estaban á su direccion. Hizo despues dimision de esta, y se fué á encerrar en su celdilla de Broña, entregándose entera y únicamente al pensamiento de la eternidad. Era su oracion una contínua contemplacion, y en las íntimas y dulces comu-

nicaciones que tenia con su Dios se disponia aquella grande alma por el ejercicio de un purisimo amor para ir á recibir en el cielo la debida recompensa. Toda la vida habia profesado una tierna devocion la santísima Virgen, delante de cuya imágen, y en presencia de Jesucristo en el sacramento del altar, pasaba en oracion noches enteras. Colmado, en fin, de merecimientos y lleno de dias, terminó tan santa y tan dilatada carrera con la muerte de los justos el mismo dia 3 de octubre del año 959 en que la Iglesia celebra su memoria. Creció su culto con los muchos y portentosos milagros que se obraron en su sepulcro despues de los que habia hecho en vida; y su santo cuerpo fué elevado de l tierra el año de 1131, tomando espues el nombre de san Gerardo la iglesia de B oña, la que le venera por su tutelar.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Abstiénese el P. Croiset con aquel gran tiento y con aquella juiciosa crítica que acostumbra, no solo de decir, pero ni aun de dar á entender remotamente que el cuerpo de san Eugenio, mártir, trasladado en el décimo siglo del monasterio de San Dionisio al de Broña, fuese el de san Eugenio, arzobispo ú obispo de Toledo, que padeció martirio en Diolo, de la comarca le París; pero da por hecho constante que el monasterio de San Dionisio regaló á san Gerardo todo el cuerpo de san Eugenio, mártir. Surio no dice que se diese al santo abad todo el cuerpo, sino una insigne reliquia de él; pero supone como cosa indubitable, que esta reliquia era de san Eugenio, mártir y obispo de Toledo, cuya opinion adopta el P. Rivadeneyra en la vida del mismo santo el dia 13 de noviembre. Sabemos todos que en el siglo XII, estando en España Luis VII, rey de Francia, su suegro

Alfonso, asimismo VII, rey de Castilla y de Leon, que se llamó emperador, le pidió el cuerpo de san Eugenio, arzobispo de Toledo, que se veneraba en el monasterio de San Dionisio de París, donde algunos años antes Raymundo, arzobispo de Toledo, habia leido esta inscripcion: *Aquí yace san Eugenio, mártir, primer arzobispo de Toledo.* Ofreciósele el rey; pero por las dificultades y por las oposiciones que encontró en los monjes de San Dionisio, como dice el P. Orleans (lib. 2 de las Revoluciones de España, año de 1152), no pudo enviarle mas que el brazo derecho. Esto prueba que el cuerpo de san Eugenio, arzobispo de Toledo, estaba todavia en el real monasterio de San Dionisio en el siglo duodécimo, y por consiguiente, que el trasladado á Broña en el siglo décimo por san Gerardo fué de otro san Eugenio muy distinto. Pero la prueba mas concluyente y en su género demostrativa es, que las dificultades que no pudo vencer Luis VII las venció Carlos IX en el siglo décimosexto, haciendo que los monjes de San Dionisio sacasen el cuerpo de san Eugenio del mismo sitio donde el arzobispo don Raymundo habia leido la inscripcion, y se le entregasen á don Francisco Manrique de Lara, entonces canónigo de Toledo, y despues religioso de la Compañía de Jesus, todo á instancia de la santa iglesia de Toledo, y por la real mediacion de Felipe II, rey de España, cuya traslacion á la referida santa iglesia se hizo con la mas augusta majestuosa pompa que se vió jamás en esta monarquía, pues llevaban la sagrada urna sobre sus reales hombros el rey, el príncipe don Carlos su hijo, y los archiduques de Austria, sus sobrinos.

» De estos hechos, que son innegables en la historia eclesiástica de España y Francia, se infiere con evidencia que la reliquia de san Eugenio, mártir, que se venera en la iglesia del monasterio de Broña, hoy

de San Gerardo junto á Namur, no es ni puede ser de san Eugenio, primer obispo de Toledo, como lo quiso Surio y lo copió el P. Rivadeneyra. Casi doscientos años despues que salió del monasterio de San Dionisio aquella reliquia, en la expresion de Surio; ó aquel cuerpo, en la del P. Croiset, estaba todo el de san Eugenio, primer arzobispo de Toledo, en la iglesia del mismo monasterio, como consta de la inscripcion que leyó en ella el arzobispo don Raymundo con ocasion de asistir al concilio de Reims, que se celebró el año de 1119, treinta y tres años despues que se tuvo en España la primera noticia de este precioso tesoro que poseia el monasterio de San Dionisio; es decir, en el año de 1152 se le ofreció generosamente el rey Luis á nuestro emperador don Alfonso, suponiéndole en el mismo monasterio, aunque no ignoraba el rey la voz que andaba entre el vulgo de Francia, y no podia andar en otra parte, de que el cuerpo de san Eugenio, arzobispo de Toledo, estaba en el monasterio de San Gerardo de Namur. Finalmente, mas de cuatrocientos años despues fué auténtica y solemnemente entregado el santo cuerpo por el abad del monasterio de San Dionisio á un canónigo de Toledo para ser colocado en aquella santa iglesia primada de las Españas. Así, pues, no se puede racionalmente sostener que el cuerpo de san Eugenio que se venera en el monasterio de Broña, ó de San Gerardo de Namur, sea el de nuestro primer obispo de Toledo, sino de algun otro de los catorce santos Eugenios, mártires, de que hace mencion el martirologio romano.

» A esto se añade que, segun el sueño ó la revelacion del apóstol san Pedro á san Gerardo, el Eugenio, con cuyas reliquias habia de enriquecer su nueva iglesia, habia sido discípulo del apóstol; y san Eugenio, primer obispo de Toledo, no fué discípulo de san Pedro, sino de san Dionisio Areopagita, como lo dice

la Iglesia. Si san Gerardo hubiera enriquecido su iglesia con las reliquias de este, no se hubiera conformado con la revelacion.

» Finalmente, estando el cuerpo del grande san Dionisio Areopagita en el célebre y real monasterio que se honra con su nombre, á pesar de las dudas que han querido suscitar algunos sabios críticos de estos últimos tiempos, aun dentro de la misma Francia, atropellando por la antiquísima tradicion de mas de doce siglos, y por el unánime consentimiento de la iglesia griega y latina, y habiendo sido san Eugenio el principal discípulo de aquel insigne santo, era consiguiente que, despues del sagrado cuerpo de su santo patrono, ningun otro venerase ni apreciase mas aquel real monasterio que el de su amado discípulo. Siendo esto así, ni un hombre tan cuerdo y tan prudente como san Gerardo tendria valor para pedírsele, ni es verisímil que aquella gravísima comunidad tuviese la condescendencia de concedérsele, especialmente que, siendo fundacion real el monasterio y sepulcro de los reyes cristianísimos de Francia, era indispensable el consentimiento del rey para enajenarle.

» Añade mucha fuerza á esta reflexion lo que efectivamente sucedió con el mismo rey Luis VII; pues teniendo empeñada su real palabra con el rey de Castilla don Alonso de que le enviaria el cuerpo de san Eugenio, primer arzobispo de Toledo, halló tanta resistencia y tanto dolor en los monjes, que hubo de ceder y desistir en parte de su intento, contentándose con enviar al rey de Castilla el brazo derecho del santo arzobispo. ¿Quién ha de creer que doscientos años antes consiguiese de aquella comunidad, con sola su elocuencia y representacion, un individuo de ella, lo que no pudo lograr despues con toda su autoridad y con todo su poder el empeño del monarca? Logrólo, en fin, el de Carlos IX y el de su madre la

reina Catalina de Médicis, regenta del reino, por las críticas circunstancias en que este se hallaba, y precisaban á contemporizar, aun en pretensiones mas arduas, con el rey de España Felipe II.

« Parecióle al traductor que debia prevenir á los lectores con esta nota, mas prolija de lo que lleva de suyo el carácter de la obra; porque, diciendo el P. Croiset por una parte que el cuerpo de san Eugenio, mártir, está en el monasterio de Broña, hoy San Gerardo de Namur; y asegurando por otra Rivadeneyra con Surio que la reliquia que se venera en el monasterio de *Bronio* (así le llama este autor) es de san Eugenio, primer arzobispo de Toledo, no le tentase á algun crítico de los muchos que hoy se usan, á disputar á nuestra gran primada la posesion del verdadero cuerpo de su primer prelado y pastor; pues, aunque ninguno tendrá osadía para negar la majestuosa y verdaderamente augusta traslacion que se celebró en tiempo de Felipe II, puede en alguno llegar el arrojo á querer componerlo todo con decir que la Francia nos embocó el cuerpo de un otro cualquiera san Eugenio por el del primer arzobispo de Toledo. A la verdad la arrogancia seria temeraria; pero¿ será por eso sin ejemplo? »

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en el Oso Peinado, san Cándido, mártir.

En el propio dia, san Dionisio, san Fausto, san Cayo, san Pedro, san Pablo y otros cuatro, quienes, despues de haber sufrido mucho bajo Decio, alcanzaron por último la palma del martirio en medio de los tormentos con que los afligió largo tiempo el presidente Emiliano bajo el emperador Valeriano.

Entre los antiguos Sajones, dos santos mártires llamados Ewald, presbíteros, quienes, habiendo em-

pezado á anunciar á Jesucristo, fueron cogidos y entregados á la muerte por los paganos. Una gran luz, que apareció sobre sus cuerpos durante la noche, hizo conocer donde estaban y cual era su mérito.

En Africa, san Maximiano, obispo de Bagaya, quien, despues de haber sufrido muchas veces tormentos crueles de parte de los donatistas, y haber sido precipitado por ellos de una alta torre, fué dejado por muerto. Algun tiempo despues, murió en paz con la honra de una gloriosa confesion de fe.

En Palestina, san Hesiquio, confesor, discípulo de san Hilarion y compañero de sus viajes.

En Bélgica, diócesis de Namur, san Gerardo, abad.

En Beauvoisis, santa Romana, venerada como vírgen y mártir en Beauvais.

En Fontenay-le-Chatel, á la falda de los montes de Voge en la Lorena, santa Mana, vírgen.

En Sens, san Ambrosio, obispo.

En Tolon, san Cipriano, obispo, discípulo de san Cesáreo, y escritor de su vida.

En Atenas, el martirio de san Dionisio el Areopagita, primer obispo de aquella ciudad.

En Africa, san Saparga, y otros dos, mártires.

En Oriente, san Rústico y san Eleuterio, decapitados en defensa de la fe.

Entre los Griegos, san Teoctisto, mártir.

Allí tambien, san Teágenes, quemado por haber confesado la fe de Jesucristo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Gerardi abbatis commendet; ut quod nos-

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad san Gerardo nos haga gra-

tris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

tos á vuestra divina Majestad, para que consigamos con su proteccion lo que no podemos con nuestros merecimientos. Por nuestro Señor.

La epístola es del cap. 45 del libro de la Sabiduría.

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo; y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

« Los judíos nunca han querido reconocer por canónico el libro del Eclesiástico de donde se sacó esta epístola; pero toda la Iglesia católica le ha venerado siempre como tal; es decir, como obra inspirada de Dios, que compone parte de la sagrada Escritura; y así la tradicion como todos los padres reconocen su canónica autenticidad, habiendo sido el libro espiritual de todos los siglos. »

REFLEXIONES.

El Señor le hizo santo por su fe y por su mansedumbre. La fe arregla el espíritu y el corazon de los santos; la mansedumbre gobierna su conducta. La severidad seca y amarga nunca fué efecto del cristiano y verdadero zelo: por lo comun lo es de un orgullo disfrazado, que se pone aquella máscara de religion para satisfacerse á sí mismo á costa de la simplicidad y aun de la buena fe de los sencillos. Con esto daba en cara Jesucristo á los hipócritas y soberbios fariseos, que ostentaban grande severidad con los otros, echándoles á cuestas cargas insoportables, mientras ellos en secreto se dispensaban de las mas lijeras observancias de la ley. Este es tambien el artificio natural de todos los herejes; ninguno hay que no esté contínuamente predicando reforma, y que no grite contra la relajacion. A la verdad, á todos engaña cierto airecillo de severidad; el pecador conoce que tiene necesidad de penitencia, y el que está verdaderamente arrepentido no gusta de ser adulado. Es una especie de enfermos, que, conociendo su peligro, estiman al médico aunque les receta remedios dolorosos y violentos. Tambien son menester alguna vez para las enfermedades del alma; pero es contra el espíritu del Salvador el pretender curarlas todas con fuego, con vino y con vinagre. El caritativo Samaritano mezcló y confeccionó el vino con oleo. Es grosero error confundir siempre la dulzura con la relajacion: esta tira á debilitar y á eludir la ley de Jesucristo; aquella, á solicitar su observancia con amor, haciéndola menos dura. En todas partes condena el Salvador la relajacion de la doctrina; pero en todas recomienda la suavidad y la mansedumbre: *Discite à me, quia mitis sum.* No hubo santo

que no fuese riguroso y severo consigo mismo; este es el precepto expreso, aborrecerse á sí propio: *Adhuc et animam suam*. Nada se ha de perdonar uno á sí mismo. En nosotros tenemos todos materia y sugeto muy á propósito para ejercitar la severidad evangélica. De esto nos dió continuas y admirables lecciones Jesucristo, así con sus palabras como con sus ejemplos. Ayunemos; pero sin aliviar, y aun casi extenuar nuestros ayunos con mil invenciones que la delicadeza, el amor propio y la sensualidad, fecunda en expedientes, nos sugieren como necesarias, siendo en realidad meros refinamientos de la gula y del regalo. Mortifiquemos nuestra carne, y mortifiquémosla sin misericordia, y sin el vano temor de que nos inutilizaremos; impongámonos penitencias proporcionadas y saludables; cuando trabajamos en nuestro propio terreno, no hay que temer tanto algun exceso. Pero atemperémonos con prudencia á la flaqueza de los otros. El oleo con el vino es excelente remedio para las llagas; el vino solo las irrita, y no las cura. Los amos duros, severos, sin compasion; los tonos altaneros y dominantes; los modales imperiosos y desabridos; el gesto ceñudo y enfadoso, con ciertos ímpetus de ira ó de impaciencia, los hacen muy aborrecibles y poco respetables. La excesiva severidad cansa el sufrimiento, enajena el ánimo y encona el corazon. Siempre es eficaz la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo.

El evangelio es del cap. 19 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus au-

En aquel tiempo, dijo Pedro á Jesus: Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio,

tem dixit illis: Amen dico vobis, quòd vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cùm sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut pàtrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

pues, recibiremos? Mas Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros, que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

SOBRE EL MAL HUMOR.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el mal humor es, por decirlo así, el enemigo doméstico de la tranquilidad del hombre, y aun se le pudiera llamar su tirano casero. Causa turbacion en el espíritu, excita tempestades en el corazon, hace que dominen en el alma el enfado, el desabrimiento, la cólera y el furor. Aunque no siempre sea violento, no por eso es menos maligno, y su ordinario oficio es ser verdugo del corazon humano. ¡Qué amargura no derrama aun en el genio mas apacible! Oscurece los dias mas claros, turba los mas serenos, destierra la urbanidad, la buena crianza, la virtud y hasta la misma razon. Es una enfermedad que crece con los años, y á poco que se avance la edad, se hace incurable. Si el mal humor solo derramara su

hiel y su acedía en el terreno donde nace, solo perjudicaria á su propio dueño; pero extiende su malignidad á todos los que están cerca de él. Si se halla en un superior ó en un padre de familias, mortifica á toda la comunidad y turba toda la casa. No respeta amistad, sociabilidad, urbanidad; y de este enemigo doméstico se vale ordinariamente el demonio para armar lazos á la inocencia y á la mas sincera virtud. Está uno de mal humor; pues hácese enfadoso á los otros, y no se puede sufrir á sí mismo; y en tiempo de esta turbacion es cuando, por lo comun, hacen las pasiones sus progresos y sus estragos. Pero no se piense que solamente están sujetas á este mal las personas libres y disolutas; las mas cuerdas, las mas moderadas, aun aquellas mismas que hacen profesion de virtuosas no se eximen de él. Aquellos que se llaman devotos son no pocas veces los que gastan peor humor que los otros; y este su mal humor suele ser mucho mas agrio, mas inquieto, mas enfadoso, mas delicado, mas quisquilloso y mas ofensivo que el de los demás; siendo por otra parte incurable, atento á que se mantiene con el falso pretexto de la gloria de Dios, de devocion y de zelo.

¿Es posible, Señor, que un defecto tan grosero, una pasion tan descubierta, una enfermedad del alma tan visible no excite nuestra indignacion, nuestro zelo y nuestra aplicacion? ¿es posible que por tanto tiempo y aun por toda la vida se perdone á un enemigo doméstico, que cada dia se fortifica mas, y se hace mas peligroso cuanto mas se fortifica? Experiméntanse los funestos efectos que produce; llóranse sus malas consecuencias; pero ¿qué esfuerzos se hacen, qué remedios se aplican para curar un mal que causa tanto daño?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, además de los tristes, de los lastimosos efectos que produce el mal humor en las personas abandonadas á sus pasiones, y poco cristianas, no hay cosa que mas desacredite la virtud, que haga mayor perjuicio á la devocion que esta enfermedad del alma. Siendo el mal humor prueba evidente de inmortificacion y de flaqueza, es tan opuesto al concepto que se forma de la verdadera virtud, es tan contrario á su verdadero carácter, que enteramente se pierde la buena opinion que se tenia de las personas que se dejan dominar de él; porque el mal humor es la señal mas segura de una alma imperfecta y de un corazon inmortificado. Siempre que se está de mal humor, se conoce que la pasion domina á aquel corazon flaco, infiel á la gracia y poco devoto. ¿Dónde hay contradiccion mas extravagante, falta de virtud mas manifiesta que ver algunas personas al acabar de comulgar, al acabar de hacer alguna buena obra, al salir del altar, y no pocas veces en el mismo sacrificio de la misa, desabridas, inquietas, alteradas y aun coléricas? ¿qué honor producirá á la devocion una conducta tan irregular? La igualdad de humor siempre inalterable es un privilegio singular é inajenable de la verdadera virtud. En dependiendo del humor la devocion, la prudencia, el agrado y el buen modo, ya no es virtud ni buena prenda, sino manía y capricho. Nunca debe el espíritu estar dependiente del humor, y mucho menos ser esclavo suyo un corazon cristiano; todos sus ímpetus y todos sus movimientos han de ser siempre dirigidos por la devocion y por el espíritu de Dios. No se puede negar que el humor es natural, y que no siempre es dueño de él una persona : es cierto que el mal humor

nace de la constitucion y de la sangre; mas no por eso está menos sujeto á la razon, y sobre todo á la gracia. Nacen con nosotros las pasiones y el amor propio; pero por lo mismo deben ser el objeto de nuestra mortificacion, y la materia de nuestros triunfos. Determinémonos á combatirlos; y la gracia del Salvador, que nunca nos falta, responderá de su ruina y de su rota. El estar de mal humor siempre es falta de mortificacion. Apliquémonos á vencer ese natural, esas pasiones dominantes, que el trabajo siempre nos será provechoso y nunca ingrato. ¡Cosa rara! Los genios mas enfadosos, los mas desabridos se vencen, nunca están de mal humor en presencia de aquellas personas cuya benevolencia pretenden captar, cuya gracia intentan conseguir para sus intereses y pretensiones. ¿Cuándo ha de llegar el caso que los motivos de religion nos hagan tanta fuerza como los respetos humanos y los motivos naturales?

Dignaos, Señor, concederme vuestra gracia para vencer, para destruir este enemigo doméstico, tan contrario á mi salvacion y á mi tranquilidad. Resuelto estoy desde este mismo punto á dedicarme enteramente á combatirle y á vencerle, esperando conseguirlo con vuestra divina asistencia.

JACULATORIAS.

Libera me de sanguinibus, Deus, Deus salutis meæ. Salm. 50.

Mi Dios y mi Salvador, líbrame de mis pasiones que me ponen de tan mal humor.

Ne deseras in tristitia cor meum. Eccl. 38.

No permitas, Señor, que me deje llevar del mal humor ni de la tristeza.

PROPOSITOS.

1. Siempre el mal humor es efecto de la inmortificacion del corazon y del desórden del alma. La prueba mayor de que hay poca virtud es esa alternativa de alegría y de tristeza, de buen humor y de tal temple. Porque estés inquieto y enfadado contigo mismo, no es razon que se extienda la tempestad á los que tratan contigo. ¿Qué culpa tienen los demás de que tú no seas dueño de tus pasiones, para que se comunique á los inocentes tu hiel y tu amargura? Si tú no te puedes sufrir á tí mismo, es injusticia y es cosa muy dura que los que no tienen parte en tu enfermedad carguen con tus incomodidades. Si estás sujeto á esos accesos de tristeza, de melancolía y de mal humor, toma los remedios mas convenientes para curar una dolencia tan contraria á la virtud, y aun opuesta á las leyes de la sociedad y del trato humano. El mal humor es natural en su causa, pero siempre es libre en sus efectos. Si es falta, la debes corregir; si es pasion, la debes mortificar y vencer. Hácese incurable, porque se contemporiza con ella, y porque se la deja salir con lo que quiere sin contradecirla. Luego que conozcas que va á apuntar el mal humor, haz cuanto puedas para domarle, para sufocarle, ó á lo menos para que no salga hácia afuera. Nunca te has de mostrar mas agradable, mas apacible, mas cortesano ni mas cariñoso que cuando estés de mal humor.

2. Es mal remedio huir de la conversacion y del comercio cuando se está con mala disposicion, y no es curarla, sino fomentarla y hacerla mas violenta. Todo lo contrario se ha de practicar; se la ha de fatigar con el ejercicio. Nada la debilita mas que las frecuentes victorias. Tambien la oracion es excelente

remedio contra esta enfadosa enfermedad. Ella siempre seca la devocion, y quita el gusto á los ejercicios espirituales; por lo mismo, entonces mas que nunca has de ser puntualísimo en todos ellos, y aun convendrá que añadas algunos mas. Esto doma y debilita maravillosamente el mal humor.

DIA CUARTO.

SAN FRANCISCO DE ASIS, CONFESOR.

El gran patriarca san Francisco, tan célebre en todo el universo por el brillante resplandor de sus virtudes, admiracion del mundo cristiano por el total desasimiento de los bienes de la tierra, y uno de los mayores santos que venera la Iglesia en sus altares, fué natural de la ciudad de Asís, en la provincia de Umbría. Vió la primera luz del mundo el año de 1182, y nació en un humilde establo, donde cogieron á su madre de repente los dolores del parto, y allí mismo le parió; queriendo el Señor que el que habia de hacer una vida tan parecida á la de Jesucristo, le imitase hasta en el lugar de su pobre nacimiento. Su padre Pedro Bernardono y su madre Pica eran mercaderes, y vivian del comercio. Llamósele Juan en el bautismo; pero despues se le dió el nombre de Francisco por la facilidad con que aprendió la lengua francesa, necesaria entonces para negociar á los comerciantes de Italia.

No pusieron sus padres el mayor cuidado en su buena educacion. Luego que tomó una leve tintura de las primeras letras, le aplicaron al comercio. Era

de las necesidades ajenas; sus modales atentos, gratos, afables y naturalmente airosos y cortesanos le distinguian mucho entre los demás mancebos de su profesion, y le ganaban los corazones de todos. Gustaba mas de la diversion que del interés; pero tenia horror á la disolucion, y su admirable pasion desde la misma infancia fué la caridad. Era para él un gran tormento no poder dar limosna al pobre que se la pedia. Pidiósela en cierta ocasion un mendigo á tiempo que estaba vendiendo no sé qué género; y habiéndosela negado, ó por inadvertencia, ó por no interrumpir la venta, fué tanto su dolor, que, desamparando todo, corrió inmediatamente tras del mismo mendigo, dióle todo el dinero que llevaba consigo, y prometió á Dios no negar limosna en adelante á pobre alguno que se la pidiese.

No eran para él ni el ruido de la negociacion ni el aire de un mostrador. Eran muy diferentes los intentos del Señor; pero la disipacion de Francisco no le permitia comprender estos misterios, hasta que un suceso de poco gusto le hizo entrar algo mas dentro de sí mismo. En cierta diferencia que los vecinos de Asís tuvieron con los de Perusa fué Francisco uno de los mas acalorados en la defensa de sus derechos. Tomaron unos y otros las armas, vinieron á las manos, y aunque Francisco se señaló mucho por su valor, fué hecho prisionero, y como tal estuvo un año en Perusa. Este retiro comenzó á disgustarle del mundo, pero no le convirtió. Luego que logró su libertad, se vió acometido de una larga y molesta enfermedad, que ni por eso le hizo mas devoto. Cuando convaleció de ella, se mandó hacer un vestido rico y muy de moda. El mismo dia que le estrenó se encontró con un hombre muy conocido, pero muy pobre, cubierto de unos indecentes andrajos, dióle su vestido nuevo, y él se acomodó con sus trapos. La no-

che siguiente, le pareció ver en sueños un magnífico palacio, lleno todo él de armas resplandecientes y bruñidas, pero todas marcadas con la señal de la cruz. Despertó, y se persuadió, sin la menor duda, á que la Providencia le destinaba para ser un gran capitan. Con esta idea, se le exaltó mas aquella gran pasion que tenia por la gloria. Partió inmediatamente á la Pulla, y ofreció sus puños y su valor á Gautier, conde de Briene, que, auxiliado de Felipe Augusto, rey de Francia, mandaba en aquella provincia un numeroso ejército contra los enemigos de su casa; pero presto le volvió á llamar á Asís otro misterioso sueño, en que le dió á entender el Señor no queria sirviese á otro amo que á él. Comprendió entonces que la milicia á que le llamaba el superior destino era enteramente espiritual; que él mismo y sus pasiones eran los enemigos que debia combatir. Restituido, pues, á Asís, dejó el comercio, y solo trató de conocer la voluntad de Dios para dedicarse á lo que su Majestad queria de él.

Saliendo un dia á pasearse á caballo por el contorno de Asís, encontró á un pobre leproso, que al principio le llenó de asco y horror; pero reflexionando en el mismo punto que, para seguir á Jesucristo, era menester dar principio venciéndose á sí mismo, sin mas deliberar, se apea intrépidamente del caballo, acércase al leproso, abrázale, bésale, dale todo el dinero que llevaba, vuelve á montar, y quedó gustosamente admirado y sorprendido cuando ni allí ni en toda la campiña vió al leproso, ni descubrió a otra persona alguna. Enternecióle mucho este suceso, y desde entonces resolvió no pensar en otra cosa que en caminar á la perfeccion, no hallando ya gusto en nada sino en la oracion, en el retiro y en la soledad. Deshacíase un dia en lágrimas acordándose de sus culpas pasadas, y se le apareció Jesucristo crucificado como á punto

de espirar. Enterneciόle mucho mas este espectáculo, y fué tanta la impresion que hizo en su alma, que en el resto de su vida no acertaba á hablar de la pasion de Jesucristo sino con sollozos, con gemidos y con un copioso llanto.

Pero no fué este solo efecto el que produjo en su corazon aquel divino objeto. Apoderóse tan violentamente de él un ardentísimo deseo de imitar la pobreza y los trabajos de Cristo, que ya no encontraba gusto sino en estar con los leprosos y con los pobres. Hizo un viaje á Roma para visitar el sepulcro de los santos apóstoles; al salir de la Iglesia, encontró á la puerta una tropa de pobres que estaban pidiendo limosna á los devotos; repartió entre ellos todo el dinero que llevaba; dió su vestido á uno que estaba medio desnudo; cubrióse él con sus asquerosos harapos; y mezclándose entre los demás mendigos, pasó con ellos todo aquel dia. Era Francisco naturalmente presumido y aseado, gustando mucho no solo de la limpieza, sino de la magnificencia en el vestido; pero aquella noble victoria extinguió enteramente en él una y otra pasion; de manera que parecia haber nacido en él la humildad y el abatimiento, siendo desde aquel punto la pobreza su virtud favorecida.

Poco despues que se restituyó á Asis, haciendo oracion en la iglesia de San Damian, distante como cuatrocientos pasos de la ciudad, que estaba amenazando ruina, oyó una voz como que salia de un crucifijo, que le mandaba reparase aquella iglesia. Parecióle que era la voz del mismo Jesucristo; resolvió obedecerle ciegamente; vuélvese á su casa, toma muchas piezas de paño, parte á Foliñi, véndelas todas, y tambien el caballo que las levaba; vuélvese á Asis, pero se va en derechura á la casa del capellan que cuidaba de la iglesia de San Damian; ruégale que la hospede en alla, y entrégale todo el dinero de los

géneros que habia vendido para que se reparase aquella iglesia. El capellan convino gustoso en hospedarle en su casa; pero no hubo forma de admitir el dinero que le ofrecia, por no tener cuestiones ni pleitos con su padre, y Francisco puso el dinero sobre una ventana. Estuvo algunos dias en compañía del buen capellan, empleándolos en ayunos, en vigilias, en disciplinas y en oracion, hasta que, al cabo de ellos, vió venir á su padre ciego de cólera, y gritando que su hijo le habia robado. Escapóse el santo por evitar aquellos primeros ímpetus, y por algunos dias estuvo escondido en una cueva; pero acusando despues su cobardía, salió de aquel retiro determinado á sufrir todo lo que se le ofreciese; déjase ver en las calles de Asís totalmente desfigurado y asqueroso; creen todos que ha perdido el juicio, y en un instante se ve perseguido de la gritería y de los silbidos de los muchachos. Acudió su padre al ruido y á la algazara; llévale arrastrando á casa; añade palos á las represiones; enciérrale en un cuarto como á loco; y ofreciéndosele por entonces un viaje, dejó muy encargado á su mujer que le tuviese en buena custodia. Desconfiada enteramente la madre de vencer la constancia de su hijo, le puso en libertad, y Francisco se volvió á San Damian en compañía de aquel buen clérigo. Noticioso Bernardono de lo que pasaba al volver de su viaje, parte derecho á San Damian con mas sentimiento de perder sus paños que de perder su hijo; pero este, lleno de nuevo valor y animado del espíritu de Dios, le sale al encuentro y le dice: *Padre, yo soy mas hijo de Dios que tuyo; no quiero servir sino á aquel: tú ya no tienes nada conmigo, porque estoy en servicio de mejor amo que tú. Siendo esto así,* respondió el padre, *restitúyeme mi dinero, y ven á renunciar tu herencia delante del obispo. Que me place,* replicó Francisco; y luego que se vió en presencia del obis-

po, sin dar lugar á que su padre hablase palabra, se despojó de todos sus vestidos, quedándose solo con un cilicio ancho que le mortificaba y le cubria; entrególoselos á su padre y le dijo: *Hasta ahora, te llamaba padre; de aquí adelante diré con mas confianza: Padre nuestro, que estás en los cielos.* Asombrado y enternecido el obispo á vista de tan generoso despojo, le abrazó y le cubrió con su ropa hasta que se halló con el capisayo de un pastor, con el cual le abrigó; y dándole su bendicion, le despidió y le envió á su ermita.

Era á la sazon Francisco de veinte y cinco años cuando, rotos todos los lazos de la carne y sangre, y desprendido de todos los bienes temporales que le habian detenido en el siglo, partió á buscar una soledad muy distante de allí, cantando por los caminos las alabanzas del Señor en lengua francesa. Encontróse en un bosque con unos ladrones, regaláronle con muchos palos, y le arrojaron en un ventisquero. El grandísimo consuelo que tuvo en padecer alguna cosa por amor de Jesucristo le desquitó con ventajas de los malos tratamientos; y el santo contaba despues este suceso como una de las mejores aventuras que habia tenido en su vida.

Llegando á Eugubio, le conoció un amigo suyo, hospedóle en su casa, y le vistió con una pobre túnica. Creciendo cada dia mas y mas su amor á Jesucristo, se puso á servir á los leprosos en el hospital, y conociendo que volvia á retoñar el asco y la repugnancia, se arrojó sobre el pobre que le causaba mas horror, abrazóle, besóle, y en el mismo punto quedó el leproso enteramente sano. Pero acordándose que Jesucristo le habia mandado reparar la iglesia de San Damian, se volvió á Asís, pidió limosna para repararla, y se salió con ello. Él mismo trabajaba con los peones y albañiles, de manera que en breve tiempo se vió la iglesia reedificada. Este suceso le animó á empren-

der tambien la reedificacion de la iglesia de San Pedro, é igualmente se salió con este intento.

Estaba abandonada y casi enteramente arruinada la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, por otro nombre la *Porciúncula*, llamada así porque era una porcioncilla de cierta posesion que tenian allí los monjes benedictinos. Inspiróle el deseo de repararla el tierno amor y la extraordinaria devocion que profesaba Francisco á la santísima Vírgen. Consiguiólo á expensas de las limosnas y de su trabajo. Esta iglesia, distante seiscientos pasos de Asís, fué donde el santo recibió despues tan grandes favores del cielo, y fué tambien como la cuna de su seráfica religion. Oyendo un dia misa en ella, y cantándose aquellas palabras del Evangelio en que dice Jesucristo á sus discípulos: *No querais tener oro, ni plata, ni dinero; ni en vuestros viajes lleveis alforja, dos túnicas, ni zapatos, ni báculo* (Matth. 10); de repente se sintió Francisco alumbrado con una luz sobrenatural, é inflamado su corazon con un nuevo encendidísimo deseo de aspirar á la mas elevada perfeccion; y conociendo que esto era puntualmente lo que Dios queria de él, tomó por regla el consejo evangélico que acababa de oir. Al punto se quitó los zapatos, arrimó el báculo, renunció para siempre el dinero, quedóse con una sola túnica, y echando de sí el cinto de cuero con que la tenia sujeta, se ciñió con una tosca cuerda. Despues que practicó á la letra en esta conformidad lo mas perfecto que habia oido, sintió en lo interior vivos impulsos de salir en público á predicar penitencia. Como el ejemplo acompañaba á las palabras, no es posible contar el sinnúmero de conversiones que hizo luego que comenzó á predicar. Quedaban todos atónitos, y ninguno le podia oir sin convertirse. Sus sermones eran sencillos, pero sólidos y eficaces. Algunos, no contentos con oirle, le quisieron imitar, y

dejando todo cuanto tenian, se pusieron bajo su direccion y gobierno. El primero fué un ciudadano de Asís, llamado Bernardo de Quintabal; el segundo, un canónigo de la misma catedral, por nombre Pedro de Catania; y el tercero fué el beato fray Gil á quien el santo escogió por compañero.

Luego que se vió Francisco con estos tres discípulos, determinó formar de ellos una como congregacion para ir por todas partes predicando penitencia. Creció presto hasta siete el número de sus compañeros, y en breve tiempo llegó al número de doce. Entonces, tomada la bendicion, y recibida la mision del obispo, se esparcieron por todas partes aquellos nuevos apóstoles predicando penitencia. La gente los llamaba *los penitentes de Asís*, y no eran conocidos por otro nombre; pero á vista de las portentosas conversiones que hicieron, los veneraron como á hombres extraordinarios enviados por Dios para reformar las costumbres de todo el mundo cristiano, y para mudar el semblante de todo el universo, tanto con la eficacia de sus palabras, como con la virtud de sus asombrosos ejemplos.

Este fué el nacimiento de aquella religiosísima familia, tan célebre en toda la redondez de la tierra por la evangélica perfeccion de su instituto, por un infinito número de doctores, de mártires y de santos, una de las mas nobles y mas preciosas porciones del rebaño de Jesucristo, que por el largo espacio de mas de quinientos años es la admiracion de todo el universo, objeto tierno de la veneracion del público, y uno de los mas brillantes ornamentos de la Iglesia. Esta seráfica órden, cuya santidad respetan todas las naciones, ha dado á la silla apostólica cuatro grandes pontífices, Nicolao IV, Alejandro V, Sixto IV y Sixto V; un prodigioso número de obispos, arzobispos, patriarcas y cardenales, con tanta multitud de ejemplares

religiosos, que, aun viviendo el santo fundador, se contaban mas de seis mil.

Viendo san Francisco que cada dia iba creciendo mas y mas el número de sus discípulos, compuso una regla, que, en términos muy sencillos, contenia los mismos preceptos que les habia dado, y quiso que sus hijos la guardasen como segunda ley despues del Evangelio. El obispo de Asís, con quien el santo consultaba todas sus cosas, era de parecer que se reservase algunas rentas para proveer á la subsistencia de los frailes; pero san Francisco se mantuvo firme en su dictámen, y no quiso absolutamente que tuviesen otras rentas que las de la divina Providencia y caridad de los fieles.

Era ya preciso que se confirmase el nuevo instituto, y á este fin partió á Roma nuestro santo; pero el papa Inocencio III no quiso ni aun siquiera que le hablasen del asunto, tratando de iluso y de visionario al santo patriarca. No se desalentó Francisco por este mal recibimiento; antes se retiró con humildad, y recurrió á la oracion. Aquella noche tuvo el papa un sueño en que le pareció que nacia á sus mismos piés una pequeña palma, la que en breve tiempo crecia hasta ser un árbol robusto y corpulento, notando tambien que aquel pobre á quien habia despedido con tanto sacudimiento, sostenia con sus espaldas la iglesia de San Juan de Letran, que, desnivelada ya, venia con lastimoso estrago á dar en tierra. Luego que despertó, mandó buscar á Francisco, y apenas le oyó hablar cuando reconoció entre aquel aire de humilde sencillez uno de los mayores santos de la Iglesia. Abrazóle, animóle á llevar adelante su empresa; aprobó la regla de viva voz; y ordenándole primero de diácono, le declaró despues por ministro general.

Colmado san Francisco de favores y de bendiciones del sumo pontífice, salió de Roma con sus doce

compañeros, determinados todos á morir á si mismos, y vivir únicamente con la vida de Jesucristo. Habiendo llegado al valle de Espoleto, consultaron entre si si seria mas seguro para ellos quedarse en aquella soledad para no tener mas comercio que con Dios. Pero en una fervorosa oracion que tuvo nuestro santo, le dió el Señor á entender que los habia escogido para trabajar en la salvacion de las almas, predicando penitencia en todas partes, así con sus ejemplos como con sus sermones. Enterados ya de la voluntad de Dios, se restituyeron á la iglesia de la Porciúncula, que les habia cedido la religiosa generosidad de los PP. Benedictinos. Al principio construyó Francisco algunas pocas celdillas; pero en breve tiempo concurrió de todas partes tanto número de pretendientes á serlo en el de sus hijos, que fué menester fabricar muchos conventos. Clamaron por ellos Cortona, Arezzo, Vergoreta, Pisa, Bolonia, Florencia y otras muchas ciudades; de manera que en menos de tres años se contaban mas de sesenta conventos. No fué el menor de los milagros de san Francisco esta propagacion tan prodigiosa y tan pronta de su religiosa familia; pero uno de los mayores milagros que se han visto en la Iglesia de Dios fué la misma vida de este portentoso santo.

Ninguno de cuantos se veneran en los altares le hizo ventajas en la mortificacion. Era continuo su ayuno, sin que jamás se dispensase en él por sus excesivos trabajos. Casi nunca comia cosa cocida, y siempre negó á sus sentidos todo aquello que los podia halagar. Si en lo que le daban de limosna encontraba algun gusto particular, por mínimo que fuese, que lisonjease el apetito, luego lo sazonaba con ceniza. Trataba á su cuerpo con tanto rigor y con tanto desprecio, que le llamaba el jumento; y por su gusto solo se habia de sustentar con cardos silvestres. Su cama ordi-

naria era la desnuda tierra, y una dura piedra por almohada. Su hábito en todos tiempos era una sola túnica, sin arrimarse nunca á la lumbre en lo mas riguroso del invier no, supliendo la falta del fuego material el del divino amor que le abrasaba; pareciéndole que no le podia reconocer Jesucristo por discípulo suyo si no crucificaba su carne y la maceraba con ex traordinario rigor. Siendo muy blando y muy compasivo con sus hijos, solo era severo consigo; ni en su zelo se advirtió jamás el menor asomo de amargura. Despues de haber empleado el dia en predicar, en servir á los enfermos, y en todo género de obras de misericordia y ejercicios de caridad, pasaba la mayor parte de la noche á los piés de un crucifijo, ó delante del Santísimo Sacramento, deshaciéndose en lágrimas. No solo se mostraba un serafin todo abrasado de fuego en los frecuentes raptos que padecia, visitándole en ellos Jesucristo y la santísima Vírgen, sino que todas sus oraciones eran unos éxtasis contínuos. Su semblante estaba siempre inflamado con aquel divino fuego que le abrasaba dia y noche; por eso le llamaban el *serafin humano,* y por eso se dió el nombre de *seráfica* á su sagrada religion. Pero lo que daba mayor relieve á su elevadísima virtud, era su profundísima humildad. No hubo en el mundo hombre puro mas humilde que este gran santo. En medio de tan extraordinarios favores del cielo, no creia hubiese en toda la tierra mayor pecador que él. Hallándose tan iluminado con aquellas divinas ilustraciones, con aquellas luces sobrenaturales que recibia en su íntima comunicacion con Dios, en fuerza de las cuales habia logrado aquel comprensivo conocimiento de la religion, que solo Dios puede comunicar á una alma querida y privilegiada, Francisco nunca salia de su primera simplicidad, y penetrado íntimamente de su nada, se tenia por mas despreciable que el mas vil

gusano de la tierra. Nunca se pudo resolver á ordenarse de sacerdote, y por este mismo espíritu de humildad dió á su órden el nombre de la religion de los frailes menores. En fin, resplandecian tanto en todo el mundo las virtudes de san Francisco, era tan admirada su eminente santidad, que lo menos que asombraba á todos, tanto á los grandes como al pueblo, eran sus estupendos milagros. Por eso, nunca se dejaba ver en el púlpito, que no se deshiciese en lágrimas todo el auditorio, sin que hubiese sermon ni aun conversacion particular á que no se siguiesen ruidosas y admirables conversiones. Hallándose en Roma, donde consiguió que el cardenal Hugolino fuese nombrado protector de la órden, quiso el papa oirle predicar. Fué muy brillante y muy autorizado el auditorio; pero mucho mas maravilloso fué el fruto de su predicacion: compungiéronse los cardenales, y el papa no pudo contener las lágrimas todo el tiempo que duró el sermon.

Mientras los hijos de san Francisco se iban extendiendo por todo el universo con tan inmenso fruto, inspiró Dios á santa Clara que se pusiese debajo de su direccion. Hizo con ella tan ventajosos progresos en el camino de la perfeccion, que, renunciando los grandes bienes que poseia, á ejemplo de su santo director, fué fundadora de una de las mas santas y mas ilustres religiones de monjas que hay en la Iglesia de Dios. Dispúsoles san Francisco una regla conforme á su primer instituto, llamándose al principio *las señoras pobres,* y despues las *clarisas*, ó las religiosas de santa Clara.

Movidas de los sermones y de los ejemplos de san Francisco y de santa Clara innumerables personas casadas de uno y otro sexo, deseaban retirarse á los claustros para pasar en penitencia los dias de la vida; pero haciéndoles reconocer nuestro santo que en to-

dos los estados se podian santificar, y que no era incompatible el conyugal con una vida cristiana y penitente, les dió cierta forma de vida proporcionada á su estado, y esta fué la tercera regla de su órden. Dió el nombre de hermanos y de hermanas á los que querian entrar en esta especie de congregacion, que se llamó *la Tercera órden,* la cual florece hoy en el mundo con mucho bien y honor de la santa Iglesia.

Viendo el santo patriarca las bendiciones que derramaba Dios sobre su recien nacida religion, extendida ya por todas las provincias de Italia, todavía se consideraba como siervo inútil, y se tenia por tal. Pero al paso que crecia por instantes su tierno amor á Jesucristo, se inflamaba cada dia mas su ardiente caridad á los prójimos; y ya la Europa entera le parecia estrecho campo á su zelo. Con resolucion de pasar á Siria para anunciar el Evangelio á los sarracenos, tomó el camino de Roma para pedir al papa la licencia y su bendicion.

Obtuvo de su Santidad todo cuanto deseó; y habiendo fundado en Roma un convento, se embarcó para Siria. Arrojóle una tempestad á las costas de la Esclavonia, y se vió precisado á restituirse á Italia. Teníale inquieto el ansioso deseo del martirio; y movido de él, pasó á España con ánimo de embarcarse para el Africa, esperando siempre encontrar en los Moros la corona por que suspiraba. En todas la ciudades por donde transitó dejó insignes pruebas del poder que Dios le habia concedido sobre las enfermedades, sobre los elementos, y sobre la misma muerte, haciendo en todas milagros estupendos; pero por una larga enfermedad que le sobrevino se vió en precision de retirarse á Italia por la segunda vez. Fuése á su primer convento de Nuestra señora de los Angeles, donde perfeccionó su instituto con adicion de algunas nuevas constituciones. Desde allí se pasó al monte Alver-

nia donde el conde Orlando de Catania, que le veneraba como á su padre, le habia fundado un convento. Allí pasó algun tiempo empleándole en las dulzuras de la contemplacion, y convirtió á un ladron famoso. De Alvernia se fué al valle de Fabiano, otra soledad que tambien era muy de su gusto, y desde ella envió sus frailes á las misiones de Francia, de Inglaterra y de Alemania, donde en breve tiempo vió apresurarse todas las ciudades por tener religiosos de san Francisco, y por fundarles conventos.

Habiendo muerto Inocencio III, despues del concilio general de Letran, pasó á Roma nuestro santo para obtener de su sucesor Honorio III la confirmacion de su órden. Recibióle el nuevo pontífice con toda la ternura y con toda la veneracion que merecia tan ilustre santidad: confirmó la órden con una bula, concediendo en favor de ella grandes y singulares privilegios. Con ocasion de este viaje á Roma, se conocieron por la primera vez santo Domingo y san Francisco, y estrecharon aquella santa hermandad que comunicaron los santos patriarcas á sus hijos en tanto bien y provecho de la Iglesia.

Cuando volvió á su convento de Nuestra Señora de los Angeles, que fué el año de 1218, celebró en él aquel famoso capítulo general, que se llamó *el capítulo de las Esteras*, porque de ellas principalmente se levantaron en un espacioso campo las celdas necesarias para mas de cinco mil frailes que concurrieron á él, formándose otras de juncos y de ramos. No vió el mundo espectáculo mas asombroso ni de mayor edificacion. Comunicado el espíritu del padre á todos los hijos, se veneraron en aquel capítulo tantos santos como religiosos; y lejos de ser necesarias exhortaciones ni pláticas para encender el fervor, lo que dió mas que hacer al cardenal Hugolino, protector de la órden y presidente del capítulo, fué moderar las penitencias

de los que se excedian en las que prescribia la regla.

Despues que se disolvió aquella numerosa junta, tuvo noticia san Francisco de que cinco hijos suyos, fray Pedro de San Geminiano, y Oton, sacerdotes, fray Berardo de Corbia, Ayuto y Acurso, á quienes el mismo santo habia enviado á Marruecos á predicar la fe, habian recibido la corona del martirio. Con esta ocasion, movido de una santa envidia, se le volvió á encender su antiguo zelo y deseo. Partió, pues, para Siria, llevándose consigo algunos religiosos; y habiendo llegado á Damiata, se presentó al sultan, y con una intrepidez, digna de los primeros héroes cristianos, le declaró que solo habia venido para manifestarle la falsedad de la ley de Mahoma, y para enseñarle que no habia otro camino de salvacion sino la ley de los cristianos. Parecia consiguiente á una declaracion tan esforzada la corona del martirio; pero reservábale Dios para otro martirio de amor. Asombrado el sultan de la santidad de Francisco, enamorado de su conversacion, y mucho mas de la generosidad con que se negó á recibir los ricos presentes que le ofrecia, le colmó de honras, y le despidió rogándole que le encomendase á Dios, pidiéndole que le alumbrase. Desconfiado el santo de derramar su sangre por la fe, se volvió á embarcar para restituirse á Italia.

Retiróse al monte Alvernia, y no sosegó hasta que renunció su empleo de ministro general en el bienaventurado fray Pedro de Catania. Descargado ya de aquel peso, empleaba los dias y las noches en continua comunicacion con Dios, y en ejercicios de la mas rigurosa penitencia. Hácia el fin de la cuaresma de san Miguel, que hacia todos los años, recibió del cielo aquel insigne favor, cuya memoria consagró la Iglesia con fiesta particular. Esta fué la impresion de las sagradas llagas en su santo cuerpo, al mismo

tiempo que el fuego del divino amor abrasaba su corazon, y le trasformaba en un serafin de la tierra. Por mas cuidado que puso en ocultar á los ojos de los hombres aquellas señales del amor divino, la sangre que derramaban hacia traicion á su humildad, y desde allí en adelante todos le llamaban el patriarca seráfico.

Despues de este martirio del amor, apenas vivia san Francisco sino de milagro, y las contínuas lágrimas que derramaba le debilitaron tanto la vista, que casi no percibia los objetos. Los dos años que sobrevivió á la impresion de las llagas no fueron mas que enfermedades molestas, dolores agudísimos, éxtasis contínuos, los que le acabaron de consumir, y Dios le reveló, en fin, el dichoso momento en que le queria premiar.

Luego que se divulgó la voz de que el santo habia tenido revelacion del dia de su muerte, se excitó entre las ciudades vecinas una piadosa contienda sobre cuál de ellas habia de poseer el precioso tesoro de su cuerpo; pero el mismo santo, sin tener noticia de lo que pasaba, se declaró á favor de la de Asís. Hallábase postrado en el convento de Fuen Colomba, y mandó que le llevasen al de Nuestra Señora de los Angeles, para cuya iglesia habia alcanzado de nuestro Señor el famoso jubileo llamado de la Porciúncula, el que despues confirmaron tantos sumos pontífices, asignando para él el dia de la dedicacion de la misma iglesia, cuna de la religion seráfica, y es el dia segundo de agosto. Luego que llegó al convento, mandó que le quitasen la túnica, y que le tendiesen en el suelo para morir con la mas extrema pobreza á imitacion de su divino modelo Jesucristo, que espiró desnudo en el árbol de la cruz. Diéronle aquel gusto; pero al mismo tiempo tomó el guardian una túnica vieja y una cuerda, y se la alargó diciendo: *Te doy*

de limosna este hábito como á un pobre; tómale por obediencia. Obedeció el santo; y viéndose cercado de todos los frailes, que se ahogaban en sollozos y se deshacian en lágrimas, levantando las manos al cielo, los exhortó á que conservasen el amor de Dios, el cual era el alma de su instituto; á que guardasen con suma puntualidad todas las reglas; á que nunca desmintiesen aquella rigurosa y perfecta pobreza, que era su distintivo y su carácter; á que conservasen con fidelidad y con infinita sumision la fe de la Iglesia romana; á que profesasen tierno y ardentísimo amor á la santísima Vírgen, su querida madre, y á que mantuviesen entre sí una inalterable caridad.

Extendiendo despues el santo patriarca los brazos, y poniéndolos en forma de cruz, suplicó humildemente al Señor que echase su bendicion sobre todos sus hijos, y que los cuidase en lugar de padre. Mandó que le leyesen la pasion de nuestro Señor Jesucristo, segun el evangelio de san Juan; y despues de ella comenzó él mismo á rezar con voz lánguida y moribunda el salmo 141: *Voce mea ad Dominum clamavi.* — Clamé al Señor con mi voz, implorando su asistencia. *Effundo in conspectu ejus orationem meam.* Derramo mi corazon delante de él, y le hago presente mi afliccion. *In deficiendo in me spiritum meum:* Viendo que me va faltando el espíritu, acudo á vos, Dios mio, que teneis tan conocidos todos mis pasos. *Clamavi ad te, Domine, dixi: tu es spes mea, portio mea in terra viventium.* A vos, Señor, dirijo mis clamores, diciendo á voz en grito: tú eres mi esperanza, y tú mi herencia en la tierra de los que viven. Habiendo llegado al último versículo: *Educ de custodia animam meam ad confitendum nomini tuo.* Libra, Señor, mi alma de la prision de este cuerpo, para que confiese incesantemente tu santo nombre: todos los justos esperan que me hagas misericordia, dándome lugar entre los escogidos: al

pronunciar estas últimas palabras, espiró tranqunamente en manos de sus hijos el sábado 4 de octubre del año 1226, á los cuarenta y cinco de su edad, el veinte y nueve de su conversion, y diez y nueve de la fundacion de su órden.

Apenas espiró san Francisco cuando pareció haberse comunicado al cuerpo la gloria que gozaba su benditísima alma, exhalando aquel un suavísimo olor que llenó de fragrancia toda la celda. No se oia por las calles de Asís otra cosa que estas palabras : *Murió el santo.* Todos vieron á su satisfaccion las sagradas llagas ó señales de las suyas que habia impreso nuestro Señor en manos, piés y costado de nuestro santo. Fué llevado el santo cuerpo primero al convento de San Damian, que era el de santa Clara, para satisfacer su devocion y la de sus hijas ; y de allí fué conducido como en triunfo á la iglesia de San Jorje, donde habia sido bautizado, y donde se le dió sepultura. En vista del prodigioso número de milagros que obró Dios en ella, el papa Gregorio IX, antes cardenal Hugolino, grande amigo del santo, y testigo ocular de su eminente santidad, le canonizó dos años despues, el de 1228, el dia 17 de julio, con extraordinaria solemnidad en la misma ciudad de Asís. Luego que se acabaron las funciones de la canonizacion, se abrieron los cimientos de una magnífica iglesia, y el mismo papa quiso poner la primera piedra, acabándose en menos de dos años el suntuoso edificio; y el de 1230, cuando se celebraba el capítulo general, fué trasladado el santo cuerpo á la nueva basílica el dia 25 de mayo, colocado en una bóveda debajo del altar mayor. Encontróse el cuerpo entero, y sin haberse descarnado ni consumido, y se dice que se conserva de la misma manera sin corrupcion, manteniéndose en pié sin ningun arrimo, con los ojos abiertos, y un poco levantados al cielo, y la sangre de las llagas roja y líquida.

Doscientos veinte y tres años despues de su muerte, el de 1449, le vió en esta misma postura el papa Nicolao V, acompañado de un cardenal, de un obispo, de su secretario, del guardian del convento y de tres religiosos, como todo consta de auténtico instrumento.

Aunque este gran santo no se aplicó mucho al estudio de las ciencias humanas, lo suplió Dios con la luz sobrenatural y con la ciencia infusa que le comunicó, no menos que con los divinos arcanos que se le manifestaban en la íntima y contínua comunicacion que tenia con el Señor. Además de eso, tenia una excelente capacidad, y poseia una elocuencia natural, que se dejaba traslucir por entre los celajes de su profunda humildad, y aquella santa simplicidad que observaba perpetuamente en sus palabras y en todos sus modales, en sus *sermones*, en sus *conferencias espirituales*, en sus *instrucciones monásticas*, en aquella admirable obra, que se llama *el testamento de san Francisco*, en sus *cánticos espirituales*, en sus *advertencias*; y en algunas otras obras devotas de nuestro santo, que se han dado á luz, se descubre aquella ciencia de los santos, que solo Dios comunica, aquella sabiduría y aquella sublime inteligencia que son dones y frutos del Espíritu Santo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Asís de Umbría, la fiesta de san Francisco, confesor, fundador del órden de los hermanos menores, cuya vida llena de santidad y de milagros ha sido descripta por san Buenaventura.

En Corinto, la fiesta de san Crispo y de san Cayo, de quienes habla san Pablo en su epístola á los Corintios.

En Egipto, san Marco y san Marciano, su hermano,

mártires, y un sinnúmero de mártires, de toda edad y de todo sexo, de los cuales unos, despues de haber sido azotados, otros, despues de haber sufrido horribles tormentos de toda especie, fueron entregados á las llamas; unos fueron precipitados al mar; otros, decapitados; muchos murieron de hambre; otros fueron ahorcados; y hasta algunos fueron colgados cabeza abajo. Así consiguieron todos la corona del martirio.

En Damasco, san Pedro, obispo y mártir, quien, habiendo sido acusado ante el príncipe de los Agarenos de enseñar la fe de Jesucristo, se vió cortar la lengua, los piés y las manos, consumando su martirio clavado en una cruz.

En Alejandría, los santos presbíteros y santos diáconos Cayo, Fausto, Eusebio, Queremon, Lucio, y sus compañeros, algunos de los cuales, sirviendo á los mártires en la persecucion de Diocleciano, recibieron la recompensa de los mártires.

En Atenas, san Hieroteo, discípulo del apóstol san Pablo.

En Bolonia, san Petrono, obispo y confesor, que resplandeció en sabiduría, milagros y santidad.

En París, santa Aura, vírgen.

En Tréveris, san Tirso y sus compañeros, mártires.

En Turena, san Quintin, oriundo de Ville-Parisis, víctima de la castidad en la márgen del rio de Aindroix.

En la Lorena, san Mauvé, obispo de Verdun.

En Moissac en Quercy, san Maufroy, corepíscopo.

En la costa de Génova, san Ampelo, solitario.

Entre los Griegos, santa Calístena, vírgen.

En Temoi, san Baulo, apellidado el justo, venerado por los Coptos y por los Etiopes.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Francisci meritis fœtu novæ prolis amplificas: tribue nobis ex ejus imitatione terrena despicere, et cœlestium donorum semper participatione gaudere. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

O Dios, que por los merecimientos de san Francisco fecundaste á tu Iglesia con una nueva familia de hijos; danos gracia para despreciar á su imitacion las cosas de la tierra, y para colocar siempre nuestra alegría en la participacion de los dones celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 6 *de la que escribió san Pablo á los de Galacia.*

Fratres: Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi: per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. In Christo enim Jesu neque circumcisio aliquid valet: neque præputium, sed nova creatura. Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. De cætero nemo mihi molestus sit: ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. Gratia Domini nostri Jesu Christi cum spiritu vestro, fratres. Amen.

Hermanos: lejos de mí el gloriarme en otra cosa, que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesus nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquellos que siguieren esta regla, sea paz sobre ellos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto, pues yo llevo las llagas del Señor Jesus en mi cuerpo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, ó hermanos, con vuestro espíritu. Así sea.

NOTA.

«Eran los Gálatas originarios de las Galias de donde salieron algunas tropas de Galos, que, derramándose por la Asia menor, entre las provincias de Capadocia y de Frigia, fijaron en esta su habitacion, y desde entonces se comenzó á llamar *Galacia* aquel país. Aunque san Pablo fué el primero que predicó el Evangelio á los gentiles, persuaden muchas razones que san Pedro habia predicado antes el Evangelio á los judíos, los cuales causaron entre los gentiles convertidos aquellas contestaciones y disputas que dieron motivo á esta epístola.»

REFLEXIONES.

No quiera Dios me glorie en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué pocos cristianos del mundo tienen hoy este lenguaje! Sin embargo, este debiera ser el mas comun á todos los cristianos, ó por lo menos es cierto que ningun otro les conviene mejor. Desde que Jesucristo se dignó consumar el misterio y la obra de nuestra redencion en el ara de la cruz, la cruz debe ser el distintivo de todos los verdaderos fieles. A la verdad, no nos debe distinguir ni la nobleza de la sangre, ni el esplendor del nacimiento. Delante de Dios no constituye nuestro mérito ni la elevacion del puesto que se ocupa, ni la dignidad del empleo que se ejerce, ni la abundancia de los bienes que se poseen y disfrutan. Gloriarse en esta especie de bienes advenedizos, por decirlo así, es hacer vanidad de una gloria extranjera. El valor de esta especie de bienes es arbitrario: segun el espíritu del cristianismo, se consideran bienes fallidos á la hora de la muerte. El que entonces no tiene otros fondos, siempre

muere pobre, ó insolvente, como se dice. La cruz de Jesucristo ennoblece el hombre por toda la eternidad; es un título de distincion, admitido por el mismo Dios; es un insondable fondo de méritos, es un verdadero tesoro, pero tesoro profundamente enterrado para innumerables cristianos. La cruz, dice el Apóstol, es materia de escándalo á los judíos, y asunto de burla á los gentiles; pero pregunto, ¿es hoy mas estimada, ni mas venerada por la mayor parte de los cristianos? *No quiera Dios*, dice el Apóstol, *que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo*. Esos grandes del mundo, criados entre el esplendor, las diversiones y los regalos; esas mujeres profanas, eternamente ocupadas en galas, en modas, en vanos pasatiempos y en inutilísimas recreaciones; esos hombres, verdaderos hijos de este siglo, funestas víctimas de la ambicion y del interés; esos esclavos de la diversion, que solo toman gusto á lo que lisonjea los sentidos, y fomenta las pasiones; esos ricazos, idólatras del dinero y de los miserables bienes de esta vida; y aun esas mismas personas devotas, que quieren juntar la virtud con un exquisito esmero en solicitar sus conveniencias, y con un raro primor en procurar todas las comodidades; todas esas gentes que se llaman cristianas, ¿sienten lo mismo que sentia el Apóstol? ¿pueden todas decir con semejante sinceridad: *No quiera Dios que yo me glorie sino en la cruz de mi Señor Jesucristo?* ¡Y despues de esto, no se podrá comprender cómo es posible que sea tan corto el número de los escogidos!

El evangelio es del cap. 11 *de san Mateo.*

In illo tempore, respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cœli, et terræ,

En aquel tiempo, respondió Jesus, y dijo: Glorifícote, ó Padre, Señor del cielo y de la

quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon, y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es lijera.

MEDITACION.

DE LA POBREZA EVANGÉLICA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la pobreza evangélica no es puramente de consejo sino de riguroso precepto, puesto que Cristo indistintamente la intima á todos los fieles por estas palabras: *El que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.* No se puede entender esta renuncia de un general despojo efectivo de todos los bienes como la hizo san Francisco, y como la hacen todos los religiosos: no pide el Salvador á todos los cristianos este sacrificio; pero indispensablemente pide á todos los que quieren ser sus discipulos que desprendan el corazon de todos los bienes de la tierra; quiere que entre la misma abundancia sean pobres de

afecto y de corazon. Déjanos libre el uso y aun el dominio de los bienes criados; pero nos prohibe el apego á ellos, y mucho mas el que sean nuestro ídolo. Sé enhorabuena rico, si la divina Providencia quiso que nacieses tal, ó si, echando Dios su bendicion á tu industria, dispuso que lo fueses; pero aunque poseas las riquezas, no apegues á ellas el corazon. Este fué criado para bienes mas preciosos y mas duraderos; y una de dos, ó has de renunciar el título de discípulo de Cristo, ó has de amar los bienes criados con subordinacion á los eternos y celestiales. A ninguno exceptúa el oráculo del Hijo de Dios; tanto el príncipe como el vasallo; tanto el padre de familias, como el que no tiene sucesion; tanto el hombre de negocios, como cualquiera otro particular, todos están comprendidos en la generalidad de este precepto. No es un mero consejo de perfeccion; el apego del corazon á los bienes que se poseen está absolutamente condenado por el Evangelio. Se deben conservar sin duda los bienes adquiridos, y los que Dios nos ha dado: se deben tambien aumentar, todo segun los fines del mismo Dios; pero en poniendo en ellos el corazon, ya pasaron á ser su ídolo. De aquí nace aquella codicia, aquella ambicion, aquella avaricia que el Apóstol llama *idolatría*. Hablando en rigor, las riquezas, legítimamente adquiridas, no son las que nos hacen poco cristianos: el afecto y el apego á ellas es el que causa este desórden, y el que hace réprobos á tantos ricos. ¿Cuántos reyes y cuántos príncipes poderosos fueron santos? ¿cuántos santos fueron ricos? No se despojaron de las riquezas sino del apego á ellas. Así como se puede tener apego á los bienes de la tierra, profesando la mas rígida pobreza, y por el mismo hecho dejar de ser discípulo de Cristo, así tambien se puede ser pobre en medio de la abundancia, desprendiendo el corazon de todo afecto á las riquezas por amor de Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera si será hoy muy crecido en el mundo el número de los discípulos de Cristo. ¿Son muchos los hombres acomodados, los hombres ricos que viven desprendidos de este amor, de este apego á los bienes de la tierra? ¿no es el amor á ellos la pasion dominante en toda clase de personas, y en toda suerte de estados? Hoy es el interés el gran resorte, la gran máquina que á todos pone en movimiento. Y esta codicia ¿será prueba de un grande desapego? ¿se solicitan los bienes temporales con mucha tranquilidad y con mucha indiferencia? ¿se poseen sin amor? ¿se pierden con resignacion? Y no se podrá decir que las riquezas son el ídolo universal, que, por decirlo así, sustituye entre los cristianos el lugar que ocupan los otros idólos en el gentilismo? ¿Adónde se fué aquel desprendimiento tan recomendado en el Evangelio, aquel desapego del corazon, tan propio de los discípulos de Cristo? ¿reina por lo menos entre aquellas personas que, consagradas á Dios especial y solemnemente, están obligadas por su mismo estado á no aspirar á otra herencia que á la herencia del Señor? ¡Qué indigna cosa seria si, despues de haber dejado por amor de Dios todos sus bienes, conservasen apego y amor á ellos! ¡qué desórden tan lastimoso si subiesen al altar con un corazon profanado por el amor á los bienes temporales! ¡Pero qué impiedad será la de aquellos que, habiendo hecho voto y profesion de pobres, quieren tener las mismas conveniencias que los ricos, gozar de sus comodidades, sin cargar con sus pensiones, y en una palabra, despojarse de todo en público, pero solicitando que nada les falte en secreto! ¿Con qué cara se gloriará de ser discípulo de Cristo el que conserva una pasion y un

apego tan contrario al espíritu del Evangelio? Ciertamente si el desapego del corazon á los bienes temporales es necesario con necesidad de precepto aun á las personas del mundo, ¿con qué tranquilidad de conciencia podrán los eclesiásticos y los religiosos conservar apego á ellos?

No permitais, Señor, que mi corazon se deje jamás prendar de esos bienes terrenos. Quiero ser discípulo vuestro, y mediante la asistencia de vuestra divina gracia, quiero tambien poseer todas las virtudes y todos los requisitos de tal.

JACULATORIAS.

Beati pauperes spiritu; quoniam ipsorum est regnum cœlorum. Matth. 5.

Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el remo de los cielos.

Divitiœ si affluant, nolite cor apponere. Salm. 61.

Si abundares en riquezas, no pongas tu corazon en ellas.

PROPOSITOS.

1. Siendo Dios el autor de todas las condiciones y de todos los estados de los hombres, ninguno por sí mismo está excluido de la patria celestial. Tanto derecho tienen á ella los ricos como los pobres, y en su misma condicion encuentran los medios que han menester para ser santos. La comparacion del camello; las fuertes expresiones del Evangelio, que á la verdad son poco ventajosas á los ricos; los anatemas que fulmina la Escritura contra los hombres poderosos y opulentos; todo esto solo prueba la dificultad de salvarse en un estado donde todo tienta y todo lisonjea las pasiones. Pero no son precisamente las riquezas

las que forman esta dificultad, sino el apego del corazon á ellas. Quiere Dios que haya ricos en el mundo; pero no quiere que pongan su corazon en sus tesoros, y esto es lo que raras veces sucede. Examínate tú, y mira si te hallas en el caso. Mira, dice san Gregorio, si, en lugar de poseer los bienes temporales, no estás tú poseido de ellos; si tú los posees á ellos, ó ellos te poseen á tí. ¿No tendrás nada que reformar en ese apego, en esa codicia, en esa ansia por adquirirlos? No quiere Dios que descuides de tus bienes temporales; antes quiere que los cuides, que los acrecientes; pero no quiere hagas de ellos tu ídolo. Si quieres ser su discípulo, arregla desde luego tu corazon sobre este punto; y para esto haz todos los dias por la mañana y por la noche un sincero desapropio de todos tus bienes á los piés de Jesucristo. Dile con sinceridad que le rindes muchas gracias por los bienes temporales que se ha dignado concederte; pero que renuncias con toda el alma todo apego y toda inclinacion á ellos, no queriendo tener otra que á los bienes eternos.

2. Acredita este desinterés con tu conducta. Si te sucede alguna pérdida, vuélvete á Dios, y díle con el santo Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum.* El Señor lo dió, el Señor lo quitó; y segun fué su voluntad, así se hizo; sea su nombre bendito. Ni te alegres porque se adelantan tus negocios, ni te entristezcas porque se pierden. Esta igualdad de humor y de una conducta siempre inalterable es la mejor prueba de tu desasimiento.

DIA QUINTO.

SAN PLACIDO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

San Plácido, hijo de Tértulo, senador romano, de una de las mas ilustres y mas antiguas familias de Roma, desde su niñez fué encomendado á la disciplina del gran patriarca san Benito, objeto á la sazon de la veneracion y de la admiracion de toda Italia. A los siete años de su edad le llevó su padre al santo patriarca para que le educase por sí mismo en el monasterio de Sublac. No podia menos de producir excelentes frutos aquella tierna planta, cultivada por tan diestra mano, y en tierra tan fértil de santos. Habia nacido el niño Plácido con tanta propension á la virtud y con tan bellas disposiciones para el estado religioso, que á pocos dias de su residencia en Sublac fué la admiracion de todo el monasterio. No le espantaron los penosos ejercicios de la austera vida que se hacia en él; tan lejos de necesitar que le animasen á llevar aquel pesado yugo, superior á las fuerzas naturales de su tierna edad, fué menester tirar de la rienda á su fervor. Queria Plácido asistir á todos los actos de comunidad, y practicar todas las penitencias que hacian los demás. Causaba verdaderamente admiracion ver aquel niño entrar el primero en el coro para cantar dia y noche las alabanzas del Señor, y valerse de muchísimas industrias para mortificar su inocente carne. No hubo novicio mas devoto, mas humilde, ni mas obediente que él. Animábanse los mas antiguos con el ejemplo del niño Plácido. Refiere san Gregorio que, enviándole un dia á sacar agua de

cierta laguna inmediata al monasterio, cayó en ella con el peso de la herrada, y las olas le llevaron dentro de la laguna hasta un tiro de piedra distante de la orilla. Estaba san Benito en su celda, y revelándole Dios aquel triste accidente, llamó á su discípulo Mauro, y le mandó que prontamente acudiese á socorrer al niño Plácido. Llegó Mauro á la laguna, y sin pensar siquiera en el peligro á que se exponia, se metió intrépidamente por ella, caminando por las aguas milagrosamente endurecidas, y cogiendo á Plácido por los cabellos, le sacó á la orilla con duplicado milagro.

Luego que Plácido volvió en sí, le preguntaron en qué pensaba cuando se vió en medio del agua, y ya á punto de ahogarse. Respondió que, cuando sintió que le tiraban por los cabellos, vió sobre su cabeza la piel que servia de hábito á san Benito, y que el santo abad le habia tenido de la mano todo el tiempo que estaba en el agua, para que no se hundiese en ella.

Despues de este lance, hizo Plácido aun muchos mayores progresos en el camino de la perfeccion. Al paso que iba creciendo en edad, iba tambien adelantándose en sabiduría, en prudencia y en virtud. Amábale el santo patriarca como á uno de sus mas queridos discípulos, previendo con luz profética que habia de honrar la religion, siendo el primero que la ilustrase con la corona del martirio. Era Plácido el compañero ordinario del santo abad; y así como el Salvador escogia á los discípulos mas amados para testigos de sus maravillas, de la misma manera, siempre que san Benito habia de hacer algun milagro, llevaba por socio á Plácido. Cuando hizo brotar de las entrañas de un duro peñasco una copiosa fuente para servicio del monasterio, quiso que Plácido fuese testigo de aquel prodigioso suceso; y cuando fué san Benito á echar por tierra los ídolos que se adoraban en el

Monte Casino, y á fundar en él, por decirlo así, la casa patriarcal de su órden, llevó á Plácido por su compañero.

Es verdad que ningun discípulo dió nunca mas honra á su maestro que nuestro jóven Plácido daba al suyo. Cada dia crecia mas su fervor, y cada dia crecia tambien mas su humildad, su devocion y su puntualidad en la observancia de las menudas reglas.

Habiendo hecho donacion á san Benito el señor Tértulo, padre de nuestro santo, de muchas y grandes posesiones que tenia en Sicilia, resolvió el santo patriarca enviar allí á su amado discípulo Plácido para que fundase un monasterio, y le dió por compañero á Donato y Gordiano, dos santos monjes de la casa de Monte Casino. Dióles su bendicion, comunicándoles su espíritu, y les mandó partir para aquella apostólica expedicion. En Capua fué recibido san Plácido con grandes demostraciones de ternura y de veneracion por san German; en Benevento por san Martin; en Canoso por san Sabino; en Regio de Calabria por san Sisinio, obispos todos respectivamente de dichas ciudades; porque en aquellos felices tiempos eran pocos los obispos que no fuesen santos. En todas partes iba el nuestro obrando grandes milagros; pero su humildad los atribuia todos á su santo patriarca. Cuando aportó á Mesina, fué recibido como un ángel del cielo por el señor Maselino, amigo antiguo de su padre Tértulo. Por mas instancias que le hizo aquel caballero para que descansase algunos dias en su casa, no lo pudo conseguir; siendo una de las máximas de nuestro santo, que los monjes nunca debian detenerse en casa de seglares.

Fué su primer cuidado fabricar un monasterio, no distante del puerto de Mesina, cuya iglesia dedicó a san Juan Bautista. Hacia todos los dias en la isla admirables conversiones, y estas le ganaron crecido número

de caballeros jóvenes, destinados por el cielo para formar aquella nueva colonia. Treinta de ellos renunciaron todos sus bienes, y abrazaron desde luego la vida monástica. En poco tiempo fué el monasterio de Sicilia una viva copia del de Monte Casino; porque todas las virtudes de san Benito resplandecian en su verdadero discípulo san Plácido. Aunque era de poca salud, y de muy delicada complexion, siempre excedian sus penitencias á las que llevaba de suyo el rigor de su instituto. Era continuo su ayuno, y su ordinario sustento se reducia á leche, agua y algunas raices, añadiendo los martes, los jueves y los domingos algunos mendrugos de pan. En las cuaresmas pasaba muchos dias sin comer ni beber. Nunca usó otra cama que la de una silla muy dura y sin respaldo donde, arrimado contra la pared, tomaba dos ó tres horas de sueño por la noche, y lo restante de ella pasaba en oracion. Siendo tan áspero consigo, ningun superior fué nunca mas blando con los demás, ganándole los corazones de todos una dulzura y una caridad inalterable. Unido siempre íntimamente con Dios, ni los negocios le distraian, ni le disipaban los molestos cuidados de una comunidad que se iba entonces formando. Su tierna devocion á la santísima Virgen fué como el manantial de aquellas gracias extraordinarias, de aquellos singulares favores con que el cielo le regalaba continuamente; y se asegura que por el don de milagros era venerado como el Taumaturgo de su siglo. Con sola la señal de la cruz y con una breve oracion curó en cierto dia un prodigioso número de enfermos que concurrieron á la puerta del monasterio á pedir su bendicion, de manera que en menos de un año se hizo célebre el nombre de Plácido en toda la isla.

Gobernó su monasterio con una prudencia tanto mas admirable, cuanto menos regular en un mozo

que se hallaba todavía en lo mas florido de su juventud. Suplia la virtud lo que faltaba á la edad, verificándose en su conducta lo que escribia san Pablo á su querido Timoteo: *Que la santidad tiene el lugar de todo* (cap. 4). Habia cuatro ó cinco años que nuestro santo llenaba de maravillas á toda Sicilia, siendo el gozo y la gloria de su padre san Benito, cuando dos hermanos suyos menores Eutiquio y Victorino, que nunca le habian visto, y otra de sus hermanas, por nombre Flavia, hicieron un viaje desde Roma á Sicilia por el consuelo de conocerle, aunque impeliéndolos mas la fama de su eminente santidad, que la ternura de su sangre. Fué recíproco el gozo; y así la conversacion como los ejemplos de Plácido hicieron tanta impresion en los dos hermanos y en la hermana, que todos estaban resueltos á renunciar los bienes de la tierra para trabajar únicamente en los eternos del cielo, cuando la divina Providencia les abrevió mucho el camino para conseguir la eterna felicidad.

El famoso pirata Manuca, uno de los hombres mas encaprichados en las supersticiones del gentilismo, hizo un desembarco en Sicilia, y se echó luego sobre el monasterio de San Juan Bautista, que estaba inmediato al puerto. Entraron en él los bárbaros, hicieron prisionero á Plácido con todos sus monjes, entrando tambien en el mismo número Eutiquio y Victorino, con su hermana Flavia, y á todos los cargaron de cadenas.

Preguntó el bárbaro á Donato, compañero de san Plácido, si era cristiano; y respondiéndole este con santa intrepidez que no solo tenia la dicha de serlo, sino tambien la de ser monje, le dividió en dos partes la cabeza con un golpe de cimitarra. Hizo venir despues á su presencia toda aquella tropa de gloriosos confesores de Jesucristo, y no perdonó promesas ni amenazas para pervertirlos; pero él mismo quedó

asombrado de la constancia y de la magnanimidad de los santos mártires. Protestaron todos á voz en grito que eran cristianos; que quisieran tener muchas vidas para sacrificarlas todas en obsequio de la religion; y que, lejos de temer la muerte, envidiaban todos la dicha de aquel compañero suyo que habia logrado el primero la palma del martirio. Irritó al tirano tan generosa respuesta, y mandó que á todos los despedazasen á azotes, haciéndolos despues atormentar con inaudita crueldad; y cargandolos de prisiones, ordenó que los encerrasen en un lóbrego calabozo donde estuvieron siete dias sin probar bocado; en cuyo tiempo animaba san Plácido á sus santos compañeros con fervoroso zelo y con cristiana elocuencia. Sus dos hermanos, y sobre todo su hermana, lejos de llorar su desgraciada suerte, consideraban aquella que parecia funesta casualidad, por la mayor dicha que les pudiera suceder, atribuyendo á las oraciones de su santo hermano la inestimable gracia que les tenia preparada la divina Providencia.

Entre tanto, viendo los bárbaros su invencible constancia, á pesar de los palos y de los malos tratamientos que les hacian sufrir todos los dias, determinaron quitarles la vida antes de volverse a embarcar. Hicieron otra tentativa para que renunciasen la fe; pero san Plácido, hablando en nombre de todos, desengañó al tirano, diciéndole que serian vanos todos sus esfuerzos, y que antes bien debia él mismo mirar por su salvacion, y renunciar sus paganas supersticiones; que los ídolos á quienes él rendia cultos eran inanimadas estatuas, sin fuerza y sin movimiento, imágenes despreciables de divinidades quiméricas; que no habia otro Dios que aquel que adoraban los cristianos, criador del universo, árbitro de nuestra eterna suerte, y supremo juez que en breve habia de ser de todos. Interrumpióle el bárbaro, que

ya no podia sufrir la generosa intrepidez del santo mártir, y mandó que con un duro guijarro le hiciesen pedazos los dientes y las mandíbulas. No contento con esto, para que no pudiese hablar, le mandó arrancar la lengua hasta la misma raiz; pero el que perdió la lengua por amor de Jesucristo, no por eso perdió el uso de ella; antes bien, con asombroso prodigio, prosiguió hablando con voz mas clara, mas sonora y mas corpulenta que nunca; maravilla que convirtió á muchos gentiles, pero no convirtió al tirano; antes mas y mas enfurecido, temiendo algun alboroto popular, mandó que á todos les cortasen la cabeza. Fueron conducidos á la orilla del mar, sitio señalado para la ejecucion del suplicio. Luego que llegaron á él, se hincaron todos de rodillas, y ofrecieron á Dios el sacrificio de sus vidas. San Plácido, cuya milagrosa voz esforzaba mas y mas al valor de los generosos mártires, hizo en nombre de todos esta devota oracion á Jesucristo: *Salvador mio Jesucristo, que te dignaste padecer muerte de cruz por nuestra salvacion, sé propicio á estos tus humildes siervos: dadnos constancia hasta el fin, y haznos la merced de que seamos asociados al coro de tus santos mártires; consérvanos intrépidos hasta el último momento de nuestra vida, y dignate aceptar el sacrificio que te hacemos de ella.* Toda la bienaventurada tropa respondió inmediatamente: *Amen;* y en el mismo punto fueron sacrificadas todas aquellas inocentes víctimas el dia 5 de octubre del año 541, en número de treinta y tres, siendo las mas célebres Plácido, de edad de veinte y cuatro años, Fausto y Firmato, diáconos, Eutiquio y Victorino, hermanos de nuestro santo, y su santa hermana Flavia.

Acabada esta carnicería, pusieron fuego los bárbaros al monasterio, demoliéronle, y profanaron la iglesia. Hecho esto, se volvieron á embarcar; pero reci-

bieron luego el castigo de su barbaridad, porque, apenas se hicieron á alta mar, estando todavía en frente del Faro de Mesina, cuando se levantó una furiosa tormenta, en la cual perecieron todos, sin salvarse ni uno solo. Hallábase á la sazon ausente del monasterio Gordiano, uno de sus monjes, y cuando volvió á él, encontró todavía enteros los cuerpos de los mártires junto á la orilla del mar. Dióles sepultura en la iglesia, donde permanecieron hasta el siglo décimosexto, en que fueron hallados y elevados de la tierra con grande solemnidad casi mil y cien años despues de su glorioso martirio, honrando Dios con muchos milagros aquella magnífica traslacion.

La misa es en honor de los santos mártires, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Placidi, et sociorum ejus natalitia colere: da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que nos haces la merced de que celebremos el nacimiento al cielo de los santos mártires Plácido y sus compañeros; concédenos que tengamos la dicha de gozar en su compañía de su eterna bienaventuranza. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10 *del apóstol san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum: et in altero quidem opprobriis et tribulationibus spectaculum facti: in altero autem soeii taliter conversantium effecti. Nam et vinctis

Hermanos: Traed á la memoria aquellos dias primeros, en que, habiendo sido iluminados, sufrísteis un gran conflicto de tormentos, un dia siendo hechos el espectáculo de oprobio y de tribulacion, otro siendo hechos compañeros de los que

compassi estis, et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Nolite itaque amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem. Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. Adhuc enim modicum aliquantulum, qui venturus est, veniet et non tardabit. Justus autem meus ex fide vivit.

se hallaban en tal estado. Porque tuvísteis compasion de los encarcelados, y llevásteis con alegría que os hurtasen vuestros bienes, conociendo que vosotros teníais una hacienda mejor y mas duradera. Y así no querais perder vuestra confianza, la cual merece una gran recompensa. Por cuanto la paciencia os es necesaria para que, haciendo la voluntad de Dios, poseais lo que os está prometido. Porque despues de muy poco vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pero mi justo vive de la fe.

NOTA.

« Escribióse esta epístola antes de la destruccion del templo de Jerusalen, como parece por todo lo que dice en ella el Apóstol de los sacerdotes y de los sacrificios de la ley. Tambien da á entender bastantemente que se escribióen Italia, pues dice al fin de ella: *Los hermanos de Italia os saludan.* »

REFLEXIONES.

El tiempo que resta es corto, y muy corto. Vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pocas verdades hay en nuestra religion de que generalmente estén todos mas convencidos que de esta. El tiempo de esta vida es breve, y muy breve; no bien comienza á correr cuando llega á su término. La vida mas dilatada pasa con la mayor rapidez; á los ochenta años de edad se considera toda la serie de los dias vividos como un precipitado arroyo, que á pocas horas que cese de llover,

deja en seco la madre, despues de hacer mucho ruido. En la hora de la muerte se representa como un sueño la mas avanzada edad: todo el mundo discurre así, y habla así; pero ¿qué efecto produce este universal convencimiento? ¿se aprovecha, por lo menos, este brevísimo tiempo? ¿se procura beneficiar este corto número de dias que se nos escapan? ¡Ah, que todo el estudio se dedica á malograr este tiempo! Tiénese un pleito; ¡qué de diligencias no se hacen cuando se acerca el tiempo de votarle! ¡qué cuidado en informar bien á los jueces! ¡qué desvelos para poner los autos en buen estado! ¡qué solicitud en granjear las voluntades de todos los que nos pueden hacer daño! Dentro de tres dias se ha de votar mi pleito; pues prívome de todas las diversiones, niégome á todos los convites, echo á un lado todo otro negocio. Todos admiten por legítima esta excusa; y todos tendrian por un hombre imprudente, necio, loco, insensato, á quien no lo hiciese así. El tiempo de la vida es breve: lo que nos resta de este tiempo lo es mucho mas: el supremo juez no puede tardar: cada dia estamos en vísperas de que se sentencie nuestro pleito, y el negocio ciertamente es de consecuencia. Trátase no menos que de nuestra eterna bienaventuranza, ó nuestra eterna desdicha. La sentencia es sin apelacion, es irrevocable; y con todo eso, no pensamos mas en disponer favorables los autos que si no nos tocara este negocio. Pregunto: pudiéramos vivir mas tranquilos ni mas serenos si tuviéramos revelacion de que habíamos de vivir ochenta años? Asústanos, sobresáltanos la menor enfermedad; pero ¿quién nos asegura en la mas robusta salud? Es artículo de fe que la muerte nos ha de coger cuando menos lo pensemos: nunca se piensa en morir sino al mismo tiempo que se muere; ¿qué cosa será extravagancia, qué cosa será insensatez, si no lo es la falsa seguridad que se tiene en este punto? Mas ya, si esta

locura, reconocida por tal de todos los prudentes, sirviera siquiera de disculpa; pero ¿cuándo gozó este privilegio? ¡Cosa extraña! vase acercando la vida á los ochenta años: conócese que las fuerzas se disminuyen; la máquina se descompone; los dolores, los ayes, las enfermedades, la pesadez, la debilidad, todo nos anuncia la sepultura; todo nos previene que se va acercando el juez; y con todo eso, esos viejos medio podridos, en lugar de pensar en la muerte, solo piensan en vivir. Toda su aplicacion, todos sus desvelos, todo su estudio es buscar remedios para prolongar la vida, y para persuadirse á sí mismos que todavía están muy distantes de la muerte. Todo cristiano cuerdo, por mozo que sea, debe considerar cada dia como si fuera el último de su vida, aprovechando el dia de hoy como si no hubiese de llegar á mañana. ¡Y será prudencia en un hombre de avanzada edad, en un anciano achacoso, no prepararse cada dia para morir, sino pensar únicamente en el modo de alargar la vida! ¡Buen Dios, cuánto se opone esta conducta, no solo á la religion, sino al buen juicio!

El evangelio es del cap. 24 de san Mateo.

In illo tempore: Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secretò, dicentes: Dic nobis, quando hæc erunt? et quod signum adventus tui, et consummationis sæculi? Et respondens Jesus, dixit eis: Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo, dicentes: Ego sum Christus: et multos seducent. Audituri enim estis prœlia, et opinio-

En aquel tiempo: Estando Jesus sentado encima del monte Olivete, se llegaron á el sus discípulos en secreto, y le dijeron: Dínos á nosotros, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿y cuál será la señal de tu venida, y de la consumacion del siglo? Y respondiendo Jesus, les dijo: Mirad no os engañe alguno. Porque vendrán muchos con mi nombre, diciendo: Yo soy Cristo, y seducirán á muchos. Oi-

nes præliorum. Videte ne turbemini oportet enim hæc fieri, sed nondum est finis : consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiæ, et fames, et terræmotus per loca. Hæc autem omnia, initia sunt dolorum. Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos : et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et multi pseudoprophetæ surgent, et seducent multos. Et quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

réis, pues, hablar de guerras, y de rumores de guerras. Cuidad de no turbaros, porque conviene que sucedan estas cosas ; pero todavía no es el fin. Porque se levantará gente contra gente, y reino contra reino ; y habrá pestilencias y hambres, y terremotos en esta y aquella parte. Pero todas estas cosas son solo el principio de los dolores. Entonces os entregarán á la tribulacion, y os harán morir : y seréis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entonces se escandalizarán muchos, y se harán traicion mutuamente, y se aborrecerán unos á otros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por haber sobreabundado la iniquidad, se resfriará la caridad en muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

DE LAS MUCHAS COSAS FALSAS QUE HAY EN EL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el mundo está lleno de falsas ideas que ocupan, de falsas brillanteces que engañan, de falsas aprensiones que alucinan, de falsos principios que deslumbran, de falsas máximas que pervierten y todo lo trastornan. Falsos bienes, falsos honores, falsos deleites, falsos gustos, falsa libertad, falsa paz y

felicidad quimérica. Esos aparentes dichosos del siglo no son mas que dichosos de teatro. Es el mundo una perpetua comedia, y cada uno representa en ella su papel lo mejor que puede; el que mejor le representa es el mas aplaudido; pero si el rey, si el soberano, si el conquistador no sacan otro provecho que los aplausos de los concurrentes, son harto dignos de compasion. Representen enbuenhora el papel de príncipe, de héroe, de conquistador; pero al cabo solo son personajes de teatro. ¡Qué bien que lo representaron! ¡qué bellamente lo hicieron! A esto se reduce todo; acabóse la comedia, y ya no son nada de lo que entonces parecian. ¡Buen Dios! ¿Puede haber mas falsa felicidad? Bien se puede decir que lo falso es lo mas comun; y si es lícito hablar así, lo falso es lo mas verdadero que hay en el mundo. En todos sus estados y en todas sus condiciones reina la simulacion. Falsa amistad; porque vamos claros: entre tantas protestaciones, entre tantas demostraciones de amistad, ¿dónde hay cosa mas rara en el mundo que una amistad verdadera? Falsa alegría; ¡qué semblante tan risueño nos presenta! Todo él parece sembrado de flores; no se habla de otra cosa que de gustos y de pasatiempos; pero debajo de aquella preciosa gala, debajo de aquel pomposo y rico vestido, ¡qué mortales cuidados no se encubren! ¡qué amargos llantos en secreto! ¡qué suspiros, qué tristeza! No, no nos vengan los mundanos á ostentar tanto su estado, sus tierras, sus posesiones, sus rentas, sus empleos, ni los regalos de su espléndida mesa; sus platos están todos sazonados con mucha hiel, esta es su ordinaria salsa: nacen las cruces en el mismo trono, y por todas partes está derramada la amargura. Procúrase, es verdad, y este es el estudio mas universal y mas ordinario de las gentes del mundo, procúrase adormecer los cuidados,

las pesadumbres y los disgustos con el ruido y con la bulla de las diversiones y de las fiestas públicas; pero, Dios mio, ¿estará uno menos afligido porque sepa ser mas disimulado? El espíritu del mundo es un tirano que á nadie perdona; todos los que están sujetos á él son sus esclavos. No les es lícito ni aun siquiera quejarse de sus malos tratamientos. Todas sus máximas son duras, todas falsas. Es menester reprimirse, vencerse, hacerse mucha violencia para seguir sus extravagancias y sus caprichos. ¿Qué no cuesta andar en todo á la moda? Por irracional, por extravagante que sea el gusto del mundo, es preciso alabarle y conformarse con él. Pero ¿y qué se gana sujetándose servilmente á sus máximas? Una vida miserable, perpetuas inquietudes, eternos escozores, remordimientos sin término, y por último ser desdichados sin fin. Búscame una máxima del mundo que no sea falsa; búscame en él un gusto que sea puro, que sea sólido, que sea verdadero; búscame un bien que satisfaga, que llene el corazon enteramente; búscame una diversion, una fiesta, una funcion segun el espíritu del mundo que no esté mezclada de alguna amargura, y que no deje clavada en el alma alguna espina. Así, mi Dios, quiso vuestra bondad ponernos disgusto en todas las cosas del mundo; dichosos aquellos que saben encontrar el verdadero bien. En vos solo, Dios mio, se halla la verdadera felicidad.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solo en el servicio de Dios se encuentra lo verdadero: verdaderos bienes, verdadera alegría, verdadera paz, gustos puros, sólidos y permanentes, verdadera felicidad, verdaderas máximas y verdaderos principios. Haga enbuenhora el mundo pomposa ostentacion de sus leyes y de sus máximas;

preconícenlas enbuenahora con artificiosa elocuencia, sus parciales, ó, por mejor decir, sus miserables esclavos. Todas sus máximas son falsas, solo sirven para hacer infelices á los que se conforman con ellas. La sabiduría, la verdad y la felicidad del mundo se halla toda precisa y únicamente en las máximas del Evangelio. No hay otro modo de ser felices que siguiéndolas. Si hay en la tierra paz dulce, consuelo lleno, alegría pura y gozo exquisito, solo puedé encontrarse en el servicio de Dios y en el corazon de sus verdaderos siervos. Por mas que griten lo contrario los partidarios del mundo, por mas que apelen á aquellas engañosas exterioridades, á aquellas afectadas simulaciones, á aquellos sus risueños encuentros, á aquellas sus artificiosas alegrías; por mas que nos opongan aquel espíritu de retiro, aquel amor de la cruz, aquellas mortificaciones, aquellas penitencias que se presentan desde luego á todos los que sirven á Dios, y que constituyen el carácter de las personas virtuosas; eternamente será verdad que en el mundo no hay cosa sólida, que todo es falso, que los mayores panegiristas de los gustos del mundo conocen en la hora de la muerte que se engañaron en la eleccion, al mismo tiempo que los santos exclaman en aquella hóra: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos: bienaventurados los humildes, porque ellos serán ensalzados: bienaventurados los que vivieron una vida pura, mortificada, olvidados y despreciados del mundo, porque serán colmados de bienes eternos, y el mismo Dios será su recompensa.

¡Ah, Señor, cuándo ha de llegar el tiempo de que no se burlen de mí las ilusiones del mundo, y de que tome el único camino que guia derecho á la suprema felicidad!

JACULATORIAS.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas. Eccl. 1.
Vanidad de vanidades, y todo cuanto hay en el mundo es vanidad.

Prœterit figura hujus mundi. 1. Cor. 7.
Todo cuanto hay en este mundo es mera apariencia, que luego se desvanece.

PROPOSITOS.

1. Es cosa extraña que, siendo el mundo un embustero aun en boca de los que mas ciegamente se entregan á él; siendo un amo duro, ingrato y sin piedad, aun por confesion de los mismos que le sirven con mayor empeño, no habiendo siquiera uno que no se queje de la pesadez de su yugo, de la tiranía de sus leyes, de la extravagancia de su servicio; ninguno que no grite contra su injusticia, contra lo mal que le ha tratado, haciéndole siempre trabajar, sin llegar jamás al premio; porque, á la verdad, ¿con qué puede premiar el mundo á los que mas le sirven, ni qué cosa les puede dar que no se acabe con la vida? Quéjanse todos de que el mundo es injusto: llámanle embustero, falso y tirano; y sin embargo, los que mas levantan el grito contra él, no por eso dejan de ser cada dia su juguete. Aprovéchate tú de la imprudencia y aun de la irracionalidad de tantos otros, y conociendo tanta falsedad como hay en el mundo, *æmulamini charismata meliora*, busca lo verdadero; y como solamente lo encontrarás en el servicio de Dios, dedícate para siempre á su servicio. Mantente enbuenahora dentro del mundo si Dios te quiere dentro de él, si

estás ligado á él por tu condicion y por tu estado; pero reconociendo la falsa brillantez de todos sus gustos y de todas sus honras, experimentando la insustancialidad de todos sus bienes, entrega tu corazon al sólido, al único verdadero bien, que es Dios.

2. Supuesto el justo concepto que tienes hecho de que el mundo está lleno de falsedad, habla siempre de sus cosas arreglado á esta misma idea. No hagas caso ni de sus bienes ni de sus prosperidades, sino en cuanto te puedan servir para merecer los bienes del cielo. Si se habla de la fortuna, de los empleos, del favor de alguna persona del mundo, considera qué falaz es aquella aparente fortuna, y habla de ella en este mismo concepto. Por el contrario, sucede algun revés, alguna pérdida, alguna desgracia á este ó aquel que estaban entronizados, moraliza y filosofa en el mismo tono. Nunca pierdas ocasion de persuadir á tus hijos, á tus amigos y á tu familia lo poco que hay que fiar en todas las grandezas del mundo; cuán frágil, cuán caduco y cuán falso es todo lo que hay en él.

SAN FROILAN, OBISPO Y PATRON DE LEON.

Gobernando la Iglesia Gregorio IV, honor inmortal de la religion de san Benito, y mandando la monarquía de España Alfonso II, llamado el Casto, por los años del Señor de 832 nació el glorioso san Froilan, uno de los mas grandes obispos que ha tenido la Iglesia de España. Fué su patria la noble ciudad de Lugo en la provincia de Galicia. Tuvo la ventura de darle cuna un arrabal de la dicha ciudad que, segun la tradicion de sus vecinos, estaba situado en donde ahora se dice *Reguero dos hortos,* sitio despoblado al presente, en el

cual tiene la catedral una huerta. La misma tradicion nos ha conservado el nombre de su madre, que callan uniformemente todos los monumentos antiguos. Por ella se tiene por cierto en aquella ciudad que se llamó Froila, mujer de tanta virtud, que su cuerpo mereció un lugar distinguido en un sepulcro de mármol, que se halla en la catedral de Lugo como vara y media levantado del suelo. El docto P. Mabillon afirma que sus virtudes la elevaron en aquel obispado al alto honor de ser venerada por santa. Esta especie es comun en nuestros escritores modernos, quienes, no solamente dan por sentada la heroicidad de las virtudes de esta santa matrona, sino que la confirman con la veneracion y culto que le tributan los fieles de Lugo, implorando su intercesion contra los dolores de cabeza y reumas. Afirman igualmente que una imágen que está sobre el sepulcro con hábito de monje representa á san Froilan, y que otro sepulcro que está en la capilla mayor al lado del evangelio es de un hermano del santo. Todo esto prueba que, aunque no se sepa puntualmente la ascendencia de san Froilan, se puede colegir que fué gente rica, como lo acreditan los preciosos monumentos.

Como los padres de Froilan eran no menos piadosos que abastecidos de bienes de fortuna, dieron al santo niño una educacion propia de su piedad y de su clase. Apartáronle con cuidado de aquellos tratos y compañías que suelen ser el escollo de la inocencia, y en donde las costumbres comienzan á contaminarse para siempre. El cielo habia dotado á nuestro santo de un natural feliz, y de unas disposiciones cual las podia apetecer la misma virtud. Dócil de genio, humilde de corazon, apacible en sus modales, é inclinado naturalmente á lo mejor, se prestaba como una blanda masa á las santas instrucciones que le sugerian. Siendo de edad proporcionada, le aplicaron

al estudio y conocimiento de las ciencias sagradas, y en ellas aprendió á despreciar el mundo y á buscar las eternas dichas. Ya en aquella edad sabia el verdadero precio de la virtud, y los medios de alcanzarla, que son la abstraccion del mundo y el trato con Dios en la oracion. Ejercitábase en ella con tal continuacion y fervor, que los efectos no podian ocultarse por su modestia. Venerábanle como á un santo mancebo; y Froilan, puesto siempre en vela contra los tiros de la vanagloria, se veia precisado á hacer frecuentes reflexiones sobre la miseria de la naturaleza, sobre la rebeldía de las pasiones, y sobre las faltas que la delicadeza de sus ojos divisaba en su conducta para humillarse delante de Dios, y prevenirse de este modo contra los asaltos de la vanidad. Entre tanto, se afianzaba en el santo temor de Dios, consideraba sus grandezas lleno de fe, y seguia el camino comenzado, aprovechando de virtud en virtud. Siendo de edad de diez y ocho años, pensó consigo mismo que debia darse un destino, en el cual sirviese á Dios con tranquilidad, y al mismo tiempo aprovechase á sus prójimos. Para este efecto, deseaba ejercitarse en el ministerio de la predicacion, considerando que de este ejercicio podria resultar la conversion de muchos pecadores, y la confortacion de las almas tibias y débiles. El conocimiento que tenia de las ciencias sagradas, y los ópimos frutos que le dejaban entrever sus caritativos deseos, le tenian casi decidido. Pero, por otra parte, consideraba la tranquilidad y perfeccion de la vida eremítica, las dulces delicias que en ella encuentra el espíritu y la seguridad contra las asechanzas del mundo. Estas consideraciones le instaban por su parte á retirarse á un desierto, y hacer en él la vida que celebra la Iglesia en tantos otros solitarios.

Las conveniencias y proporciones que en uno y otro encontraba para servir á Dios, le tenian indeciso so-

bre el rumbo que habia de seguir. En esta afliccion meditó hacer una prueba tan extraña como maravillosa por donde investigar la voluntad de Dios, lo cual era el móvil y el norte de todas sus acciones. Determinó tomar unas brasas encendidas, y aplicárselas á los labios y á la lengua, y si estos sentian la voracidad del fuego, inferir que Dios no le destinaba para el ministerio apostólico; pero si por el contrario las brasas no quemaban sus labios, concluir que de esto mismo quedaba probado que sus eloquios habian de ser castos y tan puros, como la plata probada en el crisol; de consiguiente, que Dios le llamaba al ministerio de la predicacion. Verificóse esto último, porque, habiendo hecho la prueba, el fuego perdió su actividad por virtud divina, y las brasas no hicieron mas lesion en los labios del joven que si hubieran sido rosas. Disponiase ya á emprender el oficio apostólico, bien asegurado de que Dios le destinaba como vaso de eleccion á la predicacion de los pueblos, y á enseñar á los que estaban sentados en las tinieblas de la culpa los caminos pacíficos de la salud eterna. Habia dejado poco antes la casa de sus padres, y se hallaba en medio de un desierto. Preparábase con mas oracion, ayunos y penitencias al ministerio para que Dios le habia elegido. Pasado algun tiempo, cuando le pareció que ya su pecho estaba tan encendido con el fuego del amor de Dios, que las palabras que de él saliesen podrian ser causa de iguales incendios en las almas de sus prójimos, determinó ir á poblado en busca de las gentes á quienes habia de predicar. En el camino le dió el Señor á entender con otro nuevo milagro la complacencia que tenia en verle dispuesto á predicar las glorias de su santo nombre, y al mismo tiempo como con su mano poderosa le infundia los soberanos dones necesarios para tan grande empresa. Llegó el santo, al ponerse el sol, á un sitio yer-

mo, y cerrando la noche con oscuridad, cesó en su viaje, y se puso á descansar en su ordinario ejercicio de la oracion. Gran parte de la noche habia pasado cuando súbitamente hirió sus ojos un resplandor celestial que iluminaba toda la comarca. En medio de la claridad advirtió dos hermosas palomas, que venian volando desde el cielo, una de color rosado, y la otra mas blanca que la nieve, las cuales dirigian el vuelo hácia su persona. Quedó el santo admirado, y estando sorprendido con su vista, advirtió que ambas á dos se le entraron con presteza por la boca. Pero no quedó en esto solo el milagro. Si mucho se habia sorprendido Froilan con un hecho tan milagroso, mucho mas fué su admiracion cuando advirtió que la una de las dos palomas le causaba dentro del pecho un ardor extraordinario, al tiempo que la otra le llenaba de dulzura las potencias y sentidos.

Sin embargo de la profunda humildad en que estaba cimentada la sólida virtud de Froilan, no pudo menos de advertir las grandes misericordias que Dios usaba con su persona. Conoció que en aquellas palomas estaba significado el Espíritu Santo, y en la diversidad de sus colores los diferentes carismas con que adorna las almas de aquellos venturosos en quienes habita. Esto mismo manifestaba el ardor que sintió en su pecho, y la dulzura de que advirtió inundada su alma, pronosticándole además los efectos felices que de su predicacion resultarian. Verificóse en la realidad; porque sus sermones de allí adelante contenian en sí todo aquel espíritu de grandeza y magnificencia que derriba los mas altivos cedros del Líbano, y deshace como almadana los mas endurecidos peñascos, y asimismo aquel espíritu de dulzura que atrae y encanta blandamente los mas esquivos corazones. Salióse del desierto en donde tenia sus delicias, para emplear en beneficio de sus prójimos las gracias que

Dios le habia dispensado. Aunque no se sabe de cierto los lugares determinados en que ejerció su ministerio apostólico, se sabe que fueron varios pueblos y ciudades; y que en ellos correspondia el fruto de su predicacion al fervor y soberanos dones del que predicaba. Ninguno oyó las vivas reprensiones que salian de su boca, sin que, trocando su corazon y ablandando su pecho, no dejase los caminos extraviados por donde corria á su precipicio, y se convirtiese de veras al Señor. Los discursos de Froilan, adornados no de los vanos artificios de la elocuencia, sino de la caridad que ardia en su alma, siempre eran vencedores. Tanto los ciudadanos, cuyos vicios son finos y delicados, á proporcion de su vida, como los plebeyos y montaraces de la fe mas sencilla, y mas sensibles á las amenazas de la religion, se dejaban herir de la divina palabra segun salia de la boca de Froilan, que se pudiera llamar mas bien un horno de caridad ó un órgano del Espíritu Santo. Estos efectos maravillosos le conciliaron un aplauso y estimacion de los hombres, que se componia dificultosamente con la humildad de Froilan, y con el temor que tenia siempre de manchar su conciencia con la mas leve sombra de vanidad. Al paso que predicaba, crecia su mérito, crecia su fama, y se aumentaba su peligro. Este hizo suma impresion en el que tanto habia amado la vida solitaria, que, para dejarla y emplearse en la predicacion, habia exigido de sí mismo la terrible prueba de las brasas encendidas que aplicó á sus labios. Teniendo, pues, firmemente grabada en el alma aquella sentencia de que *nada le aprovecha al hombre el ganar todo el mundo si padece detrimento en su alma,* determinó volverse á su amada soledad á buscar en ella la tranquilidad de espíritu que habia perdido en el poblado. Andaba de monte en monte y de breña en breña huyendo el favor y aplausos de los hombres con tanto anhelo como

pudiera emplear en solicitarlos el mas ambicioso. Dondequiera que encontraba un lugar oportuno á sus deseos, allí se paraba algun tanto, hacia vida solitaria y contemplativa por algun tiempo, y no queriendo tener de asiento ni aun esta pequeña comodidad, pasaba á otra breña á emplearse en el mismo género de vida.

No obstante el gran cuidado que este siervo de Dios ponia para esconderse á los ojos del mundo, la fama de su santidad se habia extendido tanto, que era imposible ocultarse. Tuvo noticia de ella san Atilano, varon santísimo, que con el tiempo fué uno de los mas grandes obispos que tuvo la iglesia de Zamora, y aun la de toda España. Estaba ordenado de sacerdote, y con la sublimidad del ministerio habian crecido en él los deseos de mayor perfeccion. Solicitaba hallar un director de su alma en quien descansar con confianza, asegurando en su piedad y luces la consecucion de la eterna ventura. Tuvo noticia de que en san Froilan se encontraban con muchas ventajas las cualidades que buscaba en su director. Dejó su patria y todas las conveniencias de la vida, y guiado de un instinto divino, se echó á buscar á Froilan por aquellos lugares desiertos en que le habia sido dicho que hacia vida eremítica, y eran las montañas de Leon. Aunque la empresa era difícil de conseguir, por ser poco menos que imposible poder encontrar en un desierto lleno de escabrosidades y quebraduras á un hombre empeñado en ocultarse de los demás hombres, Dios, que favorece las buenas intenciones, quiso que encontrase al santo ermitaño, que le manifestase sus deseos, y que Froilan le recibiese por discípulo. Gozáronse mutuamente de su santa compañía, y comenzaron una vida toda contemplativa, que seguian con el mayor fervor; pero por cuanto los pueblos de la comarca tenian alguna noticia de su residencia en aquel yermo, juzgaron los

santos que allí estaban mal seguros, y que debian buscar otro asilo á su tranquilidad. Con este intento, comenzaron á andar de monte en monte, hasta que finalmente llegaron á uno llamado entonces *Curcurrino*, y en el dia *Curueño*. Fuese por la aspereza del lugar, ó por lo desconocido que era á las gentes este sitio, los santos le eligieron de comun acuerdo para mansion suya, fabricando en él unas pobres celdillas muy acomodadas á la pobreza y austeridad de su espíritu. Allí estuvieron los dos santos solitarios ejercitándose algun tiempo en la vida contemplativa. Los provechos que de esto resultarian en su espíritu, las divinas consolaciones con que serian recreados y los celestiales favores que recibirian quedaron ocultos entre aquellas breñas; pero sin embargo, por lo que se vió despues se conoce que en este género de vida consiguieron sus almas considerables acrecentamientos en la virtud.

El mérito verdadero tiene las mismas propiedades que la actividad del fuego y los resplandores de una gran luz; por mas que quiera ocultarse, siempre salen vanos cuantos esfuerzos se emplean en conseguirlo. Divulgóse muy en breve el lugar en donde san Froilan hacia vida eremítica en compañía de san Atilano, y como estaban llenos los pueblos de los admirables frutos que anteriormente habia causado su predicacion, no pudieron menos de solicitarla ahora con tanta mas ansia, cuanto mas la privacion les habia excitado el deseo. Concurrian á aquel sitio escabroso grandes turbas de gentes, sin que la incomodidad de los senderos, lo largo del camino, ni las inclemencias del tiempo fuesen bastante á retraerlos de su concurrencia. Los magnates, los sacerdotes, el clero, hombres y mujeres todos venian en grandes tropas á aquel lugar solitario á que Froilan les anunciase la palabra de Dios, lo cual hacia el santo con gran fruto, porque

los que la oian eran temerosos de Dios, y tenian bien dispuestos sus corazones. Era grande la complacencia y consuelo que sentian en su espíritu aquellas gentes afortunadas con la predicacion de Froilan; pero eran tambien muy grandes las incomodidades y mólestias que por esta causa padecian. Dejar sus casas; abandonar por largo tiempo los quehaceres de sus familias; repetir con frecuencia unos senderos peligrosos entre malezas y precipicios; exponer su salud á los ardores del sol y á las incomodidades de la lluvia, eran unos males dignos de consideracion y de remedio. Representáronselos al santo, suplicándole al mismo tiempo que se dignase dejar aquel lugar solitario, y bajar á una ciudad, que se llamaba Viseo, en donde él no tendria ciertamente las comodidades tranquilas de la soledad; pero en recompensa tendria el regocijo de ver que á menos costa se multiplicaba en sus prójimos el provecho. Para que sus razones tuviesen mas fuerza, é hiciesen mayor sensacion en las entrañas del santo, usaron de un medio que moviese su interés. Sabian que era aficionado á la vida eremítica, y de aquí infirieron que no le podia desagradar la vida monástica. Propusiéronle, pues, que en la referida ciudad podria edificar un monasterio en donde fuesen muchos los que sirviesen á Dios, y se criasen varones hábiles y virtuosos para dispensar á los pueblos la divina palabra. Facilitáronle esta empresa, prometiendo ayudarle con sus limonas con cuanto bastase á conseguirla, asegurándole además que no les faltaria el alimento necesario. Esta representacion hizo tanta fuerza en el alma de san Froilan, que condescendió con ella gustoso, y dejando su amada soledad, se vino con san Atilano á la ciudad de Viseo. Las promesas que nacen de la sencillez y rectitud de corazon siempre tienen su cumplimiento: Dios mismo las bendice y las lleva á debido efecto, derramando sobre ellas sus

benéficas gracias, venciendo con virtud omnipotente cuantos obstáculos se presentan. Llegado que fué nuestro santo á la ciudad, emprendió la fábrica del monasterio, y en breve tiempo le vió poblado de trescientos monjes, que no cesaban dia y noche de cantar las divinas alabanzas, y de derramar en los pueblos circunvecinos copiosos y espirituales frutos.

Gobernaba á la sazon el reino de los Godos Alfonso, príncipe que por sus grandes cualidades en paz y en guerra, en lo eclesiástico y civil, fué llamado el Magno. Aunque tarde llegó á noticia de este gran rey la fama de Froilan, sus acendradas virtudes, su apostólica predicacion y el grande fruto que habia hecho en tantos pueblos; concibió deseos de ver y tratar personalmente á varon tan santo, y para conseguirlo envió nuncios que en su real nombre le suplicasen viniese á Oviedo, en donde el rey tenia su corte, y hacia su residencia. Luego que Froilan oyó la embajada, concibiendo que, de condescender con el rey, podrian seguirse grandes provechos á Dios y á su Iglesia, obedeció inmediatamente, emprendiendo el viaje para aquella ciudad. Como hubo llegado, se presentó al piadoso rey, quien en su aspecto y en su trato conoció un varon lleno del Espíritu Santo; admiró una y muchas veces los soberanos dones con que la divina gracia le habia enriquecido, y con un piadoso asombro de ver en un hombre tanta santidad, prorumpió en dar gracias á Dios que habia elegido tal siervo para gobernar las almas que creian en él. Las admiraciones y espanto no se quedaron solamente en unas señales estériles de la fuerte sensacion que la virtud de Froilan habia hecho en el real ánimo. Resuelto anticipadamente aquel generoso príncipe á reformar las costumbres, que no habian podido menos de estragarse entre los horrores y desórden de la guerra, eligió á Froilan para que pusiese en ejecucion

este gran designio. Honróle mucho, dióle una gran suma de dinero y una potestad ilimitada para que, recorriendo todo su reino, fundase monasterios en los sitios que para ello encontrase mas oportunos. Regularmente se elegia para este efecto un sitio ameno en donde con lo apacible del lugar se juntase la posibilidad de concurrir los pueblos á recibir la enseñanza de los monjes, y á la celebracion de los divinos oficios. Algunos dicen que fueron muchos los monasterios que el santo edificó, y que de ello dan testimonio varias ermitas á la ribera del Ezla, en donde se divisan todavía ruinas, que parecen de grandes edificios; pero de testimonios auténticos solo consta que edificase dos, que por la santidad de sus individuos y por el número de monjes equivalian á muchos. El uno fué el monasterio Tabarense, llamado así por estar edificado cerca de un lugar llamado Tábara, una legua distante del rio Ezla. En él se juntaron seiscientos individuos de ambos sexos, á quienes san Froilan dió saludables instituciones para que se mantuviesen en el fervor de la vida monástica. Otro monasterio fundó el santo en un sitio elevado y ameno cerca del rio Ezla, en el cual llegaron á juntarse como doscientos monjes, á quienes igualmente comunicó la regla con que habian de vivir. Reservóse el santo para sí la direccion de estos monasterios, que esto quiere decir el nombre de abad con que le señalaron los pueblos cuando pidieron al rey que le elevase á la dignidad episcopal.

Con gran tranquilidad de su espíritu y alegría de su alma gobernaba nuestro santo sus monjes; porque, aunque no dejaba de serle pesada la carga de la superioridad, se la hacia llevadera la satisfaccion de ver el provecho que resultaba á los pueblos. Pero en este tiempo, que era por los años del Señor de 900, vacó la silla episcopal de la iglesia de Leon, y el pueblo,

que estaba bien instruido de las excelentes cualidades que adornaban al santo abad para dignidad tan sublime, levantó la voz pidiéndole con ahinco por obispo, dirigiendo para este efecto al rey las súplicas mas eficaces. Alegróse Alfonso extraordinariamente con este hecho, porque ya habia tiempo que intentara persuadir á Froilan se ordenase de sacerdote, y no lo habia podido conseguir. La responsabilidad de las delicadas obligaciones que acompañaban al presbiterado era un muro tan fuerte, que no le habian podido vencer ni las insinuaciones de la amistad, ni la autoridad del trono. Viéndose Froilan elegido para obispo de Leon, es indecible el sentimiento que se apoderó de su alma, y las exquisitas diligencias que practicó para eximirse de la dignidad. Representó al rey que tenia hijos en sus monasterios, los cuales exigian de justicia que emplease en ellos su vigilancia y cuidado; que seria un mal monje si se determinaba á dejar la pobreza y retiro de su celda por el esplendor de la dignidad pontificia; y últimamente, llegó á tanto su resistencia, que se atrevió á hablar al rey palabras tan amargas, que, á no saber el monarca el gran fondo de virtud de que procedian, las pudiera haber tomado por insultos. Nada bastó á hacer desistir al rey ni al pueblo de la determinacion que habian tomado; y así, aunque contra toda su voluntad, fué el santo consagrado obispo de Leon en el dia de Pentecostés, juntamente con san Atilano, que fué consagrado el mismo dia obispo de Zamora. Constituido en la cátedra episcopal, como antorcha en el candelero, comenzó á difundir las luces de su sabiduría y las benignas influencias de su virtud. Su iglesia y toda España las participaban en abundancia, porque á todas partes llegaban los ecos de aquella voz de trueno con que predicaba la palabra de Dios, cumpliendo las funciones de su augusto ministerio. Sin

embargo de que habia encanecido en el ejercicio de las virtudes, unas veces habitando los desiertos, otras evangelizando á las ciudades, y otras, finalmente, dirigiendo á Dios un sinnúmero de monjes, le parecia que nada habia hecho, y que su virtud era muy débil respecto de lo que exigia el cargo episcopal. Redobló todos sus ejercicios, aumentó las austeridades y multiplicó los trabajos, enseñando, corrigiendo y guiando por los senderos de la salud al rebaño que el Señor habia puesto á su cuidado. Cuantas virtudes requiere san Pablo en un obispo cuando escribe á Tito y á Timoteo, otras tantas se procuró Froilan por medio de la divina gracia; y así, tanto los monjes como los clérigos y legos experimentaron en él un sabio maestro, un pastor vigilante, un prelado dulce y un padre amoroso.

Cinco años ocupó la silla episcopal con el provecho que era consiguiente á sus excelentes prendas. Por el mes de enero de 905 se hallaba en la ciudad de Oviedo presenciando una donacion que el rey don Alfonso hizo á la santa iglesia del Salvador, en que manifestó asimismo la devocion y amor que tenia á Froilan y á su iglesia. El Señor queria ya premiar á su siervo fiel, que tan buena cuenta daba de los talentos que le habia confiado; pero quiso antes que aun en este mundo quedase una prueba de lo que le habia agradado, señalándole con el don de profecía. Profetizó Froilan grandes cosas antes que sucediesen, y entre ellas, que aquella tierra seria devastada por la guerra, la hambre y la peste. Al rey don Alfonso, al clero y al pueblo les hizo igualmente semejantes profecías, anunciando á cada uno en particular lo que le habia de suceder; y como la experiencia les tenia acreditado que residia en él un verdadero espíritu profético, todos se prepararon con lágrimas de compuncion para esperar los sucesos. Una de las cosas que

predijo fué el dia y hora en que su alma habia de ser desatada de los lazos de la mortalidad para reinar con Jesucristo. Poco antes de que sucediese esto convocó á todos sus monjes y al clero, y teniéndolos presentes, les hizo primeramente un vivo discurso, exhortándolos á la observancia de la ley santa de Dios, y á mantener con teson todas las santas reglas que les habia dado. Concluyó su razonamiento, diciéndoles como Dios le llamaba para sí, y señalando el dia y hora en que habia de morir, y presentarse delante de su Dios. Estas últimas palabras llenaron de consternacion á todos los circunstantes; bien presto se divulgaron por toda la ciudad y por los pueblos circunvecinos. Querer explicar el dolor, los gemidos y llanto que manifestaron todos sus súbditos, seria pretender un imposible. Mucha gente de ambos sexos, de todas las edades y gerarquías, andaba confusamente por la ciudad anegada en lágrimas, y manifestando su dolor con lamentos; unos lloraban sin consolacion la miserable horfandad en que quedaban; otros levantaban las manos al cielo, clamando á voz en grito: ¿Porqué, ó padre, nos dejas, desamparando el rebaño que te habia sido encomendado? Entre tanto, el santo obispo se fortalecia con los sacramentos de la Iglesia; y habiendo llegado la hora que tenia profetizada, durmió el sueño de los justos, y su alma santísima fué presentada entre coros de ángeles á su Criador para recibir el premio debido á sus trabajos. Sucedió su tránsito dichoso el dia 5 de octubre del año 905, habiendo vivido setenta y tres años. Su cuerpo fué sepultado en un sepulcro precioso, que tenia fabricado para sí el rey Alfonso en la iglesia de Leon. Allí permaneció hasta los años de 999, en que viniendo Almanzor á las comarcas de Leon, procuraron los ciudadanos poner en salvo las sagradas reliquias de su santo prelado, llevándolas á un lugar mon-

tuoso de los Pirineos, llamado Valdecesar, en cuya iglesia, dedicada á San Juan, permaneció hasta que por solicitud de una princesa fué llevado al monasterio de Moreruela, del órden del Cister. Hallábase desconsolada la iglesia de Leon por la falta de las reliquias de su pastor san Froilan. Hizo varios oficios con los monjes de Moreruela, para que le volviesen un tesoro que la pertenecia; pero todos fueron inútiles: por tanto, se quejó formalmente al sumo pontífice, quien, habiendo nombrado por juez de esta causa al legado Jacinto, este sentenció que los sagrados despojos se repartiesen igualmente entre la iglesia de Leon y el monasterio. Hízose la traslacion con toda la pompa y aparato que convenia á la adquisicion de tan preciosas reliquias, y á la dignidad de iglesia tan respetable, y fueron colocadas en el altar mayor de la catedral en una preciosa urna de plata, donde los fieles las veneran, premiando Dios su fe y su devocion con favores continuados.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Mesina de Sicilia, la fiesta de san Plácido, monje, discípulo de san Benito, y sus hermanos san Eutiquio y san Victorino, y santa Flavia, su hermana; y tambien san Donato; san Firmato, diácono; san Fausto con otros treinta monjes, todos mártires, que fueron sacrificados todos por el pirata Manuca en odio de la fe de Jesucristo.

En el mismo dia, la fiesta de san Traseas, obispo de Eumenia, martirizado en Esmirna.

En Tréveris, san Palmacio y compañeros, mártires, que fueron todos sacrificados en la persecucion de Diocleciano bajo el presidente Ricciovaro.

En el propio dia, el martirio de santa Catalina, virgen, que, bajo el emperador Diocleciano y el consular

Domicio, fué arrojada al fuego y luego al mar; pero como de todo salió sana y salva, le cortaron los piés y las manos, y le arrancaron los dientes; y viendo que se acercaba la palma, se puso la santa en oracion, y murió.

En Auxerre, la muerte de san Firmato, diácono, y de su santa hermana la vírgen Flaviana.

En Ravena, san Marcelino, obispo y confesor.

En Valencia de Francia, san Apolinario, obispo, esclarecido en virtudes durante su vida, é ilustre en la muerte en signos y prodigios.

En el mismo dia, san Atilano, obispo de Zamora, canonizado por el papa Urbano II.

En Roma, santa Gala, viuda, hija del cónsul Simaco, la cual, despues de la muerte de su marido, se fijó junto á la iglesia de San Pedro, donde vivió muchos años entregada á la oracion, haciendo limosnas, ayunando, y ocupada en otras obras piadosas, y cuyo dichoso tránsito es celebrado por el papa san Gregorio.

En el Limosin, el tránsito de san Austricliniano, presbítero.

En Soissons, san Diviciano, obispo.

En Constanza, los santos mártires Constante y Alejandro.

En Nevers, san Jerónimo, obispo.

En Aoste al pié de los Alpes, el bienaventurado Gal, obispo de dicha ciudad.

En Persia, el martirio de santa Mamelta, apedreada por el pueblo enfurecido.

En Egipto, san Belafo y san Vacasio, mártires.

En Bodec, diócesis de Paderbon en Wesfalia, san Meinon, diácono, á quien los Alemanes llaman Meenolf.

En Florencia, el bienaventurado Pedro de Imola, caballero de San Juan de Jerusalen, prior de Roma.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Froylanum monastici instituti propagandi studio decorasti, et ex eremo ad episcopale munus cœlesti indicio vocatum miraculis clarum effecisti: concede propitius, ut cujus patrocinio gloriamur, ejus instruamur exemplis. Per Dominum nostrum Jesum Christum.....

O Dios, que adornaste al bienaventurado Froilan con un ardiente deseo de propagar el instituto monástico, y que, habiéndole llamado de una manera maravillosa del yermo á la dignidad de obispo, le hiciste esclarecido en milagros: concédenos misericordiosamente que, ya que tenemos la gloria de disfrutar su patrocinio, recibamos igualmente la instruccion de sus ejemplos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44 *y* 45 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia I, pág.* **14.**

REFLEXIONES.

Dios le dió la bendicion de todas las gentes, dice la epístola de este dia: que es lo mismo que decir que el Señor concedió al justo que celebra hoy la Iglesia todas las felicidades y venturas que están esparcidas en todas las gentes del mundo, haciéndole un hombre verdaderamente bienaventurado. Estas palabras de eterna verdad sabemos que ni pueden contener engaño alguno, ni son producidas por una imaginacion exaltada, que quiera imponer con ponderadas exageraciones. *El cielo y la tierra faltarán*, dice la Verdad inmutable, *pero mis palabras no faltarán jamás*. Siendo esto así, se hace preciso inferir que en la conducta de san Froilan y en la relacion de sus obras se contiene una felicidad que necesitamos descubrir. ¿Consisti-

ria esta en abandonar la casa de sus padres, renunciar el socorro y proteccion de sus parientes, despreciar las cuantiosas riquezas que formaban su patrimonio, y dejar toda su fortuna en manos de la Providencia? ¿Seria feliz viviendo en un yermo acompañado de breñas y de fieras, sufriendo las inclemencias de todas las estaciones, y sin mas alimento que la oracion y las lágrimas? ¿consistiria finalmente su felicidad en estar de continuo evacuando las penosas cargas de predicador y de obispo, viviendo escasamente para sí, y dedicando todos los momentos de su vida al provecho de sus prójimos?

Si se llama a las gentes del mundo á dar respuesta á estas preguntas, lejos de encontrar felicidad, hallarán en la vida de san Froilan unas ocupaciones llenas de tedio y amargura, y unos proyectos diametralmente opuestos á la mundana felicidad. Porque ¿cómo podrá persuadirse el avariento, que no duda cometer las mayores injusticias, y tiranizar á sus semejantes para engrosarse de bienes perecederos, á que es una bendicion de Dios el tener el espíritu necesario para despreciarlos? El hombre divertido que no encuentra satisfaccion sino en las grandes concurrencias y espectáculos; que coloca todo su estudio en variar los sujetos y las circunstancias que le aumenten y le multipliquen las diversiones, ¿cómo puede atribuir el nombre de bienaventurada á una vida triste, solitaria y austera? Los desidiosos, en fin, aquellos hombres tan inútiles á los demás como á sí mismos, que no tienen mayor tedio que el que les causa su inaccion y holgazaneria, ¿cómo es creible que tengan por dichoso al que está continuamente en un penoso trabajo, quitándose el sueño, y perjudicando á su salud, por ser de alguna manera provechoso á sus hermanos? El mundo piensa asi, pero sin embargo, la Verdad eterna está firme y constante en calificar estos trabajos de

venturosos. Y á la verdad, si fuesen capaces los mundanos de probar por un momento la dulce satisfaccion que encuentran los justos en el cumplimiento de la ley santa de Dios, á que se dirigen todas sus tareas, fallarian contra aquel mismo dictámen que produce en ellos la vehemencia de sus pasiones. *Un dia solo gastado en el servicio del Señor*, decia el profeta David, *es mejor y mas dulce que millares pasados en los tabernáculos de los pecadores*. Este voto de un rey poderoso, que gozaba de todas las facultades necesarias para proporcionarse las delicias y satisfacciones del mundo, es decisivo en la materia. La vida espiritual tiene atractivos y bienes tan superiores, que con razon dice el Espíritu Santo, *que aquel que la practica goza en sí mismo de las bendiciones y felicidades de todas las gentes*. Pero, para persuadirse á ello, es necesario hacer lo que dice el real Profeta: *Es menester entregarse á la vida espiritual, llegar á tomar gusto á sus delicias inefables, y entonces es cuando se echa de ver cuan suave es el Señor, y cuán copiosas sus bendiciones.*

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia I, pág.* 17.

MEDITACION.

SOBRE LAS UTILIDADES DE LA BUENA CONCIENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todos los bienes que hay en el mundo son de poca estimacion en comparacion de la tranquilidad, utilidades y alegría que produce una buena conciencia.

Cuando esta verdad no estuviera tan confirmada con

repetidos testimonios de la sagrada Escritura, bastarian á evidenciarla los multiplicados ejemplares que nos ofrecen las historias sagradas y profanas. El santo Job, sufriendo todas las vejaciones que eran capaces de producir la malicia y astucia de Satanás, confederadas para su perdicion, predica desde un asqueroso muladar á todos los mortales que, aun cuando falten al hombre todos los bienes de este mundo, seria bienaventurado en medio de sus desdichas, con tal que no le presente delitos su conciencia. Habia perdido las cuantiosas posesiones que le constituian en el grado de un poderoso monarca; sus hijos habian muerto desastradamente en la flor de su juventud; todos sus amigos le habian desamparado, y convertídose en enemigos suyos; hasta su misma mujer, olvidada enteramente del amor y sensibilidad que inspiran los lazos del matrimonio, le insultaba con descaro; y su cuerpo, cubierto por todas partes de llagas y asquerosidades, era afligido con intensos dolores, que aumentaban los interiores de su alma. Adonde quiera que volviese los ojos, no encontraba sino objetos de dolor y de tormento. Con dificultad se podrá encontrar hombre mas miserable, ni mas afligido; pues, aunque quisiese dirigir sus votos al cielo, estaban cerradas las puertas de la piedad, y parecia que las entrañas de la divina misericordia se habian convertido en duro bronce.

En medio de tanta miseria se acordaba el santo Job de que habia ya algunos años que no ofendiera á su Dios: su conciencia le aseguraba su amistad, y en esto mismo encontraba un lugar de refugio contra todos sus trabajos. De la misma manera se consolaba el santo rey David cuando, despues de haber sido certificado por el profeta de que Dios le habia perdonado sus excesos, le decia en el salmo 16: *Vendré, Señor, á tu presencia acompañado de la justicia de mi alma.* Pero

en donde se ve mas claramente qué efectos tan ventajosos produce en el espíritu la satisfaccion de tener á Dios por amigo, es en el apóstol san Pablo. Escribia este santo á los Corintios *(Epist. 2, cap. 1.)*, y no obstante que los repetidos excesos que habia cometido contra Dios persiguiendo su Iglesia cuando estaba todavía en el judaismo, pudieran intimidarle, con todo eso no duda prorumpir en unas demostraciones de tranquilidad y alegría extraordinarias, diciendo á sus discípulos: *Toda mi gloria consiste en el testimonio de mi conciencia.* Todos estos santos pensaron con cordura, porque nada hay en el hombre que merezca aprecio y estimacion si Dios, que es el justo apreciador de las cosas, no lo aprecia y estima. Y como este Señor no puede apreciar en nosotros otra cosa que sus dones, de aquí es que la inocencia de costumbres, la verdadera virtud, la compuncion del corazon, y cuanto arguye su amistad, son las únicas causas que pueden producir en nosotros la tranquilidad y alegría. Siendo esto así, ¡cuánta es la necedad de aquellos engañados que pretenden encontrar satisfaccion fuera de Dios! ¡cuán grande el error de los que atribuyen sus interiores disgustos, sus continuos sobresaltos y la debilidad de sus esperanzas á otro principio que á la impureza de su conciencia! Conoce, ó cristiano, estas verdades, y advierte cuán grandes son los bienes de que te privas por tus delitos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, para lograr estos bienes, se necesita una conciencia verdaderamente pura, una conciencia recta, y una conciencia que juzgue justamente de las cosas segun son en sí malas y buenas.

No consiste la buena conciencia en estar libres de aquellos delitos horrorosos, que escandalizan con su

fealdad, y conmueven las entrañas del mas endurecido. Las negras calumnias, las injusticias manifiestas, las deshonestidades, los hurtos, los homicidios y blasfemias, son unos delitos tan atroces, que no hay conciencia tan cauterizada, que no los abomine y deteste. Pero hay otro género de delitos, de que no solamente no se horroriza la conciencia de algunos, sino que los suele interpretar por virtudes. Este error es tanto mas perjudicial, cuanto coloca á los hombres en una paz falsa, y seguridad fingida, haciéndoles descuidar del remedio que necesita su dolencia. Se juzga que no pueden subsistir ni la nobleza, ni el honor, sin la soberbia y venganza; y así un hombre noble que recibe una injuria, se juzga obligado á tomar satisfaccion bajo el falso pretexto que en este mundo es odiosa la vida sin el honor, y que el que no se venga está sujeto á una perpetua infamia. De la misma manera piensan los demás hombres erróneamente, segun la diversidad de circunstancias y empleos en que ejercitan su vida; porque de otra manera, ¿se advertirian tantas astucias en los negocios seculares, tantas simonías encubiertas en los eclesiásticos, tanto lujo y profusion en los del mundo, tanta injusticia en los jueces y tantas falsedades en sus ministros?

Todos estos se persuaden á que todas aquellas cosas les son lícitas antes de ponerlas en práctica, y lo primero que procuran es aquietar los gritos de la conciencia, que, por la idea de rectitud que grabó en ella el dedo de Dios, siempre clama contra la injusticia y el desórden. Sin acallar las quejas de este fiscal severo, de ninguna manera se atreverian á ejecutar el delito. Por esta causa, el que se determina á quebrantar los preceptos de la Iglesia, pretexta enfermedades y achaques que realmente no tiene, pero que con el auxilio de su tibieza y de su amor propio to-

man el cuerpo necesario para parecer graves y de consideracion. De la misma manera excusan el lujo y la pompa inmoderada en el vestir : unas veces excusándose con la nobleza del linaje; otras, con la alteza de la dignidad, y otras, finalmente, con la costumbre; como si alguna de estas cosas pudiera prescribir contra la ley santa de Dios, y tener mas fuerza y recomendacion que sus adorables preceptos. La conciencia que resulta de un semejante modo de obrar, es una conciencia errónea, y la paz que por su medio logran los hombres, es una paz falsa. Con semejante conciencia, lejos de llegar á la posesion de los bienes que consideramos de la mayor entidad, se viene á cierta imposibilidad de poder jamás disfrutarlos. Cada uno de estos engaños es como un eslabon con que se forma una cadena funesta, que ata al alma, é impide sus felicidades; porque al fin llega un tiempo en que todas las cosas aparecen conforme son, Dios echa un rayo de luz sobre todos nuestros engaños, y entonces nuestra conciencia misma es el verdugo mas cruel que con mas impiedad nos acusa y nos condena. Estado miserable, término desventurado, que deben temer los hombres como uno de los mayores precipicios de su vida.

JACULATORIAS.

Secura mens quasi juge convivium. Prov. 15.

La conciencia segura y tranquila causa una delicia en el alma, mas apetecible que los convites y las mesas espléndidas.

Non est pax ossibus meis à facie peccatorum meorum. Psalm. 37.

Pero en presencia de los delitos de que me acusa mi conciencia, veo, Señor, un descontento, un miedo

y un terror en mi mismo, que llega á penetrarme hasta los huesos.

PROPOSITOS.

Cuando la buena conciencia no produjese delicia ninguna, y cuando sus frutos no fuesen tan conocidamente ventajosos, bastaria para desearla, y procurar hacerse con ella la evasion de aquel horrible temor que causa el mismo delito, y el remordimiento que á todas horas y en todas partes acompaña al pecador. Casi solo estaba en el mundo el pérfido Cain despues de la muerte de su inocente hermano, y con todo eso en medio de una soledad se horrorizaba de sí mismo, y se persuadia á que cualquiera ser viviente tenia derecho á quitarle la vida, y que esta no le duraria mas de lo que tardase en encontrar á alguno. El castigo mas severo que da Dios al pecador en esta vida, es la acusacion de la conciencia. En todas partes y á todas horas tiene presente el pecador su delito: siempre se le representa con la mayor viveza su fealdad, y siempre le está condenando á sufrir los rigores de la divina justicia. Aun despues de haber expiado con dolor y lágrimas el santo rey David el adulterio y homicidio que habia cometido, clamaba al Señor con toda la amargura de su corazon, diciéndole: *Mi pecado, Señor, está siempre contra mí.* Solas estas consideraciones deben bastar para que aborrezcas, ó cristiano, la vida pecaminosa, y procures asegurar tu conciencia por medio del arrepentimiento. ¿Qué delicia pueden producir los espectáculos si, en medio de ellos, te viene á la memoria que estás desterrado para siempre de la patria celestial? ¿qué satisfaccion te pueden producir las grandes amistades y conexiones del mundo si, por mantenerlas y disfrutarlas, te haces de Dios enemigo? Desengáñate.

la delicia verdadera, el gusto y la paz residen únicamente en una buena conciencia; en una conciencia justa, que no trueque los nombres de las cosas: en todo lo demás, por mas que tu imaginacion te abulte las cosas, jamás encontrarás sino vanidad y afliccion de espíritu.

DIA SEIS

SAN BRUNO, CONFESOR.

San Bruno, restaurador de la vida solitaria en el Occidente, gloria de su siglo, admiracion del mundo cristiano, y fundador de una de las mas ilustres y mas santas religiones de la Iglesia de Dios, nació en Colonia por los años de 1030. Era su familia de las mas antiguas y de las mas nobles del país, y sus padres mas distinguidos por su ejemplar virtud, que por sus grandes riquezas y por el esplendor de su sangre. Merecióles Bruno su particular cariño por su bello natural, por su entendimiento claro, vivo y despejado, por una memoria feliz, y por su gran docilidad, acompañado todo de una inclinacion á todo lo bueno, poco ordinaria en los niños de su edad; prendas todas que le hacian mas amable, y que empeñaron á sus padres en aplicarse con mayor especialidad al cuidado de su educacion. Esta costó poco, y sus bellos talentos naturales, ayudados de las particulares gracias con que el cielo le previno, ahorraron mucho trabajo á los maestros. Asegura el autor mas antiguo de la historia de su vida que nunca se notó cosa que oliese á puerilidad en sus costumbres. Observábasele siempre muy ajeno y muy superior á las ni-

ñeces de su edad; y su virtud, junta con la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, la que dejó despues como en herencia á sus hijos, preservó su inocencia en todos los peligros.

Añadiéndose á su extraordinario juicio y madurez una excelente capacidad, hizo maravillosos progresos en las ciencias. Sobresalió mucho en las letras humanas; pero mucho mas en la sagrada teología y en el estudio de los santos padres; de manera que constantemente era reputado por uno de los mas hábiles doctores de su tiempo. Enviáronle á París para que se perfeccionase en aquella universidad: graduóse en ella; y aunque todavía muy jóven, enseñó con aplauso la filosofía. Extendida con admiracion la fama de la santidad y de la sabiduría de Bruno, san Annon, arzobispo de Colonia, no quiso que su iglesia estuviese privada por mas tiempo de un sugesto que tanto la podia ilustrar. Llamóle, y proveyó en él un canonicato de la iglesia de San Cuniberto de Colonia. Confirióle los primeros órdenes sagrados; pero creciendo cada dia su reputacion, luego que murió san Annon, le eligió la iglesia de Reims por su magistral, y poco despues fué nombrado cancelario y rector de las escuelas públicas.

Era san Bruno el ejemplo y la admiracion de todo el clero: edificaba á toda la ciudad con la pureza de sus costumbres, cuando por vias simoníacas se introdujo Manasés en la silla arzobispal de Reims, procurando mantenerse en ella por todo género de violencias y de disoluciones. Parecióle á nuestro santo que no debia disimular el dolor que le causaba aquel escándalo. Por otra parte, su vida ejemplar era una silenciosa, pero penetrantísima censura de la licenciosa y desordenada que traia aquel mercenario pastor, lo que le puso de tan mal humor contra san Bruno, que le trató muy mal, é hizo todo cuanto pudo para per-

derle. Pero habiendo sido ignominiosamente arrrojado de la silla arzobispal el indigno prelado, despues de excomulgado por el legado del papa, convinieron todos en que fuese sucesor el santo magistral, que, noticioso de esto, se sobresaltó mucho. Escapóse secretamente, y supo esconderse tan bien, que fué preciso proceder á la eleccion de otro, la que recayó en Rainaldo de Bellay, tesorero de *la santa iglesia de Tours*. Algunos historiadores modernos quieren decir que estas inquietudes de la iglesia de Reims, añadidas al tedio que causaban á nuestro santo todas las vanidades del mundo, fueron el motivo principal de la resolucion que tomó de retirarse á un espantoso desierto para entregarse únicamente al importante negocio de su salvacion. Pero se hace poco verisímil que una causa tan lijera produjese un efecto tan ruidoso, ni que una vida tan inocente y tan arreglada se condenase por tan leve motivo á tan espantosa penitencia. Parece que una resolucion tan generosa y tan repentina habia de tener principio de mas estruendo.

Es tradicion en la sagrada religion de cartujos, tan antigua como ella misma, autorizada por el testimonio del célebre Juan Gerson, cancelario de la universidad de París, por el de san Antonino, y por el de todos los hombres grandes que ha habido en la Cartuja, que la verdadera causa de la repentina resolucion que tomó nuestro santo de ir á esconderse, ó á enterrarse vivo en un horroroso desierto, y de hacer en él la mas austera y la mas penitente vida, fué uno de los sucesos mas extraños y mas temerosos que acaecieron jamás en el mundo.

El autor mas antiguo de la vida de nuestro santo, que la escribió el año de 1150, es decir, cuarenta y nueve años no mas despues de su muerte, y que hace una exacta y menuda relacion de todo lo sucedido

desde los primeros pasos de la órden; cierto santo monje de la cartuja de Merya, que vivia por los años 1270; Guillermo de Erbura, que escribió en el de 1313; el autor de la Crónica de los priores de la Cartuja, que floreció en el de 1383; Enrique de Kalkar, que en el año de 1398 compuso un tratado del orígen de esta ilustre religion; en fin, el célebre Dionisio Cartusiano, que murió el año de 1471; y Surio, de la misma sagrada órden; todos estos varones, que no eran ni simples, ni crédulos, ni visionarios, hacen opinion mucho mas probable que aquellos críticos del siglo décimoséptimo, que fueron los primeros en levantar el grito y dar por apócrifa esta venerable tradicion. El modo con que refieren todos estos antiguos historiadores el terrible suceso de que se valió Dios para mover á san Bruno á que se fuese á sepultar vivo en una horrorosa soledad es el siguiente.

Hallábase nuestro santo en París, cuando murió, recibidos todos los sacramentos, un famoso doctor de aquella universidad, hombre, al parecer de todos, de una suma bondad, generalmente reputado por muy virtuoso; y llevado á la iglesia para darle sepultura, cuando se le estaba cantando el oficio de difuntos de cuerpo presente, al llegar á la cuarta leccion que comienza *Responde mihi*, el cadáver levantó la cabeza en el féretro, y con voz lastimosa exclamó: *Por justo juicio de Dios soy acusado*: dicho esto, volvió á reclinar la cabeza como antes. Apoderóse de todos los asistentes un general terror, y se determinó dilatar para el dia siguiente los funerales. Este dia fué mucho mayor el concurso: volvióse á entonar el oficio, y al llegar á las mismas palabras, vuelve el cadáver á levantar la cabeza, y á exclamar con voz mas esforzada y mas lastimera: *Por justo juicio de Dios soy juzgado*. Duplicóse en todos los concurrentes el espanto; y se resolvió diferir la se-

pultura para el tercer dia. En él fué inmenso el concurso: dióse principio al oficio como los dias precedentes, y cuando se cantaron las mismas palabras, levanta el difunto la cabeza, y con voz verdaderamente horrible y espantosa exclamó: *No tengo necesidad de oraciones; por justo juicio de Dios soy condenado al fuego sempiterno.* Ya se deja discurrir la impresion que haria en los ánimos de todos un suceso tan funesto. Hallóse presente Bruno á este triste espectáculo, y se le grabó tan profundamente, que, retirándose todo estremecido y todo horrorizado, determinó dejar cuanto tenia, y encerrarse en algun horroroso desierto para pasar en él toda la vida, entregado únicamente á ejercicios de rigor, de mortificacion y de penitencia. Parecia necesario un suceso tan trágico para una resolucion tan generosa. Estando en estos pensamientos, le entraron á ver seis amigos suyos; y apenas tomaron asiento cuando con las lágrimas en los ojos les dijo: *Amigos, ¿en qué pensamos? Condenóse un hombre, que á juicio de todos hizo siempre una vida tan cristiana; ¿pues quién podrá fiarse ya con seguridad del testimonio que le dé su equivocada conciencia? ¡Oh qué terribles son los altos juicios de Dios! El difunto ya no habló para sí; á nosotros se dirigió el grito de aquel espantoso milagro. Por lo que á mí toca, ya he tomado mi partido; resuelto estoy á abandonarlo todo para siempre: beneficios, empleos, rentas, todo se acabó ya para mí; voy á enterrarme vivo en el desierto mas horroroso que encuentre, y allí voy á pasar la vida en amargura, en soledad y en penitencia.* Movidos todos aquellos amigos, ya de lo que habian visto, ya de lo que le acababan de oir, protestaron que todos estaban en el mismo pensamiento, y en la misma resolucion, prontos todos á seguirle. Llamábanse estos Landino, que despues de san Bruno fué el primer prior de la gran Cart...

Estéban de Bourg y Estéban de Dié, ambos canónigos de San Rufo en Valencia del Delfinado; un sacerdote, por nombre Hugo, y dos laicos, que se llamaban Andrés y Guerino. Comenzaron á discurrir sobre el desierto adonde se retirarian, y los dos canónigos de San Rufo dijeron que en su país habia un santo obispo, cuyo obispado tenia muchos bosques, muchos peñascos inaccesibles, y muchos sitios inhabitables, y que no dudaban de su zelo y de su gran bondad que favoreceria sus intentos si recurrian á él. Era este santo prelado san Hugo, obispo de Grenoble, célebre por su santidad, y uno de los mayores prelados de su siglo. Aplaudieron todos este parecer.

Hecha por san Bruno la dimision de su prebenda y la renuncia de todo, tomó el camino del Delfinado con sus seis compañeros, y se echó á los piés del santo obispo de Grenoble, pidiéndole se sirviese conceder á todos siete un sitio solitario donde poder retirarse. Acordóse entonces san Hugo de un sueño que habia tenido la noche antecedente, en que le pareció veia al mismo Dios que se estaba fabricando á sí propio un templo en un desierto de su obispado, que se llamaba la Cartuja, y que siete estrellas, elevadas de la tierra en forma de círculo, iban delante del mismo obispo como para mostrarle el camino. Mandólos sentar á todos, y habiéndoles preguntado el asunto de su viaje, tomó la palabra san Bruno, dice Surio, y despues de referirle el prodigioso suceso de París, le suplicó fuese servido señalarles algun desierto donde pasasen la vida haciendo penitencia, y retirados de todo humano comercio. Luego que Hugo oyó su relacion, les refirió, les explicó, y les aplicó la vision que habia tenido, no dudando que aquellos siete forasteros estaban significados en las siete estrellas misteriosas. Abrazólos con ternura, alabó sus generosos intentos, ofrecióles el desierto de la Cartuja, y se le

pintó de esta manera : *Si buscais un sitio inaccesible á los hombres, no hallaréis otro que menos haya pisado humana planta; pero advertid que es una silenciosa soledad, cuya vista sola estremece y horroriza; es un conjunto de peñas escarpadas, cuyas puntas suben hasta esconderse en las nubes : cúbrenle todo el invierno las nieves y oscurécenle las nieblas, siendo el frio por una parte insufrible y por otra interminable; en una palabra, es un lugar que hasta ahora solo le han poblado las fieras.* Viendo que esta pintura, lejos de acobardarlos, encendia mas su fervor, añadió : *Conozco claramente que Dios os destina para esta horrorosa soledad; el mismo Señor sabrá manteneros en ella.* Detúvolos algunos dias en su palacio para que se recobrasen de las fatigas del camino; y despues el mismo prelado los acompañó hasta ponerlos en posesion del sitio que les señalaba. No contento con cederles todo el derecho que á él pertenecia, se ofreció á indemnizar al señor de las pretensiones que podia tener, aunque no fuese mas que para el ejercicio de la caza, todo con el fin de que ninguna cosa pudiese turbar ni inquietar su soledad. Lo primero que hicieron Bruno y sus compañeros fué fabricar un oratorio ó capilla en honor de la santísima Vírgen, con unas celdillas á moderada distancia unas de otras, en un terreno que se extiende un poco entre tres grandes peñascos, á cuyo pié brota una pequeña fuente que hasta el dia de hoy se llama fuente de san Bruno, todo cerca de la capilla, que desde entonces se intituló Santa María de las Chozas : *Sancta Maria de Cassallibus.* Comenzaron estos ángeles en carne humana á habitar aquel desierto, y á hacer en él la vida mas austera y mas penitente que se habia visto en la Iglesia por aquellos dias inmediatos á la festividad de san Juan Bautista del año 1084.

Tal fué la célebre época, ó el nacimiento de la admirable religion de los cartujos; porcion tan dis-

tinguida y tan estimada en el rebaño del Señor; seminario de santos, gloria de la religion, y uno de los baluartes mas firmes del cristianismo. De aquella venerable religion, que puede contar tantos predestinados como individuos; y que despues de casi setecientos años conserva el vigor y el espíritu de su primitivo instituto, sin haber aflojado, ni sufrido nunca la mas mínima relajacion, ni en la exactísima observancia de sus antiguas costumbres, ni en la constante severidad de su rigurosa penitencia : de aquella religion verdaderamente ilustre por la multitud de santos obispos, arzobispos, patriarcas y cardenales como ha dado al mundo cristiano, y por el número mucho mayor de los que constantemente se resistieron á los honores de la púrpura, y aun á la dignidad suprema de la Iglesia : de aquella religion, en fin, que, aventajándose en la soledad, en la abstinencia, en la multiplicidad de las oraciones, en la continuacion de los ayunos, en el silencio y en las penitencias á los mas antiguos solitarios del Oriente, une y junta dentro de su seno toda la perfeccion evangélica, y por el ejercicio de todas las virtudes ella sola es el elogio mas magnífico de la religion de Jesucristo.

Por la santidad y por la exacta observancia de los cartujos de nuestros tiempos se puede fácilmente inferir cuánta seria la santidad y cuál seria la vida de aquellos primeros padres. Su riguroso ayuno era continuo, y su perpetuo silencio solo se interrumpia para cantar en el coro las alabanzas del Señor. Fuera de la indispensable abstinencia de carne, aun en las mas graves y peligrosas enfermedades; además de la perpetua clausura y del cilicio de que jamás se desnudaban, siendo este uno de los puntos esenciales de la regla, estaban expuestos á todas las inclemencias del tiempo en aquellas reducidas chozas. Todos eligieron por superior suyo á san Bruno, y san Hugo le

nombró por tal á pesar de su resistencia, siéndolo en la realidad por su raro mérito y por su eminente virtud. Era el mas humilde, el mas pobre, el mas mortificado, el mas observante, y no parecia posible modelo mas cabal de la vida monástica. Pero aquel mismo santo obispo de Grenoble, que al principio adoptó por hijo suyo á san Bruno, admirado despues de su sabiduría y de su santidad, le tomó por su director y maestro de la vida espiritual; tanto, que, sin acobardarle la aspereza del camino, hacia tan frecuentes viajes á la Cartuja para pasar en ella algunos dias siguiendo la vida de los monjes bajo la direccion de san Bruno, que algunos creyeron habia tomado el hábito, haciéndose en todo su discípulo.

Pero cuando mas contentos estaban aquellos santos solitarios, disfrutando el consuelo y la dulzura del gobierno de san Bruno, tomando su vida por modelo de la suya, se vieron muy á pique de perderle para siempre. Habíale conocido y tratado mucho en Reims el papa Urbano II; y resuelto á valerse de su capacidad y de sus consejos para el gobierno de la Iglesia, le expidió un breve, mandándole pasase luego á Roma, cuando apenas habia seis años que con su pequeña tropa estaba retirado en la Cartuja. Fué indecible la afliccion de todos sus hijos cuando se consideraron en la triste necesidad de separarse de su amado padre; y no hallaron consuelo sino en la resolucion que tomaron todos de seguirle y de acompañarle. Mantuviéronse firmes en ella por mas que hizo nuestro santo para persuadirlos á que no abandonasen aquella soledad, empeñándoles su palabra de que muy presto daria la vuelta. No los pudo reducir, respondiéndole todos que, como estuviesen en su compañía, siempre serian solitarios, y con efecto le siguieron.

Encargó san Bruno el cuidado de su ermita á Seguin, abad de Casa Dios; y recibida la bendicion de

san Hugo, partió á Roma con seis compañeros. Fué recibido del papa con todos los testimonios y demostraciones de estimacion y de afecto que se pueden imaginar. Detúvole cerca de su persona, y le hizo de su consejo eclesiástico para consultarle en los negocios de conciencia y de religion. A sus compañeros se les dió una casa en la ciudad, donde procuraban vivir retirados, y practicar sus ejercicios monásticos como en la soledad de la Cartuja; pero presto experimentaron que no hallaban aquella facilidad para la meditacion, para el coro, para la oracion, y para el recogimiento que se habian prometido; y que el ruido y bulla de la calle turbaba mucho aquel amable silencio, que solo podian encontrar entre las rocas, y aquel dulce sosiego que habian perdido por culpa suya. Poca dificultad tuvo san Bruno en persuadirlos que se volviesen á su amada soledad. Nombró por prior en su lugar á Landuino; y recibida la bendicion del papa, con un breve dirigido á san Hugo para que los volviese á poner en posesion de su desierto, se restituyeron á la Cartuja.

Pero luego que volvieron á los ejercicios de su primitivo fervor, faltó poco para que del todo los perdiese una violenta tentacion. Sobresaltado el demonio á vista de aquellos primeros principios, les metió en la cabeza que era tentar á Dios empeñarse en una vida tan rigurosa y tan superior á las fuerzas de la naturaleza. Conferenciando un dia sobre este punto, se les apareció un venerable anciano, y les dijo que no tenian razon para desconfiar de la asistencia del cielo, y que la santísima Vírgen los tomaria á todos debajo de su especial proteccion, con tal que todos fuesen muy exactos en rezar cada dia las siete horas canónicas de su oficio parvo. Dicho esto, desapareció el santo viejo, que todos conocieron era el apóstol san Pedro; y consagrándose todos á la santísima Madre

de Dios, pusieron toda la órden bajo su proteccion, renovaron el propósito de no abandonar el desierto, de no admitir la mas mínima moderacion en la severidad de su instituto, y al instante se disipó aquella tentacion. De aquí tuvo principio la ley de los cartujos de rezar todos los dias cada uno en particular el oficio parvo de la Vírgen.

Entre tanto, no pudiendo san Bruno obtener licencia del papa para volverse á la dulce compañía de sus queridos hijos, los instruia y los esforzaba continuamente por medio de sus cartas. Pero haciéndosele cada dia mas dura y mas tediosa la estancia en la corte de Roma, y suspirando incesantemente por su amada soledad, hubiera, en fin, conseguido á fuerza de reiteradas instancias, el permiso que solicitaba, si á este tiempo no hubiesen llegado á Roma los diputados de Regio en Calabria con la pretension de que se les diese á Bruno por arzobispo. Gozosísimo el papa de ilustrar la Iglesia de Dios con tal prelado, se le concedió al instante; pero Bruno le importunó tanto con sus ruegos y con sus lágrimas, que al cabo cedió su Santidad, y le dió licencia para que se volviese á su desertio. No obstante este permiso, y el habérsele admitido la renuncia del arzobispado, entró en nuevas dudas sobre si le se convendria ó no retirarse á su antigua soledad. Estaba el papa para partir á Francia, y rezelaba que, hallándose en el reino la corte pontificia, le empeñasen en nuevas ocupaciones y negocios; por lo que, teniendo noticia de que habia en el centro de la Calabria un desierto aun mucho mas horroroso que el de la Cartuja, resolvió no pensar ya mas en esta, y desterrarse para siempre de su país. Retiróse, pues, con algunos discípulos que habia juntado al desierto de la Torre, en el obispado de Squílache, donde, añadiendo todavía nuevos grados á su primer fervor, se entregó totalmente á la contempla-

cion y á los ejercicios de la mas rigurosa penitencia. Con todo eso, no pudo olvidar en Calabria ni á sus amados discípulos de la Cartuja, ni á sus antiguos amigos de la iglesia de Reims. Así, pues, escribió una carta my eficaz y muy viva á Ralfo el Verde, preboste de aquella santa iglesia, trayéndole á la memoria la promesa que en otro tiempo habian hecho ambos á Dios de renunciar el siglo para siempre, y le exhorta poderosamente á cumplir con la obligacion de este voto. Es cierto que no hace mencion el santo del espantoso prodigio que dió ocasion á su retiro; pero se cree que esto nació de cierta delicadeza de conciencia por no herir el honor ni renovar la llaga en los parientes de aquel infeliz doctor.

Cuanto mas cuidado ponia san Bruno en ocultarse, tanto mas se complacia la divina Providencia en darle á conocer al mundo. Saliendo un dia á cazar en el bosque de Squilache, Rogerio, conde de Sicilia y de Calabria, quedó extraña pero gustosamente sorprendido viendo capilla, celdas y solitarios en aquel desierto. Trabó conversacion con san Bruno; y habiéndose informado de su manera de vida, quedó tan prendado, y formó tan alto concepto de la virtud y del extraordinario mérito de nuestro santo, que, en señal de lo mucho que le veneraba, hizo dar mayor extension á su ermita; asignóle una posesion que estaba cercana á ella, juntamente con el monasterio de San Juan, todo para su manutencion, y mandó edificar una iglesia que san Bruno dedicó al instante á la santísima Vírgen, su tierna y favorecida devocion. Visitaba contínuamente al santo el piadoso conde, y cada dia le manifestaba su amor y su veneracion con nuevos beneficios, de lo que tardó poco en recibir la recompensa; porque, habiendo puesto sitio á la ciudad de Capua, y estando en vísperas de ser asesinado por una alevosía, se le apareció en sueños san Bruno, y advirtióle la

conjuracion hecha contra su vida; pudo el conde prevenirla, y mientras vivió, conservó al santo perpetuo y muy vivo reconocimiento.

Tenia san Bruno muy presentes á sus primeros discípulos de la Cartuja, y así les envió ciertas constituciones para que en todas partes fuese uniforme la vida de los cartujos. Con este mismo fin, hizo un viaje á Calabria Landuino, á quien el santo habia nombrado por prior en su lugar para conferenciar con él todas las cosas. Pero no bien se habia puesto en camino para restituirse á Francia, cuando cayó enfermo san Bruno con cierto y claro conocimiento de que aquella enfermedad le habia de llevar á la sepultura. Entonces todo creció visiblemente en él: su fervor, su devocion, su zelo, y hasta su misma penitencia. Conociendo que se acercaba su última hora, convocó á todos sus monjes, hizo en su presencia la protestacion de la fe, particularmente sobre los artículos de la santísima Trinidad, de la Encarnacion, de la muerte de Jesucristo generalmente por todos los hombres, y en fin, sobre todos los sacramentos; pero inculcándose con especialidad sobre el sacramento de la Eucaristía, explicándose sobre él mas difusamente á causa de los errores de Berengario, que tanto escándalo y tanta turbacion habian causado en los fieles. El domingo siguiente 6 de octubre, recibidos todos los sacramentos, armado con su cilicio, y un devoto crucifijo arrimado á los labios, entregó apaciblemente su espíritu en manos de su Dios el año de 1101, aun no cumplidos los cincuenta de su edad, al décimocuarto de la fundacion de la Cartuja en el Delfinado, y al quinto despues de su retiro á la Calabria.

Fué honoríficamente enterrado su cuerpo en la iglesia de Nuestra Señora, que tambien se llamaba de San Estéban, y se le dió sepultura detrás del altar mayor, haciéndola gloriosa el Señor con mucho nú-

mero de milagros. Fué el primero de todos una milagrosa fuente que el mismo dia de su entierro brotó junto á su sepultura, cuyas aguas fueron saludables para todo género de enfermedades. Comunicado á sus hijos el espíritu de retiro, de soledad, de silencio y de humildad que resplandeció en el santo patriarca, se contentaron por largo tiempo con invocarle en particular, sin hacer fiesta pública á su ilustre fundador, hasta que en el año de 1514 el papa Leon X mandó que se solemnizase públicamente su fiesta el dia 6 de octubre. Entonces elevaron el santo cuerpo los cartujos de Calabria para exponerle á la pública veneracion. Colocáronle despues debajo del altar mayor; aunque para satisfacer la devocion de los pueblos separaron su santa cabeza, y la engastaron en un preciosísimo relicario, enviando á la gran Cartuja la mandíbula inferior con dos dientes. Tambien se repartieron varias reliquias á las Cartujas de Colonia, de Nápoles, de París, de Friburg, de Brigau, de Bolonia, y á algunas otras. El papa Gregorio XV mandó insertar su oficio en el breviario romano; y Clemente X ordenó que se celebrase con rito doble.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Calabria, san Bruno, confesor, fundador del órden de Cartujos.

En Laodicea, san Sagar, obispo y mártir, que fué uno de los antiguos discípulos del apóstol san Pablo.

En Capua, la fiesta de san Marcelo, san Costo, san Emilio y san Saturnino, mártires.

En Agen de Francia, la fiesta de santa Fe, vírgen y mártir, por cuyo ejemplo animado san Caprais al martirio, terminó felizmente su combate.

Y tambien santa Erólida, mártir, que, abrasada de amor por Jesucristo, salió victoriosa de las llamas.

En Tréveris, la conmemoracion de un sinnúmero de mártires que perecieron con diferentes géneros de suplicios por la fe de Jesucristo, bajo la presidencia de Ricciovaro, en la persecucion de Diocleciano.

En Auxerre, san Roman, obispo y mártir.

En Oderzo, san Magno, obispo, cuyo cuerpo descansa en Venecia.

En Poitou, san Prouents, venerado como mártir en Beze de Borgoña.

En Vaison, san Barto, obispo, sucesor de Quiniz.

En Gueret en la Marca, san Pardou, abad de dicho lugar, cuyo cuerpo es venerado en Arnac, cerca de Pompadour.

En Remiremont, santa Modesta, virgen, religiosa.

En la diócesis de Mende en Gevaudan, santa Enimia, virgen.

En el Belley en Bresse, el venerable Artaud, obispo de dicha ciudad, cartujo, venerado de los pueblos por las maravillas obradas en su sepulcro.

En Paflagonia, san Nicetas el Patricio, confesor.

En Sorrento en el reino de Nápoles, san Renato, obispo de aquella ciudad.

En Novara en el ducado de Milan, san Algis, obispo.

En Virsbourg, san Adalberon, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Sancti Brunonis confessoris tui, quæsumus, Domine, intercessionibus adjuvemur, ut qui majestatem tuam graviter delinquendo offendimus, ejus meritis et precibus nostrorum delictorum veniam consequamur. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que seamos ayudados con la intercesion de tu confesor san Bruno, para que consigamos por sus méritos y oraciones el perdon de nuestros pecados, puesto que con nuestras graves culpas hemos ofendido á vuestra Majestad. Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 31 *de la Sabiduría.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? Fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto, sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

« En este libro juntó el autor del Eclesiástico una multitud de instrucciones y de máximas para todos los estados de la vida y para todo género de condiciones. No se limitan precisamente á lo moral, tambien se extienden á lo político y á lo civil. Los Griegos llaman á este libro *Sabiduría* ó *Panaretos* de Jesus, hijo de Sirac. La palabra *Panaretos* significa en griego *Manual* ó *Manojo de todas las virtudes*, ó un libro que da preceptos para la práctica de todas. »

REFLEXIONES.

El que así fuere probado y perfeccionado, conseguirá una gloria eterna. La tentacion sirve de prueba, y contribuye mucho para perfeccionar á una alma infiel. No se consume el oro con el fuego, se purifica y se aquilata; ni los vientos mas impetuosos hacen

titubear al sol; antes disipan los parelios, y llevan el navío al puerto con mayor velocidad, como el piloto sea vigilante en observarlos, y pronto á la maniobra. *Fiel es Dios, y no permitirá que seas tentado mas de lo que tus fuerzas puedan resistir; antes bien en la misma tentacion te suministrará medios con abundancia para que la puedas vencer.* No por cierto, Señor, ni vuestra sabiduría ni vuestra bondad permiten jamás que el enemigo nos tiente sobre aquello á que puede alcanzar nuestra resistencia. Siempre proporcionais vuestros auxilios á los esfuerzos de nuestros enemigos; y nunca somos vencidos sino por nuestra cobardía. Fiel es Dios en la misma tentacion, combatiendo en ella juntamente con nosotros; fiel es Dios despues de la tentacion, coronando nuestros triunfos; seámosle nosotros fieles por nuestra parte, peleando con constancia, y atribuyéndole despues toda la gloria. Fiel es Dios en la tantacion; mas para experimentar seguramente su fidelidad, es menester no ser temerarios. Cuando voluntariamente nos exponemos á la tentacion, nosotros mismos somos los que nos tentamos; ¿y qué maravilla es que experimentemos entonces nuestra miseria? Ya está vencido el corazon antes de entrar en el combate; ¡y despues nos admiraremos de nuestras caidas! Sobre todo, la prudencia cristiana dicta que estemos mas alerta en aquellos pecados á que nos arrastra la costumbre, y á que nos lleva la inclinacion. Son unos enemigos que, aunque hayamos sacudido su yugo, todavía pueden tener alguna inteligencia secreta en el corazon. *Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso,* dice el Sabio. *Orad y velad,* dice el Salvador del mundo, *para no caer en la tentacion.* Si las almas mas inocentes, si los discípulos mas fervorosos viven siempre con temor, si deben orar y velar continuamente, ¿quién asegura á los cristianos imperfectos y tibios?

Esas personas mundanas, que solo respiran alegría y diversion; esos religiosos menos observantes y poco mortificados; esas gentes divertidas y delicadas que pasan la vida en brazos de la ociosidad y del regalo, ¿estarán á cubierto de todos los peligros para que se consideren dispensadas de velar, de orar y de temer? *Quid tu sopore deprimeris?* ¿Cómo te dejas tú apoderar de esa modorra en medio de tanto peligro, y agitado de tan desecha tempestad? No hay persona de virtud tan eminente, que no deba estar temerosa de su salvacion. No hay religion tan santa, no hay lugar tan retirado, no hay desierto tan horroroso donde racionalmente pueda alguno dispensarse de estar en centinela para que no le coja de sopresa el enemigo. ¿Hubo por ventura algun santo que no hubiese temido el peligro aun en el ejercicio de la mas rigurosa penitencia? pues ¿en qué se funda nuestra seguridad?

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus exspectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cùm venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos, cùm venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quòd præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in ter-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que viniendo y llamando le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los ha-

tia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

llare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

PARA SALVARSE ES NECESARIO POR LO MENOS EL ESPIRITU DEL RETIRO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no á todos llama Dios á la soledad: se necesita particular vocacion para vivir en un desierto. En medio de las ciudades mas populosas se vieron en todos tiempos grandes santos; pero el espíritu de recogimiento y de retiro en todos los estados es muy necesario para la salvacion. *Vivid siempre ceñidos, con las lámparas encendidas en las manos, é imitad á aquellos criados que están esperando á su amo cuando vuelva del festin para abrirle con prontitud luego que llame á la puerta.* Apágase la lámpara con el viento de la disipacion; el que se ve en medio del tumulto quiere estar á sus anchuras. Si hay mucho ruido, no se oye cuando llaman á la puerta; es necesario velar, y velar con quietud y con silencio. El corazon agitado y el espíritu disipado con el estruendo de las pasiones y con la bulla del mundo no puede estar muy atento. No siempre es menester irse al desierto para arribar á una grande perfeccion, ni siempre se va á él precisamente por este fin. Muchas veces

solo se busca la soledad como medio mas seguro para lograr la salvacion; solo se huye del mundo porque un verdadero cristiano conoce sin dificultad que no es fácil salvarse sin el recogimiento : *Velad y orad continuamente,* dice el Salvador. Y en verdad que este oráculo no habla solo con los cartujos ; á todos los fieles se dirige. Ciertamente basta, por decirlo así , no mas que una tintura de nuestra religion; basta conocer los peligros á que está expuesta nuestra salvacion en esta vida para juzgar si será fácil, y aun en cierta manera si será posible salvarse uno sin entrar dentro de sí mismo , sin vigilancia y sin recogimiento. Todo es peligros en el mundo ; en cada paso se tropieza con un riesgo ; su aire es contagioso, los objetos tientan, los mas engañan , y en fin , vivimos en país enemigo. Nuestro propio corazon es el primero que nos vende ; nuestras pasiones son otros tantos enemigos que han jurado perdernos ; ¿pues ahora creeremos de buena fe que un corazon entregado á todo género de objetos, que una alma disipada, derramada enteramente hácia afuera, nada tendrá que temer en medio de tantos enemigos , y que podrá vivir largo tiempo sin recibir alguna herida ? Todo es lazos en el mundo ; su espíritu nunca fué espíritu cristiano ; sin vigilancia , sin atencion y sin recogimiento interior , ¿ cómo será posible descubrir estos lazos ? ¿ Y se evitarán por ventura despues de haberlos descubierto , cuando ni los desiertos mas horrorosos, ni los yermos mas impenetrables dan siempre seguro asilo á la inocencia ? Caidas y caidas muy funestas se han visto hasta en el mismo lugar santo , y bambolean alguna vez hasta las mas robustas columnas; ¿cuántas veces un huracan ha dado en tierra con ellas ? Y en medio de eso, unas gentes expuestas á todas las tempestades, sin preservativos contra el contagio, sin atencion á los peligros, sin apoyo contra los bamboleos, en una palabra, unas

gentes del mundo, y tal vez unos religiosos inficionados con el espíritu del mundo, ¿se conservarán inocentes, resistirán los ímpetus de las pasiones, pretenderán salvarse sin vigilancia, sin oracion, sin recogimiento, sin espíritu de retiro? ¡Buen Dios, qué paradoja!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuántas leyes hay que guardar, cuántos deberes que cumplir, cuántos miramientos que observar para desempeñar todas las obligaciones de la justicia. *Decet nos implere omnem justitiam* (Matth. 3). Toda condicion tiene sus leyes y todo estado sus reglas. ¡Cuántos preceptos obligatorios! ¡cuántas máximas de que nunca es posible dispensarse sin desagradar á Dios! Aunque estés metido en medio del mundo, tienes obligacion de ser verdaderamente cristiano. ¿Abrazaste el estado religioso? pues has de vivir segun el espíritu de tu instituto; sin esto te condenarás miserablemente. Pero ¿se podrán desempeñar todos estos deberes, satisfacerse todas estas obligaciones; se podrá vivir una vida regular y cristiana sin velar continuamente sobre sí mismo, sin una continua atencion á estas mismas obligaciones? ¿Y se podrá tener esta atencion, esta vigilancia sin el espíritu de recogimiento y de retiro? Este espíritu se puede muy bien perder aun en el silencio del claustro y en la soledad del desierto. ¿Conservaráse, pues, con mucha facilidad entre el tumulto del mundo? ¡Cosa extraña! Las gentes del mundo conciben el recogimiento interior y el espíritu de retiro como un género de fruto que solamente nace en la soledad ó en el terreno de los claustros religiosos. Es verdad que es ese, por decirlo así, su clima natural, y la tierra que le con-

serva mejor. Pero ¿se considerarán por eso desobligados los seglares que se desean salvar de este espíritu de retiro y de recogimiento? ¡Ah, Señor, y qué lastimoso espectáculo ver á unos hombres que creen el Evangelio, y verlos en una continua disipacion! Siempre agitados, siempre derramados, y nunca recogidos dentro de sí mismos sino cuando están para salir de este mundo, cuando es preciso morir.

No permitais, Señor, que á mí me suceda esta desdicha. En vuestra gracia confío firmemente, determinado á vivir con este espíritu de recogimiento, tan necesario para conseguir la salvacion.

JACULATORIAS.

Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine. Salm. 54.
Está resuelto, ya ni mi corazon ni mi espíritu se abandonarán al bullicio del tumulto; propongo, Señor, pasar los dias de mi vida entregado á la quietud y á la dulce soledad del interior recogimiento.

Beatus homo qui semper est pavidus. Prov. 28.
El hombre que es temeroso, ese es bienaventurado.

PROPOSITOS.

1. No todos tienen vocacion de solitarios; pero todo cristiano está obligado á velar y orar incesantemente para no caer en la tentacion. Esta vigilancia y este espíritu de oracion no se hallan con facilidad en la disipacion y en el bullicio. Esos corazones siempre derramados hácia afuera; esos genios siempre vagueantes y siempre bulliciosos; esas almas enemigas de su propio sosiego, y contínuamente agitadas en perpetuo movimiento, ¿serán muy vigilantes, estarán muy atentas al delicado y penoso negocio de su eterna sal-

vacion? ¿Hállanse en estado de prevenir todos los accidentes, de descubrir todos los lazos que arman á su inocencia los objetos, las pasiones, el tentador y el mundo con quien viven? Aun los que pasan sus dias distantes de las ocasiones, no siempre lo están de los peligros, ni la mas horrorosa soledad es siempre asilo seguro. Los mayores santos vivieron siempre muy alerta contra tantos enemigos, por la mayor parte domésticos y familiares; pues ¿quién asegura á los que andan dentro del tumulto del mundo, y en una peligrosa disipacion? Reconoce, en fin, el riesgo, y persuadido de la indispensable necesidad del recogimiento interior, toma desde hoy una vigorosa resolucion de fomentar este espíritu dentro de tí mismo, convencido de que no es incompatible con tu estado, sea el que fuere.

2. Además del retiro á ocho dias de ejercicios, que indispensablemente debes observar todos los años, y sin contar el de un dia cada mes, que inviolablemente debes practicar, si te merece algun cuidado el zelo de tu propia salvacion, nunca te disipes mucho en los negocios exteriores, y evita con el mayor desvelo todas las causas que descubras de esta excesiva disipacion: concurrencias numerosas demasiadamente frecuentadas, conversaciones inútiles y largas, pasatiempos que distraen, cuidados supérfluos y ajenos de tu estado, visitas poco ó nada necesarias. Destinar todas las tardes ó todas las noches un cuarto de hora para recogerse dentro de sí mismo, y visitar todos los dias el Santísimo Sacramento, son medios eficaces para tener el alma serena, sosegada y recogida.

DIA SÉTIMO.

LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA VICTORIA,

POR OTRO NOMBRE

LA FIESTA DEL ROSARIO.

Así como cada dia estamos recibiendo nuevos favores y nuevos beneficios de la santísima Vírgen, asi tambien tiene cuidado la santa Iglesia de manifestarle nuestro debido reconocimiento, instituyendo nuevas solemnidades, pretendiendo excitar y aumentar todos los dias la tierna devocion de los fieles con fiestas particulares. El motivo ó la ocasion de la solemnidad de este dia fué uno de los mas señalados favores que recibió la cristiandad por la poderosa intercesion de la Madre de Dios, á tiempo que los Turcos, orgullosos con las grandes conquistas que hacian cada dia sobre los Cristianos, nada menos se prometian que apoderarse de toda la Europa, y enarbolar su media luna sobre la cúpula de la iglesia de San Pedro en la capital del mundo cristiano.

Habia mas de un siglo que los Turcos tenian llena de terror á toda la cristiandad por una continua serie de victorias que les permitia Dios, ya para castigar los pecados de los Cristianos, ya para volver á excitar en sus frios corazones la medio apagada fe. El año de de 1521 se apoderó Soliman II de la plaza de Belgrado; el de 1522 se hizo dueño de la isla de Rodas; y pensando ya únicamente en dilatar sus conquistas hasta

donde se extendia su ambicion, entró en Hungría el año de 1526; ganó la batalla de Mohaes; apoderóse de Buda, de Pest, de Gran y de algunas otras plazas; penetró hasta Viena de Austria; tomó y saqueó á Tauris; y por medio de sus generales rindió con las armas otras provincias de Europa. Su hijo y sucesor Selim II conquistó la isla de Chipre el año de 1571; puso en el mar la mas numerosa y la mas formidable armada que habia visto aquel monstruo sobre sus espaldas, lisonjeándose de hacerse dueño con ella no menos que de toda la Italia. Atónita una gran parte de la cristiandad, consideró que dependia su fortuna de la dudosa suerte de una batalla. Era muy inferior la armada naval de los Cristianos á la de los Turcos, y no podia prometerse la victoria sino precisamente con la asistencia del cielo. Consiguiéronla por intercesion de la santísima Virgen, bajo cuya proteccion habia puesto la armada el santo pontífice san Pio V. Dióse esta memorable batalla, la mas célebre que los Cristianos habian ganado en el mar, el dia 7 de octubre del año de 1571.

Estaban los Turcos ancorados en Lepanto, cuando tuvieron aviso de que los Cristianos, saliendo del puerto de Corfú, venian á echarse á velas tendidas sobre ellos. Tenian tan bajo concepto de la armada cristiana, que nunca creyeron tuviese atrevimiento á presentarles el combate. Sabian á punto fijo el número de navios de que se componia; pero ignoraban que venian á pelear bajo la proteccion de la santísima Virgen, en quien, despues de Dios, tenian colocada toda su confianza; y por eso quedaron extrañamente sorprendidos cuando fueron informados de que la armada naval de los Cristianos habia ganado ya la altura de la isla de Cefalonia. Acostumbrados los Turcos despues de tanto tiempo á vencer y á derrotar los Cristianos, celebraron su intrépida cercanía como pre-

sagio seguro de una completa victoria. Superiores en tropas y en navíos, levantaron áncoras para cerrarles el paso con ánimo de cortarlos y de envolverlos; de manera que ni uno solo escapase para llevar la noticia de su rota. Apenas se dejó ver la armada otomana, mandada por Hali Bajá, cuando la armada cristiana, que con título de generalísimo mandaba el señor don Juan de Austria, hermano natural de Felipe II, rey de España, juntamente con Marco Antonio Colona, general de la escuadra pontificia, levantando un esforzado grito, invocó la intercesion de la santísima Vírgen, su soberana protectora.

Hallábanse las dos armadas á distancia de doce millas cuando se dió la señal de combatir, y se enarboló el estandarte que los dos comandantes habian recibido en Nápoles de parte de su Santidad. Apenas se descubrió la imágen de Cristo crucificado que estaba bordada en el estandarte pontificio, cuando le saludó toda la armada con grandes gritos de alegría; y haciendo señal á la oracion, todos los oficiales y todos los soldados adoraron de rodillas la imágen del crucifijo: espectáculo verdaderamente tierno y religioso ver al oficial y al soldado armados para pelear á los piés de Jesucristo, implorando su asistencia para vencer á los infieles por intercesion de su madre la santísima Vírgen, cuya imágen se veneraba á bordo de todas las embarcaciones. Entre tanto, se iban acercando las dos armadas, favorecida del viento la escuadra turca, circunstancia que daba mucho cuerpo al sobresalto y al temor. Volviéronse entonces con mayor fervor losCristianos á la soberana Reina, bajo cuyos auspicios iban á combatir, y cambiándose el viento de repente, comenzó á soplarles de popa con tanta dicha, que todo el humo de la artillería cargaba sobre la escuadra otomana; mudanza que todos calificaron de milagrosa, recibiéndola como visible prue-

ba de la asistencia del cielo. Halláronse á tiro de cañon las dos armadas el dia 7 de octubre, y se hizo tan terrible fuego de una y otra parte, que por largo espacio de tiempo quedó el aire oscurecido con la densidad del humo. Tres horas habia durado ya el obstinado combate con empeñado valor, y con casi igual ventaja de unos y otros combatientes, cuando los Cristianos, mas confiados en la proteccion del cielo, que en los esfuerzos de su corazon y de su brazo, observaron que los Turcos comenzaban á ceder, y que se iban retirando hácia la costa. Redoblando entonces su confianza y su ardimiento nuestros generales, hicieron nuevo fuego sobre la capitana turca; mataron á Hali Bajá, abordaron su galera y arrancaron el estandarte. Mandó á este tiempo don Juan de Austria que todos gritasen *victoria,* y ya desde entonces, dejando de ser combate, comenzó á ser horrible carnicería en los infelices Turcos, que se dejaban degollar sin resistencia. Treinta mil hombres perdieron estos en aquella célebre batalla, una de las mas sangrientas para ellos que jamás habian conocido desde la fundacion del imperio otomano. Hicieron los Cristianos cinco mil prisioneros, entre los cuales fueron dos hijos de Halí, y se hicieron dueños de ciento y treinta galeras turcas; mas de otras noventa perecieron ó dando á la costa, ó yéndose á fondo, ó consumidas por el fuego; cobraron libertad por esta insigne victoria casi veinte mil Cristianos, y en la armada de éstos faltó tan poca gente que todo el orbe reconoció visiblemente la asistencia del cielo, y aclamó el portentoso milagro. Consternóse tanto toda la ciudad de Constantinopla, como si ya estuviera el enemigo á la puerta, y los Turcos daban á guardar sus tesoros á los Cristianos, suplicándoles que, cuando se hiciesen dueños de la ciudad y del imperio, les perdonasen las vidas y los tratasen con piedad.

Tuvo revelacion de la victoria el santo pontífice

Pio V en el mismo punto que fueron derrotados los Turcos; tan firmemente persuadido de que habia sido efecto de la particular proteccion de la santísima Vírgen, que instituyó esta fiesta con el nombre de *Nuestra Señora de la Victoria*, como lo anuncia el martirologio romano por estos términos: *El mismo dia* 7 de octubre, *la conmemoracion de Nuestra Señora de la Victoria, fiesta que instituyó el santo papa Pio V en accion de gracias por la gloriosa victoria que en este dia consiguieron los Cristianos de los Turcos en una batalla naval por la particular proteccion de la santísima Vírgen.*

Para empeñar mas particularmente la poderosa proteccion de esta Señora á favor de las armas cristianas en ocasion tan peligrosa, se habia valido el santo pontífice de la devocion del santo Rosario, tan del agrado de la soberana Reina, y ya entonces muy antigua en la Iglesia de Diós, y por eso mandó que la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria fuese al mismo tiempo la solemnidad del santísimo Rosario. No menos convencido el papa Gregorio XIII de que la batalla de Lepanto, ganada contra los Turcos, se debia á esta célebre devocion, ordenó, en reconocimiento á la santísima Vírgen, que perpetuamente se celebrase la solemnidad del Rosario el primer domingo de octubre en todas las iglesias donde se erigiese esta devotísima cofradía.

Clemente XI, uno de los pontífices que gobernaron la Iglesia de Dios con mayor zelo, con mayor prudencia y con mayor dignidad, noticioso de la victoria que las tropas del emperador consiguieron de los Turcos el dia de Nuestra Señora de las Nieves 5 de agosto de 1716, cerca de Salakemen, conocida con el nombre de la batalla de Selim, una de las mas completas que hasta ahora se han ganado contra los infieles, pues perdieron en ella mas de treinta mil Turcos, que

quedaron tendidos en el campo de batalla, sin contar los prisioneros, toda su artillería, sus tiendas, sus bagajes, las provisiones, la cancillería, la caja militar, dos colas de caballo, todas sus banderas y estandartes; reconociendo muy bien que esta señalada victoria se debia á la especial proteccion de la santísima Vírgen, mandó desde luego cantar una misa solemne en Santa María la Mayor en accion de gracias de tan insigne beneficio. A este inmediatamente se siguió otro en nada inferior al primero, cual fué haber levantado el sitio de Corfú en el dia de la octava de la Asuncion, 22 del mismo mes y año. Agradecido el piadosísimo pontífice á esta doble proteccion, despues de haber publicado una indulgencia plenaria en Santa María de la Victoria, y enviados los estandartes que se tomaron á los Turcos á Santa María la Mayor y á Loreto, mandó que la fiesta del Rosario, limitada hasta entonces á las iglesias de los padres dominicos y á aquellas donde hubiese cofradía de esta advocacion, en adelante fuese fiesta solemne de precepto para toda la Iglesia universal en el primer domingo de octubre; muy persuadido de que la devocion del Rosario era el medio mas eficaz y mas propio para agradecer á la santísima Vírgen los favores recibidos por su poderosa proteccion, y para empeñarla en que cada dia nos dispensase otros nuevos y mayores.

Es bien sabido que este método de orar se le debe al gran santo Domingo, que estableció esta admirable devocion en consecuencia de una vision con que le favoreció la santísima Vírgen el año de 1208 al mismo tiempo que estaba predicando contra los errores de los albigenses. Hallábase un dia el santo en fervorosa oracion dentro de la capilla de Nuestra Señora de la Provilla, y apareciéndosele la Madre de misericordia, le dijo: Que, habiendo sido la salutacion angélica

como el principio de la redencion del género humano, era razon que lo fuese tambien de la conversion de los herejes y de la victoria contra los infieles; que por tanto, predicando la devocion del Rosario, que se compone de ciento cincuenta *Ave Marías,* como el salterio de ciento cincuenta salmos, experimentaria milagrosos sucesos en sus trabajos, y una continuada serie de victorias contra la herejía. Obedeció santo Domingo el soberano precepto; y en lugar de detenerse, como lo habia hecho hasta entonces en disputas y en controversias, que por lo regular son de poco fruto, no hizo en adelante otra cosa que predicar las grandezas y excelencias de la Madre de Dios, explicando á los pueblos el mérito, las utilidades y el método práctico del santísimo Rosario. Luego se palpó la excelencia de esta admirable devocion; siendo la mayor prueba de su maravillosa eficacia la conversion de mas de cien mil herejes, y la mudanza de vida de un prodigioso número de pecadores atraidos á la verdadera penitencia, y arrancados de sus inveteradas costumbres. Esta fué, hablando en propiedad, la verdadera época de la devocion del santísimo Rosario y de su famosa cofradía, tan célebre en todo el mundo cristiano, autorizada por tantos sumos pontífices, con tantos y tan singulares privilegios, y considerada ya como dichosa señal de predestinacion respecto de todos sus cofrades.

A la verdad, ¿qué devocion puede haber mas grata á los ojos de Dios, ni qué oracion mas eficaz para merecer la proteccion de la santísima Vírgen? *El Padre nuestro,* ó la oracion dominical, que en ella se repite tantas veces, nos la enseñó el mismo Jesucristo; la salutacion angélica, que se reza ciento y cincuenta, se compone de las mismas palabras del ángel, y de las que pronunció santa Isabel cuando la Vírgen la visitó; la oracion que la acompaña es oracion de la

Iglesia. Compónese el rosario entero de quince dieces de *Ave Marias,* y de quince *Padre nuestros.* Los cinco primeros son de los cinco misterios gozosos, los cinco segundos de los dolorosos, y los cinco terceros de los gloriosos que fueron de tanto consuelo para la santísima Virgen. Los misterios gozosos son la Anunciacion, la Visitacion, el Nacimiento de Cristo, la Purificacion, y el niño Jesus perdido y hallado en el templo en medio de los doctores. Los misterios dolorosos son la oracion del huerto, el paso de los azotes, la coronacion de espinas, la cruz á cuestas y la crucifixion del Salvador en el monte Calvario. Los misterios gloriosos son la Resurreccion, y aparicion á su santísima Madre, su Ascension, la venida del Espíritu Santo, la triunfante Ascension de María en cuerpo y alma á los cielos, y su coronacion en la gloria. Por la meditacion de estos misterios es el rosario una de las mas santas oraciones de la Iglesia, en que, yendo el corazon de acuerdo con las palabras, se tributa á Dios un perfecto culto de religion; y rindiéndose á María el tributo que se le debe, se le gana el corazon, y se la obliga á derramar sobre sus fieles siervos aquella abundancia de bendiciones y aquellos tesoros de gracias, cuya distribucion tiene á su cargo.

Pero no se debe creer que sea cosa nueva este método de repetir muchas veces una misma oracion; fué ya muy usado de todos los santos, así del nuevo como del viejo Testamento. No hay cosa mas ordinaria que estas repeticiones en los salmos de David. El cántico ó el salmo 135 apenas es mas que una repeticion del salmo precedente con este como estribillo: *Quoniam in æternum misericordia ejus,* porque su misericordia es eterna. Acaso el pueblo repetiria este estribillo despues que los levitas pronunciaban la primera parte del versículo; á la manera, poco mas ó menos, que nosotros lo hacemos en las letanías. El Evangelio nos

advierte que Jesucristo repitió muchas veces la misma oracion al Padre Eterno en el huerto de las Olivas: *Eumdem sermonem dicens* (Matth. 16). De san Bartolomé se refiere que hacia oracion cien veces de dia y otras tantas de noche. Paladio y Sozomeno nos cuentan que Pablo, abad de Monte Fermeo, en la Libia, el cual floreció en tiempo de san Antonio, hacia trescientas veces al dia una misma oracion, llevando la cuenta por otras tantas piedrecitas que traia consigo para este efecto. Se asegura que Pedro el Ermitaño, queriendo disponer los pueblos para la guerra santa el año de 1096, los exhortaba á rezar todos los dias cierto número de *Padres nuestros*, con ciento y cincuenta *Ave Marias*, por el feliz suceso de tan importante empresa, certificándoles que habia aprendido esta devocion de los mas santos solitarios de la Palestina, entre los cuales era ya muy antigua. El papa Leon IV quiso que todos los soldados que habian echado de las puertas de Roma á los Sarracenos, trajesen un rosario de cincuenta *Ave Marias*, atribuyendo á esta oracion la insigne victoria que consiguieron de los infieles. El dia 7 de abril leemos en Surio, que san Alberto, religioso de Crespin, hacia al dia ciento y cincuenta genuflexiones rezando á cada una la salutacion angélica; y cuando se elevó de la tierra el cuerpo de santa Gertrudis, que murió el año de 667, se hallaron en la sepultura unas cuentas ensartadas, que parecian parte de rosario, con que la santa quiso que la enterrasen. Todo esto prueba lo antigua que es en la Iglesia de Dios la devocion del Rosario; pero sin embargo, á santo Domingo debemos, no solo su resurreccion, por explicarme de esta manera, sino el celestial método de rezarle y de honrar con él á la Madre de Dios que ahora se practica; y al fervoroso zelo de su esclarecida familia, no menos que á la encendida devocion que profesa á la Reina de los ángeles, se deben los

maravillosos progresos que ha hecho esta importantísima devocion.

Bien se puede asegurar que, entre todos los cultos que se tributan en la Iglesia á la Madre de Dios, uno de los que mas la honran es la devocion del Rosario. Es cierto que para la santísima Vírgen no hubo cosa mas gloriosa que la embajada del ángel cuando le vino á anunciar que habia de ser Madre de Dios, por consiguiente, siempre que se le repite esta salutacion, parece que en cierta manera se ejercita el empleo y la comision del ángel; y lo que no tiene duda es, que, por decirlo así, se le trae á la memoria la incomparable honra que recibió en aquella divina eleccion: por lo que parece que ninguna devocion le puede ser mas agradable. Ayúdanse recíprocamente la oracion y la meditacion, dice san Bernardo, siendo la oracion como una resplandeciente hacha, que comunica luz y ardor á la meditacion: *Oratio et meditatio sibi invicem copulantur, et per orationem illuminatur meditatio.* Todo esto se halla unido en el Rosario; y por eso, sin duda, dijo el bienaventurado Alano de Rupe, que el Rosario era la mas insigne, y como la reina de todas las devociones: *Regina omnium orationum* (In Compl. Psalt. Mar.). Por lo mismo, se aplica con razon al Rosario lo que san Juan Crisóstomo dice de la oracion frecuente, y muchas veces repetida: *Aptissima arma oratio est, thesaurus certè perpetuus, divitiæ inexhaustæ.* Esta oracion es un escudo contra todos los golpes del enemigo, un tesoro infinito, un fondo inagotable de riquezas espirituales.

No se puede dudar que, entre todas las oraciones vocales con que honra la Iglesia á la santísima Vírgen, una de las mas santas y de las mas agradables á Dios es el Rosario por componerse de las dos oraciones mas sagradas que hay; conviene á saber, de la oracion

dominical y de la salutacion angélica, acompañándose al mismo tiempo con muchas meditaciones sobre la vida y muérte del Salvador y de su santísima Madre. Todo es misterioso en el Rosario, hasta el mismo número de ciento y cincuenta *Ave Marias*, por el cual se llama tambien el salterio de la Virgen. Los herejes de todos los siglos, tan enemigos de la Madre como del Hijo, blasfemaron muchas veces contra esta devocion; pero particularmente los de estos últimos tiempos se desenfrenaron furiosamente contra el Rosario. Como fué tan funesta á los albigenses esta devocion, precisamente habia de ser objeto del odio y de las imprecaciones de sus infelices descendientes, los que no han omitido medio alguno para desacreditarla; pero todos sus esfuerzos no han servido mas que para aumentar el número de sus cofrades y de sus devotos. Ninguna cofradía de la Virgen en mas célebre que esta, ninguna mas provechosa à los fieles, ninguna mas autorizada por la Iglesia. Doce ó trece pontífices le han franqueado con piadosa profusion los tesoros espirituales de que son depositarios : los reyes y los pueblos se han apresurado con ansiosa devocion á alistarse en ella. Pero ¿ qué victorias se han conseguido contra los enemigos de la fe, qué reforma de costumbres, qué ejemplar edificacion no se ha visto en todos los estados desde que se extendió en el mundo esta sólida devocion? Aun en vida su santo fundador y restaurador la vió propagada con maravilloso fruto en España, en Francia, en Alemania, en Polonia, en Rusia, en Moscovia, y hasta en las islas del Archipiélago. Pero mucho mayores progresos hizo á esfuerzos de los herederos del zelo y de las virtudes del gran patriarca santo Domingo. El beato Alano de Rupe predicó el Rosario en todos los países septentrionales con tan feliz suceso, que florecia en todo el universo et culto y la devocion de la santísima Vírgen, fundan-

dose en todas las ciudades de la cristiandad la cofradia del Rosario : lo que obligó al papa Sixto V á enriquecerla aun con mayores gracias y privilegios que sus predecesores, como se ve en la bula expedida el año de 1586, tan honrosa y de una espiritual utilidad para todos los cofrades.

El título de *Nuestra Señora de la Victoria* es mas antiguo que la batalla de Lepanto. Desde la tierna edad de la Iglesia experimentaron los cristianos la especial proteccion de la santísima Vírgen contra las armas de los enemigos de la fe; y por esta especial proteccion se la comenzó á apellidar *Nuestra Señora de la Victoria.*

En el famoso sitio de Rodas, tan gloriosamente defendido el año de 1480 por los caballeros de San Juan de Jerusalen, hoy caballeros de Malta, siendo gran maestre el célebre Pedro Aubuson, contra todas las fuerzas del imperio otomano, en tiempo de Mahometo II, terror de todo el mundo cristiano; despues que los caballeros obligaron á los Turcos á levantar el sitio, muchos desertores que se pasaron al campo de los caballeros, cuando sus victoriosas tropas volvian á entrar en la plaza, refirieron que en el calor del combate habian visto los Turcos en la region del aire una cruz de oro, rodeada de una resplandeciente luz, y al mismo tiempo una hermosísima señora, cuyo traje era mas blanco que la misma nieve, con una lanza en la mano derecha, y en el brazo siniestro una rodela, acompañada de un hombre serio y severo, vestido de pieles de camello, seguidos ambos de una tropa de jóvenes guerreros, todos armados con espadas de fuego; vision, añadieron ellos, que llenó de terror á los infieles, tanto, que, cuando se desplegó el estandarte de la religion de Malta, en que estaban pintadas las imágenes de la Vírgen y de san Juan Bautista, muchos Turcos cayeron muertos en tierra sin haber recibido herida ni golpe del enemigo. Luego que el

gran maestre se vió enteramente curado de sus heridas, hizo voto de erigir una suntuosa iglesia con la advocacion de Nuestra Señora de la Victoria, en cuya magnífica obra se trabajó inmediatamente que se repararon las fortificaciones de la plaza.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« El tierno y debido amor que este profesa al célebre colegio de la Compañía de Jesus de Villa García de Campos, donde mamó la primera leche de la religion, como todos los hijos de la provincia de Castilla, no le permite omitir que el señor don Juan de Austria, generalísimo en la batalla de Lepanto, fué criado en aquel humilde pueblo, habiéndole confiado su padre Carlos V á la fidelidad, discrecion y prudencia de su favorecido Luis Quijada, cuya mujer, no menos virtuosa que prudente, la excelentísima señora doña Magdalena de Ulloa, fundadora del referido colegio, cuidó de su educacion con el mayor desvelo. A esta señora regaló el señor don Juan el precioso *Lignum Crucis* engastado en oro, que el papa san Pio V le presentó despues de la milagrosa batalla. La fundadora le cedió á su amado colegio, con la auténtica del mismo santo pontífice; y esta inestimable parte del sagrado leño donde se obró nuestra redencion, es la misma que en el viernes santo se expone á la pública adoracion en aquel taller de virtudes religiosas. »

SANTA OSITA, MÁRTIR EN INGLATERRA.

Osita, nacida en Cuarendon, era hija de Frevaldo, príncipe de Mercia, y sobrina de Edita, á la cual pertenecian la ciudad y el coto redondo de Ailesbury. Fué nuestra santa criada en la piedad, delante de los

ojos de su tia, á quien sus virtudes hacian en extremo recomendable. La casaron siendo aun muy jóven con un rey de los Ingleses orientales; pero el dia mismo de su casamiento pudo obtener el consentimiento del príncipe su marido para vivir en perpetua virginidad. Habiéndole dado el rey el sitio de Chick, al instante edificó Osita un monasterio que gobernó ella misma muchos años con gran reputacion de santidad. En la irrupcion de los Daneses, estos bárbaros le cortaron la cabeza en odio de la religion cristiana; lo que sucedió hácia los años de 870. El temor de los mismos obligó á los fieles á llevar su cuerpo á Ailesbury, donde se quedó cuarenta y seis años. Con el tiempo le volvieron á llevar á Chick, situado en la provincia de Essex. Este lugar, sito cerca de Colchester, tomó en lo sucesivo el nombre de la santa. Edificóse allí, bajo la advocacion de Santa Osita, una abadía de canónigos reglares, que se hizo célebre por los milagros obrados en la urna de la santa, la cual habia sido dada en 1107, por Mauricio, obispo de Londres. Aquella abadía subsistió hasta la destruccion de los monasterios en Inglaterra.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma en la via Ardeatina, la muerte de san Marcos, papa y confesor.

En la provincia llamada Imperial en la márgen del Eufrates, san Sergio y san Baquio, nobles romanos, mártires bajo el emperador Maximiano. San Baquio fué azotado con una verga hasta que exhaló el último aliento confesando á Jesucristo; san Sergio, obligado á calzarse unos coturnos herizados de clavos, como siempre perseverase en la confesion de Jesucristo, fué al fin degollado. El lugar donde descansa su cuerpo, habiendo sido llamado, de su nombre, Sergió-

polis, es frecuentado por los cristianos á causa de sus brillantes milagros.

En Roma, san Marcelo y san Apuleyo, mártires, quienes siguieron primero á Simon Mago; pero viendo los milagros que obraba el Señor por el apóstol san Pedro, abandonaron á Simon, y abrazaron la doctrina apostólica; y despues del suplicio de los apóstoles, alcanzaron la corona del martirio bajo el consular Aureliano, y fueron enterrados no lejos de la ciudad.

En Azar á orillas del Eufrates, santa Julia, virgen, que consumó su martirio bajo el presidente Marciano.

En Padua, santa Justina, virgen y mártir, que, habiendo sido bautizada por san Prosdocimo, discípulo de san Pedro, y perseverando constante en la fe de Jesucristo, murió á filos de la espada por órden de presidente Máximo.

En Bourges, san Aout, presbítero y confesor.

En el país de Reims, san Helano, presbítero.

En el mismo dia, la conmemoracion de Nuestra Señora de la Victoria, que el papa Pio V mandó celebrar todos los años á causa de la insigne victoria alcanzada en el mar por los Cristianos contra los Turcos, y en semejante dia, con el auxilio de la Madre de Dios. Por la misma razon, Gregorio XIII instituyó la festividad anual del Rosario á la Virgen María, el primer domingo de octubre.

En Cleder obispado de Leon en Bretaña, san Ké, solitario.

En Saintes, san Palais, obispo.

Cerca de Aubigny en el Berri, san Leopardino, monje, víctima de unos asesinos.

En Beaune de Borgoña, san Pipo, diácono.

Dicho dia, san Rigaudo, venerado como mártir por los benedictinos de un monasterio de su nombre en el obispado de Macon.

En Inglaterra, santa Osita, vírgen, coronada con el

martirio por los Normandos idólatras procedentes de Dinamarca.

La misa es de la fiesta del Rosario, y la oracion la que sigue:

Solemnitatem Rosarii beatissimæ Virginis Mariæ, genitricis tuæ, celebrantes, quæsumus, omnipotens Deus, benigno favore prosequere, quatenus tua ipsius sacra mysteria contemplemus in terris, et post hujus vitæ cursum, eorum fructus percipere mereamur in cœlis. Qui vivis et regnas cum Deo Patre.....

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que favorezcas con tus gracias á los que celebramos la solemnidad del Rosario en honor de vuestra Madre la bienaventurada Vírgen María; para que, meditando tus sagrados misterios en la tierra, despues de esta vida merezcamos gozar sus frutos en el cielo. Tú que vives y reinas con Dios Padre...

La epístola es del cap. 24 del libro de la Sabiduría.

Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea.

Desde el principio y antes de los siglos fuí criada, y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante del Señor. Así yo tuve en Sion estabilidad y tambien la ciudad santa fué el lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raices en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad, y mi habitacion fué en la plenitud de los santos.

NOTA.

«Todo lo que el Eclesiástico dice aquí de la Sabiduría, conviene admirablemente á la santísima Vírgen. En sus expresiones se encuentra aquella prediloccion

de Dios, respecto á todos los privilegios de que colmó á esta bienaventurada criatura, debiéndose advertir que el verdadero sentido alegórico de la sagrada Escritura es igualmente del Espíritu Santo que el sentido literal.»

REFLEXIONES.

Fuí establecida en Sion, y mi poder se arraygó en Jerusalen. Si la santísima Vírgen tuvo tanto valimiento con su Hijo, aun cuando vivia en el mundo, que le hizo adelantar el tiempo destinado para dar principio á sus milagros con solo una mera representacion de lo que faltaba en las bodas de los que los habian convidado; si con una sola visita que hace á su prima santa Isabel consigue que el Bautista sea santificado aun antes de haber nacido, derramando con su visita tanta abundancia de bendiciones en aquella santa familia, ¿creeremos que sea menor su valimiento en el cielo donde está su poder establecido con un modo tanto mas sobresaliente? Este poder de la Madre de Dios es sin duda el que estremece á todo el infierno: este poderoso valimiento con el Salvador, y aquella ternura con que mira á todos los fieles esta divina Madre de misericordia, es la que tanto atemoriza á los enemigos de nuestra salvacion, y la que en todos tiempos ha puesto de tan mal humor contra ella á todas las heregías. Ningun siglo se ha pasado en que no haya nacido alguna; y ninguna hubo que no inspirase á sus sectarios aquella enemistad y aquel odio de la serpiente contra la madre de los escogidos. ¡Qué consuelo para todos los fieles saber que tienen en esta Señora una Madre que los ama con ternura; una poderosa protectora que se interesa en todas sus necesidades; una medianera que es su mayor consuelo, y despues de Jesucristo, toda su esperanza! ¡cuántas veces ha experimentado la Iglesia su poderoso socorro en sus ma-

yores necesidades, y su asistencia en las mas deshechas borrascas! Aunque los infieles se hayan venido á desgajar como un torrente sobre las mas floridas provincias de la cristiandad; aunque el imperio otomano juntase todas sus fuerzas para tragarse, por decirlo así, el pequeño rebaño de Jesucristo; basta que la Iglesia recurra á la Madre de Dios, y entonces ¿cuántas veces se vieron disiparse, desvanecerse aquellas nubes cargadas de alfanjes y de saetas? ¿cuántas á vista de esta estrella calmaron las tempestades, y se sosegaron las olas encrespadas? ¡Oh, y cuántos socorros merece una confianza verdaderamente cristiana en la proteccion de la Madre de Dios! ¡ qué recurso hallan en ella en sus necesidades todos los que singularmente se dedican á amarla y á obsequiarla! Pocas señales hay mas ciertas de reprobacion que la indevocion y la indiferencia en el amor á la santísima Vírgen.

El evangelio es del capítulo 11 *de san Lucas.*

In illo tempore: Loquente Jesu ad turbas, extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit: Quinimo beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

SOBRE LA FIESTA DEL DIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la devocion del Rosario se instituyó singularmente para reconocer la dignidad de Madre de Dios; y la clase superior á todas las criaturas que ocupa la santísima Vírgen, por aquellas mismas palabras con que se anunció la primera vez la divina maternidad, y con que fué saludada por el ángel como llena de gracia. Acordámosle en el Rosario este singularísimo favor, esta eminente prerogativa, y le damos los parabienes por ella. Redúcese en él toda nuestra oracion á dar un solemne testimonio de nuestra fe, de la parte que nos toca en su elevacion y en su dicha, y de la confianza que tenemos en su poderosa bondad. Hacemos pública profesion de reconocer con toda la Iglesia á la santísima Vírgen por verdadera Madre de Dios, y en virtud de este augusto título, por soberana Señora de todo el universo, Reina de los ángeles y de los hombres, mediadora entre los hombres y Jesucristo; nuestro supremo mediador entre nosotros y su Eterno Padre, refugio seguro de todos los pecadores, asilo inviolable de todos los infelices, consuelo de todos los afligidos, madre de los predestinados, madre de misericordia y de gracia. Si en una misma oracion repetimos tantas veces una profesion tan solemne, es, ó Vírgen santa, para manifestaros nuestro gozo por todas vuestras eminentes y singulares prerogativas y por todas vuestras grandezas. Consideremos ahora cuánto valdrá delante de los ojos de Dios una oracion de tanto interés, y tan grata á la santísima Vírgen. Comprendamos la excelencia del santo Rosario, la

importancia y las grandes utilidades de esta incomparable devocion. Ella encierra en sí todo lo que puede ceder en mayor honra de la Madre de Dios, y en mayor provecho de los fieles. No hay cofradía mas santa, mas religiosa, mas importante para la salvacion que la cofradía del Rosario. Por eso, no debe causar admiracion que tantos hombres grandes, tantos grandes santos hayan sido tan zelosos en promover esta devocion; que la hayan predicado, publicado y aplaudido como seguro medio para conseguir de Dios, por intercesion de la santísima Vírgen, las mayores gracias y los mas señalados favores. Por medio de esta devocion se desarma el infierno, se ponen en precipitada fuga los enemigos de la salvacion, se burlan sus esfuerzos, y se descomponen todos sus artificios. En virtud de todo esto, reconoce la Iglesia que debe á esta devocion la célebre victoria contra los Turcos, y que con mucha razon se llama Nuestra Señora de la Victoria á Nuestra Señora del Rosario. Con estas armas se triunfa de toda la malignidad de los enemigos de la salvacion, siendo el Rosario como el broquel que recibe todos sus golpes. ¡Infelices aquellos que desprecian un socorro tan poderoso, y una fuente de bienes tan copiosa!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, mientras estamos en esta vida, continuamente tenemos necesidad de la intercesion de la santísima Vírgen. Hallándonos combatidos de mil tentaciones, cercados por todas partes de enemigos, caminando siempre por precipicios en medio de una noche tenebrosa, rodeados de lazos y en terreno tan resvaladizo, ¿qué modo habrá para sufrir tantos asaltos, para evitar tantas emboscadas, para resistir á tan terribles enemigos que á las fuerzas añaden el

artificio, y que en todo son tan superiores á nosotros? ¿cómo podríamos escapar de tantos peligros sin el auxilio de tan poderosa protectora? Y siendo así, nunca sobrarán nuestras diligencias para reclamarle. ¿Y quién podrá dejar, sin un descuido culpable, de recurrir á este asilo, sobre todo en la hora de la muerte, en aquel tiempo mas crítico en que nuestros enemigos redoblan sus esfuerzos y sus estratagemas, y en aquel momento decisivo de nuestra eternidad? En aquella hora terrible en que todo lo debemos temer de nuestra flaqueza, y pasada la cual, nada hay que esperar de la divina misericordia. ¡Ah, que en aquel abandono general de todas las criaturas, vos sola, ó Vírgen Madre de Dios, seréis mi refugio, mi esperanza y mi único recurso! ¡Qué consuelo será para todos los que están alistados en esta santa cofradía el saber que, en aquel momento crítico y decisivo de nuestra suerte, tantos millares de devotos de la santísima Vírgen están implorando por nosotros su asistencia, reclaman tantas veces su proteccion, y solicitan con tanto fervor su misericordia! Ni solo en la hora de la muerte logran los cofrades del Rosario estos oficios de caridad; disfrútanlos tambien en todos los trabajos, aflicciones y adversidades de la vida. No es el menor de los privilegios y utilidades de esta santa cofradía la union, comunion y participacion de las oraciones y buenas obras de los cofrades. Es prodigioso el número de los fieles y devotos siervos de María que cumplen con tanta puntualidad como fervor con esta religiosa devocion, rezando todos los dias el Rosario de la Vírgen. Gran consuelo para los que están alistados en esta cofradía el tener parte en todas las oraciones de sus cofrades; saber que todos los dias, todas las horas y todos los momentos está un gran número de fervorosos siervos de María suplicándole afectuosamente que nos asista ahora y en la hora de nuestra muerte:

Nunc et in hora mortis nostræ. Aun cuando nosotros no merezcamos ser oidos, ¿cómo puede negarse aquella madre de misericordia à oir los clamores de tanta piadosa muchedumbre? Si diez justos eran bastantes para desarmar la ira de Dios tan justamente irritada contra cinco populosas ciudades, ¿porqué no podremos esperar que la santísima Vírgen oiga las oraciones que tantas almas santas le ofrecen cada dia por nosotros miserables pecadores? ¡O buen Dios, y cuánto perdemos en no alistarnos en tan provechosa cofradía!

Reconozco, Vírgen santa, mi sequedad y mi culpable indolencia en no haberme dado priesa hasta ahora para entrar en una comunicacion tan ventajosa de oraciones y de buenas obras con todos aquellos que tan particularmente están dedicados á vuestro servicio; ó si, habiendo tenido la dicha de entrar en esta santa mancomunidad, he sido negligente en cumplir con tan justa obligacion, pagándoos cada dia el debido tributo de alabanza y de oraciones. No me negueis, Señora, aquella proteccion que franqueais á los que son fieles en vuestro servicio. A la verdad no me atrevo yo á honrarme con este título; pero deseoso de merecerle, no dejaré de oponerme á los mayores esfuerzos de mis enemigos, confiando siempre en vuestra benéfica bondad y maternal misericordia.

JACULATORIAS.

Maria, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe. Eccles.

María, madre de gracia, madre de misericordia, líbranos del enemigo ahora y en la hora de la muerte.

Vitam præsta puram, iter para tutum, ut videntes Jesum, semper collætemur. Eccles.

Conseguidnos una vida pura, franqueadnos un camino seguro, para que, llegando á ver á Jesus, nos alegremos juntos por toda la eternidad.

PROPOSITOS.

1. Aunque á todos los cristianos se les debe recomendar la devocion á la santísima Vírgen en general como el socorro mas poderoso para vivir santamente, como el medio mas seguro para tener mas entrada con Dios, y en fin, como una de las señales menos equívocas de predestinacion; bien se puede asegurar que, entre todas las devociones que el Espíritu Santo inspiró á los fieles para rendir á esta Señora el culto que se le debe, la de rezarle el Rosario con aquellos afectos que sean conformes á su institucion, es una de las auténticas y de las mas agradables á la soberana Reina. En fuerza de esto, pocos hombres ha habido, ó recomendables por su santidad, ó respetables por su carácter, por su sabiduría, ó por su dignidad, que no hayan sido zelosos promotores de esta solidísima devocion. ¿Cuántos príncipes, cuántos reyes, cuántos sumos pontífices se han honrado con el título de cofrades y de siervos de María? Si tienes tu la misma honra, si logras la fortuna de estar *alistado en la cofradía* del Rosario, sé sumamente exacto en cumplir todas las obligaciones que impone á sus individuos; y sobre todo, en rezar indefectiblemente todos los dias por lo menos una parte de él. Pero si no has entrado en dicha cofradía, no te prives de tan gran bien : *entra en ella sin dilacion*, y experimentarás, particularmente en la hora de la muerte, cuánto te ha importado esta devocion.

2. No desprecies ejercicio alguno piadoso de los innumerables que se han inventado para honrar y para obsequiar á la santísima Virgen; practica todos

aquellos que puedas, y á que sientas mayor inclinacion. Por lo mismo que se han multiplicado tanto, serás menos excusable. No se te pase dia alguno sin hacer alguna oracion particular á la soberana Reina. Es muy devota la que hacia san Agustin, y tú la podrás tambien hacer ó al fin del Rosario, ó en cualquiera otra hora del dia.

«O bienaventurada Virgen María, ¿quién podrá dignamente rendirte las debidas gracias, ni las correspondientes alabanzas por haber amparado al mundo perdido con aquel tu singular consentimiento? ¿qué elogios te puede tributar nuestra humana fragilidad, acordándose que por solo tu conducto encontró el camino de su reparacion? Recibe, pues, benigna estas tales cuales gracias que te tributamos, aunque tan cortas, aunque tan inferiores á tus soberanos méritos; y al mismo tiempo que admitas, por tu bondad, nuestros votos, excusa con tu intercesion nuestras culpas. Deposita nuestras súplicas en el sagrario de tu benignidad, y correspóndenos piadosa con el antídoto de nuestra reconciliacion. Disculpa lo que no te supiéremos pedir, y haz que sea asequible lo que no nos atrevemos á suplicarte. Recibe lo que te ofrecemos, concédenos lo que te pedimos, y excusa lo que tememos, porque tú eres la única esperanza de los pecadores. Por tu medio esperamos el perdon de nuestras culpas; y en el mismo, ó beatísima Virgen, se funda la esperanza de nuestro premio. Santa María, socorre á los miserables, alienta á los pusilánimes, fortalece á los flacos, ruega por el pueblo, intercede por el clero, aboga por el devoto sexo femenino; sientan y experimenten tu poderoso patrocinio todos los que celebran tu conmemoracion.»

DIA OCTAVO.

SANTA BRÍGIDA, VIUDA.

Santa Birgita, llamada vulgarmente santa Brígida, fué hija de Birgerio, príncipe de la sangre real de Suecia, y de Sigrida, princesa de casa no menos ilustre. Siendo en los dos tan grande la nobleza, aun era mayor en ambos la virtud. No se reconoció en el reino familia mas cristiana, siendo su ejemplar piedad edificacion y admiracion de la corte. Estando Sigrida embarazada de Brígida, corrió gran peligro de naufragar en el mar, de que se libertó por un milagro. La noche siguiente se le apareció en sueños un venerable anciano, que le dijo haberle salvado Dios la vida por la niña que traia en sus entrañas, y le añadió: *Críala con cuidado, porque ha de ser una gran santa.*

Nació Brígida por los años de 1302, y fué acompañado su nacimiento de una extraña maravilla; porque, habiendo estado tres años sin poder pronunciar palabra, tanto que se llegó á temer quedase para siempre muda, de repente se le desató la lengua, y comenzó á hablar, no ya tartamudeando como los demás niños, sino con tanta libertad y con tanto vigor en la pronunciacion, como cualquiera persona adulta. Poco despues perdió á su madre, y su padre Birgerio confió su educacion á una tia suya, cuya virtud y capacidad tenia muy conocida. Presto conoció esta virtuosa señora que, á los medios exteriores que se aplicaban para su mejor educacion, hacia grandes ventajas otro maestro interior, que

alumbraba el entendimiento, y formaba el corazon de la niña, y que Dios era su director. Con efecto, á los siete años de su edad se mostró plenamente instruida en los caminos de la perfeccion, practicando las mas heróicas virtudes con tanto espíritu y con tanto primor, que todos admiraban su infancia como especie de prodigio. Aquel Dios que la habia escogido para hacer de ella un vaso de eleccion, la previno con los mas señalados favores desde su misma niñez. Estando un dia en su cuarto, se le aparecio la santísima Vírgen rodeada de un celestial resplandor, con una corona de inestimable precio en la mano, y la convidó á que fuese á recibirla. Arrebatada de gozo la bendita niña, corrió apresuradamente á ella, y se arrojó á los piés de la Señora llamándola su querida madre; quedando este insigne favor tan fuerte y tan tiernamente impreso en su corazon y en su memoria, que le tuvo presente toda la vida, durándole por toda ella los efectos de su dulcísima ternura.

Aun no habia cumplido los diez años cuando oyó un sermon de la pasion de Cristo, el que se le imprimió tan vivamente en el alma, que aquella misma noche tuvo otra vision aun mas tierna que la precedente. Apareciósele el divino Salvador del mismo modo que estuvo en la cruz cuando le enclavaron en ella, pero cubierto todo de la sangre que derramaban sus llagas. Penetrada de un vivísimo dolor á vista de tan lastimoso objeto, exclamó con un amoroso suspiro: *¡Ah, Señor! ¿y quién os puso tan reciamente en ese doloroso estado? Aquellos*, respondió el Señor, *que desprecian mis mandamientos, y mostrándose insensibles á lo que padecí por ellos, corresponden á los excesos de mi amor con excesos de ingratitud*. Desde aquel punto quedó tan conmovida con aquella vision, que en adelante no podia pensar en la pasion del Señor sin exhalarse en suspiros, y sin deshacerse en lágrimas. Nunca se

le borró de la imaginacion aquella imágen del Salvador; en todas partes la tenia presente, y cuando estaba bordando, se veia muchas veces precisada á interrumpir la labor por la abundancia de las lágrimas. Habíale señalado la tia su tarea para cada dia, temiendo que dedicase demasiado tiempo á la contemplacion; y queriendo un dia observar en qué se ocupaba la tierna princesita, la vió con la aguja en la mano, la labor sobre las rodillas, los ojos elevados al cielo, inmoble y derritiéndose en lágrimas; pero notó que otra doncellita de extraordinaria hermosura estaba trabajando en su misma labor mientras ella se mantenia toda enajenada en su Dios. Asombrada la virtuosa Señora de una y otra maravilla, cogió disimuladamente la labor de Brígida, y la guardó con el mayor cuidado como preciosa reliquia.

Recayendo estos favores tan extraordinarios en un corazon noble y naturalmente generoso, eran correspondidos con una devocion y con un fervor nada comun. No contenta con pasar en oracion todo el dia, no perdiendo jamás de vista á su Dios, se levantaba muchas veces de noche para orar, inventando fuera de eso mil industrias para castigar su inocente cuerpo con mortificaciones superiores á su edad. Reprendiéndole en una ocasion su tia estos excesos, le respondió: *No temais, amada tia mia, porque mi divino Salvador, que se me apareció en la cruz, me enseñó lo que debia hacer.*

Cuando cumplió los trece años, el príncipe su padre, sin atender á sus deseos de no admitir á otro esposo que á Jesucristo, la casó con un jóven señor, llamado Wolfango, príncipe de Nericia. Echó Dios la bendicion á este matrimonio, en el cual la eminente virtud de la mujer muy desde luego se comunicó al marido, siendo uno de los mas ejemplares príncipes de la corte, y toda la familia una de las mas cristia-

nas que jamás se vieron; porque Brigida, igualmente santa cuando casada que cuando soltera, fué la admiracion del pueblo, y santificó á toda su casa. Concedióle Dios cuatro hijos y cuatro hijas. Carlos y Bergerio, dos príncipes cabales, murieron en la Palestina yendo á la guerra santa contra los infieles; á Benito y Gudmar los encontró maduros el cielo antes que la edad estragase su inocencia. Sus hijas Margarita y Cecilia fueron en la corte dos perfectos modelos de señoras cristianas; Ingeburgis mereció ser venerada por una de las santas religiosas de su tiempo; y la menor de todas fué la ilustre santa Catalina de Suecia. La santidad de los hijos fué fruto de la educacion y de los grandes ejemplos de la virtuosa madre. Consideró siempre el cuidado de su familia como la primera de todas sus obligaciones; y aunque dedicada toda á obras de caridad, nunca la pudieron distraer sus devociones de lo que debia á sus hijos y á sus criados. Por sí misma instruia á los primeros la santa princesa, y siempre eran eficaces sus lecciones, porque iban acompañadas con los ejemplos. Desde su tierna infancia los iba ensayando en la devocion, acostumbrándolos á todas las obras de misericordia, y á varios ejercicios de penitencia. Luego que se vió con suficiente número de hijos para asegurar la sucesion de su casa, persuadió á su marido que en adelante viviesen como hermano y hermana en perfecta continencia; y pudo tanto con sus discretas exhortaciones, que insensiblemente le fué retirando de la corte, donde hacia uno de los primeros papeles. Comunicóle su espíritu de devocion, arregló con él todos los ejercicios espirituales, siendo uno de ellos el rezar todos los dias inviolablemente el oficio parvo de la santísima Vírgen, y el confesar y comulgar todos los viernes de cada semana. Hízole consentir en que los pobres fuesen contados en el número de sus hijos

para sustentarlos; y habiendo fundado, con su aprobacion, un hospital en el lugar donde residian, no contentándose con proveer á todas sus necesidades, ella misma iba regularmente todos los dias á servirlos en persona, haciendo oficios de criada.

Deseaba con tan vivas ansias la salvacion de su marido, que, no satisfecha con las continuas oraciones que hacia á Dios por él, ni con dirigirle con sus consejos y animarle con sus ejemplos, hacia todo lo posible para que perdiese el gusto del mundo, y hacerle gustar de Dios. Así sus conversaciones, como sus reflexiones, meditaciones y lecturas, todas se encaminaban á hacer cada dia mas cristiano á aquel querido esposo; y con el fin de desprenderle de ciertas inclinaciones que le tenian aun asido al amor de su país, le persuadió á que emprendiese la penosa peregrinacion á Santiago de Galicia, y ella misma quiso tambien hacerle compañía en aquel devoto y trabajoso viaje. Pudiéranle hacer con toda comodidad; pero solo dieron oidos al espíritu de penitencia con que le habian determinado. Al volver de su peregrinacion, cayó Wolfango gravemente enfermo en la ciudad de Arras; pero Dios le restituyó la salud por las oraciones de su santa mujer, á quien se le apareció san Dionisio, de quien era muy devota, y asegurándole el recobro de su marido, le manifestó lo que Dios queria de ella. Luego que se restituyeron á Suecia, se sintió Wolfango tan disgustado del mundo, que hizo voto, consintiéndolo su mujer, de dejarle enteramente haciéndose religioso. Así lo ejecutó tomando el hábito en el monasterio de Albastro, de la órden del Cister, donde murió santamente el dia 26 de julio, como se lee en el Menologio de la órden.

Hallándose ya nuestra santa enteramente libre de todos los lazos, solo se aprovechó de su mayor liber-

tad para hacer una vida mas penitente y mas perfecta. Hechas las particiones de los bienes entre los hijos, con ocasion del luto, se vistió en traje de penitencia. Condenó el mundo esta resolucion, y se burló de ella la corte; pero ni la corte ni el mundo eran su regla. Manifestóle luego el Señor cuán grata le habia sido la determinacion que habia tomado, porque se le apareció Jesucristo rodeado de una resplandeciente luz, y le dijo que la tomaba por esposa suya, y que le manifestaria varios secretos conducentes á la salvacion de muchas almas escogidas, y le añadió: *Presta, pues, oidos á mi voz con humildad, y da fiel cuenta á tu confesor de todo lo que yo te descubriere en adelante.* Desde aquel dia comenzaron las revelaciones tan frecuentes en que Dios la comunicó tan singular conocimiento de muchos misterios de la religion, y aquella luz sobrenatural necesaria para gobernarse en los caminos del Señor, y para arribar á tan eminente grado de santidad. Y aunque no podia dudar que la gobernaba el espíritu de Dios, toda la vida observó un perfecto rendimiento á su confesor, sujetando á su censura todas sus revelaciones, y no haciendo cosa alguna sin su aprobacion, ó sin su órden.

En los treinta años que sobrevivió á su marido, juntó perfectamente las obligaciones de la vida interior con los ejercicios de la mas ardiente caridad, de la mas tierna devocion y de la mas austera penitencia. No usó cosa de lienzo en aquellos treinta años: cubrió su cuerpo con un áspero cilicio, y traia á raiz de las carnes una cuerda llena de nudos que se metian dentro de ellas. Su cama era una sola manta tendida sobre unos palos, sin que los excesivos frios de Suecia la hiciesen buscar otro abrigo. Hacia tantas genuflexiones, postrábase tantas veces, y besaba la tierra con tanta frecuencia, que no se po-

dia comprender cómo era capaz de resistir tan rigurosas penitencias una princesa tan delicada y de tan débil complexion.

No hubo en el mundo persona de mas ingeniosa inventiva para darse á sí misma en que padecer. Tenia una llaga voluntaria, que renovaba todos los viernes, echando en ella cera derretida para que se le imprimiese mas la memoria de los dolores de Jesucristo en su sagrada pasion. Ayunaba cuatro dias en la semana, y los viernes á pan y agua. No era menos penitente en sus vigilias. Pasaba la mayor parte de la noche en oracion, interrumpiéndola solo cuando la vencia el sueño por poco tiempo. Al rigor de su penitencia correspondia perfectamente la ternura de su devocion. Una gran parte del dia la empleaba á los piés de Jesucristo delante del Santísimo Sacramento, donde gustaba consuelos y delicias inefables. Desde su niñez fué su favorecida devocion la que profesaba á la santísima Vírgen; y en sus mismas revelaciones se conoce el tierno amor con que la correspondia la Madre de Dios. En la frecuencia de sacramentos se abrasaba su alma cada vez con nuevo incendio. Los treinta últimos años de su vida todos los dias se confesaba, y comulgaba muchas veces cada semana. Era tan dulce y tan suave con los otros, como severa y rigurosa consigo misma; pero su caridad y su amabilidad se explicaban particularmente con los pobres. Cada dia daba de comer á doce, sirviéndolos ella misma á la mesa. Sola una especie de ambicion se le conoció en toda la vida; esta era el deseo de haber nacido pobre, haciendo tanta estimacion y teniendo tanto amor á la pobreza, que muchas veces en sus peregrinaciones se mezclaba entre los mendigos y pedia limosna con ellos. Para hacerse verdaderamente pobre de Cristo, hizo donacion de lo poco que le habia quedado á favor de cierta persona virtuosa, y despues

recibia de ella por caridad y como de limosna lo que habia menester para sustentarse.

Fundó en Wastein un monasterio para religiosas, y admitió en él hasta sesenta, á quienes dió unas constituciones, que se conocia bien ser dictadas por el espíritu de Dios. Brindó tambien con ellas á veinte y cinco religiosos que vivian bajo la regla de san Agustin. Admitiéronlas con gusto, y este fué el orígen de aquella religion monacal, que se llamó despues *del Salvador*, ó *los monjes brigitanos*, y fué aprobada por la silla apostólica.

Habia dos años que estaba retirada en su monasterio de Wastein cuando se le apareció nuestro Señor, y le dijo ser su voluntad que fuese en peregrinacion á Roma para venerar las reliquias de tantos santos y singularmente el sepulcro de los santos apóstoles. Obedeció; y sin acobardarle las dificultades de un viaje tan trabajoso y tan largo, se puso en camino acompañada de su querida hija Catalina. En Roma brilló mas que en otra parte el resplandor de su eminente santidad. Todas las curiosidades que se admiran en aquella capital del universo no fueron capaces de despertar ni aun lijeramente la suya. No salia de casa con su hija sino para andar las estaciones y para ejercitarse en buenas obras. Despues que satisfizo en Roma su devocion, se sintió inspirada del Señor para ir á visitar los lugares santos de Jerusalen y de Palestina. Solo tardó en obedecer lo que tardó en asegurarse ser aquella la voluntad del Señor. Inmediatamente que la conoció, ninguna consideracion fué bastante para detenerla. Embarcóse con su amada hija santa Catalina, y en el discurso de aquel penoso y dilatado viaje experimentó sensibles pruebas de la divina proteccion. Luego que llegó á la Tierra Santa, se encaminó á Jerusalen, y visitó los santos lugares con extraordinaria devocion. Durante esta peregri-

nacion, tuvo nuevas revelaciones, de las cuales eran unas acerca de las revoluciones de diferentes monarquías; pero la mayor parte fueron sobre varias particularidades de la pasion del Salvador, de que no se tenia noticia por el Evangelio.

Ya habia mucho tiempo que santa Brigida arrastraba una salud muy débil, y que cada dia lo iba siendo mas al rigor de sus penitencias y de sus frecuentes enfermedades. Partió de Jerusalen para restituirse á Italia con una calentura lenta, acompañada de tanta flaqueza de estómago, que se temia mucho de su vida; ni hubiera podido aguantar tan dilatado viaje á no haberla sostenido su natural espíritu y su íntima union con Dios; pero en llegando á Roma, se le agravó la enfermedad. Aparecióscle el Señor, aseguróle su eterna bienaventuranza, prescribióle lo que debia hacer hasta que llegase el tiempo de gozarla, señalóle el dia, la hora y el momento de su preciosa muerte, y le manifestó muchos sucesos que se verificaron despues. En fin, el dia 23 de julio del año de 1373, á los setenta y un años de su edad, colmada de merecimientos, y recibidos los sacramentos de la Iglesia, rindió su alma á Dios entre los brazos de su querida hija santa Catalina.

Tres dias despues se dió sepultura al santo cuerpo en la iglesia de las religiosas de Santa Clara del convento de San Lorenzo, llamado *in pane et perna*; pero con el hábito de las religiosas de San Salvador de Wastein. Un año despues de su muerte fué elevado de tierra, trasladado á Suecia á solicitud de su hijo Bergerio y de su hija santa Catalina. A los muchos milagros que hizo en vida se siguió la multitud de los que obró Dios despues de muerta. San Antonino cuenta diez muertos resucitados, con crecido número de otras maravillas; en cuya virtud el papa Bonifacio IX se resolvió publicar la bula de su canoniza-

cion el año de 1391 despues de las informaciones y formalidades acostumbradas. Por haberse celebrado en Roma esta ceremonia el dia 7 de octubre, se fijó entonces la fiesta á este mismo dia, y despues se transfirió al dia siguiente. Quedóse Roma con un brazo de la santa, é inmediatamente despues de su canonizacion se erigió en su honor una magnifica capilla en el mismo lugar de su sepultura. Tenemos un volúmen entero de sus revelaciones repartidas en ocho libros, los cuales fueron aprobados por los padres del concilio de Basilea, despues de haberlas examinado, de órden del mismo concilio, el sabio Juan de Torquemada, maestro á la sazon del sacro palacio, y despues cardenal, quien declaró no haber hallado en dichas revelaciones cosa contraria á la sagrada Escritura, á la regla de las buenas costumbres, ni á la doctrina de los santos padres.

MARTIROLOGIO ROMANO.

Santa Brígida, viuda, que, despues de muchas peregrinaciones á los lugares santos, animada del espíritu de Dios, murió en 23 de julio; mas su cuerpo fué trasladado á Suecia la víspera de este dia.

En el propio dia, la fiesta del santo anciano Simeon, aquel que, segun el Evangelio, mereció recibir al Señor en sus brazos.

En Cesarea de Palestina, el suplicio de santa Reparata, vírgen y mártir, quien, habiéndose negado á sacrificar á los ídolos, padeció diferentes géneros de tormentos bajo el emperador Decio, siendo por último decapitada. Salió su alma bajo la figura de una paloma con direccion hácia el cielo, como lo testificaron varios testigos oculares.

En Tesalónica, san Demetrio, procónsul, quien,

despues de haber convertido muchas personas á la fe de Jesucristo, consumó su martirio, siendo alanzeado por órden del emperador Maximiano.

En dicho lugar, san Nestor, mártir.

En Sevilla de España, san Pedro, mártir.

En Laodicea, san Artemon, presbítero, que recibió en el fuego la corona del martirio, bajo el emperador Diocleciano.

En tierra de Leon, santa Benita, vírgen y mártir.

En Ancona, santa Palaciata y santa Lorenza, quienes, habiendo sido desterradas durante la persecucion de Diocleciano y bajo el presidente Dion, murieron abrumadas de fatigas y de penas.

En Ruan, san Ivedo, obispo y confesor.

En Jerusalen, santa Pelagia, apellidada la Penitenta.

En Tréveris, san Metrópilo, obispo, venerado como mártir en aquella diócesis

En Auxerre, santa Palaya, vírgen.

En Sens, santa Porcaria, venerada como vírgen y mártir.

En Chalons del rio Saona, san Grato, obispo, cuyo cuerpo se halla en Parey de los Monjes.

En Reims, san Baudrio, hermano de santa Beuva.

En Trecaut cerca de Gonnelieu en Vermandois, santa Polena, vírgen, cuyo cuerpo fué llevado á Honnecourt, luego á San Prix en la ciudad de San Quintin, con los de san Lifardo de Gonnelieu y de santa Valiera.

En Monstrebilse cerca de Tongres, san Amor, diácono.

En Denein cerca de Valencienes, santa Refroya, vírgen, abadesa de dicho lugar, hija de Adelberto, conde de Ostrevanto, y sobrina del rey Pepino.

En Leuse cerca de Ath en Hainaut, san Badilon, abad de dicho lugar, quien trajo el cuerpo de santa

María de Betania, de Jerusalen á Vezeley en el Nivernais.

En Como en el ducado de Milan, el natalicio de san Félix, primer obispo de aquella ciudad, celebrado por san Ambrosio aun antes de su muerte; fundador de la antigua catedral llamada San Carpoforo.

En Egipto, santa Tais, penitenta.

En Inglaterra, santa Queina, vírgen, suegra de san Cazou.

En Ceuta en el reino de Fez, cerca del estrecho de Gibraltar, el martirio de san Daniel y de sus seis compañeros del órden de san Francisco.

En Génova, san Hugon, del órden de san Juan de Jerusalen, hoy de Malta, presbítero.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue:

Domine Deus noster, qui beatæ Birgittæ per Filium tuum unigenitum secreta cœlestia revelasti, ipsius pia intercessione da nobis famulis tuis in revelatione sempiternæ gloriæ tuæ gaudere lætantes. Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum....

Dios y Señor nuestro, que por medio de tu unigénito Hijo revelaste á la bienaventurada Brígida muchos secretos celestiales; concédenos por su intercesion que nosotros, siervos tuyos, seamos colmados de alegría, descubriéndonos tu gloria. Por nuestro Señor...

La epístola es de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 5.

Charissime: Viduas honora, quæ verè viduæ sunt. Si qua autem vidua filios aut nepotes habet, discat primùm domum suam regere, et mutuam vicem reddere parentibus: hoc enim acceptum est coram Deo.

Carísimo: Honra á las viudas que son verdaderamente viudas. Mas si alguna viuda tiene hijos ó sobrinos, aprenda primero á gobernar su casa y pagar lo que debe á sus padres; porque esto es acepto delante de

Quæ autem verè vidua est, et desolata, speret in Deum, et instet obsecrationibus et orationibus, nocte ac die. Nam quæ in deliciis est, vivens mortua est. Et hoc præcipe, ut irreprehensibiles sint. Si quis autem suorum, et maximè domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior. Vidua eligatur non minus sexaginta annorum, quæ fuerit unius viri uxor, in operibus bonis testimonium habens, si filios educavit, si hospitio recepit, si sanctorum pedes lavit, si tribulationem patientibus subministravit, si omne opus bonum subsecuta est.

Dios. Aquella que es verdaderamente viuda, desamparada y abandonada, espere en Dios, é inste con plegarias y oraciones dia y noche. Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta. Y mándales esto para que sean irreprensibles. Y si alguno no cuida de los suyos, especialmente de los que son de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. Elíjase la viuda de no menos que sesenta años, que haya sido mujer de un solo marido, y que testifique con las buenas obras si ha educado á los hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los piés á los santos, si ha socorrido á los que padecian tribulacion, si se ha ocupado en toda obra buena.

NOTA.

« Era san Timoteo de la provincia de Licaonia y verisimilmente natural de la ciudad de Listris. Hallándose san Pablo en ella, tuvo noticia de los talentos de Timoteo, que á la sazon era ya un cristiano muy zeloso. Deseó tenerle por discípulo y por compañero de sus viajes; ordenóle de presbítero, y despues de obispo por órden expresa del Espíritu Santo. Hallándose el apóstol en Macedonia, le escribió esta epístola.»

REFLEXIONES.

El que no cuida de los suyos, particularmente de sus domésticos, negó la fe, y es peor que un gentil. Una de las obligaciones mas esenciales y mas importantes

de los padres y de las madres de familia es la educacion de sus hijos y el cuidado de sus sirvientes. En aquel magnífico elogio que hace el Espíritu Santo de una mujer cabal y perfecta, insiste principalmente en su grande vigilancia sobre su familia. Así las particularidades á que desciende, individualizando los efectos de esta vigilancia, como las voces con que exalta su eminente virtud, acreditan bien que todo el mérito de una mujer casada se ha de medir por su desvelo en la buena educacion de sus hijos, y en la vida cristiana de sus criados. Animado san Pablo del mismo espíritu, hace aun mas visible la importancia de esta obligacion, comparando a los que se descuidan de ella con los que apostatan de la fe. Gran Dios, á vista de esto, ¿qué se debera pensar de aquellos padres de familia que no cuidan de la educacion de sus hijos, de aquellos que apenas saben si estos viven en el mundo? Entregados los padres á sus negocios ó á sus pasatiempos, abandonan los hijos á sus pasiones y á su destino. Si se ven tantos mozos mal criados; si en estos tiempos se llora generalmente corrompida la juventud; si en la mayor parte de los jóvenes apenas se reconoce cosa que huela á religion; si triunfa la impiedad de la gente moza y disoluta hasta en el sagrado del templo; todos estos escándalos y todos estos desórdenes son obra de los malos ejemplos y de la culpable indolencia de los padres. ¿Qué educacion dará a sus hijos, ni qué cuidado tendra de su familia una mujer embebida toda en el espíritu del mundo? Las mañanas las ocupa en vestirse y en peinarse; las tardes y las noches en el paseo, en el juego ó en el baile. ¿Tendrá cara para contar por doctrina ó por lecciones que da á sus hijas aquellos breves ratos que se aparece orgullosamente en una iglesia, ó aquellas largas visitas, aquellas eternas conversaciones del mundo y de ociosidad? pero ¿les da por ventura

otras? ¿Se atreverá á dar buenos consejos, á imbuir en bellas máximas de compostura, de modestia y de recato á aquellos tiernos, aquellos inexpertos corazones, una madre que á todas horas les está dando los mas contagiosos ejemplos de profanidad, de vanidad, de indevocion y del arte infernal de conquistar corazones? Pero, ¿y de qué servirán aquellas buenas lecciones con estos malos ejemplos? Paréceles á muchos padres que remedian el contagio entregando sus hijos á un maestro ó á una aya, y que estos han de ser únicamente responsables de su salvacion, siendo así que esta la puso Dios á cuenta de los mismos padres. ¡Oh santo Dios, y cuántos de estos se condenan por no haber cuidado de sus criados, y por haber descuidado de sus hijos!

El evangelio es del capítulo 13 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo abscondit, et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterùm simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas: inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterùm simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cùm impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa,

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: *Es* semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los ma-

malos autem foràs miserunt. Sic erit in consummatione seculi. Exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum, et mittent eos in caminum ignis : ibi erit fletus et stridor pentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei : Etiam. Ait illis : Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

los. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego : allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondiéronle : Sí. Por eso, todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

DEL BUEN EJEMPLO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el buen ejemplo es una elocuencia muda; una palabra obradora, que, insinuándose insensiblemente en el alma, va ganando poco á poco el corazon, y por medio de una dulce pero eficaz persuasion se hace absolutamente dueño de la voluntad. Todos nos inclinamos naturalmente á la imitacion. Por lo comun, se hace aquello mismo que se ve hacer á otros. En vano se esforzaban los filósofos antiguos en exhortar á sus discípulos á que caminasen por el camino de la virtud, intentando persuadirlos con razones fuertes, con discursos sublimes, con pensamientos finos, ingeniosos y delicados, que no habia cosa mas útil, mas bella ni mas amable; siempre eran mas los que imitaban sus acciones que los que practicaban su doctrina; por mas que hicieron para convencerlos sobre este punto de filosofía moral, nunca lograron persuadir á otros con la verdad y con la solidez de sus sentencias que siguiesen aquel camino de que ellos

mismos se desviaban con la corrupcion de sus costumbres. El discurso agrada, el argumento convence, pero el ejemplo persuade; él solo hace sensible la verdad, responde mudamente á las objeciones, muestra posible la práctica, y allana todas las dificultades. Conocen todos que la virtud es amable, y no es menester mucho entendimiento para convenir en que la vida inocente, cristiana y pura está llena de grandes consuelos; que la bondad es respetable; que es loable la regularidad, y que la santidad es digna de la mayor veneracion. Pero sale el amor propio representando mil dificultades á la razon; suscríbelas, abrázalas ciegamente el corazon; y esto es lo que hace poco eficaz el convencimiento. Todos estos obstáculos los desvanece de un solo golpe el buen ejemplo. Aunque mis sentidos, de inteligencia con el amor propio, reclamen contra la ley; aunque autoricen su sedicioso levantamiento, y los errores de mi propia experiencia; el buen ejemplo destruye, desbarata todos estos especiosos, falaces y engañosos raciocinios. Aquel santo, aquella santa, aquella persona de mi misma condicion, tan jóven, y acaso mas delicada, mas flaca que yo, se conservó inocente en medio de las mismas ocasiones, tuvo una vida uniforme, arreglada, fervorosa, á pesar del contagio del mundo, á pesar del esfuerzo de las pasiones, á pesar de la seduccion del mal ejemplo. Ciertamente no hay réplica contra una prueba que hace callar al amor propio, que desarma todas las pasiones, y deja sin fuerza á todos los impedimentos. ¿Pues qué, decia san Agustin, abochornado contra sí mismo por estas irresoluciones, pues qué no podré yo hacer por mi salvacion lo mismo que aquellos y aquellas hicieron por la suya? ¿por qué razon, ayudado de la divina gracia, tendré yo menos fuerzas que tuvieron ellos y ellas para romper los lazos, para resistir á las tentaciones, y para superar to-

dos los impedimentos? ¡Oh, y qué persuasivo es el buen ejemplo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, por lo mismo que el buen ejemplo es tan poderoso para persuadir, por lo mismo seremos nosotros mas inexcusables si no le seguimos, y mas delincuentes si no le damos. Ninguna cosa hace mas culpable nuestra cobardía, ninguna avergüenza mas nuestra pusilanimidad, ninguna destruye mas invenciblemente nuestros falsos pretextos, que el ejemplo de tantos buenos cuya virtud formará nuestro proceso, y pondrá perpetuo silencio á nuestras frívolas excusas. Los ejemplos de los santos, son, por decirlo así, la desesperacion de los precitos. Apártanse en vida los ojos de aquellos grandes modelos; pero en la muerte, por toda la eternidad, aquellas mudas reconvenciones despedazarán el corazon de tantos cobardes cristianos que no se quisieron rendir á sus argumentos prácticos, á que no tenian que replicar. El fin que tiene la Iglesia en ponernos todos los dias á la vista tantos santos de nuestra misma esfera, de nuestra misma profesion y de nuestra misma edad, no es otro que vencer nuestra cobardía, ó á lo menos hacer menos excusable nuestra pusilanimidad. ¿Qué tendremos que reponer á tantos ilustres ejemplos de pureza, de mortificacion, de compostura, de modestia, de penitencia, de recogimiento y de devocion? ¿diremos acaso que era impracticable la virtud cristiana en un siglo tan corrompido? Pero, ¿y no nos desmentirán tantas almas santas del mismo siglo? Alegaremos por excusa que era mucho trabajo el mortificarse. Pero aquellos y aquellas que vivieron en nuestra misma compañía, ¿no se levantarán contra nosotros, y acusarán nuestra demasiada delicadeza? Diremos que á estos los ayudaron los buenos

ejemplos; pero ¿no tuvimos nosotros los mismos, y fuera de esos los suyos? Nos quejaremos de que nos faltaron auxilios, medios y gracias; pero ¿qué responderemos cuando se nos haga ver, y aun se nos haga confesar que tuvimos mas gracias, mas medios y mas auxilios que los que confunden nuestra cobardía? ¡Cosa extraña! Admíranse las virtudes de los santos; alábase su fidelidad á la gracia; ensálzanse sus méritos, su valor; envidiase su dicha; mas por lo que toca á sus ejemplos, esos se dejan á que los imiten otros santos.

No permitais, Señor, que pase mas adelante mi indiferencia por mi eterna salvacion. ¡Oh, y cuánto tengo de qué acusarme en este punto, y cuánto teneis vos de que reconvenirme! Pero, Dios mio, estos grandes ejemplos que me proponeis ya no serán inútiles para mí, y espero me daréis gracia para imitarlos.

JACULATORIAS.

Bonum æmulamini in bono semper. Gal. 4.
Emulemos santamente lo bueno para practicar siempre lo que lo es.

Ne æmuleris viros malos, nec desideres esse cum eis. Prov. 24.
Guárdate de seguir el ejemplo de los malos, y de desear su perniciosa compañía.

PROPOSITOS.

1. Persuadido ya del poder del buen ejemplo, de la obligacion que tienes de seguirle, no menos que la que tambien te incumbe de darle, toma desde este mismo punto una fuerte resolucion de cumplir exactamente con uno y otro deber. Aprovéchate de los buenos

ejemplos que tienes delante de los ojos, y procura dárselos tú mismo á otros. Débeslos en primer lugar á tu familia, á tus sirvientes, á tus súbditos, á tus dependientes y á todos aquellos que tratas con frecuencia. Tambien el público tiene derecho á este socorro de edificacion; aunque seas el hombre mas desconocido, el mas solitario del mundo, siempre debes este buen ejemplo á tus hermanos. Pero, ¿y se le das á todos aquellos con quienes vives? En vano exhortas, aconsejas y predicas; tus obras son mas persuasivas que tus palabras. Examina si tu porte edifica á los que te tratan, y corrige desde luego todo lo que puede desedificarlos.

2. ¿Te faltan talentos y medios para procurar la gloria de Dios y la salvacion de las almas? Pues consuélate con que en tu vida ajustada y ejemplar tendrás el talento mas precioso y el medio mas eficaz para convertirlas. Un superior, cuya vida es la regla animada, un noble, un ilustre caballero de costumbres irreprensibles, un padre, una madre de familias verdaderamente cristianos, una señora principal sumamente ajustada y ejemplar; ¡oh, y con qué eficacia persuaden á la virtud! ¡oh, y cuánto bien hacen en las almas cada uno en su estado y por su camino! Sé tu de este número.

DIA NUEVE.

SAN DIONISIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

Fué san Dionisio de una de las mas nobles familias de la ciudad de Atenas, nació ocho ó nueve años despues del nacimiento del Salvador, y le criaron cuidadosamente sus padres, tanto en las ciencias como en las supersticiones del gentilismo. Estudió en la misma célebre ciudad, adonde concurrian de todas partes los mayores ingenios por ser la mas famosa universidad de toda la Grecia. Florecian en ella todas las ciencias y artes liberales, pero sobre todo la filosofía y la astronomía: en ambas se adelantó mucho Dionisio; y para perfeccionarse en las matemáticas, hizo un viaje a Heliópolis. Estando en esta ciudad, observó aquel milagroso eclipse de sol que sucedió en la muerte del Salvador, puntualmente en el mismo plenilunio. No ignoraba Dionisio que, no mediando algun cuerpo sólido entre la tierra y el sol, como no era posible que mediase estando llena la luna, necesariamente habia de ser sobrenatural aquel eclipse; y en virtud de eso, asombrado de aquel raro fenómeno, exclamó: *O el Dios de la naturaleza padece, ó la máquina de este mundo perece.*

Vuelto á Atenas, se señaló mucho en aquella universidad por su sabiduría, por su elocuencia y por su ingenio sobresaliente; tanto, que, sin reparar en sus pocos años, le honraron con los primeros empleos, y en breve tiempo se vió elevado á la dignidad de uno de los primeros jueces del Areopago, que era el tribunal mas respetable de toda la Grecia. Celebra la historia

en mil partes la integridad de los que le componian; y hasta los mismos Romanos, en medio de su vanidad, remitian á él muchas causas ambiguas, honrándose mucho de ser admitidos en el número de los areopagitas. Hallábase aquel augusto y famoso tribunal en su mayor esplendor cuando entró san Pablo en Atenas, siendo á la sazon la ciudad mas célebre del mundo por las ciencias que se enseñaban en ella, y por el concurso de estudiantes y de maestros que acudian á su universidad de todas las provincias adonde se extendia la jurisdiccion del imperio romano. Era, por decirlo así, como la academia universal de todas las artes y de todos los descubrimientos del ingenio; por lo que no podia el apóstol escoger teatro mas oportuno para anunciar el Evangelio, ni lugar donde estuviese mas viva la curiosidad de aprender cosas nuevas en materia de religion. Luego que el santo apóstol se hizo cargo del lastimoso estado en que se hallaba la ciudad, se sintió interiormente conmovido y penetrado su corazon de la mas viva compasion á vista de un pueblo tan idólatra y tan ciego. Comenzó á predicar, segun su costumbre, primero á los judios en sus particulares sinagogas; y saliendo despues a las calles y á las plazas públicas, anunciaba el Evangelio á todo género de gentes. Cuando le oyeron hablar de la unidad de Dios, de su inmensidad y de su omnipotencia, pasando despues á los misterios de la Encarnacion del Verbo y de su Resurreccion, hizo tanto eco en los ánimos de sus oyentes aquella nueva doctrina, que le delataron al tribunal del Areopago. Compareció en él sán Pablo, y dió razon de su religion, demostrando tan visiblemente su verdad, su santidad y su excelencia, que todos los jueces quedaron admirados, aunque no todos quedaron convertidos. Rindiéronse pocos á la fuerza de la verdad, y entre estos pocos fué uno Dionisio Areopagita. Las conferencias privadas que

tuvo con el apóstol le abrieron en fin los ojos; y detestando las supersticiones del gentilismo, abandonó sus bienes, y renunció sus empleos por seguir á Jesucristo, quedando gustosamente sorprendido cuando entendió que aquel milagroso eclipse, que tanto le habia asombrado, habia puntualmente sucedido en la muerte del mismo Salvador.

Instruido ya perfectamente en los misterios y en la doctrina de la religion, fué bautizado por san Pablo, y admitido en el número de aquellos discípulos que se distinguian mas en su cariño. Comunicóle particularmente á él aquellas luces sobrenaturales, aquellos divinos secretos que el apóstol habia aprendido en la misma fuente cuando fué arrebatado hasta el tercer cielo; y con este descubrimiento sacó en Dionisio uno de los mas iluminados y de los mas hábiles maestros de la vida mística. Créese comunmente que san Dionisio acompañó á san Pablo en todos los viajes que hizo aquellos tres primeros años; y que, despues creciendo cada dia el número de los fieles, el mismo apóstol le consagró por obispo de Atenas.

Formado en tal taller, y siendo obra de un artífice tan diestro, ya se deja discurrir cuál seria su conducta, cuánto su zelo y cuánta su virtud en el ministerio episcopal. Ningun obispo fué mas semejante á los primeros apóstoles. Su vida era una viva imágen de la de estos; la misma inocencia, la misma austeridad y el mismo fervor. Iluminado por el mismo Dios aquel entendimiento naturalmente sublime, elevado y perspicaz, fué Dionisio uno de los mayores doctores y de los mas sabios maestros de la vida espiritual. En su admirable libro *de la gerarquía eclesiástica*; en el *de los nombres divinos*, y en sus epístolas á san Tito, á san Timoteo y á san Policarpo, se hace visible su íntima comunicacion con Dios, aquel eminente don de contemplacion que poseia, y su sabiduría verdadera-

mente divina y celestial. Su conducta era en todo correspondiente á sus soberanas luces; y en el gobierno de la iglesia de Atenas se hacia palpable á todos que le dirigia el espíritu de Dios. No cabia caridad mas general ni mas ardiente, ni zelo mas generoso ni mas universal, ni amor de Jesucristo mas puro, mas abrasado ni mas tierno. Pero sobre todo, desde el mismo punto de su conversion fué profundísima la veneracion que profesó siempre á la Madre de Dios, asegurando él mismo que el majestuoso aire y la divina modestia de la santísima Vírgen estaban diciendo á todos quién era aquella Señora; haciéndole esto tanta impresion, que acostumbraba á decir que, á no saber por la fe que no podia haber mas que un solo Dios, nunca podria creer que la Vírgen no fuese mas que humana criatura.

Tambien nos certifica él mismo en el libro *de los nombres divinos* que logró el consuelo de hallarse presente en Jerusalen á la muerte de la Madre de Dios, y de ser testigo ocular de todas las maravillas que sucedieron en ella; queriendo la santísima Vírgen dispensar este favor á su zeloso siervo Dionisio, que toda la vida conservó el mas tierno amor y la devocion mas extraordinaria á la soberana Reina.

Restituido á la ciudad de Atenas, se aplicó con mayor zelo que nunca al cultivo de aquella nueva viña del Señor, que á esfuerzos de su trabajo en breve tiempo fué una de las mas floridas porciones de la Iglesia. Igualaba al fervor de los cristianos de Jerusalen el de los nuevos fieles de Atenas; correspondia la docilidad de la grey á los desvelos del pastor, y muy en breve triunfó la fe de Jesucristo en aquella capital de la Grecia.

Levantósele por este tiempo su destierro á san Juan evangelista, que le estaba padeciendo por la fe en la isla de Patmos, y restituyéndose á su iglesia de Éfeso,

inmediatamente le fué á visitar nuestro san Dionisio. Tiénese por cierto que, durante su mansion en Éfeso, y en las conversaciones particulares que tuvo con el amado evangelista le dió el Señor a entender la necesidad que tenian de operarios apostólicos las provincias mas extendidas de la Europa, y que le inspiró el pensamiento de irse á ofrecer al papa san Clemente para esta mision; y como la iglesia de Atenas cada dia se iba haciendo mas numerosa y mas florida, él mismo escogió por sucesor suyo á san Publio, á quien san Pablo habia convertido; y despues que el mismo Publio le informó del estado de aquella iglesia, en la cual habia trabajado con abundante fruto por largo tiempo, hecha dimision del obispado, le consagró obispo de Atenas, y Dionisio tomó el camino de Roma, acompañado del presbítero Rústico y del diacono Eleuterio, ambos fieles compañeros suyos en todos sus viajes y apostólicos trabajos. Fué recibido nuestro santo del papa san Clemente con aquella caridad que une tan estrechamente el corazon de los hombres apostólicos; y habiéndole declarado sus intentos, le suplicó que le señalase el lugar de su mision. Alumbrado y encendido el santo papa con el mismo espíritu, y animado del propio zelo, le envió á las Galias, donde parecia que dominaba el gentilismo con mayor imperio á favor de la crasa ignorancia en que vivian como anochecidos aquellos pueblos.

Partió inmediatamente san Dionisio con san Rieul, san Marcelo, por sobrenombre Eugenio, y algunos otros operarios que le dió el sumo pontífice para que todos trabajasen en aquella inculta viña.

Noticioso san Rieul, discípulo de san Juan evangelista, que san Dionisio habia partido á Roma para ir á predicar el Evangelio á los gentiles en las Galias, le vino á buscar, y se le ofreció por compañero en aquella expedicion: lo mismo hicieron san Luciano y san

Eugenio con otros excelentes operarios; y toda esta tropa de hombres apostólicos salió de Roma para ir á llevar la luz de la fe al otro lado de los Alpes. Es antigua tradicion de todas las iglesias de Provenza, que los santos misioneros se dirigieron primeramente á Arlés, donde ya habia muchos cristianos bautizados por san Trofimo; y que, habiéndose detenido san Dionisio algun tiempo para cultivar aquella iglesia, como lo hizo con mucho fruto, llamándole á provincias mas distantes el espíritu de Dios, consagró por obispo de Arlés á san Rieul, y él con los demás compañeros se encaminó á París para anunciar el Evangelio.

Luego que entró en aquella ciudad, fundada entonces *en una isla que forma el rio Sena*, y *hoy se llama* la isla de Palacio, se vió cercado de un inmenso gentío, y habiendo recibido el don de lenguas, como se debe creer, que era tan comun á los hombres apostólicos, habló á aquella muchedumbre con tan divina elocuencia sobre la risible vanidad de sus mentidas deidades, haciéndoles palpable la quimérica imposibilidad de muchos dioses; mostró con tanta energia la necesidad de creer que ni habia ni podia haber mas que un solo Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra, y que este no podia ser otro que Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Dios; en fin, explicó con tanta elevacion, y al mismo tiempo con tanta claridad, así las verdades mas esenciales, como la santidad de nuestra religion, que en el mismo acto muchos de sus oyentes le pidieron el bautismo. A vista de un suceso tan pronto como feliz, se encendió mas y mas el zelo del nuevo apóstol, venerándole ya todos como á un hombre bajado del cielo; y los milagros que obraba cada dia en beneficio de un pueblo tan dócil á las verdades de la fe, le hacia por puntos mas y mas cristiano y mas sediento de las sagradas purísimas aguas del Evangelio. Desde luego se eri-

gieron diferentes oratorios, siendo tradicion, tan respetable por su antigüedad, como por la autoridad de los grandes hombres que la adoptaron, que el primero de estos oratorios ó de estas iglesias la dedicó san Dionisio á la santísima Trinidad, y que estaba en el mismo sitio donde se ve al presente la iglesia de San Benito, leyéndose aun el dia de hoy en una vidriera de la capilla de san Dionisio estas palabras: *In hoc sacello sanctus Dionisius cœpit invocare nomen sanctissimæ Trinitatis*: en esta capilla dió principio san Dionisio á invocar el nombre de la santísima Trinidad. El segundo oratorio le dedicó á Dios el mismo santo en honor de la santísima Vírgen; y es la iglesia que despues se llamó *de Nuestra Señora de los Campos,* donde esta hoy el convento de los padres carmelitas. El tercero se dedicó á los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y el cuarto á san Estéban.

Dícese que el primero que recibió el bautismo de mano de san Dionisio fué uno de los mas ilustres caballeros de París llamado Lisbio, á quien la gran casa de Montmorency reconoce por tronco de su familia; por cuya razon, tomó en las batallas por grito de acometer estas palabras: *Ayude Dios al primer cristiano.*

A vista de tantas y tan ruidosas conquistas como hacia diariamente nuestro santo, necesariamente se habia de consternar el ánimo de los paganos, particularmente el de los sacerdotes de los ídolos, que, á su pesar y tan á costa suya, estaban viendo erigirse la religion cristiana sobre las ruinas del gentilismo. No menos conturbados que interiormente enfurecidos, acudieron á echarse á los piés de Fescenino Sisino, gobernador de las Galias por el emperador, y le representaron que unos extranjeros venidos allá de los retirados rincones de la Grecia, tenian tan trastornado el espíritu del ciego vulgo y del ignorante pueblo por medio de sus acostumbrados hechizos y fami-

liares encantamientos, que en gran desprecio de los dioses inmortales todos se hacian cristianos. Lamentáronse de que los templos estaban desiertos y los sacrificios abolidos, protestándole que, si no se aplicaba pronto y eficaz remedio con ejemplar suplicio de las cabezas de aquella sacrílega sedicion, muy en breve veria el mismo gobernador exterminado de París el culto de los dioses del imperio. Turbóse Fescenino al oir tan graves quejas, y mandó que fuesen arrestados los jefes ó las cabezas de los cristianos. No habia cosa mas fácil que dar luego con ellos, y así fueron inmediatamente presos san Dionisio, Lisbio en cuya casa estaba hospedado el santo, Rústico y Eleuterio. Lleváronlos á presencia del gobernador, y cuando estaban en su tribunal, entró en él Larcia, mujer de Lisbio, y tan furiosamente idólatra, que, rabiosa contra el apóstol y contra su mismo marido, mas con ademanes de furia que de mujer, comenzó á acusar á Lisbio, que con sus mismas manos habia hecho pedazos todos los ídolos. Procuró Fescenino pervertir á aquel cristiano caballero con ruegos, con promesas y con amenazas; pero viendo su invencible constancia, mandó que allí mismo le cortasen la cabeza á vista de su mujer; y haciendo despues todo cuanto pudo para intimidar á Dionisio y á sus compañeros, dió órden de que todos fuesen encerrados en los calabozos de cierta prision inmediata, que se llama la cárcel del Glaucin, y con el tiempo se convirtió en una iglesia intitulada *San Dionisio de la Cárcel,* donde no estuvieron meramente asegurados, sino atormentados cruelmente con el peso de gruesas piedras que cargaban sobre sus cuerpos.

Pasados algunos dias, mandó el tirano que los trajesen á su tribunal, y les preguntó con arrogancia si aquel primer ensayo los habia hecho cuerdos, ó si eran tan locos, que quisiesen acabar la vida con los

mas desapiadados tormentos. Respondió san Dionisio, á nombre de todos, que ni los tormentos mas horribles, ni la misma muerte serian capaces de contrastar la constancia de su fe, puesto que era su vida el mismo Jesucristo por quien deseaban morir, teniéndose por dichosos si lograban derramar su sangre á gloria de su Salvador y de su Dios. La réplica del juez á esta generosa respuesta fué una espesa lluvia de azotes con ramales armados de puntas de acero, que despedazaron, hasta descubrirse las entrañas, los cuerpos de los santos mártires. Era espectáculo digno de la atencion de los ángeles ver á un venerable anciano con mas de ciento y seis años (no contaba menos san Dionisio) cantar incesantemente las alabanzas del Señor, con semblante alegre y risueño, en medio de aquella horrorosa carnicería.

Asombrado el tirano de tan magnánima firmeza, los mandó llevar otra vez á la cárcel, de donde presto los volvieron á sacar para atormentarlos con mayores suplicios. Apenas se podia imaginar cómo era posible que resistiese á tanta barbaridad un viejo de mas de cien años. Extendiéronle sobre el potro, renováronle todas las llagas con garfios de acero; y tendiéndole despues sobre cierta especie de parrillas, le fueron como asando á fuego lento, sin que en todos estos tormentos le pudiesen arrancar ni una sola queja ni un solo suspiro. Es verdad que cada tormento iba acompañado de un prodigio. Arrojáronle despues en un horno encendido, donde renovó Dios el milagro de los niños que respiraban refrigerio en medio de las llamas. Sacáronle del horno para amarrarle á una cruz que el santo convirtió en cátedra de la verdad, predicando al pueblo desde ella la santidad de nuestra religion, el mérito de los trabajos y la loca impiedad del gentilismo. Aturdió á los paganos tanto número de maravillas; y mas aturdido que todos el

tirano, hizo que tercera vez le restituyesen á la cárcel, adonde concurrieron los fieles de todas partes, y se asegura que, para fortalecerlos en la fe, celebró el santo pastor el divino sacrificio, y á todos dió la comunion.

El dia siguiente 9 de octubre del año 117 pronunció sentencia el tirano de que Dionisio y sus compañeros fuesen degollados, lo que se ejecutó en el mismo dia. Hízose despues una horrible carnicería en los cristianos; y se dice que, entre estos, Larcia, mujer del santo mártir Lisbio, convertida por las oraciones y por los milagros de san Dionisio, logró la dicha de merecer la corona del martirio.

Es tradicion tan antigua como la muerte de nuestro santo, que, despues de degollado, se puso en pié por sí mismo el cuerpo de san Dionisio, tomó su cabeza en las manos, y la llevó al lugar donde está hoy la célebre poblacion y monasterio de su nombre, á dos leguas de París, cuyo portento acabó de convertir á todo el pueblo. Añádese que, acudiendo al ruido de este prodigio una santa mujer, llamaba Catula, á quien el santo habia convertido, este se fué derecho á ella, púsole en las manos su cabeza, y cayó el cuerpo en tierra, dejándola depositaria de sus preciosas reliquias. Apoderada de tan inestimable tesoro, le guardó y le escondió con el mayor cuidado mientras duró aquella violenta persecucion; y no contenta con eso, tuvo arte para lograr á precio de dinero los cuerpos de sus dos compañeros Rústico y Eleuterio. Noticioso san Ricul del martirio de nuestros santos, se sintió inspirado de Dios para buscar sus reliquias; y encargando el cuidado de su iglesia de Arles al obispo Felicísimo, que habia ido á visitarle, partió á Paris, acompañado de algunos presbíteros suyos. Con las noticias que allí le dieron, se encaminó á la aldea de Charoüil, donde encontró á la piadosa matrona Catula, y consagró en honor de san Dionisio y sus compañeros una

capilla de madera, que aquella virtuosa señora habia erigido sobre el sepulcro de los santos. Mas de trescientos años despues, santa Genoveva, devotísima de san Dionisio, erigió otra capilla de piedra mucho mas capaz, donde, pasados otros doscientos años, el rey Dagoberto fundó aquel célebre monasterio de San Dionisio, y aquella suntuosísima iglesia que los reyes de Francia escogieron para su sepultura.

No se ignora que algunos sabios críticos de estos últimos tiempos quieren disputar al reino de Francia la gloria de haber merecido á san Dionisio Areopagita por uno de sus primeros apóstoles; pero se juzgó mas seguro seguir el parecer del martirologio, y aun el de la misma Iglesia romana, pareciendo que la crítica del tiempo debiera ceder á la tradicion de mas de mil y doscientos años, y á la autoridad del sabio Hincmaro, arzobispo de Reims, de Fortunato, obispo de Poitiers, de Eugenio II, arzobispo de Toledo, del venerable Beda, de todos los hombres grandes que florecieron en los ocho últimos siglos, del mismo concilio de París, y en fin, del unánime consentimiento de la Iglesia griega y latina, como lo observa el sabio cardenal Baronio en las anotaciones al martirologio romano.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En París, la fiesta de san Dionisio el Areopagita, obispo, san Rústico, presbítero, y san Eleuterio, diácono, mártires. Dionisio, habiendo sido bautizado por el apóstol san Pablo, fué ordenado de primer obispo de Atenas. Habiendo ido con el tiempo á Roma, fué enviado á las Galias por el papa san Clemente á predicar el Evangelio. Llegado allí, desempeñó durante muchos años con fidelidad el cargo que se le habia confiado, y consumó al fin su martirio, despues de haber sufrido, por órden del prefecto Fescenino, di-

ferentes especies de horribles tormentos, siendo decapitado con sus compañeros.

En dicho dia, la conmemoracion de san Abrahan, patriarca, padre de todos los creyentes.

En Borgo San Donnino, en el Parmesado en la via Claudia, san Domnino, mártir bajo el emperador Maximiano, que, huyendo de la rabia de la persecucion, fué acuchillado por los que le perseguian, y murió gloriosamente.

En el Monte Casino, san Deusdedit, abad, que murió de hambre y de trabajos en la cárcel donde le aherrojó el tirano Sicardo.

En Hainaut, san Guilein, obispo y confesor, que, habiendo abdicado el obispado, profesó la vida monástica en el monasterio edificado por él, sobresaliendo en todas las virtudes.

En Jerusalen, san Andrónico y santa Atanasia, su mujer.

En Antioquía, santa Publia, abadesa, la cual, pasando Juliano Apóstata, se puso á cantar con sus religiosas estas palabras de David: « Los ídolos de las naciones no son mas que oro y plata; háganse semejantes á ellos cuantos los fabrican. » Al punto mandó el tirano que la diesen de bofetones, despues de haberla reprendido agriamente.

En Bigorra, san Sabino de Lavedan, confesor.

Cerca de Cambrai, Santa Ola, vírgen.

En Orleans, santa Austregilda, madre de san Leu, cuyas reliquias están en San Añan.

En Metz, san Arnalto, obispo.

En dicho dia, el venerable Thifroy, obispo de Amiens, antes abad de Corbia, adonde santa Batilda le habia hecho venir del monasterio de Luxeu, gobernado por entonces por san Gauberto, sucesor de san Eustasio.

En Anschin en Hainaut, el bienaventurado Gosvino, abad de dicho lugar.

En Espoleto, san Baractal, mártir.

En Candía, santa Afra, mártir.

En Odesa de Misia, san Doroteo, obispo de Tiro, á quien los Griegos veneran como á mártir.

Cerca de Narni en el ducado de Espoleto, san Gémino, monje de San Paterniano de Fano.

Entre los Griegos, san Pedro de Galacia, monje.

En la selva de Rinchnach de Bohemia, san Gontero, gentilhombre de Turinga; penitente, monje y solitario; enterrado en Breunove cerca de Praga.

En Salerno, el venerable Alfano, arzobispo de aquella ciudad, célebre por sus escritos y sólida piedad.

En Culmenses cerca de Culm en Prusia, el venerable Lobedavo, presbítero.

La misa es en honor del santo y de sus compañeros, y la oracion la que sigue.

Deus, qui hodierna die beatum Dionysium, martyrem tuum atque pontificem, virtute constantiæ in passione roborasti, quique illi ad prædicandum gentibus gloriam tuam, Rusticum et Eleutherium sociare dignatus es: tribue nobis, quæsumus, eorum imitatione pro amore tuo prospera mundi despicere, et nulla ejus adversa formidare. Per Dominum nostrum....

O Dios, que en este dia fortaleciste con la virtud de la constancia á tu mártir y pontífice san Dionisio para padecer el martirio, y le diste por compañeros á Rústico y á Eleuterio para anunciar el Evangelio á los gentiles, suplicámoste nos concedas que á su imitacion despreciemos por vuestro amor las prosperidades del mundo, y de ningun modo temamos sus adversidades. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 17 de los Hechos de los apóstoles.

In diebus illis: Stans Paulus in medio Areopagi, ait: Viri athenienses per omnia quasi superstitiosiores vos video. Præteriens enim et videns simulacra vestra, inveni et

En aquellos dias: Estando Pablo en medio del Areopago, dijo: O varones atenienses, yo os veo en todas las cosas como mas supersticiosos. Porque, pasando yo y viendo vuestros si-

aram, in qua scriptum erat : Ignoto Deo. Quod ergo ignorantes colitis, hoc ego annuntio vobis. Deus qui fecit mundum, et omnia quæ in eo sunt, hic cœli et terræ, cùm sit Dominus, non in manufactis templis habitat, nec manibus humanis colitur, indigens aliquo, cùm ipse det omnibus vitam et inspirationem, et omnia : fecitque ex uno omne genus hominum inhabitare super universam faciem terræ, definiens statuta tempora, et terminos habitationis eorum, quærere Deum, si forté attrectent eum, aut inveniant, quamvis non longè sit ab unoquoque nostrûm. In ipso enim vivimus, et movemur et sumus : sicut et quidam vestrorum poetarum dixerunt : Ipsius enim et genus sumus. Genus ergo cùm simus Dei, non debemus æstimare, auro, aut argento, aut lapidi, sculpturæ artis et cogitationis hominis, divinum esse simile. Et tempora quidem hujus ignorantiæ despiciens Deus, nunc annuntiat hominibus, ut omnes ubique pœnitentiam agant, eò quod statuit diem, in quo judicaturus est orbem in æquitate, in viro, in quo statuit, fidem præbens omnibus, suscitans eum à mortuis. Cùm audissent autem re-

mulacros, encontré tambien un ara, en la cual estaba escrito : Al Dios desconocido. Lo que adorais, pues, sin conocerlo, eso es lo que yo os anuncio. Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo el Señor de cielo y tierra, no habita en los templos hechos de mano, ni se le sirve con las manos humanas como si necesitase de alguna cosa; pues él es quien da á todos vida, respiracion y todas las cosas. Y de uno solo hizo todo el linaje humano para que habitase sobre toda la extension de la tierra, fijando las determinadas estaciones, y los términos de sus habitaciones, para que busquen á Dios, si por fortuna le pueden coger con las manos, ó encontrarle, no obstante que no esté lejos de cada uno de nosotros; porque en él vivimos, nos movemos y existimos, como lo dijeron tambien algunos de vuestros poetas; porque tambien nosotros somos progenie suya. Siendo, pues, nosotros progenie de Dios, no debemos pensar que el ser divino sea semejante al oro, ó á la plata, ó á la piedra esculpida con arte y de invencion humana. Y á la verdad, habiende Dios apartado su ojos de los tiempos de semejante ignorancia, anuncia ahora á los hombses que hagan penitencia en todo lugar, por cuanto tiene

surrectionem mortuorum, quidam quidem irridebant, quidam verò dixerunt : Audiemus te de hoc iterùm. Sic Paulus exivit de medio eorum. Quidam verò viri adhærentes ei, crediderunt, in quibus et Dionysius Areopagita et mulier nomine Damaris, et alii cum eis.

establecido el dia en que ha de juzgar al mundo con justicia, por medio de un hombre establecido por él, como lo ha testificado á todos, resucitándole de entre los muertos. Habiendo oido nombrar la resurreccion de los muertos, algunos se burlaban; pero otros dijeron: Te escucharemos sobre este punto otra vez. De esta manera Pablo se partió de su presencia; pero algunos hombres, habiéndose insinuado con él, creyeron, entre los cuales estaba Dionisio Areopagita y una mujer por nombre Dámaris, y otros con ellos.

NOTA.

« Aunque la obra de donde se sacó esta epístola se intitule *Hechos de los apóstoles*, es cierto que en ella se habla mas particularmente de san Pablo. San Lucas, que es su autor, hace fiel relacion y forma uno como compendio de los progresos que hizo el cristianismo en los veinte y nueve ó treinta primeros años que se siguieron á la Ascension del Salvador. »

REFLEXIONES.

Algunos le siguieron, y le creyeron. El concurso era numeroso: El santo apóstol con todos hablaba, y á todos les anunciaba el camino del cielo; á todos enseñaba Dios los medios de salvacion por boca de aquel héroe del Evangelio; á todos alumbraba la luz de la fe: *sed non omnes obediunt Evangelio*; no todos obedecen al Evangelio, ni abren los ojos á la luz. Dio-

nisio, una mujer de alguna distincion y algunos otros pocos, á esto se redujo el corto número de los que creyeron. Siempre es, y siempre será muy reducida la grey de los predestinados. Se predica, se anuncia, por decirlo así, hasta sobre los mismos tejados las verdades de la religion, á ninguno se oculta ni se disimula la ley de Jesucristo y la santidad de su doctrina : se concurre atropelladamente á los sermones; ricos, pobres, caballeros, magistrados, oficiales, todos, por lo menos alguna vez, se hallan en estos cristianos concursos : nada edifica mas, nada consuela tanto como estos numerosos concursos á oir la palabra de Dios; pero ¿corresponden las conversiones al tropel prodigioso de los oyentes? No es fácil contar todos los que asisten á los sermones; pero muy fácilmente se cuentan los que se convierten con ellos. Dionisio pertenecia á la clase de los magistrados, Dámaris era una señora principal y muy conocida en Atenas : así dispone Dios para confusion de las almas que se hacen sordas á las voces de la gracia, que en todos los estados se encuentren corazones fieles y dóciles á ella. A todo el Areopago anuncia san Pablo la fe de Jesucristo : oyen tranquilamente la palabra de Dios al pié de quinientos magistrados que componian aquel célebre y famoso tribunal, todos admiran al predicador; pero uno solo se rinde á los interiores avisos de la gracia. De la misma manera, en una populosa ciudad de todos se deja oir la palabra de Dios, de los grandes y del pueblo : en una comunidad religiosa todos tienen unas mismas reglas, á todos se les da una misma doctrina, todos admiran unos mismos buenos ejemplos; pero esta divina semilla ¿produce en todos el ciento por uno? ¡ O buen Dios, y qué prueba tan visible de que es corto el número de los escogidos! *Pauci electi*; pero si este número no es mayor, imputémoslo únicamente à nuestra perversa voluntad.

Aquel gran número de sabios atenienses, aquellos famosos jueces del Areopago, tan aplaudidos, tan ponderados por su rara capacidad, por su imaginaria sabiduría, por su incorruptible integridad, estarán conociendo por toda la eternidad, sin que les quede el menor género de duda, que Dios queria sinceramente su salvacion; y que con este fin les envió á san Pablo para que los brindase con los medios de conseguirla, para que les enseñase cuál era la verdadera sabiduría y el camino seguro del cielo; y que, si no se quisieron aprovechar de aquella ocasion, fué meramente por culpa suya.

El evangelio es de capítulo 12 *de san Lucas.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Attendite à fermento pharisæorum, quod est hypocrisis. Nihil autem opertum est, quod non reveletur : neque absconditum, quod non sciatur. Quoniam quæ in tenebris dixistis, in lumine dicentur : et quod in aurem locuti estis in cubiculis, prædicabitur in tectis. Dico autem vobis amicis meis : Ne terreamini ab his, qui occidunt corpus, et post hæc non habent amplius quid faciant. Ostendam autem vobis quem timeatis : timete eum, qui, postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehennam. Ita dico vobis, hunc timete. Nonne quinque passeres vœneunt dipondio, et unus ex illis non est in oblivione coram

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Nada, pues, hay oculto, que no se haya de descubrir : ni escondido, que no se haya de saber. Porque las cosas que dijísteis en lo oscuro, se dirán de dia : y lo que hablásteis á la oreja en los retretes, se publicará sobre los tejados. A vosotros, pues, amigos mios, os digo : No os amedrenteis de aquellos que matan el cuerpo, y despues de esto no pueden hacer mas. Mas yo os mostraré á quien debeis temer : temed á aquel que, despues de quitar la vida, tiene potestad de enviar al infierno : esto es lo que os digo, temed á este. ¿ No es verdad que se venden cinco aves por precio de dos sueldos, y con todo eso

Deo? Sed et capilli capitis vestri omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus pluris estis vos. Dico autem vobis: Omnis quicumque confessus fuerit me coram hominibus, et Filius hominis confitebitur illum coram angelis Dei.

ni una de ellas está olvidada en presencia de Dios? Mucho mejor todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temais, pues, vosotros sois de mucho mas precio que muchas aves. Os aseguro, pues, que todo aquel que me reconociere delante de los hombres, le reconocerá tambien el Hijo del hombre delante de los ángeles de Dios.

MEDITACION.

DEL MAL EJEMPLO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el mal ejemplo hace en el alma lo mismo que el contagio ó la peste hace en el cuerpo. No hay cosa que se pegue mas fácil ni mas prontamente que una enfermedad contagiosa. Sentíase uno sano y bueno, la edad, el temperamento, la constitucion, el buen color, todo le prometia larga vida; pero trató con un apestado, entró en su casa, usó incautamente de sus muebles; pues en el mismo punto se siente acometido del mismo mal aquella persona tan robusta, y dentro de veinte y cuatro horas ya está en la sepultura. Esta es la imágen mas viva, y la mas natural de los efectos del mal ejemplo. Conservábase en su inocencia aquel jóven; aquella tierna doncella ignoraba dichosamente el mal, estremecíase con la sombra sola del pecado; educada en el santo temor de Dios, bien instruida en sus obligaciones, vivia con tanta pureza de costumbres, con tanta devocion, con tanto fervor, que todo pronosti-

caba una cristiana perseverancia, cuando ves aquí que en menos de nada un mal ejemplo sufocó de repente todos aquellos afectos tan piadosos, todas aquellas buenas inclinaciones, todo aquel fervor y toda aquella devocion. Luego que se juntó con aquellas otras amigas poco cristianas, luego que estrechó amistad con aquellas compañeras esparcidas y nada ajustadas, apenas se le pusieron á la vista aquellos malos ejemplos de indevocion, de relajacion, de vanidad mundana y de profanidad, cuando se desvanecieron todas las máximas, todos los principios de educacion y de religion : perdióse el gusto á la virtud, extinguióse el amor á la regularidad, desapareció la delicadeza de conciencia, y ya no se le representa el vicio con su natural deformidad, ya no le causa horror. La misma costumbre de ver obrar mal domestica la pasion que induce á hacerle. Un niño oye hablar solo en su casa de aquellas materias que lo serian en las conversaciones ordinarias de los gentiles, pues poco á poco va desaprendiendo á ser cristiano. Está una madre toda embebida en el espíritu del mundo; pues inspírale en su hija : ocupa los dias y las noches en las visitas mas inútiles, en el paseo, en el juego, en bailes y en saraos; pues la hija no da oidos á otras lecciones que á los ejemplos de la madre. Desengañémonos, que nada hace tanta impresion en los corazones de la gente moza como el mal ejemplo. Contra las sugestiones del enemigo de la salvacion ya uno se defiende, á la tentacion y á la inclinacion al mal ya se resiste; pero es muy dificultoso no rendirse á la halagüeña persuasion del mal ejemplo, el cual encuentra siempre el corazon propenso á lo malo, y las pasiones prontas á amotinarse luego que el mal ejemplo las favorezca. Por otra parte, el desórden de los sentidos, la inclinacion natural, el amor propio, todo dispone, todo solicita, todo tienta el alma luego que se deja

ver el mal ejemplo. De aquí nace que veinte buenos ejemplos no convertirán á una persona irregular é indevota de una comunidad; y un solo mal ejemplo muchas veces pervierte á mas de sesenta. ¡Con cuánta precaucion es menester vivir contra un mal tan contagioso!

PUNTO SEGUNDO.

Considera de qué funesta consecuencia son los malos ejemplos que dan aquellos á quienes Dios destinó para que fuesen modelos y ejemplares de otros, y qué terrible cuenta pedirá á aquellos padres y á aquellas madres que dan malos ejemplos á sus hijos. Crueles homicidas de los mismos que engendraron, á los cuales parece que solamente les dieron la vida del cuerpo para quitarles la del alma. Habia puesto Dios á su cuidado aquellas almas inocentes, habíales encargado que les enseñasen la ley y los mandamientos, educándolas en su servicio. ¡De qué enorme delito se harán reos si, abusando con sacrílega prevaricacion de la autoridad y del ministerio en que solo Dios los colocó, enseñan con sus malos ejemplos á sus hijos á atropellar esta ley, á despreciar sus mandamientos, á amotinarse contra él, y á gustar de todo lo que sea ofenderle y no servirle! ¿Perdonará Dios tan escandalosa, tan impía prevaricacion? ¡O cuántos padres y madres se condenarán por los malos ejemplos que dieron á sus hijos! Y el daño que estos les hicieron ¿se remediará, por ventura, con que los padres lo conozcan, lo sientan y lo lloren cuando viejos? Puédese muy bien decir que los malos ejemplos de las personas distinguidas, ó por su nacimiento, ó por su dignidad, ó por sus empleos, ó por sus grandes talentos, ó por sus respetables años, ó por su extraordinario mérito, son como pecados originales, que se multiplican y se perpetuan por su desgraciada fecun-

didad. Ya no está en su mano ni detenerlos, ni repararlos; pero esta imposibilidad que se debió prevenir, y se debió evitar, ¿los justificará por ventura delante de los ojos de Dios? ¡Cuánto daño hacen en una comunidad religiosa los perniciosos ejemplos de relajacion, de inobservancia, de indevocion que da un superior poco ajustado, que dan los sugetos mas autorizados por su sabiduría y por sus talentos, que dan los ancianos dignos de respeto por su misma venerable ancianidad! Aunque Jesucristo nos diga: *Observad y haced todo lo que ellos dijeren; pero no hagais conforme á sus obras*, ya se sabe que estas hacen mas impresion que las palabras, y que siempre nos lleva mas la atencion aquello que se ve, que aquello que se oye. No hay cosa que mas desarme, que mas quite la fuerza á las órdenes del superior, que el ver, el palpar los súbditos que el mismo superior no hace lo que ordena. Pierde toda su fuerza un buen consejo cuando no le practica el mismo que le da.

¡O Señor, y cuánto tengo de que acusarme en este punto! Perdonadme por vuestra infinita misericordia todo el daño que he causado con mis malos ejemplos; resuelto estoy á repararle, mediante vuestra divina gracia, con una conducta enteramente contraria á la que he observado hasta aqui.

JACULATORIAS.

Ab alienis parce servo tuo. Salm. 18.

Perdonadme, Señor, los pecados de que he sido causa con mis malos ejemplos.

Ab omni specie mala abstinete vos. I Thes. 5.

Haced, Señor que me abstenga hasta de sola la apariencia de mal.

PROPOSITOS.

1. *Si alguno escandalizare á uno solo de estos pequeñitos que creen en mí*, dice el Salvador, *seríale mejor ser arrojado en lo mas profundo del mar con una piedra de molino al cuello.* ¿Qué deberán pensar de este modo de explicarse el Hijo de Dios aquellos que dan malos ejemplos á los súbditos, á los hijos y á los servientes? ¡Y qué remordimientos no despedazarán el corazon de un padre, de una madre, de un amo poco cristianos, y de un superior poco ejemplar! Aun los mismos particulares menos virtuosos, menos ajustados, ¿no serán tambien reos de las perniciosas impresiones que hacen con sus malos ejemplos? Examina desde luego todo aquello en que te remordiere la conciencia sobre punto tan importante y tan esencial; no dejes de hacer cuanto te sea posible para reparar los daños que puedas haber hecho con una vida poco ajustada y con tus libres conversaciones.

2. No solo se da mal ejemplo haciendo cosas malas: tambien se da, y no es menos contagioso, omitiendo las buenas que se debieran hacer. Un padre, una madre, un amo, á quienes apenas se los ve en la iglesia, que no frecuentan los sacramentos, que rara vez oyen una misa, edifican muy mal á sus hijos, criados y dependientes. Aquellas personas de autoridad que sufren se hable con poco respeto de la religion en su presencia, autorizan la maledicencia y la impiedad. Examínate acerca de estos dos puntos que ofrecen copiosa materia á importantes reflexiones.

DIA DIEZ.

SAN FRANCISCO DE BORJA, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

San Francisco de Borja, gloria de su ilustrísima casa, admiracion de los príncipes cristianos, modelo de los mas perfectos religiosos, y uno de los mayores santos de su siglo, nació al mundo el dia 28 de octubre del año 1510, en la ciudad que comunica su nombre al ducado de Gandía. Fué hijo de don Juan de Borja, tercer duque de Gandía, y de doña Juana de Aragon, nieta del rey don Fernando el Católico. Pusiéronle el nombre de Francisco en cumplimiento del voto que habia hecho á san Francisco de Asís la duquesa su madre hallándose muy apurada al tiempo de darle á luz. Desde su misma niñez comenzó á verificar el vaticinio de su futura santidad que habia hecho su virtuosa abuela doña María Enriquez. Eran el duque y la duquesa señores de tanta religion como piedad, por lo que se dedicaron cuidadosamente á inspirarle las mas virtuosas máximas de una y otra desde los primeros asomos de la razon, en los inocentes ensayos de la infancia; y para no omitir diligencia alguna conducente á su mejor educacion, le escogieron un ayo y un maestro, en quien lo virtuoso compitiese con lo hábil. Dióle muy poco que hacer el niño Francisco, en quien era natural la vehemente propension á la virtud; y juntándose á un corazon noble, dócil y generoso un ingenio vivo, pronto, brillante y perspicaz, iban á la par los progresos en la virtud y el adelantamiento en las letras; tanto, que todos miraban con admiracion aquella tierna piedad, que iba

creciendo al paso de los años, cuando se observa con tanta frecuencia en otros niños, que, conforme se va despejando la razon, se van disminuyendo las buenas inclinaciones.

A los diez años de su edad perdió á la duquesa su madre, y se notó, no sin admiracion, que su excesivo dolor de pérdida tan sensible no se redujo precisamente á desahogarse por muchos dias en un torrente de lágrimas, sino á descargar sobre su tierno cuerpecito sangrientas disciplinas, que ofrecia por sufragio, para hacer mas meritorias sus fervorosas oraciones, sin poderse averiguar quién habia madrugado tanto á inspirar en el inocente niño aquel espíritu de mortificacion y penitencia.

Era tio materno de Francisco don Juan de Aragon, arzobispo de Zaragoza; y enamorado de las grandes prendas que se iban asomando en su querido sobrino, quiso absolutamente que se criase dentro de su palacio. Dióle maestros muy hábiles que le perfeccionaron en las letras humanas; y habiéndole deparado por este tiempo la divina Providencia un sabio, prudente y virtuoso confesor de la religion de san Jerónimo, se aprovechó de tan oportuna como diestra y experimentada escuela para hacer maravillosos progresos en la ciencia de la salvacion. Vivian en la ciudad de Baza su bisabuela doña María de Luna, sus tias y sus hermanas; y habiendo pasado á visitarlas, cayó gravemente enfermo en aquella ciudad. Corrió gran peligro su vida, pero este peligro fué de órden inferior al que le expuso la resolucion que se tomó de enviarle á la corte. Queriendo el duque su padre que se acostumbrase desde luego al género de vida á que parece le destinaba su mismo nacimiento, logró que entrase á servir con empleo correspondiente en el cuarto de la infanta doña Catalina, hermana de Carlos V. El mismo fué Francisco en el bullicio de palacio, que en la quietud de

su familia. Casóse la infanta con don Juan III, rey de Portugal, y el niño Borja se restituyó á Zaragoza al palacio de su tio para acabar la filosofía, en la que sobresalió mucho la brillantez de su ingenio. Así el arzobispo su tio, como el duque su padre, le observaban mas inclinado al retiro de los claustros, que al estrépito del mundo; y para desviarle de aquella inclinacion, determinaron enviarle segunda vez á la corte de Carlos V, con esperanza de que su genio dócil, franco y condescendiente poco á poco le iria inspirando distintas inclinaciones. Aun cuando en la vida de cortesano se hubiese eximido dichosamente del naufragio su inocencia, fué cierto que, á lo menos, se entibió su fervor. Hallábase Francisco justamente en los diez y siete años de su edad, y la naturaleza habia andado pródiga con él en todas las perfecciones que hacen á un jóven cabal. El talle desembarazado, noble y ventajoso; la tez limpia, delicada y viva; ojos centellantes, el aire naturalmente despejado, con no sé qué gracia particular en todos los movimientos; todos sus modales gratos, cultos, atentos, que respiraban nobleza y generosidad; ingenio sutil y fino, con cierta discrecion pronta y juiciosa, acompañado todo de una modestia y de una compostura natural, que hacia mucho mas amable este noble conjunto de prendas naturales; pero este mismo conjunto de que los hombres hacen tanta vanidad, exponia al jóven Francisco á mas evidentes riesgos. Conociólos el jóven Borja, y se pertrechó contra los vicios de la corte con la frecuencia de sacramentos y con una tierna devocion á la santísima Vírgen. Supo encontrar el arte de hermanar los deberes de cortesano con las obligaciones de cristiano verdadero; dificultosa, pero muy posible mezcla, que mereció ganar no solo la estimacion, sino el cariño del emperador y de la emperatriz doña Isabel. Prendada esta de tan nobles calidades

como concurrian en Francisco, quiso que se casase con doña Leonor de Castro, dama de la misma emperatriz, á quien esta princesa amaba como á hija, reputada por la primera hermosura de palacio, y señora de una de las primeras casas de Portugal. Fué esta boda muy aplaudida del emperador, quien, para dar á Francisco alguna señal de su particular estimacion, le hizo marqués de Lombay y caballerizo mayor de la emperatriz. No vió el mundo matrimonio mas igual, ni tampoco mas feliz. Bendíjole Dios con posteridad tan numerosa y tan ilustre, que la mayor parte de la grandeza de España se gloria de la descendencia ó de la alianza de sus casas con la de san Francisco de Borja.

Cuanto mas de cerca trataba el emperador al nuevo marqués de Lombay, mayores fondos descubria en su virtud y en su mérito; tanto, que en breve tiempo las benignidades de favorecido pasaron á ser confianzas de privado. Estudiaban juntos las matemáticas, y por lo comun acompañaba al emperador en la diversion de la caza. Era Francisco extrañamente aficionado á la de cetrería; pero acostumbrado ya á santificar todas sus acciones, mortificaba su curiosidad puntualmente cuando el objeto le llamaba con mayor viveza, privándose del inocente deleite que habia buscado con tanta fatiga en el mismo punto en que el halcon iba á arrojarse sobre la presa.

Siendo ya confidente y árbitro de todos los secretos del emperador, le acompañó en la expedicion de Africa, y tambien le siguió á la que intentó con menos felicidad sobre las costas de la Provenza, señalándose en todas ocasiones tanto por la prudencia en el consejo, como por el valor en la campaña. Padeció por este tiempo dos graves enfermedades, que comenzaron á disgustarle del mundo segun los intentos de la divina Providencia; pero lo que mas contribuyó á

confirmarle este disgusto, fué la muerte de la emperatriz, que sucedió en Toledo el año de 1539. Mandóle el emperador que condujese el cadáver á Granada, y al descubrirle para hacer la entrega, le halló tan horrorosamente desfigurado, que no se reconocia en él ni un solo rasgo de lo que habia sido: espectáculo que le dejó fuera de sí; y comparando el presente horror con la pasada hermosura, resolvió no malograr sus servicios en obsequio de quien estuviese expuesto á igual miseria, sino consagrarlos todos á solo Dios. Restituido á la posada, encerrado en su cuarto, postrado en tierra, y deshaciéndose en lágrimas, comenzó á exclamar: *No, Señor, no Señor, no ya mas servir á dueño alguno que se me pueda morir.* En estos tiernos y desengañados afectos le cogió la hora de asistir á las reales exequias, y la oracion fúnebre que pronunció en ellas el célebre maestro Avila, acabó en su corazon la obra que habia comenzado el horroroso cadáver; y acudiendo oportunamente los auxilios de la gracia, hizo voto de abrazar la vida religiosa si sobrevivia á la marquesa.

Nombróle el emperador virey de Cataluña, y le hizo comendador de la órden de Santiago· pero en todos los empleos fueron iguales los ejemplos y los efectos de su fervorosa conversion. Luego que tomó posesion de su gobierno, mudó de semblante toda la provincia. Purgóla de los ladrones que infestaban los caminos; corrigió los abusos que turbaban el régimen de los pueblos; reprimió la licencía; exterminó el vicio, y en breve se reconoció florecer en todo el principado de Cataluña la religion, la paz, la justicia y la abundancia; haciendo el santo virey tanto honor á la elevacion del empleo con el esplendor de su magnificencia, como á la santidad de la religion con los ejemplos de su virtud.

Desde entonces comenzó á vivir como religioso en

su palacio. Dedicaba todas las mañanas cuatro ó cinco horas á la oracion; y, sin faltar en nada al despacho de los negocios públicos, se entregaba todo el tiempo que podia á ejercicios de caridad. Su mesa era ostentosa para los convidados, pero muy parca para el virey. Era su ayuno continuo, y, cuando se sentaba á la mesa, no era á comer, sino á mortificarse con alguna nueva invencion. Correspondia la misericordiosa profusion en las limosnas á la rigurosa severidad de sus penitencias: todo pobre, todo desvalido sabia muy bien que en el virey tenia protector y padre. Todos los dias rezaba el Rosario, acompañando la oracion vocal con la meditacion; y no contento con comulgar en público las fiestas mas solemnes para la edificacion, comulgaba en su oratorio todos los domingos del año para consuelo, para conservacion y para aumento de su fervor. Con motivo de esta sólida devocion se suscitaron varias disputas sobre la frecuente comunion; asunto en que se dividieron los pareceres de todas las universidades de España. Quiso el virey saber el dictámen de san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, de cuyo nuevo instituto le habia dado noticia el padre Antonio Araoz, célebre predicador, informándole individualmente de sus particularidades, como tambien de la santidad, de la prudencia y de los talentos de su ilustre fundador. Escribióle Borja consultándole el punto que se controvertia, y quedó tan satisfecho de su respuesta, que determinó acudir en adelante á aquel oráculo en todas las dudas que diesen lugar á esperar su decision.

Ya por aquel tiempo eran largo asunto á la conversacion y á la admiracion de todos los príncipes de la Europa la prudencia y la santidad del virey de Cataluña, creciendo al paso de su fama la estimacion y el amor que le profesaba Carlos V. Dióle las mayores pruebas de uno y de otro en las córtes de Monzon,

donde en las familiares y frecuentes conversaciones que tuvo con él le descubrió su corazon, manifestando el emperador á Francisco la grande impresion que le hacian sus ejemplos. Muerto el duque su padre, y entrando el virey á ser duque cuarto de Gandía, lejos de llenarle el corazon la nueva grandeza, renovó con su desengaño mas vivas y mas encendidas ansias del retiro. Costóle la licencia muchas representaciones, grandes instancias y repetidas súplicas. Rindiose en fin el emperador, y Francisco se retiró á la capital de sus estados. Apenas puso los piés en Gandía cuando reedificó el hospital, y dió principio á la fundacion de un colegio de la Compañía, al mismo tiempo que estaba fundando un convento á los padres dominicos en su marquesado de Lombay. Entró á la parte en todas estas buenas obras del duque la virtuosa duquesa su mujer; pero cuando Francisco se prometia mas dilatados auxilios de su amable compañía, le dejó viudo á los treinta y seis años de su edad, y en prendas de su amor dos hijos y tres hijas, que todos se enlazaron con las primeras casas de España, á excepcion de la última hija, la cual se consagró á Dios en el convento de Santa Clara de Gandía.

La muerte de la duquesa dejó á Francisco con entera libertad para cumplir su antiguo voto. Duróle poco la indecision sobre la eleccion del instituto. Conveníale mucho el de la Compañía por la circunstancia particular de cerrarse en él la puerta á las dignidades eclesiasticas; y habiendo hecho los ejercicios espirituales, siendo su director el padre Fabro, uno de los primeros profesos de la Compañía, reconoció tan visible la voluntad del Señor, que convirtió el voto general de religion en el particular de entrar en la Compañía de Jesus. Dió prontamente cuenta de todo á san Ignacio, que recibió esta noticia con el mayor consuelo; y aprobando su resolucion, le envió una

instruccion de lo que debia hacer para poner en ejecucion sus fervorosos deseos. Aconsejóle que estudiase teología, y que recibiese el grado de doctor en su universidad de Gandía. Pero como todavía restaban muchos negocios que arreglar en su familia, y crecian cada dia en su corazon las ansias de cumplir el voto que habia hecho, obtuvo licencia del papa para hacer los votos religiosos, y quedarse otros cuatro años mas en el siglo. Luego que recibió el breve pontificio, hizo la profesion en su colegio de Gandia; y dejando el palacio en que vivia á su hijo primogénito, se retiró á otra casa para vacar mas libremente á sus estudios y á los ejercicios de su nueva profesion. La primera órden que recibió de su superior Ignacio fué que moderase sus rigores y sus excesivas penitencias.

No hubo jamás religioso mas arreglado. Levantábase regularmente á las dos de la mañana; empleaba seis horas en la meditacion y en oraciones vocales; á las ocho se confesaba, oia misa, y comulgaba al fin de ella todos los dias. Hasta la hora de comer estudiaba teología, y poco antes de sentarse á la mesa daba audiencia por breves instantes á sus vasallos y á los ministros de justicia. Comia, gastaba despues una hora en conversacion familiar con sus hijos y con sus criados; volvia á otro gran rato de estudio, y concluido este, daba puerta franca á cuantos tenian que hablarle. La mayor parte de la noche la pasaba delante del Santísimo Sacramento, y la aprovechaba tambien en macerar su cuerpo con sangrientas disciplinas. Su cama de allí adelante fué siempre una pobre alfombra, tendida sobre unos sarmientos; y toda su vida un continuo ejercicio de la mas rigurosa penitencia.

Concluidos felizmente todos los negocios que le habian obligado á representar en lo exterior el papel de

duque y de grande de España, recibió el grado de doctor, despues de haber adquirido la ciencia y la suficiencia para merecerle. Hizo despues su testamento en virtud de la facultad que el papa le concedió en un breve particular; y habiendo sido él mismo testamentario y ejecutor, partió en derechura á Roma, cuyo viaje no interrumpió sus diarios devotos ejercicios. Recibióle el papa Julio III con desacostumbrados honores, y hospedado en el colegio de la Compañía, recibió y pagó las visitas de toda la corte romana. Entregóse enteramente á la direccion de san Ignacio, y escribió al emperador dándole parte de sus intentos, y pidiéndole su imperial consentimiento para renunciar solemnemente sus estados, títulos y empleos. Luego que se extendió por Roma esta noticia, así el papa como todo el sacro colegio pensó en honrar con la sagrada púrpura aquel grande ejemplo de virtud; lo que entendido por Francisco, todo sobresaltado, se salió de Roma repentinamente para volverse á España. Escondióse, por decirlo así, entre las peñas de la reducida provincia de Guipúzcoa, y visitó por devocion la casa de Loyola donde habia nacido san Ignacio. Hallábase en Oñate cuando le llegó la respuesta del emperador, que recibió con inexplicable gozo; y luego que leyó la carta, postrado en tierra, rindió humildes gracias al Señor, porque ya en fin habia llegado la dichosa hora de ver perfectamente cumplidas sus fervorosas ansias; renunció con solemnidad todo cuanto poseia en favor de su hijo primogénito, cortóse el cabello y se vistió la sotana de la Compañía. El primer dia de agosto de aquel mismo año se ordenó de sacerdote, y fué á celebrar su primera misa en la capilla de la casa de Loyola para satisfacer su devocion particular; pero se vió obligado á celebrar la segunda en campo descubierto para satisfacer la del público. Fué tan inmenso el concurso

de los que quisieron recibir de su mano la sagrada comunion, que no pudo acabar la misa hasta las dos ó las tres de la tarde. Predicó despues á toda aquella muchedumbre con tanta mocion y con tanto fruto, que le obligaron muchas veces á interrumpir el sermon las lagrimas de los oyentes, seguidas (y este fué su mayor consuelo) de grandes y ruidosas conversiones.

Entre tanto, solicitado el papa por las instancias del emperador, no menos que por su propia inclinacion, pensaba hacer cardenal á nuestro santo. Todo estaba ya resuelto y prevenido, cuando san Ignacio supo representar con tanta viveza á su Santidad así sus razones como las del padre Francisco, que desistió de su intento, diciendo que las oraciones y los ruegos de los santos siempre eran eficaces. Dióle órden su general para que saliese del retiro de Guipúzcoa y pasase á la corte, donde el emperador y todos los grandes de España ansiosamente deseaban verle; obedeció, aunque le costó mucho sacrificio, el que premió Dios con los copiosos frutos que hicieron sus sermones, sus ejemplos, su modestia y sus conversiones particulares en Burgos, en Valladolid, donde se hallaba la corte á la sazon, en toda Castilla la Vieja, en Portugal y en toda la Andalucía. Experimentando san Ignacio las bendiciones que echaba el cielo sobre todo aquello en que el padre Francisco ponia la mano, le hizo comisario general de España, de Portugal y de las Indias Orientales; pero al mismo tiempo que le nombraba superior de todos, le sujetó á la obediencia de otro padre en lo tocante á la direccion y gobierno de sus penitencias, que cada dia eran mas excesivas. Bendijo Dios sus trabajos y su zelo. No solo introdujo y fundó la Compañía en las doce ciudades mas principales de España, sino que renovó el primitivo fervor en no pocos monaste-

rios, reformó las costumbres en las provincias y en a corte, resucitó la devocion á la santísima Vírgen, lintrodujo en todas partes la frecuencia de sacramentos, y solo con dejarse ver, movia y enternecia á todos hasta derramar muchas lágrimas.

Murió Ignacio, y Francisco sintió su muerte; pero la sintió como santo. El miedo de que, si volvia á Roma, se avivase mas en el papa el pensamiento de hacerle cardenal, que nunca habia depuesto del todo, le hizo encontrar mil razones para excusarse de asistir á la eleccion de nuevo general. El padre Laínez, que sucedió á san Ignacio, queria tener á Borja cerca de sí; pero como aconteció por este tiempo el retiro del emperador al monasterio de Yuste, se vió precisado á dejarle todavía en España. Deseaba Carlos V ver al padre Francisco; y no ignorando este las malignas impresiones de que habian imbuido en Alemania el ánimo de aquel príncipe contra su sagrada religion los enemigos de la Iglesia y de la Compañía, pasó al punto á visitarle. Recibióle el emperador con las mayores demostraciones de amor y de estimacion; tuvo con él diferentes conversaciones sobre las reglas, el espíritu y el fondo de su instituto; quedando tan desengañado, que no solo formó un alto concepto del mérito de Francisco, sino tambien el mas superior aprecio de la excelencia y de la santidad de su nueva religion. Honróle mas que nunca con su imperial benevolencia, y le encargó varias comisiones para las córtes de España y de Portugal, que desempeñó Francisco felizmente, acompañando siempre á todas sus empresas el zelo de la salvacion de las almas.

Habia nacido la Compañía de Jesus en el monte de los mártires; queria Dios que se criase en medio de las persecuciones á imitacion del divino Salvador, con cuyo nombre se honraba, y permitió que por entonces fuese perseguida furiosamente en España. Con-

juró Borja dichosamente todas aquellas tempestades, y en breve tiempo se descubrió el cielo sereno. Murió el emperador Carlos V; pronunció Francisco su oracion fúnebre en presencia de toda la corte, y todos convinieron en que aquel gran emperador habia sido dichoso, mereciendo los elogios de un hombre tan santo y de un juez tan íntegro, justo apreciador del mérito verdadero.

Padeció el santo por este tiempo una grave enfermedad; convaleció de ella, y habiendo hecho la visita de todos los colegios de la Compañía que habia en Portugal, habiendo predicado la cuaresma en la catedral de Évora, y habiendo visitado al célebre don fray Bartolomé de los Mártires, que acababa de fundar un colegio de jesuitas en su ciudad arzobispal de Braga; estando en la ciudad de Oporto, tuvo noticia (sin que le causase la menor inmutacion) de que la inquisicion de España habia condenado un libro espiritual que corria con su nombre. Siendo duque de Gandía, habia compuesto para su uso particular dos trataditos espirituales sobre la humildad, que toda la vida fué su querida virtud, intitulados, el uno: *Espejo del hombre cristiano*; y el otro, *Colirio espiritual*. Ambos se habian impreso sin noticia suya en diversas ciudades del reino; pero viendo los libreros que era corta la ganancia por lo reducido del volúmen, resolvieron abultarle, añadiendo á los dos tratadillos del padre Francisco otros once de diferentes autores sobre materias espirituales; y para asegurar el despacho á todos, los intitularon *Obras del duque de Gandía*. Con este título salieron en el edicto de la inquisicion ó en el expurgatorio, sin hacerse distincion de las que eran obras del santo y de las que no lo eran. No habia cosa mas fácil para Francisco que justificarse; pero no se lo permitió su amor á la humillacion, queriendo mas padecer aquel sonrojo, entregándose al

silencio, que perder el mérito de la humildad volviendo por su causa.

Los padres Lainez y Salmeron tenian que pasar al concilio de Trento como teólogos del papa, por lo que recibió Borja una órden de su general para que se trasfiriese á Roma á ejercer el oficiò de vicario suyo durante el tiempo de su ausencia. Desempeñó este empleo con tan universal aplauso, que, muerto el padre Lainez el año de 1565, fué electo general, sin que hiciesen fuerza sus razones ni sus ruegos. Aplaudió el mundo esta eleccion, que costó á Francisco muchas lágrimas, y necesitó largo tiempo para enjugarlas. Muy desde luego experimentó la Compañía las bendiciones que echó el cielo sobre su feliz gobierno. Propagóse aquella con asombrosa multitud de casas por uno y otro mundo, creciendo aun mas que las mismas fundaciones el fervor en la virtud y la aplicacion al estudio de las letras. Reconocióse cada dia mas ardiente el zelo de los operarios evangélicos bajo la direccion de tal jefe; y á las órdenes de un general santo brillaba en todas partes la santidad de aquella tierna y recien nacida Compañía. Dió nuevo vigor á sus constituciones; enriqueció su instituto con prudentísimos reglamentos; y puso, por decirlo así, la última mano tanto á la disciplina regular, como al régimen mas acertado de la escuela. El papa san Pio V hizo muchas ventajas á sus predecesores en la grande estimacion que profesó á nuestro santo, y en los favores con que honró á su religion. Apreciaba mucho sus consejos, y consultaba á Borja en casi todas las necesidades de la Iglesia. No hubo provincia en la cristiandad adonde su caridad no se extendiese; no hubo pais inficionado del error que no experimentase los efectos de su zelo.

El único privilegio que juzgó le concedia aquella suprema prefectura, era no reconocer ya superior

dentro de la religion que pudiese poner límites á los rigores de sus penitencias. Mortificaba su cuerpo con todos los modos que podia inventar una ingeniosa crueldad. Confesaba que seria para él intolerable la vida si se pasase un solo dia sin solicitar que experimentase su carne algun extraordinario dolor. No contaba los ayunos en el número de las penitencias; las disciplinas eran de ochocientos golpes; repetíalas muchas veces al dia, de manera que sus espaldas eran una sola llaga. Pero bien se puede decir que su principal virtud fué la humildad. Ningun hombre se despreció mas á sí mismo; ninguno deseó con mayores veras ser despreciado de los demás. Firmábase por lo comun *Francisco Pecador*. De las mismas dignidades á que le elevaban sabia aprovecharse diestramente para humillarse mas, y confesó con ingenuidad á un confidente suyo que para él no habia gusto ni alegría mas sensible que cuando le maltrataban. Así, pues, no hay ya de que admirarse si Dios inundaba aquel corazon con torrentes de espirituales delicias, destellos anticipados de los gozos de la gloria. Era su oracion un éxtasis continuado, y sus dulcísimas lágrimas en el santo sacrificio de la misa efecto del ardor de aquel corazon abrasado en el amor de su Dios. Bastaba pronunciar en su presencia los santos nombres de Jesus y de María para observar sus ojos arrasados en tiernas lágrimas, y todo inflamado su semblante. Por su extraordinaria devocion á la santísima Virgen se puso en camino para Loreto en lo mas fuerte de una violenta enfermedad: luego que partió, comenzó esta á ceder; y, cuando llegó al término de su peregrinacion, se halló enteramente sano. Nombróle el papa para que acompañase al cardenal Alejandrino, su nepote, en las legacías de España, Francia y Portugal. En todas partes dejó un admirable olor de su santidad; en todas las córtes renovó el zelo de

la religion; y no contentándose con el oficio de medianero de la paz, ejercitó el ministerio de predicador apostólico.

Al volver á Roma, cayó gravemente enfermo en Ferrara á tiempo que estaba junto el cónclave de los cardenales, donde seriamente se pensó en hacerle papa; pero con la noticia de su enfermedad y con la memoria del teson con que por siete veces se resistió á admitir el capelo, se dejó aquel pensamiento. Prosiguió en su rigor la enfermedad, y tomó el camino de Roma por Loreto, donde satisfizo su ardiente devocion á la santísima Vírgen. Llegó á Roma muy postrado, y no quiso admitir mas visitas que las de sus hermanos. Envió uno de ellos al papa pidiéndole su bendicion y una indulgencia plenaria de sus pecados. Recibió los sacramentos con extraordinario fervor; pidió perdon á los padres de los malos ejemplos que le parecia haberles dado; recogióse en oracion; elevóse su espíritu á Dios por un éxtasis maravilloso; volvió de él, y lleno de aquella confianza que acompaña á los santos hasta el último suspiro, entregó tranquilamente el alma á su Criador el dia primero de octubre del año 1572, al ir á cumplir los sesenta y dos de su edad.

Luego que espiró, todos los padres de la casa profesa, testigos de la santidad de sus obras y de los milagros de su vida, se hincaron de rodillas para implorar su intercesion. Hallábase presente don Tomás de Borja, hermano del santo, y deseoso con devota curiosidad de ver por sí mismo la piel vacía, correspondiente al estómago, que le doblaba toda la cintura, efecto portentoso de sus ayunos y de sus penitencias, todas las veces que para este fin aplicó la mano debajo de la sotana la sintió inflamada, entorpecida y sin movimiento. Así depone esta maravilla el mismo señor en la relacion de las virtudes y milagros de su

santo hermano, que compuso siendo arzobispo de Zaragoza; y compulsada en los procesos verbales de su beatificacion y canonizacion, se halló en todo conforme con las deposiciones de todos los demás testigos.

El prodigioso concurso del pueblo que acudió á su entierro fué como la voz de Dios que publicaba la gloria de su fiel siervo. No hubo cardenal ni prelado que no quisiese besarle los piés. Colocóse por entonces el precioso depósito de su cuerpo en la iglesia antigua de la casa profesa, donde fué venerado por la devocion particular de los fieles hasta el año de 1617. El dia 23 de febrero del mismo año le pasaron á la sacristía de la misma casa; algunos dias despues le trasfirieron á la iglesia de Jesus, y de esta el cardenal duque de Lerma, primer ministro de estado de Felipe III, y nieto de nuestro santo, logró con su autoridad y valimiento trasladarle á la corte de Madrid, donde fué colocado en la suntuosa iglesia de la casa profesa de la Compañía, que el mismo cardenal habia edificado á sus expensas, celebrándose esta traslacion con grande solemnidad. Luego que el santo fué beatificado por el papa Urbano VIII en 24 de noviembre de 1624, le escogió la villa de Madrid por su protector, juntamente con san Isidro labrador, su principal patrono : disposicion admirable de la divina Providencia para que los grandes del mundo tuviesen á la vista dos ejemplos que por caminos diferentes les enseñasen á usar cristianamente de la grandeza de la tierra: el de Isidro, despreciándola teniendo delante de los ojos un pobre labrador elevado á tanta gloria; el de Borja, aprovechándose de ella, con un grande de España á la vista, venerado en los altares. Aceleró mucho su canonizacion el crecido número de milagros que obró Dios por intercesion de nuestro santo; y terminada felizmente por el papa Clemente X, el año de 1671, fué solemnizada con grandes fiestas en los pue-

blos de España. Su fiesta se celebró al principio el dia 3 de octubre; pero la trasladó y la fijó al dia 10 el papa Inocencio XII.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Domine Jesu Christe, veræ humilitatis et exemplar et præmium, quæsumus, ut sicut beatum Franciscum in terreni honoris contemptu imitatorem tui gloriosum effecisti; ita nos ejusdem imitationis, et gloriæ tribuas esse consortes. Qui vivis et regnas....

Señor mio Jesucristo, ejemplar y premio de la verdadera humildad; suplicámoste que así como hiciste el bienaventurado Francisco glorioso imitador tuyo en el desprecio de los honores de la tierra, así tambien nos concedas que sigamos sus pasos en tu imitacion, y le acompañemos en tu gloria. Tú que vives y reinas...

La epístola es del cap. 45 *del libro de la Sabiduría*, *y la misma que el dia III, pág.* 57.

NOTA.

« Tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento, todos los que escribieron sobre máximas de religion y de virtud nos propusieron por ejemplares ó modelos á los hombres grandes que practicaron la virtud, y observaron estas máximas. Así lo hace el autor del libro del Eclesiástico, singularmente en el capítulo de donde se sacó esta epístola. »

REFLEXIONES.

Fué amado de Dios y de los hombres. Esta es la suerte y como la herencia de la verdadera virtud. Ama Dios á los buenos, y por estragado, por corrompido que esté el corazon humano, tambien los hombres los es-

timan. Es este un tributo que se paga á la virtud, aunque rebiente el amor propio, y á pesar de todas las pasiones que conspiran contra ella. Mientras se conserve una sola centella de razon, la que nunca se apaga totalmente, quiera ó no quiera, ha de rendir esta especie de vasallaje á la verdadera devocion; y si se ven tantos que se desenfrenan contra los hombres virtuosos, es precisamente porque no se quieren persuadir á que verdaderamente lo son. Quisieran ellos ver desterrada del mundo á la verdadera virtud, ó por lo menos que se considerase imposible su práctica para libertarse de aquellos remordimientos, de aquel vergonzoso rubor que les causa la que notan, ó no pueden menos de admirar en muchos otros con quienes viven. Esfuérzase su mismo amor propio á persuadirles, con artificio siempre maligno, que no es virtud verdadera la que observa en los demás; y de aquí nace aquel desbocarse, aquel desencadenarse contra todos los devotos. Tanta verdad es que la incredulidad en materia de virtud por lo regular no tiene otro principio que el despique y la disolucion. Quien formare concepto cabal, justo y claro de la verdadera virtud, se ha de sentir forzado, por decirlo así, á respetarla, á amarla y hacerle la justicia que se merece. Acerquémonos á reconocer su verdadero retrato. Un hombre sólidamente virtuoso, un hombre que ama perfectamente á Jesucristo, es un hombre sin amor propio, sin artificio, sin ambicion. Es un hombre en todos tiempos severo consigo mismo, sin disimularse, sin perdonarse cosa alguna; y en todos suavísimo, dulcísimo con los demás, disculpando en ellos todo; honrado sin afectacion, amigo de complacer sin bajeza, servicial sin interés, exactísimo en todo sin escrúpulo, continuamente unido á Dios sin opresion, nunca ocioso, pero nunca acongojado; empleado siempre con sosiego, pero nunca distraido ni meno

disipado con la multitud de los negocios: conservando siempre su corazon sereno y libre, como ocupado continuamente en el gran negocio de los negocios, que es el de la propia salvacion. Haciendo bajísimo concepto de sí mismo, reserva toda su estimacion para los demás, en quienes solo ve lo mucho bueno que tienen, y en sí solamente considera lo mucho malo que le acompaña. Como solo se gobierna por máximas superiores, no cree que le agravian los que le desprecian, porque está persuadido de que los que le honran le dan lo que no le deben. En fin, es un hombre á quien siempre se le encuentra igual, como quien tiene todo lo que quiere, porque no quiere mas que lo que tiene. Siempre contento, siempre tranquilo y siempre del mismo humor, sin que los sucesos prósperos le engrian ni los adversos le abatan, sabiendo muy bien que unos y otros vienen de la misma mano; y como la única regla de su conducta es la voluntad de Dios, hace siempre lo que Dios quiere, y quiere siempre lo que Dios hace. Este fué el santo cuya fiesta se celebra hoy.

El evangelio es del capítulo 19 *de san Mateo, y el mismo que el dia III, pág.* 59.

MEDITACION.

DE LA VERDADERA MORTIFICACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la mortificacion es tan necesaria para amar verdaderamente á Jesucristo, como que es la primera leccion que da el mismo Cristo á los que quieren ser sus discípulos, y sin ella no hay que pensar en serlo. *Si alguno quisiere venir en pos de mí,* dice

el mismo amable Salvador, *niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame.* Las señales mas seguras de sólida virtud que dan los santos es la perfecta mortificacion; no solo porque no hay virtud que pueda conservarse largo tiempo sin una generosa y constante mortificacion, sino porque sin mortificacion no hay verdadera virtud. Nacemos todos con tanta propension al mal; mortificanse, y aun se multiplican nuestras pasiones con los años, engáñannos los sentidos; y siempre de inteligencia con aquellos enemigos domésticos, sin cesar, nos están armando lazos que el amor propio solicita ocultar para que no los descubramos. Vémonos precisados á desconfiar de nuestro mismo corazon; todo parece que conspira á nuestra perdicion, todo nos hace traicion. Solamente la mortificacion del alma y cuerpo, de potencias y sentidos puede enflaquecer las fuerzas de tanto enemigo poderoso. Ella es el antidoto, el preservativo contra el veneno preparado que se bebe sin advertirlo. Es verdad que solamente la gracia puede desarmar tan poderosos enemigos; pero no es menos verdad que será poco eficaz la gracia mientras dejemos á las pasiones, al amor propio y á los sentidos entera libertad para apacentarse y para satisfacerse. Es preciso macerar el cuerpo, mortificar los sentidos, sujetar las pasiones; es menester dejarlas sin fuerzas para ponerse en defensa. En estando sujetos los sentidos, nunca están libres las pasiones. Son muy débiles sus asaltos cuando no las sostiene el amor propio. En estando bien domada la carne, fácilmente se reprime su alboroto; especialmente cuando el entendimiento y el corazon no están de acuerdo con los movimientos sediciosos. Tienen poca fuerza los auxilios de la vigilancia y de la oracion de un hombre inmortificado.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hasta los mismos santos, aun con todo el ejercicio de la mas austera mortificacion, aun en medio del mayor recogimiento, aun armados con todos los instrumentos de la mas rígida penitencia, todavía tienen mucho que velar, mucho que orar, mucho que combatir para no ser vencidos; pues ¿cómo se ha de conservar por mucho tiempo inocente un hombre inmortificado, un hombre sensual, un hombre esclavo de sus pasiones, y dominado de sus sentidos? ¿cómo ha de salir victorioso? Concíbese la mortificacion como una virtud que solo habla con los perfectos, ó á lo mas como una virtud de puro consejo que á ninguno obliga. Pero ¿será puro consejo dejar á los cristianos en plena libertad para ser ó para no ser discípulos de Cristo? ¿será puro consejo el intimarnos el Salvador del mundo que el que no se hiciere violencia no entrará en el reino de los cielos? ¿será puro consejo el protestarnos que el que no llevare su cruz todos los dias, ni será digno de él, ni podrá ser discípulo suyo? Pero si todos estos son oráculos para todos los cristianos, si esta es la doctrina pura de Jesucristo, ¿no serán estos verdaderos y rigurosos preceptos? Desengañémonos: ni la edad, ni la condicion, ni el estado, ni los empleos, ni la dignidad nos pueden dispensar de la ley. Y así como ni el tiempo ni el lugar nos libran de la inclinacion al mal, como no nos ponen á cubierto de los lazos y de los artificios del enemigo comun, como no apagan en nosotros el fuego de la concupiscencia, así tampoco puede dispensarse nadie de la obligacion de mortificarse sin poner á peligro su salvacion. Los seglares y los religiosos, bien que los religiosos con mas razon que los seglares, todos están indispensablemente obligados á llevar su

cruz, á aborrecerse á sí mismos, á hacerse violencia, á domar su genio, á mortificar sus sentidos y á vencer sus pasiones. Esta es una ley general de la religion que obliga á los grandes del mundo y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los legos y á los eclesiásticos, á las mujeres que se quedaron en el siglo y á las que se retiraron á los claustros. Dícese que no todos pueden ayunar; algun dia examinará Dios esta proposicion; ¡y cuán de temer es que se halle falsa! No todos pueden traer cilicio ni macerar su carne con disciplinas (pocos habrá que no piensen otra cosa en la hora de la muerte); pero á lo menos todos pueden y todos deben hacerse violencia para entrar en el reino de los cielos; todos pueden privarse de muchos gustos, aunque sean lícitos; todos pueden y todos deben sufrir con paciencia las injurias; todos pueden y todos deben perdonar á sus enemigos. Ninguno hay que no pueda hacer al cabo del dia cien pequeños sacrificios; las comodidades, las conveniencias poco necesarias, la delicadeza, el juego, las diversiones, el regalo, todo esto ofrece abundante materia para ellos. ¿Pues quién dirá ahora que no se puede mortificar?

Puédolo muy bien, Señor, ayudado con vuestra divina gracia. Esta os pido con tanto mayor fervor, cuanto es grande el deseo que tengo de mortificarme los dias que me restaren de vida.

JACULATORIAS.

Ipse me reprehendo, et ago pœnitentiam. Job 42.
Yo mismo me acuso, y hago penitencia.

Absit mihi gloriari, nisi in cruce. Galat. 6.
Sí, mi Dios, desde aquí adelante toda mi gloria la pondré en mortificarme.

PROPOSITOS.

1. La mortificacion es inseparable de la vida cristiana; busca un solo santo que no sobresaliese en esta virtud. No digamos ya que la mortificacion es buena para los santos; si algunos se hubieran de considerar dispensados de practicarla, debieran ser las almas inocentes y puras. Con todo eso, los amigos de Dios son, por lo comun, los mas mortificados; pero ¿quiénes tienen mayor necesidad de mortificarse que los pecadores? Digamos, pues, en adelante que la mortificacion es la legítima, es el patrimonio de todos los cristianos; y que es la virtud que caracteriza á todos los escogidos de Dios. Procura que en adelante sea tambien la tuya. Practica con espíritu de religion todas las que fueren de precepto. Nunca te dispenses ni en los ayunos ni en las abstinencias de la Iglesia. Ha llegado el dia de hoy la delicadeza á tal punto, que todos los que tienen algun rastro de religion se deben estremecer. Parece que basta ser persona de distincion, de conveniencias, ó ser sugeto visible para considerarse desobligado de ayunar y de comer de vigilia; esta obligacion se deja para los religiosos ó para la gente del pueblo. No sigas un error que tendrá en el infierno á muchos; abuso que debe sobresaltar á todo ánimo cristiano. Es cierto que aprueba Dios algunos motivos de dispensa; es cierto que son legítimos algunos; pero no te figures tú que lo son todos.

2. Acostúmbrate á la mortificacion interior de tus pasiones, de tus inclinaciones, de tu genio y de tus costumbres; en esto ninguno se puede dispensar; mas no por eso te olvides de la mortificacion exterior. Son siempre muy convenientes las penitencias del cuerpo; consulta con un prudente confesor las que son mas proporcionadas para tí, y no te descuides

en practicarlas, advirtiendo que son remedios y son preservativos.

SAN LUIS BELTRAN.

En la nobilísima ciudad de Valencia, á primero de Enero de 1525, nació san Luis Beltran para honra de su patria, provecho universal de la Iglesia, y lustre de la religion del glorioso patriarca santo Domingo. Fueron sus padres Juan Luis Beltran y Angela Exarch, personas de mas piedad en sus costumbres, que fortuna en los bienes de este mundo. Criaron al niño con todo aquel cuidado que les sugeria el amor paternal, y mucho mas con el esmero que les dictaba la piedad cristiana. Las felices disposiciones que manifestaba desde los primeros momentos de su vida para la virtud, no permitian que fuesen infructíferas las diligencias de sus padres. Así se veia que ayudadas mutuamente la naturaleza y la educacion hacian unos progresos iguales à las esperanzas. Las cosas sagradas tenian para el santo niño tal atractivo y encanto, que ellas disipaban sus disgutos, acallaban sus lloros y le bañaban el rostro de alegría. Con llevarle à la iglesia ó presentarle delante de las santas imágenes de Jesus y de María, se le tenia perfectamente entretenido. Con tan felices anuncios fué creciendo, y con él la virtud y la piedad, hasta que comenzó à rayar en él el uso de la razon. Entonces comenzó á verse en todo su esplendor aquella alma dichosa, á quien Dios habia prevenido con las bendiciones de su copiosa gracia.

Apenas tenia ocho años cuando, por una tierna devocion anticipada à la Reina de los ángeles, la rezaba diariamente su oficio. A esta oracion vocal acompañaba la contemplacion fervorosa de los divinos miste-

rios, para lo cual se retiraba con frecuencia á los lugares mas secretos de su casa, en donde alimentaba su alma con celestiales dulzuras. Desde aquella edad comenzó á afligir su cuerpo con varios géneros de mortificaciones, unas veces ayunando á pan y agua, y otras privándose del sueño para emplearse en la oracion. Lo poco que dormia era sobre una arca ó en el duro suelo, y para que la vanidad no hallase puerta por donde entrar á su alma, cuidaba todas las mañanas de descomponer la ropa del lecho, previniendo con este santo artificio la reprension que pudieran darle sus padres. Palabras descompuestas, enredos y juegos de niños, tan frecuentes en aquella edad, jamás se vieron en nuestro santo. En su lugar asistia á los templos, ayudaba á los sacerdotes en el santo sacrificio de la misa, manifestando en todo un juicio y cordura de anciano. Era humildisimo y obediente para sus padres; si tal vez veia á su madre enojada por algun incidente de la casa, tomaba un libro, y leyéndole alguna cosa oportuna, desarmaba su ira, y volvia la tranquilidad á su corazon. Con este tenor de vida llegó á los quince años, redoblando cada dia los fervores de su devocion, tanto, que juzgó su confesor que tenia el espíritu necesario para comulgar diariamente. Bien conocia el santo jóven que este era un privilegio que podia llamar hácia sí las atenciones curiosas del mundo; pero él preveia diestramente sus censuras, variando siempre las iglesias para que no fuese conocido su fervor. Por esta causa se persuadió á que la casa de sus padres no era el lugar mas oportuno para emplearse en los ejercicios de virtud que tanto apetecia, y así pensó poner en ejecucion el consejo evangélico, que dice: *Que se olvide su pueblo y la casa de sus padres para seguir al Señor.* Mudóse, pues, de vestido, y dejando una carta escrita á su padre, en que le declaraba sus designios, salió de

Valencia con ánimo de buscar algun desierto en donde consagrarse á Dios por toda su vida. Siete leguas habria andado cuando le encontraron los emisarios que envió su padre para buscarle. Halláronle estos en traje tan devoto, y supo satisfacer á su padre con razones tan piadosas, que, lejos de enojarse contra el santo mancebo, le proporcionó vestidos clericales, y le permitió la continua asistencia á los hospitales públicos, en donde consolaba y servia á los enfermos. Su espíritu fervoroso se hallaba como fuera de su elemento en aquel estado; deseaba con ansia otro de mayor perfeccion; y así se fué al prior de santo Domingo, que á la sazon era el maestro fray Jaime Ferran, quien no dudó condescender con sus deseos. Pero su padre, que tenia sobre él miras algo ambiciosas, se fué al prior en el mismo dia en que habia de tomar el hábito, y representándole que su hijo padecia tales enfermedades, que seria á la religion gravoso, desvaneció todo el proyecto, y burló las esperanzas que Luis habia concebido. Quedó el santo tristísimo, y acudia á Dios y á su santa Madre con oraciones y sentidas lágrimas, pidiéndoles el cumplimiento de sus votos. Contra el poder de Dios y sabias disposiciones de su providencia jamás pueden prevalecer ni las fuerzas ni la industria humana. El Señor tenia elegido á Luis para uno de los mas grandes obreros evangélicos que habia de producir la esclarecida religion de santo Domingo; y así, por exquisitas diligencias que hizo su padre para impedir que diese su nombre á esta sagrada milicia, todas se vieron frustradas. A 26 de agosto de 1544 tomó el hábito de santo Domingo, con tanto gusto del santo jóven, como pesar de su padre, cuyas miras carnales le hacian desaprobar una resolucion tan santa, que tenia todas las señales de haber sido inspirada de Dios. Luego que san Luis se vió contado entre los hijos de Do-

mingo, se propuso por ejemplar de su vida la de su santo patriarca y la de san Vicente Ferrer.

Este propósito se verificó tan exactamente en todas sus acciones, que, aun siendo novicio, solia decir su maestro, el santo fray Juan Micó, que Luis habia de ser en Valencia otro san Vicente Ferrer; dicho, que, atendiendo á su virtud y á la portentosa vida de Beltran, pudo tener todas las cualidades de profecía. Los penosos ejercicios tan frecuentes en el noviciado, la contínua asistencia al coro, las ocupaciones humildes y las rigurosas penitencias, eran el centro en que descansaba Luis. Su fervor y su virtud, lejos de hallar pena en donde la encuentran los tibios, hallaba descanso y el medio de cobrar nuevos alientos. Privábase voluntariamente de la mayor parte de su comida para darla á los pobres; y con este artificio piadoso lograba á un mismo tiempo ejercitar consigo la abstinencia, y con el prójimo la misericordia. Llegó el tiempo de la profesion, y conociendo los padres que en aquel santo mancebo adquiria la religion un rico tesoro, se la dieron con gusto. Asegurado Luis de que ya tenia un establecimiento en que podia dedicarse á Dios sin reserva alguna, comenzó á entregarse á la virtud, y con especialidad á la mortificacion; de manera que cayó en una grave enfermedad. Pero la convalecencia que fué Dios servido concederle, la empleó de nuevo en mas rigurosos ejercicios. La humildad, la obediencia, la castidad y la pobreza eran sus virtudes favoritas; pero teníalas cimentadas sobre la basa de la caridad, sin la cual sabia que no hay virtud que sea á Dios agradable. En la oracion era continuo, y era tal la alteza con que consideraba los divinos misterios, que muchas veces salia fuera de sí, y se quedaba arrobado. En estos raptos sentia tal complacencia su alma, que, sin embargo de haberle destinado sus superiores á los estudios, pensó muchas

veces abandonarlos para dedicarse con mayor libertad á la oracion. Pero como todas las cosas las obraba con el consejo de un director sabio y virtuoso, este le hizo ver que aquello era una verdadera tentacion, con que pretendia el demonio impedir los progresos que en beneficio de sus prójimos podria hacer en lo sucesivo. Persuadido de esta verdad, se dedicó con el mayor ahinco al estudio de las ciencias sagradas, y en ellas hizo tales progresos, que con justicia se le podia contar por uno de los verdaderos sabios. Principalmente dedicó su atencion á las obras del grande doctor santo Tomás de Aquino, bien satisfecho de que en ellas encontraria un compendio luminoso de la mas pura y sana doctrina que enseñaron todos los padres de la Iglesia. En efecto, con semejante estudio salió fray Luis un teólogo dogmático, capaz de enseñar al pueblo los mas difíciles misterios de la religion; un teólogo expositivo, que penetraba la médula de las Escrituras sagradas, y alimentaba con ella á los fieles, y un teólogo moral, que conocia perfectamente la rectitud ó deformidad de las acciones, para persuadirlas ó reprenderlas.

Entre tanto, se llegó el tiempo en que debia ascender á la sublime dignidad del sacerdocio. La delicadeza de su conciencia le hacia mirar este ministerio tan augusto con temor y temblor; pero la obediencia por una parte, y el amor á sus prójimos por otra, dos ejes sobre que se movia su alma, le hicieron despreciar los temores. Ordenóse de sacerdote, é inmediatamente concibió que, á proporcion de la grandeza de la dignidad que habia recibido, debian ser tambien los nuevos progresos que de allí adelante hiciese en la virtud. Esta consideracion le empeñó en mayores asperezas de vida, en nuevos ejercicios de humildad, y en una contemplacion tan continua, que apenas habia momento en que no estuviese pensando en su

Dios. Contento vivia fray Luis bajo el yugo de la obediencia; pero Dios, que le tenia preparado para que como antorcha despidiese de sí el resplandor de las virtudes, dispuso ponerle en el candelero de la prelacía. Antes de esto fué elegido por maestro de novicios, oficio delicado, que exige gran virtud y gran prudencia para no malograr en su principio las grandes almas que lleva Dios á las religiones. Seis veces fué reelegido fray Luis en este empleo, prueba muy evidente de las grandes ventajas que advertian los superiores en la educacion que daba á los novicios. Inspirábales una humildad profunda, el desasimiento de las cosas del mundo, la caridad fraternal, la obediencia á los prelados, la mortificacion de los sentidos, y todo el cúmulo de virtudes que constituyen un verdadero religioso. Pero sus instrucciones iban precedidas de su ejemplo; tanto, que, compadecido un novicio de verle verter sangre en gran copia cuando tomaba alguna disciplina, le amenazó que se lo diria al prior. Fray Luis, temiendo mas el motivo de vanidad que de aquí podria resultarle, que la reprension del prelado, suplicó al novicio que callase, y de allí adelante juntó su mortificacion con una prudente cautela. Rodeábase al cuerpo una sábana que empapase la sangre que vêrtia en las disciplinas, y de este modo impedia que, salpicando en las paredes, excitase la compasion de los novicios. En este ejercicio tuvo el pensamiento de dedicarse á la carrera de lector. Obtuvo patente del general para pasar al convento de San Estéban de Salamanca; pero habiéndole asegurado el maestro Micó y otro padre muy espiritual que Dios no le llamaba por aquel camino, se volvió á Valencia, haciendo á Dios en esto mismo un agradable sacrificio, no solamente de sus comodidades, sino tambien de su sabiduria y de sus luces.

No quedaron escondidas estas bajo el celemin;

ántes bien el ensayo que de ellas habia hecho en el magisterio de novicios, dió una prueba incontestable de que eran proporcionadas para mayores empresas. Por tanto, fué nombrado por superior del convento de Albaida, en cuya prelacía brillaron con nuevo resplandor cuantas virtudes hasta entonces habia adquirido. Como su corazon estaba abrasado en el amor de sus prójimos, apetecia vivamente la salvacion de estos, y la procuraba por todos los medios posibles. Uno de ellos era la predicacion que ejercia él, y hacia ejercitar á sus religiosos con conocido provecho de cuantos los oian. Su estudio para predicar, mas que en los libros, le hacia en Jesucristo crucificado, cuya pasion sangrienta consideraba con toda la vehemencia de su alma. A este propósito solia decir que no puede ser verdadero predicador, ni verdadero religioso, el que no tiene en su celda un crucifijo. Asi salian las palabras de su pecho encendidas de aquel fuego que le devoraba, y producian tan admirables conversiones. Igual fruto sacaba administrando el sacramento de la penitencia; y era tal la compuncion y lágrimas que inspiraba á los penitentes, que por este medio hizo abandonar á muchos su vida licenciosa, y emprender otra cristiana y arreglada. Favorecia estas operaciones el don de penetrar los secretos interiores con que Dios le habia favorecido. Entre los muchos casos que lo acreditan, se refiere que, volviendo un dia el santo de predicar, se encontró con un pastor en el camino; trabaron conversacion, y á pocas razones le descubrió todos los secretos de su vida distraida, y cuántos años habia que no se confesaba. Exhortóle al arrepentimiento, certificándole que dentro de poco le llamaria Dios á juicio. Sorprendióse el pastor, y confuso y avergonzado de ver tan claramente descubiertos sus delitos, dió palabra al santo de confesarse; y habiéndolo he-

cho con grande compuncion y lágrimas, le llevó Dios para sí de allí á muy pocos dias. Acabado su priorato, volvió á Valencia á ejercer el cargo de maestro de novicios, para el cual le habia dotado Dios de luces muy superiores. Pero este empleo no le impedia ejercitarse en la predicacion y en la administracion del sacramento de la penitencia. Salia frecuentemente á predicar por los lugares circunvecinos, y alguna vez á complacer la devocion de la condesa doña María de Mendoza, que residia en Concentaina. Esta señora, que tenia una virtud sólida en medio de su grandeza, hallaba mucho gusto espiritual en tener en su casa al santo fray Luis, cuyas conversaciones y discursos la afianzaban en la virtud, y trasformaban su casa en un convento. Cuidaba la señora de que se le pusiese un aposento bien provisto de todo; pero el santo, que amaba mas la mortificacion que todas las delicias del mundo, jamás dormia en el lecho, y segun testificaban los familiares de la condesa, jamás fueron á despertarle que no le viesen de rodillas, abismado en la contemplacion de Dios.

Tanto fuego de caridad no hallaba en España materia suficiente en que emplearse. Deseaba fray Luis tener ocasiones de padecer grandes trabajos por amor de aquel que tantos habia padecido por la redencion del mundo. Habia deseado desde niño dar su vida por él, y nunca desistia del pensamiento de exponerla á las mayores fatigas por la salud de sus prójimos. Agitado de estos pensamientos, oyó hablar de la necesidad que habia en las Indias de ministros evangélicos, y de la innumerable gente que por esta falta vivia sin el conocimiento de Dios, tributando adoraciones al demonio, y perdiéndose para siempre jamás. La caridad movió su corazon con los afectos de compasion y de ternura hácia aquellas gentes desventuradas, y se resolvió á darles por su parte todo

el auxilio que le fuese posible. Solicitó de su general licencia para pasar allá, y por el alto concepto que su virtud merecia, la obtuvo sin dificultad alguna. Sus amigos y parientes le representaron una multitud de dificultades, capaces de desanimar al espíritu mas alentado. Los religiosos le proponian lo largo y penoso del camino, la aspereza de las tierras en donde habia de predicar, la variedad de las lenguas, la barbarie de las gentes, y el implacable odio que profesaban á los ministros de la religion cristiana. Sus parientes, bañados en lágrimas, le oponian todas las razones que dicta la naturaleza, le acordaban los atractivos de la sangre; y últimamente se valian de sus mismos achaques y enfermedades para persuadirle que con tan débiles fuerzas era imposible concluir una empresa tan arriesgada. El prior de Valencia y sus hermanos llegaron hasta el extremo de negarle todo auxilio para el camino, queriéndole estrechar por este medio á desistir de su proyecto. Pero nuestro santo, lejos de hallar en todas estas razones motivos para desistir, las encontraba muy poderosas para confirmarse en sus deseos, y persuadirse á que Dios mismo se los habia inspirado. Los trabajos que le proponian halagaban el apetito de padecer por Dios. La nueva que le habian dado de que los bárbaros idólatras quitaban la vida en odio de la religion cristiana, vivificó en él la dulce esperanza de poder conseguir el martirio; y últimamente, el negarle todo auxilio humano para la comodidad de su viaje, lo reputó por un medio favorable de observar la santa pobreza que habia profesado. Así resuelto y alegre hizo una tierna plática á sus novicios, pidió perdon á los religiosos del mal ejemplo que les habia dado; y despidiéndose de ellos, se puso en camino á pié y con unas alforjillas al hombro, en donde llevaba algunos libros. Su fortaleza, no menos que su caridad,

dejó admirados á todos; y viendo sus hermanos que no habia medio de detenerle, le salieron al encuentro en Játiva, y le proveyeron de dinero con que hiciese mas cómodamente su viaje. Como su salud era bastante enferma, admitió lo necesario para comprar un jumentillo, en que llegó á Sevilla. Embarcóse en esta ciudad, y aunque en el viaje se ofrecieron algunas tormentas, las calmó Dios por sus oraciones, y llegó felizmente á Cartagena de Indias.

Su espíritu fervoroso no podia avenirse bien con el ocio, ni permanecer un instante sin emplearse en el destino que le habia hecho atravesar tantos mares. Inmediatamente solicitó de los superiores que le señalasen pueblos en donde comenzar á esparcir la semilla del Evangelio. Luego que logró este destino, comenzó á predicar y á catequizar con tal actividad, que fueron muchos los millares de indios que por su persuasion se convirtieron á la fe, solicitando con ansia el sacramento del bautismo. Ninguna dificultad podia acobardar su espíritu; ningun peligro era bastante á detenerle en su carrera, ni pudieron quebrantar su constancia los muchos ardides de que se valió el demonio para impedir los copiosos frutos de su predicacion. Caminaba por montañas y derrumbaderos, atravesaba rios y lugares pantanosos, sufriendo con gusto hambre, sed, cansancio y todas las inclemencias de las estaciones por ganar almas á Jesucristo. En dos diferentes veces le dieron los sacerdotes de los ídolos á beber veneno, intentando de este modo quitar la vida al enemigo de sus supersticiones; pero Dios, que conocia cuán necesaria le era aquella vida preciosa á su religion sacrosanta, se la conservó milagrosamente. Advirtiólo el santo una vez; y sentido de no haber perdido la vida por amor de su Señor, hacia tales exclamaciones contra la ineficacia del veneno, que le habia privado de la palma del martí-

rio, como pudiera hacer cualquiera otro contra su mismo homicida. Su predicacion era recomendada por Dios con gran multitud de milagros; los cuales, aunque bastaron para confundir la protervia de la infidelidad, no fueron suficientes para ablandar la dureza de algunos cristianos que trataban cruelmente á aquellas gentes miserables. A este propósito predicaba el santo de continuo, exhortando á los señores y ministros á que tratasen á los indios como hermanos suyos y personas redimidas con la sangre de Jesucristo; á que templasen el rigor y ferocidad con que los castigaban; y últimamente, á que pusiesen algun término á su codicia. Estas persuasiones las confirmó en cierta ocasion con un portentoso milagro, que merece referirse. Comia el santo en compañía de varios poderosos que oprimian á los indios con injustas contribuciones y tributos insoportables. Un dia que estaba con ellos á la mesa, les afeó en tono amenazador y terrible su conducta; y queriendo confirmar su predicacion con un portento que los aterrase, tomó en sus manos el pan que estaba sobre la mesa, y exprimiéndolo, brotó sangre; y al mismo tiempo les dijo: *Esta sangre es el sudor de los pobres, ved y considerad bien de qué formais vuestro alimento.* Pero los cristianos, menos sensibles á los prodigios que los gentiles mismos, no pusieron por esto freno ni á su crueldad ni á su codicia, lo cual fué causa de que el santo, horrorizado de tanto mal, tratase de volverse á España. Luego que los indios lo llegaron á saber, hicieron gran sentimiento; porque le amaban sobremanera, no menos por sus virtudes, que por los grandes dones con que Dios le habia enriquecido. Veian en él el don de lenguas, porque, predicando en español, era entendido de todos los indios de cualquiera tribu ó nacion que fuesen. Veíanle descubrir los secretos mas ocultos, penetrar las inten-

ciones secretas, y hablar de lo futuro como si estuviera presente. Veian que á su voz obedecia toda la naturaleza, se ahuyentaban todas las enfermedades, y la muerte misma perdia sus derechos. Pero nada les causaba tanta admiracion, ni cautivaba tan poderosamente sus corazones como el desinterés que en él advertian. Quedábanse atónitos de verle despreciar el oro, y de que no recibia los estipendios acostumbrados por la administracion de los sacramentos. Este despego de las cosas del mundo, y la admirable castidad con que vivió, le granjeó de los indios el nombre de *fraile de Dios*, que era el modo con que le llamaban y con que explicaban el extraordinario concepto que les habian merecido sus virtudes.

Siete años estuvo el santo en las Indias, y en ellos son innumerables los gentiles que convirtió, y las almas que sacó de sus caminos errados. En su vuelta á España sosegó una tempestad en que todos se creian perdidos, solo con hacer la señal de la cruz sobre las encrespadas olas. Luego que llegó al puerto, se encaminó para Valencia, y aunque sus frailes le recibieron con toda la veneracion debida á su santidad, el humilde fray Luis quiso volver al noviciado, pareciéndole que cuanto habia hecho hasta entonces era nada, y que debia principiar de nuevo su carrera. Los religiosos permitieron este desahogo á su fervor; pero conociendo sus grandes merecimientos, le hicieron prior del convento de San Onofre, despues maestro de novicios del de Valencia, y últimamente prior del mismo convento. En todos estos empleos se portaba con sus súbditos con el amor de un verdadero padre, y con la integridad de un hombre justo. En su interior era el último y mas despreciable de todos; pero en el exterior hacia con la severidad de sus costumbres que todos estuviesen sujetos y respetasen la ley. Promovia con sumo zelo el amor á los estudios, el ejer-

cicio de la predicacion y la asistencia al confesonario. Estos augustos empleos sabia que no se podian ejercer dignamente sin mucha oracion, sin mucha caridad y sin mucho retiro. Por esta causa, zelaba con gran cuidado sobre que sus religiosos practicasen todas estas virtudes; y como el ejemplo del superior es el mas poderoso incentivo, él mismo iba delante con esta leccion práctica. Así como los virtuosos encontraban en él un padre amoroso y benéfico, de la misma manera los tibios y relajados hallaban un juez severo é inexorable; pero en los castigos que prescribia la ley hacia conocer á los culpados que los amaba como á hijos, y que su severidad no tenia otro objeto que sus culpas. Este modo de proceder le trajo grandes sinsabores, persecuciones y trabajos de parte de algunos que no podian sufrir el resplandor de tanta luz, ni acomodar sus costumbres á la rectitud que el santo exigia. Todo lo sufrió con invencible ánimo y gran paciencia, y el mismo Dios le dió á entender en algunas visiones cuánto mas le agradaba el ver padecer á sus siervos por su amor, que aquellas virtudes que se crian á la sombra del descanso y las dulzuras. Los delicados cargos de la prelacía le traian continuamente inquieto, temiendo que entre tantas obligaciones no podria conservar la pureza de su conciencia. Era tal su temor, que algunas veces solia decir á sus religiosos que pidiesen á Dios no le cogiese la muerte mientras fuese prior, sino despues que se viese libre del cargo de almas.

Este deseo tan justo, y que manifiesta cuánto temia desagradar al Señor, se lo concedió su Majestad, exonerándole de cargos tan terribles antes de llamarle á sí. Luego que se vió el santo libre de tantos cuidados, y presintiendo que estaba cercana su muerte, comenzó á disponerse para ella con mayor fervor que el que habia observado toda su vida. Multiplicó

los ayunos, las asperezas, las vigilias, y con singularidad el ejercicio de la oracion. No salió mas del convento; asistia á todo el coro, y por mínimas que fuesen las observancias de comunidad, era el primero á ellas, sin que sirviesen de pretexto para eximirse de su cumplimiento, ni su ancianidad, ni sus achaques, ni los diferentes cargos que con tanto honor habia obtenido. Tanto fervor de espíritu no quiso Dios que careciese de recompensa ni aun en esta vida. Regalóle el Señor con frecuentes visiones, en que se le aparecieron unas veces san Francisco y santo Domingo, y otras Jesucristo y su santísima Madre. De aquí le nació aquella conformidad en las penosas enfermedades y terribles dolores que le afligieron en el último trance de su vida: de aquí le nació el consuelo de saber que estaba en gracia de Dios, y que su Majestad habia determinado llevarle para sí el dia 9 de octubre, dia de san Dionisio Areopagita, como el santo se lo aseguró á don Juan de Ribera, patriarca de Valencia, un año antes de su dichoso tránsito. Y de aquí, finalmente, le provino aquella fortaleza con que repetia aquellas palabras de san Agustin: *Abrasad, Señor, aquí: cortad aquí: no perdoneis aquí, para que me perdoneis para siempre.* Estaba el santo en una pobre cama, sufriendo en todas las partes de su cuerpo intensísimos dolores; pero su rostro alegre como el de un ángel manifestaba la tranquilidad y gozo de su corazon. Advirtiendo el arzobispo las muchas penas que le afligian, le preguntó si estaba contento en medio de tantos males como Dios habia sido servido enviarle. A esta pregunta satisfizo san Luis diciendo: *Os digo, señor, con toda verdad, que no trocaria estos dolores que padezco por todos los bienes y delicias del mundo; estoy confuso de ver cómo, siendo tan gran pecador, me hace Dios tan grandes favores.* Sin embargo de esto, su espíritu agigantado no se contentaba con las penalidades de su

enfermedad, sino que queria ejercitar otras austeras penitencias. Yendo un religioso á componerle la ropa, advirtió que se habia metido un ladrillo entre la túnica y la carne, para impedir de esta manera que su cuerpo pudiese tener algun reposo. Afeóselo el religioso con cariño, representándole que, estando tan enfermo y débil, podria quitarle la vida; á lo cual respondió el santo: *¡Oh hermano, acércase ya la jornada, y se necesita mucho para ir al cie'o!* Con el mismo espíritu de penitencia solicitó pocos dias antes de morir que le quitasen la camisa, y le pusiesen la túnica de lana, segun el estilo de su órden. En la víspera de su muerte creyeron los religiosos que iba ya á espirar; comenzaron á decirle la recomendacion del alma; pero el santo, abriendo los ojos, les dijo: *Váyanse ahora, que tiempo tendrán de hacerlo.* Verificóse así; porque al dia siguiente llamó al arzobispo, y le dijo: *Señor, ya me muero, despídase de mí, dígame un evangelio, y écheme su bendicion.* Condescendió el venerable arzobispo, dijéronle los religiosos la recomendacion del alma, y al tiempo de concluirla exhaló su purísimo espíritu, yéndose á gozar en la eternidad bienaventurada el premio de tantas virtudes. Sucedió su dichoso tránsito el referido dia 9 de octubre del año de 1581, segun el mismo santo lo habia profetizado muchas veces.

Luego que murió se vieron celestiales resplandores en su celda, sobre el convento y en otros diferentes lugares. Varias personas devotas testificaron haber oido músicas de ángeles, tanto en la iglesia alrededor de su cuerpo, como en el entierro de los religiosos en donde fué sepultado. Toda la ciudad de Valencia se conmovió, y vinieron á venerar el sagrado cuerpo, en el cual advertian un extraño resplandor y suavísima fragrancia, cual convenia á la virginal pureza que habia conservado toda su vida, á pesar de

las exquisitas diligencias con que intentarón empañarla mujeres lascivas. Dios confirmó la santidad de su siervo con repetidos milagros; los cuales, habiendo sido aprobados con la autenticidad acostumbrada, y examinadas sus virtudes en grado heróico, fué beatificado por Paulo V, y canonizado por Clemente X en el año de 1691.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Francisco de Borja, general de la Compañía de Jesus, recomendable por la austeridad de su vida, por el don de oracion que habia recibido de Dios, el ánimo con que renunció las grandezas del siglo, y la resolucion con que se negó á admitir las primeras dignidades de la Iglesia.

En la isla de Candia, san Pinito, obispo muy distinguido; y lo fué de la ciudad de Cnoso, hoy Ginosa, y vivió en tiempo de Marco Antonino Vero y Lucio Aurelio Cómodo. En sus escritos ha dejado, como en un espejo, una viva imágen de sí mismo.

En Colonia, san Gereon, mártir, con otros trescientos diez y ocho, que, en la persecucion de Maximiano, alargaron animosos sus cuellos á los filos de la espada por la verdadera religion.

En las inmediaciones de la misma ciudad, san Victor y sus compañeros, mártires.

En Bona de Alemania, san Casinso y san Florente, con otros muchos mártires.

En Nicomedia, san Eulampio y santa Eulampia, vírgen, su hermana, mártires. Habiendo sabido Eulampia que su hermano era atormenado por la fe de Jesucristo, se abalanzó por entre la turba, y se llegó á él abrazándole tiernamente. Al punto fueron ambos metidos en una caldera de aceite hirviendo; mas no habiendo recibido lesion alguna, consumaron

su martirio siendo decapitados con otros doscientos, que, movidos del prodigio, habian creido en Jesucristo.

En York de Inglaterra, san Paulino, obispo, discípulo de san Gregorio papa, que, habiendo sido enviado por él con otros á aquel país para predicar allí el Evangelio, convirtió á la fe de Jesucristo al rey Edwin y á su pueblo.

En Piombino de Toscana, san Cerbonio, obispo y confesor, quien, segun relacion de san Gregorio, resplandeció en milagros durante su vida y despues de su muerte.

En Verona, otro san Cerbonio, obispo.

En Capua, san Paulino, obispo.

En Nantes, san Claro, primer obispo de aquella ciudad.

En Hasteir en el obispado de Namur, san Noncio, que habia sido porquero. Su cuerpo es venerado en Vazor.

En Joarre, santa Telquida, vírgen, primera abadesa de aquel monasterio.

En Luitre cerca de Rameru, en la diócesis de Troyes en Champaña, santa Tancha, vírgen y mártir, venerada en Anjou.

Cerca de Aire en el Artois, san Venanto, solitario, muerto por unos malévolos.

En Sens, san Aldrico, obispo de aquella ciudad, cuyo cuerpo es venerado en Ferrieres en Gatinais, donde habia sido monje, luego abad.

Dicho dia, el venerable Hugues de Montaigu, obispo de Auxerre.

En Bethmada en el reino de Persia, el martirio de san Acépsimas, obispo, azotado hasta la muerte en la persecucion del rey Sapor, en la cual dice Sozomeno contarse diez y seis mil mártires entre hombres y mujeres, cuyos nombres se saben, y una

infinidad de otros de quienes se ignora hasta el número.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Ptolemaco y sus hermanos, mártires.

En Constantinopla, san Basiano, Acemeta, á cuyo honor el emperador Marciano mandó erigir una iglesia en dicha ciudad, en el mismo sitio donde murió.

En Citanova de Istria, san Máximo, venerado como obispo y mártir en Venecia, en la iglesia de San Canciano, donde se halla su cuerpo.

En Inglaterra, san Juan de Bridlington, canónigo reglar.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Ludovicum confessorem tuum per corporis mortificacionem, et fidei præconium, sanctorum gloriæ coæquasti: præsta, ut quod fide profitemur, pietatis operibus jugiter impleamus. Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que igualaste al bienaventurado Luis tu confesor á la gloria de los santos por medio de la mortificacion del cuerpo, y de la predicacion de la fe: concédenos que lo que profesamos por la religion, lo cumplamos con obras continuas de piedad. Por nuestro Señor Jesucristo....

La epístola es del cap. 31 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia VI, pág.* 148.

REFLEXIONES.

Una de las verdades mas importantes que contiene la epístola de este dia, es el señalar el lugar determinado en donde colocan sus bienes los justos, y en donde los mantienen libres de todos los peligros. *El Señor,* dice, *es en quien el justo establece todos sus bienes.* Antes habia asegurado *que es bienaventurado el*

que desprecia el oro, y no pone su esperanza ni en los tesoros, ni en el dinero. Pero siendo imposible que el corazon humano, hecho para amar, no ponga en alguna cosa su inclinacion, quiso el Espíritu Santo darnos á entender hácia qué objetos dirigian esta los hombres justos. Como en estos se supone la rectitud de intenciones, y sus obras con todo el órden y direccion de la moral cristiana, quiso significarnos que en ellos tenemos un modelo por donde arreglar nuestras acciones. El hombre, tanto justo, como perverso, tiene una alma racional, adornada de unas potencias, de las cuales se sirve en todas sus operaciones. El entendimiento conoce los objetos, y los presenta á la voluntad para que los abrace ó repruebe. Segun sea el concepto que se forma de las cosas, así serán virtuosas ó desarregladas las acciones. La voluntad no puede amar una cosa sino bajo el concepto de bien; y si fuésemos tan dichosos que nuestro entendimiento, fiel en sus operaciones, nos presentase las cosas del mundo conforme son en sí, jamás nos merecerian otra cosa que aborrecimiento y desprecio. Nuestro daño y nuestra miseria consisten en que nuestro entendimiento, extraviado y corrompido por las pasiones, propone como bueno lo que en realidad es malo y desordenado. La voluntad, que es una potencia ciega, y no puede examinar las cosas por sí misma, cae fácilmente en el lazo, y de aquí viene toda nuestra miseria. Pero con todo eso, somos inexcusables, ya porque Dios nos ha dado la ley, nos ha puesto un precepto de rumiarla dia y noche, dándonos los suficientes talentos para evacuar estas obligaciones, y ya porque lo que su divina justicia nos propuso en su legislacion, nos lo da practicado y recomendado en sus siervos la divina misericordia. Esto mismo debemos conocer acerca de la idea de los verdaderos bienes que tienen los justos, que no son otros que el

mismo Dios. En aquel cúmulo de bondad, en aquel tesoro de riquezas infinitas, y en aquel abismo de gracias inmensas, allí es en donde los justos establecen sus bienes. Allí los colocó san Luis Beltran, como hemos visto en el discurso de su vida; y allí mismo deberá colocarlos aquel cristiano, que por medio de la imitacion de los santos quiera cumplir la ley divina, y asegurar su felicidad para siempre. Reflexiona cuán distante va tu conducta de la conducta de los santos, y qué distinto concepto te merecen los falsos bienes del mundo cuando tan poderosamente arrebatan tus atenciones. Pues ya es tiempo de conocer las cosas conforme son en sí; ya es tiempo de abandonar engaños y de seguir verdades. El tiempo es breve, decia san Pablo á sus discípulos; y con mucha mas razon se lo puede decir á sí mismo el que tan poco ha obrado de bueno. El tiempo es breve; se acerca un juicio terrible; quien te ha de juzgar es Dios; y tus obras no pueden producirte otra cosa que desconfianza. Cuida, pues, ó cristiano, de hoy en adelante de hacer cierta tu eleccion y vocacion por medio de unas obras arregladas al espíritu del Evangelio.

El evangelio es del cap. 12 *de san Lucas, y el mismo que el dia VI, pag.* 150.

MEDITACION.

SOBRE LA IMPORTANCIA DE PROCURAR LA SALUD DEL ALMA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ningun bien hay en este mundo, de cualquiera manera que pueda pertenecerte, que te interese tanto como la salud de tu alma; y de consi-

guiente, este cuidado debe ser el primero entre todos tus cuidados y ocupaciones.

Para pesar el mérito de las cosas, no puedes hallar regla mas segura que el juicio de Dios, manifestado en sus santas Escrituras, y confirmado con las operaciones de sus elegidos. Porque, ¿qué error podrás hallar en una infinita sabiduría, ni qué daño podrás temer de una infinita bondad? Pues ahora bien; nada hay para nuestro gran Dios tan amable, tan precioso y tan deseado como la salud de nuestras almas. Para este fin, crió los cielos y la tierra: á este objeto dirigió sabiamente todas las cosas, y apenas hay un ser en este mundo que no nos acuerde que todo es vano, todo es inutil menos la salvacion de nuestras almas. Si consideras despues las diligencias practicadas por Dios para proporcionarte la consecucion de tan gran fin, se hace preciso que la persuasion llegue en ti hasta la evidencia. Porque, ¿qué omitió para enseñarte el camino de la salud? ¿qué auxilios y qué gracias te escaseó para que pudieses amarle libre de asechanzas y de peligros? Solo con que consideres que para este fin envió á su Hijo unigénito al mundo, para este fin se escribieron los evangelios, predicaron los apóstoles, y sufrieron tantos santos el martirio, basta para que formes un concepto justo del sumo aprecio y estimacion con que mira Dios este negocio.

Esto que se dice respecto de Dios, debe tener una fuerza mucho mayor respecto de tí mismo; porque ¿qué cosa puede haber en los cielos ni en la tierra que te pueda interesar tanto como la salud de tu alma? En esta materia no se trata de un bien particular, cuya pérdida desconcierte por un momento y transitoriamente tus dichas. Se trata de un bien que reune en si todos los bienes: de un bien que te puede hacer enteramente venturoso, y su pérdida eternamente desventurado: de un bien, en fin, que, una vez per-

dido, llegas á perder hasta la misma esperanza, que es el último de todos los bienes y el único consuelo que queda al infeliz y al pecador en medio de los mayores males. Y debes considerar que, cuando trabajas por la salud de tu alma, trabajas para ti exclusivamente; adquieres un bien que únicamente se ha de refundir en sola tu persona; y un bien, finalmente, que él solo basta para asegurar todas tus dichas. Y siendo esto así, ¿serás tan necio, que pierdas el sueño y la comodidad por adquirir los bienes del mundo, despreciando este que tanto te interesa? ¿pondrás todavía todos tus anhelos en que tus herederos queden ricos, en que tu familia viva con opulencia, en que admiren tus conciudadanos tu zelo en solicitar el bien del estado, y otros bienes que tampoco te pertenecen, y únicamente has de descuidar de la salud de tu alma?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no basta estar persuadidos de la importancia de la salud de nuestra alma si en todas nuestras obras no nos la proponemos por objeto, dirigiendo á este fin todos nuestros desvelos y todos nuestros cuidados.

Así como nada aprovecha creer todos los misterios de la religion, y dar un firme asenso á las verdades reveladas, si no confirman las obras la sinceridad de nuestra creencia; de la misma manera se puede decir que nada importa conocer que la salud del alma es el bien mas apetecido de Dios, y mas importante para nosotros, sino hacemos ver en las obras la eficacia de esta persuasion. Por tanto, precisados en este mundo á formar sociedad con los demás hombres, y á tratar una multitud de negocios, que pueden servir para nuestra salud eterna, ó para nuestra eterna condenacion, debemos estar alerta, y preguntarnos á nos-

otros mismos en el principio, en el medio y al fin de nuestras obras: ¿qué provecho puede traerme esto para la salud de mi alma? Por este medio, lograrás dirigir al fin mas interesante de toda tu vida las cosas mas mínimas, que, por despreciables que sean, pueden tener gran conducencia para adquirirte el bien de los bienes. Este es un medio de los mas poderosos para evitar los pecados, y convertir en obras útiles para la vida eterna las acciones mas indiferentes. Pregúntate al tiempo que te preparas para un festin ó para asistir á un espectáculo: ¿qué provecho me resultará de estas diversiones para la salud de mi alma? En los negocios que te ves precisado á tratar por tu oficio, por tu empleo, ó por tu estado; en la educacion de tu familia, en las conversaciones familiares y en todas las acciones de la vida, pregúntate: ¿qué beneficio podrá producirte esto para la salud de tu alma? Yo sé que, si tu corazon no es mas insensible que el bronce, y tu obstinacion igual á la de un precito, esta sola pregunta ha de poner freno á tus pasiones, y alejarte de los precipicios. Porque ¿cómo es posible que se dejasen los hombres correr tan á rienda suelta tras su perdicion, si tuviesen presente el único negocio de su vida, que es la salud de su alma? ¿cómo es posible que la mujer profana fijase su atencion en los adornos lascivos, si al tiempo de ataviarse se acordara de que habia nacido para una felicidad eterna y para salvar una alma redimida con la sangre de Jesucristo?

Nada le aprovecha al hombre, se dice en el evangelio de san Mateo (cap. 16), *adquirir todos los bienes del mundo, si su alma padece algun detrimento.* Esta verdad tan sólida y tan luminosa, que se hace entender por sí misma, te está apremiando en todas las acciones de tu vida. Por tanto, todas ellas las debes dirigir á este importante fin, porque, como dice san

Juan Crisóstomo (Homil. 2 in Joan.), *es la mayor de todas las locuras el que velando continuamente nuestro comun enemigo para la perdicion de nuestras almas, nosotros por el contrario hayamos de estar dormidos, sin poner igual diligencia por nuestra salud, á la que para nuestra perdicion pone el demonio. Este dragon infernal anda al rededor de nosotros,* dice el apóstol san Pedro, *como un leon embravecido para devorarnos.* En las acciones mas minimas de nuestra vida nos tiende lazos y asechanzas, de consiguiente se necesita toda nuestra vigilancia y toda la gracia de Dios para eludir sus artificios. De aquí se infiere que todas tus obras, todas tus acciones, todos tus pensamientos y conatos los debes dirigir á un solo objeto, que es la salud de tu alma.

JACULATORIAS.

Deus vult omnes homines salvos fieri. 1 ad Timoth. cap. 2.

Mi Dios desea sencillamente la salvacion de todos los hombres, y para conseguirla les ha dado los medios necesarios.

Pereat mundi lucrum, ne fiat animæ detrimentum. S. Eucher. epistola ad Valer.

Perezca, pues, y huya de mi toda ganancia de los bienes del mundo, con tal que mi alma no padezca detrimento.

PROPOSITOS.

El negocio del alma no solamente es el primero y principal entre todos los negocios, sino que es el *único y el necesario.* El mismo Jesucristo pronunció esta verdad en casa de Marta defendiendo la inaccion de María, acusada de su hermana, porque no atendia á los

negocios de la casa, y se ocupaba únicamente en oir la celestial doctrina á los piés del Salvador. *Marta, Marta,* le dijo, *andas demasiado solícita en los negocios del mundo, y su muchedumbre te distrae y te fatiga; ten entendido que una sola cosa es necesaria, y que María eligió esta, que es la salud del alma, la cual le ha de durar para siempre.* Estas palabras te enseñan que entre todas las cosas del mundo no hay nada que no te sea superfluo sino la salvacion de tu alma. Esa dignidad que tanto apeteces y que pretendes lograr por medio de bajezas y de injusticias, de ninguna manera te es necesaria. Esas riquezas que apetece tu corazon; ese lujo en que tanta satisfaccion encuentra tu alma; esas delicias en que vives engolfado; esa sabiduría de que vanamente te precias y que realmente es ignorancia delante de Dios; esa frágil hermosura tan expuesta á la corrupcion, y que ha de ser pasto de gusanos en un sepulcro; esa gloria, ese honor y esa fama que te alucinan hasta el punto de despreciar tu vida y tu salvacion; nada de eso te es necesario, antes bien todo ello te es nocivo. De aquí puedes inferir cuáles deberán ser tus propósitos en este dia; deben ser sin duda la salvacion de tu alma. Este solo objeto debes proponer á todas tus acciones, y reflexionar lo que dice Hugo de San Victor: *Jesucristo murió una vez por tu salud; si llegas á perderla, no hay otro Cristo que vuelva á padecer muerte y pasion para que puedas recuperarla.* Hasta este punto, ó Dios mio, he andado disipado, poniendo mi atencion en los bienes pasajeros del mundo que nada me interesan. Vos, por vuestra divina misericordia, me habeis hecho conocer lo errado de mi conducta. Sin vos no hay bien que pueda llamarse propiamente tal. El que no os posee, aunque obtenga todos los bienes del mundo, es verdaderamente pobre. El que á vos os pierde, todo lo perdió y se perdió á sí mismo. De aquí adelante vos seréis el

único objeto de mis fatigas, y el norte seguro adonde se dirijan mis esperanzas. Teniéndoos á vos, tendré segura la salvacion de mi alma, y podré confiar que cooperaré tambien á la de mis prójimos. No se apartará de mi memoria lo que dice vuestro divino espíritu en el Eclesiástico (cap. 14): *El que para sí es malo, ¿para quién podrá ser bueno?* Si yo desprecio mi salvacion, ¿cómo será posible que procure la de mis hermanos? Echad, Dios mio, vuestra soberana bendicion sobre estos pensamientos que me inspira vuestra misericordia, y dadme gracia para permanecer firme en estos santos propósitos.

DIA ONCE.

SAN TÁRACO, PROBO Y ANDRÓNICO, MÁRTIRES.

San Táraco fué romano, es decir, gozaba derechos y privilegios de ciudadano romano. Nació en Claudiópoli de Isauria, y fué hijo de tropa. Era de setenta y cinco años de edad, y habia servido en los ejércitos de los emperadores con el nombre de Víctor; pero haciéndose cristiano, dejó el servicio, pidiendo licencia á su capitan que se llamaba Polibion.

Probo, de menos edad que Táraco, aunque era originario de la provincia de Tracia, nació en la de Panfilia, y sin embargo de ser de familia humilde y plebeya, era hombre rico; pero todo lo dejó por dedicarse únicamente al servicio de Dios.

Andrónico fué de nacimiento mas ilustre; debiólo á una de las casas mas calificadas de la ciudad de Éfeso; era jóven, bien dispuesto y de mucho talento. No se

sabe por qué casualidad ó aventura los juntó á todos tres la divina Providencia; solo se sabe que por los años de 304, poco despues que se publicaron los edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiano contra los cristianos, dos arqueros ó dos alguaciles, llamados Eutolmio y Paladio, presentaron á Máximo, gobernador de Cilicia, aquellos tres extranjeros por haber confesado desde luego que eran cristianos. Dió principio el gobernador á su interrogatorio por el mas viejo, y le preguntó cómo se llamaba. *Llámome cristiano*, respondió Táraco. *Impío*, replicó Máximo, *no te pregunto tu profesion, sino tu nombre. Mi nombre es cristiano, porque lo soy*, repuso Táraco. Irritado el gobernador, mandó descargar crueles bofetadas sobre su venerable rostro; no cesando de exhortarle á que tuviese lástima de su ancianidad, y tratase de rendir culto á los dioses á quienes adoraban los emperadores. *Y porque los emperadores quieran adorar á los demonios*, respondió Táraco, *¿tengo de adorarlos yo? No hay en el cielo ni en la tierra mas que un solo Dios; á este adoro; á su santa ley me rindo, la guardo y la obedezco. Infeliz y miserable*, replicó Máximo, *¿hay otra ley que la del príncipe? Y como que la hay*, respondió el santo mártir; *la ley de Dios que condena vuestra impiedad. Despójenle de los vestidos*, dijo colérico el tirano, *despedácenle el cuerpo á azotes para ver si sana de su locura. La mayor prueba del juicio y de la cordura de los cristianos*, respondió Táraco, *es sufrir todos los tormentos y la misma muerte por amor de Dios y de su único hijo Jesucristo. Luego tú adoras dos dioses*, le arguyó Máximo; *y si adoras dos, ¿qué razon tendrás para no adorar á los nuestros? No lo permita Dios*, respondió el santo; *á uno solo adoro cuando adoro al Hijo, que es en todo igual y consubstancial á su Padre. Para conocer este misterio, es menester ser cristiano; sin fe ni se puede discurrir, ni se puede hablar*

de Dios como se debe. Indignado el juez con tan animosas como desengañadas respuestas, mandó que le cargasen de cadenas, y le encerrasen en un calabozo.

Mandó despues que se presentase Probo, y en tono colérico le dijo: *¿Serás tú tan mentecato como tu compañero, que quieras preferir la muerte al amor del soberano? ¿Cómo te llamas? El nombre con que me honro mas es el de cristiano,* respondió el generoso confesor de Jesucristo; *¿para qué quieres saber otro? El de Probo que los hombres me impusieron nada significa. Por lo demás, te diré con tu licencia que no hay mayor juicio ni mayor discrecion que conocer, amar y servir á un solo Dios verdadero, como ni mas lastimosa locura, ni mas insigne mentecatez que adorar por dioses á unos inanimados ídolos, obras sin espíritu que fabricaron las manos de los hombres.* La única respuesta del tirano fué mandar que le tendiesen sobre el potro, y que le despedazasen á azotes con nervios de bueyes; crueldad que se ejecutó con tanta violencia, que todo el pavimento quedó cubierto de sangre. *Tus ministros,* dijo el santo con semblante apacible y siempre sereno, *tus ministros hacen conmigo oficio de médicos, los cuales sajan para curar; muy agradecido les estoy por la exactitud y por el ardor con que obedecen lo que les mandas.* Rabioso Máximo por la serenidad que mostraba el santo mártir, le dijo como por mofa: *Lástima es que no esté aquí presente Dios para que te cure tus llagas y te dé algun refrigerio. Presente y muy presente está,* respondió Probo, *de que es buena prueba no solo la paciencia, sino el consuelo con que sufro mis dolores. Este mi Dios es el que me fortalece, el que me consuela, el que me asiste actualmente, y el que tambien me asistirá, si fuere su voluntad, hasta el último aliento de mi vida.* Reventando el tirano de cólera y de despecho, mandó que le quitasen del potro, que le cargasen de cadenas, que le encerrasen en el calabozo, y que le

metiesen en el cepo hasta las troneras ó los agujeros del cuarto órden, especie de tormento verdaderamente horrible.

Demetrio, capitan de una compañía de soldados que estaba de guarnicion en la ciudad, le presentó á Andrónico, el tercero de los santos mártires, el mas jóven de todos, pero no menos esforzado ni menos ansioso del martirio que sus dos compañeros. Luego que Máximo le vió, se sintió inclinado á amarle, y movido de compasion, dió principio al interrogatorio en la fórmula ordinaria, preguntándole blanda y cariñosamente su nombre, su calidad y el lugar de su nacimiento. *Mi nombre es Andrónico,* respondió el generoso mancebo, *mi patria Éfeso, y mi calidad muy conocida en aquel numeroso pueblo; pero el verdadero nombre, la verdadera calidad y la verdadera nobleza de que únicamente me precio es de ser cristiano. Ya veo, querido mio*, replicó el gobernador, *que esos dos insignes embusteros que acabo de castigar trastornaron tu buen juicio con sus hechizos y con sus encantos; pero, hijo, no puedo creer que un jóven de tan bello entendimiento como tú se quiera exponer á sangre fria y por su gusto á los mas crueles tormentos y á una muerte ignominiosa. Si tengo ese bello entendimiento como supones*, respondió Andrónico, *y si no he perdido el buen juicio que me atribuyes, debo despreciar esos tormentos, y aun esa ignominiosa muerte, que dura pocos instantes, por no incurrir en la muerte y en los tormentos eternos, destinados á los idólatras y á los enemigos del nombre cristiano.* No esperaba Máximo esta respuesta; pero aunque interiormente se irritó con ella, disimulando su enojo, le dijo con blandura: *Perdono á tu inconsiderada juventud una respuesta tan extravagante; pero, hijo, dejémonos de palabras, es menester sacrificar en este mismo punto á los dioses de los emperadores, que fueron tambien los dioses de nuestros abuelos; porque no*

se ha de decir en mis dias (aquí levantó la voz en tono bronco, sañudo y enfurecido), *no se ha de decir en mis dias que una desdichada secta de miserables cristianos se nos venga delante de nuestros mismos ojos á menospreciar los dioses del imperio, y á pretender que mudemos de religion. Jóven soy,* respondió el santo modesta y respetuosamente, *jóven soy, es verdad, pero tengo la dicha de ser cristiano, y la fe suple la falta de los años. Si tú conocieras como yo la impiedad del paganismo, la imposibilidad de muchos dioses, la verdad, la sabiduría y la santidad de la religion cristiana, lejos de exhortarme á rendir adoraciones á unos dioses sin otro ser que el que les fingió la fábula, Máximo, tú mismo te harias luego cristiano.* Convirtióse en furor la ternura del tirano, y mandó que, despojándole al punto de sus vestidos, le colgasen de la garrucha. Compadecido el capitan Demetrio, le quiso exhortar á que se aprovechase de la inclinacion que el gobernador le profesaba; pero Andrónico se burló de sus exhortaciones. Hallábase presente cierto alcaide de una de las cárceles, llamado Atanasio, y movido tambien de lástima, se empeñó en persuadirle á que sacrificase, valiéndose de las razones mas fuertes y mas tiernas que le pudo inspirar la compasion. *Créeme, querido mio,* le decia, *obedece al gobernador, y no te obstines en perderte; sigue mi consejo, pues ya ves que por los años pudiera ser tu padre. No porque seas mas viejo, eres mas cuerdo,* respondió Andrónico, *pues me aconsejas que ofrezca sacrificios á los troncos y á las piedras en menosprecio del verdadero Dios, mi criador, mi soberano juez, y que tambien lo ha de ser tuyo.* No se atrevió Atanasio á replicarle; pero el gobernador mandó á los verdugos que le atormentasen cruelmente en las piernas, donde siempre es mas vivo el dolor. Con efecto, le sintió vivamente el santo mártir, y tanto, que, no pudiendo disimular, protestó que, aunque era grande el dolor

que padecia, le toleraba con gusto por la confianza que tenia en la misericordia y en la bondad del Señor. *Créeme, hijo mio*, le dijo el gobernador por última señal de compasion, *déjate de ese capricho, adora desde luego los dioses que adoran los emperadores, y yo te prometo que muy en breve experimentarás los efectos de su benevolencia y de su favor. Respeto, como debo, á los emperadores*, respondió Andrónico; *pero detesto y detestaré siempre su falsa religion, pues les enseña á adorar á los demonios y á ofrecerles sacrificios.* Mostróse Máximo extrañamente irritado con esta última respuesta de nuestro santo, y mandó á los verdugos que le surcasen los costados con uñas ó con garfios de acero; que le echasen sal en las llagas, y que despues se las frotasen con cascotes de hierro viejo, amenazándole que cada dia le haria padecer nuevos tormentos. Mostró entonces Andrónico mas valor y mas constancia que nunca, protestando que, lejos de acobardarle los tormentos, le alentaban y le fortalecian mas y mas; y que, teniendo colocada toda su confianza en solo Dios, con igual desprecio trataba sus amenazas que sus suplicios. Era ya todo su cuerpo una sola llaga; y en este estado mandó el juez que le echasen al cuello y á los piés una gruesa cadena, y que le encerrasen en un oscuro calabozo, con órden expresa de que ninguno entrase á verle ni á curarle, para que, enconadas y encanceradas las llagas, se viniese á podrir vivo.

Pasó Máximo de la ciudad de Tarso á la de Mopsuesta, adonde mandó le siguiesen los tres ilustres prisioneros con resolucion de tentarlos en otro segundo interrogatorio, y no sin esperanza de que el tiempo los habria hecho mas dóciles, y los hallaria menos constantes. Fué presentado el primero san Táraco, á quien le dijo el gobernador que, habiéndole dado aquel tiempo para que pensase mejor lo que le

tenia cuenta, no dudaba encontrarle ahora mas arrimado á la razon que en la primera audiencia. *Acuérdate que soy cristiano,* le respondió Táraco, *y los cristianos cuanto mas lo piensan mas cristianos son, mas firmes se mantienen, y con mayor intrepidez desprecian los suplicios.* Mandó el tirano que le hiciesen pedazos los dientes y las mandíbulas á crueles golpes de una dura piedra, y que tendido en el potro le despedazasen á azotes. *Haz de mi cuerpo lo que quisieres,* dijo el santo mártir mientras duró este suplicio, *Dios es mi fortaleza, y en él espero burlarme de tus tormentos.* Abrasáronle las manos sin que se observase en él ni el mas leve movimiento de impaciencia. Colgáronle cabeza abajo, cayendo esta perpendicularmente sobre un humo tan espeso como hediondo. *Si me burlé de tu fuego,* dijo entonces Táraco al gobernador, *¿qué caso he de hacer de tu humo?* Derramaron sal y vinagre sobre sus llagas; y cansando ya á Máximo la heróica constancia del invicto mártir, mandó que le restituyesen á la cárcel, diciéndole que le quedaba preparando nuevos y mas atroces suplicios.

Presentóse Probo á la segunda audiencia con mayor despejo y aun con mayor resolucion en sus respuestas que habia salido á la primera. Aplicáronle planchas de hierro ardiendo á todo el cuerpo, y sin embargo de que tenia ya tostada toda la piel, dijo que no era cosa lo que calentaba. Despedazaron sus carnes hasta que se descubrieron los huesos: cansó el generoso mártir á los verdugos, y dijo al juez que, si no tenia mas tormentos que aquellos era poquita cosa para derribar la constancia de los cristianos; y que, si queria experimentar hasta donde llegaba el poder del Dios que estos adoraban, era menester que inventase nuevos suplicios. Reventaba Máximo de cólera al ver la burla que hacian los santos mártires tanto de sus dioses como de sus tormentos; y no sa-

biendo ya de qué tormento echar mano, ordenó que le rasasen el pelo á navaja, y le echasen carbones encendidos sobre la cabeza; suplicio que no alteró un punto la paciencia ni la serenidad de Probo, y con esto le restituyeron á la cárcel.

Salió al tribunal Andrónico, y el juez le quiso persuadir que ya en fin sus compañeros se habian reducido á sacrificar á los dioses, y que ahora solo atendia á curarles las heridas. Sonrióse el santo, y le respondió: *Pues las mias ya están curadas; y así no tengo necesidad de ofrecerles sacrificio. Aquí me tienes pronto á sufrir nuevos tormentos por amor de aquel Señor que me curó, y por cuya gloria combatieron generosamente mis amados compañeros.* Quedó Máximo extrañamente sorprendido cuando le vió del todo sano, jurándole el carcelero que ningun hombre mortal habia llegado á él; y pareciéndole preciso al santo publicar el verdadero autor de aquella maravilla, le dijo: *No te admires, señor, de verme sano y robusto; esta ha sido obra de mi Dios, aquel médico celestial y todopoderoso, que con sola su palabra nos cura de todos los males cuando es su voluntad.* No se detuvo el gobernador en profundizar mas la materia, y dijo al santo que á Táraco y Probo les habia salido cara la terquedad en negar el culto á los dioses inmortales y la debida obediencia á los emperadores, y que esperaba que Andrónico seria mas cuerdo, escarmentando en cabeza ajena, y concluyó: *Ello de grado ó por fuerza es preciso obedecer; y si lo hicieres de tu buena gracia, te ahorrarás muchos tormentos. En tus manos me tienes,* respondió el santo, *como víctima dispuesta á ser sacrificada en holocausto del Dios vivo; acaba el sacrificio cuando te pareciere.* Ya no guardó medidas el tirano á vista de la magnanimidad del santo mártir. Mandó que le amarrasen á cuatro palos ó estacas, y que, en esta postura, entre colgado y ten-

dido, despedazasen su cuerpo con crueles azotes de vergas y de ramales armados con unas bolas de plomo. Mostróse Andrónico con inalterable tranquilidad; y cansado Máximo de atormentarle, ordenó que le restituyesen á la cárcel, y le encerrasen en el mas profundo calabozo, sin que á nadie se le permitiese hablarle ni verle.

De Mopsuesta se trasfirió el gobernador á Anazarbo, adonde mandó que le siguiesen tambien los santos prisioneros, y cuando llegó el dia de audiencia pública, los hizo comparecer. Preguntó á Táraco si se mantenia tan fiero y tan indiferente en Anazarbo, como lo habia estado en Tarso y en Mopsuesta. *Los cristianos*, le respondió el santo, *no conocemos la fiereza; mas por lo que toca á la indiferencia, te equivocas mucho; lejos de mirar yo con ella los tormentos, ninguna cosa deseo con mayor ansia que padecer muchos por el amor de Dios y por la gloria de su nombre. Ya te entiendo*, replicó el tirano, *sin duda querrias tú que te mandase cortar la cabeza. Nada menos*, respondió Táraco, *todo lo contrario; antes bien me darás el mayor gusto en prolongar el combate para que sea mas gloriosa la corona. Serás servido*, repuso Máximo, *porque no creas que te he de condenar á morir de golpe; irás muriendo á pausas y por partes, de modo que regalaré á las fieras con lo poco que quedare de tu cuerpo. Sin duda esperarás que, despues de muerto, vendrán unas buenas mujeres, y le embalsamarán; pero yo daré providencia. Vivo y muerto*, replicó el santo, *podrás hacer de él lo que quisieres, ese es negocio que me da muy poca pena.* Mandó el tirano que le cortasen los labios y le sajasen la cara; hecho esto, que con una navaja le levantasen el pellejo de la cabeza, y que debajo le echasen carbones encendidos; que despues le aplicasen una barra de hierro ardiendo debajo de los sobacos, y le metiesen otra igualmente penetrada de

fuego por el estómago; sin que en toda esta bárbara carnicería, que causaba horror á todos los circunstantes, se le escapase al santo mártir ni el mas leve indeliberado movimiento de impaciencia.

Entraron tambien los santos Probo y Andrónico al tercer interrogatorio, y poco mas ó menos sufrieron los mismos tormentos, triunfando en ellos la fe con nueva intrepidez, y con nueva generosa constancia. Hizo el tirano colgar á san Probo cabeza abajo; mandó aplicarle á los costados barras de hierro ardiendo, y taladrarle manos y piés con agujas encendidas, rindiendo el santo mártir mil gracias al Señor porque aquellas sangrientas llagas le traian á la memoria las que Jesucristo habia padecido por él. No fué atormentado Andrónico con inferior crueldad; y porque en todos los tormentos no cesaba de bendecir al Señor, mandó Máximo que le cortasen los labios, que le arrancasen los dientes y que le cortasen la lengua. Dió despues órden de que así los dientes, como la lengua fuesen arrojados en el fuego hasta que se hiciesen ceniza, y que esta ceniza se esparciese por el aire, *para que no vengan despues los supersticiosos cristianos,* añadió, *á recoger estos infames despojos para conservarlos despues como preciosas reliquias.* Tan comun era ya entonces la persuasion de que los fieles veneraban á los santos mártires, honrando con devoto respeto todo cuanto les habia pertenecido.

Al salir de la audiencia, mandó el gobernador publicar que el dia siguiente habia combate de fieras y gladiadores, cuya voz atrajo el gentío de todo el contorno. Como los santos mártires no se podian mover por sí mismos, fueron conducidos en hombros ajenos y colocados en medio del circo. Luego que entró Máximo en el anfiteatro, mandó que soltasen de una vez muchas fieras contra ellos, pero ni una sola los tocó. Bramando de rabia y de furor, el tirano dió ór-

den de que les echasen las mas feroces y las mas hambrientas. Abrieron la jaula á una ferocísima osa, que salió al circo respirando saña, y parecia que iba á hacerlos pedazos á todos; pero cuando estuvo á distancia de dos pasos de los mártires, se paró de repente, dió dos ó tres vueltas al rededor de ellos bajando como por respeto la cabeza, encaminóse adonde estaba Andrónico, y echándose á sus piés, comenzó á lamerle blandamente las heridas. Resonaron en todo el anfiteatro gritos de aplauso y de admiracion; tanto, que, no pudiendo Máximo disimular ni su confusion ni su enojo, mandó que matasen á la fiera á los piés del mismo santo. Salió, en fin, una leona que con sus espantosos rugidos llenó de miedo y de terror á todos los circunstantes; pareciòles á todos que veian ya el instante en que los mártires iban á ser sangriento y menudo destrozo de sus garras; pero quedaron atónitos y embargada la voz con el asombro cuando vieron que la fiera, olvidada de su ferocidad y de su hambre, despues de pararse un rato á mirar á los tres campeones con apacibilidad y con sosiego, se fué á postrar blandamente á los piés de san Táraco, bajando la cabeza como en señal de lo mucho que le respetaba. Ya no pudo el circo reprimir los alaridos en que le hizo prorumpir la admiracion de aquel prodigio, pero el tirano, mas fiero que la fiera misma, la mandó irritar para que entrase en furor. Consiguiólo; pero fué para hacer pedazos á los que la irritaban : lo que visto por el gobernador, dió órden para que prontamente la encerrasen en la jaula; y rezelando algun motin popular, ordenó á los gladiadores que matasen á los santos; los cuales, levantando los ojos al cielo, y suplicando al Señor se dignase aceptar el sacrificio de su vida, consumaron con la espada su glorioso martirio el dia 11 de octubre.

Retiróse Máximo, dejando un cuerpo de guardia de

diez soldados para que los cristianos no se apoderasen de los santos cuerpos; pero estos, que habian sido testigos de todo desde el lugar donde estaban escondidos, pidieron fervorosamente al Señor les facilitase medio para lograr la posesion de aquellas santas reliquias. Inmediatamente fué oida su oracion; porque en el mismo punto se levantó una horrible tempestad, acompañada de un furioso terremoto, que puso á los guardias en precipitada fuga. Pero como era de noche, y muy de intento habian dejado mezclados y confundidos los cuerpos de los tres mártires entre los gladiadores y gentiles que fueron despedazados, se hallaron los fieles con este nuevo embarazo; y para salir de él, recurrieron segunda vez á la oracion. Fué tan eficaz como la primera; porque de repente vieron desprenderse del cielo un brillante globo de luz en figura de estrella, que sucesivamente se fué colocando y como descansando sobre los tres santos cuerpos, de lo que dan testimonio los mismos cristianos en las actas que inmediatamente dispusieron; y guiados de la misma luz, los condujeron á un monte, donde los enterraron en la concavidad de un peñasco, oportunamente abierto para servirles de sepultura, y cerraron bien la entrada, muy persuadidos de las diligencias y pesquisas que haria el gobernador para descubrir los santos cuerpos. Con efecto, por tres dias enteros los hizo buscar con exquisitas diligencias, y condenó á muerte á los guardias por haberlos dejado robar. Luego que el tirano se ausentó, comenzaron los cristianos á tributar pública veneracion á su memoria; y fué tanta su destreza, que lograron sacar de la misma secretaría del gobierno los autos originales de sus tres interrogatorios, á los que añadieron todo lo sucedido despues del último, y estas actas las comunicaron á los cristianos de Iconia, de Pisidia, de Panfilia, y á toda la iglesia de Oriente.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Tarso de Cilicia, la fiesta de san Táraco, san Probo y san Andrónico, mártires, que en la persecucion de Diocleciano sufrieron largo tiempo los horrores de la cárcel, y padecieron por tres veces tormentos y suplicios diferentes, llegando al cabo á la corona de la gloria confesando á Jesucristo por quien se dejaron cortar la cabeza.

En el país Vexino, el suplicio de san Nicasio, obispo de Ruan, de san Gerino, presbítero, de san Egobilo, diácono, y de santa Pienza, vírgen, mártires bajo el presidente Fescenino.

Como igualmente, el martirio de san Anastasio, presbítero, san Plácido, san Genesio, y de sus compañeros.

En la Tebaida, san Sármato, discípulo de san Antonio, abad, á quien los sarracenos quitaron la vida por Jesucristo.

En Besanzon de Francia, san German, obispo y mártir.

En Uzés en la Galia Narbonense, san Fermin, obispo y confesor.

En Escocia, san Kenny, abad.

En Lira de Bélgica, el tránsito de san Gomer, confesor.

En tierra de Rennes, san Emiliano, confesor.

En Tarso de Cilicia, las santas matronas Zenaida y Filonila, hermanas, parientas del apóstol san Pablo, y sus discípulas en la fe.

En Verona, santa Placidia, vírgen.

En Meaux, el natalicio de san Santino, obispo.

Este mismo dia, san Caulino, obispo, venerado en Vannes.

En Turena, la muerte de san Venanto, abad.

En Fontenay en el Limosin, san Morino, monje, cuyo nombre lleva una iglesia abacial en Agenois.

En Lagny, diócesis de Paris, san Ansillon, monje.

En Pavilly de Normandía, santa Juliana, vírgen, abadesa de dicho lugar, cuyo cuerpo es venerado en Montreuil del mar en la iglesia de Santa Austreberta.

En Angoumois, san Graulso, confesor.

Este propio dia, san Guenardo, confesor, venerado tanto cerca de Langres como cerca de Noaille en el Poitou.

En Reims, el venerable Brunon, arzobispo de Colonia, cuyo cuerpo se halla en Colonia en la iglesia de San Pantaleon.

En Ostreloo cerca de Brujas, el venerable Querlino, solitario.

En Etiopia, san Miguel el Aragave, es decir, el Anciano, uno de los nueve principales propagadores de la fe en aquel país, despues de san Frumencio.

En Salerno, san Gramacio, obispo, cuyo cuerpo está en San Bonoso.

En Como, san Eupilo, obispo, cuyas reliquias se hallan, la mitad en la catedral llamada Santa María la Nueva, y la otra mitad en San Abondo.

En la Lagenia en Irlanda, san Forquerno, obispo.

En Berking en el condado de Essex cerca de Londres, santa Etelburga, abadesa de dicho lugar.

En el condado de Ast, san Eufroy, monje, cuyo cuerpo es venerado en la catedral de Alba: hay tambien una iglesia de su nombre en Querasque.

En la diócesis de Benevento, san Paidon, abad de San Vicente de Vulturno, cuya vida ha sido escrita por san Auperto.

En Bitinia, el fallecimiento de san Teófanes el Grapto, obispo, compositor de muchos himnos en loor de muchos santos.

Este propio dia, el bienaventurado Jacobo el Aleman, pintor de vidrios, y luego jacobita.

La misa es en honra de los santos, y la oracion la siguiente:

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Taraquii, Probi et Andronici natalitia colere; da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum....

O Dios, que nos haces el favor de que celebremos el nacimiento al cielo de los santos mártires Táraco, Probo y Andrónico, haznos tambien el de que gocemos en su compañía de la eterna bienaventuranza. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 11 *de la que escribió san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, exstinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum: acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos. Alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii veró ludibria et verbera experti, insuper et vincula et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt, cir-

Hermanos: Los santos por la fe vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedaza-

cuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti: quibus dignus non erat mundus: in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

dos, tentados, pasados á cuchillo; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; necesitados, augustiados, afligidos: hombres, que no los merecia el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

«En este capítulo 11 de la epístola á los Hebreos explica el Apóstol la naturaleza, hace el elogio y declara los maravillosos efectos de la fe. Por ella hicieron tantos prodigios los patriarcas y los profetas; y por ella, dice, llegaron todos los santos al colmo de la gloria, y á la posesion de la suprema felicidad.»

REFLEXIONES.

Por la fe sujetaron los santos á los reinos. No solo vive el justo por la fe, sino que ella, bien se puede decir así, es el móvil mas comun de sus mayores acciones. Ella les infunde aquel gran valor; ella les comunica el espíritu de discrecion, ó la discrecion de espíritus; ella quita el disfraz á los objetos mas engañosos; ella descubre la falsedad de las brillanteces aparentes, y sola ella, por oscura, por apagada que esté, produce en el entendimiento los tales cuales rayos de luz legítima y verdadera.

Tenemos poco amor de Dios, poca confianza en Dios, poca virtud y poco valor, porque tenemos poca fe; el que cree con tibieza, obra con flojedad y procede con cobardía. No digamos ya que es áspero el

camino del cielo, que es pesado el yugo del Señor, que son amargos los frutos de la cruz, que son dificultosos los mandamientos de la ley, que esta es rigurosa y austera. Digamos que nuestra fe está casi apagada, que está agonizando. Para una fe viva y robusta nada hay dificultoso.

Discurramos á proporcion sobre la fe divina, como discurrimos sobre la fe humana y natural. Por los efectos se ha de hacer juicio de la fe.

¿Porqué aquel hombre del mundo está hecho esclavo del trabajo? ¿porqué aquella congojosa servidumbre de las menores obligaciones del oficio ó del empleo? ¿porqué aquella servil sujecion al negocio, al despacho, á la corte y al servicio? Porque se cree que es el medio seguro de adelantarse, ó que acaso puede ser el único para hacer fortuna. Cosa dura es arrancarse de la dulce compañía de sus padres; separarse de lo que mas se ama en este mundo; ir á exponer la vida á mil peligros, á la inconstancia de las olas, á la violencia de los vientos, al furor de las tempestades. Pero se cree que es necesario aquel viaje para los negocios, para los intereses, para el adelantamiento de la familia; pues ya no se pide consejo ni al gusto, ni á la inclinacion, ni á la delicadeza. Sirve al rey un jóven oficial, heredero acaso de ricos mayorazgos, única esperanza de toda la familia; mándanle penetrar por una brecha, asaltar una plaza, atacar al enemigo: ¿con qué desprecio seria oido de sus compañeros si dijera soy mayorazgo, soy heredero, soy hombre de distincion, soy mozo, estoy en la flor de mi edad, no puedo con esos trabajos, ni me quiero exponer á tantos peligros? Es cierto que la condicion es un poco dura, pero no importa; antojósele al mundo hacerla ley del honor y punto de honra: ¿se cree necesaria para hacer fortuna, para hacer la corte, para ganar la gracia del soberano? Pues sea ó no sea

dura la ley, ni siquiera delibera; ciega, intrépidamente se sujeta un hombre á ella. Hágase ahora la aplicacion de estas verdades prácticas, y váyase discurriendo menudamente por los efectos de nuestra fe.

Esos grandes de la tierra, esos dichosos del siglo, esos hombres llenos de orgullo, de vanidad y de ambicion; esos que solo se apacientan de quiméricas grandezas; que solo profesan sujecion á sus pasiones; que hacen ídolo y altar de su concupiscencia; que gastan los dias de la vida, no ya entregados, sino sumergidos, anegados en delicias, en regalos, y en pasatiempos; todas estas personas ¿creen en un Dios crucificado? ¿creen las verdades mas terribles de la religion? ¿entran en el objeto de su fe las máximas de Jesucristo? ¿creen que el Evangelio debe ser la regla de su conducta?

Esa mujer cortesana, ocupada únicamente en sus gustos y en sus cortejos, que va envejeciendo en el juego, en el baile y en el teatro, ¿cree por ventura que para ser discípula de Cristo es indispensable renunciarse á sí misma? ¿que una vida cristiana necesariamente ha de ser una vida humilde y mortificada; que las diversiones del mundo, por lo comun, están emponzoñadas; que en él todo es lazos, todos escollos y todo precipicios? Viviéndose, como generalmente se vive hoy en el mundo, ¿habrá quién responda por la fe de los mas de los cristianos?

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia IX, pág. 216.

MEDITACION.

DE LA HIPOCRESÍA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay vicio mas despreciable, ni que con efecto sea tampoco mas universalmente despreciado que la hipocresía. Tan odiosa es á Dios y á los hombres; á Dios de quien se burla, y á los hombres de quienes se quiere burlar. Dios atiende al corazon, quiere el corazon, pretende ser adorado en espíritu y en verdad; y todo lo que no va sincero, puro y derecho, todo lo reprueba. El hipócrita hace iguales á Dios y á los hombres, pues á todos pretende engañar igualmente con el mentido disfraz de un artificio exterior; ó lo que no es menos verdad, nada se le da por Dios, siendo todo su fin engañar á los hombres con apariencias que deslumbran. No cabe impiedad mas sacrílega que valerse de lo que está destinado al honor y al culto de Dios para granjearse la estimacion de los hombres. Ejercicios espirituales, oracion, devociones, buenas obras, modestia, humildad y hasta la misma penitencia; estos son los medios que maneja el hipócrita para hacer fortuna entre los hombres, representando en el teatro del mundo una comedia impía, que tarde ó temprano quita la mascarilla á sus actores. Ciertamente es menester que tenga poca religion y una alma muy baja el que quiere ser honrado á título de una virtud que no tiene; y que, en caso de tenerla, torpemente la perderia por aquella impía monada. Por eso, contra ninguna especie de pecadores se declaró mas fuertemente el Salvador que contra los hipócritas: *Væ vobis, hypocritæ!* Esta reprension

dió Jesucristo á los fariseos; reprension que animo con toda la viveza de su zelo, y único punto, dice san Jerónimo, en que el Hijo de Dios parece que se olvidó de su dulzura; reprension que era el asunto mas ordinario de sus divinas instrucciones; pues empleó mas zeloso ardor en combatir la hipocresía de los fariseos, que en atacar los otros vicios de todos los pecadores. Quiere el hipócrita parecer lo que no es, por ahorrarse el trabajo de procurar ser lo que debiera. ¡Buen Dios, y qué desdichado es un hipócrita! Padece todas las molestias de la virtud sin lograr el mérito ni la suavidad; porque cuesta mucho esto de hacer el santo. A manera de aquellos caballeros pobres que quieren ostentarse ricos; piden prestado á todas manos para representar magnificencia en muebles, en gastos y en vestidos; pero al fin no se pueden engañar á sí mismos, y aquella exterior ostentacion está siempre acompañada de desasosiegos y de inquietudes, de torcedores y de sobresaltos. ¿Y cuál suele ser el desenredo de aquella comedia? ¡Qué lágrimas, qué confusion se siguen á aquellas falsas alegrías! No hay que ponerse la máscara de la virtud: ¡qué amarguras, qué despechos, qué gusano roedor se oculta detrás de esta máscara mientras dura la vida! Y á la hora de la muerte, cuando la máscara da en tierra, ¡qué desesperacion de haber hecho tantos gastos, echándolos por el rio abajo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la falsa virtud remeda algunas veces con tanta propiedad la verdadera, que es fácil equivocar una con otra. La disimulacion y el disfraz cuestan poco ó nada al amor propio. Cierto aire de modestia y compostura, un tono de voz meloso y apacible, un exterior devoto y compungido no son

incompatibles con las pasiones mas vivas y mas domésticas. El genio jamás renuncia del todo su derecho, y vuelve á salir al teatro muchas veces. Protesta que quiere ser todo de Dios el que es todo del mundo, todo de su interés y todo de sí mismo. El gusto, ó, por mejor decir, el humor, es la regla de ciertos intérvalos de devocion. Preocupado de la excelencia de aquellas buenas obras que son mas conformes á su genio y se acomodan mas á su gusto, se ejercita en las virtudes morales con vivacidad, por no decir con pasion. Pero entre tanto, se va debilitando la humildad, la caridad, el espíritu de mortificacion, el deseo puro y sincero de agradar á solo Dios; y no estando muy en vela sobre su mismo corazon, todo sirve de cebo al amor propio, á las pasiones y á la vanidad. De aquí nace que se hacen tantos progresos en la propia estimacion, como se cree hacer en la perfeccion y en el concepto de los otros. Entra despues el orgullo, y en echando este raices, no hay que preguntar por qué se perdió aquel pobre hombre; antes se debiera preguntar si era posible que no se perdiese miserablemente entre tanto aparato, entre tanto ruido de virtudes populares. Esta especie de hipocresía es menos grosera, no lo niego; pero ni por eso es menos hipocresía, ni tiene mejor fin. Son pocos los vicios, pocas las pasiones que no puedan servir de mascarilla para disfrazar la virtud. Pero especialmente la herejía nunca dejó esta maniobra; nunca se descuidó en poner en práctica este artificio. ¿Cuándo se vió nacer ni una sola, que no saliese cubierta con esta máscara? Esta es la primera leccion que enseña á sus secuaces Arrio: aquel enemigo declarado de la divinidad de Jesucristo se insinuó en la estimacion de los grandes y del pueblo por medio de una afectada ostentacion de dulzura, de modestia y de virtud. La envidia, la emulacion y la vida ejemplar que profesa

este santo sacerdote, decian sus apasionados, son la única causa de su persecucion. No afectaron menor virtud Eutiques y Nestorio. Pelagio, enemigo mortal de la gracia de Jesucristo, engañó á todos los sencillos con su aire modesto y mortificado. En la boca de Lutero y de Calvino no se oia mas que reforma. Siempre fué la hipocresía la máscara de todos los errores, y el vehículo del veneno que introdujeron las herejías. Pero en vano pretende contrahacer la virtud, y remedar todas las apariencias : por mas que los sepulcros se blanqueen, siempre son sepulcros. Si engaña á la vista su exterioridad, presto entra el desengaño por el olfato y por la podredumbre. Son pocos los hipócritas que logran ser felices hasta el fin, y rarísima vez se ve un hipócrita convertido. Pero aun cuando no se descubran en esta vida los artificios de la hipocresía y los abominables misterios de la iniquidad, se manifestarán en la otra á la faz de todo el universo. Y entonces ¡con qué confusion!

Conozco, mi Dios, la iniquidad, la malicia y la vileza de un vicio tan despreciable y tan despreciado. ¡Cuántas veces he querido yo representarme á los ojos de los hombres muy distinto de lo que soy á los vuestros! Reconozco toda la confusion, tengo un vivo arrepentimiento, y desde luego comienzo á mirar con horror este abominable vicio. Dadme, Señor, vuestra gracia para que en adelante solo me dedique á agradaros á vos y á huir cuidadosamente de todo lo que os desagrada.

JACULATORIAS.

Com rundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis. Salm. 50.

Renueva, Señor, en mí aquella pureza de corazon, aquella intencion recta, sin la cual nada puedo hacer que sea de vuestro agrado.

Væ duplici corde, et peccatori terram ingredienti duabus viis. Eccl. 2.

¡Ay de aquel que es de corazon doble y falaz! ¡ay del pecador que anda en la tierra por dos caminos!

PROPOSITOS.

1. No hay en el mundo cosa que sea mas universalmente despreciada, aborrecida y condenada que la hipocresía; y sin embargo, apenas hay otra mas comun ni mas universal. Pero no siempre es la hipocresía farisaica la que hace el mayor daño: su fealdad es tan de bulto, que todos la miran con execracion, y su misma grosería alborota los ánimos de todos. Hay otra hipocresía mas fina, mas civilizada, mas comun, que á casi ninguno choca, porque reina generalmente en casi todos. Esta es la disimulacion en la vida política, y la contradiccion en la cristiana. ¡Qué protestas tan expresivas de amistad, de estimacion y de respeto entre los hombres! Pero ¿cuántas de ellas son sinceras? ¡Oh y cuántos hipócritas hay en todos los estados! Pero ¿habrá menos en punto de religion? ¡cuánto desmienten nuestros afectos y nuestras obras á nuestras palabras! Se dice, se predica, se aconseja lo que se debe hacer; pero se hace todo lo contrario de lo que se debe. Deséase el órden en todo. y en nada se guarda. Modesto en el templo, y descompuesto en tu casa. Todo esta lleno de hipocresías; evítalas de hoy en adelante.

2. Háblate á tí mismo siempre que hablares á los otros en materia de costumbres y de religion. Si exhortas á tus hijos, á tus súbditos, á tus amigos, á tus criados, á la práctica de la virtud, á la observancia de la ley, á la reforma de las costumbres, á la fuga del vicio y del pecado, comienza por tí mismo la exhortacion, y avergüénzate de no hacer tú lo que quieres hagan los

demás. Si no sostienes con tu ejemplo lo que dices, seras hipócrita por largo tiempo.

DIA DOCE.

SAN WILFRIDO, OBISPO DE YORK, CONFESOR.

Fué inglés san Wilfrido, y nació por los años de 634 en el reino de Northumberland. Eran sus padres distinguidos en el país por su nobleza, pero mucho mas por su grande cristiandad, y pusieron el mayor cuidado en dar al niño la mejor educacion. Las nobles prendas con que nació Wilfrido le hicieron tan dócil á las lecciones de sus padres y maestros, que no era fácil encontrar jóven mas cabal. Era bien hecho, airoso y de mucha gracia, de entendimiento brillante y vivo, de natural apacible y de genio muy amable; con lo que desde luego fué las delicias de sus padres y la admiracion de cuantos le conocian. La pureza de sus costumbres, el juicio y la anticipada madurez con que estaba acompañada fueron el mejor pronóstico de la eminente santidad á que con el tiempo habia de llegar. A los doce años de su edad perdió á su querida madre; y pasando su padre á segundas nupcias, la madrastra, que no le miraba con buenos ojos, dió ocasion á que se saliese presto de la casa paterna, sin que le costase mucho dolor. Envióle su padre á la corte, disponiendo que se presentase á la reina Eanfleda, mujer del rey Osuvi. Prendada la virtuosa princesa de la bella gracia, de la vivacidad, del espíritu y de la modestia de Wilfrido, quiso que se quedase en su servicio pero representándole el niño sus deseos de retirarse del mundo para servir á solo

Dios, lejos de resentirse, le estimó mas, le miró con mayor cariño, alabó mucho su resolucion; y para facilitarle los medios de ejecutarla, le recomendó á uno de los principales criados del rey, que, retirándose tambien de la corte, iba á tomar el hábito de monje en Lindisfarne. Siguióle Wilfrido, y estuvo algunos años en el monasterio, ocupado enteramente en ejercicios de virtud y en el estudio de las letras. Pero advirtiendo que aquellos monjes, todos escoceses, observaban un género de disciplina no muy conforme á la que se practicaba en la Iglesia, y que le enseñaban unas reglas de perfeccion no las mas seguras, determinó hacer un viaje á Roma para instruirse á fondo, así en las ceremonias eclesiásticas, como en las reglas de la mas exacta observancia.

No habia recibido el hábito, ó la tonsura monacal, como entonces se decia, por lo que le fué fácil conseguir la licencia del abad y de los monjes para retirarse. Volvió á la corte, y manifestando á la reina sus intentos, no solo mereció su aprobacion, sino que le dió cartas de recomendacion para Ercomberto, rey de Kent, que tenia su corte en Conturbel, donde llego hácia el fin del obispado de Honorio, uno de los últimos discípulos de san Gregorio papa. Recibióle el rey con mucha benignidad; y aprobando grandemente su resolucion, quiso que fuese en compañía de san Benito Biscop, que estaba en el mismo pensamiento, y era poco mas ó menos de la misma edad. Llegaron á Leon donde fueron recibidos con mucho amor y caridad por el obispo Anemond, que, prendado de las bellas dotes de Wilfrido, y dejando á Biscop ir adelante, le detuvo en su palacio, haciendo cuanto pudo para retenerle en Francia; pero sin embargo de ser muy ventajosos los partidos que le hacia, no fueron bastantes á tentarle; y persistiendo en su resolucion, continuó su viaje. Luego que llegó á Roma, fué

su primera diligencia visitar los sepulcros de los santos apóstoles y de los santos mártires, empleando en oracion el dia y una parte de la noche.

Mereciόle su virtud el conocimiento y el trato con el arcediano Bonifacio, venerado en Roma por su mucha santidad y grande sabiduría. Descubriendo este en nuestro santo un mérito nada comun, le explicó los libros sagrados, y le instruyó á fondo en la disciplina de la Iglesia. Detúvose en Roma cerca de un año; y volviendo á Leon al palacio del arzobispo, que le habia mostrado tanto amor, recibió de sus manos la tonsura clerical. Era el ánimo del prelado no solo fijarle en su iglesia, sino hacerle su sucesor; pero la violenta muerte que padeció en Chalons por amor de la justicia, obligó á nuestro santo á restituirse á Inglaterra. Luego que llegó á aquel reino, le llamó el príncipe Alfrido, hijo primogénito del rey Osuvi, y le dió mucha parte en su estimacion y confianza. Para detenerle con mayor seguridad en Nortúmbria, le hizo donacion del territorio de Hrip ó de Ripon, en la diócesis de York, que el mismo príncipe tenia destinado para fundar en él un monasterio, y aun habia ya echado los cimientos. Acabó la obra nuestro santo, y fué su primer abad. Descubrióse luego en este empleo su raro talento de gobierno, y creciendo cada dia la opinion de su sabiduría y de su prudencia, le ordenó de sacerdote Algiberto, obispo de Dorchester, y poco despues le nombró el príncipe por obispo de York. Acreditó lo mucho que merecia esta dignidad, la repugnancia y la resistencia que hizo para admitirla; y como la mayor parte de los obispos de Escocia y de Irlanda no se conformaban con la Iglesia romana sobre el tiempo de celebrar la pascua, no se quiso consagrar nuestro santo por prelados cismáticos; y pasando á Francia, fué consagrado en Compiegne el año de 664 por Agilberto, que, habiendo

sido obispo en Inglaterra, lo era á la sazon de París.

Luego que el nuevo obispo de York tomó posesion de su iglesia, se vió reflorecer en ella la religion; desterráronse los abusos, corrigiéronse las costumbres, y en todas partes restituyó á su vigor la disciplina eclesiástica, y se introdujeron las ceremonias de la Iglesia romana. Siendo san Wilfrido tan agradable á los ojos de Dios, no podia menos de ser muy probado; y habiéndose declarado tan abiertamente contra los errores de los cismáticos, era forzoso que experimentase los efectos de su malignidad. Hicieron en la corte una pintura de su zelo, desfigurándola con tan denegridos colores, desacreditándole con tan groseras calumnias en el concepto del rey; figuraron con tanto artificio imaginarias sospechas de su fidelidad, que el rey le echó de su silla, y el santo se vió precisado á salirse de Inglaterra para no quedar expuesto á los efectos de su indignacion. Cedió á la malicia de sus enemigos, y se embarcó para Roma; pero una violenta tempestad le arrojó á las costas de Frisia, que yacia aun sepultada en las tinieblas de la idolatría. Predicó en ella la fe de Jesucristo con suceso tan feliz, que convirtió y bautizó al rey Algiso, á un gran número de sus vasallos, y en menos de un año fué apóstol de aquella provincia. Por este tiempo, habia sido ya restituido Ebroin á su empleo de mayordomo del palacio en Francia; y noticioso de que se hallaba en Frisia el obispo de York, testigo ocular del asesinato cometido por aquel príncipe en la persona de san Anemond, é instigado tambien de los enemigos del santo, despachó sus embajadores al rey Algiso, suplicándole que se le entregase vivo ó muerto. Pero el religioso monarca, luego que leyó la carta de Ebroin, la arrojó al fuego en presencia de sus mismos embajadores, diciendo: *Contunda Dios el reino de los pérfidos, y tenga la misma suerte que esta carta.*

Libre Wilfrido de este peligro, se despidió del rey Algiso, y partió á Roma acompañado del presbítero Eddi Estéban, que escribió su vida. Pasó por el reino de Austria, donde el rey Dagoberto II le recibió, haciéndole grandes honores, y toda la corte quedó muy prendada de su vida ejemplar y de su modestia. Hizo aquel monarca cuanto pudo para detenerle en sus estados, y le instó á que aceptase el obispado de Strasburgo; pero el santo jamás quiso dejar su iglesia de Inglaterra. Llegado á Italia, habian ofrecido á Bertarido, rey de los Lombardos, una gran suma de dinero porque le arrestase; pero este príncipe oyó con horror semejante proposicion, y se declaró protector del santo obispo. Entró en Roma el año de 679; y el papa Agaton le recibió con demostraciones de la mayor benevolencia. Fueron examinados en un sínodo todos los capítulos de que le acusaban, y salió plenamente justificada, reconocida y declarada su inocencia. Asistió al concilio de 125 obispos, que celebró el papa contra los monotelitas, y no pudiendo concurrir á él el arzobispo de Conturbel, le envió sus poderes y los de todos los demás obispos de Inglaterra para que representase la nacion: demostracion que se pudo conceptuar por especie de desagravio de la injusticia que le habian hecho. Colmado de honras y de favores, con que el papa le distinguió, se retiró de Roma para restituirse á Inglaterra; y al pasar por Francia, corrió grandes peligros su vida por el odio que Ebroin le profesaba. Pocos santos padecieron tantos reveses de fortuna, y pocos los toleraron con mas heróica paciencia, ni con ánimo mas tranquilo. Cuando se restituyó á su obispado de York, le recibió muy friamente el rey Efrido, preocupado ya contra él por los malignos artificios de su mujer y de los cortesanos, á quienes desagradaba la entereza y la eminente virtud de nuestro santo. Fué arrestado, y

sufrió otros malos tratamientos. La reina, que habia excitado esta nueva tempestad, cayó gravemente enferma pocos dias despues; y para acallar los remordimientos de su conciencia, le hizo poner en libertad. Solo usó de ella el santo para ir al país de Susex á anunciar la fe á los Sajones meridionales, que aun eran idólatras por la mayor parte. Convirtió al rey Ediluvach, y bautizó á muchos millares de personas. Hízole donacion el rey de una grande posesion, donde fundó el monasterio de Selsey; de manera que, al mismo tiempo que en su país le echaban de su silla episcopal, los extraños y los gentiles le veneraban como su apóstol. Muerto el rey Ediluvach, convirtió á la fe de Jesucristo al nuevo rey Nothelmo y á su hermana la princesa Mothgida, que, habiendo fundado un monasterio de monjas, se hizo religiosa bajo la direccion del santo, y fundó despues muchas iglesias.

Conquistado ya para Jesucristo todo el país de Susex por el infatigable zelo de san Wilfrido, pasó al reino de Westser, ó de los Sajones occidentales, donde hizo semejantes conquistas. A vista de tantas maravillas se arrepintieron los Ingleses de haber tratado tan mal á un prelado tan santo; y pesaroso Teodoro, arzobispo de Conturbel, de haberse dejado prevenir contra Wilfrido, le suplicó que se volviese á Inglaterra, le pidió perdon, y le hizo restablecer en su silla. Fué recibido en York con grandes demostraciones de universal regocijo; y siempre zeloso, siempre vigilante, infatigable siempre en el trabajo, reformó los abusos, restituyendo la disciplina eclesiástica á su antiguo lustre en el clero, la observancia y el fervor en los monasterios. Pero duró poco la calma, porque el Señor queria purificar su virtud hasta el ultimo aliento con el fuego de la tribulacion. Disputáronle los derechos de su iglesia; comenzaron

á perseguir á los monjes de su monasterio de Ripon; y se volvieron á renovar todas las quejas antiguas que ya estaban sepultadas. Viendo que cada dia iba cobrando mas fuerzas el partido de sus enemigos, le pareció que debia ceder á la tempestad. Salió del reino de Northumberland, y se fué á poner bajo la proteccion de Ethelredo, rey de Mercia, quien le recibió con muchas demostraciones de estimacion y de respeto. Fué de grande utilidad para la salvacion de este príncipe la mansion que hizo en su corte nuestro santo, pues desde entonces formó el ánimo de renunciar la corona, y de volver las espaldas al mundo.

Casi doce años habia cultivado Wilfrido la viña del Señor en el pais de Mercia, cuando, habiéndose juntado en Eastrefeld, á instancias de Alfrido, rey de Northumberland, el nuevo arzobispo de Couturbel Brithvaldo con otros prelados, le suplicaron que concurriese á aquel sínodo. Como el santo obispo deseaba tanto la paz, y de nadie desconfiaba, partió inmediatamente á él; pero quedó extrañamente sorprendido cuando se halló con que le querian precisar á que hiciese dimision de su obispado en virtud de unos delitos á cual mas supuestos y mas imaginarios. Érale muy fácil justificarse; pero ni lo quiso hacer, ni consintió en la renuncia que le proponian; por lo que, fué desterrado á su monasterio de Ripon, que se le dió por cárcel mientras el sínodo le sustanciaba la causa para degradarle. No tuvo otro arbitrio para suspender el curso de un juicio tan extraño como precipitado, que apelar al papa, y á pesar de su avanzada edad emprendió el viaje á Roma. Examinóse su causa á presencia del pontífice Juan VI en un sínodo que se convocó á este efecto el año de 704, y habiéndole declarado inocente sobre todos los capítulos que le achacaban, fué enviado absuelto á su iglesia. Al llegar á Meaux, cayó en

una peligrosa enfermedad que le puso á las puertas de la muerte; pero se recobró milagrosamente de ella por un insigne favor de la santísima Vírgen, en quien, despues de Jesucristo, *tenia colocada toda su confianza*. Cuando llegó á Inglaterra, encontró ya á todos los obispos muy desimpresionados de las especies que tenian contra él: solo el rey persistia tercamente en las suyas; pero sobreviniéndole la enfermedad de que murió, se arrepintió de haber perseguido al santo obispo. No fué de esta opinion Edaulfo, usurpador de la corona; y le envió á decir que, si dentro de seis dias no salia de Inglaterra, le haria quitar la vida; pero arrojado del trono el usurpador, y subiendo á él Ofrendo, hijo de Alfrido, le volvió á llamar al reino, donde se convocó un sínodo, en que salió plenamente justificado, sujetándose todos á la sentencia del papa, que le declaraba inocente, y mandaba fuese restituido á su silla.

Luego que se vió en ella, se aplicó con su acostumbrado infatigable zelo á la reforma de costumbres y á la restauracion de la disciplina. Ni sus tribulaciones ni sus viajes fueron bastantes para que aflojase jamás en sus excesivas penitencias; ni consideró pretexto suficiente para moderarlas el de su ancianidad y sus enfermedades. Toda la vida continuó con el mayor teson sus ayunos, sus abstinencias y los rigores con que mortificaba su cuerpo; tanto, que en los dos últimos años que vivió, fué menester que el papa metiese la mano para templarlos; pero los suplió ventajosamente una dolorosa enfermedad. En fin, el año de 709, á los setenta y seis de su edad, y cuarenta y seis de su obispado, murió con la muerte de los santos en el monasterio de Undal, manifestando Dios desde luego la santidad de su siervo con multitud de milagros.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Wilfridi, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum....

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Wilfrido aumentes en nosotros el espíritu de virtud y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5 de la primera del apóstol san Pedro.

Fratres: Seniores qui in vobis sunt, obsecro, consenior et testis Christi passionum: qui et ejus, quæ in futuro revelanda est, gloriæ communicator: pascite, qui in vobis est, gregem Dei, providentes non coactè, sed spontaneè secundùm Deum: neque turpis lucri gratia, sed voluntariè: neque ut dominantes in cleris, sed forma facti gregis ex animo. Et cùm apparuerit princeps pastorum, percipietis immarcescibilem gloriæ coronam.

Hermanos: A los sacerdotes que están entre vosotros les ruego yo consacerdote, y testigo de los tormentos de Cristo, y que tengo parte en aquella gloria que será un dia manifestada: que apacenteis la grey de Dios, que pende de vosotros, gobernándola no por fuerza, sino de buena voluntad segun Dios; ni por amor del vil interés, sino por vuestro gusto; ni por dominar en la heredad (del Señor), sino siendo de corazon el ejemplar de la grey; y cuando se manifestare el príncipe de los pastores, recibiréis la corona inmarcesible de gloria.

NOTA.

« Dirige san Pedro esta epístola á todos los judíos que habian abrazado la fe en las provincias de Asia,

del Ponto, de Galacia, de Bitinia, etc. El fin principal del apóstol es confirmar en ella á los fieles á quienes escribe, fortaleciéndolos contra las persecuciones, y refutando los errores de Simon y de los nicolaitas. »

REFLEXIONES.

Aplicándoos con todo el corazon á ser perfectos modelos del rebaño. Este es el medio mas breve y el mas eficaz para que todo el rebaño sea cristiano, para reformar las costumbres, para que reflorezca la religion, para que triunfe la virtud, y para renovar en la Iglesia su primitivo esplendor. Cuando el pastor es santo, presto lo es toda la grey. El ejemplo hace gran fuerza en los corazones : muchos hacen resistencia á las palabras; pero al ejemplo pocos se resisten. Y si la virtud de este es de tanta eficacia aun viniendo de la gente mas oscura, ¿qué imperio no tendrá cuando se encuentra en personas sobresalientes ó por su nacimiento, ó por su elevacion, ó por su clase? Cuanto mas superior es el sitio de donde sale el buen ejemplo, mas activa es su virtud, y mas se difunde su esplendor. El oficial que se abalanza el primero a la brecha, anima al soldado mas cobarde; pero si él se queda en el campo, poca fuerza harán á la tropa sus exhortaciones. *In omni re præbe te exemplum bonorum operum,* decia san Pablo á su querido discipulo. ¿Quieres hacer fruto? ¿quieres que aprovechen tus correcciones, y que tus exhortaciones no se pierdan? Pues ve delante en todo con el ejemplo, en la integridad, en la doctrina y en la prudencia. *Cœpit Jesus facere et docere :* siempre comenzó Cristo haciendo aquello mismo que habia de enseñar. Si quieres enderezar al rebaño, reformar tu comunidad, santificar tu familia, educar bien á tus hijos, enséñales el camino del cielo yendo tu delante : *Præbe te exemplum bonorum*

operum. Sé tú lo que quieres que ellos sean; practica las virtudes que deseas que ellos practiquen; evita los pecados que pretendes no cometan ellos: siendo imitadores de tu conducta, copiarán los mismos rasgos que experimentaren, ó que observaren en ti. Por lo menos el buen ejemplo es una viva censura de los que no tienen valor para seguirle. Una mujer que se reforma, sirve de insuperable censura á otras que saben muy bien tienen igual ó mayor necesidad de reformarse; pero les falta el ánimo, el juicio ó el entendimiento para hacerlo. Un jóven que enmienda sus costumbres, da una muda, pero muy penetrante leccion á los compañeros de sus disoluciones, haciéndoles su ejemplo conocer sensiblemente la indispensable necesidad que tienen de ejecutar lo mismo, si no se quieren perder. Siéntese no sé qué secreto enfado al ver que aquellos que no eran mejores que nosotros, hayan caido en cuenta, y se acrediten de mas cuerdos; se hace cuanto se puede para desvanecer, para eludir, para disipar con insulsas zumbas, con truanescas chocarrerías estos importunos escozores, estos molestos remordimientos; pero á la conciencia no se la engaña con esta facilidad. Crece el despecho con los mismos remedios; y este es el verdadero orígen de la ojeriza que tienen los malos contra los buenos: esta es la verdadera causa de aquella chacota que se hace en el mundo de la virtud y de los virtuosos; y esto es lo que siempre se debe esperar mientras haya en el mundo licenciosos. La demasiada luz ofende á los ojos flacos, irritando el humor que los debilita.

El evangelio es del capítulo 12 *de san Lucas.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Beatus ille servus, quem, cùm venerit dominus, invenerit ita facientem.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Bienaventurado aquel siervo, al cual cuando venga el señor le encuentre

Verè dico vobis, quoniam supra omnia, quæ possidet, constituet illum. Quòd si dixerit servus ille in corde suo: Moram facit dominus meus venire, et cœperit percutere servos, et ancillas, et edere, et bibere, et inebriari: veniet dominus servi illius in die quâ non sperat, et horâ quà nescit, et dividet eum, partemque ejus cum infidelibus ponet. Ille autem servus, qui cognovit voluntatem domini sui, et non præparavit, et non fecit secundùm voluntatem ejus, vapulabit multis: qui autem non cognovit, et fecit digna plagis, vapulabit paucis. Omni autem, cui multum datum est, multum quæretur ab eo: et cui commendaverunt multum, plus petent ab eo.

obrando así. Os digo de verdad que le constituirá sobre todo cuanto posee. Pero si el tal siervo dijere en su corazon: Mi señor tarda en venir: y comenzare á castigar los criados y criadas, y á comer, beber, y embriagarse: vendrá el señor de aquel siervo cuando menos lo espera, y en la hora que no sabe, y le echará, y colocará con los (siervos) infieles. Y aquel siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó, ni hizo segun su voluntad, recibirá mucho castigo: pero el que no la entendió, é hizo cosa digna de castigo será castigado poco. A aquel á quien se le dió mucho, se le exigirá mucho: y mucho mas se exigirá á aquel que mucho le fué encomendado.

MEDITACION.

DEL JUICIO PARTICULAR.

PUNTO PRIMERO.

Considera que cada uno es juzgado en el mismo momento en que espira, y que este juicio decide irrevocablemente de nuestra eterna suerte.

Represéntate un moribundo á quien se acaban de administrar todos los sacramentos, y que solo le resta un leve soplo de vida. Es un reo que va á comparecer ante el supremo y soberano juez para darle estrecha cuenta de todos los momentos de su vida. Pensamien-

tos altaneros, palabras inconsideradas, máximas fundadas en la pasion, dictámenes voluntariamente errados, deseos impuros, acciones libres, respetos humanos, intenciones torcidas; todo ha de ser examinado, todo juzgado, y todo por un Dios que todo lo ha de examinar, todo lo ha de juzgar segun todo el rigor de su divina justicia.

Concibe, si es posible, cuáles serán entonces los horribles sobresaltos, los espantosos temores de un alma que conoce está presa al cuerpo, por decirlo así, de un solo cabello, y que dentro de dos ó tres instantes ha de comparecer ante el tribunal de Dios. No tiene entonces enemigo mas cruel que su conciencia : esta le pone á la vista antes de espirar todas sus obras; ella misma le anticipa, por decirlo así, el juicio y la sentencia.

Gran Dios, ¡qué horror, qué sobresalto al ver que brota allá como del fondo del alma una multitud innumerable de pecados, que estaban hasta entonces sepultados en un profundo olvido! ¡Ah, y cuántos pecados de la juventud, que se habian escondido siempre á nuestro exámen! ¡cuántas culpas graves, que nos habian parecido acciones indiferentes, y cuántos pecados confesados que por falta de contricion no se nos habian perdonado; todo esto se presenta á la memoria, todo se representa á la imaginacion en aquellos últimos momentos! ¡Pero qué turbacion, qué espanto á vista de tanto monstruo de iniquidad!

¡Cuántas omisiones en las obligaciones de su estado, cuántas obras, al parecer virtuosas, que tienen necesidad de penitencia! ¡cuántos sacramentos profanamente recibidos! ¡qué de talentos enterrados! ¡cuántas gracias, soberano precio de la sangre de Jesucristo, ó menospreciadas ó perdidas! Importunos remordimientos, fiscal acusador de la conciencia, ¡qué espantos, qué temores no excitais en aquella fatal hora! Ya, si á lo menos rayara alguna luz á la esperanza de lo-

grar siquiera un año, una semana, algunos pocos dias para disponer la cuenta, para reparar las faltas, para ganar la voluntad del juez con la penitencia y con todo género de obras satisfactorias; pero se tiene toda seguridad, se está conociendo, se está palpando que el tiempo se acaba, que el tiempo espira, y que en espirando ya no hay remedio. ¡ Oh mi Dios, y no se previenen con tiempo estos crueles arrepentimientos! ¡ y no se piensa continuamente en aquel terrible juicio mientras dura el tiempo de la vida!

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué cosa tan difícil es no rendirse al peso de tanto dolor, de tanto espanto, de tanto temor en aquella desesperada extremidad.

Conócese que el tiempo se va á acabar: véese el alma á la entrada de aquella espantosa eternidad.

La incertidumbre de la suerte que la espera, el temor de que sea eternamente desdichada, los justos motivos en que se funda este temor, todo esto pone á la pobre alma en un estado tan infeliz, que se puede llamar un infierno anticipado.

Tiene entonces muy presente toda la ley santa de Dios, y lo que la aflige mas, conoce su justicia y su importancia; palpa su dulzura y su facilidad y disipadas todas las preocupaciones, y sosegado el tumulto con que las pasiones la aturdian y la atolondraban, reconoce, toca con las manos el desacierto que cometió en no haberse conformado con las máximas del Evangelio.

Costumbres perniciosas, condescendencias excesivas, ideas frívolas, leyes del mundo imaginarias, abusos autorizados, deleites, gustos, pasatiempos engañosos y vanos, alegrías postizas y superficiales, ya os acabasteis; ya solo subsistís en un amargo, en un do

loroso arrepentimiento. ¡O dolor, ó desesperacion, ó intolerable suplicio!

Conócese entonces todo el peso de los deberes, de las obligaciones del estado de cada uno; cotéjanse con aquellos vanos, con aquellos indignos entretenimientos, con aquellos soñados derechos de la ambicion, con aquellas especiosas inutilidades que se absorbieron todo el tiempo de la vida. ¡O qué cotejo tan cruel y tan desesperado! pues solo sirve para experimentar anticipadamente todo el rigor del juicio particular, desenvolviendo y desarrollando toda la iniquidad de nuestra errada conducta.

Pero ya siquiera si en aquella horrorosa extremidad se supiera aprovechar el alma de los últimos momentos para acudir á la sangre y á los méritos del Redentor, para implorar con toda confianza la proteccion de la santísima Vírgen; pero, valga la verdad, ¿se halla entonces en estado de aprovecharse de estos recursos? Si un accidente de apoplejía, un mal de corazon turban de tal manera los sentidos y las potencias, que las inhabilitan para todo: en aquellos últimos momentos, en que apenas discierne el alma si está todavía en esta vida, ó llegó al término de su carrera; en aquellos tristes momentos en que tantos funestos objetos concurren de tropel á confundirla; en aquellos críticos momentos en que el alma está enteramente entregada á los dolores, á las congojas de la vida y á los espantosos horrores de la muerte, ¿se hallará tan tranquila, tendrá toda la confianza necesaria para la salvacion, y sabrá encontrar los secretos caminos para la penitencia? ¡Y será posible que yo dilate mi conversion para aquellos críticos, para aquellos últimos, para aquellos peligrosos momentos! ¡Y será posible que reserve para entonces el delicado negocio de mi salvacion, el aclarar este caos, el desenredar y el explicar los misterios de iniquidad de mi enmarañada conciencia!

¡O divino Salvador mio! si despues de todas estas reflexiones no prevengo con tiempo y por una pronta penitencia el rigor de aquel espantoso juicio, ¿qué deberé yo esperar? No permitais, dulce Jesus de mi vida, que sea inutil la gracia que ahora me haceis. Conozco muy bien toda su importancia; haced que desde luego experimente sus efectos.

JACULATORIAS.

Quod si nos metipsos dijudicaremus, non utique judicaremur. 1 Cor. 11.

¡Ah, que si yo me juzgare á mí mismo sin piedad, no seré juzgado de vos con rigor.

Non intres in judicium cum servo tuo; quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens. Salm. 142.

No entres, Señor, en juicio con este tu humilde siervo; porque no hay en el mundo quien pueda parecer justo á vista tuya.

PROPOSITOS.

1. Si quieres prevenir el terrible juicio de Dios, dice el Apóstol, júzgate primero á ti mismo. Si quieres que el juez te sea favorable, y que pronuncie una sentencia ventajosa, examina continuamente tu conciencia. *Pasé por el campo del perezoso, y por la viña del necio,* dice el Sabio (Proverb. 24), *y toda la encontré llena de hortigas, toda cubierta de espinas, y la cerca enteramente arruinada.* La conciencia de los que no se examinan es como una viña abandonada, que se convierte en un matorral por falta de cultivo. Es preciso tener siempre en la mano la podadera, es menester dedicarse á podar los vástagos y á arrancar la broza. Esto hace el examen de la conciencia: corta el vicio por el pié, arranca las malas inclinaciones que comienzan á pro-

tar, y no da lugar á que echen raices las malas costumbres. El medio mas eficaz para prevenir y para calmar los sobresaltos que acompañan ó preceden al juicio particular, es el ejercicio de examinar la conciencia. Presto se limpia todo un campo cuando cada dia se arrancan algunas malas yerbas: brevemente se sustancia una causa cuando todos los dias se examina algun instrumento en particular. Fuera del exámen general, haz cada dia el exámen particular de alguna de aquellas faltas en que caes con mas frecuencia. Escoge la pasion dominante, ó el vicio capital, que se puede llamar tu pecado original, porque es como el orígen de todos los demás, y sea este la materia de tu exámen particular. Sin duda te la ofrecerán muy abundante tu genio, tus imperfecciones habituales y tus ocupaciones. Un hábil general pone siempre las baterías contra la parte mas flaca de la plaza que quiere tomar. Lo mismo hace el demonio con el alma; pero el examen particular previene sus ardides, fortificando aquella parte que está mas expuesta á los ataques.

2. Para que te sea mas provechoso un ejercicio de tanta importancia, observa estas reglas. Primera: Si te dejas dominar de algunas faltas mas groseras ó exteriores, que chocan, mortifican ó escandalizan al prójimo, como raptos de cólera, ímpetus de ira, mortificaciones visibles, etc., comienza por aquí, dando principio á arrancarlas por medio del examen. Segunda: Fija el tiempo del exámen particular al espacio de ocho, de quince dias, ó á lo sumo de tres semanas. Si le alargas á mucho tiempo, corre peligro de que se entibie el fervor, y de que el ejercicio degenere en costumbre. Tercera: Si quieres corregir un vicio ó un defecto, toma por materia del exámen particular la práctica de la virtud opuesta: v. g. ¿eres colérico, enfadoso, desapacible y severo? Pues sea tu examen

particular el ejercicio de la suavidad, del agrado y de la dulzura. Cuarta: Todos los dias por la mañana en la misa, y cuando visites el Santísimo Sacramento, has de pedir á Dios te dé gracia particular para corregir aquel defecto, ó para adquirir aquella virtud que sirve de materia al exámen particular. Quinta: Todos los dias has de hacer regularmente este exámen á una misma hora. Sexta: Siempre que le hagas, apunta las faltas que has cometido contra él desde el último, para que veas el fruto que sacas, si te has enmendado ó no. Séptima: No tomes por materia dos vicios ó dos virtudes á un tiempo, sino una despues de otra. El Señor Dios tuyo, dice la Escritura, consumirá todas estas naciones en tu presencia poco á poco y separadamente; porque no las podrias exterminar todas juntas: *Non poteris eos delere pariter*. Todo tiempo es bueno para dedicarse á ejercicios espirituales; pero es cierto que á Dios le agrada mucho que se hagan todos con órden, con puntualidad y con exactitud. La regla en todas cosas es conforme al espíritu de Dios.

LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

Entre todas las gracias que derrama en nuestros corazones nuestro Dios, ninguna merece mas gratitud y aprecio, que la gracia inefable de la vocacion á una religion revelada, igualmente verdadera que sublime. Así como la fe es la primera virtud en el órden, así tambien lo es en la necesidad y utilidad que de ella resultan, como cimiento del espiritual edificio, sin el cual es imposible sentar una sola piedra para la construccion de Jerusalen. Por eso, el apóstol san

Juan decia hablando con Dios: *Toda la felicidad del hombre y su bienaventuranza consiste en que le reconozcan por el Dios verdadero, y á tu enviado Jesucristo.* Los delirios en que han dado los hombres cuando se dejaron guiar de las producciones de sus entendimientos; el bajo concepto que formaron de sí mismos, sin acertar á levantarse de la tierra; las trastornadas y rateras ideas que nan sujetado á la grande palabra *Dios*, son una prueba evidente de la poquedad de nuestra naturaleza, aun cuando queramos ensalzar nuestro ser, y de la incontestable necesidad que teníamos de una gracia que nos abriese las puertas de la razon, que nos introdujese en la religion de la luz, y que nos diese principios para poder pensar con dignidad, arreglados á las sublimes ideas que grabó en nuestra mente el Ser incomprensible. Orfeo, Homero, Hesiodo, Crisipo, Platon y otros semejantes, á quienes no acaban de alabar los que se precian de puros filósofos, nos dan en esta materia el mayor desengaño. Si, además de esto, queremos fijar un poco la atencion en los hombres primitivos que habitaron el Egipto, en los Persas, en los Caldeos, y posteriormente en los Griegos, encontraremos no solamente con las semillas de infinitas deidades, sino con el patriarca de los Espinosas, de los Lucilios y de otros, que con los mas torpes errores hemos visto morir con mejor fortuna.

El conocimiento de un Dios puede ser obra de la verdadera filosofía; pero el de una religion sobrenatural y verdadera no puede producirse sino por la milagrosa infusion de la gracia. Sus conocimientos debian nacer de principios divinos, que no podia contener en sí la esfera de la naturaleza; y todas las ciencias de los hombres manifestaron con la mayor claridad la necesidad de la revelacion, y que solo Dios podia ser el autor y el orígen. Es inútil detenerse en

las tristes memorias que causa la ceguedad prolongada del mundo. Se sabe muy bien que tanto en la ley natural como en la escrita hubo religion verdadera; pero tambien se sabe que, sin embargo de esto, dominaron por la mayor parte las aciagas consecuencias que produjo la desobediencia de un hombre. Pero nuestro buen Dios se movió á misericordia, de tal manera que envió á su Hijo unigénito para que rescatase al mundo de la servidumbre del pecado, *y formase un pueblo limpio, aceptable, seguidor de buenas obras,* segun la expresion de un santo apostol, y en donde dominen para siempre la luz, la verdad y la gracia. Habian llovido las nubes al Justo, tantas veces prometido á los antiguos patriarcas, y de una tierra virginal habia salido el Salvador, el Príncipe de la paz, el Padre del siglo futuro. Del costado del nuevo Adan, dormido en el árbol de la cruz, habia sido formada la virginal esposa, esto es, la Iglesia con todos sus sacramentos. Muchos esforzados caudillos, discípulos del Señor, que en su escuela habian estudiado sus altos designios sobre la salud de los hombres, estaban ya preparados para la grande obra de la predicacion del Evangelio y conversion de todo el mundo. Testigos de la divinidad de su Maestro en la resurreccion gloriosa despues de tantos milagros que la acreditaban; llenos de aquel espíritu consolador que les enseñó todas las lenguas y el arte de dominar en las almas por el ministerio de la palabra; convenidos en el concilio de Jerusalen sobre los artículos que habian de formar el fondo de su predicacion, nada faltaba mas que la dispersion de los apóstoles. Y hé aquí la época feliz adonde se debe reducir el principio de la ventura de España.

Estaba esta hermosa porcion del mundo sumergida en la idolatría; el haber enriquecido la naturaleza su suelo con tantas preciosidades, habia llamado la aten-

cion y la codicia de las mas remotas gentes; todas habian traido, juntamente con su ambicion y con sus armas, sus respectivas supersticiones. Sin tener necesidad de subir á los tiempos fabulosos, saben todos que con los Fenicios y los Romanos vinieron á España cuantos ídolos pudo inventar una loca fantasía en todos los países que sujetaron sus armas victoriosas; aquella ridícula multitud de deidades de que se burlaba Juvenal, era adorada de nuestros antepasados, á no ser que el furor de la guerra y su natural indócil les hubiese hecho sacudir el yugo de la religion como el del imperio romano; pero de cualquiera manera, ó no tenian religion, ó su Dios era, además de sus pasiones, las mudas obras de las manos de los hombres. En esta situacion, hé aquí que el Altísimo le dirige una benéfica mirada desde lo alto del trono de su gloria. Los apóstoles, fortalecidos con el Espíritu Santo, animados con el heróico ejemplo del protomártir Estéban, é instruidos plenamente por la Reina de los mártires, emprenden la predicacion del Evangelio. Santiago, uno de los discípulos mas amados del Señor, se prepara para venir al Occidente, cumpliéndose en esto, como siente santo Tomás de Villanueva, *la pretension hecha por su madre en la solicitud de las dos sillas para sus hijos.* María Santísima, que, despues de la pasion de su Hijo y de su gloriosa Ascension á los cielos, no podia tener otros pensamientos que la retardasen unirse para siempre con su Esposo, que la propagacion de la fe y predicacion del Evangelio, veia la dispersion de los apóstoles como el último plazo para el logro de las eternas dichas. Exhalábase su dulcísimo corazon en mil tiernos suspiros, repitiendo aquellas amorosas palabras de la Esposa: *Díme, ó amado de mi corazon, en donde sesteas, adonde vas á descansar al mediodía, que no quiero ya mas estar en este destierro sin ver las hermosísimas*

luces de tus ojos, y recrearme para siempre con la divina hermosura de tu semblante. Toda absorta en la contemplacion de su Hijo, estaban de acuerdo su alma y sus sentidos para no tener otro objeto que á Dios. Los ardores de su voluntad se echaban de ver en aquel rostro con visos de divino, como decia san Dionisio Areopagita. Privada solamente de la vista sensible de su Hijo, todos sus deseos, sus anhelos, sus votos, sus ansias se dirigian al cielo, con cuya consideracion se mantenia; cuando hé aquí que el apóstol Santiago, destinado por el Espíritu Santo á la predicacion de los Españoles, se presenta á la Reina de los ángeles; dobla las rodillas ante quien mucho antes habian hecho semejantes demostraciones los mas encumbrados serafines; besa sus manos virginales bañándolas de lágrimas, y le pide su bendicion y su licencia para venir á la predicacion de España. *Ve, hijo,* le dice la amorosísima Madre, *cumple el mandamiento de tu Maestro, y por él te ruego que en aquella ciudad en que mayor número conviertas á la fe, edifiques una iglesia en mi memoria, como yo misma te lo daré á entender.*

Estas palabras excitarán vivamente los escrúpulos de la erudicion mundana, clavando la mordaz censura sus inexorables dientes en un hecho cuya autenticidad pretende sujetar á las mas delicadas discusiones. Pero, para que la piedad descanse sobre un fundamento de bastante autoridad y solidez, es justo insertar aquí el monumento que califica esta tradicion, reducido á un código membranáceo que conserva en su archivo la santa iglesia de Zaragoza. En él, pues, se dice así:

« Despues de la pasion y resurreccion de nuestro Salvador Jesucristo, y de su ascension á los cielos, quedó la piadosisima Vírgen encargada al cuidado del apóstol y vírgen san Juan Evangelista. Con la

predicacion y milagros de los apóstoles crecia en Judea el número de los discípulos, y enfurecíanse los pérfidos corazones de algunos judíos en tanto grado, que movieron una persecucion grande contra la Iglesia de Jesucristo. Apedrearon á san Estéban, y quitaron la vida á otros muchos; por lo cual les dijeron los apóstoles: *A vosotros debia predicarse primeramente la palabra de Dios; pero, por cuanto la habeis rebatido y os habeis hecho indignos de la vida eterna, hé aquí que nos vamos á las gentes.* De esta manera, esparcidos por el universo, segun el mandamiento de Jesucristo, predicaron el Evangelio á todo hombre, cada apóstol en la porcion que le habia tocado. Al tiempo de salir de Judea, cada uno obtenia la licencia y bendicion de la bendita y gloriosa Vírgen.

« Entre tanto, por revelacion del Espíritu Santo, el bienaventurado Santiago el Mayor, hermano de Juan, é hijo del Zebedeo, recibió un mandamiento de Cristo para ir á predicar el Evangelio á las provincias de España. Al punto el santo apóstol yendo á la Vírgen, y habiéndole besado las manos, le pedia con lágrimas en los ojos que le diese su licencia y su bendicion. Respondióle la Vírgen: *Ve, hijo, cumple el mandamiento de tu Maestro, y por él te ruego que en aquella ciudad de España en que mayor número de hombres conviertas á la fe, edifiques una iglesia á mi memoria, segun yo te lo manifestaré.* El bienaventurado Santiago, saliendo de Jerusalen, vino á España predicando; y pasando por Asturias, llegó á la ciudad de Oviedo, en donde convirtió uno á la fe. De esta manera, entrando por Galicia, predicó en la ciudad de Padron; de allí volviendo á Castilla, llamada España la mayor, vino últimamente á España la menor, que se llama Aragon, en aquella region que se dice Celtiberia, en donde está situada la ciudad de Zaragoza, á las riberas del rio Ebro.

« En esta ciudad, habiendo predicado Santiago muchos dias, convirtió á Jesucristo ocho varones, con los cuales trataba de dia del reino de Dios, y por la noche salia à la ribera del rio para tomar algun descanso en las eras. En este sitio dormian un rato, y despues se entregaban à la oracion, evitando de esta manera ser perturbados por los hombres, y molestados por los gentiles. Pasados algunos dias, estaba Santiago con los dichos fieles, á eso de media noche, fatigados con la contemplacion y la oracion. Dormidos los ocho discipulos, el bienaventurado Santiago oyó á la hora de media noche unas voces de ángeles que cantaban: *Ave, Maria, gratia plena*, como si comenzasen el oficio de maitines de la Vírgen, con un dulce invitatorio; y poniéndose inmediatamente de rodillas, vió á la Vírgen, Madre de Cristo, entre dos coros de miles de ángeles, sentada sobre un pilar de mármol. El coro de la celestial milicia angélica acabó los maitines de la Vírgen con el verso *Benedicamus Domino*.

« Acabado ésto, María Santísima con rostro halagüeno llamó à sí al santo apóstol, y con mucha dulzura le dijo: *Hé aquí, Santiago, hijo, el lugar señalado y destinado para mi honor, en el cual por tu industria se ha de construir una iglesia en mi memoria: mira bien este pilar en que estoy sentada, el cual mi Hijo y Maestro tuyo le trajo de lo alto por manos de ángeles al rededor del cual colocarás el altar de la capilla. En este lugar obrará la virtud del Altisimo portentos y maravillas por mi intercesion con aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio; y este pilar permanecerá en este sitio hasta el fin del mundo, y nunca faltarán en esta ciudad verdaderos cristianos*. Entonces el apóstol Santiago, regocijado con una alegría extraordinaria, dió infinitas gracias á Jesucristo y á su santísima Madre; é inmediatamente aquel ejército de ángeles, tomando á la Señora de los cielos, la

tornó á la ciudad de Jerusalen, y la colocó en su aposento; porque este es aquel ejército de miles de ángeles que envió Dios á la Virgen en la hora en que concibió á Cristo para su custodia, para que la acompañasen de continuo, y conservasen á su Hijo ileso.

« Alegre el bienaventurado Santiago con una vision y consolacion tan maravillosas, comenzó inmediatamente á edificar una iglesia en aquel sitio, ayudándole para ello los ocho que habia convertido. La referida basílica es de casi ocho pasos de latitud y diez y seis de longitud, y á la cabecera de la parte del Ebro tiene el referido pilar con un altar; y para servicio de esta iglesia ordenó el bienaventurado Santiago de presbítero á uno de los sobredichos, el que le pareció mas idoneo. Habiendo consagrado despues la referida iglesia, y dejando en paz á los cristianos, se volvió á Judea predicando la palabra de Dios. A esta iglesia le dió el título de Santa María del Pilar, y es la primera iglesia del mundo dedicada al honor de la Virgen por las manos de los apóstoles, etc. »

Estas son puntualmente las palabras del referido código que conserva la santa catedral de Zaragoza, y el monumento mas sólido y fidedigno que tiene la nacion española para prueba de esta piadosa tradicion. Dios nuestro Señor ha acreditado con la experiencia la verdad de sus palabras, pues nunca han faltado allí verdaderos adoradores, por turbados y borrascosos que hayan sido los tiempos. La proteccion de María se ha dejado ver en todos los siglos con repetidos milagros y portentos, tanto, que ella ha empeñado á la piedad de los Españoles para tributarle cultos con devocion y magnificencia. De aquí nació el innumerable concurso de gentes que de todas partes venian en tiempos antiguos, y vienen aun el dia de hoy á venerar esta santa imágen, recompensando la Reina

de los ángeles esta piedad fervorosa con la continua dispensacion de gracias que alcanza de su Hijo. El vicario de Jesucristo, que vela incesantemente sobre el rebaño que le fué encomendado, no pudo menos de advertir lo augusto de este santuario, lo remoto de su fundacion y el fervoroso culto con que los fieles le frecuentaban. Deseoso, pues, de que una obra tan piadosa no padeciese decadencia en las edades futuras, y asimismo de que todas las iglesias de España tuviesen el consuelo de celebrar tanta dicha con himnos y cánticos, determinó su festividad particular; y Clemente XII señaló para este efecto el dia 12 de octubre, dando á todos los pueblos sujetos al rey católico el consuelo de celebrar la ventura de haber tenido á la Madre de Dios en su region cuando todavía vivia en carne mortal.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Evagrio, san Prisciano y sus compañeros, mártires.

En Ravena, en el camino de Loreto, la fiesta de san Edisto, mártir.

En Licia, santa Domnina, mártir bajo el emperador Diocleciano.

En Africa, cuatro mil nuevecientos sesenta y seis confesores y mártires, en la persecucion de los Vándalos bajo el rey Ariano Hunerico. Unos eran obispos de la Iglesia de Dios, otros diáconos y presbíteros mezclados con una turba de fieles, quienes fueron arrastrados todos á un horroroso desierto por haber defendido la fe católica. Entre ellos, muchos, cuando los Moros los conducian con crueldad, eran agarrochados con las puntas de los venablos y apedreados; otros con los piés atados eran arrastrados como cadáveres por caminos ásperos y escabrosos, y tenian todos los

miembros desgarrados; por último, atormentados de mil modos, alcanzaron la corona del martirio. Los mas distinguidos de ellos eran dos ministros del Señor, los obispos Félix y Ciprian.

En Cilly de Panonia, san Maximiliano, obispo de Lora.

En York de Inglaterra, san Wilfrido, obispo y confesor.

En Milan, san Monas, obispo, quien, al tiempo que andaban ocupados en la eleccion de un obispo, fué rodeado de una luz celestial; lo que bastó para que le eligiesen por obispo de aquella iglesia.

En Verona, san Salvino, obispo.

En Siria, san Eustaquio, presbítero y confesor.

En Bourges, san Pion, presbitero.

En Lorena, santa Libiera, vírgen, martirizada bajo Juliano Apóstata, de la que hay muy antigua memoria en Condé en Morin en Brie.

En Bale, san Pantalo, obispo y mártir.

En Maseich de los Paises Bajos, santa Herlinda, vírgen, abadesa.

En San Seré en Quercy, santa Spera, virgen, venerada como mártir en la iglesia de su nombre de dicho pueblo, patrona del vizcondado de Turena.

Entre Novara y Pavía, los santos mártires Amico y Amelo.

En Lodi de Lombardía, san Julian, obispo de aquella ciudad.

En el condado de la Reina, en la provincia de Lagenia en Irlanda, san Fieco, obispo de Sclept.

En el condado de Northumberland en Inglaterra, san Edvin, primer rey cristiano de aquel canton, muerto injustamente el año décimoséptimo de su reinado.

La misa es en honor de la Vírgen María, y la oracio la siguiente:

Concede nos famulos tuos, quæsumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitate gaudere, et gloriosa beatæ Mariæ semper virginis intercessione à præsenti liberare tristitia et æterna perfrui lætitia. Per Dominum nostrum...

O Dios y Señor, concédenos, te rogamos, que nosotros tus siervos nos alegremos con la perpetua sanidad de cuerpo y alma, y que por la gloriosa intercesion de la bienaventurada siempre Vírgen María seamos libres de la tristeza presente, y lleguemos á gozar de las alegrías eternas. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 24 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia VII, pág.* 171.

REFLEXIONES.

Todas las expresiones que contiene la epístola de este dia están dichas propiamente de la Sabiduría divina; pero nuestra madre la Iglesia, conociendo el mérito singular de la Reina de los ángeles, y cuanto le convienen las grandezas que en ella se insinúan, se la aplica con bastante frecuencia, y en esto mismo da un motivo de consolacion à todos los cristianos, y muy particular á todos los Españoles. De luego á luego da á entender la Iglesia que María Santísima tiene en su mano todos los tesoros del cielo para dispensarlos á los miserables pecadores. En este sentido pueden entenderse aquellas palabras: *Mi poder y potestad se extiende sobre Jerusalen*; y las siguientes, *Eché raices en un pueblo lleno de honor*, pueden sin violencia interpretarlas á su favor los Españoles; porque, habiendo tenido la dicha de que la Madre de Dios

se apareciese en carne mortal al apóstol Santiago cuando les predicaba el Evangelio, y de que por sí misma le mandase construir en su honor la primera iglesia que tuvo en el mundo, ¿qué lengua será suficiente para decir la santificacion y gracias que dejaria en aquel lugar dichoso una Reina tan poderosa? Por mucho que se quieran cerrar los ojos, es preciso advertir que el verdadero Dios se constituyó Dios nuestro, y que toda nuestra España se convirtió, por medio de María, de region de tinieblas en hermosa habitacion de resplandores. Fundada una iglesia bajo los benignos auspicios de la Madre de Dios; adornada de aquella columna, símbolo misterioso de la estabilidad de nuestra fe; y lo que es mas, fortalecida y apoyada en las promesas de Reina tan poderosa, ¿podrá dejar nuestra España que la seduzcan los lisonjeros preceptos de una ley que halague los sentidos? ¿borrará jamás la alianza que el Espíritu divino grabó con dedo omnipotente en sus entrañas, escribiéndola con caractéres indelebles mas duraderos que el diamante? ¿será posible que queme inciensos á Dagon, ni que adultere con las naciones extrañas? No es creible que una nacion preelegida, una nacion amada y distinguida entre todas las del universo con los amores, las ternuras y real presencia de la Madre de Dios, llegue alguna vez á ser ingrata á su Hijo. Las puertas del infierno se conjurarán contra nuestra constancia, vendrán siglos en que se verifiquen de la iglesia de España las tristes profecías que dejó escritas san Juan en su Apocalipsis. Pero aquel gran Dios que nos dió á Santiago por doctor de su ley, que hizo descender sobre nosotros la lluvia soberana de sus luces, y que finalmente nos puso bajo la proteccion de su misericordiosa Madre, ese mismo Dios será siempre nuestro Dios, y nosotros seremos siempre su pueblo. Los Españoles tendremos siempre el escudo de María, y con su amparo

seremos eternamente la nacion dichosa, el pueblo de Dios, la heredad del Todopoderoso y el objeto de sus beneficencias. Tanta dicha merece sin la menor duda una particular gratitud de parte de los Españoles; pero esta no debe reducirse á solas palabras ó vanas admiraciones. Las buenas obras son el único testimonio de la sencillez, de la voluntad y de la rectitud del corazon.

El evangelio es del capítulo 11 *de san Lucas, y el mismo que el dia VII, pág.* 173.

MEDITACION.

SOBRE LOS PARTICULARES FAVORES CON QUE MARÍA SANTÍSIMA HA PROTEGIDO SIEMPRE Á ESPAÑA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la firmeza y estabilidad en la fe que ha manifestado siempre esta provincia en el mundo, debe por la mayor parte su origen á la proteccion y piedad de la Reina de los ángeles, que la ha mirado con especial cariño, y que con sus súplicas la ha alcanzado de su Hijo, cuando otros muchos pueblos padecieron naufragio en los tiempos calamitosos.

Dejando á parte aquella solemne promesa que hizo á Santiago de perpetuar nuestra fe, diciéndole cuando se le apareció: *Esta columna permanecerá en este lugar hasta el fin del mundo, y nunca faltarán en esta ciudad verdaderos adoradores de Jesucristo*, ¿á qué otra cosa podemos atribuir la extraña diversidad con que nuestra España se portó con el primer predicador del Evangelio respecto de las demás naciones del mundo? Porque, ¿qué provincia dió sus oidos mas pacíficamente á la intimacion de la verdad? ¿qué gentes pres-

taron sus corazones mas blandos y sazonados para plantar en ellos la fe de Jesucristo? ¿quién abrazó con mas amor una ley tan repugnante á la carne y sangre? ¿qué nacion miró con tanto respeto una religion de mortificacion y de cruz, que en lo natural habia de ser tenida por las gentes en el concepto de una necedad? ¿qué parte del mundo, finalmente, trató á los discípulos del Señor con tanta humanidad y cortesía? Los Romanos crucificaron á san Pedro, degollaron á san Pablo, y frieron en aceite á san Juan; los Jerosolimitanos despeñaron á Santiago Alfeo, su obispo; lo Armenios desollaron inhumanamente á san Bartolo mé; los Frigios crucificaron á san Felipe; los Indic alancearon á santo Tomás; los Persas martirizaron á san Judas y san Simon con los mas crueles tormentos; y á este modo todos los apóstoles recibieron malos tratamientos y la muerte de las mismas gentes á quienes predicaron. Solamente los Españoles no martirizaron á Santiago, sino que, recibiendo el Evangelio que les predicaba, le honraron, y dejaron levantar una iglesia, que es la del Pilar de Zaragoza, hacerse discípulos, administrar el bautismo, plantar la fe del Crucificado, y formarle un pueblo que habia de preciarse siempre de serlo suyo. Si hubo de beber el cáliz de su Maestro, que con tanto valor afirmó que podia apurar hasta las heces; si hubo de dar el sagrado cuello al cuchillo injusto que le hizo mártir, le fué preciso salir de España, y esta gloria no nos faltará eternamente á los Españoles sobre todas las naciones que pueblan el ámbito del mundo. Todos estos efectos maravillosos deben atribuirse al patrocinio de María y á la verificacion de sus promesas. Con razon pudiera aquí exclamarse con las palabras de san Agustin: *O dulcísima Vírgen María, ¡en vista de tantos beneficios, yo no sé con qué alabanzas engrandecerte!*

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, así como por la proteccion de María ha sido el santuario del Pilar exento de los contrastes de la fortuna, de la misma manera nunca pudo la astucia del infernal enemigo destruir la fe del Crucificado, aun cuando pudo alucinar á un español para proporcionarle por medio de una venganza los medios mas oportunos.

Bien sabidas son las torpes astucias de un Prisciliano, y de las infelices mujeres que hacia instrumentos de sus errores. Bien notorio es que los arrianos infestaron de tal modo nuestra península, que lloraron sus funestas consecuencias no solamente las ciudades asoladas y muchas nobles familias desterradas, entre ellas san Isidoro con sus padres y hermanos, sino muchos fieles precisados á derramar su sangre por Jesucristo. Tal vez se conservarán todavía los pañuelos empapados en la sangre de nuestra reina Clotilde; y el santo jóven Hermenegildo es testigo de que el error y la crueldad se habian apoderado del trono, y empuñaban en estos reinos el cetro. Los nombres de Amalarico, Teudis, Teudiselo, Leovigildo y otros semejantes hacen todavía estremecerse á la religion y á la humanidad. En tiempos no menos calamitosos se vió nuestra España sojuzgada por una gente descomunal y bárbara, profanados nuestros templos, robadas nuestras haciendas, muertos los ciudadanos, prostituidas sus esposas, y sus hermosas y amadas hijas entregadas como corderas á los lobos carniceros.

En medio de tantos trabajos, de tanta guerra, de tanta herejía, de tantas persecuciones y de tanta desolacion, siempre se vió claramente que el brazo de Dios estaba levantado para castigar nuestros pecados;

pero tambien se vió que la proteccion de María se interponia como escudo fuerte para defendernos, y hacer que no nos aniquilasen nuestros enemigos. Jamas faltaron cristianos que cuidasen del culto de María en su iglesia del Pilar, aun cuando Zaragoza estuvo por muchos siglos en poder de principes paganos. Jamás faltaron sacerdotes que ofreciesen en su templo al eterno Padre el Cordero inmaculado. Jamas se interrumpió la serie de sus santos obispos, de los Valerios, de los Braulios, de los Tajones, y otros de igual santidad y literatura. Jamas se suspendieron aquellos concilios en que tuvo la primacía sobre todas las iglesias de España, si se exceptúa la de Ilíberis. Y mientras Zaragoza poseia con tranquilidad su tesoro, ¿de qué gracias no participó toda la península ya en tantos obispos santos, sabios y esforzados; ya en tantos martires nada inferiores en la gloria á los Fructuosos, á los Eulogios y á los Vicentes; ya en tanto concilio en que se interesó á un mismo tiempo la religion y gloria de España, y la causa comun de toda la Iglesia; ya en tanto escritor que juntó la verdadera sabiduría con la defensa de la piedad, del dogma y de la virginidad perpetua de la Madre de Dios; y ya finalmente, en ver restituido su trono al valor, á la nobleza, al mérito y la religion? Todos estos bienes particulares de Zaragoza, y universales á toda España, son una consecuencia de las promesas que hizo María al apóstol Santiago en la portentosa aparicion que celebra nuestra Iglesia. Todos ellos así como son un testimonio de la predileccion con que nos mira la Reina de los ángeles, de la misma manera son un motivo que apremia de continuo nuestra gratitud.

JACULATORIAS.

Benedixisti, Domine, terram tuam, avertisti captivitatem Jacob. Salm. 84.

Derramaste, Señor, tus bendiciones sobre una tierra que elegiste para tu posesion, y alejaste de ella las cadenas con que la superstición la tenia esclavizada

Domine, in lumine vultus tui ambulabunt, et in nomine tuo exultabunt tota die. Salm. 88.

Con el claro resplandor de tu gracia y de tu santa ley caminarán, Señor, tus gentes por los senderos de esta vida, y en nada se gloriarán ni se regocijarán sino en tu nombre sacrosanto.

PROPOSITOS.

Habiéndose visto en las precedentes consideraciones que en la aparicion milagrosa del pilar fijó el Espíritu Santo la divina ley en nuestros corazones con caractéres que no se borrarán jamás; que Dios quiso ser nuestro Dios, y que nosotros fuésemos su pueblo; y últimamente, que eligió á su santísima Madre para dispensarnos estos soberanos beneficios, está visto que los Españoles tenemos una grande obligacion á esta soberana Reina. El serle agradecidos es lo mismo que ser cristianos; las obligaciones de la fe son las mismas que las de su amor. Si nos ama como á hijos, ¿no deberemos servirla como á madre? Si nos favorece como á predilectos, ¿no deberemos señalarnos entre todos los fieles de la tierra en materia de agradecidos y obsequiosos? No se puede dudar, y el modo de agradecer las amorosas demostraciones de esta dulce Madre, es servir sin reserva á su Hijo. Así lo deseo, madre amorosísima, y así os lo prometo; pero para este efecto alcanzadme del Espíritu Santo aque-

los dones divinos con que fortaleció el corazon de los apóstoles; aquella gracia poderosa que ilumina el entendimiento, mueve dulcemente la voluntad, y vence gloriosamente la concupiscencia. Tomad, Señora, bajo vuestra proteccion nuevamente todos estos dilatados países, y haced con vuestro santísimo Hijo que no prevalezcan en ellos los funestos males y los perniciosos errores de que está inundada toda la tierra. España os mereció hasta ahora todas vuestras atenciones; vos le prometisteis que siempre permaneceria en ella incorrupta la fe de vuestro Hijo: hasta la hora presente vuestras promesas se han verificado. Pero ¿se verificarán igualmente en lo sucesivo? Si miramos á la depravacion de las costumbres que se ha hecho universal; si se atiende á la relajacion de todos los estados y gerarquías de la Iglesia; si se consideran bien los progresos que por todas partes hace el error, no se puede dudar que no encuentra el entendimiento humano sino multiplicadas causas de temer. Tanto pecado, tanta maldad y tanto delito tienen la fuerza suficiente para suspender el curso á vuestras promesas; pero espero que sin embargo no le tendrán para impedir el de vuestras misericordias y piedades.

DIA TRECE.

SAN EDUARDO, REY DE INGLATERRA, CONFESOR.

San Eduardo, tercero de este nombre, rey de Inglaterra, llamado *el Confesor* ó *el Piadoso,* cuya santidad añadió tanto esplendor á la majestad del trono, nació al mundo hácia el principio del siglo undécimo. Fué sobrino de un santo rey mártir y de su mismo nombre; hijo de Ethelredo y de Ema, hija de Ricardo, du-

que de Normandia. Por una singular y bien extraordinaria eleccion de la divina Providencia fué jurado rey de Inglaterra estando aun en el vientre de su madre, en perjuicio del príncipe Edmundo, su medio hermano, primogénito del primer matrimonio, y de su hermano entero el príncipe Alfredo, que tambien lo era del segundo. Juntos en córtes todos los estados del reino, previendo ya la próxima irrupcion y aun inundacion de los Daneses que amenazaban á Inglaterra, convinieron en reconocer por heredero presuntivo de la corona al infante que la reina traia en sus entrañas; juráronle fidelidad, y antes de haber nacido, le prestaron la obediencia, obligándose á reconocerle por su legítimo soberano. Luego que salió á la luz del mundo, se vió precisado á refugiarse en Normandia con toda la familia real para evitar el furor de los Daneses.

Todo el tiempo que duró la educacion que se le dió en aquel destierro se observó que con la inocencia de las costumbres iba creciendo en el tierno príncipe el horror al vicio y el amor á la virtud, aun antes de tener edad para conocer su mérito y su valor. A la apacibilidad de su natural, que era verdaderamente admirable, juntaba tan extraordinaria pureza, que parecia sobrenatural, mereciéndole desde luego el renombre del ángel de la corte. Causábale horror, y sin libertad le hacia huir cualquiera palabra el menor objeto, que ni aun levísimamente lastimase esta delicada virtud; y en una edad en que los demás niños solo hallan gusto en sus pueriles inocentes enredos, al tierno príncipe nada le divertia sino la oracion y otros ejercicios de piedad. Siempre le parecia corto el tiempo que gastaba en la iglesia, y no habia para él gusto ni consuelo igual como asistir al santo sacrificio de la misa. Siendo tan enemigo de todos los entretenimientos que suelen divertir á los demás príncipes niños,

toda su diversion y todo su recreo, en concluyendo con las horas del estudio y con sus devociones, era ir á pasar algunos ratos en un monasterio, observándose que se arrimaba mas y hacia mayores agasajos á los monjes mas religiosos, mas modestos y mas santos.

Murió en este tiempo su padre, y quitó la vida á sus dos hermanos la barbaridad de los Daneses y el artificio de Godubin, uno de los principales señores de Inglaterra, que todo lo llenaban de fuego y sangre; por lo que se halló Eduardo único heredero del reino, usurpado y asolado por los Dinamarqueses. Estaban despojadas las iglesias, arruinados los monasterios, y solo se veia en el desgraciado reino una general disolucion. Vivia en tiempo de estas calamidades públicas retirado en cierto monasterio un santo obispo llamado Brithuvaldo llorando amargamente los pecados de su nacion, cuando tuvo un sueño que le llenó de consuelo. Parecióle que veia al apóstol san Pedro que ungia por rey al jóven príncipe Eduardo, estando este á sus piés, y que le pronosticaba reinar en paz, siendo la felicidad de sus vasallos, á quienes habia castigado Dios con aquella inundacion de bárbaros.

Iba entre tanto creciendo el príncipe en edad, en sabiduría y en prudencia, siendo la admiracion de la corte su modestia, su agrado, su dulzura y su apacibilidad. Dijéronle un dia sus cortesanos que no podria abrirse camino para el trono sino á punta de espada; á que respondió prontamente que nunca admitiria corona alguna que costase ni una sola gota de sangre.

Subió, en fin, al trono de su padre, despues de la muerte del usurpador Canuto y de sus hijos, restituyendo luego á sus estados la antigua felicidad que habian desterrado de ellos tantas turbaciones. Ante todas cosas, reparó las iglesias que los enemigos ha-

bian saqueado ó arruinado, edificó otras nuevas, fundó muchos monasterios, y mandó se restituyesen las posesiones usurpadas á los que ya estaban fundados, siendo dictámen suyo que el medio mas seguro para que floreciese el estado era hacer que floreciese la religion; por lo que solia decir que el bien público de la monarquía estaba inseparablemente ligado al mayor bien de la Iglesia.

Pero como la guerra no solo habia desolado las provincias, sino tambien corrompido las costumbres, dedicó toda su aplicacion á reformar los abusos, á poner órden en todas las cosas, y á procurar que renaciese en todas partes y en todas materias la justicia y la buena fe. Con estas providencias, al mismo tiempo que logró la estimacion de sus vasallos, les ganó tambien los corazones. No hubo rey mas amado, ni príncipe que mereciese mejor el nombre de padre. Nunca manifestaron mas los pueblos el amor que le profesaban que en el dia de su consagracion, que fué el de Pascua del año 1043. Fué universal la alegría, y nunca tuvieron fin los votos que ofreció al cielo toda la nacion para que le conservase un príncipe tan bueno.

Movidos todos los grandes del reino del deseo de ver perpetuadas en una larga sucesion las ilustres virtudes de un monarca que era las delicias de Inglaterra, le apuraban para que se casase, con el piadoso fin de lograr un sucesor á la corona que fuese descendiente de tan santo rey; porque ignoraban que este habia hecho voto de perpetua castidad. Lleno Eduardo de confianza en el Señor y en la particular proteccion de la santísima Vírgen, á quien honró y amó toda la vida como á su querida madre, quiso dar este consuelo á sus vasallos, sin faltar á la fidelidad que debia á Dios. Habíale destinado el cielo una esposa con todas las prendas dignas de una gran reina, la cual

desde su infancia habia resuelto conservar su virginidad, prefiriendo el augusto título de esposa de Jesucristo al de madre de uno de los mayores reyes de la tierra. Era esta ilustre princesa Editha, hija del conde Godubin, el señor mas poderoso y mas rico de Inglaterra. Informado Eduardo de su rara virtud, consintió en casarse con ella, y se celebró la boda con alegría universal de los pueblos y con magnificencia verdaderamente real. No vió el mundo mas dichoso ni mas santo matrimonio. Habia confiado el rey á la reina anticipadamente el voto que tenia hecho; y la reina le ganó el corazon haciéndole tambien recíproca confianza del que ella habia ofrecido al Esposo de las vírgenes; de manera que los dos castos esposos conservaron en medio de la corte y entre las licencias del matrimonio, que fácilmente pudieron obtener, aquella preciosa delicada flor que se aja hasta en la soledad y aun en el sombrío retiro del mas horroroso desierto.

No podia menos de ver á Dios en la tierra un corazon tan puro; insigne favor que le dispensó el Señor mas de una vez. El amor á Cristo sacramentado correspondia á la viva fe que le animaba. Todos los dias gastaba muchas horas delante del Santísimo Sacramento, derramando su corazon en presencia de su Dios con tiernas y copiosas lágrimas; siendo tan grande su respeto, su devocion y su compostura en el templo, que avivaba la fe en todos los cortesanos. Asistiendo un dia al santo sacrificio de la misa, vió con los ojos corporales á Jesucristo en forma humana al tiempo que se elevaba la hostia, y su extática suspension, su rostro inflamado, sus ojos inmoblemente fijos en el divino objeto, sus dulces lágrimas y el gozo de que se manifestaba inundado, dieron á conocer no una vez sola á los circunstantes el favor con que el cielo le regalaba.

Dotóle tambien con el don de profecía; y estando

oyendo misa en cierta ocasion, vió desde allí la muerte del rey de Dinamarca, con la total pérdida de su armada naval en que venia para hacer un desembarco en Inglaterra. Notaron los circunstantes que se quedó repentinamente como pasmado y atónito, derramando muchas lagrimas. Acabada la misa, se tomaron algunos grandes la respetuosa confianza de preguntarle qué significaba aquella novedad, y él les refirió sencillamente el funesto suceso de los Daneses y de su armada; noticia que se confirmó poco tiempo despues, quedando todos convencidos de que Dios le habia revelado el fracaso en el mismo punto en que estaba sucediendo.

Ganó el corazon de todos con su dulzura y con su afabilidad, al mismo tiempo que su encendida caridad con todos los necesitados le mereció el glorioso título de tutor de huérfanos y padre de pobres. Despues de dar audiencia horas enteras á todos los que se presentaban, y de asistir á las del despacho en el gabinete con sus ministros, ocupaba las demas en obras de misericordia, y la mayor parte de la noche en oracion. Encontró un dia en la calle á un pobre paralítico, cargóle en sus reales hombros y le llevó á la iglesia adonde el enfermo iba arrastrando. Premió Dios en el mismo instante un acto tan heróico de caridad, porque el paralítico quedó sano en aquel punto, y publicó en todas partes un milagro tan visible que la humildad del santo rey pretendia ocultar. En otra ocasion dió tambien una ilustre prueba de aquel su inagotable fondo de caridad, de mansedumbre y de dulzura. Su tesorero general dejó un dia abierto el tesoro por inadvertencia; y cierto oficial, sin reparar que el rey le estaba viendo, se aprovechó de la ocasion, y hurtó una cantidad considerable. No le habló palabra el santo rey; pero volviendo el tesorero y reconociendo el robo, suplicó á su Majestad se sir-

viese mandar hacer una exacta pesquisa del delincuente. *No haré tal,* respondió el suavísimo monarca, *porque es natural que el que hurtó ese dinero tuviese mas necesidad de él que yo; pero tú ten cuidado en adelante de que no sean tan fáciles semejantes robos.* Nunca hubo príncipe mas universalmente estimado no solo de sus vasallos, sino tambien de los extranjeros, por lo que todos los soberanos solicitaban su amistad; de manera que jamás se vió el reino de Inglaterra mas floreciente, ni nunca gozó de mas dulce paz que en tiempo de su reinado.

Fuera del abrasado amor que profesaba á Jesucristo, y de la ternura con que amaba á la santísima Vírgen, tenia particular devocion con san Juan evangelista, uno de los principales protectores de la virginidad; y en virtud de esta devocion, ofreció no negar nunca limosna á quien se la pidiese en nombre de aquel glorioso santo. Apareciósele un dia él mismo en figura de un pobre que le pidió una caridad por amor de san Juan evangelista; no se hallaba á la sazon con dinero el piadoso rey; y sacando del dedo un anillo, se le dió al pobre. Pocos dias despues se apareció el santo apóstol á dos peregrinos ingleses, y les mandó que llevasen al rey aquel anillo, asegurándole de su parte que solo le faltaban seis meses de vida, y que al cabo de ellos él mismo vendria por él para llevarle á las bodas del Cordero. Recibió san Eduardo con visible gozo aquel favor insigne de su santo protector, y mandó que se hiciesen oraciones en todo su reino, doblando él las suyas, como tambien sus penitencias y todas las demás obras buenas que acostumbraba á ejercer. Fueron aquellos seis meses una encendida renovacion de fervor y un continuado ejercicio de virtudes y obras de misericordia. En fin, habiendo llegado el dia pronosticado por el santo apóstol. que fué el 5 de enero del año 1066, despues

de una corta enfermedad, habiendo recibido el santo rey los sacramentos, colmado de méritos, entregó su inocente alma en manos de su Criador, entre el llanto general de toda Inglaterra, casi á los treinta y seis años de su edad, y en el veinte y tres de su reinado. Ningun príncipe fué jamás llorado, ni con mayor sinceridad, ni por mas largo tiempo; llanto tan amargo como justo, que solo le pudo enjugar el general concepto que se tenia de su santidad, y la confianza de los pueblos en su poderosa intercesion con el Señor, que en efecto continuó en glorificar á su siervo con multitud numerosa de milagros. No contribuyó poco al aumento de su culto el que sucedió pocos años despues de su muerte en presencia del rey Guillelmo el Conquistador, primo del santo, de Lanfranco, arzobispo de Conturbel, del clero y nobleza de Inglaterra. Obróle san Eduardo en favor de un obispo que él mismo habia presentado para el obispado, á quien sin razon querian deponer. Acudió el prelado á la proteccion del santo rey, y fijando su cruz sobre la losa de la sepultura del santo, que era de mármol, se entró por ella como pudiera por el mas blando y tierno barro. Con esta ocasion hizo el rey Guillelmo que se encerrase el atahud en una caja de oro y de plata; se elevó el santo cuerpo de la tierra treinta y seis años despues de su muerte, hallándose tan entero y tan fresco, con todos los miembros tan flexibles como si estuviera vivo, y con los vestidos tan nuevos como si se los acabaran de poner. Desde entonces comenzaron los Ingleses á instar incesantemente á la silla apostólica para que le declarase culto público, lo que lograron en fin, habiéndole canonizado solemnemente con todas las formalidades necesarias el papa Alejandro III el año de 1161 á instancias de Enrique II, rey de Inglaterra; y el papa Inocencio XI fijó su fiesta al dia 13 de octubre, en el cual se habia hallado entero su cuerpo exhalando una exquisita fragrancia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Inglaterra, san Eduardo, rey, cuya fiesta, aunque murió en cinco de enero, ha sido puesta por Inocencio XI en este dia, que fué el de la traslacion de su cuerpo, hallado incorrupto treinta y seis años despues de su muerte.

En Troade, ciudad del Asia Menor, la fiesta de san Carpo, discípulo del apóstol san Pablo.

En Córdoba de España, la fiesta de san Fausto, san Juanario y san Marcial, mártires, quienes sufrieron primero el tormento del potro; luego les arrancaron los dientes, les cortaron las cejas, las orejas y las narices, acabándolos de martirizar en el fuego.

En Tesalónica, san Florente, mártir, que fué quemado despues de haber padecido muchos tormentos.

En Austria, san Colman, mártir.

En Ceuta en la Mauritania Tingitana, el suplicio de los siete santos mártires, del órden de los hermanos menores, san Daniel, san Samuel, san Angel, san Donulo, san Leon, san Nicolás y san Hugolino, quienes, por haber predicado el Evangelio y refutado la secta de Mahoma, sufrieron de parte de los Sarracenos las afrentas, las cadenas y los azotes, consiguiendo por último la palma del martirio y la corona labrada por las espadas que les cortaron las cabozas.

En Antioquía, san Teófilo, obispo, que fué el sexto pontífice de aquella iglesia despues de san Pedro.

En Tours, san Venanto, abad y confesor.

En Sublago, en la campaña de Roma, santa Quelidonia, virgen.

En Covern cerca de Coblent, san Luveins, párroco, ordenado de sacerdote por san Maximino de Tréveris.

En Marsella, san Antonino, obispo, cuyo cuerpo,

que estaba en San Cannat, fué trasferido á la iglesia mayor en 1277.

En Saligny en el Limosin, san Leobon, solitario.

Cerca de Gannat en Auvernia, santa Procla, martirizada en defensa de su virginidad.

Tambien en Auvernia, san Gerodo, baron de Aurillac, cuya vida llena de brillantes virtudes ha sido escrita en cuatro libros por san Odon, segundo abad de Cluny.

En Spira, el venerable Rembauto, ilustre por su piedad y erudicion, quien, de monje de Hirsauge, fué hecho obispo de aquella ciudad.

En Foigny en Lannois, el bienaventurado Gerbranco, abad de Clercamp en Frisa, del órden del Cister.

Cerca de Génova, san Remo, confesor, obispo de aquella ciudad.

En la Apulla, san Marcos, obispo de la antigua ciudad de Eques, cuya silla ha sido trasferida á Troya.

En Trimo en el condado de Meath de la provincia de Lagenia en Irlanda, santa Finseca, vírgen, cuyas reliquias son veneradas en aquel lugar con las de otros diez y siete santos, de los cuales tres tenian el mismo nombre de Edo.

En Escocia, santa Frudoca, vírgen.

En Ausburgo, el bienaventurado Simberto, obispo de aquellá ciudad.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguente:

Deus, qui nos beatum regem Eduardum confessorem tuum æternitatis gloria coronasti; ac nos, quæsumus, ita eum venerari in terris, ut cum eo regnare possimus in cœlis. Per Dominum nostrum.....

O Dios, que coronaste en la gloria eterna el bienaventurado Eduardo tu confesor; suplicámoste nos concedas le veneremos de tal manera en la tierra, que merezcamos reinar con él en el cielo. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31 de la Sabiduría, y la misma que el dia VI, pág. 148.

NOTA.

«El autor de este libro, ó, por mejor decir, el Espíritu Santo, que es su principal autor, elogia en este lugar al hombre feliz que sabe vencer la deslumbradora tentacion de las riquezas con el generoso desprecio de ellas. Siendo las riquezas escollo de la inocencia, el que la conserva en medio de la abundancia obra un milagro que en cierta manera le canoniza; siendo especie de prodigio ser rico y ser inocente.»

REFLEXIONES.

Toda la Iglesia de los santos publicará sus limosnas. Esta es la materia del mas magnífico elogio que se puede hacer de un grande. Dan verdaderamente las limosnas un título de mucho esplendor. No hay prueba mayor de una grande alma, de un gran fondo de religion, de un corazon noble, generoso y compasivo, de un espíritu cabal, de un entendimiento recto, despejado y superior á todas las pasiones, de unas inclinaciones enteramente cristianas, que esta caritativa liberalidad. La dureza con los pobres siempre es efecto de una alma baja, de un corazon duro y mezquino, de un ánimo poco cristiano, y de un entendimiento mediano, limitado y verdaderamente vulgar; casi estaba por decir que tambien es señal de reprobacion. No parece que puede ser liberal con Dios el que es tan escaso con los pobres. Suélese atribuir la inconstancia en la prosperidad á mil accidentes que ciertamente no han tenido parte en ella. La causa mas comun de esos reveses, de esas revoluciones de fortuna suele ser la dureza de los ricos con los

necesitados. Si se niegan á Dios los intereses, ¿qué maravilla que nos despoje del principal? Los fondos que han sido mal administrados por los padres no se confian despues á los hijos : *Aliis locavit agricolis.* Si se cierran los canales por donde ha de correr el agua, presto se divertirá hácia otra parte. ¿Quieres fijar esa brillante, esa floreciente fortuna? ¿quieres que sean por largo tiempo hereditarias esas posesiones, esas rentas? ¿quieres asegurar la abundancia en tu familia? Pues sé rico, sé liberal, sé magnífico en limosnas. No hay título mas seguro de prosperidad que la subsistencia de los pobres. Sus bendiciones conjuran las tempestades. Interésase el mismo Dios en el bien que se hace á ellos. Todo lo que se les da, se pone á lucro. Ni tu habilidad, ni tus próvidas disposiciones asegurarán los bienes á tus hijos; mas fuerza, mas virtud tienen para eso las limosnas que todas las escrituras y todos los contratos. ¡Oh, y cuántos y cuán crueles remordimientos se ahorrarian, cuántos sobresaltos se excusarian si se cumpliera con ciertas obligaciones que nunca se violan sin injusticia! ¡cuántos méritos se granjearian delante de Dios si aquellos que se ven ricos con los bienes de la Iglesia dejaran entrar á la parte del goce que les toca á los que tienen legítimo derecho para que se repartan con ellos! El beneficio, que solo es beneficio para su poseedor, es un título muy oneroso para la otra vida. Los ricos, segun el órden de la divina Providencia, solo son ricos para los pobres. ¿Cuál será la suerte de un beneficiado eclesiástico, que solo fué rico para sus parientes, para sus diversiones, para su regalo y para sí mismo? ¡Cosa extraña! Habrá alguno que se tendria en otro tiempo por dichoso si lograra un beneficio de diez mil reales, el cual, lográndole hoy de diez mil ducados, será y efectivamente es pobre. Pero ¿es acaso porque le han empobrecido las limosnas?

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia VI, pág. 150.

MEDITACION.

QUE NO SE DEBE DILATAR NI UN SOLO DIA LA CONVERSION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, por arreglado que uno sea en su conducta, siempre tiene que reformar; fáltanle muchas virtudes que adquirir; réstale mucha penitencia que hacer. No hay persona que no tenga necesidad de convertirse; tampoco la hay que, durante el tiempo de su vida, no tenga alguna vez el pensamiento de convertirse á Dios con toda el alma; y menos, que no quiera morir despues de perfectamente convertida. De aquí nacen aquellos proyectos de conversion para en adelante, aquel plan de vida cristiana que se suele formar en medio de los mayores desórdenes. Espero, dice un hombre del mundo cuya conciencia está poco tranquila, espero que Dios me hará la merced de que acabe los dias de esta miserable vida en una soledad, en un convento, donde no piense en otra cosa que en mi salvacion. Yo, dice otro curial, deseo ansiosamente que se acabe este pleito, poner en órden mis dependencias, y retirarme de este tropel de negocios y de ocupaciones, que no me dejan lugar para dedicarme ni un solo instante al importante negocio de la salvacion. Solo deseo dar estado á mis hijos, que se acabe el tiempo de este empleo, de este negro cargo, para irme á enterrar vivo en un desierto, y pensar únicamente en disponerme para morir. Estos son los trampantojos con que se procuran acallar

aquellos crueles remordimientos, aquellos saludables sobresaltos que excita Dios en el alma de los mayores pecadores. No hay cosa que mas sosiegue ni que mas falsamente tranquilice una conciencia justamente sobresaltada, que estos proyectos de conversion á cual mas frívolos y mas vanos. Entre todos los medios de que se vale el demonio para perder á los hombres, ninguno le sale mejor que estos propósitos siempre inútiles y siempre infructuosos. Para convertirse, son menester tres cosas: tiempo, voluntad y gracia. Aunque se dilatara la conversion no mas que un solo dia, ¿quién nos ha dicho que tendremos ese solo dia para convertirnos? Y aunque llegue este solo dia, ¿quién nos asegura que entonces tendremos mas voluntad de convertirnos que ahora? Y dado caso que nos hallemos entonces con mejor voluntad que al presente, ¿por qué revelacion sabemos que la gracia de entonces será mas eficaz que aquella á que hemos resistido hasta aquí? En medio de eso, este es el cimiento en que se funda este edificio imaginario de una conversion quimérica. ¿Puede haber ni fundamento mas débil, ni condicion mas expuesta, ni proyecto menos prudente, ni suceso mas arriesgado?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay, durante la vida, ciertos momentos felices, en los cuales á favor de no sé qué ilustracion interior se descubren de repente tantos defectos en las criaturas, tanto vacío en todos los bienes criados, y se siente tanto disgusto del mundo, que sin libertad se confiesa que es insensatez todo lo que no sea servir á Dios. Sobra entendimiento para rendirse á las razones que convencen ser necesaria la conversion; pero falta generosidad para resistir á las pasiones que tiranizan el alma. Ingenioso siempre el amor

propio para perdernos, encuentra un temperamento entre estos dos partidos: satisface á la razon, conviniendo en que es necesaria la conversion, y se acomoda con la cobardía ó con la irresolucion, dilatando la conversion para otro tiempo; y con esta dilacion nos pone en evidente peligro de no convertirnos jamás. ¡Qué cosa hay mas incierta que el tiempo! Innumerables fueron sorprendidos por la muerte en la misma víspera de su conversion. ¡Oh, y qué cosa tan triste es morir con solo el ánimo de convertirse en adelante! Aun no es tiempo, se suele decir, de dejar esta mala amistad, de apartarme de esta ocasion, de reformar mis perversas costumbres, de entablar una vida cristiana y arreglada. ¡Pero cuándo será tiempo! ¡cuando! Cuando se apague ó se entibie el fuego de la juventud; cuando la edad madura y mi propia experiencia me desengañen de las bagatelas que ahora me embelesan; cuando todas las cosas conspiren en llevarme á Dios. Así discurren casi todos los hombres sobre el proyecto de su conversion, porque ninguno se quiere morir sin convertirse; pero ¿discurren bien? ¿hay seguridad en llegar á aquella edad en que, sosegado el ánimo, cansadas ó adormecidas las pasiones, nos dejen la necesaria libertad para conocer la vanidad, la insubsistencia y la nada de todo lo que ahora nos encanta? ¿de cuándo acá podemos nosotros disponer del tiempo y de los momentos de que solo es dueño nuestro Padre celestial? ¿y quién nos ha dicho que las pasiones se debilitan y enflaquecen con la vejez? ¡Ah! que sucede todo lo contrario. Disminúyense en verdad las fuerzas del cuerpo, y hasta el ánimo experimenta los efectos de la flaqueza; pero las costumbres viciosas se fortifican, y, por decirlo así, se aprovechan de la misma flaqueza del ánimo para tiranizarnos con mayor imperio. Rara vez se ve á un viejo disoluto que perfectamente se convierta. Pero

dices: en todo tiempo se puede uno convertir; bien está, pero ¿quién te ha dicho que en todo tiempo estarás en estado de convertirte? No lo quisiste hacer cuando Dios te solicitaba, cuando eran menores los estorbos, cuando no estaban tan apretados los lazos, cuando los malos hábitos no tenian tantas fuerzas; ¿cómo puedes prudentemente esperar que lo querrás y que lo harás cuando se hayan multiplicado todos estos impedimentos; cuando estén mas inveterados los hábitos, y cuando Dios esté cansado de tu terquedad y de tu resistencia?

¡Ah, Señor! convencido estoy de que no hay otra conversion que la que se hace en el dia. Desde hoy mismo estoy resuelto á convertirme; dadme gracia para hacerlo así; porque, si no me convierto hoy, corro mucho peligro de no convertirme jamás.

JACULATORIAS.

Dixi, nunc cœpi. Salm. 76.
Sí, mi Dios, en esta misma hora me quiero convertir.

Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies. Salm. 50.
No, Señor, nunca dejaréis de recibir benignamente á un corazon verdaderamente contrito y humillado.

PROPOSITOS.

1. Lisonjéese enbuenhora uno á sí mismo con las mejores esperanzas, parézcale enbuenhora que tiene la mas verdadera voluntad de convertirse; dilatar un solo dia la conversion, es verdaderamente no quererse convertir. Clámese cuanto se quisiere contra esta proposicion, no la hay mas verdadera. No quieras hacer en tí mismo la experiencia; antes bien si-

gue el consejo del Profeta : *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* Pues Dios te convida ahora para que reformes tu corazon y para que te conviertas hazlo desde luego sin la menor dilacion. Da principio pidiendo perdon á Dios de todos tus pecados, y en especial de tu resistencia hasta ahora á la divina gracia. No dejes este libro sin hacer antes un acto de contricion sincero y verdadero.

2. Antes que se pase este mismo dia, haz que se vean en ti algunos efectos de esta resolucion. Prívate de ese juego, apártate de esa compañía, retírate de esa casa, no veas mas á esa persona. Separa hoy mismo una parte de esa cantidad que debes restituir, notando que es parte de mayor cantidad que estás debiendo á fulano. Si tienes necesidad de hacer confesion general, comienza desde luego á escribirla; da principio reformando la profanidad, y esas galas demasiadamente mundanas. Si en tu estado has sido menos regular, ó si has edificado poco á tus hermanos, comienza hoy á darles buen ejemplo por medio de la exacta observancia de tus reglas, particularmente de aquellas que mas acostumbras á quebrantar. Sigue hoy mismo este consejo, advirtiendo que, si le desprecias, todo lo arriesgas.

DIA CATORCE.

SAN CALIXTO, PAPA Y MÁRTIR.

San Calixto fué romano de nacimiento, hijo de Domicio, y probablemente de una de aquellas familias romanas, que, habiendo tenido la dicha de ser instruidas y convertidas á la fe de Jesucristo por los apóstoles, se conservaban en la pureza de la religion des-

larmente mientras estuvo ausente de Roma, ya por la malignidad de los sacerdotes de los ídolos y de los magistrados, y ya tambien por sublevaciones y motines de los pueblos idólatras. En este número entró san Calixto; y la ocasion de una persecucion que hizo tantos mártires, y tanto ilustró á la Iglesia, fué la siguiente.

El año de 224 del nacimiento de Cristo cayó un rayo en la parte meridional del Capitolio, y abrasó una gran parte de aquel soberbio edificio. Al mismo tiempo se prendió fuego en otro templo dedicado á Júpiter, cabeza de los dioses; y desprendiéndose por sí misma la mano siniestra de su estatua, se derritió en medio de las llamas. Atemorizáronse los idólatras con uno y otro suceso; juntáronse los sacerdotes de los ídolos, y convinieron en que los dioses estaban irritados, y que era menester aplacarlos con nuevos sacrificios. Destinóse para este acto público de religion el jueves siguiente, dia dedicado á aquella quimérica deidad; pero se convirtió en luto la fiesta por un suceso mas trágico que los dos antecedentes. Habíase dado principio desde el amanecer á aquellas abominables supersticiones; y cuando estaban mas engolfados en ellas, el cielo, que hasta aquel punto se habia mostrado sereno, se encapotó de repente, y rompió en una tempestad tan deshecha y tan furiosa, que cuatro sacerdotes de los ídolos perdieron la vida á violencia de los rayos, y el altar de Júpiter quedó reducido á ceniza. Apoderóse de los idólatras tanto temor y tanto espanto, que muchos de ellos huyeron apresuradamente hasta ponerse en salvo fuera de la ciudad. Otros se retiraron á la otra parte del Tiber, y refugiándose á lugares apartados, encontraron al santo pontífice con sus clérigos y con una multitud de fieles que se habian juntado para cantar las divinas alabanzas en los sepulcros de los santos mar-

tires. Entre los gentiles que iban huyendo era uno Palmacio, varon consular; y habiendo visto toda aquella gente junta, notando tambien las sagradas ceremonias de nuestros divinos misterios, no puso la menor duda en que todo el estruendo de rayos y de tempestades era efecto de aquellas secretas ceremonias, hechicerías y encantos de los cristianos: ridícula y extravagante opinion que pasó luego á ser popular. El mismo Palmacio, zelosísimo gentil, fué de los primeros á delatar á los cristianos ante el gobernador, exponiéndole lo que habia visto por sus ojos, y todo lo que habia sospechado. Nada se detuvo en deliberar el gobernador, y dió comision al propio Palmacio para prender aquellos imaginarios encantadores, y para obligarlos con todo género de tormentos á sacrificar á los dioses del imperio.

Animado Palmacio de un género de zelo que declinaba en furor, tomó consigo un destacamento de soldados, y los llevó al paraje donde estaban congregados los cristianos. Pero con asombroso prodigio, luego que llegaron á él, todos los soldados perdieron de repente la vista; y atemorizada con tan extraño accidente, la demás gente se puso en precipitada fuga. Palmacio, mas aturdido que todos, voló á casa del prefecto, y le contó cuanto habia sucedido. Ni por eso, se dejó de atribuir aquel nuevo portento al arte mágico de los cristianos; y para eludir la fuerza de los supuestos encantadores y hechiceros, se acordó que era preciso hacer en el Capitolio un sacrificio en obsequio de Mercurio. Apenas se habia dado principio á la sacrílega ceremonia, cuando una vírgen del templo llamada Juliana, que estaba poseida del demonio, comenzó á exclamar en medio de todo el concurso: *El Dios que adorá Ca-*

lixto es el verdadero Dios. No puede sufrir las abominaciones de vuestra república, y castigará á todos aquellos que no adoran la verdad. Hizo tanta fuerza á Palmacio esta confesion de la verdad por la boca misma del demonio, compelido de Dios á dar testimonio de ella, que, saliéndose disimuladamente del templo, se fué á arrojar á los piés del santo pontífice, confesó á voz en grito que no habia otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y le pidió con las mayores instancias el bautismo. Así san Calixto como todos aquellos fieles rindieron mil gracias al Señor por tan milagrosa mudanza. Fué Palmacio en breve tiempo instruido y bautizado, siguiendo tan glorioso ejemplo su mujer, sus hijos y sus criados, hasta el número de cuarenta y dos personas. Tardó poco en merecer la misma dicha un senador de Roma llamado Simplicio, grande amigo de Palmacio. A la primera conversacion que tuvo con él sobre la santidad de nuestra religion, sobre la ceguedad del gentilismo, y sobre todos los sucesos que habian pasado, abrió los ojos, y pidió el bautismo, que recibió de mano de nuestro santo, con otros sesenta y ocho individuos de su familia. Hallábase paralítico cuatro años habia un gentil, por nombre Félix, á quien estimaba mucho Palmacio; visitóle este, y lleno de aquella gran confianza que acompaña siempre á una viva fe, le aseguró que sanaria luego de su accidente si le daba palabra de hacerse cristiano. Prometiólo Félix, hizo oracion Palmacio, y en el mismo punto quedó sano, convirtiéndose él y su mujer á la fe de Jesucristo.

No podian menos de meter mucho ruido unos prodigios de tanto estruendo. Aunque el gobernador de Roma, por no tener órden del emperador, procedia lenta y flojamente en las quejas que cada dia llegaban

á su tribunal contra los cristianos, le pareció que ya no podia disimular mas, temiendo algun alboroto del pueblo. Levantaban el grito los sacerdotes de los idolos, y los paganos amenazaban una sedicion sino castigaba á los que, á su modo de entender, eran la causa de las calamidades públicas. En tan criticas circunstancias mandó el prefecto arrestar á todos los recien convertidos, juntamente con el presbítero Calepodio, que era el que los catequizaba, y sin otra formalidad de proceso les mandó cortar á todos la cabeza. Dió despues sus órdenes expresas para que por todas partes se buscase á san Calixto, autor de todas aquellas conversiones, persuadido de que su muerte sosegaria el furor del pueblo. Hallósele en casa de Ponciano, donde regularmente se retiraba para celebrar el santo sacrificio y los divinos oficios. Cargáronle primero de palos y despues de cadenas, metiendole en la carcel, donde le dejaron cinco dias sin darle el menor alimento. Era el ánimo del prefecto deshacerse del santo pontifice sin ruido, sadiendo muy bien que el emperador tenia inclinacion á los cristianos, que amaba su disciplina y la mayor parte de sus máximas, como se explica el historiador de este príncipe. Los ministros del gobernador, enemigos declarados del nombre cristiano, añadian á este suplicio todo género de malos tratamientos, y entre ellos una gran tunda de palos todos los dias, martirio que toleraba el santo pontífice con una constancia y con una alegría que llenaba de admiracion aun á los mismos paganos. Sosteníase con el vigor de su fe la flaqueza de su cuerpo debilitado con sus apostólicas fatigas, con sus rigurosas penitencias, y extenuado con sus continuos ayunos. Quísole Dios recrear en sus tormentos, no solo con las dulzuras interiores que inundaban su corazon, sino con una vision que le llenó de consuelo. Apareciósele el santo

mártir Calepodio, y le anunció que se acercaba ya el dia de su triunfo, asegurándole que el dia siguiente recibiria la corona que Dios le tenia preparada en el cielo. En el mismo dia tuvo todavía tiempo para bautizar á un soldado, por nombre Privato, y para verle repentinamente sano de muchas úlceras que tenia abiertas en su cuerpo; beneficio que logró en el mismo en que fué reengendrado por las aguas del bautismo. Noticioso el prefecto de este último hecho, pronunció sentencia de muerte contra el santo papa y contra el dichoso soldado, el cual espiró á violencia de los azotes que le dieron con correas emplomadas. Arrojóse despues el furioso populacho sobre nuestro santo, arrastróle inhumanamente por las calles, y al fin le echó en un profundo pozo, donde puso fin á su glorioso martirio el dia 14 de octubre de 224, habiendo ocupado la silla apostólica cinco años, un mes y doce dias. Diez y siete dias despues de su martirio, un santo presbítero llamado Asterio sacó del pozo el santo cuerpo, y le enterró en el cementerio de San Calepodio en la via Aureliana. El año de 854 consiguió el conde san Everardo del papa Leon IV el cuerpo de san Calixto, y el año siguiente le mandó trasportar al monasterio de Cisoin, que el mismo conde habia fundado, cuya iglesia se dedicó á nuestro santo; pero habiendo sujetado el monasterio de Cisoin á la iglesia de Reims el conde Rodolfo, hijo de san Everardo, el arzobispo Foulques ó Fulcon hizo trasladar á Reims el cuerpo de san Calixto para libertarle de los insultos de los Normandos; y en aquella santa iglesia es reverenciado con gran concurso del pueblo.

MARTIROLOGIO ROMANO

En Roma, en la via Aureliana, la fiesta de san Calixto, papa y mártir, que, por órden del emperador Alejandro, sufrió largo tiempo hambre en la cárcel siendo apaleado todos los dias; en fin, habiendo sido precipitado de una ventana de la casa en que estaba preso, y echado en un pozo, alcanzó el triunfo de la victoria.

En Cesarea de Palestina, santa Fortunata, vírgen y mártir, que, en la persecucion de Diocleciano, rindió á Dios su espíritu despues de haber sufrido los tormentos del potro, del fuego, de la exposicion á las fieras y otros suplicios. Con el tiempo, su cuerpo fué trasferido á Nápoles.

Y tambien, san Carpon, san Evaristo, san Prisciano, hermanos de la misma santa Fortunata, quienes, habiendo sido degollados juntos, juntos recibieron la corona del martirio.

Y tambien, san Saturnino y san Lupo.

En Rimini, san Gaudencio, obispo y mártir.

En Todi, san Fortunato, obispo, que, como refiere san Gregorio, brilló por el don de una virtud poderosa de lanzar los espíritus inmundos.

En Wirtzburgo, san Burcardo, primer obispo de aquella ciudad.

En Brujas de Flandes, san Donaciano, obispo de Reims.

En Tréveris, san Rústico, obispo.

El propio dia, el tránsito de san Dominico el Encorazado.

En la campaña de Roma, san Bernardo, confesor.

En Metz, san Celesto, obispo.

En Egipto, el fallecimiento de san Justo, obispo de Leon de Francia.

Cerca de Viena en el Delfinado, san Agrato, confesor.

En la diócesis de Chalons del Marne, santa Menehoud, virgen.

En Oroir de Beauvoisis, santa Angadrema, vírgen, abadesa de dicho lugar, patrona de Beauvais, cuyas reliquias son veneradas en dicha ciudad en la colegiata de San Miguel.

En Cambrai, el bienaventurado Rotado, obispo, venerado en otro tiempo en Magdeburgo, donde está su cuerpo, llevado de San Auberto de Cambrai algun tiempo despues de su muerte.

En Capadocia, san Ampodo, mártir con otros muchos.

En Mayuma de Palestina, san Cosmo, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nos conspicis ex nostra infirmitate deficere: ad amorem tuum nos misericorditer per sanctorum tuorum exempla restaura. Per Dominum nostrum Jesum Christum....

O Dios, que estás viendo que contínuamente desmayamos por nuestra flaqueza, fortalécenos misericordiosamente en tu divino amor con el ejemplo de los santos; así te lo pedimos. Por nuestro Señor...

La epístola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, cap. 5.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum, ut offerat dona et sacrificia pro pec-

Hermanos: Todo pontífice elegido entre los hombres es constituido en beneficio de los mismos hombres, en órden á aquellas cosas que miran á Dios para

catis. qui condolere possit iis qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.

que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; el cual puede tener compasion de los ignorantes y errados, como que él mismo está rodeado de debilidad; y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios como Aaron.

NOTA.

« Ensalza san Pablo en este capítulo de su epístola á los Hebreos el sacerdocio de Jesucristo, mostrando aquello en que se conforma, y en que se diferencia del sacerdocio de Aaron. »

REFLEXIONES.

Ninguno tiene derecho para pretender semejante honor sino el que es llamado por Dios. Pero ¿son siempre llamados por Dios todos los que pretenden? ¡Cuántos disgustos se ahorrarian! ¡qué dichoso seria cada uno en su estado si la eleccion de él se consultara solo con Dios! ¡Cuántos están empleados en el sagrado ministerio de los altares que no fueron llamados a él como Aaron! El esplendor de una dignidad y las gruesas rentas de un beneficio son muchas veces el único motivo de la vocacion, ¿y cuál suele ser el que se tiene presente para abrazar el estado del mundo? Seria imprudencia abrazar con lijereza el estado religioso, aunque el motivo sea siempre loable, aunque la vida sea tan quieta, tan perfecta y tan segura. Es obligacion, es prudencia en los padres no confiar cie-

gamente en una resolucion tan generosa de los hijos, en quienes no pocas veces no hay otra reflexion ni otro consejo que una pasajera inclinacion: deben suplir con sus saludables consejos, con una dilacion racional, prudente y moderada la falta de experiencia en una edad poco madura, sujeta ordinariamente al disgusto y al arrepentimiento. Pero si son necesarias todas estas precauciones para abrazar un estado tan santo, que le veneran hasta los mismos hombres del mundo, y le envidian los mas dichosos seglares; ¿serán menester menos miramientos para empeñarse en un estado, en una condicion que pocas veces hizo feliz á ninguno, en que todos convienen que es mucho mas dificultoso hacerse santo? ¿será bastante motivo ser un hijo el predilecto de sus padres, ser mozo de talentos, de buena disposicion, esperar una rica herencia, ser el primogénito, ser hijo único, para destinarle al mundo? y por lo comun ¿suele influir otro motivo mas cristiano en tan peligroso destino, al mismo tiempo que se destinan para la Iglesia y para el claustro los hijos mas desgraciados, aquellos que son como el desecho, como las heces de una familia? Basta que un hijo sea el menor de la casa para no poner en duda que le llama Dios por la Iglesia; pero si las cosas mudan de semblante, tambien se muda la vocacion. ¿No tiene dote competente una doncella? sin mas exámen juzgan sus padres, les dicta el espíritu de Dios que ha de ser religiosa. ¿Tiene un dote considerable? ¿es una heredera rica? pero ¿se inclina al claustro y al retiro? su inclinacion es melancolía, es extravagancia, es tentacion. Pregunto: ¿será Dios el que preside en la eleccion de estos dos partidos? ¿será el espíritu de Dios el que hace el repartimiento de estos estados? Nada menos: es una ciega predileccion, es la ambicion, es el interés, es el derecho del nacimiento; estos son los que sin consultar al Señor deciden sobe-

ranamente de las suertes de los hijos. Y en vista de esto, ¡nos admiramos ya de que el mundo esté lleno de descontentos y de hombres desgraciados! Bien puede esperar reveses, disgustos, contratiempos, arrepentimientos y trabajos todo aquel que quiere ser él solo el artífice de su destino.

El evangelio es del capítulo 10 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timete eum, qui potest et animam, et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeres asse væneunt: et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in cœlis est.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrirse; ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo, y no pueden matar al alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno alma y cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais, pues: mucho mas valeis vosotros que muchos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

DE LA VOCACION AL ESTADO DE VIDA.

PUNTO PRIMERO

Considera que todos los estados los dispuso la divina Sabiduría; pero la divina Providencia no destina á ellos indiferentemente á todos los hombres. Unos conseguirán fácilmente su salvacion en el estado religioso, y otros en el mundo. Proporciona Dios sus gracias y sus talentos á los diferentes estados de la vida, y los reparte entre aquellos que destina á estos diferentes estados. Para ser dichosos y para salvarnos, es menester que cada uno esté en aquel estado á que le destina la divina Providencia. Para quien no sigue la voluntad de Dios en la eleccion de estado todo es peligros; como al contrario, todas son seguridades para el que se halla en aquel estado á que el Señor le destinó. Quería Dios que fueses por un camino; pero tú tomaste otro: teníate prevenidas las gracias correspondientes en aquel que te habia señalado; ¿tendrá obligacion de concedértelas en el otro que escogiste por tu antojo? Era su voluntad llevarte á la salvacion por esta senda; pero tú escogiste otra que te pareció mejor. Pues échate la culpa á tí mismo, si encuentras en ella malos pasos, si no te hallas con tantos auxilios, y si te salen al encuentro muchos estorbos. De todo esto debemos inferir lo mucho que importa consultar con Dios la eleccion de estado, y de qué consecuencia es no desviarnos del camino que nos señalare su voluntad. Pues que, ¿es de ninguna importancia esto de empeñarse uno en el estado eclesiástico sin legítima vocacion, y esto de entremeterse en el sagrado ministerio sin que Dios le llame á él? El interés

de la casa, las rentas del beneficio, el esplendor de la dignidad ¿serán motivos muy cristianos, serán suficientes títulos para suplir la falta de talentos y de vocaciones? *Amice, quomodò huc intrasti?* ¿Cómo entraste en el sagrado ministerio? ¿quién te llamó á este estado? ¿qué motivo tuviste? ¿por qué medios llegaste á él? ¿qué fines te propusiste? ¿te preparaste para abrazarle con la edificacion de tus costumbres y con el arreglo de tu vida? ¿has desempeñado las obligaciones de este estado ejemplar y dignamente? ¡Buen Dios! cuánta materia ofrece al temor, cuánta al espanto esta breve pregunta: *Quomodò huc intrasti?* ¿Con quién te aconsejaste para abrazar el estado del mundo? ¿fué Dios el que te destinó á él, ó fué acaso el espíritu de ambicion, el de interés, el de codicia y el de libertad? ¿Movióte á abrazarle el deseo de tu salvacion, ó el desórden de tu pasion? Pero si Dios no te llamaba, ¿quien te servirá de piloto en ese mar tempestuoso, sembrado todo de escollos? ¿Por ventura te habia dado Dios talentos para ese empleo que compraste? ¿tenias acaso la capacidad, las prendas que se necesitaban para desempeñar este cargo? Tuviste dinero para comprarle; pero el dinero no da entendimiento, ni da ciencia, ni da talentos; y si por falta de capacidad cometiste mil desaciertos, ¿quién los reparará? A vista de esto, ¡nos admiraremos ya de la lastimosa corrupcion que se encuentra en todos los estados! ¡O buen Dios, cuántos intrusos se ven, cuántos hombres verdaderamente desconocidos suelen ocupar los empleos mas elevados!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, siendo tan necesaria la vocacion para todos los estados, no es menos necesaria la fidelidad para desempeñar las obligaciones de cada uno. ¿Te

hallaste ya fijo y ligado indisolublemente á un estado que no tienes arbitrio para mudar? pues ni pienses, ni te apliques mas que á santificarte en él, observando exactamente todas sus cargas y todas sus obligaciones. Ya no es tiempo de deliberar en la eleccion; dudas, temores, reflexiones, todo es ya fuera de razon. No hay otro remedio que hacer lo posible para santificarte en el estado de vida en que te hallas, si es tal que no puedes reclamar contra él. Despues de haber profesado en el estado religioso, inútil y vanamente perderias el tiempo en examinar si Dios te habia llamado, ó no te habia llamado al del siglo. Por lo comun estas inquietudes ó estos arrepentimientos son sugestiones del tentador, que únicamente solicita tener turbadas las conciencias. Examina bien las obligaciones de tu estado, y dedícate á desempeñarlas con ejemplar puntualidad. Cuantas mas razones tengas para desconfiar de los motivos que te metieron en él, con mayor fervor y con mayor fidelidad te debes dedicar á desempeñarle una vez metido. La mejor prueba de que fué legítima una vocacion, es la virtud y la observancia del que se halla en posesion de ella. El fiador mas seguro del acierto en la eleccion de vida es el portarse en ella con edificacion y con ejemplo. Por el contrario, será funesta la mas legítima vocacion al estado mas santo y mas perfecto si se desatiende al cumplimiento de sus obligaciones. Saul fué llamado por Dios para reinar en su pueblo; y sin embargo, el mismo Dios le reprobó por sus infidelidades. ¿Qué vocacion mas segura, ni á qué estado mas santo que la que tuvo Judas al apostolado? En medio de eso, dentro de colegio apostólico, y á los mismos ojos de Jesucristo se perdió Judas, convirtiéndose de apóstol en traidor infame de su divino Maestro. Es menester, pues, que *Dios nos llame* al estado á que nos tiene destinados: es menester que

consultemos la eleccion con el Señor; es menester que los motivos sean puros; y que el gran móvil de todas nuestras resoluciones sea la voluntad de Dios y el deseo de nuestra salvacion; pero una vez hecha la eleccion, es menester fidelidad.

Dádmela, Señor, por vuestra misericordia; pues ella sola me asegurará en la eleccion que pienso hacer, ó en la que tengo hecha ya. Y siendo preciso que vuestra divina voluntad nos muestre el camino que debemos tomar, resuelto estoy, mediante vuestra gracia, á ejecutar cuanto fuere de vuestro agrado en el que ya me habeis puesto ó en el que me quisiéreis poner.

JACULATORIAS.

Notam fac mihi viam in qua ambulem. Salm. 142.

Manifestadme, Señor, el camino por donde quereis que vaya á vos.

Notas mihi fecisti vias vitæ. Salm. 15.

Pues me habeis dado á conocer bastantemente el camino de la vida, haced, Señor, que nunca me desvie de él.

PROPOSITOS.

1. Aunque hubiesen sido muy prudentes las precauciones que se tomaron para asegurar el acierto en la eleccion de estado; por mas sólidas, por mas racionales que sean las pruebas de que Dios nos llamó verdaderamente á él, como la vocacion no libra de los peligros, ni dispensa en las obligaciones, el temor y el fervor no se han de acabar con la eleccion. Si todavía estás indeterminado sobre el estado que debes abrazar, consúltalo con Dios; pídele que te alumbre; y para elegirle, no te propongas otro motivo que su gloria y tu propia salvacion. Escoge un pru-

dente director que te determine, advirtiendo que te importa mucho no errar esta eleccion. Pero si te hallares ya en algun estado, no pierdas tiempo en examinar si Dios te llamó ó no te llamó á él: procura sí hacerte santo dentro de ese mismo estado.

2. Si tienes hijos, no te metas en destinarlos para este estado, ni para el otro; pero dales buenos consejos sobre lo que deben hacer para asegurar el acierto. Por lo demás, muéstrate indiferente para cualquiera que escogieren, y guárdate bien de decirles jamás • Fulanito será clérigo, ni citanita monja. Si la tienes á educar en algun convento, díle claramente que podrá escoger con entera libertad el estado que quisiere, y encomiéndala al Señor para que la alumbre.

DIA QUINCE.

SANTA TERESA DE JESUS, VÍRGEN.

Fué santa Teresa la maravilla de su siglo, y es hoy la admiracion del orbe cristiano. Nació en Avila, ciudad de Castilla la Vieja en España, el dia 12 de marzo de 1515, siendo la menor de tres hijas que tuvieron Alfonso Sanchez de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada, ambos de antigua y calificada nobleza, muy respetados por ella, pero mucho mas por su vida cristiana y por su grande piedad. Dedicaban su principal cuidado á la buena educacion de sus hijos; pero le pusieron muy especial en la de esta última niña por el extraordinario despejo, viveza y capacidad que mostraba, muy superior á su edad. Sobre todo, la notaban, con singular gozo suyo, una inclinacion natural á todo lo bueno, y una anticipada tierna devocion á

la santísima Vírgen. Era muy dedicado Alfonso de Cepeda á leer libros espirituales, y todos los dias hacia que se leyese la vida de algun santo delante de toda la familia. Encontraba en esto grandísimo gusto la niña Teresa; y no contenta con la lectura que oia, ella misma leia muchas veces con otro hermanito suyo, llamado Rodrigo, de poca mas edad, ras historias y vidas de los santos, sobre todo las de aquellas delicadas y jóvenes doncellitas que habian derramado su sangre por Jesucristo. Hicieron tanta impresion estos ejemplos en los dos tiernecitos corazones, que ambos resolvieron escaparse secretamente de la casa de sus padres para ir á tierra de Moros en busca del martirio, teniendo a la sazon Teresa solo siete años, y Rodrigo diez. Ya estaban en camino cuando los encontró un tio suyo, que los recogió y los restituyó á su casa. Pero entre tanto, estaba la niña Teresa tan preocupada del pensamiento de la eternidad, que no cesaba de repetir estas palabras : *¡Qué, para siempre; qué, sin fin!* y viendo los dos niños que no habia forma de ser mártires, determinaron hacerse, por lo menos, ermitaños. Con este intento, fabricaron en la huerta de la misma casa dos celditas, ó dos cuevecitas que levantaron con ramas de árboles, adonde se retiraba Teresa muchas veces al dia para hacer su oracion, como decia ella, delante de una estampa que representaba á la Samaritana hablando con el Salvador junto al brocal de un pozo, desprendiendo desde entonces el Espíritu Santo en aquel inocente corazon algunas centellas de aquel sublime don de oracion, de que eran como preludios aquellos primeros ejercicios.

El amor que profesaba á la santísima Vírgen le inspiraba mil industrias para honrarla y para reverenciarla. Cada dia rezaba muchos rosarios, ofreciendo al pié de la imágen algunas flores, y acompañando siempre estos pequeños presentes con alguna devota

oracion. Estos bellos principios que habia producido la lectura de buenos libros, se cortaron ó se interrumpieron de repente con la lectura de libros malos. Perdió á su madre siendo de edad de doce años, y comenzó á tomar gusto en leer libros de novelas. Esta fué la primera causa de haberse resfriado en sus buenos deseos, y de ser infiel en todo lo demás. En estos libros aprendió la inclinacion á las galas, á la profanidad, á sobresalir, á brillar, y en fin, el deseo de ser amada. Teniendo ya catorce años, trabó comunicacion con un pariente suyo, un poco lijero y desahogado, cuyo trato puso su inocencia en grandisimos peligros. Acabóse presto todo aquel espíritu de fervor y devocion, tanto, que hubiera pasado muy adelante aquel desconcierto de vida, si, notándolo su padre, no hubiera aplicado pronto remedio metiéndola de seglar en un convento de agustinas.

Antes de cumplir ocho dias en aquel recogimiento sintió poseido su corazon de un sumo disgusto y de un vivo dolor de todas sus vanidades, retoñando entonces todas las virtuosas inclinaciones de sus primeros años. Atribuyó esta mudanza á la particular proteccion de la Madre de Dios, á cuyos piés se postró luego que murió su madre, suplicándole que desde allí adelante se dignase recibirla por su querida hija. Fluctuaba dudosa en la eleccion de estado, ó de religiosa, ó de casada, cuando se halló acometida de una grave enfermedad, con cuyo motivo la sacó su pádre del convento para curarla en su casa. Luego que se recobró algun tanto, la envió á una aldea, donde vivia una hermana suya, para que se acabase de reparar, y en el camino visitó á un tio suyo que hacia vida solitaria. Con las santas conversaciones del devoto hermitaño y con la lectura de libros espirituales, particularmente de las epístolas de san Jerónimo, reconoció el peligro que habia corrido de perderse eter-

namente; y a pesar del horror que le causaba la consideracion de los trabajos y austeridad del estado religioso, especialmente en su delicada complexion, resolvió no abrazar otro. Costóle muchos ruegos y muchas lágrimas alcanzar el consentimiento de su padre; pero apenas salió de casa para ir al convento, cuando se sintió asaltada de una repugnancia tan extraordinaria, acompañada de tan vivos y tan agudos dolores que le hubieran quitado la vida á no haberla sostenido Dios.

Victoriosa de este último combate, entró con heróico valor en el convento de las carmelitas de Avila, en el cual tenia una buena amiga, y fué su entrada el dia 2 de noviembre del año 1535, á los veinte de su edad. Apenas recibió el hábito religioso cuando se inflamó su corazon en las llamas del mas puro y mas abrasado amor, recompensando el Señor la victoria que acababa de conseguir con una inundacion de gracias. Ninguna dificultad encontraba en el ejercicio de las mas heróicas virtudes. Ansiosa de desprecios, de abatimientos y de mortificaciones, era su mayor gusto ejercitarse en los oficios mas penosos y mas humildes de la casa. Cilicios, capotillos, disciplinas, ayunos casi continuos, nada era bastante para saciar aquella grande alma. Estas penitencias alteraron extraordinariamente su salud delicada por su naturaleza. Acometiéronla unos males de corazon tan violentos, y unos vómitos de tan mala calidad, que se llegaron á temer funestas consecuencias; pero estos males no le embarazaron la profesion. Hízola con tanta resolucion y con tanto valor, que llenó de admiracion á todos los circunstantes. Aun no estaban en aquel tiempo las religiosas obligadas á la clausura; y asi la envió su padre, en compañía de la otra monja amiga suya, á casa de su hermana para que se hiciesen algunos remedios. Por este tiempo ya la habia Dios comenzado á favore-

cer con muchas gracias que cada dia iban en aumento, elevándola á una altísima contemplacion hasta la oracion de quietud, y algunas veces hasta la de union, concediéndole juntamente el don de lágrimas. Pero ni ella conocia entonces el inestimable valor de estas gracias, ni encontraba confesor que le entendiese, ni comprendiese su interior disposicion. Sin embargo, se consolaba y se aquietaba, reconociendo que todo la movia á amar á Dios y á no perderle nunca de vista.

Con los remedios se acabó de arruinar enteramente su salud; mas no por eso se malogró su estancia en aquel lugar, pues fué ocasion de que se convirtiese un mal sacerdote que habia muchos años vivia licenciosamente. Confesábase Teresa con él, y se movió tanto á vista de la inocencia de aquella pura alma, que él mismo le manifestó el miserable estado en que se hallaba, pidiéndole que le encomendase á Dios; y habiéndose convertido, pasó el resto de su vida en ejercicios de la mas rigurosa penitencia.

Sintiéndose Teresa cada dia mas enferma, en pocos dias se halló reducida á la última extremidad. Contrajéronsele los nervios, causándole insoportables dolores. Púsose extremamente flaca; acometióla una tos seca; el color pálido, macilento y aplomado; todos indicantes que obligaron á temer mucho de su vida. Viéndola su padre en aquel estado, se la llevó á su casa, donde apenas entró cuando el dia de la Asuncion la asaltó una sincopal, y cayó en un desmayo tan profundo, que la tuvieron por muerta por espacio de cuatro dias. Al cabo de ellos volvió en sí; pero no se vió enteramente libre de tantos males hasta de allí á tres años, despues que le inspiró Dios se encomendase al patriarca san José, á quien reconocia deber su curacion, y cuya proteccion aseguraba despues no haber implorado jamás sin experimentarla pronta y favora-

ble, por lo que hizo cuanto pudo para extender su devocion y su culto.

El recobro de su salud fué, por decirlo así, enfermedad, ó por lo menos desmayo de su espíritu. Las frecuentes conversaciones que tenia con las personas que la habian visitado, produjeron ciertas amistades, que, aunque inocentes, no dejaron de perjudicarla. Ocupando el tiempo en el coro y en el locutorio, muy en breve se disgustó del primero; tanto, que llegó á persuadirse era especie de hipocresía querer ser observante estando tan disipada; y sobre este principio se dispensó en la mayor parte de los ejercicios de comunidad. Esta disipacion y esta relajacion la pusieron en evidente peligro de perderse; pero detúvola Dios cuando estaba ya en el borde del precipicio. Habiendo muerto su padre, á quien salió á asistir en la última enfermedad, volvió á retirarse á su convento, resuelta á volver tambien al ejercicio de la oracion, como se lo aconsejó con la mayor eficacia un religioso del órden de Predicadores, con quien á la sazon se confesaba. Apenas volvió á este santo ejercicio cuando conoció toda la iniquidad y toda la amargura de su relajacion. Detestóla dolorosamente, y toda la vida fué motivo de su llanto. No omitió despues dia alguno la oracion, aplicándose á ella con el mayor teson y con la mayor fidelidad, no obstante el silencio del Espíritu Santo, que por espacio de diez y ocho años la ejercitó con una tediosa aridez y sequedad, privándola de aquellos consuelos celestiales con que en otros tiempos la habia favorecido.

A la verdad, habia cortado Teresa todo lo peligroso que podia haber en aquella comunicacion con los seglares; pero no habia roto del todo los lazos que tenian pegado su corazon á las criaturas. Solicitábala Dios interiormente á que se lo sacrificase todo; pero su corazon no se acababa de resolver á tan generoso

sacrificio: situacion triste y combate congojoso que la tenian en una continua amargura. Neutral entre los dos partidos, no encontraba gusto cabal, ni en el comercio del mundo, ni en el servicio de Dios, siendo su grande valor y su mismo buen corazon los artífices de su mayor suplicio. Leyó por este tiempo las confesiones de san Agustin, y esta lectura fué, por decirlo asi, como el bosquejo de su perfecta conversion, cuya grande obra perfeccionó la inopinada vista de una pintura, que representaba al Señor atado á la columna en el paso de los azotes. Fortalecida Teresa con una nueva gracia, rompió en fin todas las prisiones; y en el mismo instante se halló elevada á un grado muy sublime de contemplacion. Pero como el Señor la tenia escogida para amada esposa suya, todavia quiso purificar su corazon con una sensibilisima prueba. Permitió que todos los confesores que buscó desaprobasen su espíritu, tratando de ilusion los favores que recibia del cielo, condenando su modo de oracion, y no queriendo creer que favoreciese Dios con tan singulares gracias á una alma inconstante, que tantas veces le habia sido infiel. Atormentábala el temor de estar ilusa y engañada; pero una de las cosas que la mortificaban mas era la publicidad de los particulares favores con que Dios la regalaba. Todos hablaban de ellos, unos para divertirse, teniéndolos por ilusiones, y otros para destemplarse, calificando á la monja por una insigne embustera. Decíase que pretendia ser tenida por santa antes de dar pruebas de buena religiosa, no cumpliendo con las obligaciones comunes, y aspirando á distinguirse por extravagancias y por singularidades. No eran sus hermanas las mas indulgentes respecto de nuestra santa. Esta opinion comun se le hacia á ella misma muy verosímil, acordándose de su inconstancia y de sus pasadas ingratitudes; indecision que la tenia en un continuo tormento,

tanto mas insufrible, cuanto que era sumamente tímida y delicada en materia de ilusion. Ya deliberaba dentro de sí misma si dejaria enteramente la oracion, cuando el Señor la consoló deparándole un confesor sabio, prudente y muy práctico en los caminos de la vida interior. Era este un padre de la Compañía de Jesus, el cual le prescribió el modo de gobernarse, y le aconsejó renunciase ciertas cosillas, que á la verdad no eran defectos esenciales; pero sin embargo la atrasaban mucho en los caminos de Dios. Mandóle que meditase en la vida y misterios de Jesucristo, exhortándola á que hiciese mas aprecio de la mortificacion de las pasiones, que de todas las devociones sensibles. Hízole gran fuerza y prendóla mucho esta suavidad del nuevo director. Empuñó las armas contra sí misma, entregóse sin excepcion y sin perdonarse en nada á todos los rigores de la penitencia, añadiendo á todo mas silencio, mas retiro y mayor recogimiento.

Llegó por entonces á Avila san Francisco de Borja: consultó luego con él santa Teresa sus dudas; y aquel grande hombre le respondió, sin dudar, que todo lo que sentia era verdaderamente obra del Espíritu Santo: encargóle que no resistiese mas á su divino impulso, aconsejándole que comenzase la oracion meditando en la pasion de Jesucristo; y que, si el Señor la elevase á otro grado mas sublime de contemplacion, no se opusiese al celestial movimiento. Comprendió entonces Teresa la suma importancia de añadir siempre la mortificacion del cuerpo y de los sentidos á las dulzuras de la contemplacion; y desde aquel punto no habia en el mundo cosa tan ardua, que no estuviese pronta á sacrificársela á Dios por arribar á la perfeccion á que este Señor la llamaba. Hallándose en oracion, tuvo el primer rapto en que le pareció le decia Jesucristo, que desde allí adelante

toda su conversacion habia de ser con los ángeles; y desde aquel dichoso dia se halló, por la bondad de Dios, como trasformada en una persona muy distinta. Tanto se le daba que hablasen mal como que hablasen bien de ella; pero se la notó mas delicada que nunca á la mas leve sombra de pecado. Tomó por confesor, habiendo perdido al que tenia, al célebre padre Baltasar Alvarez, de la misma Compañía de Jesus, y fueron maravillosos los progresos que hizo en la mas elevada perfeccion con un director de tanto magisterio en la ciencia del espíritu.

Entre tanto, no cesaba Dios de colmarla de favores, complaciéndose en aquella alma perfectamente purificada. Ya era su oracion una serie no interrumpida de éxtasis y de raptos, y en aquellas íntimas comunicaciones con su Dios se abrasaba su corazon en las llamas del amor mas puro, y quedaba su entendimiento iluminado con ilustraciones sobrenaturales. Aparecíasele Jesucristo con mucha frecuencia, y se complacia el celestial Esposo en enseñarle por sí mismo los mas elevados misterios. Era su deseo tener ocultos estos favores; pero siendo una de sus máximas obedecer escrupulosamente á sus directores, sujetando á su juicio todas sus visiones y todas sus mas secretas inspiraciones, solo por no faltar á esta obediencia se vió precisada á manifestar dones tan preciosos, siendo esto mismo nuevo ejercicio de mortificacion para ella. Pero como no siempre los hombres mas sabios son los mas prácticos en la vida espiritual, no faltaron muchos á quienes se les hizo sospechoso el camino de Teresa. Juntáronse seis sugetos, que por su estado hacian profesion de hombres espirituales: examinaron y conferenciaron sobre las cosas de nuestra santa, y resolvieron que estaba ilusa. Intentaron privarla de la sagrada comunion: pensaron en delatarla al santo tribunal, discurrieron si la exorcizarian, considerán-

dola poseida, y en fin no perdonaron á su director, que á la sazon se hallaba ausente, tratándole de hombre crédulo, fácil y lijero. Ni en Avila, ni en la mayor parte de las universidades de España se hablaba de otra cosa que de las imaginadas ilusiones de Teresa. No era posible martirio mas doloroso, ni estado de alma mas digno de compasion. Oprimida de tristeza, combatida de temores y anegada en lágrimas, se arrojó á los piés de un crucifijo, faltándole poco para espirar á violencia del dolor, cuando en el mismo punto oyó una voz interior que le decia: *No temas, hija, yo soy; no te abandonaré.* A cuyas palabras se desvanecieron todas sus dudas y temores. Explicó su gozo en un torrente de lágrimas, y desde aquel dia jamás se volvió á alterar la paz de su corazon.

Pero con este nuevo fervor comenzó á disgustarse un poco de la vida mitigada de su convento; y despues de una espantosa vision, en que se le representaron los tormentos que le tenian prevenidos en el infierno si hubiera continuado en la vida relajada, perpetuamente estaba ocupada en el deseo de hacer alguna cosa que acreditase al cielo su humilde agradecimiento. Hablando un dia con una sobrina suya, que estaba de seglar en el mismo convento, y con otra religiosa jóven de sus particulares amigas, se le escapó el decir riéndose y como de burlas, que ya no le gustaba la vida de aquella casa: *Pues bien*, replicó la sobrina, *retirémonos las tres, y hagamos otra vida mas estrecha: para lo cual ofrezco desde luego treinta mil ducados.* Cierta señora de mucha virtud la confirmó en el mismo pensamiento, y todas cuatro se obligaron muy de corazon y muy seriamente á llevarle adelante despues que Jesucristo declaró á santa Teresa, que con efecto la tenia destinada para fundar esta reforma. Asegurada ya de la voluntad de Dios, ningun estorbo fué capaz de acobardarla; y animada á la misma generosa

empresa por el padre Baltasar Alvarez, su confesor, por san Pedro de Alcántara y por san Luis Beltran, de la órden de santo Domingo, dió al público aquel noble y grande intento, y comenzó á poner manos a la obra. Movió Dios en su favor al papa, al obispo de Avila y á su mismo general, con cuya aprobacion compró una casa para dar principio á la reforma. Pero las quejas de su convento de la Encarnacion, las contradicciones de los padres carmelitas, la resistencia de la nobleza, la oposicion de los magistrados, la murmuracion de los pueblos y la formal contradiccion de la ciudad metieron tanto ruido, que pareció contemporizar y sobreseer en la empresa. Entonces todo el mundo se desenfrenó contra nuestra santa. Sátiras mordaces, interpretaciones malignas, feas y torpes calumnias, de todo se valió el infierno para destruir la obra del Señor. Sufriólo todo Teresa con heróica paciencia, y venció todas las dificultades con mucho mas heróico valor. En fin, despues de muchos lances llegó á sus manos el breve que le habia despachado el papa Pio IV para fundar la reforma, y entró en su nuevo convento, que quiso se consagrase con la advocacion de San José, bajo cuyo nombre no habia un otra iglesia, entrando con la santa otras cuatro doncellas de extraordinaria virtud, que ella misma habia escogido para que fuesen los cuatro pilares de aquel espiritual edificio. Hízose esta fundacion con toda solemnidad el dia 24 de agosto del año 1562, en cuyo dia el mismo obispo de Avila bendijo la iglesia. Tal fué el nacimiento de aquella célebre reforma, ó, por mejor decir, de aquella nueva religion, que es uno de los mas bellos ornamentos de la esposa de Jesucristo la Iglesia : religion que en mas de doscientos años que ha que florece, no ha perdido un punto de su primer esplendor, ni decaido en el espíritu primitivo de su sagrado instituto;

donde se encuentra aquella numerosa multitud de vírgenes destinadas á seguir al Cordero inmaculado á cualquiera parte que vaya, las cuales en medio de las mas numerosas poblaciones se saben fabricar el retiro de la silenciosa soledad, donde siempre se deja oir la voz del divino Esposo, y á quienes su santa madre dejó como por herencia el espíritu de penitencia y el don de oracion.

Viendo Teresa que cada dia se iba aumentando el número de sus hijas, se aplicó á disponer la regla y forma de vida que habian de observar. Puso por fundamento de su regla el ejercicio de la oracion, acompañado de la mortificacion de los sentidos. Entabló la mas estrecha clausura, cerró los locutorios, prohibió el trato y comunicacion con los seglares, y aun limitó las conversaciones de las monjas unas con otras, permitiéndoseles solamente breves y raras. Desterró todo comercio con el mundo, queriendo que sus religiosas no tuviesen otro recurso en sus trabajos que á los consuelos divinos, los que son como hereditarios en ellas: reformó el hábito, mudando la estameña en grosera jerga, los zapatos en alpargatas ó sandalias, los colchones en jergones de paja, y el alimento delicado en pobre y grosero sustento, siendo su voluntad que en todo reinase absolutamente la mortificacion

Luego que santa Teresa hubo arreglado su convento de San Jose, no solo fué menester ensanchar la casa, sino multiplicar tambien el número de los conventos que abrazaron la reforma. Habiendo llegado á Avila el general de los carmelitas, formó tan alto concepto de la eminente virtud de nuestra santa, y quedó tan prendado de ver resucitada en el convento de San José la primitiva observancia de los antiguos padres del Carmelo, que deseó ansiosamente la extension de la reforma. Logró en breve tiempo ver cumplidos sus deseos. En menos de doce años fundó

santa Teresa los conventos de Medina del Campo, Malagon, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Veas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Serena, Palencia, Soria, Burgos y Granada. Mas no se pueden ponderar las maravillas que intervinieron en todas estas fundaciones. ¡Qué prodigios de confianza, de mortificaciones, de zelo, de paciencia para llevar adelante sus proyectos en medio de tantas contradicciones, y con la precision de tantos viajes!

No le costó menos la reforma de los frailes que la de las monjas. Los mismos estorbos tuvo que vencer, las mismas dificultades que superar; pero á todo fué superior su magnanimidad y su gran confianza en el Señor. Echaron los primeros cimientos de este célebre edificio los padres fray Antonio de Heredia y san Juan de la Cruz. Despues que la santa les dió los estatutos que habian de observar, los acompañó á Valladolid, donde tomaron el hábito de reforma, y los envió á Duruelo. El dia 30 de noviembre del año 1568 tuvo principio la reforma de los carmelitas descalzos, que, animados de aquel espíritu interior que les dejó su santa madre, dan á la Iglesia tanto honor con su ejemplar observancia, con el resplandor cada dia mas brillante de tantas religiosas virtudes, y con aquel apostólico zelo que, pasando al otro lado de los mares, añade continuamente nuevas conquistas á Jesucristo en medio de los infieles.

Aunque obraba Dios tantos prodigios por medio de nuestra Teresa, no se limitaban precisamente á ellos los dones que recibia del cielo. No hubo santa ni mas ilustrada en los caminos de Dios, ni que poseyese la ciencia de los santos en mas elevado grado de perfeccion, ni que fuese dotada de mas claras luces, ni de mas celestial sabiduría; todo sobre el sólido cimiento de una profunda humildad. En virtud de esto, solo por pura obediencia á sus confesores, dió al público

tantas maravillas. Lo primero que la obligaron á escribir fué la historia de su vida, y no fué este el menor sacrificio que hizo en ella. Compuso despues el *tratado de la perfeccion* por órden de su confesor; el cual le mandó tambien que escribiese la historia de las *fundaciones de sus conventos*. A esta se siguió *el castillo del alma*; el tratado *de los pensamientos del amor de Dios, sobre el Cántico de los cánticos*: obra admirable, que su profunda humildad condenó al fuego, y solo se pudo salvar de las llamas un trozo de la primera parte, que se encontró en la celda de una religiosa, la cual habia copiado de su mano para su uso. Las demás obras de la santa son: *El camino de la perfeccion*: *Instrucciones sobre la oracion mental*: *Meditaciones para despues de la comunion*; y la coleccion de sus *Cartas*. Todas estas obras son á un mismo tiempo el mejor panegírico de su excelente entendimiento, el mas vivo retrato de las sublimes virtudes de su abrasado corazon, y un inestimable tesoro con que el Espíritu Santo quiso enriquecer á su Iglesia.

Pero lo mas admirable fué que aquella vida activa y laboriosa jamás alteró en ella el espíritu ni el recogimiento interior, sirviendo la multitud de ocupaciones exteriores para encender mas y mas el divino amoroso fuego que inflamaba su abrasado corazon. Tan recogida en los caminos como en la celda; y semejante a los ángeles, que nunca pierden de vista á su Dios mientras hacen aquello para que fueron enviados, igualmente estaba unida á su celestial Esposo en el tumulto de tantas ocupaciones, que en el silencioso retiro de su oratorio. No parece fácil amar á Dios ni con mayor ardor, ni con mayor ternura, ni con mayor fidelidad; por lo que tampoco es fácil comprender cuánto era correspondida del mismo Dios. Las visiones celestiales llenas del mayor consuelo eran ya en Teresa como ordinarias. Oyó un dia una voz que le decia: *Hija*

mia, yo te dí á mi Hijo y al Espíritu Santo por esposo; á mi querida hija la Vírgen por madre tuya; ¿qué podrás tú retribuirme por tan gran favor? Otro dia vió junto á sí un serafin, que con un dardo de fuego le traspasaba el corazon, quedando despues pasmada y enajenada por espacio de dos ó tres horas. En cierta ocasion en uno de sus éxtasis se la oyó exclamar : *Divino esposo mio, ó ensanchad mi corazon, ó limitad vuestros favores.* A su encendido amor igualaba su insaciable deseo de padecer. El acto de amor que repetia mas, y que fué como su particular divisa, era este : *Aut pati, aut mori :* ó padecer ó morir. En fin, no se puede reducir á la estrechez de un compendio una vida tan portentosa.

Conociendo la santa que cada dia se iba debilitando mas, escribió á la mayor parte de sus conventos, dándoles aquellos saludables consejos que mas convenian á cada uno; pero á todos les encomienda la exacta observancia de las reglas mas menudas, el frecuente y constante ejercicio de la oracion, y el juntar siempre con el espíritu interior el de la continua mortificacion. Exhorta á todas sus hijas á que procuren inflamarse en el mas puro amor de Jesucristo, dedicándose á hacerse dignas esposas suyas; quiere que todas amen á la santísima Vírgen como á su querida madre; y señala por protector de toda la órden al patriarca san José. Encárgales á todas una santa simplicidad, y quiere se destierre para siempre de toda carmelita todo estudio ajeno de una mujer. *Antes que se me olvide*, escribe á la priora del convento de Sevilla, *muy buena está la carta del padre Mariano si no tuviera latin. No permita Dios que mis hijas tengan la vanidad de ser latinas. No lo consienta otra vez, ni le suceda. Mas quiero que tengan la ambicion de parecer sencillas é ignorantes, como muchas santas, que de querer ser retóricas.*

El año de 1582, dia de san Mateo, entró en Alba, oprimida y consumida de males; pero comulgaba todos los dias con tal fervor, que no se reconocia en ella su debilidad. Sobrevínole el dia de san Miguel un flujo de sangre que la obligó á meterse en cama, y pasó toda aquella noche y el dia siguiente en muy fervorosa oracion. El primer dia de octubre mandó que llamasen al padre fray Antonio de Jesus para confesarse. Preguntóle este padre si, en caso de morir, queria que su cuerpo fuese llevado al convento de San José de Avila, que era su propia casa. *Pues que*, respondió la santa, *¿tengo yo acaso en este mundo casa alguna propia? ¿y no me darán aquí un poco de tierra para enterrarme?* La víspera de san Francisco pidió el santo viático; y juntando las manos, dijo á sus religiosas estas tiernas y últimas palabras: *Hijas mias y mis señoras, pídoles por amor de Dios que observen exactamente las reglas y las constituciones, y que no pongan los ojos en los ejemplos de esta indigna pecadora que está para morir; piensen solamente en perdonarla.* Luego que entró en su celda el Señor Sacramentado, dándole fuerzas el amor á Jesucristo, se incorporó por sí sola en la cama; inflamósele y animósele el semblante; y volviendo los ojos á Jesucristo, arrojando centellas de amor por ellos, exclamó: *Venid, Señor, venid, amado esposo; ya en fin llegó la hora, y voy á salir de este destierro. Tiempo es ya, y es muy justo que os vea despues que este ardiente deseo por tan largo tiempo me ha despedazado el corazon.* En fin, despues de haber recibido la extremauncion, repitiendo muchas veces estas palabras: *Yo soy hija de la Iglesia*, abiertos los ojos y fijos en un crucifijo que tenia en las manos, rindió dulcemente su alma en las de Dios el dia 4 de octubre hácia las nueve de la noche del año 1582, á los setenta y siete de su edad, y á los veinte despues de la reforma.

En el mismo punto que espiró la santa se llenó su

celda de una exquisita fragrancia, que se difundió por todo el convento. Remozósele el semblante, cubriéndose de un color fresco y encarnado, y desapareciendo todas las arrugas de la vejez. El dia siguiente fué enterrado con grande solemnidad el santo cuerpo, dándosele sepultura entre las dos rejas del coro; de manera que, así las religiosas de adentro, como los seglares de afuera se podian consolar con que le tenian dentro de su jurisdiccion. Aun antes de enterrarla manifestó Dios con grandes milagros la eminente santidad de su fidelísima sierva, y despues cada dia se continuaban en su sepulcro. El dia 4 de julio del año siguiente se abrió la caja, que estaba hecha pedazos por el peso de las losas que le habian echado encima, por consiguiente llena de tierra y de humedad, la cual habia podrido el hábito de la santa; pero su cuerpo se encontró tan entero, tan fresco, tan colorado y tan flexible como si estuviera vivo, exhalando un suavísimo olor que embalsamó toda la iglesia y todo el convento. Hallábase presente el provincial, quien le cortó la mano siniestra, y la envió al convento de Avila; despues hizo poner al santo cuerpo un hábito nuevo; y encerrándole en otra nueva caja, mandó que le volviesen á su primera sepultura. Tres años despues fué elevado de la tierra el santo cuerpo, y conducido á Avila, habiéndose encontrado tan entero y tan fresco como en la primera visita. En fin, el año de 1589 el papa Sixto V, á solicitud del duque de Alba, mandó que aquel precioso tesoro se restituyese al convento de Alba, donde se conserva hoy tan entero como el dia de su muerte. Uno de sus piés fué enviado á Roma al convento de las carmelitas descalzas el año de 1615; y algunos años despues Isabel de Francia, reina de España, y mujer de Felipe IV, logró un dedo de la santa que mandó engastar en un relicario de oro, y se le envió á su madre la reina doña María de Médicis, la

cual se le regaló á los carmelitas de París. Fué beatificada santa Teresa el año de 1614 por el papa Paulo V, y solemnemente canonizada el de 1622 por Gregorio XV.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alba, santa Teresa, vírgen, madre y maestra de los carmelitas y de las carmelitas de la estrecha observancia.

En Roma, en la via Aureliana, san Fortunato, mártir.

En Colonia, la fiesta de trescientos bienaventurados mártires, que acabaron el curso de su combate en la persecucion de Maximiano.

En Cartago, san Agileo, mártir, en cuya fiesta san Agustin pronunció un discurso al pueblo en honor del santo.

En Prusia, san Brunon, obispo de los Rusos, y mártir, quien, predicando el Evangelio en aquel país, cayó en manos de los impíos, por quienes fué decapitado, habiéndole antes cortado los piés y las manos.

En Leon, san Antioco, obispo, quien, despues de haber desempeñado valerosamente el cargo pontifical á que habia sido elevado, ganó el reino de los cielos.

En Tréveris, san Severo, obispo y confesor.

En Strasburgo, santa Aurela, vírgen.

En Cracovia, santa Edwigis, duquesa de Polonia, quien no solo se entregó al cuidado de los pobres, sino que además brilló en milagros. El papa Clemente IV la puso en el número de los santos.

En Alemania, santa Tecla, abadesa.

En Marsella, san Canato, obispo de aquella ciudad, cuyo cuerpo se venera en la iglesia catedral.

Cerca de la puerta Dionisia en el Mans, san Leonar-

do, solitario, sepultado en Vandreuve, de donde llevaron su cuerpo á Corbigny en el Nivernais, hácia el fin del reinado de Carlos el Calvo.

En la Baja Bretaña, san Conocain, obispo de Quimper-Corentin, cuyo cuerpo está en Montreuil en la Picardía.

En Viena, san Dié, obispo.

En la diócesis de Tréveris, san Veulo, recluso, natural del Limosin.

En Libia, san Barso, obispo de Edesa.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue :

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Theresiæ virginis tuæ festivitate gaudemus, ista cœlestis ejus doctrinæ pabulo nutriamur, et piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum....

Oyenos, ó Dios, que sois nuestra salud, para que así como nos causa tanta alegría la fiesta de tu santa vírgen Teresa, así tambien nos sustentemos con el alimento de su celestial doctrina, y recibamos con ella el fervor de una santa devocion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 *y* 11 *de la segunda de san Pablo á los Corintios.*

Fratres : Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est : sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me. Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos : El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino á quien alaba Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

« Emplea san Pablo los últimos capítulos de esta epístola en hacer la apología de su conducta contra algunos falsos doctores que solicitaban su propia estimacion, desacreditando al santo apóstol. La misma política siguen hoy los enemigos de la Iglesia. »

REFLEXIONES.

El que se gloria, gloríese en el Señor. Si se observara este discreto y saludable consejo, no reinaria en el mundo tanta necia vanidad; haciéndose cada cual justicia á sí mismo, reconoceria su poco mérito, y solamente solicitaria su verdadera gloria en servir y en agradar á Dios; pues no hay que buscarla en otra parte ni sólida ni verdadera. La excesiva delicadeza en esto que se llama honor, es prueba de un espíritu muy apocado; y la demasiada sensibilidad de los hombres sobre sus imaginarios derechos; aquella secreta pero viva pena que nos causa oir ó ver aplaudidos á los demás; aquel interior disgusto con que se oyen sus elogios, que, si no tiene toda la malignidad de la envidia, se acerca mucho á ella, es un grande argumento de nuestra poca sustancia. Pero aunque el reino del orgullo esté tan arraigado en el espíritu y en el corazon de los hombres; aunque sus fuerzas sean tan poderosas, no es tan difícil como parece desbaratar á este fiero enemigo. Un poco de menos preocupacion á favor de nuestro mérito, y un poco de mas reflexion sobre la naturaleza del mal, y sobre la causa que le irrita, bastarán acaso para curarle. La misma pasion parece que lleva consigo su contraveneno. ¿Es uno vano, arrogante, altivo y soberbio? Pues pregúntese á sí mismo algunas veces en qué lo funda,

por qué lo es. La mayor parte de los hombres, pero sobre todo las mujeres, no encontrarán otra razon del favor que se hacen á sí mismas, y del desprecio que hacen á los demás, sino unos motivos totalmente accidentales y exteriores, que antes bien debieran servir para humillarnos. El nacimiento noble, la distincion del empleo, un tren magnífico, las galas de buen gusto y de mucho precio, la abundancia de bienes de fortuna, un ingenio vivo, pronto, divertido, brillante, que sobresale en todas ocasiones, este suele ser de ordinario ó el orígen ó el fomento de una pasion que nunca reina sin tiranía. Pues acabemos ya de convencernos así de la bajeza de su orígen, como de la insustancialidad de todo aquello que la fomenta, y nos avergonzaremos de haber sido esclavos suyos por tan largo tiempo. Si pretendemos la verdadera gloria, la buscaremos en aquello que únicamente la granjea. Desengañémonos, que solo la produce y solo se encuentra en la virtud cristiana.

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus, quæ, accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes; sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum; prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron

Media autem nocte clamor factus est : Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt : Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ exstinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes : Ne forte non sufficiat nobis et vobis; ite potius ad vendentes, et emitte vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus, et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè veró veniunt et reliquæ virgines, dicentes : Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait : Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem neque horem

todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor : Mirad que viene el esposo; salid a recibirle : entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes : Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes diciendo : No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que esraban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo : Señor, Señor, ábrenos. Y él les responde, y dice : En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

SOBRE LAS PRINCIPALES VIRTUDES DE SANTA TERESA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las principales virtudes de santa Teresa, en las cuales parece se comprende su carácter, se pueden reducir á tres. Un amor sin medida á Jesucristo, en virtud del cual deseaba con vehemencia todas las amarguras de la cruz; una generosidad sin término, en cuya virtud emprendia todo lo que se le re-

presentaba ser de su mayor gloria; y una confianza invariable, á cuya sombra se salió con todo cuanto emprendió. El amor á Jesucristo parece que se anticipó en santa Teresa á la razon. Desde su niñez solo suspiraba por agradar á este divino Esposo; y si por algun tiempo se entibiaron estos celestiales ardores con el frio de la disipacion, se desquitó ventajosamente despues, mediante el sagrado fuego que abrasó continuamente su inflamado corazon. ¡Qué ardores, qué ímpetus, qué llamaradas de este divino amor no experimentó la santa ya en su oracion, ya en sus raptos, ya en las acciones mas ordinarias de la vida! ¡qué deseos ansiosos de padecer en testimonio de su amor á Jesucristo! *O padecer ó morir* era su divisa. ¡Qué continuas penitencias en su carne, qué rigores en su delicado cuerpo, qué penas interiores en su espíritu, qué martirio! No tenia otro consuelo en los trabajos de este destierro, que padecer por Jesucristo. El símbolo de su encendido amor á este Señor, y de su sed insaciable de trabajos, fué aquella dulce herida que le abrió en el corazon un serafin con el inflamado dardo. ¡Oh y cuánto nos acusa esta gran santa! ¡qué altamente condena nuestra delicadeza y nuestra pusilanimidad una vida tan crucificada! Midamos nuestro amor de Dios por el deseo de padecer y por la paciencia en el sufrir. Pero ¿hasta dónde llegó la generosidad de aquella grande alma? Correspondió perfectamente á su abrasado amor. A los siete años de su edad se puso en camino para buscar el martirio entre los bárbaros. Pone el mundo en movimiento todos sus artificios para ganar su corazon por medio de inocentes amistades; pero, luego que descubrió la red, rompió generosamente todos los lazos. Todo lo sacrificaba á su Dios: entendimiento brillante, hermosura celebrada, conveniencias ventajosas, prendas eminentes, tentadoras y halagüenas esperanzas; nada

la detiene, nada es capaz de hacerla dudar ni por un solo momento. Escógela Dios para reformar una familia religiosa. Santo Dios, ¡qué dificultades no tiene que superar! ¡qué contradicciones, qué estorbos no se le ponen delante! Emprende una doncella jóven reformar una religion, célebre por su antigüedad, llena de vírgenes y de señoras distinguidas, y en quienes la menor de todas se consideraba con tanta capacidad, con tanta virtud y con tantos talentos como Teresa. Todo esto lo ve, lo conoce; palpa, toca con sus manos todas estas terribles dificultades; el intento solo se le representa quimérico á ella misma. Pero no importa: ¿Dios lo quiere, Dios lo manda? pues nada la intimida, nada acobarda á aquel gran corazon, mas generoso que el de todos los héroes. Crece el valor al paso de las dificultades. Está expuesta toda su vida á las mas terribles pruebas, tiénenla por ilusa, hácese sospechosa su oracion á sus mismos directores, califícanla de embustera; pues nunca está mas contenta Teresa que en medio de sus humillaciones. Lejos de abatirse su magnánimo espiritu, se fortifica, se vigoriza mas con ellos. Imagina, si puedes, alma mas generosa; pero coteja aquel gran corazon, aquella magnanimidad con tu cobardía. Una palabra, una aprension, un lijero temor nos abate, nos desalienta, nos detiene, nos hace parar. El valor es efecto del amor; pues midamos el que tenemos á Dios por nuestra vergonzosa timidez.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todas las maravillas que obró Teresa las debió singularmente á la gran confianza que tuvo en Dios. Ninguno sintió nunca mas bajamente de sí que nuestra santa. Desconfiando enteramente de sí misma, jamás colocó su confianza en otra cosa que en el brazo omnipotente del Todopoderoso. De esa mane-

ra se salió con cuanto quiso por su inalterable confianza. ¡Qué vanas fueron las oposiciones á su portentosa empresa! Los grandes, el pueblo, las ciudades enteras, sobre todo su misma comunidad, inútilmente se empeñan en desaprobar, en contradecir, en desbaratar sus intentos. Obedece ciegamente á la voluntad de sus prelados. Prohíbenle pasar adelante; obedece, y se queda muy sosegada en su obediencia; pero allá dentro de su alma con un fondo de confianza que la saca victoriosa de todas las dificultades. Mudan de opinion estos grandes, y son los primeros que alaban, que apoyan sus empresas. Los pueblos, las ciudades, las comunidades parecen las primeras que se dan mas priesa á fomentar la reforma; ninguno la solicita, la sostiene, la adelanta mas que los mismos superiores. Reforma Teresa, en la flor de su juventud, la ilustre, la antigua religion de los carmelitas; quieren los hombres tener tambien parte en aquel insigne beneficio, abrazan su instituto y reconócenla por madre. Hace un prodigioso número de fundaciones, y todo con una salud muy quebrantada. ¡Buen Dios, qué eficaz, qué poderoso es el que busca vuestra pura gloria; el que solo cuenta con vuestros auxilios; el que solo quiere lo que vos quereis, como lo quereis, y cuando vos lo quereis! Reforma santa Teresa toda su religion en muy breve tiempo; ¿cuándo trabajaremos nosotros en reformar nuestras costumbres y nuestra desordenada conducta? No podemos dudar que Dios lo quiere así; tengamos una verdadera voluntad de reformarnos; amemos á Dios sin reserva, animémonos confiados en la gracia del Señor, y seguramente saldremos con nuestro intento.

Dignaos, Señor, concederme este ánimo, esta confianza y este amor, que solo con esto serán eficaces mis resoluciones. Pídooslo por la intercesion de esta gran santa, á quien nada sabeis negar.

JACULATORIAS.

Adjutor meus esto, ne derelinquas me. Salm. 26.
Proseguid, Señor, en ampararme y asistirme, particularmente en esta resolucion.

Dominus protector vitæ meæ, à quo trepidabo? Salm. 26.
Si Dios es mi protector, ¿qué cosa me podrá acobardar?

PROPOSITOS.

1. Es grande sinrazon atribuir la cobardía à la propia flaqueza. Amemos á Dios con fervor y con ternura, y podremos verdaderamente mucho. Crece el ánimo al paso que el amor. No hay, pues, que disculpar con nuestra flaqueza nuestra pusilanimidad; desvanecen, confunden esta disculpa los santos y las santas que la Iglesia nos propone cada dia por modelos. No hay edad, no hay sexo, no hay achaques, no hay dificultades que nos puedan servir de excusa legítima y verdadera. Toda nuestra flaqueza (confesémoslo sinceramente) consiste en nuestra mala voluntad, y esta voluntad ineficaz, cobarde y pusilánime es efecto de nuestro poco amor de Dios. Amemos generosamente á Dios, y tendremos valor, confianza y feliz suceso en todo. No te contentes con invocar puramente a los santos que la Iglesia nos propone cada dia no solo por protectores, sino tambien por ejemplares, considéralos como tales, y díte á tí mismo: Esto hicieron ellos para ser santos; ¿seréIo yo haciendo lo que hago?

2. No manda Dios á todos que reformen religiones ni comunidades; pero á todos manda que las edifiquen y que les den buen ejemplo. A todos y á cada uno manda que se reforme á sí mismo, sus costum-

bres, su profesion y su vida. Pocos padres y madres de familia habrá que no tengan mucho que reformar en su casa, en sus criados, en sus hijos, en su tren, en sus personas; esta reforma te pide Dios; pues dedícate á este zelo. Ninguno hay que no pueda reformar su comunidad reformándose á sí mismo: el buen ejemplo es una muda reforma. Refórmese cada uno á sí, y muy en breve quedará reformada toda la familia, toda la comunidad y toda la religion.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN GALO, ABAD.

Fué san Galo irlandés, de familia distinguida en el país aun menos por su calificada nobleza, que por su notoria bondad, ejemplar y celebrada virtud. Nació hácia la mitad del sexto siglo; y como sus piadosos padres consideraban por su primera y principal obligacion la buena educacion de sus hijos, luego que enseñaron al niño Galo los primeros principios de la vida cristiana, desde su misma infancia se le ofrecieron á Dios en el monasterio de Bencor, sito en el país de Ultonia, para que fuese educado en su santo temor y en el estudio de las letras bajo la disciplina de san Columbano, cuya virtud, universalmente aplaudida, añadia mucho esplendor y hacia entonces muy célebre aquel monasterio. Era el niño Galo de tan bellas inclinaciones, de una propension tan natural á todo lo bueno, de un ingenio tan vivo, tan perspicaz, y por otra parte tan dócil, que en breve tiempo hizo maravillosos progresos en la ciencia de los santos y en la inteligencia de la sagrada Escritura;

de manera que explicaba con admirable claridad los lugares mas oscuros y mas dificultosos. Ni olvidaba el estudio de las letras humanas por dedicarse al de las sagradas: antes bien cultivaba el admirable ingenio que tenia para la poesía; aunque solo le ejercitaba en asuntos piadosos, y san Columbano estaba igualmente enamorado del candor que de la habilidad de su querido discípulo.

Era abad y fundador de aquel monasterio san Congal. Este, admirando las bellas prendas de aquel tierno mancebo, y reconociendo por los dones con que el cielo le habia prevenido que le destinaba Dios para ser santo, le admitió á la profesion religiosa luego que tuvo edad para hacer los votos. Reinaba el fervor en el monasterio; y hallándose Galo con tan grandes ejemplos, se supo aprovechar de ellos tan admirablemente, que en breves dias dejó atrás aun á los mas fervorosos. Siendo el primero á todos los actos de comunidad, exactísimo en la observancia de las leyes, humilde, mortificado y devoto, era la admiracion y el modelo de todos sus hermanos; tanto, que, prendado extraordinariamente el santo abad, quiso que recibiese los sagrados órdenes, siendo tambien del mismo parecer todo el monasterio. Sobresaltado nuestro santo considerando la elevacion de tan sagrado carácter, y mucho mas asustado á vista de su indignidad, se valió de toda su elocuencia y de todo su ingenio para persuadir su improporcion. Pero todos los esfuerzos de su humildad solo sirvieron para confirmar al abad en su primera resolucion; y siéndole forzoso obedecer, lo mas que pudo conseguir fué por entonces que no ascenderia del diaconado, y que se le concederian algunos años mas para disponerse á recibir el sacerdocio.

Estaba destinado san Columbano por la divina Providencia para pasar á Francia, y resucitar en aquel

reino el espíritu de soledad, de oracion y de penitencia que se observaba en el Oriente, y se admiraba á la sazon en Irlanda. Con este fin, y con el beneplácito de san Congal, escogió doce monjes en el monasterio de Bencor para que fuesen en su compañía, buscando todos algun espantoso desierto donde dedicarse tranquilamente á las dulzuras de la contemplacion, distante de todo tumulto. No se olvidó san Columbano de su querido discípulo san Galo, y fué el primero en quien puso los ojos. Costó mucho dolor al monasterio de Bencor desprenderse de aquel precioso tesoro, cuyo inestimable valor tenia bien conocido, y toda la comunidad acompañó con amargo llanto la salida del convento de aquel angelical mancebo, que era su admiracion y su ejemplo. Pasaron de Irlanda á Inglaterra, y desde allí á Francia por los años de 589. Hicieron mansion por algun tiempo en los estados de Childeberto II, rey de Austrasia, que deseaba mucho se domiciliase en sus dominios aquella santa tropa; pero el amor á la soledad los movió á buscar algun horroroso desierto donde únicamente se pudiesen dedicar á conversar con su Dios desviados del comercio de los hombres. Hallaron lo que deseaban en el monte Vosga, que separa la Lorena de la Borgoña y de la Alsacia en los confines de los dos obispados de Toul y de Besanzon. Era un bosque estéril, sombrío y espantoso, mas oportuno para retiro de fieras, que para habitacion de hombres, y por lo mismo ningun sitio mas acomodado á los deseos de san Columbano y de san Galo. Casi dos años se mantuvieron en él con una absoluta falta de todo lo necesario para las comodidades de la vida; pero abundantemente recompensados con los extraordinarios consuelos que recibian del cielo.

Por mas cuidado que pusieron nuestros santos de vivir escondidos é ignorados de las gentes, su misma

virtud les hizo traicion, pues á la fama de ella concurrieron muchas á aquel dichoso desierto para admirar en él un género de vida verdaderamente celestial. Agnoaldo, padre de san Ayl, y otras muchas personas virtuosas les hicieron vivas instancias para que pasasen al territorio de Borgoña, ofreciéndoles una casa de campo vieja llamada Luxeu, en la diócesis de Besanzon, sita á la otra parte del mismo monte Vosga. En ella fundó san Columbano un monasterio, y nuestro san Galo fué de los primeros que abrazaron la regla que el mismo san Columbano prescribió á los que quisiesen vivir debajo de su obediencia. Muy desde luego fué á todos nuestro santo modelo cabal de fervor, de penitencia y de observancia; tanto, que, dilatada su fama, atrajo en breve tiempo un prodigioso número de religiosos que cada dia acudian á alistarse en las banderas de Cristo bajo la disciplina y la conducta de tan santos capitanes.

Encendido Galo cada instante mas y mas en el deseo de servir y de agradar al Señor, pasó muchos años en el retiro y en el silencio de aquella dulce soledad, hasta que quiso el mismo Señor acrisolar su virtud con nuevas pruebas, motivadas de los disgustos y de las persecuciones que Thierry, rey de Borgoña y sucesor de Childeberto, excitó contra Columbano y sus discípulos á instigacion de Brunequilda, irritada de que el santo habia afeado al rey los desórdenes que la misma reina autorizaba. Fué violentamente sacado de su monasterio el santo abad, y desterrado á Nantes para hacerle volver desde allí á Irlanda; con cuya ocasion san Galo, acompañado de san Eustaquio, monje del mismo monasterio de Luxeu, que despues fué su abad, no considerándose seguro en él contra los insultos de aquella princesa, se refugió en Austrasia bajo la proteccion del rey Teodoberto. Encontró en la corte de este príncipe á su venerado maestro san

Columbano, que, arrojado por una tempestad á las costas de Flandes, habia venido á buscar asilo en ella; concurrencia al parecer casual, que llenó de gozo al maestro y al discípulo. No acomodaba el aire de la corte al genio de los dos santos, y pidieron licencia al rey para retirarse á Italia; pero el religioso príncipe, que no podia resolverse á ver salir de sus estados á aquellos dos grandes siervos de Dios, les rogó que escogiesen en todo su reino el sitio que mas les agradase para servir en paz al Señor, instruyendo y edificando á sus pueblos. Aceptaron este favor; y subiendo por las orillas del Rin, entraron en el pais que ahora llamamos de los Suizos, adelantándose por las márgenes del Limat hasta el término del lago de Zurich; y entrando en el territorio de Zug, encontraron un sitio que les pareció muy acomodado para fijar en él su soledad. Todos los pueblos comarcanos que yacian todavía sepultados en las tinieblas de la idolatría, trataron de arrojarlos de allí. Compadecidos nuestros santos de su lastimosa ceguedad, se dedicaron á instruirlos en la religion cristiana; pero los hallaron poco dispuestos á oir sus instrucciones. No pudo san Galo detener los ardores de su zelo, y puso fuego á los templos de los falsos dioses, arrojando en el lago las ofrendas con todo lo demás que estaba destinado á los detestables sacrificios. Irritados los paganos de tan generosa accion, determinaron quitarle la vida; pero informado con tiempo san Columbano, le obligó á retirarse con sus compañeros, esperando ocasion mas favorable para trabajar en la conversion de aquellos miserables idólatras. Llegando á un lugar llamado Arbon, encontraron en él un santo sacerdote, por nombre Willimar, que, informado de sus intentos, y sabiendo que buscaban algun sitio retirado donde fundar un monasterio, les dió noticia de un desierto vecino donde habia ciertas ruinas muy antiguas que

les podrian servir de celdas. Era el desierto verdaderamente horroroso, mas por lo mismo fué muy de su gusto. Encontraron en él una capilla dedicada á san Aurelio, pero profanada por los gentiles, que habian colgado de sus paredes dos ó tres ídolos. Encendióse el zelo de san Galo á vista de aquella abominacion, y resolvió trabajar en la salvacion de aquella pobre gente con la esperanza de encontrar la corona del martirio. Viendo san Columbano que san Galo entendia y hablaba muy regularmente la lengua del país, no quiso poner límites á su zelo. Llegó el dia de la fiesta principal de aquel lugar, y concurrió á ella inmenso gentío, movido tambien de la curiosidad de ver aquellos extranjeros. Desplegóse entonces el zelo de san Galo, predicó con una eficacia y con un valor verdaderamente apostólico contra las gentílicas supersticiones; demostró su falsedad, su impiedad y su malicia. Acompañando despues las obras á las palabras, arranca las estatuas, hácelas pedazos, y arroja en el lago los miserables fragmentos. Echó Dios la bendicion á su zelo. Convirtióse un gran número de gentiles, purificó san Columbano la capilla, bendíjola, puso una ara sobre el altar, y celebró el santo sacrificio de la misa. Fué creciendo aquella comunidad, levantáronse celdas alrededor de la capilla, y aquella colonia de santos religiosos hizo triunfar la vida monástica en medio del paganismo.

Respetaba siempre san Galo á san Columbano como á abad que habia sido suyo, y este ejercia sobre aquel cierta especie de superioridad, en cuya virtud obligó, en fin, á su humildad á que se ordenase de sacerdote. Con la nueva sagrada dignidad se añadió nuevo esplendor á su virtud y visible aumento de grados á su fervor. Aunque su vida habia sido tan perfecta hasta entonces, le pareció que despues de sacerdote debia serlo mucho mas. Llegábase siempre al altar po-

scido de un santo y respetuoso temblor. Entregóse á los rigores de una penitencia sin límites; era continuo su ayuno, y despues de su muerte se encontraron tan crueles instrumentos de mortificacion, que solo verlos causaba horror. Por este tiempo pasó á Italia san Columbano, y san Galo se quedó en Bregentz; pero una grave enfermedad le obligó á disponer que le llevasen á Arbon á casa del virtuoso sacerdote Willimar. Luego que se sintió un poco recobrado, suspiró por su amada soledad; y como un diácono del mismo Willimar, llamado Hiltibod, le diese noticia de otro desierto aun mas solitario que el de Bregentz, al punto se retiró á él. Con su presencia se ahuyentaron las serpientes y las fieras que se albergaban en aquella fragosidad. Luego que llegó á ella, plantó una cruz, y dió principio con un riguroso ayuno de tres dias que pasó sin tomar en ellos cosa alguna; y delineó el plan de una iglesia dedicada á la santísima Virgen, á quien toda la vida profesó tierna devocion, apellidandola siempre su querida madre.

Aunque estaba nuestro santo tan desviado del comercio de los hombres, no por eso se mantuvo largo tiempo desconocido. No bien se estableció en el nuevo sitio, cuando su reputacion le trajo algunos discipulos. Formó tan alto concepto de su virtud el duque Cúnzon, señor de aquel pais, que, teniendo una hija poseida del demonio, rebelde á muchos exorcismos, acudió á san Galo, y quedó libre la doncella. Reconocido el duque á tan grande beneficio, y confirmado en la opinion de su eminente santidad á vista de aquel milagro, habiendo vacado por entonces el obispado de Constancia, hizo todo cuanto pudo para que san Galo le admitiese. Pero estaba muy distante de consentir ser obispo el que se consideraba indigno de ser sacerdote; y así nunca fué posible vencer su

humildad. Rogáronle que á lo menos señalase alguno de sus discípulos para que ocupase aquella silla episcopal, y él propuso al diácono Juan, á quien el mismo santo habia formado de su mano; y admitida su propuesta, predicó san Galo en el dia de su consagracion.

Detúvose algunos dias con el nuevo obispo, ayudándole con sus prudentes consejos, y despues se volvió á su soledad, y erigió la iglesia cuyo plan habia delineado, fabricando alrededor de ella doce celdas para sus discípulos. Este fué el orígen del famoso monasterio, ó de la célebre abadía de San Galo, que subsiste el dia de hoy en el país de los Suizos, acompañado de una ciudad del mismo nombre, cuyo soberano es el abad, con dignidad y con asiento entre los príncipes del imperio. Entabló en ella nuestro santo la disciplina monástica, segun la regla de san Columbano, honrándose siempre de ser hijo y discípulo suyo.

Habiendo muerto san Eustaquio, abad de Luxeu, todos los monjes eligieron por abad á san Galo; pero este renunció aquella abadía con el mismo teson con que habia renunciado el obispado, y nunca quiso salir de su soledad. Vivió en ella algunos años despues de muerto san Columbano, cuya muerte supo por divina revelacion. Al mismo paso que iba avanzando en la edad, iba creciendo en el silencio, en la oracion y en la penitencia, sin que ni la vejez, ni los molestos achaques que la acompañan fuesen bastantes para hacerle aflojar en el rigor con que maceraba su carne, y así era cada dia mas fervorosa y mas tierna su devocion. En fin, habiéndole convidado el santo presbítero Willimar para que fuese á ver la fiesta de su parroquia, admitió san Galo el convite: pasó allá, y el dia de la fiesta predicó delante de un inmenso gentío que habia concurrido á la solemnidad. Tres dias despues cayó enfermo, y murió en Arbon con la muerte

de los santos el dia 16 de octubre, hácia el año de 646, á los ochenta de su edad, que casi todos los habia pasado en diferentes desiertos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Africa, doscientos setenta bienaventurados mártires coronados en el mismo combate.

En el mismo país, san Martiniano, san Saturiano con dos hermanos de ambos. En tiempo de la persecucion de los Vándalos, bajo el rey ariano Genserico, siendo esclavos de un vándalo, fueron convertidos á la fe de Jesucristo por santa Máxima, vírgen, que era esclava con ellos. Por su constancia en la fe fueron primero apaleados hasta que se les veian los huesos; pero como sufrieron este tratamiento durante largo tiempo, y se hallaban siempre sanos y salvos al otro dia, fueron por último desterrados. Habiendo convertido en el destierro muchos bárbaros á la fe de Jesucristo, y habiendo conseguido del pontífice romano un sacerdote y otros ministros para bautizarlos, les quitaron en fin la vida, atándolos de los piés detrás de unos carros tirados por cuatro caballos que llevaban corriendo por unos matorrales. En cuanto á Máxima, habiendo sido milagrosamente libertada, despues de haber padecido diferentes tormentos, terminó su vida con una santa muerte en un monasterio de muchas religiosas del que era abadesa.

En el mismo lugar, san Saturnino, san Nereo y trescientos sesenta y cinco otros mártires.

En Colonia, san Elifo, mártir de Juliano Apóstata.

En la misma ciudad, san Bercario, abad y mártir.

En tierra de Bourges, san Ambrosio, obispo de Cahors.

En Maguncia, san Lulo, obispo y confesor.

En Tréveris, san Florentino, obispo.

En Arbon de Alemania, san Galo, abad, discípulo de san Columbano.

Este mismo dia, la fiesta de san Miguel arcángel, en memoria de la dedicacion de la célebre iglesia del monte San Miguel, en la diócesis de Avranches.

En Cadonac en Ruerga, san Grato y san Ansuto, mártires.

En Bassigny, santa Bolonia, venerada como vírgen y mártir en aquel país en una iglesia de su nombre.

En Juarra, aldea de la diócesis de Chartres, san Prexo y san Hiliero, mártires.

Entre los Griegos, san Maleo, solitario.

En Muschragia en la provincia de Momonia de Irlanda, santa Quera, vírgen, abadesa.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Galli abbatis commendet; ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad san Galo nos haga gratos á vuestra divina Majestad, para que consigamos con su proteccion lo que no podemos con nuestros merecimientos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 45 *de la Sabiduría, y la misma que el dia III, pág.* 57.

NOTA.

« El compendioso elogio que hace aquí de Moisés el autor del libro del Eclesiastico, forma tambien el carácter de casi todos aquellos santos, que, á imitacion de este gran legislador, gobernaron santamente aquella porcion del pueblo de Dios que vive dentro de los monasterios. »

REFLEXIONES.

Fué amado de Dios. ¿Qué elogio se podrá hacer, ni mas honorífico ni mas ventajoso para un hombre, que decir fué amado de Dios? Honrar Dios á uno con su amistad, ser favorecido del Altísimo, tener la dicha de agradarle, ¿no es el colmo de la humana felicidad? ¿puede aspirar á mas la ambicion del corazon humano? Ser amado de un gran príncipe, á esto se dirigen todos los esfuerzos, todo el ardor, todas las ansias de los cortesanos, persuadidos de que con efecto ninguna cosa produce mayores gracias, ni mas estimables honras que la benevolencia cariñosa del príncipe. Pues el amor que Dios nos tiene es el manantial, es la medida de todas las que nos dispensa su bondad. Ninguno hay que no se pueda lisonjear de ser amado de Dios; ninguno que no tenga en particular pruebas muy sensibles de su amorosa ternura. La que mas fuerza suele hacer á los hombres, es la de los beneficios. ¿Y nos falta á nosotros esta prueba? Además de los beneficios generales y comunes á todos los hombres, de la creacion, de la redencion y de las gracias ordinarias y universales, ¿qué efectos no experimentamos todos de una providencia particular con cada uno? Ella ha hecho y ella está haciendo cada dia mil pequeños milagros en nuestro favor. ¡Qué proteccion especial! ¡qué saludables inspiraciones! ¡qué paternales cuidados, á pesar de nuestra mala correspondencia, á pesar de nuestra infidelidad, á pesar de nuestra ingratitud! En ninguna cosa repara, por decirlo así, un Dios cada dia mas empeñado en darnos mas y mas testimonios de su amor. Es verdaderamente incomprensible su bondad; pero ¿será menos incomprensible nuestra ingratitud á un Dios tan bueno? Es el corazon del

hombre naturalmente sensible á los demostraciones del amor: déjase ganar naturalmente de aquellos beneficios que verdaderamente la acreditan. ¿Será posible que solo el infinito amor de Dios no le haga fuerza? Honrámonos mucho, hácese vanidad de merecer la confianza, la estrecha amistad de un grande: sabemos que Dios nos favorece con la suya; ¿y quién hace cristiana vanidad de merecer su infinita benevolencia? ¿qué diligencias no se hacen para lograr la gracia del soberano? pero ¿qué pasos se dan para merecer la de Dios? Indágase con el mayor cuidado todo aquello que puede ser del agrado de un grande, cueste lo que cueste; aunque corra peligro la vida, todo se hace, á todo se expone un ambicioso por merecer su aprobacion. Todos sabemos muy bien lo que es del gusto de Dios; pero ¿trabajamos por eso mucho en hacernos dignos de su amor? ¿sacrificámonos mucho por no desagradarle? Esto es una cosa tan incomprensible como la que mas. Algun dia se comprenderá este misterio de iniquidad; mas no será para remediarle. Si desde luego no prevenimos aquellos punzantes remordimientos por medio de la penitencia, ¿qué fruto sacaremos entonces de un espanto, de un dolor estéril?

El evangelio es del cap. 19 *de san Mateo, y el mismo que el dia III, pág.* 59.

MEDITACION.

SOBRE LOS VARIOS SUCESOS DE LA VIDA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nuestra vida está llena de diferentes sucesos que forman todo su fondo, y componen, por decirlo así, la serie de su constitucion ó economía. Son pocos los dias perfectamente serenos. Y sin traer ahora á la memoria aquellos accidentes de la infancia, en los cuales nos asistió singularmente la divina Providencia, paremos únicamente la consideracion en tanta multitud y variedad de sucesos como acompañan igualmente al destino de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los pobres, de la gente mas oscura y de la que mas brilla en esos grandes teatros. ¡De cuántos malos pasos, de cuántos barrancos, de cuantas quiebras están llenos todos los caminos! ¡Buen Dios, qué continua vicisitud en lo alto y en lo bajo! ¡qué monton de revoluciones en la vida de los mas dichosos del siglo! Aquel estaba veinte años ha en la cima, en la cumbre del favor; y hoy gime abatido y olvidado en un oscuro rincon, sin otra prenda de lo pasado que la desconsolada memoria de sus raras aventuras. ¡Cuántos están mendigando el dia de hoy la gracia y la proteccion de aquellos mismos á quienes ellos hicieron hombres! ¡cuántos están dependientes de los mismos que les deben á ellos su fortuna! De tantas casas grandes como hacen papel en la historia, ¿cuántas hay de las cuales no nos ha quedado mas que el nombre? Sus pasiones, sus cargos, sus dignidades pasaron á los extraños, y hasta su nombre se confundió, trasladándose á otra familia. ¡Cuántos ricos comerciantes estamos viendo cada

dia que vienen á parar en ser deudores de los que fueron sus mancebos, sus factores ó sus comisionistas! Apenas acaba aquel de alhajar una casa, apenas acaba el otro de comprar una hacienda, cuando se ve precisado á cederla á un acreedor. Un naufragio, una pérdida, un incendio, una bancarrota, un pleito que se perdió, da en tierra con toda una opulenta familia. La amistad que parecia mas invariablemente cimentada, quiebra, falta, se desmiente. El parentesco mas estrecho se desconoce cuando se atraviesan la pasion, la ambicion, ó el interés. La estimacion y la amistad siguen á la fortuna. Un accidente, una enfermedad basta para que muden de semblante los mas zelosos cortesanos. Fuera de eso, ¡qué tristes, qué enfadosos incidentes en las familias mas dichosas! Son pocos los hijos que tarde ó temprano no llenen de pesadumbres á sus padres. ¿Y cuántos matrimonios hay felices? Pero aun entre los mas iguales, entre los mas unidos, ¡qué de disgustos, qué de desazones, por acaecimientos tan extraños como inevitables! Busca en el mundo una condicion exenta de molestias y de cuidados: imagina algun estado que esté á cubierto de los dolorosos accidentes de la vida. Dentro de nosotros mismos tenemos un terreno fecundo de tribulaciones y de inquietudes, que van creciendo al paso de los años: de esta manera, mi Dios, con admirable sabiduría quereis hacernos conocer y hacernos palpar que verdaderamente vivimos en un lugar de destierro, y que no tenemos que esperar ni consuelo ni felicidad sino en el cielo, nuestra dulce y nuestra amada patria.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es locura pretender ser dichosos en la tierra: solo Dios nos puede hacer felices. ¡Pero ah, y cuánto perdemos en no aprovecharnos á lo menos

de los tristes accidentes de la vida! Ninguno hay de que no podamos sacar mucho provecho; y se puede asegurar que con este fin los dispone Dios, ó los permite. No hay medio mas eficaz para desprender del mundo nuestro corazon, para que nos causen disgusto y tedio todas sus cosas. Esas amarguras que mezcla Dios en todos los gustos de esta vida, pueden servir maravillosamente para desvanecer las ilusiones de que están preocupados los mas en órden al servicio de Dios, persuadiéndonos una verdad que nos importa infinito estar bien convencidos de ella. Esta es, que no hay en el mundo otra verdadera felicidad que la de vivir una vida verdaderamente cristiana. No todos son llamados al estado religioso; pero todos tienen obligacion de santificarse dentro de su propio estado. Los mayores contratiempos y los mas funestos reveses de la vida contribuyen mucho para estimar mas la que es verdaderamente ajustada á las leyes de la religion; porque ella sola enseña el secreto de no sentir los sinsabores que causan de suyo aquellos accidentes. Ni los monarcas mas poderosos lo son para impedir que nazcan las cruces sobre el mismo real trono, habiéndolas sembrado Dios en todas partes. Solo la virtud cristiana sabe alijerar su peso y embotar sus puntas. Ella sola, auxiliada de la divina gracia, tranquiliza el espíritu, dilata el corazon, desvanece los espantos, disipa los temores, y hace gustar al alma cierta alegría pura, que es como precursora de la que gozan los bienaventurados en el cielo. Zumbense enbuenhora los disolutos, búrlense muy á su salvo con insulsas chocarrerías de la modestia, de la circunspeccion, de la vida arreglada, penitente y retirada de los virtuosos y de los timoratos, que quieran que no quieran les han de tener envidia. Ellos son los dichosos en el mundo á pesar de todos los contratiempos que les puedan suceder.

Asistidme, Señor, con vuestra gracia para que tome el gusto á estas verdades prácticas y experimentales; de manera que me sepa aprovechar de todos los infortunios, experimentando en mí mismo los consuelos que aun en este mundo trae consigo la vida cristiana y virtuosa.

JACULATORIAS.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡Oh Señor, y qué consuelos teneis reservados para los que os aman y os temen!

Quid mihi est in cœlo et à te quid volui super terram? Salm. 72.

Fuera de vos, Señor, ¿qué puedo ni qué debo desear en el cielo ni en la tierra?

PROPOSITOS.

1. Los que en el mundo se llaman estados, no son en rigor mansiones fijas: son únicamente ciertas sendas, ciertos caminos que toma cada uno para llegar al término de la vida, que es la eternidad. En cada uno de estos caminos hay sus malos pasos. Todo camino es áspero, quebrado, desigual; no hay que buscarle ni mas llano ni mejor. Es, por decirlo así, esta vida una continua navegacion en un mar borrascoso, lleno de escollos, sujeto á muchas tempestades. Son en él frecuentes y furiosos los temporales: cuando uno está engolfado en alta mar, necesita abrigarse en algun puerto; rara vez se camina á vela tendida, y casi siempre es menester navegar á fuerza de remo. Todas las costas son peligrosas, y los escollos que se ignoran son mas temibles que los que ya se conocen. Todo esto quiere decir que en esta vida es preciso acostumbrar

el ánimo á muchos sucesos casi todos desabridos, y pocos de gusto. Resuélvete, pues, no ya á evitarlos todos, que seria un empeño tan ocioso como vano, sino á aprovecharte de todos para caminar al cielo. Sobre todo, guárdate bien de quejarte ó de murmurar de la divina Providencia: algun dia sabrás que nada te sucedió que no fuese dirigido á facilitarte tu salvacion.

2. Considerando los adversos acasos de la vida como señales que te da Dios de su particular amor, no solo no te has de quejar, sino que debes rendirle muchas gracias por ellos. Este contratiempo que te parece tan desgraciado, te era necesario para desprenderte del mundo y de la vida. Créeme que sola esta consideracion te podrá endulzar los trabajos, convirtiéndolos en grande provecho tuyo.

DIA DIEZ Y SIETE.

SANTA HEDWIGIS, VIUDA.

Santa Hedwigis, mucho mas ilustre por el resplandor de su virtud, que por la nobleza de su sangre, fué hija del príncipe Bertoldo, duque de Carintia, marqués de Moravia, conde del Tirol; y de Inés, hija de Rotlech, marqués del sacro imperio. Tuvo cuatro hermanos y tres hermanas; Inés, que fué la mayor, casó con Felipe Augusto, rey de Francia; la segunda con Andrés, rey de Hungría, y fué madre de santa Isabel; la tercera se consagró á Dios en religion, y fué abadesa de Lutzing en Franconia. Nació Hedwigis hácia el fin del siglo duodécimo, habiéndola dotado Dios de tan dichoso natural y de tal conjunto de prendas, que no parecia posible princesa mas cabal. A la elevacion de su nacimiento añadió tanta inocen-

cia y tanta pureza de costumbres, que la nobleza de su alma fué muy superior á la de su augusta sangre. Desde la misma niñez manifestó un juicio muy maduro, tan inclinada á la virtud desde la cuna, que parecia haber nacido ya cristiana. Siendo aun niña, dispusieron sus padres que entrase en el monasterio de benedictinas de Lutzingen para su mejor educacion; pero las monjas encontraron en ella mas asunto de admiracion que necesidad de cultivo ni materia de enseñanza. Eran todas las delicias de la santa niña pasar largos ratos en la iglesia, ó estar de rodillas delante de una imágen de la santísima Vírgen; y aunque muy inclinada á la lectura, no hallaba gusto en otra que en la de libros espirituales y devotos.

Nunca la deslumbró el esplendor ni la grandeza de su casa; y si hubiera podido excusarse de obedecer á los príncipes sus padres, jamás hubiera abrazado otro estado que el religioso, donde fuera la mas humilde de las esposas de Jesucristo. Pero la providencia de Dios, que, para confundir los falsos pretextos del mundo, se complace en poner á su vista de cuando en cuando ilustres ejemplos de la mas elevada santidad en todos los estados, tenia destinada á Hedwigis para modelo de perfeccion en el del santo matrimonio. Contaba solos doce años cuando la casaron con el príncipe Enrique, duque de Silesia y de Polonia: con el nuevo estado descubrió nuevas virtudes. Luego que se dejó ver en la corte, se declaró por la piedad, y lejos de contemporizar con el espíritu del mundo, que tanto reina en aquellas, jamás reconoció otras obligaciones que las que autoriza la religion, ni otro mérito que el que se funda en la verdadera virtud; de manera que hacian mal su corte á la princesa los que se preciaban de mundanos.

Su primer estudio fué comprender el genio y las inclinaciones del duque su marido, para dedicarse á

servirlo y complacerle. Logrólo tan perfectamente, que, ganándole el corazon para sí, se le ganó para Dios; y aprovechándose del amor que el duque le profesaba, consiguió hacerle uno de los mas cristianos y mas virtuosos príncipes de Alemania. Juzgó, y juzgó con acierto la princesa, que el medio mas eficaz para encontrar la propia salvacion era cuidar con el mayor desvelo de la cristiana educacion de sus hijos, considerando esta por una de las primeras obligaciones de su estado. Concedióle el cielo tres hijos y tres hijas: los primeros fueron Enrique, Boleslao y Conrado; las segundas Inés, Sofia y Gertrudis. Mientras estaba en cinta era una de sus devociones, consintiéndolo su marido, vivir en continencia todos los nueve meses, pasando aquel tiempo en cierta especie de retiro. Tenia distribuidas las horas del dia en la oracion, en devociones particulares, en leer libros devotos y en ejercitar obras de misericordia; siendo una de sus máximas que á la mayor elevacion de nacimiento correspondia mayor elevacion de virtudes, y que las personas que mas descollaban sobre las otras, estaban mas obligadas á la eficaz persuasion del buen ejemplo.

Habiéndose encargado ella misma de criar á sus hijos en las máximas mas puras de la religion y de la virtud, tuvo el consuelo de verlos á todos tan señalados por su ejemplar piedad, como por las demás grandes y nobilísimas prendas que los hicieron muy ilustres en todas las córtes de la Europa. Enrique su primogénito, y heredero de los estados del duque su padre, lo fué tambien de su virtud; tanto, que se mereció el renombre de *Piadoso*. No dedicó menos cuidado la virtuosa princesa á arreglar toda su familia y casa ducal; damas, señoras de honor, criadas y criados inferiores, todos vivian con regla, todo olia á virtud, y todo publicaba por cierto aire de religion y de

modestia la eminente santidad del ama á quien servian.

No podia verse sin mucha admiracion que una princesa jóven, adornada de todas las bellas prendas que tanto brillan en el mundo, en medio de una corte tan pomposa como lucida, adorada de un esposo magnífico y poderoso, estimada, respetada y aplaudida de todo el mundo, hallandose en lo mas florido de su edad, viviese mas como religiosa, que como soberana, pasando los dias en retiro y en ejercicios de austeridad y de penitencia. Pero lo mas asombroso fué que, despues de tener el sexto hijo, supo persuadir al duque su marido á que pasasen el resto de su vida en perfecta continencia, y los dos esposos hicieron secretamente este voto en manos de su obispo. Desde aquel dia, así el duque como la duquesa hicieron portentosos progresos en el camino de la perfeccion. Sintió Hedwigis inflamado su corazon con un nuevo incendio del divino amor; de manera que ya todos sus deseos, todas sus ansias, todos sus suspiros eran por el cielo, no considerándose ya sino como madre de los huérfanos, de las viudas y de los pobres. Todos los dias sustentaba un gran número de ellos en su palacio, y muchos camian á su mesa sirviéndoles ella misma la comida; de suerte que ya era dicho comun en la corte que la duquesa solo se divertia visitando los pobres enfermos en los hospitales. Persuadió al duque su marido que fundase á corta distancia de Breslau, capital de la Silesia, donde residian los dos, el grande y célebre monasterio de Trebnitz, que la santa duquesa entregó á las religiosas del Cister. Dotóle el duque ricamente, pero Hedwigis aumentó tanto sus rentas, que alcanzaban para mantener á mil personas. Eran recibidas en él todas las viudas y todas las doncellas que se querian consagrar à Dios. Al principio se contaban en la comunidad muchos centenares de mon-

jas, á cuyo frente estaba la princesa Gertrudis, hija de nuestra santa; y muy en breve fué aquel famoso monasterio escuela de perfeccion y asilo de la inocencia. Además de esto, hizo santa Hedwigis que se educasen en él muchas señoritas pobres y huérfanas, con otras muchas doncellas de inferior esfera, dando el hábito á unas, casando á otras, y proporcionando á todas medios muy oportunos para su salvacion.

Nunca habia gustado de galas; pero despues que hizo el voto de continencia, se vistió mas llanamente; de manera que ninguna mujer anduvo jamás vestida con mayor honestidad y modestia. Su ejemplo reformó muy en breve la vana profanidad de las señoras de la corte, como la ejemplar virtud del duque corrigió las costumbres y la conducta de los cortesanos. Pasaba Hedwigis lo mas del tiempo dentro del monasterio de Trebnitz en compañía de las religiosas, con que sin mucha dificultad pudo conseguir el beneplácito de su marido para tomar tambien el hábito, aunque sin hacer los votos; bien que observaba todas sus reglas con mas exactitud que las mismas religiosas. En nada quiso admitir la mas leve distincion. Abatíase á los mas humildes oficios, diciendo á las monjas: *Vosotras sois esposas de Jesucristo, yo no soy mas que una de vuestras criadas; con que, de obligacion me tocan estos menesteres.* En virtud de este dictámen, tomaba siempre el ínfimo lugar en el coro, en el refectorio y en todos los demás actos de comunidad; usando únicamente en esto del derecho que le daba el título de fundadora, ni jamás fué posible rendir su humildad á que admitiese otras preeminencias.

El tierno amor y el sumo agradecimiento que profesaba á Cristo crucificado le inspiraban un deseo tan encendido de padecer mucho por su amor, que costó trabajo á sus directores poner algunos límites al rigor

de sus penitencias. Siendo jóven, delicada y de flaca complexion, maceraba tanto su carne, que tocaba ya la raya de cierto inocente exceso. Ayunaba todos los dias á excepcion de los domingos y fiestas mas principales del año, y se prohibió absolutamente toda comida de carne. En una grave enfermedad le mandó el legado de la silla apostólica en Polonia que usase de todo género de alimentos : obedeció, pero aseguró despues que esta delicadeza habia ejercitado mas su paciencia que toda su dolorosa enfermedad. Los domingos, martes y jueves, comia pescado y leche; los lunes y sábados, legumbres solamente; y los miércoles y viernes, ayunaba á pan y agua. Ni de dia ni de noche se desnudaba un áspero cilicio que le rodeaba la cintura, y estaba todo teñido de sangre cuajada. Andaba con los piés descalzos por la nieve y por el yelo, cuyo rigor, abriéndoselos en grietas, descubria los sitios por donde pasaba, dejando en ellos ensangrentadas las huellas. La cama de respeto era correspondiente á su alta representacion; pero era de respeto y nada mas, porque ella no usaba de otra que de unos humildes sarmientos. Eran excesivas sus vigilias; apenas descansaba dos ó tres horas, y levantándose á maitines, pasaba lo restante de la noche en oracion y en otras devociones, las que interrumpia para mortificarse con sangrientas disciplinas, de cuya fervorosa crueldad daban buen testimonio las paredes salpicadas de sangre. Si sus indisposiciones la precisaban á mitigar algo estos rigores permitiéndose algun alivio, admitia por cama un brazado de paja cubierta con una gruesa manta. Extenuóse tanto su cuerpo al continuado teson de una vida tan penitente, que parecia un animado esqueleto. Todas las mañanas oia cuantas misas se celebraban en la iglesia del monasterio, con tanta devocion, que la comunicaba á los mas indevotos : comulgaba con mucha frecuen-

cia, y sentia en la comunion aquellos dulcísimos consuelos con que regala el Señor á las mas fervorosas y mortificadas. Pero no hay virtud sobresaliente sin pesadas cruces, no hay santo sin grandes pruebas.

Conrado, duque de Kirne ó de Cirna, entró en las tierras del duque de Polonia Enrique, marido de nuestra santa : dióse la batalla, y en ella quedó este herido y prisionero. Sintió vivísimamente Hedwigis este desgraciado suceso; pero sin que por eso se alterase su tranquilidad, contentándose con decir á los que trajeron tan melancólica noticia que esperaba en Dios ver muy presto al duque restituido á su libertad y sano de sus heridas. Pero resistiéndose Conrado á poner en libertad al duque de Polonia, sin embargo de las razonables condiciones que se le propusieron para ajustar la paz, se vió precisado el jóven Enrique, primogénito de la santa, y heredero presuntivo de los estados, á levantar un poderoso ejército, para que hiciese la fuerza lo que no habia podido la negociacion. Horrorizada la piadosísima duquesa de la sangre que se habia de derramar, se determinó á pasar ella misma á la corte de Conrado á exponer su persona para salvar á los demás. Apenas la vió en su presencia el duque de Kirne cuando, apoderado de un respetuoso terror, y olvidado de aquella fiereza con que se habia mostrado inflexible, concedio á la princesa todo cuanto le pidió, se ajustó la paz, y puso en libertad al duque de Polonia. Murió este virtuoso duque poco tiempo despues, y todos admiraron la constancia, el teson y la superior virtud de la duquesa. Vióle espirar con ojos enjutos; y como las religiosas de Trebnitz mostrasen su excesivo dolor, explicándole en copiosas lágrimas, les dijo con una santa entereza : *Todos debemos recibir con humilde rendimiento, en vida y en muerte, las amorosas disposiciones de la divina Providencia.* Tres años des-

pues quiso tambien el Señor ejercitar la heróica constancia de Hedwigis con otra prueba no menos dolorosa en la muerte del duque Enrique el Piadoso, su hijo primogénito, que murió en una accion contra os Tartaros. Llególe al alma esta pérdida; pero la llevó con tanta resignacion y con tanta serenidad, que tuvo pocos ejemplares, acreditando lo muerta que estaba la duquesa á todos los desordenados movimientos de la carne y sangre. No obstante el grande estudio que ponia en ocultar á la noticia de sus hijas las extraordinarias gracias con que el Señor la favorecia y los celestiales consuelos con que la inundaba en la oracion, no podian menos de dar bastantemente á entender estos divinos favores sus dulces lágrimas, sus tiernos suspiros y sus amorosos ímpetus. Ni podia reprimir las lágrimas cuando se hablaba de Dios, ni otros podian reprimir las suyas cuando la oian hablar del amor de Jesucristo. Solo con oir pronunciar el dulce nombre de María, se bañaba de gozo su semblante. Favorecióla Dios con el don de milagros y de profecia, pronosticando el dia de su muerte mucho tiempo antes de su última enfermedad; y aunque toda su vida fué una continuada preparacion para aquella postrera hora, redobló su fervor cuando vió que se iba acercando. Mientras duró la enfermedad de que murió, le manifestó el Señor muchas cosas que jamás habia aprendido ni oido á persona humana. Quiso recibir los sacramentos cuando parecia que ya estaba buena; pero presto conocieron todos que estaba bien informada de la hora de su muerte, pues poco despues de haberlos recibido pasó tranquilamente al descanso del Señor el dia 15 de octubre del año de 1243; habiendo vivido con cierta especie de milagro continuado cuarenta años enteros entregada á penitentísimos rigo-

res, que confunden sin excusa la delicadeza y la cobardía de las personas del mundo.

Fué enterrado su cuerpo en la iglesia del monasterio de Trebnitz con la pompa y con la solemnidad que era debida á tan santa como respetable princesa; y muy luego comenzó á hacerse glorioso su sepulcro por el número y la magnitud de sus milagros. Trabajóse sin cesar en los procesos de su canonizacion, que se celebró solemnemente el dia 15 de octubre del año 1267, veinte y cuatro despues de su muerte, por el papa Clemente IV; y aun se asegura que, cuando el papa estaba celebrando la misa para canonizarla, suplicó humildemente á Dios que se dignase dar vista á cierta doncella ciega en testimonio de la santidad de Hedwigis, y que en el mismo punto cobró su vista la venturosa doncella. El año siguiente á los 17 de agosto fué elevado de la tierra el santo cuerpo, exhalando una suavísima fragrancia, que llenó de admiracion y de consuelo á todos los circunstantes. Encontráronse consumidas todas sus carnes, á excepcion de tres dedos de la mano izquierda, en que tenia asida una imagen de la santísima Virgen, que toda la vida habia llevado consigo. Murió con ella en las manos, y la apretó con los tres dedos tan fuertemente, que, no pudiéndosela arrancar, la enterraron tambien con ella. El papa Inocencio XI fijó su fiesta al dia 17 del mismo mes.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cracovia, santa Hedwigis, duquesa de Polonia, de quien se habló el quince de este mes.

En Antioquia, san Heron, discípulo de san Ignacio, que, habiendo sido hecho obispo despues de él, siguió como piadoso imitador las huellas de su maestro, y

murió (en tanto grado amaba á Jesucristo) por el rebaño *que le había sido confiado.*

Dicho dia, el martirio de san Victor, san Alejandro y san Mariano.

En Persia, santa Mameta, mártir, que, habiendo abandonado, por aviso de un ángel, el culto de los ídolos, y abrazado la fe de Jesucristo, fué apedreada por los paganos y arrojada en una honda laguna.

En Constantinopla, san Andrés de Creta, monje. Bajo Constantino Coprónimo, fué muchas veces azotado en odio del culto de las sagradas imágenes, rindiendo por último el espíritu al Criador, habiéndole antes cortado un pié.

En Orange de la Galia, san Florens, obispo, muerto en paz adornado de muchas virtudes.

En Capua, san Victor, obispo, respetable por su ciencia y santidad.

Cerca de Castelnaudary en la diócesis de San Papul, la fiesta de las santas doncellas.

Este mismo dia, santa Solina, venerada como virgen y mártir.

En el Nivernais, san Troe, confesor.

En Laon, santa Austruda, abadesa.

En Angers, san Lupo, obispo de aquella ciudad.

En Betania, cerca de Jerusalen, la fiesta de santa Marta, que tuvo la dicha de hospedar en su casa á Nuestro Señor.

Dicho dia, el natalicio de san Aristion, uno de los setenta y dos discípulos.

En Egipto, el tránsito de san Juan el Licopolita, solitario.

Este mismo dia, san Clemente de Lodi, presbítero.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente:

Deus, qui beatam Hedwigem à sæculi pompa ad humilem tuæ crucis sequelam toto corde transire docuisti: concede, ut ejus meritis et exemplo discamus perituras mundi calcare delicias, et in amplexu tuæ crucis omnia nobis adversantia superare. Qui vivis et regnas...

O Dios, que enseñaste á la bienaventurada Hedwigis á renunciar de todo su corazon las pompas del mundo por seguir con humildad el camino de tu cruz, concédenos por sus merecimientos que á ejemplo suyo aprendamos á menospreciar las perecederas delicias de este siglo, y á vencer por tu amor todas las adversidades de esta vida. Que vives y reinas...

La epístola es del capítulo 31 *de los Proverbios.*

Mulierem fortem quis inveniet? procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitæ suæ. Quæsivit lanam, et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longè portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque prædam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotia-

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien y no con mal todos los dias de su vida. Buscó lana y lino y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñióse de fortaleza y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se

tio ejus : non exstinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suæ à frigoribus nivis : omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibi : byssus, et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terræ. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit chananæo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt; vir ejus, et laudabit eam. Multæ filiæ congregaverunt divitias : tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo : mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum : et laudent eam in portis opera ejus.

apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras, lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió; y dió un cíngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada. tambien su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza : la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

NOTA.

« Muchas veces se ha dicho que la Iglesia llama *libros de la Sabiduría* á todas las obras de Salomon. La epístola de hoy se sacó del capítulo 31 de los *Proverbios* de este monarca; pero el nombre de Proverbios

no se debe entender aquí en el sentido trivial: en este lugar quiere decir una coleccion de sentencias, de máximas, de lecciones breves é instructivas, escritas en estilo conciso y sentencioso. »

REFLEXIONES.

¿Quién hallará una mujer fuerte? es decir, una mujer de juicio tan sentado, y de tan despejada capacidad, que no se deje deslumbrar de las brillanteces que tanto encantan á los de poco entendimiento: de tanta penetracion, que conozca la extravagancia de una moda, la vanidad lastimosa de una gala, la caduca duracion de una fortuna brillante, el veneno y la malignidad de las máximas del mundo; de tanto valor y de tanto espíritu, que desprecie generosamente todo aquello que no da mérito alguno; y en fin, de tanta religion y de tanta cordura, que dedique su estimacion solamente á la virtud? Esta es aquella mujer que con tanta razon dice el Espíritu Santo ser muy rara, verse pocas veces en el mundo; pero no deja de causar admiracion que sea tan rara una mujer de este carácter. Hay muchas mujeres (¿quién lo puede negar?) de grande entendimiento: encuéntranse no pocas de rara penetracion, de un ingenio noble, sólido, comprensivo y elevado: imbuidas en máximas muy cristianas, y de una generosidad que parece muy superior á su sexo; sin embargo, aun entre estas mismas son bien pocas las que no se dejan deslumbrar de un falso, de un aparente resplandor; pocas las que no pretenden hacer mérito de la hermosura; y son todavía menos las que no tengan pasion por las galas, por mil fruslerías y por mil femeniles bagatelas. Ejerce la vanidad un imperioso, un despótico dominio sobre el entendimiento, no menos que sobre su corazon. Domínalas el deseo de

sobresalir y de brillar: ¿cuál suele ser la materia de sus mas ingeniosas conversaciones? una moda, un tocado de nueva invencion, un peinado, un abanico, una tela, un vestido, una librea, un mueble: estos suelen ser los asuntos que se tratan en sus largas, en sus brillantes visitas. Por lo comun, no hay cosa mas ridícula, de menos sustancia, ni mas digna de risa ó de compasion que sus interminables conversaciones. Bien se puede decir que el carácter de esos celebrados ingenios es emplearse eternamente en lo mas vano y en lo mas inútil de la vida; pero ¿de qué principio provendrá un trastorno tan extraño y tan universal el dia de hoy? A la verdad, la educacion puede contribuir mucho á envilecer ó á debilitar unos entendimientos que serian sólidos naturalmente; pero tambien la razon y la reflexion serian muy bastantes para corregir los defectos de la educacion. El verdadero orígen, pues, de este trastorno, es la falta de virtud. Una vez que se apoderó del entendimiento y del corazon de una mujer el espíritu del mundo, deja poca libertad á la razon y á la religion. Luego que una alma comienza á ser mundana, inmediatamente se hace poco cristiana; y desde aquel punto el entendimiento, la capacidad, el juicio, el corazon, la cordura, las máximas mas verdaderas y mas sólidas, todo en ella degenera. ¿Quieres hallar una mujer fuerte, es decir, cuyo mérito sea verdadero, y que ella misma sea verdaderamente respetable? pues busca una que sea verdaderamente virtuosa, verdaderamente cristiana, que coloque todo su mérito en cumplir con las obligaciones de su estado. El retrato de ésta mujer, hácele la epístola de hoy, y el modelo de ella fué santa Hedwigis. El temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría, debe ser, dice el Sabio, como la basa y el cimiento de todas sus bellas prendas. El cuidado

de vivir bien con el esposo que el cielo le destinó, y de conservar la union y la paz en la familia, ha de ser una de sus principales ocupaciones; la vigilancia sobre su casa y la aplicacion á mantener en ella el órden y buen gobierno, todo su estudio. Desengañémonos, solo será mujer de mucho mérito la que fuere mujer de mucha virtud.

El evangelio es del capítulo 13 *de san Mateo, y el mismo que el dia VIII, pág.* 194.

MEDITACION.

CUÁNTO SE DEBE TEMER EL ESTADO DE TIBIEZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay estado de que sea mas dificultoso salir que del estado de tibieza. Para salir de un estado peligroso á la salvacion, es preciso conocer, lo primero que efectivamente está el alma en aquel estado, y lo segundo su peligro. Pues esto es puntualmente lo que el alma tibia no conoce. El pecador que notoriamente está como anegado en los mayores desórdenes, sin dificultad conoce el lastimoso peligro en que vive. Hay ciertos momentos venturosos en que á favor del menor rayo de la gracia descubre en su pobre alma tan monstruosas deformidades, que él mismo es el primero en llorar su infelicidad; y esta humilde confesion, este saludable conocimiento hace menos dificultosa su conversion. Pero al alma tibia siempre le falta este socorro; porque nunca se persuade que está en el estado de tibieza. Bien se puede decir que ya no está en él cuando comienza á conocerlo; porque este conocimiento siempre es hijo del

fervor; y esto es justamente lo que hace dificultoso el que una alma tibia vuelva sobre sí. ¿Por dónde se le ha de persuadir que está en este lamentable estado, si el primer efecto que causa la tibieza es la ceguedad? Como la tal alma solo se fué relajando poco á poco, tambien se fué poco á poco familiarizando con el pecado hasta que hizo costumbre de sus faltas, y en fin, llega á saborearse en ellas. En semejante estado nada le hace fuerza, y de nada desconfía. Nunca descubre en sí cosa nueva que la escandalice. Cáese en la tibieza sin omitir ninguno de los ejercicios espirituales acostumbrados; antes bien la tibieza, por lo comun, tiene su origen en aquellas imperfecciones que insensiblemente se van como resbalando en estos mismos ejercicios. Ocúltase uno á sí propio muchos defectos reales y verdaderos bajo la apariencia de una virtud superficial; y esto es lo que hace casi incurable el mal. El mismo Dios que hace tanto ruido para despertar la modorra del pecador, parece como que calla, y como que en cierta manera guarda el sueño al alma tibia, como si quisiera dejarla morir en el letargo. *Yo comenzaré á vomitarte poco á poco,* dice el mismo Dios. *Yo comenzaré*, como quien dice, no te vomitaré de golpe, sino poco á poco, sin ruido, sin estruendo, insensiblemente; de suerte que esta pobre alma se halla, digámoslo así, condenada y reprobada sin conocerlo, sin ofrecérsele la menor desconfianza sobre el infeliz estado en que se ve. Pues ¿en qué se ha de fundar la esperanza de que querrá salir de él? Buen Dios, ¡hay en el mundo estado mas digno de temerse!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la desgracia de una alma tibia es tanto mayor cuanto en aquel lastimoso estado los

consejos de los mayores amigos, las saludables advertencias de un prudente confesor, los avisos de un superior zeloso, los buenos ejemplos que se tienen á la vista, todo es mal recibido, llegando á tanto algunas veces esta insensibilidad y esta dureza, que parece estar el alma como encantada ó poseida. Nada le hace fuerza, nada la mueve, ni aun aquello mismo que atemoriza y aterra á los mayores pecadores. Parece que está en ella apagada la fe y desterrada la razon, descubriéndose señales muy visibles de un funesto abandono de Dios, y como si dijéramos de su cierta infeliz reprobacion. Todos deben temer un estado tan infeliz; pero ningunos mas que los que exhortan á otros á la práctica de las virtudes que ellos no tienen. Estas personas son tan zelosas de la perfeccion de los demás, que saben reprenderlos admirablemente de las mas leves imperfecciones; caen, por lo comun, en la tibieza si no practican aquello mismo que enseñan, si no corrigen en sí las mismas ó semejantes imperfecciones, y si se dispensan á sí propias en el ejercicio de aquellas virtudes que aconsejan. Se ha visto muchas veces á los mayores pecadores, dice san Buenaventura, salir del atolladero de sus vicios, y hacer sincera penitencia; pero casi nunca se ve á una alma tibia salir de su desidia y de su lastimosa flojedad. Con efecto, ¿qué cosa puede hacer fuerza á una alma que por largo espacio de tiempo ha sabido componer el conocimiento de las verdades mas terribles de la religion con una continuada infidelidad? No, cierto, aquellas verdades espantosas; que está ya acostumbrada á manejarlas sin que le hagan impresion: no los buenos ejemplos; pues se ha familiarizado tanto con ellos, que ni aun apenas los advierte. ¡Pero, mi Dios, qué fuerza harán estas reflexiones á una alma que poco á poco se va consumiendo con la calenturilla lenta de la tibieza! Rara vez se sana de ella sino

por un milagro de vuestra misericordia. Nunca conocerá su desdicha, si vos no se la haceis conocer; nunca se verá á sí misma en esta pintura, si vos no le decis interiormente que este es su verdadero retrato. Mas, ¿y de qué le servirá este conocimiento si no le dais una poderosa gracia para que salga de tan lastimoso estado? Concedédmela, Señor, por vuestra piedad, que resuelto estoy á no resistirla.

JACULATORIAS.

Ne derelinquas me, neque despicias me, Deus salutaris meus. Salm. 26.

No me abandoneis, Señor, no me desampareis, pues solo en vos coloco toda la esperanza de mi salvacion.

Concaluit cor meum intra me : et in meditatione mea exardescet ignis. Salm. 38.

Siento, mi Dios, no sé qué nuevo fervor dentro de mi corazon; encendédmele, avivádmele mas y mas.

PROPOSITOS.

1. Al hombre tibio ordinariamente le concedé Dios pocas gracias extraordinarias, porque es muy infiel aun á aquellas pocas que recibe. Sus faltas siempre son considerables por ir acompañadas de mayor menosprecio, de malicia mas voluntaria y de mas fea ingratitud que las de otros pecadores. La odiosa mezcla de bueno y malo de que se componen los colores que forman el retrato de una alma tibia, muestra bien lo injuriosa que es á Dios su mala conducta. En lo bueno aparente que hace, acredita que no peca por olvido de Dios; pero la imperfeccion y la desidia con que hace aquello poco bueno convencen el bajo concepto, ó, por

mejor decir, el desprecio con que trata al mismo Dios, sirviéndole con tanto disgusto, con tanta indiferencia y con tanta frialdad. Por eso, se puede decir que es recíproco este disgusto, ella está disgustada de Jesucristo y Jesucristo está disgustado de ella. Así, pues, no hay que admirarse de que esta especie de almas, al acabar de comulgar, estén tan prontas á reincidir en sus antiguas y acostumbradas faltas, como si no hubieran comulgado. Considera ahora el horror con que has de mirar este funesto estado, y cuánto le debes temer. Para concebir este saludable horror, y para desviarte mas de estado tan infeliz, siempre que vas á comenzar alguna buena obra, como la oracion, la misa, el rezo, piensa cómo lo debes hacer, para hacerlo con fervor.

2. Aunque la tibieza es tan gran mal, siempre nace de causa muy lijera. No se cae en él de golpe, ni cometiendo culpas graves, sino por estas que se llaman distracciones voluntarias, faltas comunes, pecados veniales de costumbre, descuido y negligencia en las obligaciones, y cosas semejantes. Sé, pues, atentísimo, cuidadosísimo en evitar las menores imperfecciones voluntarias; las faltas mas pequeñas que se cometen con plena deliberacion, llevan casi infaliblemente á la tibieza.

DIA DIEZ Y OCHO.

SAN LUCAS, EVANGELISTA.

San Lucas, llamado el Evangelista, no solo por haberle nombrado los apóstoles para anunciar el Evangelio á las naciones, que este ministerio fué comun á los santos Felipe, Timoteo, Tito, Silas, Sostenes,

Tiquico y otros, sino particularmente por haberle escogido Dios para escribir el Evangelio; esto es, la historia de la vida, muerte, milagros y doctrina de Jesucristo, lo que solo es propio de los autores sagrados, cuales fueron san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan.

San Lucas, á quien san Pablo llama algunas veces *Lucio* para latinizar su nombre un poco mas, fué natural de Antioquia, ciudad metrópoli de Siria. Era gentil de origen, como nacido en el paganismo, y le convirtió san Pablo, su pariente, de quien despues fué discípulo, amigo particular, compañero en sus viajes, y al fin historiador de su vida. Dedicóse, cuando niño, al estudio de las letras humanas, en las que hizo grandes progresos por ser de excelente ingenio; y en sus escritos se conoce que poseyó con grande penetracion la lengua griega, siendo su estilo mas culto y mas elocuente que el de los otros escritores sagrados, y aun por lo mismo se juzga que, aunque nació en Siria, era originario de Grecia. Algunos opinaron que fué judío de nacimiento, y uno de los setenta y dos discípulos del Salvador; adelantándose á afirmar que era el compañero de Cleofas, uno de los dos discípulos á quienes se apareció Cristo cuando iban al castillo de Emaus; pero el mismo evangelista dice con toda claridad que escribió su evangelio arreglándose á la relacion que hicieron los que habian visto y tratado al Salvador, siendo testigos oculares de sus acciones: *Segun lo aprendimos de aquellos mismos que le vieron desde sus principios* (Luc. 1), esto es, de los sagrados apóstoles; lo que prueba bastantemente que san Lucas nunca le vió. Fué médico de profesion, como expresamente nos lo asegura el mismo san Pablo en su epístola á los Colosenses por estas palabras: *Salúdaos, Lucas, médico carísimo* (Colos. 4), y añade san Jerónimo que era muy hábil en aquella facultad. No

lo fue menos en el arte de la pintura, aunque solo nos ha quedado de su mano una imágen de la santísima Vírgen, que por antigua tradicion se cree ser obra del sagrado evangelista.

Hallándose san Pablo en Antioquía, se encontró con su pariente Lucas, hombre muy estimado en toda la ciudad por sus conocidas prendas, pero con la desgracia de vivir sepultado en las tinieblas del gentilismo, como nacido y educado con la doctrina de sus ridículas supersticiones. Luego que el santo apóstol le habló de la verdadera religion, disipó la gracia todas aquellas tinieblas; y habiendo recibido el bautismo, se hizo discípulo de san Pablo, y fué el mas querido de todos. San Jerónimo le llama su hijo espiritual, y san Juan Crisóstomo fiel compañero de sus viajes y de sus trabajos. Luego que san Bernabé se separó del apóstol, entró san Lucas en su lugar, y le acompañó en el primer viaje que hizo despues de esta separacion á Troade de Macedonia, hácia el año de 51, sin que despues se haya apartado jamás de su lado. Detúvose por algun tiempo con san Pablo en Filipos de Macedonia, y recorrió en su compañía las ciudades de la Grecia, donde era muy copiosa la miés, haciéndose mayor cada dia. Con esta ocasion, tuvo el consuelo de conocer y de tratar á muchos apóstoles y discípulos de Cristo, de quienes se informó menudamente de todas las circunstancias de su vida, de su pasion, de su resurreccion, de sus milagros y de su doctrina. Por este tiempo, es decir, por los años de 53, hallándose san Lucas en Acaya, le inspiró el Espíritu Santo que escribiese su evangelio cuando ya habian escrito los suyos san Mateo y san Marcos; pero como estos dos evangelistas hubiesen omitido muchos hechos singulares en la vida del Salvador, para cumplir esta omision, se entremetieron algunos falsos apóstoles en escribir historias atestadas de ficciones

y de fábulas. Por eso, escogió Dios á san Lucas para enseñar á los fieles la verdad, inspirándole el pensamiento de escribir su evangelio. Las particularidades de la vida de la santísima Vírgen y de la infancia de Jesucristo que san Lucas nos conservó, sus cánticos, las respuestas que dió al ángel, la relacion circunstanciada del viaje que hizo, y de todo lo que pasó en la visita de su prima santa Isabel y de Zacarías; lo que observa el mismo evangelista, que, siempre que sucedia alguna cosa nueva y singular, *María lo notaba, lo rumiaba y lo conferia allá consigo misma dentro de su corazon*; todas estas particularidades dan á entender que san Lucas tuvo la dicha de conocer personalmente á la santísima Vírgen, y de oir de su misma sagrada boca muchas circunstancias de su vida y de la de su santísimo Hijo. Toda la Iglesia reconoce en este evangelio el espíritu divino que le dictó; y así san Pablo como todos los demás apóstoles le aprobaron como una fiel y compendiosa historia de la vida de Jesucristo, y como uno de los libros sagrados de la Iglesia. En todas partes fué desde luego recibido como tal, de que da testimonio san Pablo en la segunda epístola que escribió á los Corintios, remitiéndosela por mano de Tito y del mismo san Lucas, cuando dice: *Partió de aquí Tito para esa ciudad, y va en su compañía Lucas, uno de nuestros hermanos, que se ha hecho muy recomendable en las iglesias por el evangelio que escribió; y además de eso, las mismas iglesias nos le dieron por compañero en nuestros viajes*. Tampoco se duda que el evangelio que el mismo apóstol llama suyo, *Evangelium meum*, en su segunda epístola á Timoteo, sea el evangelio de san Lucas, que quiso adoptar san Pablo como si lo fuese. Dirige san Lucas su evangelio á Teófilo, nombre general, en sentir de san Epifanio, de Orígenes y de san Ambrosio, por el cual solo quiso entender el evangelista á todos los que

aman á Dios; aunque san Agustin, san Juan Crisóstomo y otros muchos son de parecer que este tal Teófilo era un hombre de distincion, ó el gobernador de una provincia, convertido al cristianismo. Por el modo con que este evangelista cita la sagrada Escritura, siguiendo siempre la version de los Setenta, aun en aquellos lugares en que esta se desvía del original hebreo, se conoce bastantemente que no fué judío de orígen; y la conformidad que se nota en su evangelio con lo que dice el apóstol san Pablo en su primera epístola á los Corintios, es gran prueba de lo que dicen los antiguos, que el apóstol como que adoptó por suyo este evangelio. Ambos refieren con unas mismas voces la institucion de la Eucaristía, y solamente los dos, es á saber, san Pablo y san Lucas, hablan de la aparicion de Cristo á san Pedro el dia de la resurreccion.

Todo el tiempo que san Pablo se detuvo en Macedonia, corrió casi todas las ciudades de la Grecia, llevando en su compañía á san Lucas; pero el tenerle siempre á su lado por compañero inseparable no era pura y precisamente por lograr este consuelo y esta satisfaccion; era tambien para la edificacion de los demás queriendo que le acompañase en todos los viajes aquel su querido discípulo, así para que le ayudase á recoger las limosnas de los fieles, como para tener en él un testigo de toda excepcion de su apostólico y perfecto desinterés; porque no basta que un apóstol sea inocente, sea irreprensible; es menester que desvíe de sí toda sospecha de interesado, ó de no proceder de buena fe. En todas ocasiones mostraba san Pablo la mucha estimacion que hacia del santo evangelista, y el grande amor que le profesaba. En la segunda epístola á los Corintios le llama hermano suyo, asegurando en ella que daba mucho honor á su evangelio, no solo con la pureza de sus costumbres y

con el resplandor de su eminente santidad, sino tambien con el ardor de su abrasado zelo. Por lo mismo, añade en el mismo lugar que era muy celebrado en todas las iglesias, apellidándole apóstol de ellas y gloria de Jesucristo : *Gloria Christi* (2 Cor. 8).

Habiendo ido san Lucas á Corinto en compañía de Tito á llevar esta segunda epístola, trabajó con feliz suceso en cultivar aquella florida viña del Señor. Juntósele luego san Pablo, y desde aquella ciudad escribió á los Romanos elogiando á nuestro santo bajo el nombre de Lucio su pariente. Poco tiempo despues partieron juntos para el Asia, y desde allí pasaron á Macedonia. Desembarcaron en Cesarea de Palestina, y allí hizo san Lucas cuanto pudo para quitar de la cabeza á san Pablo el pensamiento de ir á Jerusalen, atemorizado con la profecía del profeta Agabo de que seria encarcelado y entregado á los gentiles; pero viéndole resuelto á emprender aquel viaje, sin embargo de tener muy previsto cuanto le habia de suceder en él, no le quiso abandonar, y le acompañó en la visita que hizo al apóstol Santiago. Fué arrestado san Pablo por el tribuno Lisias, que le remitió á Félix, gobernador de la Judea. Este le tuvo preso en Cesarea dos años, y cuando acabó su gobierno, le dejó en la cárcel para dar este gusto á los judíos. Ya que san Lucas no pudo aliviar á san Pablo en el trabajo de las cadenas, quiso participar con él de las incomodidades de la prision, haciéndole fiel compañía dentro de la misma cárcel todo el tiempo que san Pablo estuvo en ella. Embarcóse con el mismo apóstol para Roma, adonde él habia apelado y donde debia sentenciarse su causa por el emperador. Sabidos son los peligros que corrieron y los trabajos que toleraron en la navegacion. Pero ninguna cosa fué capaz de alterar un punto la fidelísima ley del discípulo al maestro, ni incomodidades, ni fatigas, ni malos tratamientos.

Llegaron los dos á Roma hácia el fin del invierno del año de 61, y no quiso san Lucas apartarse del lado del apóstol todo el tiempo que duró su prision, que fué por espacio de dos años, para servirle, obedecerle y asistirle, aunque no ignoraba los grandes peligros á que estaba expuesto en una ciudad donde solo el nombre de cristiano irritaba el furor de los gentiles; ciudad que igualmente era cabeza del universo, que capital del gentilismo. Escribiendo san Pablo desde la prision á los Colosenses, hace honorífica mencion de san Lucas y de otros discípulos suyos, que eran todo su consuelo en medio de las cadenas. *Mi carísimo hermano, el médico Lucas y demás os saludan.* Y en la epístola á Filemon, que escribió por el mismo tiempo dice : *Tambien os saludan Epafras, que está conmigo en la cárcel por amor de Jesucristo, juntamente con María, Aristarco, Demas y Lucas, compañeros de mis trabajos.*

Por este tiempo, es decir, el año de 63, hácia el fin de la primera vez que estuvo preso el apóstol san Pablo, compuso san Lucas el libro de los Hechos apostólicos, esto es, la historia de las principales acciones de los apóstoles de Cristo, y de los sucesos mas maravillosos y de mayor edificacion acaecidos hasta entonces desde el nacimiento de la Iglesia. Despues de habernos dado en su evangelio la historia de la vida de Cristo, en esta obra posterior nos dejó la historia de la fundacion y del establecimiento de su Iglesia, siendo un ficl resúmen de los progresos que hizo el cristianismo los primeros veinte y nueve ó treinta años inmediatamente posteriores á la Ascension del Salvador. Seguramente que despues de la vida y de la doctrina del mismo Salvador, que nos refirió en su evangelio; despues de las particularidades y de las circunstancias de la santísima Vírgen, cuyo confidente le podemos llamar, no nos pudo proponer objeto

mayor ni mas noble; no pudo hacer obra mas util ni de mayor importancia para toda la Iglesia, ya se consideren los grandes ejemplos que pone á la vista para la imitacion, ya las admirables instrucciones para la doctrina. Represéntanos, dice san Juan Crisóstomo, el cumplimiento de muchas cosas que el Hijo de Dios habia profetizado; la venida del Espíritu Santo, la prodigiosa mudanza que obró en el entendimiento y en el corazon de los apóstoles, haciéndonos visible el verdadero modelo de la perfeccion cristiana en la vida de los primeros fieles con el ejercicio de las mas eminentes virtudes, ofreciendo á nuestra admiracion las milagrosas obras del Espíritu Santo en la conversion de los gentiles, y en fin, la maravilla de las maravillas, que fué la fundacion de la Iglesia de Jesucristo.

Intituló san Lucas su obra *Hechos de los apóstoles*, para darnos á entender, dice san Juan Cirsóstomo, que en ella no tanto habiamos de buscar los milagros, las maravillas que obraron, cuanto las santas acciones, las heróicas virtudes en que resplandecieron. Tiénese por cierto que dieron motivo á nuestro santo para escribir esta obra los falsos hechos de los apóstoles que desde entonces comenzaron á esparcirse por el mundo, y que quiso oponer á aquellas embusteras relaciones una historia verdadera de los hechos de san Pedro y de san Pablo. No se atribuyen mas obras á san Lucas sino la traduccion griega de la epístola de san Pablo á los Hebreos.

Puesto san Pablo en libertad despues de dos años de prision, hizo muchos viajes, no solo dentro de Italia, sino tambien á paises mas distantes, siendo algunos de opinion que pasó al Asia y á la Grecia; pero siempre acompañado de su querido discípulo san Lucas, hasta que el santo apóstol se restituyó á Roma, donde le llamaba Dios juntamente con san Pedro para consumar en ella su martirio, sin que san Lucas hu-

biese abandonado á aquellas dos grandes lumbreras de la Iglesia hasta que fué testigo de su muerte.

Despues de ella, dice san Epifanio que san Lucas, animado de su mismo espíritu, y como heredero de su zelo, anunció á Jesucristo con admirable fruto en la Italia, en las Galias, en la Dalmacia y en la Macedonia. Los Griegos aseguran que predicó el evangelio en Egipto, en la Tebaida y en la Libia, haciendo en todas partes nuevas conquistas para Jesucristo, y sembrando en aquellas regiones el misterioso grano que con el tiempo produjo en ellas tanta multitud de mártires, de confesores, y de santos anacoretas. Pero sin determinar en particular los lugares que santificó el evangelista con sus excursiones y trabajos apóstolicos, ¿qué país, dicen los padres, qué país se encontrará en toda la extension de la cristiandad que no hubiese alumbrado san Lucas con la luz de la fe por medio del libro de su evangelio y de sus Hechos apostólicos, que Ecumenio llama *Historia de la conducta del Espíritu Santo en el nacimiento de la Iglesia?* Afirma san Jerónimo que murió de edad de ochenta y cuatro años, y que fué vírgen toda la vida. San Gregorio Nazianzeno, san Paulino y san Gaudencio aseguran que coronó con el martirio una vida tan ilustre despues de tantos trabajos; y Nicéforo se adelanta á decir que fué colgado de un olivo por los gentiles. Lo cierto es que pocos santos padecieron mas por amor de Jesucristo, y que toda su vida se puede llamar un glorioso martirio; que aun por eso la Iglesia en la oracion de su dia da el glorioso testimonio de que llevó continuamente grabada en su cuerpo la mortificacion de la cruz por el nombre de su divino Maestro. No se duda que murió en Acaya; su santo cuerpo se conservó en Patrás hasta la mitad del cuarto siglo, siendo muy glorioso su sepulcro por la multitud de milagros que obraba el Señor en él. El año de 357, siendo emperador Cons-

tantino, fué trasladado de Acaya á Constantinopla con el de san Andrés, y desde allí fué con el tiempo conducido á Pavía, donde es hoy reverenciado, menos su santa cabeza que san Gregorio el Grande llevó á Roma cuando volvió de su nunciatura de Constantinopla; la que se conserva con gran veneracion en la iglesia de San Pedro.

Entre las imágenes de la santísima Vírgen que por antigua y venerable tradicion se cree haber sido pintadas por manos de san Lucas, la mas célebre de todas es la que se venera en Santa María la Mayor de Roma, cuya capilla adornó el papa Paulo V con tanta magnificencia

MARTIROLOGIO ROMANO.

La festividad de san Lucas, evangelista, quien, despues de haber padecido muchos tormentos por el nombre de Jesucristo, murió en Bitinia, lleno del Espíritu Santo. Sus reliquias fueron trasladadas á Constantinopla, y de allí llevadas á Pavía.

En Antioquía, san Asclepiades, obispo, uno de aquellos gloriosos mártires que padecieron bajo Marciano.

En tierra de Beauvais, san Justo, mártir, quien, siendo aun niño, fué inmolado en la persecucion de Diocleciano, bajo el presidente Ricciovaro.

En Neocesarea en el Ponto, san Atenodoro, obispo, hermano de san Gregorio Taumaturgo, ilustre por su saber. Consumó su martirio en la persecucion de Aureliano.

En Mesopotamia á orillas del Eufrates, san Julian, eremita.

En Roma, santa Trifonia, que fué mujer del emperador Decio, la que fué enterrada en una cripta junto á san Hipólito.

En Nassoin en los Ardenas, san Monon, irlandés, que murió sacrificado por unos bandoleros.

En Marsella, san Mauronte, obispo, que habia sido abad de San Victor de la misma ciudad.

Cerca de Villers en Azois, en el Barrois, san Augeberto, victima de unos salteadores.

Este mismo dia, el natalicio del santo profeta Joel.

En Arenas, diócesis de Avila en España, el tránsito de san Pedro de Alcántara, del órden de san Francisco, que se negó á ser el confesor de Carlos Quinto.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Interveniat pro nobis, quæsumus, Domine, sanctus tuus Lucas evangelista, qui crucis mortificationem jugiter in suo corpore pro tui nominis honore portavit. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Senor, que interceda por nosotros tu evangelista san Lucas, el cual llevó siempre en su cuerpo la mortificacion de la cruz por la gloria de tu nombre. Por nuestro Señor...

La epítola es del cap. 8 *de la segunda de san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Gratias ago Deo, qui dedit eamdem sollicitudinem pro vobis in corde Titi, quoniam exhortationem quidem suscepit: sed cùm sollicitior esset, sua voluntate profectus est ad vos. Misimus etiam cum illo fratrem cujus laus est in evangelio per omnes ecclesias; non solùm autem, sed et ordinatus est ab ecclesiis comes peregrinationis nostræ in hanc gratiam, quæ ministra-

Hermanos: Doy gracias á Dios, el cual ha puesto el mismo cuidado por vosotros en el corazon de Tito, porque recibió la exhortacion; pero siendo mas solícito de su propia voluntad, se ha partido para vosotros. Enviamos tambien con él á aquel hermano cuya alabanza está en todas las iglesias por el evangelio, y no solamente esto, sino que ha sido elegido por las iglesias compañero de nuestra pere-

tur à nobis ad Domini gloriam, et destinatam voluntatem nostram : devitantes hoc, ne quis nos vituperet in hac plenitudine, quæ ministratur à nobis. Providemus enim bona non solùm coram Deo, sed etiam coram hominibus. Misimus autem cum illis et fratrem nostrum, quem probavimus in multis sæpe sollicitum esse : nunc autem multò sollicitiorem, confidentia multa in vos, sive pro Tito, qui est socius meus et in vos adjutor, sive fratres nostri, apostoli ecclesiarum, gloria Christi. Ostensionem ergo, quæ est charitatis vestræ, et nostræ gloriæ pro vobis, in illos ostendite in faciem ecclesiarum.

grinacion por esta gracia, de la cual somos ministros para la gloria del Señor, y para manifestar nuestra pronta voluntad : guardándonos de esto que ninguno nos vitupere por esta abundancia que es dispensada por nosotros. Porque proveemos los bienes, no solamente delante de Dios, sino tambien delante de los hombres. Tambien enviamos con ellas á nuestro hermano, al cual hemos experimentado muchas veces en muchas cosas que es solícito; pero ahora será mucho mas solícito por la mucha confianza (que tiene) en vosotros, sea en órden á Tito, el cual es mi companero y coadjutor para con vosotros, sea en órden á nuestros hermanos, los cuales son apóstoles de las iglesias, y la gloria de Cristo. Haced pues conocer en estos en presencia de las iglesias cuál sea vuestra caridad y la causa tenemos que de gloriarnos de vosotros.

NOTA.

« Exhorta san Pablo á los Corintios en este capítulo, de donde se sacó la epístola, á que socorran con sus limosnas á las pobres de Jerusalen, á ejemplo de los Macedonios que se las enviaron muy copiosas, y de camino alaba á los ministros que les despachaba para recogerlas. »

REFLEXIONES.

El desinterés de san Pablo es una gran leccion no solo para los ministros del Señor, sino generalmente para todos los fieles, los cuales deben poner enteramente en Dios toda su confianza. Dichosos aquellos que á ojos cerrados, y con la cabeza baja, se arrojan entre los brazos del Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, como dicé san Pablo; entonces nada se desea mas que conocer lo que se debe hacer por Dios, y nada se teme mas que no saber aquello que Dios nos pide. Luego que se descubre en su santa ley alguna nueva luz, salta de alegría el alma como el avariento que descubrió un gran tesoro. El verdadero cristiano, aflíjale como le afligiere la divina Providencia, solo quiere aquello mismo que le sucede, y nada desea de todo lo que le falta. Cuanto mas ama á Dios, mas contento está; y la mas alta perfeccion, en vez de oprimirle, hace su yugo mas lijero. Gran locura es temer darse á Dios demasiadamente. Es como si se temiera ser uno demasiadamente feliz; es como si se temiera amar la voluntad de Dios en todas las cosas; es como si se temiera tener demasiado valor para llevar los trabajos que son inevitables; es como si se temiera recibir demasiados consuelos en el ejercicio del amor de Dios; es como si se temiera desprendernos demasiadamente de aquellas pasiones que nos hacen miserables y desdichados. Menospreciemos, pues, todas las cosas de la tierra para entregarnos á Dios enteramente. No quiero decir que absolutamente las abandonemos todas; pero el que tiene ya una vida honesta y arreglada mude solamente el fondo de su corazon, y solo con esto poco mas ó menos haremos las mismas cosas que antes haríamos. No trastorna Dios las condiciones de los hombres, ni aquellos

ministerios ó funciones que están anejas á ellas, porque él mismo las ligó; pero entonces haremos por servir á Dios lo mismo que hacemos por servir y por agradar al mundo, y por contentarnos á nosotros mismos. Solo habrá esta diferencia que, en lugar de ser devorados por nuestro orgullo, por la tiranía de nuestras pasiones y por la maligna censura del mundo, obraremos, por el contrario, con libertad, con intrepidez, con fervor y con esperanza en Dios, animándonos la misma confianza. Sostendrános en medio de los trabajos la esperanza de los bienes eternos que se acercan, y la inconstancia de los caducos que se escapan. Darános alas para volar á Dios el amor que le tenemos, haciéndonos conocer lo mucho que Dios nos ama.

El evangelio es del cap. 10 *de san Lucas.*

In illo tempore: Designavit Dominus et alios septuaginta duos. Et misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum, quo erat ipse venturus. Et dicebat illis: Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo dominum messis ut mittat operarios in messem suam. Ite: ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare sacculum, neque peram, neque calceamenta, et neminem per viam salutaveritis. In quamcumque domum intraveritis, primùm dicite: Pax huic domui; et si ibi fuerit filius pacis, requiescet super illum pax vestra; sin autem, ad vos revertetur. In eadem autem domo manete eden-

En aquel tiempo: Eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á todas las ciudades y lugares adonde él habia de ir, y les decia: La miés es grande, y pocos los operarios. Rogad, pues, al señor de la miés que envie operarios á su hacienda. Id: hé aquí que os envío como corderos entre lobos. No lleveis bolsa, ni zurron, ni sandalias, y no saludeis á nadie en el camino. En cualquiera casa que entráreis, decid primero: Pax sea á esta casa; y si allí hubiese hijo de paz, descansará sobre él la paz vuestra; pero si no, se tornará á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y bebiendo de lo

tes, et bibentes quæ apud illos sunt: dignus est enim operarius mercede sua. Nolite transire de domo in domum. Et in quamcumque civitatem intraveritis, et susceperint vos, manducate quæ apponuntur vobis; et curate infirmos qui in illa sunt, et dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.

que tienen; porque el operario es digno de su salario. No paseis de una casa á otra; y en cualquiera ciudad que entráreis y os recibieren, comed lo que os pongan delante, y curad los enfermos que hay en ella, y decidles: Se acercó á vosotros el reino de Dios.

MEDITACION.

DE LOS FALSOS ATRACTIVOS QUE USA EL DIABLO PARA ENGAÑARNOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el amor de los deleites, el amor de las honras y el amor de las riquezas son las tres grandes máquinas que dan impulso á las operaciones de los hombres, y ponen en movimiento todas las pasiones. Como el enemigo de la salvacion conoce muy bien la violenta inclinacion del corazon humano á estos tres objetos, no cesa de combatirle por estos tres flacos. El ejemplo solo de Salomon debiera bastar para nuestro desengaño. Este poderoso rey no negó gusto alguno á sus sentidos; colmado de bienes, de honras, de aplausos y de deleites, se vió precisado á confesar, cuando estaba como anegado en un golfo de delicias, que todo cuanto habia hallado en la tierra era vanidad y afliccion de espíritu; y todas las mayores brillanteces del mundo, engaño, trampantojos, apariencia é ilusion. Con efecto, ¿qué otras cosas se pueden encontrar en este destierro? Es cierto que el mundo promete siempre riquezas y grandes honores; pero ¿de cuándo acá fué el árbitro ni el distribuidor de esos

bienes? Empeña en grandes gastos á los que siguen su partido, pero ¿qué fruto sacan de ellos? ¿cuál es su recompensa? ¿acaso fueron nunca herencia de los mundanos la paz, el gusto, ni la dulce tranquilidad de la vida? Promételes el mundo deleites, pero ¿no les emboca en vez de deleites amargas pesadumbres? ¿bríndalos jamás con algun deleite que no se les dé desleido en hiel? ¿disfrútase alguno tras el cual no venga el arrepentimiento y el dolor? Promete el mundo grandes honras, pero ¿acaso es dueño de ellas? ¿y podrá uno prometerse sincera veneracion donde todo está lleno de envidiosos, de malignos y de competidores? Apenas se reconoce nunca, y mucho menos se premia en el mundo el verdadero mérito. ¿Se respeta mucho la virtud donde solo reinan la pasion, el interés, el humor, la extravagancia y el capricho? Pero bien: sea uno muy honrado, y séalo muy sinceramente; ¿qué cosa mas vana, qué cosa mas ridícula, qué cosa mas imaginaria que estas estimaciones, que estas honras? En fin, promete el mundo riquezas, porque ser uno pobre en el mundo se considera la mayor de todas las desgracias; pero ¿á quiénes se las promete? Al que se tendrá por muy dichoso si labra su fortuna despues de muchos sudores y de grandes trabajos. Cuesta mucho el adquirirlas; y supongamos por ahora que el mundo fué el que te dió eso que tanto te ha costado; pero para un hombre rico, para un hombre que llega á ser algo en el mundo, ¿cuántos desgraciados hay en él, siendo la codicia tan universal, y tan comunes los trabajos? Por otra parte, ¿quién podrá contar sobre estos aparentes bienes, que se nos deslizan de las manos por su propia fragilidad? Honras, deleites, riquezas, todo se apaga, todo desaparece con el último aliento de la vida. ¿Será posible, mi Dios, que, despues de tanto tiempo como el mundo nos está engañando con unos atrac-

tivos tan frívolos y tan vanos, todavía no hayamos aprendido á no dejarnos engañar?

PUNTO SEGUNDO.

Considera hasta dónde llega la ceguedad y la imbecilidad del entendimiento de los hombres. Si el amor de los deleites, el de las honras y el de las riquezas tiene tanto poder sobre nuestro corazon, ¿á qué fin ir á buscar esos bienes en otra parte que en su verdadera fuente? ¿dónde se gustan, ni dónde se pueden gustar deleites mas puros ni mas dulces que en el servicio de Dios? La alegría y la tranquilidad son la legítima de las almas justas: la virtud por si sola es la mayor riqueza, es un tesoro por el cual se debieran dar todos los caducos bienes de este miserable mundo. La vìrtud por sí sola hace al hombre respetable: ¿qué bienes hay mas preciosos ni mas sólidos que aquellos cuyo principio es el mismo Dios? ¿Qué gloria mas digna de nuestra ambicion que la de servir al dueño soberano de todas las cosas, al árbitro de nuestra eterna suerte? ¡O ceguedad! ¡ó locura de los hombres! ¡dejarse deslumbrar, dejarse engañar por la lisonjera idea de una quimérica, de una imaginaria felicidad, que todos los mundanos se prometen, y hasta ahora ninguno ha podido encontrar! ¿Dónde está la razon, dónde está el seso del que se persuade que puede ser feliz, entregándose como presa de sus pasiones, condenando las máximas de Jesucristo, fabricándose una especie de religion acomodada al gusto de sus sentidos y por la regla de sus propias ideas, viviendo sin fe, sin devocion, sin piedad, y condenándose miserablemente? Gustos, alegrías, diversiones, abundancia, felicidad, todos son nombres especiosos que usa el vocabulario del mundo para alucinar á sus adoradores; pero

en conclusion, nombres llenos de aire, y de nada mas, incapaces de engañar, de deslumbrar á un hombre de juicio y de razon. Conózcolo, Señor; pálpolo, Dios mio: dadme gracia para que cada dia me convenza de ello mas y mas.

JACULATORIAS.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas. Eccles.

Confieso, Señor, que todo cuanto hay en este mundo es vanidad de vanidades.

Filii hominum... ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mendacium? Salm. 4.

Hijos de los hombres, ¿para qué os dejais deslumbrar de la vanidad y engañar de unas mentiras tan palpables?

PROPOSITOS.

1. ¿Se cree por ventura que Jesucristo es nuestro Dios y nuestro maestro? ¿se cree que no hay otro camino para el cielo, que el que el mismo nos mostró? ¿se cree que ninguno es admitido en la gloria, sino los que son de su partido? Pero si se creen estas verdades, ¿cómo es posible que se ponga en deliberacion el partido que se debe tomar entre Dios y el mundo? ¿cómo es posible que este tenga tanto partido, y que este partido insulte al reducido numero de los fieles verdaderos? ¿A qué fin tantas condescendencias, tantos rodeos, tantas dudas, tantas consultas sobre el Señor á quien se ha de servir? *Si Baal te crió,* dice el Profeta, *si es el Dios á quien adoras, síguele, y no sirvas á otro dueño; pero si el Señor es tu Dios, declárate por él descubiertamente.* ¿Qué hay que consultar, ni qué deliberar en seguirle? Reflexiona con madurez estas importantes verdades. Declárate por Dios á cara

descubierta; y sea tu respeto, tu modestia, tu compostura, tu devocion en el templo; sean en todas ocasiones tus palabras, tus máximas, tus dictámenes y toda tu conducta, una prueba pública y notoria de que eres de los discípulos de Cristo, y no de los esclavos del mundo.

2. Considera los bienes de este mundo como si fueras un mero depositario, un mero administrador de ellos con obligacion de dejárselos á tus herederos: cuida de ellos, adminístralos bien; pero no pegues á ellos tu corazon. A las honras que el mundo hace, considéralas como obsequio que se tributa á la dignidad y no á la persona. Por lo que toca á los deleites, pocos hay que no estén llenos de veneno: huye de ellos con el mayor cuidado, y admite únicamente aquellos de que nunca te debas arrepentir.

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, CONFESOR.

San Pedro de Alcántara, tan célebre en toda la Iglesia por el sublime don de oracion á que el Señor le elevó, y por el rigor de sus asombrosas penitencias, de que nos dejó tan admirables ejemplos, nació el año de 1499 en la villa de Alcántara, pueble poco numeroso de la provincia de Extremadura en España, que comunicó su nombre á nuestro santo, sirviéndole de apellido. Fué su padre don Alfonso Garavito, hábil jurisconsulto y corregidor de la misma villa; su madre, doña María Villela de Sanabria: los dos de muy antigua y calificada nobleza; y uno y otro de una virtud tan sólida como ejemplar. Consi-

derando ambos como una de las mas esenciales obligaciones de los padres la cristiana educacion de sus hijos, se dedicaron á criar á Pedro en el temor santo de Dios, con tanto mayor gusto y con tanto mayor consuelo, cuanto desde luego descubrieron en el niño una bellísima índole y unas inclinaciones, por decirlo así, naturalmente cristianas. Anticipóse á la razon la devocion, previniéndole la gracia tan extraordinariamente, que se halló dotado del don de oracion aun antes de tener edad para saber hacerla. Ora estuviese en la iglesia, ora en casa, siempre se le veia orando, siendo la oracion el único entretenimiento de su niñez; presagio cierto de la eminente santidad á que arribó con el tiempo.

Son los estudios ordinario escollo de la juventud; pero la virtud de Pedro de Alcántara se perfeccionó en ellos, resplandeciendo mas el candor de su inocencia. Ibase haciendo mas santo al paso que se iba haciendo mas sabio en las letras humanas y en la filosofía. Enviáronle á Salamanca á estudiar el derecho canónico; y allí entabló una vida tan arreglada, distribuyendo las horas en la iglesia, en las escuelas, en el hospital y en su estudio, que los maestros de la universidad le proponian á los demás profesores por modelo de virtud, de aplicacion y de aprovechamiento. Vuelto á Alcántara, hizo cuanto pudo el enemigo de la salvacion para manchar su inocencia y para derribar su virtud. Hallándose en una edad donde todo es tentacion; jóven, bien dispuesto, lleno de vivacidad y de fuego, conoció el peligro, descubrió al enemigo y tomó las armas contra él, recurriendo á la oracion, á la frecuencia de sacramentos, á la devocion de la santísima Vírgen, á la fuga de las ocasiones; pero singularmente al ejercicio de la mas rigurosa penitencia. Cesó la tentacion de la carne; pero entró á relevarla la de la ambicion. Todo concurria á

lisonjear sus esperanzas con la gran fortuna que se podia prometer, ya en la profesion de las letras, ya en el ejercicio de los primeros cargos; pero hízole Dios la merced de que descubriese el artificio del enemigo, y de que le venciese, porque, conociendo que el mundo estaba lleno de escollos, determinó refugiarse al asilo de la religion. Escogió la del seráfico padre san Francisco, y tomó el hábito en el convento de Manjarrez, sito en una áspera montaña. Quiso el Señor autorizar la resolucion del santo jóven con un insigne milagro; porque, no encontrando barca para pasar el rio Tera, se halló de repente á la otra orilla por ministerio de un ángel.

Tenia solo diez y seis años cuando entró en el noviciado, y en menos de seis meses mereció que le propusiesen á los demás como verdadero modelo de la perfeccion religiosa. Sobre todo, asombró su mortificacion á los profesos mas antiguos. Comia poquísimo, y apenas dormia nada; ninguna dificultad encontraba en las mas rigurosas penitencias. Era muy ingenioso el amor que tenia á las humillaciones, inventando cada dia nuevos modos, nuevas industrias para ser menospreciado, y siendo este el mayor objeto de sus ansias. Hallaba sus mayores delicias en la mas estrecha pobreza, no pareciendo posible desasimiento mas absoluto de todo. Unido continuamente á su Dios, ninguna cosa era capaz de distraerle; siendo sucesivamente sacristan, portero, refitolero y despensero, cumplia exactamente con todos estos oficios, y añadia de supererogacion los mas bajos, los mas humildes y los mas repugnantes de la comunidad, superando su fervor á todos ellos.

El pacto que habia hecho con sus ojos, no se limitaba precisamente á las personas de otro sexo; se puede decir que sé extendia á cualquiera objeto que no fuese absolutamente indispensable. Toda la vida

anduvo con los ojos bajos; de manera que nunca supo si el coro y el dormitorio eran de bóvedas, ni de qué materia era el techo de su celda. A los religiosos del convento solamente los conocia por la voz, y á fuerza de mortificar sus sentidos habia perdido el uso de ellos.

Pocos meses despues de su profesion le envió la obediencia á un convento muy solitario, y allí fabricó una celda, que lo era solo en el nombre; pero parecia sepultura en la realidad. En ella dió principio á aquel ejercicio de penitencia, que verdaderamente horroriza, y apenas se haria creible si no le autorizara el testimonio de la bula de su canonizacion. Su ayuno era continuo : comia una sola vez de tercer en tercer dia, y algunas se pasaban ocho dias enteros sin tomar alimento. Dos veces al dia despedazaba cruelmente su cuerpo con unas disciplinas de hierro : traia continuamente á raiz de las carnes un cilicio de alambre en figura de rallo, cuyas agudas puntas por la parte de adentro no solo le penetraban la piel, sino que le renovaban sin cesar las llagas que le habia hecho la disciplina. Aunque su comida se reducia á unas pobres legumbres sin condimento, y lo mas ordinario á un zoquete de pan duro, le bastaba sentir algun gusto en lo que comia para desazonarlo al instante, mezclándolo con ceniza. Pero lo que mas le costó, como él mismo lo confesó despues á santa Teresa, fué vencer el sueño. Esta era la pension de la vida que se le hacia mas insoportable; porque decia que solo el sueño nos priva de la presencia de Dios, lo que no hacia ni aun la misma muerte. Dormia no mas que hora y media, y por espacio de cuarenta años lo hacia ó de rodillas, ó medio en pié, arrimando la cabeza á la pared. Lo restante de la noche lo pasaba en oracion, añadiendo siempre á ella alguna nueva penitencia. Era su celda tan baja, tan estrecha

y tan corta, que no podia estar en ella derecho, ni tendido á lo largo. Gustábale mucho la mortificacion, ocasionada por las incomodidades que trae consigo la variedad de los tiempos y de las estaciones del año. Es siempre muy rígido el invierno en aquella sierra donde estaba el convento, y en lo mas riguroso de él dejaba abierta la ventana de la celda. Andaba de continuo con los piés descalzos, y siempre con la cabeza descubierta, por respeto, como decia el mismo santo, á la presencia de Dios que está en todas partes. Bien se puede asegurar que ninguno le excedió en la mortificacion, y así parecia un esqueleto animado. Es verdad que le desquitaban ventajosamente de la continua violencia que se hacia los celestiales consuelos con que sin cesar inundaba el Señor á su purísima alma. Pocos santos se han visto que hubiesen sido elevados á mas sublime don de oracion. Era esta un éxtasis casi continuo, comunicándosele Dios en ella extraordinariamente, y dándole á gustar con anticipacion las delicias de la gloria.

No era razon que estuviese debajo del celemin tan sobresaliente virtud; por lo que á los veinte años de su edad, y antes de poder recibir los sagrados órdenes, le hicieron los superiores guardian de Badajoz. No fué esta la menor mortificacion para un hombre tan humilde. Como era el mas mozo de todos sus súbditos, le pareció que solo le habian hecho superior para servirlos á todos; lo que fácilmente se conoció por lo que se le vió hacer durante su guardianía, de cuya autoridad solo se valió para reservarse á sí todos los oficios mas bajos, mas humildes y mas trabajosos del convento. Luego que entró en los veinte y cuatro años, le mandaron los prelados que se dispusiese á recibir los sagrados órdenes. Hasta allí habia sido ángel en la pureza de sus costumbres y en todo el tenor de su vida; pero en el altar fué un abrasado

serafin. Mostrábalo en él, saliéndole al semblante aquel divino fuego en que ardia su corazon; y las copiosas lágrimas con que regaba el altar, eran buen indicio de las llamas en que le abrasaba su amor. Un año despues le hicieron guardian del convento de Nuestra Señora de los Angeles; en cuyo empleo no halló otro atractivo que la situacion del convento, la mas fria de toda España; ofreciéndole los hielos, las nieves y las ventiscas muchas penitentes industrias para saciar el hambre que tenia de padecer.

Por el zelo de la salvacion de las almas, inseparable de la verdadera caridad, aceptó el ministerio de le predicacion. Ningun predicador hizo mas fruto. Sobre el talento natural y un fondo de sabiduría, enriquecido con aquellas superiores luces que eran fruto de su íntima comunicacion con Dios, y nunca lo pueden ser del estudio, bastaba sola su vista para ablandar los corazones mas endurecidos. Convertia solo con dejarse ver; por eso, se veian muchas veces los mas insignes pecadores interrumpirle sus sermones con lágrimas y dolorosos gemidos. En medio de su empleo de superior, corrió muchos obispados, haciendo en todas partes inmenso fruto, y renovando en todas el espíritu de penitencia.

No obstante, siempre le tiraba la inclinacion al retiro, que era, digámoslo así, la pasion dominante de nuestro santo; y en virtud de ella suplicó á los superiores le destinasen á algun convento separado de toda comunicacion con los seglares. Por darle gusto, le hicieron guardian de San Onofre de la Lapa, situado en un horroroso desierto, y allí fué donde compuso el tratado *de la oracion y de la contemplacion*, tan universalmente estimado, y que mereció tantos elogios de santa Teresa, de fray Luis de Granada, de san Francisco de Sales, y sobre todo del papa Gregorio XV, habiéndole compuesto por complacer á

un amigo suyo que le rogó le diese por escrito las reglas para tener bien oracion, lo que tantas veces le habia explicado verbalmente. Apenas salió de sus manos aquella obra, cuando se extendió por toda España, y se vió andar en las le todos con tanta reputacion de nuestro santo, que los pueblos clamaban a porfía por él, ansiosos de oir de su boca las verdades de la salvacion. Particularmente el rey de Portugal don Juan el III hizo tantas instancias con los superiores para ver en su corte á aquel gran siervo de Dios, que, á pesar de todas las razones que alegó, se vió precisado á emprender aquel viaje. Hizole a pié y descalzo como acostumbraba, y no es facil explicar el mucho bien que hizo en aquella corte. Viéronse en ella algunos de los mas grandes señores renunciar el mundo, y buscar en las mas austeras religiones camino seguro y compendioso para su salvacion. La infanta doña María, hermana del rey, no contenta con desterrar de su persona y de su cuarto todo lo que olia á espíritu de mundo, galas magníficas, muebles suntuosos y profanas diversiones, se consagró totalmente á Dios con los tres votos de religion por consejo de nuestro santo. El infante don Luis, hermano de la misma princesa, fundo el convento de Salvatierra, y se encerró en él, pasando el resto de sus dias en todos los ejercicios religiosos con tan fervorosa devocion, que fué el ejemplo de todo el reino. Hízose cuanto se pudo para detenerle en Portugal, pero teníale destinado la divina Providencia para la reforma de su órden. Despues de haber sosegado con su presencia y con sus prudentes oficios las turbaciones que se suscitaron en Alcántara, le llegó el aviso de que su provincia le habia nombrado provincial. En vano pretendió excusarse alegando que no tenia cuarenta años; ninguno le tuvo por demasiadamente mozo para el empleo. Obligáronle á aceptar el empleo, el que des-

empeñó con tanto acierto como pudiera el hombre mas experimentado. Valióse de esta nueva autoridad para introducir en su provincia ciertas reglas que solo el concepto de su virtud pudo lograr que fuesen aceptadas y recibidas; pero su grande obra era la reforma de la órden que habia tiempo andaba meditando.

Emprendióla movido del ardiente deseo que muy de antemano le habia inspirado el Señor de ver resucitado en su primer vigor el primitivo espíritu de la regla de san Francisco. No ignoraba que era asunto mas arduo reformar una religion, que fundarla; pero atropelló por todas las dificultades, persuadido de que era Dios el autor de aquel intento. Habiéndosele agregado algunos religiosos de los mas virtuosos y ejemplares, fué á echar los primeros cimientos de la provincia reformada de la Arravida en Portugal, cerca de la embocadura del Tajo. Es la Arravida una fragosa y continuada sierra, y esto era justamente lo que buscaba nuestro Pedro. Ayudado con las limosnas y con la autoridad del duque de Aveyro, levantó en ella un convento, cuyas celdas, por la mayor parte, se fabricaron en las cavernas de los peñascos; y este fué el principio de aquella célebre reforma que, resucitando el espíritu de mortificacion y de extrema pobreza que profesó el seráfico padre san Francisco, da á la Iglesia una nueva familia de ángeles mortales, cuyo espíritu de soledad, de devocion, de penitencia y de todo lo mas perfecto que enseña la religion, es aun el dia de hoy objeto de admiracion y de veneracion á todos los fieles. El año de 1554 tuvo principio esta reforma, para cuyas alabanzas no encontraba expresiones correspondientes la seráfica madre santa Teresa, y cuyas reglas confirmó por breve expreso y particular el papa Julio III. El obispo de Coria cedió á nuestro santo una ermita dentro de su obispado, en la cual estuvo algun tiempo con un solo

compañero, esparcidos los demás por varias partes violencia de la tempestad que suscitó el infierno contra aquella grande obra. Desde allí emprendió Pedro el viaje de Roma, haciéndole todo á pié, descalzo y con la cabeza descubierta, como acostumbraba. Obtuvo segundo breve del papa, y letras patentes de su general para fundar nuevos conventos segun la estrecha reforma. Volvió á España, y fundó uno en el Pedroso, tan reducido y tan estrecho, que mas parecia fábrica de sepulturas que de celdas. La que escogió para sí como prelado, era de las mismas dimensiones que las de otras partes, tan baja, tan angosta y tan corta, que no podia estar en ella sino de rodillas, encorvado, ó en otra molesta postura.

Creciendo cada dia la reputacion de nuestro santo, apenas hubo en aquel tiempo persona de virtud sobresaliente que no solicitase su correspondencia, ó por lo menos tener parte en sus oraciones. Santa Teresa le consultaba en lo que se le ofrecia. San Francisco de Borja estrechó una fina amistad con aquel gran siervo de Dios, y en toda España resonaba con admiracion el nombre de fray Pedro de Alcántara. Cuando el emperador Carlos V estaba meditando su retiro al monasterio de Yuste, resolvió tomarle por su confesor; pero el santo se excusó con tan buenas razones, que el emperador se rindió á ellas. Mas eficaz fué su general. Nombróle comisario general de España para la reforma, cuyo empleo desempeñó con tanta felicidad, que tuvo el consuelo de recibir dos breves del papa Paulo IV, confirmando su instituto, y el de ver en menos de seis años fundados nueve conventos.

Habia tiempo que san Pedro de Alcántara vivia, digámoslo así, de milagro. Extenuado al rigor de sus excesivas penitencias, consumido con sus grandes trabajos, y exhausto á fuerza de tan penosos ejercicios,

cayó gravemente enfermo; y sabiendo bien que se acercaba su última hora, se hizo llevar al convento de Arenas. Recibió luego los sacramentos, y poco tiempo despues entró en un dulcísimo éxtasis. Aparecióseie la santísima Vírgen, acompañada de san Juan evangelista, y le aseguró su eterna bienaventuranza; y pronunciando entonces él mismo aquellas palabras del salmo 121 : *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus :* me he llenado de alegría sabiendo que he de ir á la casa del Señor, le entregó dulcemente su alma el dia 18 de octubre del año de 1562, á los sesenta y tres de su edad y cuarenta y siete de su vida religiosa.

Desde el mismo punto en que murió, manifestó Dios la gloria de su siervo con muchos milagros. Luego que espiró, se apareció á santa Teresa rodeado de resplandor, y le dijo estas bellas palabras : *¡ O dichosa, ó dulce penitencia que me ha merecido tanta gloria!* Fué enterrado su santo cuerpo en la iglesia de Arenas, donde continuamente está Dios haciendo glorioso su sepulcro por los milagros que obra cada dia. El papa Gregorio XV le beatificó solemnemente el año de 1622, y el de 1669 le canonizó Clemente IX, fijando su fiesta al dia 19 de octubre.

Siendo tan glorioso para nuestro santo lo que escribe de él santa Teresa en el capítulo 27 de su vida, no es razon que se omita en este breve compendio.

« ¡ Y qué bueno nos le llevó Dios ahora, dice la santa, en el bendito fray Pedro de Alcántara ! No está ya el mundo para sufrir tanta perfeccion : dicen que están las saludes mas flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre de este tiempo era, estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos... Paréceme fueron cuarenta años los que me dijo habia dormido solo hora y media entre noche y dia, y que este era el mayor trabajo de penitencia que habia tenido

en los principios el vencer el sueño, y para esto estaba siempre de rodillas ó en pié. Lo que dormia era sentado, la cabeza arrimada á un maderillo que tenia hincado en la pared... En todos estos años jamás se puso la capilla por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los piés, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y un mantillo de lo mismo encima. Decíame que en los grandes frios se le quitaba, y dejaba abierta la puerta y ventanilla de la celda, para que con ponerse despues el manto, y cerrar la puerta, contentase al cuerpo para que sosegase con mas abrigo. Comer á tercero dia era muy ordinario... Un su compañero me dijo que le acaecia estar ocho dias sin comer. Debia estar amando en oracion, porque tenia grandes arrobamientos, é ímpetus de amor de Dios, de que una vez fuí yo testigo. Su pobreza era tan extrema y tanta la mortificacion en la mocedad, que me dijo le habia acaecido estar tres años en una casa de su órden, y no conocer fraile sino era por la habla, porque no alzaba los ojos jamás. A mujeres jamás miraba... Era muy viejo cuando le vine á conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecia sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad, era muy afable, aunque de pocas palabras, sino era con preguntarle; en estas era muy sabroso, porque tenia muy lindo entendimiento. Fué su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes... Despues ha sido el Señor servido que yo tenga mas consuelo en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Héle visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera vez que me apareció: ¡Qué bienaventurada penitencia que tanto premio habia merecido! »

Esto es lo que escribe santa Teresa de este gran santo.

NOTA DEL TRADUCTOR.

» Las palabras del original francés pasan como si fuesen las formales de la santa; pero el que las cotejare con las referidas, que son las mismas de la seráfica madre, reconocerá que la version francesa no fué la mas exacta. Por esta razon, me aparté de ella, y copié el texto de su lengua original. Tambien hay en el francés la equivocacion de citar el capítulo 17 por el 27 en la vida de la santa. »

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Arenas en España, san Pedro de Alcántara, confesor, del órden de los frailes menores, el cual, por su admirable penitencia y muchos milagros, ha sido puesto en el número de los santos por Clemente IX.

En Roma, la fiesta de san Tolomeo y de san Lucio, mártires bajo Marco Antonino. San Justino, mártir, refiere que, habiendo el primero convertido á la fe de Jesucristo una mujer licenciosa, persuadiéndola á guardar castidad, fué acusado ante el prefecto Urbicio por un impúdico, y padeció durante largo tiempo los horrores de una cárcel, y al fin como confesase públicamente la autoridad de Jesucristo, fué condenado á ser ajusticiado. Lucio, desaprobando la sentencia de Urbicio, y confesándose abiertamente cristiano, se vió condenado á la misma pena. Agregóseles un compañero, y tambien lo fué del mismo martirio.

En Antioquía, san Beránico, santa Pelagia, vírgen, y otros cuarenta y nueve mártires.

En Egipto, san Varo, soldado, que, bajo el emperador Maximino, visitando siete bienaventurados monjes encarcelados, y dándoles víveres, quiso reem-

plazar uno de ellos que habia muerto; y habiendó padecido con ellos muy crueles tormentos, consiguio la palma del martirio.

En Evreux, san Aquilino, obispo y confesor.

En tierra de Orleans, la muerte de san Veron, obispo.

En Salerno, san Eustero, obispo.

En Irlanda, san Ethbin, abad.

En Oxford en Inglaterra, santa Frewisa, vírgen.

En Senlis, san Levange, obispo, uno de los padres del primer concilio de Orleans, venerado en Chalons del Saona, con el nombre de san Levans.

En Soissons, san Lupo, obispo, sobrino de san Remy.

En Saint-Gal en Brene, en la diócesis de Bourges, san Didier, abad, discípulo de san Siran.

En Velai, san Chafre, abad, martirizado por los sarrazenos.

En el mismo dia, san Aquilon, confesor, venerado en otro tiempo en Ginebra.

En Bethlapat, en el país de Bethuze en Persia, el martirio de san Sadoth, obispo, degollado bajo Sapor.

En Belen en Palestina, san Eusebio de Cremona, confesor, á quien san Jerónimo dedicó sus comentarios sobre Jeremías y san Mateo.

En Inglaterra, san Esneu, venerado en otro tiempo en York, bajo el título de obispo y mártir.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Petrum confessorem tuum, admirabilis pœnitentiæ, et altissimæ contemplationis munere illustrare dignatus es: da nobis, quæsumus,

O Dios, que te dignaste ilustrar al bienaventurado Pedro tu confesor con el don de una altísima contemplacion, y con el de una admirable penitencia;

ut ejus suffragantibus meritis, carne mortificati, faciliùs cœlestia capiamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

suplicámoste nos concedas por su intercesion y por sus merecimientos, que mortifiquemos nuestros sentidos, para comprender mas fácilmente las cosas celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3 *de san Pablo á los Filipenses.*

Fratres: Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verùmtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam, quæ ex fide est Christi Jesu: quæ ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus: si quo modo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis. Non quòd jam acceperim, aut jam perfectus sim: sequor autem, si quo modo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien, juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiercol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él; no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe; para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte; á fin de llegar, de cualquier modo que sea, á la resurreccion de los muertos. No porque lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

NOTA.

« Era Filipos la capital de la parte marítima de Macedonia; y habiendo convertido san Pablo á los pueblos de su jurisdiccion, permanecieron tan constantes en la fe, y tan agradecidos al santo apóstol por lo que habia hecho en beneficio de su salvacion, que le enviaron considerables socorros para mantenerse, primero á Tesalónica, y despues á Roma por mano de Epafrodito, de manera que esta epístola en rigor fué una carta de gracias. »

REFLEXIONES.

Por amor de Jesucristo reputé por perjudicial lo que parecia ventajoso para mí. ¡Qué poco usado es el dia de hoy este lenguaje! ¡qué pocos hablan así! Sin embargo, este fué el testimonio que los discípulos del Salvador del mundo le pudieron dar de su fidelidad. ¿Somos nosotros discípulos de Jesucristo? ¿reconocerános por tales este divino Maestro? ¿vestimos su librea? ¿Y no tendrá el mundo algun derecho para reclamarnos por suyos? ¿cuáles son nuestras máximas sobre el menosprecio de las honras, sobre la inutilidad de los pasatiempos, sobre la inconstancia de los bienes criados, sobre el vencimiento de las pasiones, sobre la verdad, sobre la importancia de la doctrina del Evangelio? Renunciamos en el bautismo, por boca de nuestro padrino, las pompas y vanidades del mundo: ¿hemos ratificado despues esta solemne y sagrada renuncia que se hizo entonces en nuestro nombre? ¿ó no es verdad que nuestra conducta desmiente á nuestra fe? ¿acreditan nuestras costumbres aquello mismo que creemos? ¿honran mucho nuestra religion? ¿somos cristianos? Jesucristo es nuestro Dios, nuestro

legislador, nuestra cabeza, nuestro maestro, nuestra guia; pues ¿en qué consistirá que sean menester tantas reflexiones para determinarnos á creerle, á obedecerle, á imitarle y á seguirle? ¿En qué consistirá que siempre le sigamos con violencia, ó á lo menos con flojedad y con disgusto? ¿es posible que unas reflexiones tan convincentes no nos hagan fuerza, que no nos aterren? Pero y bien ; ¿de quién somos discípulos? ¡Mi Dios! ¿qué tendríamos que responder, qué pensaríamos si en este mismo punto fuéramos llamados á daros cuenta de nuestra conducta, á daros razon de los dias que os habíamos seguido? No, no nos costaria tanto dolor si la hubiéramos de dar de los dias que sacrificamos al mundo y á sus falsos pasatiempos. Si el juicio se hubiera de arreglar por nuestro modo de discurrir, ¿á cuál de los dos se diria que habíamos escogido por amo y por maestro? ¡Cosa extraña! No hay cosa mas sabia ni mas santa que la doctrina de Jesucristo : su escuela es la escuela de la salvacion, y todos nos gloriamos de haber sido educados en ella. ¡Pero buen Dios! ¿qué progresos hemos hecho en esta escuela? ¿y qué progresos no hemos hecho en la del mundo, sin embargo de ser tan pernicioso todo cuanto esta enseña, y que algun dia ha de ser materia desesperada de un eterno, pero inútil arrepentimiento? Es preciso confesar que nuestra conducta es un caos, es verdaderamente un espantoso misterio

El evangelio es del capítulo 12 *de san Lúcas.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos

sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quò fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

DE LA SUAVIDAD DEL YUGO DE JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que solo por amar á Jesucristo se hará fácil y suave todo lo que en su servicio se representa duro y muy dificultoso. A esto se redujo todo el secreto de los santos. Este amor les hizo tan fáciles, no solamente los preceptos, sino tambien los consejos, experimentando grandes consuelos en el penoso ejercicio de la mas rigurosa penitencia. Buen ejemplo nos dejó de esto el admirable san Pedro de Alcántara. Hace Dios muy amable su yugo endulzándole con el jugo interior de la justicia y de la caridad. Derrama sus castas delicias en la práctica de las virtudes; pone tedio y amargura en los falsos gustos de los sentidos; sostiene al hombre contra el hombre mismo; arráncale, por decirlo así, de su propia corrupcion, y le hace fuerte á pesar de su natural flaqueza. ¡Mi Dios! ¿qué es lo que tememos? Dejemos obrar á Dios; entreguémonos á él. Bien puede ser que padezcamos; pero padeceremos con alegría, padeceremos con paz, padeceremos con consuelo. Combatiremos, es verdad, pero conseguiremos la victoria, pero triunfaremos; y despues de haber combatido, el mismo Dios nos pondrá con su propia mano la corona. Llorarás; pero será dulces tus lágrimas, y el mismo Dios acu-

dirá á enjugártelas. Entrarás en una especie de libertad verdaderamente nueva y desconocida del mundo. ¡Ah, y qué desdicha! Negámonos á Dios, que solo nos pretende para salvarnos; y entregámonos al mundo, que solo nos solicita para tiranizarnos y para perdernos. ¡Oh mi Dios, libráme de esta funesta esclavitud! Solo sirviéndoos á vos, podré ser libre; sola vuestra bondad, solo vuestro puro amor me podrá poner en libertad. Ninguno es verdaderamente libre sino el que se dedica á vuestro servicio; serviros á vos es reinar.

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuánta es la ceguedad de aquellos que temen empeñarse demasiado en el amor de Dios. Engolfémonos en él: cuanto mas se le ama, mas ansiosamente se apetece todo lo que quisiere que hagamos. Este amor es el que nos consuela en nuestras desgracias, el que endulza nuestros trabajos, el que nos hace encontrar en ellos una especie de sabrosa suavidad que no puede comprender el que nunca la gustó. Este amor es el que desprende nuestro corazon de todo amor peligroso, el que nos preserva de mil pasiones, el que nos hace descubrir cierta misericordia benéfica en medio de los males que padecemos, el que en la hora de la muerte nos pone á la vista una gloria, una felicidad eterna. Este amor es, en fin, el que convierte en bienes todos nuestros males. Pues ¿cómo podemos temer empeñarnos en él demasiadamente? ¿acaso tememos ser demasiadamente felices, librarnos demasiadamente de nosotros mismos? Pues ¿en qué nos detenemos para arrojarnos con plena confianza en los brazos del Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo? Él nos amará, y nosotros le amaremos. Creciendo cada dia su amor, él solo nos valdrá por todo lo demás. Él lle-

nará nuestro corazon, y solo nos hará menospreciar á este mundo, digno ya de nuestro desprecio desde que le miramos con ojos verdaderamente cristianos; de nada nos privará sino de aquello que nos hace desgraciados; nada nos obligará á hacer sino aquello mismo que hacemos todos los dias. Aquellas mismas acciones mas ordinarias y mas racionales que hacemos mal, porque no las hacemos por él, hará que lás hagamos bien, haciéndolas por obedecerle; hasta las menores obras de una vida sencilla y comun todas se convertirán en meritorias; todas se convertirán en paz, en consuelo, en obras dignas de premio : veremos venir la muerte con una segura tranquilidad, porque será para nosotros principio de la vida eterna; y en lugar de despojarnos de todo, de todo nos vestirá, como dice san Pablo. ¡O qué amable es la religion! ¡oh, y qué ignorantes somos nosotros en hacernos voluntariamente miserables, no amando una religion tan amable!

Estoy resuelto, Señor; ya no quiero amar otra cosa que á vos. Amaros á vos con ternura, es amarme verdaderamente á mí. ¡O qué dulce, ó qué santo, ó qué justo amor! Vuestro amor, Dios mio, convierte la mansion de esta miserable vida en una como copia abreviada de la feliz estancia de los bienaventurados. Dadme este vuestro amor por vuestro divino amor. Así os lo suplico.

JACULATORIAS.

Quis me separabit à charitate Christi? Rom. 8.

¿Quién me podrá jamás apartar del amor de mi Señor Jesucristo?

Certus sum enim quia neque mors, neque vita... neque instantia, neque futura... neque creatura alia poterit me separare à charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro. Rom. 8.

Seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, ni otra alguna criatura, me podrá nunca apartar del amor de Dios, fundado en nuestro Señor Jesucristo.

PROPOSITOS.

1. De ninguna cosa se forma en el mundo ideas mas desacertadas que de la virtud. Represéntase como un país sembrado todo de espinas y de cambrones; se figuran monstruos los mas despreciables tropiezos; todos los retratos que se hacen de ella aterran y retraen; parece que todos se complacen en pintarla llena de fealdad y de horror. A solo el nombre, á solo el pensamiento de vida cristiana y de devocion se alborotan todas las pasiones, y se ponen en arma los sentidos. Destierra desde hoy todas esas falsas preocupaciones, tan injuriosas al Dios á quien servimos, tan contrarias á la religion que profesamos, y tan opuestas al Evangelio que creemos. Cuando se te ofrezcan á la imaginacion esos quiméricos fantasmones; cuando tu amor propio te abultare esas imaginarias dificultades, oye la voz de Jesucristo, que dice : *Mi yugo es suave, y mi carga es lijera,* y pregúntate á tí mismo : mi amor propio me dice que este yugo es pesado y amargo? ¿cuál de los dos se engañará? Todos los santos, todos los que le han llevado nos aseguran que es muy dulce. ¿Se habrán conjurado todos los santos para engañarnos á los demás? Luego la única que se engaña es mi imaginacion, es mi amor propio.

2. Acuérdate de aquellos dias de devocion, de observancia y de fervor en que á tí mismo te parecia tan llevadero, tan fácil y tan suave el servicio de Dios; de aquellos dias en que, cautivado de aquella paz del corazon que gozabas, de aquella dulce confianza que te

lo allanaba, solo pensabas en añadir á este yugo nuevas penitencias, nuevas mortificaciones. De aquí inferirás que, si hoy se te hace cuesta arriba, nace precisamente de tu tibieza y de tu desórden. Vuelve á tu antiguo fervor, y gustarás la misma dulzura, experimentando la misma confianza. No has de hacer juicio de lo que pesan las cruces, sino en aquel tiempo en que las llevabas con aliento y con fervor.

DIA VEINTE.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

En todos tiempos hizo la Iglesia oraciones por aquellos hijos suyos que morian en su gremio y comunion. Estas oraciones eran alabanzas á Dios, eran acciones de gracias cuando se hacian en memoria de aquellos santos patriarcas, de aquellos hombres ilustres por su religion y por su virtud, de aquellos mártires, que con su vida y con su preciosa muerte habian dado glorioso testimonio de la fe de Jesucristo; pero eran rogativas y sufragios por los otros que tenian necesidad de ellos. Esto sabemos por una de las mas antiguas tradiciones eclesiásticas, de que da testimonio Tertuliano, que en su libro *de corona martyrum* hace mencion de dos suertes de conmemoraciones. Dice que todos los años se celebra el divino sacrificio, y se hacen ofrendas en el dia del nacimiento, es decir, en el dia que los santos triunfaron de la muerte, que es el de su glorioso nacimiento al cielo, expresion que ha conservado siempre la Iglesia: *Natalitia colimus*; y añade que todos los años celebrará la Iglesia un aniversario por todos los

fieles difuntos, lo que hoy se observa en ella. La conmemoracion de los primeros es como un parabien por su dicha; la de los segundos es un sufragio inspirado por la caridad y la compasion en vista de sus penas. De estos sufragios solo están excluidos los excomulgados, ya sea los que en vida fueron miembros separados del cuerpo de los fieles, ya sea los que, habiendo incurrido cuando vivos en la desgracia de la Iglesia, declaró esta, despues de muertos, que habian perdido el derecho á la comunion de los fieles y de los santos. De esta especie de excomunion póstuma nos refiere san Cipriano un ejemplo en la persona de un secular llamado Victor, por haber nombrado en la hora de la muerte á un eclesiástico por tutor de sus hijos; y lo mismo hizo san Gregorio con un monje que, despues de muerto, se averiguó haber sido propietario en vida.

No hay cosa mas autorizada ni mas sólidamente establecida que la religiosa práctica de hacer oracion por los difuntos para que Dios les perdone en la otra vida las deudas en que los alcanzó la divina justicia cuando salieron de esta. Judas envió doce mil dracmas, que corresponden á diez y ocho mil y cuatrocientos reales de nuestra moneda, á Jerusalen para que se ofreciese un sacrificio por los difuntos: esta práctica estaba ya muy introducida entre los judíos, autorizándola los profetas y los varones mas santos de la ley. Lo mismo hicieron los apóstoles de Cristo. Segun el oráculo del Salvador, hay algunos pecados que no se perdonan en este mundo ni en el otro (*Matth.* 12); luego hay algunos que en el otro se perdonan. Estas son ciertas faltas lijeras, á la verdad, pero que no dejan de manchar las almas justas que mueren sin haber satisfecho por ellas. Hasta el oro, dice san Pablo, tendrá necesidad de ser purificado con el fuego. Con efecto, pocas virtudes se ejercitan

sin alguna mezcla de imperfeccion; pues con mayor razon se hallarán pocas obras, que, aunque sean verdaderamente buenas, esto es, hechas en gracia, no vayan acompañadas de muchos defectos. El fuego de la otra vida, dice el Apóstol (1. *Cor.* 3), consumirá este orin, quemará esta leña, abrasará esta paja, y purificará este oro: *ignis probabit*, para que las almas que mueren en gracia puedan entrar en la mansion de los bienaventurados, donde no se da entrada ni á la mas lijera mancha: *Non intrabit in eam aliquid coinquinatum* (Apocal. 21).

Son pocos los fieles que hayan satisfecho plenamente á la divina Justicia antes de su muerte; y por consiguiente, son pocos los que despues de muertos no tengan necesidad de satisfacer aquellas lijeras faltas con que salieron de este mundo: *Non exies inde, donec reddas novissimum quadrantem* (*Matth.* 5). Es preciso pagar con las penas lo que no se puede satisfacer con los méritos. ¡Pues á qué penas, y por cuánto tiempo serán condenadas aquellas almas que salen de esta vida cargadas de deudas! Si algunos santos, cuyas reliquias hicieron milagros, pasaron por el purgatorio, ¿qué será de aquellos que no son tan santos, ni con mucho? A la verdad, dejó Dios un gran recurso á aquellas afligidas almas en la caridad de los fieles y en las oraciones de la Iglesia. Gran dureza será si estos fieles que están vivos, ligados muchos de ellos con el vínculo de la amistad, del parentesco y del interés con aquellos pobres difuntos, unidos todos con el sagrado nudo de la religion, todos miembros de un mismo cuerpo místico de la Iglesia; gran dureza será, vuelvo á decir, si niegan á aquellos amigos, á aquellos parientes, á aquelos bienhechores, á aquellos hermanos los alivios que tan fácilmente les pueden proporcionar en sus mayores necesidades. Cae un hombre en un preci-

picio, en un rio, en la mar; todos como naturalmente se dan priesa á alargarle la mano, y si alguno que le pudiese socorrer no lo hiciese, justamente le tendrian todos por un hombre inhumano, por un bárbaro. Pues ¿qué seria si el desgraciado á quien negásemos este socorro fuese uno de nuestros mayores amigos, ó un hombre á quien debiésemos particulares obligaciones, de quien hubiésemos recibido señalados beneficios, si fuese nuestro hermano, nuestra hermana, nuestro padre, nuestra madre? Pues esto se hace todos los dias, siempre que se olvida, que no se hace caso, que no se cuida de asistir con nuestras oraciones, con nuestras buenas obras, con nuestras limosnas y con todo género de sufragios á las almas que padecen en el purgatorio.

Si se puede satisfacer por ellas á la divina justicia, es consecuencia legítima que se las podrá socorrer y aliviar en las penas que padecen hasta librarlas de ellas absolutamente. Pues ahora es mucha verdad que nuestras buenas obras son medios instituidos y establecidos por el mismo Dios para esta satisfaccion, y para ejercitar este caritativo oficio con los difuntos; puesto que toda accion hecha en estado de gracia con aquellos motivos y circunstancias que la hacen santa, trae su mérito de la virtud que le comunica la sangre y los merecimientos del Salvador, el cual quiso aplicarlos á ella para condignificarla. Estos son los que le dan virtud para impetrar de la divina misericordia algun favor, ya sea en beneficio nuestro, ya en el de otros, ya para satisfacer por nuestros pecados, ya por los ajenos. Y esta es la satisfaccion que se debe ofrecer por los fieles difuntos, á quienes nos obliga á socorrer la caridad, el reconocimiento y nuestro propio interés. Esta virtud satisfactoria tienen nuestras buenas obras hechas en el estado de gracia, fundándose dicha virtud en la comunion que tiene la Iglesia

militante con la Iglesia paciente del purgatorio, bajo una misma cabeza. Esta Iglesia compone con nosotros un mismo cuerpo, que no solo tiene parte en los bienes de nuestra comun cabeza Jesucristo, sino en los de los otros miembros; y como los del purgatorio no están ya en estado de merecer, ni de satisfacer con buenas obras las deudas que contrajeron en esta vida, de las cuales han de dar cuenta en la otra, no pueden tener parte en este tesoro comun sino por la cesion y por la comunicacion que nosotros les hiciéremos. En una palabra, satisfacen sus deudas á costa de nuestros bienes, porque nosotros se los cedemos y se los traspasamos. Pues ahora, así como nosotros podemos rescatar nuestros pecados con las limosnas, así tambien podremos rescatar con ellas los de nuestros prójimos, los de nuestros parientes, y los de todos aquellos por quienes las aplicáremos. Así como ayunamos y hacemos penitencia para satisfacer por nuestras propias culpas; así como oramos y ofrecemos el sacrificio de la misa para aplacar la divina justicia; de la misma manera podemos orar, ayunar, hacer penitencia y ofrecer el mismo sacrificio para aplacar la divina justicia en favor de los difuntos. Aun hay otra conveniencia entre la satisfaccion ofrecida por nuestras culpas, y la satisfaccion aplicada por las ajenas: esta es que, así como Dios se contenta con poco para perdonarnos mucho cuando en este mundo le queremos satisfacer por nuestros propios pecados, así tambien, cuando le queremos satisfacer por las culpas de los difuntos, una penitencia de pocas horas ó de pocos dias, una corta limosna, una sola misa puede tal vez bastar para que la divina justicia los libre de incomprensibles suplicios, á que justamente los podia tener condenados por largo espacio de tiempo.

Estas lijeras obras de caridad, esta poquita cosa es lo que te piden aquellas santas almas que están pade-

ciendo en aquella triste cárcel del purgatorio Te conjuran por las mas sagradas leyes de la amistad, por los mas estrechos vínculos del parentesco y de la sangre, por los mas fuertes motivos de la caridad cristiana, que las mires con entrañas de compasion, que las socorras en sus miserias, que las alivies en sus tormentos, y que a poca costa tuya satisfagas sus deudas. La misma caridad que te moviere á hacer algo por ellas, las empeñará á ellas en un generoso reconocimiento. Dentro de poco tiempo, te verás tú mismo en la propia necesidad, te hallarás padeciendo las mismas penas, y no creas que aquellas bienaventuradas almas olviden nunca los beneficios que te merecieren. Aunque no las hubieses anticipado la posesion de la eterna bienaventuranza mas que un solo instante, algun dia emplearán en el cielo todo su valimiento con Dios para alivio tuyo, y para librarte del purgatorio; porque nunca entrarán en aquella feliz mansion ni la ingratitud, ni el olvido de los beneficios recibidos. Pero si cerráremos los oidos á los gritos, por decirlo así, de las santas, de las afligidas ánimas del purgatorio; si nos hiciéremos sordos á sus clamores, si no nos moviéremos á compasion á vista de sus tormentos, ó si fuere seca y esteril nuestra compasion; temamos no se diga de nosotros lo que dice el amado discípulo de los que no se compadecen de sus hermanos: *Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo, quomodò charitas Dei manet in eo?* ¿Cómo es posible que tenga amor de Dios el hombre abastecido de los bienes de este mundo, que ve necesitado á su hermano, y no se compadece de él socorriéndole? *Amados hermanos mios,* añade el mismo apóstol, *no se quede nuestro amor en buenas palabras; sea práctico, sea efectivo, acompañándole con buenas obras.* No hay que temer que, por pagar las deudas ajenas, nos falte

para cubrir las nuestras. Tengamos presente que muchas veces este acto de caridad es mas meritorio para nosotros, que todas las penitencias, todas las oraciones y todas las demás obras buenas que hacemos. El apóstol san Pablo llamaba su gozo y su corona á aquellos gentiles que habia sacado de las tinieblas de la idolatría y conquistado para Jesucristo, convirtiéndolos á la fe : *Gaudium meum, et corona mea*. Pues las almas que tú librares de aquellas horrorosas prisiones serán tu gloria, tu corona y tu alegría; eternamente publicarán que fueron conquista tuya; que su gloria fué en parte fruto de tu caridad, de tus limosnas y de tus buenas obras; que fuiste su libertador, pues pagaste y satisfaciste por ellas. Mira qué protectores tan poderosos te granjearás en el cielo con esta caridad.

SANTA IRENE, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Irene, cuya memoria es y ha sido célebre, con especialidad en Portugal, segun se acredita por los monumentos eclesiásticos de aquel reino, nació en un pueblo de él llamado Navancia antiguamente, por el que hoy entienden la villa de Tomar algunos escritores. Sus padres Hermigio y Eugenia, mas distinguidos en el país por su piedad, que por su calificada nobleza, pusieron el mayor esmero en dar á la niña una educacion cristiana; pero como se hallaba dotada de las mas bellas disposiciones de naturaleza y gracia, costóles poco trabajo conseguir el efecto de sus buenos deseos. Prevenida desde la cuna con las mas dulces bendiciones del cielo, en nada encontraba diversion sino en los consuelos espirituales; y

toda su ambicion y todos sus desvelos eran consagrarse al Señor enteramente.

Edificado y admirado un tio suyo, llamado Selio, abad del monasterio de Santa María, sito cerca de Navancia, de la índole admirable, de los raros talentos y de la inclinacion á la virtud que manifestaba su sobrina, resolvió contribuir eficazmente al cultivo de aquella noble planta, que ofrecia desde luego dar con el tiempo frutos abundantísimos en el jardin de la Iglesia. Con esta mira, encargó á Remigio, monje del mismo monasterio, que enseñase á la niña las letras que convenia supiese, interesándose igualmente en fomentar las nobilísimas ideas de perfeccion que descubria Irene. Criábase la niña con Julia y Casta, tias suyas, y con otras ejemplares doncellas, las cuales vivian con grande recogimiento, dedicadas al servicio de Dios con total separacion de los tumultos del siglo.

Brillaba Irene en su retiro, tanto en discrecion, como en virtud, adelantándose en esta conforme iba *creciendo en años*, *sin salir para otra parte*, *que para* el templo á ofrecer sus votos al Señor ante los altares, y á frecuentar los sacramentos. Llegó aquella edad en que manifestó su naturaleza las apreciables cualidades de hermosura, vivacidad, aire, talentos y despejo con que se hallaba dotada sobre las jóvenes de su tiempo. Aunque por su recato, por su modestia y por su compostura procuraba ocultarlas, á pesar de sus industrias, la vió un dia Britaldo, hijo de Castinaldo, señor del pueblo, quien quedó tan ciegamente enamorado de ella, que, no pudiendo lograrla por esposa, aunque se valió de cuantos medios pudo sugerirle una pasion ciega, vehemente y persuasiva, porque Irene tenia consagrada su virginidad al Esposo eterno, cayó en una profunda melancolía y lastimosa tristeza, que le pusieron en inminente riesgo de perder la vida, sin que los mas

hábiles facultativos acertasen con el remedio, pues ignoraban la raiz de su dolencia.

Tuvo la santa revelacion de la enfermedad que padecia Britaldo y de su causa. Movida de caridad, determinó visitarle, confiada en la gracia del Señor que le inspiraba aquel piadoso pensamiento, á fin de curar al jóven poseido de una pasion que exponia su salvacion. En efecto, acompañada de algunas personas honestas, paso á la casa del enfermo; y manifestándole este con la correspondiente cautela la causa de su mortal accidente, le habló Irene con tanta energía sobre las prerogativas y excelencias de la castidad y de los grandes favores con que Dios premia á esta virtud tan agradable á sus divinos ojos, que, serenado Britaldo enteramente, le dejó consolado y aun reconocido. Mas para mayor tranquilidad de su espíritu, quiso que, antes de despedirse la santa vírgen, le prometiese que no pondria su afecto en otro alguno, amenazándola de lo contrario con la muerte.

Volvió Irene á su retiro llena de alegría por el feliz éxito de una expedicion tan peligrosa, que reconoció debida á la divina asistencia. Mas cuando continuaba mas fervorosa en sus laudables ejercicios, envidioso el demonio de los grandes progresos que cada dia iba haciendo en la carrera de la perfeccion sostenida con la gracia, suscitó uno de los mas extraños artificios de su malicia para manchar la pureza de la santa vírgen. Valiéndose de la familiaridad que tenia Remigio con Irene con motivo de su magisterio, comenzó á hacer al monje tan cruel guerra, levantando en su corazon una tempestad deshecha de tentaciones deshonestas, que, rendido al fin á los violentos ataques del tentador, vino á manifestar su ciega pasion á la castísima doncella. Pero, como esta era tan amante de la pureza, avergonzada de una solicitud tan inesperada en quien se encargó de fomentar en ella las

mas santas ideas, llena de rubor, reprendió la audacia del lascivo religioso. Corregido este, pero no enmendado de su arrojo, convirtiendo el desenfrenado amor en aborrecimiento, resolvió vengarse de la inocente vírgen, dandole á beber artificiosamente una bebida, que le elevó el vientre en términos que parecia estar embarazada

Divulgóse la infame nota por todo el pueblc, fácil en creer semejantes novedades. Súpolo tambien Britaldo; y encendido en descompasados zelos, acordándose de lo pactado y ofrecido por Irene, resolvió darle muerte, bajo el supuesto de que en otro habia puesto su amor violando su promesa. Valióse de un soldado para la ejecucion de tan impío atentado, el cual buscaba con la mayor diligencia ocasion proporcionada para satisfacer su intento. Salió una noche la santa á desahogar sus penas á la ribera del rio Naban, cercano al pueblo, al que dió el nombre de Nabancia; y cuando estaba de rodillas en la mas fervorosa oracion, bañada en lágrimas, clamando al Señor que la librase de la infamia que padecia, pues le constaba su inocencia, acometiéndola el asesino, le atravesó la garganta con una espada; y para encubrir tan abominable hecho, arrojó al rio el cuerpo de la ilustre mártir.

Ya se deja discurrir el sentimiento que causaria á sus tias Julia y Casta la pérdida de Irene. Estaban inconsolables, temiendo alguna desgracia en la sobrina, estimulada de la dolorosa pena que la afligia continuamente; pero aquel Señor que permitió el atentado por sus juicios impenetrables, providenció los mas asombrosos medios para declarar la inocencia de su fidelísima sierva.

Hallábase en oracion su tio el abad penetrado del mismo sentimiento, cuando le reveló Dios todo el suceso circunstanciado. Valiéndose el santo sacerdote

del alto concepto en que le tenia el pueblo, le convocó y condujo en solemne procesion al lugar del homicidio. Habian llevado las corrientes del rio Naban el venerable cuerpo al caudaloso rio Tajo, y llegando á él la procesion, vieron con admiracion todos los concurrentes, que, retiradas las aguas de su antigua corriente, habian dejado en seco el cuerpo de la santa sobre un suntuoso sepulcro, labrado por ministerio de los ángeles, con repeticion del mismo asombroso prodigio que sucedió en la muerte de san Clemente, pontífice.

Quiso el abad con toda la comitiva sacar el cuerpo de aquel lugar; pero, no pudiendo conseguirlo á pesar de las mas eficaces diligencias, quedaron todos convencidos de que era la voluntad de Dios que allí permaneciese. Confirmó mas este concepto el nuevo prodigio que ocurrió luego que se retiraron, que fué volver las aguas del Tajo á su antigua corriente, cubriendo con su cristalina pureza la infame nota que fulminó la iniquidad contra la casta esposa de Jesucristo, que quiso recomendar la santidad de su fidelísima sierva con la referida maravilla y con otros muchos milagros que obró al contacto de algunas reliquias que el abad trajo á su monasterio. El pueblo de Escabaliz, en cuya jurisdiccion estaba el sepulcro, tomó el nombre de santa Irene, bien que, corrompido y abreviado el vocablo, ha quedado en el de Santaren.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alba, cerca de Aquila en el Abruzo ulterior, la fiesta de san Máximo, diácono y mártir, que, ansioso de padecimientos, se presentó á los perseguidores que le buscaban; y habiendo respondido con entereza el sus preguntas, fué extendido y atormentado en á

potro, y apaleado. Por último, precipitado de un lugar elevado, entregó el alma á Dios.

En Agen de Francia, san Caprais, mártir, quien, habiéndose escondido en una caverna por huir de la persecucion, supo como la vírgen santa Fe estaba padeciendo por Jesucristo. Animado con esta relacion á padecer él tambien, pidió al Señor que hiciese manar agua clara de la roca de la caverna en testimonio de ser digno de la gloria del martirio. Habiendo el Señor oido benigno sus ruegos, avalanzóse impávido al lugar del combate; y peleando valerosamente, mereció la palma del martirio bajo Maximiano.

En Antioquía, san Artemo, duque de Egipto, quien, despues de haber llegado á los mayores grados de la milicia en tiempo de Constantino el Grande, fué apaleado y afligido con otros tormentos, y al fin decapitado por órden de Juliano Apóstata, á quien habia echado en cara su crueldad con los cristianos.

En Colonia, el martirio de santa Marta y de santa Paula, vírgenes, con otros muchos.

En Minden, la fiesta de san Feliciano, obispo y mártir.

En Portugal, santa Irene, vírgen y mártir.

En Paris, san Jorge, diácono, y san Aurelio, mártires.

En el país de Reims, san Sandou, confesor.

En Troyes, san Alderaldo, arcediano y canónigo de San Pedro.

En Salzburgo, san Vital, obispo.

En Haugustald cerca de la isla de Farne, en el pais de Northumberland en Inglaterra, san Aca, obispo de aquella ciudad, predicador del Evangelio en Frisa.

En Moscovia, santa Cleopatra, religiosa.

La misa es de los fieles difuntos, y la oracion la que sigue:

Fidelium Deus omnium conditor et redemptor, animabus famulorum, famularumque tuarum remissionem cunctorum tribue peccatorum: et indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis et regnas...

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, concede á las almas de tus siervos y de tus siervas la remision de todos sus pecados, para que consigan por las piadosas oraciones de tu Iglesia la indulgencia y el perdon que siempre desearon de tí, que vives y reinas...

La epístola es del cap. 14 del Apocalípsis.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el espíritu que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

« Dijo el ángel á san Juan que el tesoro de las buenas obras que hicieron los santos cuando vivian en la tierra, los sigue y los acompaña en el cielo. Esta doctrina es contra el error de los simoniacos, de los nicolaitas y de otros herejes de los primeros tiempos, que negaban la necesidad de buenas obras. »

REFLEXIONES.

¿Morirá gloriosamente aquel que muere en el lecho del honor, entre la opulencia y la abundancia, cuan-

do se sigue á la muerte una infamia eterna, con una eternidad de tormentos? ¿de qué servirá en la hora de la muerte la triste memoria de los gustos pasados? Fiestas mundanas multiplicadas, amontonadas diversiones, cadena perpetua de pasatiempos, serie de prosperidades, suntuosidad, esplendor, magnificencia, ¡qué poca cosa pareceis á un hombre que se está muriendo! ¿Será gran consuelo pasar de un magnífico palacio á una hedionda sepultura? ¿de una blanda y rica cama al fuego del infierno? ¿de una numerosa y brillante corte á la compañía de los demonios y de los condenados? ¿será mucha dicha morir poderoso, estimado, temido y amado de todo el mundo, y ser despues condenado?

Beati, qui in Domino moriuntur. Este es el único secreto para ser dichosos; esto vale mas que todos los tesoros del mundo, que todas las prosperidades de la vida, que todas las grandezas de la tierra. Esta es la única felicidad que hay en ella; cualquiera otra no es mas que ilusion, deslumbramiento y quimera. *Bienaventurados los que mueren en el Señor*, esto es, los que mueren en gracia, en la amistad del Señor; esto sí que es morir rico, poderoso, colmado de honor y de gloria.

Aunque la vida haya sido turbada con mil desgraciados contratiempos; aunque estos brevísimos dias que se vivieron fuesen acompañados de disgustos y de enfadosos accidentes; aunque los trabajos hubiesen excedido al número de los dias; todos estos trabajos, todos estos accidentes, todos estos contratiempos, solo se representarán entonces como un sueño pasajero. Sin dificultad se concibe que al que muere en gracia de Dios solo le queda entonces una memoria superficial de todo esto. En aquel momento comienza á gozar una felicidad llena, colmada, que verdaderamente sacia el corazon; una alegría pura y eterna;

una avenida de consuelos y de suavísimos deleites que le inunda, sucediendo unos dias despejados, llenos de calma, siempre serenos, á aquellos dias oscuros, nublosos y turbados, de que apenas queda una confusa memoria. El que muere en el Señor muere para vivir. Esto se llama hacer fortuna. ¿Qué son hoy todos aquellos poderosos monarcas que metieron tanto ruido? ¿aquellas personas tan celebradas por sus bellas prendas de cuerpo y alma? ¿aquellos hombrones que ocuparon con tanto estrépito los primeros empleos de la Iglesia y del estado? ¿qué son aquellos imaginarios dichosos del siglo, si al cabo se condenaron? Pero, ¿y qué serán todos aquellos que no murieron en el Señor? ¿cuántos leerán estas reflexiones que merecerán la triste suerte por no haber trabajado en vida por merecer otra enteramente contraria? Es preciso vivir y perseverar en gracia del Señor, para lograr la dicha de morir en el Señor.

El evangelio es del capítulo 6 *de san Juan.*

In illo, tempore dixit Jesus turbis judæorum : Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judæi ad invicem, dicentes: Quomodò potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis : nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem,

En aquel tiempo, dijo Jesus á la muchedumbre de los judíos : Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian : ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? y Jesus les respondió : En verdad, en verdad os digo : que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi san-

habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

gre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

DE LA NECESIDAD DE DISPONERSE PARA LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la necesidad de disponerse para lograr una santa muerte es indispensable; no hay cosa de tanta consecuencia como la muerte; no la hay mas dificultosa que una buena muerte, sobre todo cuando no se ha preparado para ella durante el tiempo de la vida. ¿Qué cosa mas irreparable que una muerte infeliz? Con todo eso, ¿qué cosa mas olvidada que prevenirse con tiempo para lograr una buena muerte?

Si se muriera dos veces, no seria tanta imprudencia arriesgarse á morir mal la primera vez; podríase reparar esta falta en la segunda; habria tiempo todavía para hacer penitencia de una mala vida y de una mala muerte. Pero una vez sola se muere; y de esta sola muerte depende una eternidad feliz, ó una desdichada eternidad.

Cuanto mas hubiéremos trabajado para el cielo, tanto mas santa habrá sido nuestra vida, y mas interés tendremos en acabarla santamente para no perder el fruto de nuestros trabajos. Es verdad que la buena muerte es ordinariamente fruto de una santa vida; pero no es menos verdad que una muerte en pecado aniquila todos los merecimientos de la vida mas ajustada; y todos los merecimientos de la mas ajustada vida no bastan para respondernos de una buena muerte. Y en medio de eso, ¿se piensa mucho en la muerte? ¿nos disponemos con mucho cuidado para

esta muerte? Al ver nuestra indolencia en punto tan importante, ¿no se dirá que no hay cosa mas fácil ni mas comun que lograr una santa muerte?

Si para morir bien no se necesitara mas que recibir los santos sacramentos, besar devotamente un crucifijo, y tal vez derramar algunas lágrimas, seria menos intolerable nuestra imprudencia. No siempre es dificultoso encontrar un hábil y zeloso confesor que nos asista en aquel último peligro; pero ¡ cuántos murieron en pecado con todos estos socorros! Morir cubierto de ceniza y de cilicio; morir rodeado de sacerdotes y de religiosos es morir con edificacion; pero precisamente esto no es morir santamente. Morir santamente es morir despues de haber borrado todas las culpas de la vida; es morir en estado de gracia; es morir lleno de fe viva, de esperanza firme y de ardiente caridad; es morir con un grande horror á todo lo que el mundo ama; es morir con un amor de Dios que sobrepuje á todo otro amor. Y ¿ será todo esto muy fácil á quien amó tan poco á Dios durante su vida? ¿á quien casi toda ella la pasó sin pensar en morir bien?

¡Cosa extraña! Si uno se ha de presentar en un teatro, si ha de subir á un púlpito para dar pruebas de su habilidad y de su sabiduría, se previene meses y años enteros para la funcion, aunque todo ello sea de bien poca consecuencia. Pero mi Dios, ¿qué tiempo de la vida se emplea en disponerse para bien morir, siendo así que esta importantísima disposicion pide de justicia todo el tiempo de la vida?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nunca puede ser demasiada la preparacion para hacer una cosa que no se ha de hacer mas que una sola vez, y que, de acertarla ó no acer-

tarla esta sola vez, depende nuestra eterna suerte, ó dichosa ó desgraciada. Si fuera tan fácil lograr una buena muerte sin prevenirse para ella, muy necios hubieran sido los santos en afanarse tanto, y en emplear en esa preparacion toda su vida. ¿A qué fin tanto ayunar, tanta oracion, ni derramar tantas lágrimas? ¿á qué fin privarse de todo comercio con el mundo para lograr la dicha de una santa muerte, si se puede morir santamente sin todas estas preparaciones, y aun sin ninguna?

Aquel gallardo jóven, que en lo mas florido de su edad abandona todo aquello que mas lisonjea las pasiones, y se va á sepultar en vida entre las paredes de un claustro religioso, ¿qué pretende con todo esto sino disponerse para una santa muerte? ¡Nos atreveríamos á no aplaudir, á no admirar su acierto, su juicio y su resolucion! Pero qué, ¡al mismo tiempo que nuestros hermanos, que nuestras hermanas, que nuestros amigos pasan su vida en el retiro, y entregados á los rigores de la penitencia para prepararse á una santa muerte, para conseguir la gracia final; nosotros engolfados en el bullicio del mundo, sepultados ó hundidos en medio de sus pasatiempos; nosotros amodorrados en un eterno olvido de esta muerte, poseidos de una ignorancia crasa sobre la preparacion para ella; nosotros esperamos tranquilamente una muerte cristiana; nos lisonjeamos de que nos cogerá prevenidos, y que moriremos bien! Pero ¿hay cosa á que mas nos haya exhortado el Hijo de Dios que á esta preparacion, como quien tenia tan prevista nuestra negligencia?

Velad, nos dice, porque no sabeis la hora en que ha de venir el Señor (*Matth.* 24). Estad en vela y prevenidos á toda hora, porque en la que menos lo pensais vendrá el Hijo del hombre. Por lo demás, añadió el divino Salvador, lo que os digo á vosotros, á todos se

lo digo : *Quod autem dico vobis, omnibus dico. Vigilate.* Es menester estar prontos para abrir luego que el Señor llame á la puerta.

Fácilmente convienen todos en que es menester disponerse para morir bien; por eso, se teme tanto una muerte repentina; pero al cabo, ¿qué efecto produce este miedo? ¿qué preparacion hemos hecho en virtud de él hasta el presente? Entre tanto, me puedo morir dentro de pocas horas; tan poca seguridad tengo de vivir mañana, como de vivir de aquí á diez años. Si fuera hoy el último dia de mi vida, ¿estaria bien dispuesto para morir en el? Si hubiera de morir esta noche, ¿estaria todo prevenido? ¿nada tendria que temer? ¡Solo pensar en esto me estremece! Pero ¿quién me asegurará hasta aquel momento? Y si desde este mismo momento no comienzo á prepararme, ¡qué dolor, qué desesperacion en aquella postrera hora!

No lo permitais, Señor, y pues me concedeis por lo menos esta hora, desde esta misma hora, mi Dios, me quiero disponer para morir bien, con resolucion de pediros todos los dias esta gracia.

JACULATORIAS.

Paucitatem dierum meorum nuntia mihi. Salm. 101.

Dadme, Señor, un conocimiento tan claro de los pocos dias de vida que me restan, que no dilate un solo instante disponerme para una buena muerte.

imenti Dominum benè erit in extremis. Eccl. 1.

Solo aquellos que temieren á Dios en vida pueden esperar lograr una buena muerte.

PROPOSITOS.

No es de admirar que tantos mueran mal, habiendo tan pocos que aprendan á morir bien. La buena muerte es ciencia práctica que se debe aprender en vida; es menester estudiarla mucho tiempo para enterarse de ella; y el estudio precipitado muchas veces solo sirve para descubrir mejor lo mucho que se ignora en esta importantísima ciencia. La mejor preparacion para la muerte es una santa vida; y nuestra vida debe ser una continua preparacion para la muerte. Cada dia te ha de servir de nueva leccion y de nuevo ejercicio, pidiéndote á tí mismo cuenta todas las noches de los progresos que has hecho en este estudio. Es utilísimo ejercicio hacer todas las obras como si fuesen prevenciones para la muerte. Misas, oraciones, limosnas, obligaciones del estado de cada uno, y hasta las mismas honestas diversiones, todo nos puede servir para una santa muerte, haciéndolo todo con este espíritu. Impórtanos mucho saber el arte de bien morir; el mas sabio en todos los demás es un pobre ignorante si no sabe este gran arte.

Además de esta preparacion general, hay otras particulares que nunca se deben omitir. Todos los años has de escoger un dia para dedicarle enteramente á este gran negocio. Luego que despiertes, te has de hacer presente en la imaginacion al supremo juez, que te dice estas terribles palabras: *Redde rationem villicationis tuæ*; dame cuenta de tu administracion; y en una meditacion, por lo menos de media hora, examinarás si tienes prontas y ajustadas tus cuentas. No salgas de casa sin haber ajustado todo lo que faltare que ajustar. Nada omitas, y mucho menos en nada te perdones; mira que tienes que tratar con un juez infinitamente despejado, á quien nada se le pasa;

pero que al mismo tiempo quiere remitirse á tus mismas partidas. Declara los alcances en una sincera confesion que preocupe su juicio definitivo. Despues de arreglar los negocios de tu conciencia, arregla los de tu familia. Es imprudencia esperar á la última enfermedad para disponer de tus bienes. *Fac testamentum tuum*, dice san Agustin, *dum sanus es*, *dum sapiens*, *dum tuus es*. Haz tu testamento cuando estás sano, cuando sabes lo que haces, y cuando eres verdaderamente tuyo; es decir, cuando le puedas disponer con entera libertad. Comulga como si aquella hubiera de ser la última comunion de tu vida; y si pudiere ser, sé tú el ejecutor de tus legados pios. Por la noche procura tener la oracion sobre la sepultura, ó á lo menos en la iglesia donde naturalmente te han de enterrar, y donde algun dia ha de estar expuesto tu cadáver á vista del pueblo. Todo lo que leyeres en este dia ha de ser acerca de la muerte; y en él á nada has de atender, ni te has de ocupar en otra cosa que en el negocio de la salvacion. Pero no basta un dia al cabo del año; un dia de retiro cada mes es tambien una excelente preparacion para la muerte. Al fin del tomo segundo *del retiro espiritual* encontrarás admirables ejercicios prácticos para esta preparacion.

DIA VEINTE Y UNO.

SANTA ÚRSULA Y SUS COMPAÑERAS, VÍRGENES Y MÁRTIRES.

La memoria de santa Úrsula y sus compañeras fué tan célebre en toda la universal Iglesia desde el fin del cuarto siglo, á cuyo tiempo se señala la época de su glorioso martirio, que, habiéndose perdido la verdadera historia de él, los mas de los escritores se tomaron la libertad de sustituir otra segun el genio particular de cada uno, llena por la mayor parte de hechos fabulosos y de circunstancias poco verisímiles. La mas segura es la que se halla en un manuscrito muy antiguo, que se conserva en el Vaticano, y de él hemos sacado nosotros la que vamos á referir.

Nació santa Ursula hácia el año 362 en la isla de la Gran Bretaña, donde reinaba á la sazon con esplendor y con fervor la religion cristiana en la mayor parte de sus provincias. Fué hija de Dionot, rey de Cornuaille, y de Daría, princesa en nada inferior á su marido, ni en la nobleza de la sangre, ni en el ejercicio de la virtud, en que colocaba todo el verdadero mérito. Siendo los padres tan virtuosos, desde luego reconocieron por una de sus mas esenciales obligaciones la cristiana educacion de su hija, creciendo el cuidado con que se dedicaron á desempeñarla á vista de las bellas prendas que casi desde la cuna comenzaron á despuntar en la tiernecita princesa. En ninguna niña se descubrió nunca ni entendimiento mas brillante, ni natural mas feliz; en fin, todo lo que admira, todo lo que enamora y todo lo

que embelesa en aquella tierna edad, todo se veia reunido en la niña Ursula. Un corazon noble, benéfico, generoso; un espíritu vivo, desembarazado, dócil; unas inclinaciones propensas todas á la virtud, y una hermosura tan peregrina, que en la edad de doce años era ya celebrada Ursula por una de las mas hermosas princesas de toda la Europa. A todas estas brillantes cualidades añadia nuevo esplendor y nuevo lustre su sobresaliente virtud. Siendo Ursula de tan despejado entendimiento, necesariamente habia de descubrir la vanidad de todos los bienes criados y la falsa brillantez de todas las grandezas del mundo. Este fondo de religion con que el cielo la habia prevenido desde su infancia iba perfeccionando cada dia mas y mas las luces de su razon y los movimientos de su espíritu, desestimando ella misma aquella su rara hermosura que tanto celebraban los demás, por considerarla como una caduca flor que se comienza á marchitar desde que comienza a lucir. Por esto, nunca fué de su gusto el fausto, ni la ostentacion, ni la magnificencia, que nacen, digámoslo así, con las princesas. Desde sus primeros años comprendió que en todos los estados debia ser la modestia el mas bello ornamento de una doncella cristiana; y despreciando generosamente las mas lisonjeras esperanzas de su alto nacimiento, los mas halagüeños atractivos de la corte, y los mas delicados inciensos del general aplauso, no bien conoció á Jesucristo cuando deseó con apasionado amor no tener nunca otro esposo. Ni el Salvador la habia prevenido con tantas y tan singulares gracias sino para formar en Ursula una de sus mas queridas esposas, siendo la tierna devocion que él mismo le habia inspirado á su divina madre la Vírgen de las vírgenes, como dichoso presagio de que nunca perderia la flor de la virginidad, á la que el Señor quiso tambien añadir la gloria de mártir.

Era general de las tropas del emperador Graciano en la Gran Bretaña el tirano Máximo, por sobrenombre Flavio Magno Clemente, el cual se hizo proclamar emperador el año de 382; pasó el mar, y desembarcó con todo su ejército en las costas de aquella parte de las Galias que se llamaba Armórica, es decir, marítima, y se apoderó de toda ella. Uno de sus oficiales generales, llamado Conan, príncipe breton y cristiano de profesion, se señaló tanto en aquella expedicion por su valor y por su conducta, que Máximo le hizo gobernador de la Armórica, la que poco despues se llamó *menor Bretaña*, cuando Conan la comenzó á mandar con el título de duque, que tambien se le confirió. Estableció el duque su residencia en la ciudad de Nantes, y dejó en el país una gran parte de tropas, compuesta casi toda de Bretones ó de Ingleses; y como no estaba casado, determinó buscar una mujer, en cuya eleccion tuvo poco en que detenerse, no ignorando las bellas prendas de que estaba Ursula dotada, su virtud y su rara hermosura. Envió una diputacion al rey de Cornouaille, pidiéndole á su hija la princesa para esposa; y como casi todos los señores que le seguian, oficiales y soldados, estaban tambien solteros, encargó á los diputados que juntamente con la princesa trajesen tambien de la isla todas las doncellas que pudiesen para casarlas con ellos. Fueron recibidos del rey con distincion; y como tenia bien conocido el mérito del duque, oyó con gusto la proposicion que se le hizo de su parte, y prometió darle por esposa á la princesa su hija; pero no le fué tan fácil lograr su consentimiento por esta alianza, aunque tan ventajosa, y aunque Conan era un príncipe cristiano, dueño ya y soberano de una de las provincias mas dilatadas y mas opulentas de las Galias. Eran diferentes los pensamientos de Ursula; porque, educada en la virtud, y

criada en un gran concepto, amor y estimacion de la virginidad, oyó con disgusto la proposicion, y no dió respuesta á ella. Amábala tiernamente el rey su padre; pero sin embargo, pareciéndole que aquel matrimonio era muy ventajoso para ella y para él, determinó valerse de toda su autoridad para obligarla al consentimiento. En vano le representó lo mucho que la repugnaba aquel estado, y su deseo de no conocer otro esposo que al mismo Jesucristo; nada pudieron adelantar sus ruegos, ni sus razones, ni sus lágrimas. En fin, arrancóle su consentimiento la rendida sumision que profesaba á sus padres, pero reservándose la libertad de apelar á las órdenes del mismo Dios; y animada con una viva confianza en la bondad de aquel divino Salvador, á quien deseaba ardientemente tener por esposo, se fué á postrar á sus piés, y le suplicó se dignase de admitirla por esposa suya. « Bien sabeis vos, divino dueño mio, decia Ursula en su fervorosa oracion, bien sabeis vos los mas íntimos afectos de mi pobre corazon: las grandezas del mundo no le han tentado jamás, ni mucho menos le han podido deslumbrar todas sus aparentes brillanteces. Vos solo sois el dulce objeto de sus amorosas ansias; vos el único blanco á que se dirigen sus encendidos proyectos. Arbitro sois, dueño sois de todos los sucesos de la vida; fácilmente podréis desbaratar todas las medidas de los hombres, por concertadas que sean. No desecheis, Señor, mis humildísimos ruegos; dignaos tomar debajo de vuestra proteccion á la menor de todas vuestras esclavas; dirigidlo todo á mi salvacion y á vuestra gloria, segun vuestra santa y divina voluntad. »

Ibanse acalorando entre tanto los preparativos para el embarco de la princesa, y de todas partes se habia juntado gran número de doncellas, las mas señoras de distincion, que debian acompañar á Ursula, yendo destinadas para esposas de los oficiales bretones.

Cuando todo estuvo prevenido para el embarco, pasaron á Londres Ursula y sus compañeras. Esperaron tiempo favorable para hacerse á la vela, y entre tanto tenia Ursula frecuentes conversaciones con ellas, hablándoles por lo comun de la falsa brillantez de los bienes, honras y estimaciones de esta vida, de la insustancialidad y apariencia de las grandezas del mundo, de su caducidad y poca susistencia; y como eran todas cristianas, dejaba caer muchas veces la conversacion sobre la dicha de aquellas felices almas que no tenian otro esposo que á Jesucristo.

Poseia la santa eminentemente todas aquellas prendas que embelesan, ganando los corazones; era en alto grado discreta y entendida; hablaba con gracia y con gala; era en extremo virtuosa, y acompañaba todos estos grandes talentos con una suavidad y con una modestia que verdaderamente encantaban; con lo que, se hizo tan dueña de la estimacion y de los corazones de todas aquellas doncellas, que ya todos sus deseos y toda su ambicion se reducia á no querer amar á otro que solo á Jesucristo. Nunca vió el mundo tanto número de doncellas juntas mas cristianas. Era Ursula su modelo, y sus ejemplos dejaban muy atrás á sus palabras. Púsose en fin el viento favorable para hacer en breve tiempo el tránsito de Inglaterra á la menor Bretaña, y se embarcó toda aquella numerosa comitiva de santas vírgenes; pero Ursula jamás perdia de vista la estrella que la guiaba; y aunque los vientos eran muy favorables para arribar en pocas horas á las costas que buscaban, siempre conservó la esperanza de ver cumplidos sus fervorosos deseos. Con efecto, apenas perdieron de vista las de Inglaterra cuando se levantó una furiosa tormenta, que llenó de terror á toda la escuadra, amenazándola con un funesto naufragio. No dudó entonces santa Ursula que Dios habia oido

sus amorosas ansias; estaban todas y todos en una silenciosa consternacion, y sola Ursula se mantenia serena, tranquila y distante de todo temor. *Animo, hijas mias*, decia á sus compañeras con un aire y en un tono que manifestaba visiblemente su confianza y su alegria, *ánimo, y nada temais. Servimos á un Dios, y tenemos un esposo que manda á los vientos y á los mares; sacrifiquémosle generosamente nuestras vidas, y dejemos los horrores de la muerte á los que tienen la desgracia de no conocerle; pero nosotras tengamos confianza en su gran misericordia.*

Sosegó á todas sus compañeras, y aun á toda la tripulacion la intrépida seguridad de nuestra santa; pero enfureciéndose los vientos cada instante mas y mas, y cediendo en fin los buques á las tempestades, toda la escuadra fué arrojada hácia los mares del norte, sobre las costas de la Galia Bélgica. Abrigóse Ursula con su ilustre tropa en el puerto de Tiel, hacia la embocadura del Rin, en el pais que se llama hoy el ducado de Güeldres, y se asegura que desde allí, siguiendo la corriente del mismo Rin, navegó hasta Colonia, teatro del glorioso triunfo que el cielo les tenia prevenido.

Noticioso el emperador Graciano del levantamiento del tirano Máximo, é informado de su desembarco en las costas de las Galias, hallándose sin suficiente número de tropas para hacerle resistencia, llamó en su socorro á los Hunos, nacion bárbara de la antigua Sarmacia, que, habiendo salido de los confines de su país, se habia derramado por toda la Germania, ocupando á lo largo las márgenes del Rin, y extendiéndose hasta la Galia Bélgica. Eran naturalmente crueles y feroces; y añadiéndose á esto las supersticiones paganas, de que todos hacian profesion, llevaban la desolacion por todos los paises donde ponian el pié. Mandaba á estos bárbaros su general Gauno que tenia

entonces la campaña por el emperador Graciano contra el tirano Máximo; y luego que descubrieron navíos bretones, enemigos del emperador, los atacaron, y se apoderaron de ellos fácilmente por el corto número de soldados que los venian escoltando. No cabe en la expresion lo sorprendidos que quedaron al ver que toda aquella flota solo venia cargada de doncellas cristianas, destinadas para ser esposas de los oficiales y de los soldados bretones, sus enemigos, y que era la principal de todas una princesa, futura esposa del duque Conan, generalísimo del ejército de Máximo.

La misma extraña aventura que tanto sorprendió á los bárbaros, descubrió á nuestra santa los secretos de una particular providencia, que la llenó de consuelo y de alegría. Entonces conoció Ursula que habian sido benignamente oidas sus amorosas ansias, y que, admitiéndola Jesucristo por esposa suya, se dignaba añadir á la gloriosa palma de vírgen la triunfante corona de mártir. Animada de nuevo valeroso espíritu, y encendida en nuevo fervoroso zelo, habló á todas sus compañeras como heroina cristiana; exaltó la preciosísima perla de la virginidad, por cuya conservacion debian estar prontas á perder los bienes y la vida; exhortólas con tanta gracia, con tanta viveza y con tanta energía á derramar por la fe hasta la última gota de su sangre, que toda aquella dichosa tropa de vírgenes, convertido en gozo y aliento el primer terror, consideraba ya á los bárbaros como ministros de su dicha, y solo suspiraba por la gloriosa corona del martirio.

Quiso el general del ejército ver á Ursula, cuya peregrina hermosura le habian alabado mucho, y quedó tan ciegamente prendado de ella, que no perdonó diligencia ni medio para rendirla, para intimidarla y para vencerla. Pero la santa le habló con tan

cristiana constancia, con tanta resolucion y con tanta majestad, que, cambiada en furor la brutal pasion de aquellos bárbaros, se arrojaron con espada en mano á todas aquellas vírgenes. A unas las atravesaron con el acero, á otras con las flechas, y á todas las degollaron, pasando todas á aumentar la corte del Cordero celestial, llevando en las manos la duplicada palma del martirio y de la virginidad. Sucedió este glorioso triunfo el dia 21 de octubre del año de 383, celebrando desde entonces la santa Iglesia con grande solemnidad la ilustre memoria de santa Ursula y sus compañeras vírgenes y mártires. Fueron sepultados sus cuerpos en el territorio de Colonia, de donde se esparcieron despues sus santas reliquias por toda la cristiandad. Con el tiempo, se fundó en la Iglesia una célebre congregacion de religiosas compuesta de doncellas y de viudas, que siguen la regla de san Agustin, bajo el nombre y la proteccion de santa Ursula, y por eso se llaman Ursulinas, las cuales están todas sujetas á los obispos. No es ponderable la utilidad de este instituto en beneficio del público, no solo por los ejemplos de religiosidad, de modestia, de observancia y de todas las virtudes, que tanto edifican en todas partes á los fieles, sino por la bella educacion que se da á las niñas y doncellas mas adultas, instruyéndolas con tanto zelo como caridad y feliz suceso, segun el espíritu de su instituto, que, no habiendo degenerado un punto de su primitivo fervor, nunca ha tenido necesidad de reforma. El año de 1537 introdujo este instituto en Italia la bienaventurada Angela de Brescia; el de 1544 le aprobó Paulo III; y el de 1582 le sujetó á la clausura y á los votos religiosos el papa Gregorio XIII, á solicitud de san Carlos Borromeo, que siempre le tuvo muy dentro de su corazon. El año 1611 fundó las Ursulinas en Francia Magdalena de Huilier, señora de Santa Beuva, siendo el

primer convento el de París, de donde se extendieron con inmensa utilidad por todo el reino. Es verdad que ya en el año de 1606 la madre Ana de Jantona de Dijon, tan ilustre por su eminente virtud, como por el zelo con que promovió la cristiana educacion de las tiernas doncellas, habia fundado en Dole las Ursulinas del Franco Condado, que, sin estar sujetas á la clausura, ha mas de un siglo que son el asombro y la felicidad de los pueblos que logran la dicha de tenerlas, sin que jamás hayan aflojado ni en la perfeccion, ni en el primitivo fervor de su sagrado instituto, educando á las niñas en el mas puro espiritu del cristianismo con el zelo que cada dia las colma de nuevas bendiciones; edificando á tantos con su ejemplar modestia, como con aquella puntual observancia que nunca se desmintió, y ejercitándose con indecible bien en todas las obras de caridad que se proporcionan á su estado. En breve tiempo hizo maravillosos progresos esta ilustre congregacion; pues en menos de treinta años se vió propagada en Dole, en Vesoult, en Besanzon, en San Hipólito, en Arbois, en Porentruy, en Gray, en Pontalier, en Friburg de los Suizos, en Lucerna, en Cleval y Ornans.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Chipre, san Hilarion, abad, cuya vida llena de virtudes y de milagros ha sido escrita por san Jerónimo.

En Colonia, la fiesta de santa Ursula y compañeras, que terminaron su vida con el martirio, habiendo sido víctimas de los Hunos por su constancia en conservar la religion cristiana y la virginidad. La mayor parte de sus santos cuerpos fueron enterrados en Colonia.

En Ostia, san Astero, presbítero y mártir, que pa-

deció bajo el emperador Alejandro, como se lee en la historia del martirio del papa san Calixto.

En Nicomedia, la fiesta de san Daso, san Zótico, san Cayo y otros doce soldados, quienes, despues de varios tormentos, fueron arrojados al mar.

En Marona en Siria cerca de Antioquía, san Malec, monje.

En Leon de Francia, san Viador, ministro de san Justo, obispo de Leon.

En Laon, santa Celinia, madre de san Remi, obispo de Reims.

En Clermont en Auvernia, san Justo, arcediano de San Aliro.

En Burdeos, san Surino, obispo.

En Meaux, santa Celina, vírgen.

En Toley del Sara, san Vandelein, abad de aquel lugar.

En una isla del Sena cerca de Caudebec, san Conde, solitario.

En Italia, san Reparato, diácono y mártir, venerado particularmente en Nola.

En Escocia, san Munnu, cuarto abad de Hy

En el Monte Casino, el venerable Gebizon, monje.

Este propio dia, el bienaventurado Guimon, tercer obispo de Breme.

La misa es en honor de las santas, y la oracion la siguiente:

Da nobis, quæsumus, Domine Deus noster, sanctarum virginum et martyrum tuarum Ursulæ et sociarum ejus palmas incessabili devotione venerari, ut quas digna mente non possumus celebrare, humilibus saltem fre-

Suplicámoste, Señor Dios nuestro, nos concedas la gracia de que veneremos con tierna y continua devocion los triunfos de las santas vírgenes y mártires Ursula y sus compañeras, para que, ya que no podemos

quentemus obsequiis. Per Dominum nostrum.,,

honrarlas como merecen, les tributemos á lo menos nuestros humildes obsequios. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 7 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: De virginibus præceptum Domini non habeo: consilium autem do, tanquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hoc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quærere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quærere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. Ego autem vobis parco. Hoc itaque dico, fratres, tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint: et qui flent, tanquam non flentes: et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui emunt, tanquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur: præterit enim figura hujus mundi. Volo autem vos sine sollicitudine esse. Qui sine uxore est, sollicitus est quæ Domini sunt, quomodo placeat Deo. Qui autem cum uxore est, sollicitus est quæ

Hermanos: En órden á las vírgenes, yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una mujer? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la mujer? no busques esposa. Pero si tomares mujer, no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó. Con todo eso, estos padecerán la tribulacion de la carne. Pero yo no hablo de vosotros. Lo que digo, hermanos, es esto: el tiempo es breve: resta, pues, que los que tienen mujeres sean como aquellos que no las tienen: y los que lloran como aquellos que no lloran: y los que se alegran como aquellos que no se alegran: y los que compran como aquellos que no poseen: y los que usan de este mundo como aquellos que no usan, porque se desvanece la figura de este mundo. Quiero, pues, que vosotros esteis sin inquietud. El que está sin mu-

sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est. Et mulier innupta, et virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu in Christo Jesu Domino nostro.

jer tiene solicitud por las cosas del Señor, de cómo agradará á Dios. Pero el que está con mujer tiene solicitud por las cosas del mundo, de cómo agradará á la mujer, y está dividido. Y la mujer soltera y la vírgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu en nuestro Señor Jesucristo.

NOTA.

« Conociendo el Apóstol el valor y el mérito de la virginidad, desearia que todos hubiesen recibido del cielo este perfecto don; pero sabiendo que no todos son llamados á un estado de tanta perfeccion, se guarda muy bien de intimar como precepto lo que es de mero consejo. »

REFLEXIONES.

En órden á las vírgenes, no tengo sobre esto precepto del Señor. No quiso el Señor imponer precepto á las doncellas de que le consagrasen su virginidad; quiere que sus esposas se entreguen á él voluntariamente por eleccion y por amor; pero siempre quiere esposas fieles, vigilantes y prevenidas. El descuido, la negligencia en materia de religion y en el negocio de la propia salvacion siempre es locura. No da otro nombre el Salvador al descuido de aquellas vírgenes, por otra parte irreprensibles en punto de la virginidad que profesaban. Aunque eran muy loables por el deseo que todas tenian de recibir al divino Esposo; por la ansiosa solicitud con que querian á la misma media noche salir á buscar aceite para cebar las lámparas que se estaban apagando; con todo eso, fueron

vírgenes locas ó necias por no estar prevenidas, y por estarse durmiendo cuando debieran velar. Bella leccion, pero terrible para aquellas personas religiosas, que, despues de haber sacrificado á Dios su virginidad, su misma libertad y todo lo mas precioso que gozaban en el mundo; esto es, despues de haber hecho por Dios lo mas penoso, lo mas arduo y lo mayor, se descuidan en lo mas fácil, en lo menos trabajoso, y en las cosillas que les pide el mismo Dios, quebrantando sin escrúpulo la mayor parte de sus reglas, muy satisfechas porque están bien resueltas á no faltar en lo esencial que obliga debajo de culpa grave; pero estas almas negligentes, tibias, inobservantes; esas almas que dormitan y aun se duermen en el servicio de Dios; esas almas que, conociendo muy bien que les falta el aceite, que sus lámparas se pueden apagar, se hacen la cuenta de que tendrán tiempo para dar providencia á todo; estas almas, digo, ¿serán cuerdas, serán discretas, serán prudentes? ¿no arriesgarán en cosa alguna su salvacion? ¿no se pondrán á peligro de clamar en vano en la hora de la muerte: *Aperi nobis*; y de que se les responda: *Nescio vos?* Aquellas vírgenes no estaban muertas, solo estaban dormidas. ¡Ah, Señor, y cuántas personas religiosas tambien lo están! Aquellas almas flojas é imperfectas, que hacen poco caso de las pequeñas obligaciones de su estado, que conservan en la religion el espíritu del mundo, que se derraman tanto hácia afuera, que tienen tan poco fervor y tan poca devocion; estas almas, estas personas, ¿serán vírgenes prudentes.

El evangelio es del capítulo 13 *de san Mateo, y el mismo que el dia VIII, pág.* 194.

MEDITACION.

DE LA POCA SINCERIDAD QUE SE HALLA EN LA VOLUNTAD QUE TIENEN DE SALVARSE LOS MAS DE LOS CRISTIANOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguno hay que no pretenda tener voluntad de salvarse; pero ¡qué pocos hay en quienes sea sincera esa imaginaria voluntad! No hay pecador tan endurecido, que no diga alguna vez en la vida que se quiere convertir. No hay religioso tan tibio, que no le parezca quiere en algun modo arribar á la perfeccion. No hay cristiano tan imperfecto, que alguna vez no haga ánimo de traer una vida mas ajustada; porque no hay hombre tan insensato ni tan enemigo de sí mismo, que se quiera perder; y ninguno ignora que es querer perderse el no quererse convertir. Pero el que se contenta con decir que se quiere salvar, sin aplicar los medios para conseguirlo, á lo sumo muestra que tiene pensamiento; pero de ningun modo acredita que tenga voluntad de hacerlo. No es difícil tener horror al infierno. Poca fe, poco entendimiento es menester para que las grandes verdades de la religion aterren y convenzan, para que efectivamente muevan. Sobre este pié se imagina convertido el que está persuadido que es preciso convertirse; pero ¿está por eso mas adelantado? Consultémoslo con nosotros mismos: muchas veces hemos resuelto trabajar seriamente en el importante negocio de nuestra salvacion, ya á vista de una muerte, ya con la noticia de algun accidente funesto, ya despues de una meditacion, ya al salir de un sermon, ya habiendo leido algun libro eficaz, enérgico y convincente. Muchas veces hemos

resuelto mudar de vida, hemos concluido que era *preciso reformarnos. Pero y bien; despues de una* voluntad, al parecer tan descubierta, y por entonces tan determinada, ¿hemos sido mejores? Un poco de buena educacion y un poco de buen juicio bastan para aborrecer el vicio y para hacer estimacion de la virtud; pero es visible que en estos dictamenes ó en estos movimientos, digámoslo así, como naturales, tiene mas parte el entendimiento que la voluntad; y es mucho de temer que, si alguna vez se forman en la voluntad ciertos impulsos de aversion á lo malo, y ciertos ímpetus de amor á lo bueno, aquella aversion sea un mero disgusto de las malas consecuencias que trae el vicio consigo; y que este amor sea no mas de una simple estimacion, una complacencia natural en la virtud, sin el menor deseo eficaz en órden á la salvacion. Ciertamente es abuso, es ilusion fiarnos de estas medias voluntades. No nos han de juzgar por los buenos dictámenes que tuvimos, sino por las buenas obras que hubiéremos ejecutado. Lleno está el infierno de gente que se quiso salvar; pero lo quiso como lo quieren los mas, y como nosotros lo hemos querido hasta aquí.

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuán ilusorias son estas buenas voluntades en órden á la salvacion. No queremos condenarnos; pero ¿hay acaso en el infierno ni un solo condenado que se hubiese querido condenar? ¿qué diríamos de un enfermo que se contentase solo con querer sanar? Ninguno hay ciertamente que no lo quiera; pero si el tal enfermo con toda su imaginaria voluntad no quisiese aplicar remedio alguno; si no hiciese otra diligencia que pensar en que es buena cosa tener salud, sin moverse á practicar medio alguno para recobrarla;

¿qué juicio se haria de él? Pues tales son esos hombres que se contentan con quererse salvar; pero sin aplicar medio alguno eficaz para salvarse. ¡Qué! ¿bastará para salvarse uno el decir que se quiere salvar, ó, por mejor decir, será verdaderamente querer solo el pensar que es menester salvarse? Si el cielo se nos diera á este precio, ¿qué desalmado dejaria de ocupar su silla en él? No parece posible encontrar en el cristianismo hombres tan ciegos, que estén en este error; pero ¿no experimentamos que estamos en él nosotros mismos? ¿Nos queremos salvar? Bien; ¿y qué medios aplicamos para salvarnos? Una vida tan tibia, tan imperfecta como la nuestra, ¿es medio eficaz para este fin? Los santos tuvieron voluntad de ser santos; trabajaron por serlo, y se salieron con ello; cotejemos lo que nosotros hacemos con lo que ellos hicieron para conseguirlo, y veamos despues si tenemos valor para decir que nuestra voluntad es tan sincera como la suya. Comparemos sus devociones, sus penitencias, la pureza de sus costumbres, la regularidad de su conducta con la nuestra, y ¡hallaremos (¡santo Dios!) qué espantosa desproporcion, qué horrible diferencia!

Efectos son, Señor, estas reflexiones de vuestra infinita misericordia; no permitais que sean inútiles para mi provecho. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á no medir la sinceridad de mis deseos sino por la eficacia de los medios que aplicaré para ponerlos en práctica.

JACULATORIAS.

Pax hominibus bonæ voluntatis. Luc. 1.

Conozco, Señor, que no hay paz ni salvacion sino para aquellos que tienen voluntad seria y sincera de salvarse.

Spiritum rectum innova in visceribus meis. Salm. 50. Dadme, Señor, un corazon nuevo y verdaderamente recto en órden á mi salvacion.

PROPOSITOS.

1. El que quisiere hacer verdadero juicio de la voluntad de salvarse, que todos imaginarán tener, no tiene mas que compararla con la voluntad que tiene un enfermo de recobrar la salud, un mercader de hacer fortuna, un oficial de adelantarse; y con la que nosotros mismos tenemos algunas veces de salir con una empresa en que estamos muy empeñados. Tiene horror un pobre enfermo de ciertos medicamentos desabridos, amargos, dolorosos; pero el médico le dice que es necesario, que es eficaz. Esto le basta, no delibera, al punto le toma á pesar de su repugnancia y de su horror. Concibe un comerciante que le es forzoso un viaje para hacer un gran negocio, para doblar un caudal, para aumentar el comercio; nada le detiene; patria, parientes, amigos, todo lo abandona; expónese á todas las incomodidades y á todos los peligros, porque quiere hacer fortuna. Y el oficial que desea adelantarse en la carrera de las armas, ¿qué sacrificios no hace de su salud y de su vida? Coteja la voluntad que tienes de salvarte con todas estas voluntades, y por aquí juzgarás si es verdaderamente sincera.

2. Desde hoy has de procurar poder decir con verdad que deseas sinceramente salvarte aplicando con eficacia los medios. ¿Tienes alguna mala costumbre que ponga á peligro tu salvacion? quítala desde este mismo dia. ¿Tienes que hacer alguna restitucion? no la dilates un solo punto; comienza desde luego á pagar, si no puedes del todo, á lo menos alguna parte, con firme resolucion de satisfacer cuanto antes toda

la deuda. ¿Hay necesidad de alguna reforma en tus costumbres, en tus muebles, en tu conducta? no lo dilates para mañana. En fin, manos á la obra; de manera que al fin del dia puedas decir : yo me quiero salvar, y esta ó aquella es buena prueba de esto.

DIA VEINTE Y DOS.

SAN HILARION, ABAD.

San Hilarion, cabeza y patriarca de los religiosos cenobitas en la Palestina, como san Antonio lo habia sido en Egipto, y san Pacomio en la Tebaida, nació en Tebaste, aldea de la Palestina, por los años de 291. Eran sus padres gentiles; y siendo niño, le enviaron á estudiar la gramática á la ciudad de Alejandría. Habíale escogido el Señor para ser uno de los mas ilustres directores de la vida monástica; y así dispuso que fuese cristiano el maestro con quien encontró. Reconociendo este en el niño Hilarion un natural feliz, un ingenio excelente y un fondo de inocencia poco ordinario en otros niños de su edad, se aplicó con particular cuidado á cultivar aquella tierna planta; y la primera prueba que le dió de su especial inclinacion fué instruirle en la verdadera religion, y hacer que recibiese el bautismo. Siendo ya cristiano, Hilarion, en breve tiempo, adquirió todas las virtudes de la religion que profesaba; y aunque los progresos que hacia en las ciencias eran verdaderamente admirables, mucho mas asombrosos eran los que hacia cada dia en la ciencia de los santos. No tenia otra diversion que concurrir adonde se juntaban los cristianos. Haciase notar de todos su devocion, su modestia

y su compostura en la iglesia: no siendo menos admirado en un niño de doce años un juicio muy superior á su edad, y tal pureza de costumbres, que todos le veneraban como á un ángel. No se hablaba á la sazon de otra cosa en todo Egipto que de la admirable vida de san Antonio; con cuya ocasion entró el niño Hilarion en vivos deseos de conocer á un hombre tan célebre por su santidad para aprender en la escuela de tan sabio como experimentado maestro la ciencia de los santos. Con este intento, salió de Alejandría, y se encaminó adonde estaba el santo patriarca, que, descubriendo luego las grandes prendas de aquel niño, y enamorado de sus generosos pensamientos, tomó con particular cuidado la enseñanza de aquel nuevo discípulo que le habia enviado el Señor; previendo desde entonces que con el tiempo habia de ser uno de los mayores ornamentos de su Iglesia.

Detúvose Hilarion una temporada en el monasterio, y desde luego fué la admiracion de toda aquella santa comunidad. Ninguna cosa se escapaba á su vigilancia y á su fervor; no solo estudiaba las piadosas industrias de san Antonio, sino que en cada ejemplo edificativo de los monjes encontraba nueva leccion para su aprovechamiento. Instruido ya perfectamente en todos los secretos de la vida espiritual, manifestó al santo patriarca sus deseos de retirarse á algun desierto para pasar toda su vida en el silencio de la soledad. Aprobóselos san Antonio, dándole saludables instrucciones para la nueva vida, y le permitió seguir el espíritu del Señor que le llamaba á mayor retiro. Despidióse Hilarion de todos aquellos santos monjes, que sintieron mucho su partida; y vuelto á Alejandría, tuvo allí noticia de la muerte de sus padres, con la cual se halló heredero de una legítima cuantiosa; pero no queriendo para sí otra herencia que a solo Dios, cedió parte de sus bienes á sus her-

manos, y todo lo demás lo repartió entre los pobres.

Tenia á la sazon solos quince años; despojado ya de todo por seguir á Jesucristo, se retiró á un desierto distante dos leguas y media de un pequeño pueblo llamado Mayuma, sitio espantoso y solitario, y mucho mas por lo infamado con los continuos robos y muertes que hacian en él los salteadores. Ni el peligro acobardó á nuestro santo en su generosa resolucion, ni á su delicada complexion le hizo fuerza el rigor de las estaciones. Allí dió principio Hilarion á aquella perfecta vida, que continuó por espacio de sesenta y dos años con un fervor que nunca se entibió, y con tan rigurosas penitencias que asombraron al mundo. Su vestido se reducia á un grosero saco y á una túnica de pieles que le habia regalado san Antonio. Su alimento á los principios eran quince higos al dia, que tomaba despues de puesto el sol; y cuando se sentia asaltado de alguna tentacion, acortaba la racion hasta pasar tres ó cuatro dias sin alimento. Era enemigo de la ociosidad, y tenia repartido todo el tiempo entre la oracion y el trabajo de manos; pero sin que este, que era el de hacer cestillas, interrumpiese la oracion. Desde los diez y seis años hasta los veinte no tuvo otro alojamiento que una pobre cabaña de juncos que él mismo fabricó, y no le defendia ni del riguroso frio del invierno, ni de los excesivos ardores del estío. Despues fabricó una celdita tan estrecha, que en rigor era una sepultura, y hasta en la figura lo parecia. Nunca tuvo otra cama hasta la muerte que una estera de juncos tendida en la dura tierra. Desde los veinte y un años hasta los veinte y siete era su comida un puñado de lentejas remojadas en agua fria; el resto de su vida fué un rigidísimo ayuno, reduciéndose su alimento á seis onzas de pan de cebada con algunas raices insípidas, sin salsa ni condimento, y no probando ni fruta ni legumbres.

Pero lo que mas tuvo que padecer Hilarion no fué esta asombrosa austeridad de vida. Por mas de sesenta años estuvo sufriendo los mas violentos combates de todo el infierno junto. Para vengarse este del dominio que el cielo le habia dado sobre todas sus tenebrosas potestades, que á solo el nombre de Hilarion salian de los cuerpos que tiranizaban, y solo con dejarse ver el santo se hallaban precisadas á abandonar los ídolos y los templos, puso en movimiento toda su malignidad para perder, ó á lo menos para inquietar y para atormentar á nuestro santo. Espectros horribles, fantasmas espantosas, representaciones torpísimas, de todo se valió para atemorizar su espíritu, ó para manchar su imaginacion. Recurria Hilarion á la oracion y á la penitencia; y para castigar el espíritu, que continuamente le inquietaba con impuras imaginaciones, atormentaba su cuerpo, cercenándole aun aquel escaso alimento que le concedia, pasando los cuatro y los cinco dias sin probar bocado, y añadiendo á estos excesos de abstinencia iguales excesos de trabajo. Oíasele algunas veces decir á su mismo cuerpo : *Yo te haré asnillo, que no tires coces, ya te mataré de hambre y de sed; te cargaré y te haré trabajar por el calor y por el frio, de manera que solo pienses en comer y en descansar, y no en brincar ni en refocilarte.* Si el enemigo le fatigaba á él, él tambien fatigaba al enemigo con excesivas penitencias; de manera que su cuerpo llegó á ser un esqueleto, armazon de huesos cubiertos con el pellejo.

Como el demonio no pudo lograr que dejase sus ejercicios espirituales, pretendió por lo menos perturbarle en ellos. Unas veces hacia que oyese como á la puerta de su celda clamores de niños, llantos de mujeres, balidos de ovejas, mugidos de bueyes, rugidos de leones, bramidos de fieras que le hacian estremecer. Estando en una ocasion cantando salmos, se le

presentó á la vista un combate de gladiadores, en que uno caia como muerto á sus piés, y le pedia que le diese sepultura. Haciendo oracion en otra con el semblante pegado contra el polvo, se distrajo algun tanto, y sintió sobre las espaldas como el peso de un hombre que le tenia debajo de los piés, y le daba de patadas, diciéndole al mismo tiempo en tono mofador y burlesco: *¿Oyes? Pues qué ¿te duermes? ¿te distraes? ¿te diviertes?*

Habia ya veinte y dos años que dia y noche estaba combatiendo Hilarion en su horroroso desierto, cuando quiso en fin el Señor manifestar al mundo la eminente santidad de su gran siervo por medio de los milagros. Elpidio, caballero ilustre, que con el tiempo fué prefecto del pretorio, volvia de visitar á san Antonio con su mujer Aristenera y con sus hijos. Habiendo llegado á Gaza, cayeron tan gravemente enfermos todos los tres hijos, que los médicos los desahuciaron. Afligida la desconsolada madre, los lloraba por muertos, cuando le dieron la noticia de que habia un gran siervo de Dios en un desierto muy cercano. Pasó inmediatamente allá; y pudo tanto con sus lágrimas y con sus ruegos, que le determinó á venir á Gaza. Luego que se acercó á los enfermos, hizo una breve oracion á Jesucristo, y en el mismo punto quedaron perfectamente sanos los tres hijos de Elpidio. Esparcida por todo Egipto la fama de este milagro, de todas partes concurrian en tropas los enfermos de los pueblos á buscar la salud en nuestro santo, y todos eran oidos y felizmente despachados. Acompañaba por lo comun la salud del alma á la del cuerpo; y en menos de seis meses ganó para Jesucristo un prodigioso número de idólatras. Haciale dueño de cuantos corazones le trataban de cerca una santidad dulce, apacible, grata y compasiva, que fué siempre el carácter de nuestro santo; por lo que en breve tiempo se vió

el desierto poblado de solitarios; y á pesar del deseo de Hilarion, ansioso de vivir solo en su retiro, cada dia crecia el número de sus discípulos. No se habia visto hasta entonces monasterio alguno en la Palestina, ni en la Siria algun otro solitario; de manera que Hilarion fué el primero que introdujo en aquel país este género de vida. Creciendo cada dia su reputacion con las maravillas que obraba, se fundaron muchos monasterios en la Palestina, los cuales todos quisieron estar debajo de su obediencia. Dióles reglas, y los gobernó con tanta prudencia, con tanta dulzura y con tanta caridad, que se contaba el número de los santos por el número de los monjes. Llegaba este al de tres ó cuatro mil solitarios bajo la direccion y disciplina de san Hilarion, quien cada año los visitaba a todos, a todos les hablaba, y encendia en todos el fervor con sus visitas, con sus palabras y con sus ejemplos. Acompañábanle en la visita dos mil hijos suyos que no podian perder de vista á tan buen padre, y como el alimento de todos estos santos anacoretas se reducia á raices y á yerbas silvestres, no los cargaba mucho la provision de un poco de pan, que cadauno llevaba para sí, y caminaban sin ser gravosos á nadie.

Haciendo una de estas visitas, y pasando al desierto de Cadés, se halló por casualidad en Elusa, pueblo de Idumea, y todo él idólatra, puntualmente en cierto dia en que toda la gente habia concurrido al templo de Venus para celebrar su fiesta. No es fácil explicar el vivo dolor de nuestro santo á vista de toda aquella pagana muchedumbre. Conocian todos á san Hilarion por los muchos energúmenos de su nacion que habia librado de la tiranía del demonio, y por los muchos enfermos á quienes habia dado salud; por lo que, luego que tuvieron noticia de que habia llegado al lugar, concurrieron todos de tropel á visitarle, jun-

tamente con un sacerdote ó sacrificador que ya estaba coronado y revestido para ofrecer las víctimas al ídolo. Viéndose el santo en medio de ellos, y conmovido vivísimamente de su lastimosa ceguedad, no pudo reprimir las lágrimas; y animado entonces de aquel zelo, que es siempre inseparable de la verdadera santidad, les habló con tanta eficacia y con tanta mocion sobre su lastimosa desgracia de vivir sepultados en las tinieblas del gentilismo y de ofrecer sacrificios al demonio; púsoles á la vista la verdad y la santidad de la religion cristiana con tanta energía y con tanta majestad, que toda aquella muchedumbre quedó suspensa y movida. Acabó entonces la gracia la obra que habia comenzado por medio de nuestro santo, y se levantó un grito universal de todos los paganos, que, reconociendo su ceguedad, clamaban por el bautismo. A vista de tan alegre suceso, se enjugaron luego las lágrimas de Hilarion, que, sin perder tiempo, empleó toda su elocuencia y todo su zelo en instruirlos y en confirmarlos en su resolucion. Uno de los que se mostraron mas fervorosos fué el mismo sacrificador, el cual, revestido con todos sus supersticiosos ornamentos, protestó que no se retiraria mientras no fuese admitido en el número de los catecúmenos. Echóse por tierra el templo, y el ídolo fué hecho pedazos por aquellos mismos que se habian juntado para ofrecerle sacrificios; ni dejaron salir del lugar á nuestro santo hasta que les trazó el plan de una iglesia que se fabricó en muy breve tiempo.

Refiérese que, habiendo llegado Hilarion á cierto monasterio, el mayordomo de la casa, que era muy codicioso y avariento, le quiso regalar. Tenia el tal mayordomo un huertecillo particular, y tan pegado el corazon á él, que vivia en una continua inquietud, con el afan de que no le hurtasen algo, mostrando en el congojoso cuidado con que le guardaba, su espí-

ritu avariento, mezquino y propietario. Sabiendo el tal monje que el santo no le miraba con buenos ojos por su genio interesado y codicioso, le pareció que le podria ganar la voluntad regalándole con un manojo de habas verdes. Sirviólas á la mesa Hesiquio, compañero del santo, el que apenas las vió cuando exclamó que las apartasen de allí, porque apestaban á un hedor de avaricia insoportable; añadiendo que ni los brutos las podrian tolerar, y mandó á Hesiquio que hiciese la experiencia. Con efecto, habiéndoselas echado á los bueyes, luego que las vieron, comenzaron á espantarse, á bramar extraordinariamente, y se enfurecieron tanto, que, rompiendo la cuerda, echaron á correr, llenando el aire de temerosos mugidos.

Entre tanto, llamándole siempre á Hilarion su natural propension á la soledad, gemia sin consuelo, viéndose continuamente rodeado y como sufocado de los innumerables que le venian á buscar, unos pidiendo milagros, y otros solicitando instrucciones. Los obispos, los presbíteros, los clérigos y los monjes, las señoras cristianas, los labradores, los magistrados y las personas de la primera distincion, todos acudian á él en sus necesidades espirituales; pero vencido en fin de su amor al retiro, determinó ponerlo en ejecucion y esconderse en una soledad, donde viviese desconocido al resto de los hombres. Luego que se entendió su resolucion, se conmovió todo el país. Amontonáronse cerca de él mas de diez mil personas y le conjuraron con sus clamores y con sus lágrimas que no desamparase la Palestina; pero el santo se mantuvo inmoble en lo que tenia resuelto, protestando que no comeria ni beberia mientras no le dejasen marchar. Guardábanle sin perderle de vista; pero en fin viendo que efectivamente no habia querido probar bocado en siete dias, se hallaron precisados á condescender. Partió acompañado de una infinidad

de gente hasta Betel; allí los despidió á todos, quedándose solo con algunos solitarios, en cuya compañía se fué al monasterio de san Antonio para celebrar el dia de su aniversario. Desde aquí se encaminó á Afrodita en el alto Egipto, deteniendo consigo solo dos monjes, é hizo alto en un desierto inmediato á aquella ciudad, donde se entregó á la abstinencia, al silencio y á todos los demás rigores, con tanto fervor como si comenzara entonces la carrera. Desolaba á todo el pais una sequía de tres años; y noticiosos los moradores de la llegada del santo, acudieron todos á él suplicándole que les alcanzase del cielo abundante lluvia; logróla, y á esta maravilla se siguieron otras muchas. Con esto, le arrojaron luego del país las honras que todos le hacian. Determinó irse á sepultar en el desierto de Oasis. Habiendo llegado á Bruquion, arrabal de Alejandría, partió de allí la misma noche que llegó, diciendo á los que se empeñaban en detenerle que, si hacia noche en aquel sitio, todos lo pasarian mal por su motivo; y con efecto, la mañana siguiente llegó un destacamento de soldados despachados por Juliano Apóstata para prender al santo, como el mayor enemigo del paganismo que el impío emperador intentaba restablecer.

Entró Hilarion en el horroroso desierto de Oasis, donde estuvo oculto por espacio de un año; pero siguiéndole á todas partes su reputacion, sin poderse librar de ella, determinó pasar á las islas desiertas para vivir desconocido. Con este intento, se encaminó al puerto de Perotonio, donde se embarcó para Sicilia con un discípulo suyo llamado Zanan. Cuando estaban ya en alta mar, entró el demonio en el cuerpo del hijo del patron del navío, y comenzó á gritar: *Hilarion, déjame en paz, á lo menos en el mar; y solo te pido que me dés tiempo para llegar á tierra.* A lo que el santo respondió: *Si mi Dios te lo permite, estate;*

pero si él te arroja, no lo atribuyas á un miserable pecador como yo. Al instante quedó libre el muchacho; y toda la gracia que pidió Hilarion al patron y á toda la tripulacion fué que no descubriesen su nombre á persona viviente. Desembarcó en Pachin, y se metió tierra adentro. Estaba como enterrado en una espantosa soledad, cuando un energúmeno le descubrió en Roma, y por los indicios que dió el mismo demonio, pasó á Sicilia; postróse delante de la cabaña del santo, y al punto quedó libre. A este milagro se siguió el de la curacion de todos los enfermos que acudieron á él de todas partes; tanto, que se extendió su fama hasta Grecia, y allí supo su querido discípulo Hesiquio que su santo maestro estaba en Sicilia. Partió al punto á buscarle; y como le hallase determinado á irse á esconder en algun país de bárbaros, el mismo Hesiquio le llevó á Epidaura en la Dalmacia. El año de 365 salió el mar de sus límites, y amenazaba absorberse toda aquella ciudad. Noticiosos los vecinos de que el extranjero era el célebre obrador de milagros, le buscaron, le cogieron y le llevaron á la ribera. Hizo el santo tres cruces sobre la arena, y al punto se detuvo el mar. El ruido que metió este milagro, fué bastante motivo para que Hilarion escapase á otra parte. Embarcóse, aportó á la isla de Chipre, y sepultóse vivo en el hueco de un horroroso peñasco; pero luego le descubrieron los energúmenos. Parecíale al santo haber encontrado un desierto donde no seria conocido; pero sus mismos milagros le hacian traicion en todas partes. Mantúvose allí cinco años, haciendo una vida mas parecida á la de los ángeles que á la de los hombres. Esparcióse en fin la voz de que Hilarion habia pronosticado su muerte, y al punto concurrió innumerable multitud de gente de toda la isla, y el santo hizo á todos darle palabra de que habian de enterrar su cuerpo en el mismo sitio

donde espirase. Llegada la hora en que el Señor queria premiar á su fiel siervo, sintió cierta especie de temor; pero alentando entonces su fervor y su confianza, se volvió à su misma alma, y le dijo: *Sal, alma mia, sal; ¿qué temes, qué te acobarda? casi setenta años ha que sirves á Jesucristo, ¡y todavía temes morir!* Al decir estas palabras, rindió su espíritu el año de 371, à los ochenta de su edad. Enterraron su cuerpo en el lugar que el mismo santo habia deseado; pero diez meses despues su querido discípulo Hesiquio le hurtó secretamente, y se le llevó á su antiguo monasterio de Mayuma. Muy en breve se hizo glorioso su sepulcro por los milagros. Halláronse sus hábitos tan enteros como cuando murió, y su cuerpo tan fresco y tan intacto como si estuviera vivo. Sucedió su muerte el dia 22 de octubre en que la Iglesia celebra su fiesta.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Hilarionis abbatis commendet; ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad san Hilarion nos haga gratos á vuestra divina Majestad, para que consigamos con su proteccion lo que no podemos con nuestros merecimientos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 45 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia III, pág. 57.

NOTA.

« El elogio de Moisés que hace el Eclesiástico en este lugar, conviene perfectamente á los santos aba-

des que fueron queridos de Dios por su eminente virtud; y tambien lo fueron ó lo debieron ser de los hombres, ganándoles los corazones por la prudencia con que los gobernaron. Sin embargo, esta epístola es con mucha particularidad un vivísimo retrato de san Hilarion, tan amado de Dios como de los hombres.»

REFLEXIONES.

Su memoria se conservará en bendicion. ¡Oh, y qué diferencia hay entre la memoria de los santos y la memoria de los mayores hombres! Aquella se conserva en bendicion, entre alabanzas, en veneracion y entre continuas gracias al cielo. Son alabados los santos despues de su muerte en la congregacion de los fieles. Aunque hubiese sido oscuro su nacimiento; por baja, por vil, por humilde que fuese su condicion; aunque no hubiesen tenido ni espíritu, ni talentos, ni alguna otra de aquellas prendas brillantes que tanto se estiman en el mundo, que se llevan las atenciones, que se arrastran los aplausos; todo lo suple con ventajas la santidad. Pero ¿qué veneracion se conserva por aquellos grandes hombres que hicieron bella figura mientras vivieron? Acabóse la figura con la vida. Metieron ruido; pero ¿en qué paró este ruido un momento despues de su muerte? Acabóse el ruido, y con él pereció al mismo tiempo su memoria. Solo acordarse de un difunto causa miedo; se mira con un género de horror todo cuanto sirvió en vida al uso de su persona. Pero hágase concepto de que el difunto fué un santo; ¿con qué veneracion se mira su cuerpo? Lejos de causar horror, el cuarto donde murió inspira no sé qué consuelo, alegría, respeto y confianza. El ataud donde está expuesto el cuerpo se hace precioso, y se tiene por feliz el que logra una alhajilla de las que sirvieron al difunto. Las telas mas ricas,

los metales de mayor estimacion no parecen ni decentes ni bastantes para envolver ó para engastar un huesecillo, algunos cabellos, una partecilla de su vestido ó de su mortaja. Todos se atropellan por besarle las manos y los piés; todos se postran delante de aquel cuerpo. Los grandes del mundo, los que dominan la tierra, los soberanos, los monarcas, todos se arrodillan delante de él, todos imploran su proteccion, todos se encomiendan á sus oraciones; pero si es un cuerpo muerto, si es un cadáver; no importa, la santidad no solo hace dulce la muerte de los santos, sino que hasta sus cuerpos muertos los hace dignos de la pública veneracion. Aunque el difunto hubiese sido el hombre mas bajo de la república, toda la gente de la mayor distincion, ó por su cuna, ó por sus empleos, hará vanidad y se considerará obligada de concurrir á su entierro. Llevaráse su cuerpo como en triunfo entre los votos y los aplausos del pueblo. ¡En cuántos templos se colgarán sus retratos! ¡en cuántos altares se colocarán sus reliquias! Los siglos mas retirados celebrarán su memoria con veneracion, y en todas partes resonarán sus elogios. ¿Qué grandes del mundo recibieron jamás honra semejante? ¿qué fortuna se puede comparar á la dicha que gozan los santos? Pero los afortunados del mundo mueren, y mueren tambien con ellos todos los honores que les tributaban. El que se rinde á los santos, pasa hasta sus mismas reliquias. No es la reliquia el objeto directo y principal de nuestro culto; el mismo santo que reina con Cristo en el cielo, es el que adoramos y el que invocamos cuando veneramos sus reliquias. La opinion en que estamos de que aquella reliquia que se nos presenta á la vista, es todo su cuerpo ó alguna parte de él; esta opinion, verdadera ó falsa, basta para excitar nuestra devocion, y para que sea agradable á Dios el culto que tributamos á las que creemos ser

reliquias de los santos. No nos pide Dios una crítica severa, sino una piadosa inclinacion á honrar lo que él mismo honra, y á proporcion de lo que le honra el mismo Señor. Acaso por eso, dice san Gregorio, para enseñarnos una verdad tan provechosa como llena de consuelo, no pocas veces obra Dios mayores milagros en los lugares donde verdaderamente no están los cuerpos de los santos que se invocan: *Sancti ad majus fidei nostræ meritum sæpe illic majora signa faciunt, ubi minime per semetipsos jacent.* (Libro 2, Diálog. cap. últ.)

El evangelio es del cap. 19 *de san Mateo, y el mismo que el dia III, pág.* 59.

MEDITACION.

DIOS ES MUY LIBERAL CON LOS QUE LE SIRVEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera la liberalidad con que recompensa Dios todo lo que se hace por su amor. Inspiraciones saludables, auxilios particulares, gracias sobreabundantes, valor de los méritos y la sangre de un hombre Dios, dones sobrenaturales mas preciosos que todo el mundo junto; todo esto es alguna vez recompensa de una lijera obra de caridad, de un solo acto de amor de Dios, de un simple deseo de una alma justa.

Parece que ya no se acuerda Dios de todos los infinitos beneficios que nos ha hecho luego que le damos ocasion, por decirlo así, para hacernos otros nuevos con nuestra fidelidad á su servicio. Al mismo tiempo que da los talentos, da los medios y la industria para negociar con ellos; y en ganando dos, añade cuatro. Toda la Escritura está llena de parábolas y de ejem-

plos que acreditan la liberalidad con que premia Dios en nosotros aquello mismo que él nos da.

Pero ¡con qué atencion está á socorrer las necesidades de sus siervos! ¡qué maravillas obra en favor de los que le siguen! Hambriento el pueblo de las instrucciones y de la doctrina del Salvador, se va tras él: ¡qué cuidado en prever sus necesidades, y qué de prodigios para remediarlas!

Pues fuiste fiel en cosas pequeñas, yo te haré dueño de las mayores. ¿Qué proporcion hay entre el salario y el trabajo, entre el mérito y el premio? Cuando se trata de recompensar nuestros pequeños servicios, solo se aconseja Dios con la infinita grandeza de su inmenso corazon.

Pero ¿qué servicios somos capaces de hacer á todo un Dios? todo cuanto podemos hacer ¿no es obligacion nuestra, y la mas esencial de todas nuestras obligaciones? ¿puede haber para nosotros ni mayor gloria, ni mayor recompensa, que él mismo admitirnos á su servicio? Sin embargo, quiere Dios recibirnos por mérito nuestras mismas obligaciones; quiere señalar un infinito premio á la mas lijera prueba de nuestra debida obediencia. Por haber estado prontos á su voz, por haber alargado un vaso de agua en su nombre, por haberle tributado nuestro respeto; ¡un paraiso, una gloria eterna, una felicidad que la hace el mismo Dios! ¡Oh y cuánta verdad es que Dios todo lo premia como Dios! Y despues de todo esto, ¡será posible, divino Salvador mio, que yo quiera servir á otro dueño!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque Dios no recompensara nuestros servicios con otra cosa que con dignarse de admitirlos, quedaríamos sobradamente recompensados,

¿Cuántos grandes no reciben otra recompensa en la corte por lo que sirven al soberano? Perdieron la salud, gastaron toda la vida, arruináronse en el servicio del rey, y una palabrita benigna, un mirarles alguna vez con agrado vale para ellos un elogio, y suele ser no pocas veces todo el premio que reciben. Pero al mas pequeño acto de mortificacion, al sacrificio de un momento, á un nada hecho ó padecido por Dios, se sigue al instante una asombrosa abundancia de bendiciones. Ni en el gran dia de los premios, que es el dia del juicio, quiere Jesucristo hacer mencion de otras cosas sino de las mas ordinarias, de las menos ruidosas y de las mas fáciles. ¡Mi Dios! un torrente de delicias: océanos inmensos de consuelos: una bienaventuranza infinita, eterna, por un maravedí que ofrecí á vuestro tesoro; por una visita que hice á un pobre enfermo, á un encarcelado; por haber cumplido con un acto de religion, á que estaba obligado debajo de graves penas; y como si todo esto fuera poco, como si no fuera bastante, vos mismo quereis ser mi recompensa. *Ego ero merces tua magna nimis.* ¡O mi Dios, y con todo eso, teneis pocos que os sirvan! ¡y hay hombres que tengan por gran trabajo el serviros! ¡y los hay negligentes, los hay disgustados en vuestro servicio! ¿Tenemos fe? ¿sabemos bien la religion que profesamos?

Hé aquí, Señor, dice san Pedro, *que todo lo hemos dejado, y vamos en seguimiento de vos.* Por cierto que no era gran cosa todo lo que habian dejado: una barca y unas redes viejas; pero con todo eso, ¡qué recompensa! Abundancia de dones del Espíritu Santo: favorecidos, privilegiados de Dios vivo, aun esto es poco; sentados en sus sillas con Jesucristo para juzgar á los mortales, y al frente de todos los escogidos para seguir á Jesucristo en su gloria. ¡Mi Dios, y con qué liberalidad recompensais á los que os aman!

¡Cuánta razon tuvieron los santos para serviros con tanto valor y con tanta fidelidad!

Mas porque no se creyese que esta liberalidad se limitaba precisamente á los apóstoles, añade inmediatamente: *Cualquiera que por mi amor dejare su casa ó sus hermanos*, es decir, cualquiera que me amare con ternura, que me sirviere con fidelidad, que guardare mis mandamientos con perseverancia, yo mismo seré su premio por toda la eternidad. Sí; ninguna cosa se hará por Dios, por mínima que sea, que quede olvidada; ni un solo cabello será arrancado por él, que no se lleve exacta cuenta; ninguna accion exterior, ningun acto interior que tenga á Dios por motivo, que no sea eternamente recompensado. ¡O liberalidad, ó prodigalidad divina, y cuánto me confundis!

¡Qué dolor, mi Dios, y qué desesperacion es la mia por no haber querido servir á un amo tan liberal, que admite por servicios los deseos! Se acabó; y así os lo prometo con toda la sinceridad que me es posible: yo os amaré toda mi vida, yo os serviré con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡Oh, Señor, y qué consuelos teneis reservados para los que os aman y os temen!

Quàm bonus Israel Deus his qui recto sunt corde! Salm. 72.

Qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazon!

PROPOSITOS.

1. Basta una simple tintura de nuestra religion, basta un mediano conocimiento de la infinita bondad de nuestro Dios, basta la memoria de lo que Dios ha dicho y hecho en favor de los que le sirven, para convencernos de la liberalidad con que recompensa los menores servicios que se le hacen, y de que siempre los recompensa como Dios. No derrama sus liberalidades únicamente sobre las grandes acciones que se hacen por él: premia hasta el mas mínimo deseo, hasta la voluntad sola que se tiene de darle gusto. Acuérdate de tantos beneficios como has recibido en el discurso de tu vida; todos los debes á la pura bondad, á la pura liberalidad de tu Dios. Pero no, no nos debemos parar en las recompensas de esta vida; nunca levantes los ojos al cielo sin considerar que allí es donde te tiene Dios reservado el premio de tus menores servicios. Una bienaventuranza infinita y eterna, un conjunto de todos los bienes, una felicidad sin límites, sin medida, la misma esencia de Dios; este ha de ser tu premio.

2. Pero no debes servir á tan buen amo precisamente por consideracion al premio; mas puro, mas desinteresado ha de ser nuestro motivo. En medio de eso, alienta el corazon la memoria de la bondad y de la liberalidad con que recompensa Dios á los que le sirven. Son ordinarias, son comunes en esta vida las adversidades, los trabajos, los contratiempos y las mortificaciones; pues cotéjalas entonces con el premio que te espera. Si te parece que Dios es poco liberal contigo en recompensas temporales, alégrate y dale mil gracias, porque es señal que te las reserva para la otra. Y ¿dónde hay mayor consuelo?

SANTA SALOMÉ, VIUDA.

Era consiguiente á los grandes beneficios que ha recibido España de su primer apóstol y patron Santiago, que nuestra Iglesia tuviese en gran precio la memoria de su santa madre, tantas veces celebrada en los evangelios; y que eligiese en el discurso del año un dia en que le dedicase festividad. Por el discurso de muchos siglos estuvo sin celebrarse la memoria de esta santa, hasta que el arzobispo y cabildo de la santa iglesia de Santiago, reflexionando sobre una falta que pudiera atribuirse á toda la nacion, procuraron remediarla con piadosa industria. Dispusieron un oficio propio de esta santa, á quien ya anteriormente celebraba la iglesia compostelana; y habiendo pedido su aprobacion á la sagrada congregacion de Ritos, vió esta y reconoció la justicia de la súplica, y en su consecuencia expidió su decreto á 28 de agosto de 1762, en el cual, atendiendo á las preces del rey católico, no solamente aprobó el oficio con el rito de segunda clase para todo el arzobispado de Santiago, sino que le extendió tambien con el de doble mayor para todos los dominios de España. Lo doloroso es que de esta mujer virtuosa sean tan escasas las noticias que nos han quedado; pero ellas sirven, no solo para comprobar su existencia, sino para hacer tan auténtica su santidad, que de pocos santos se podrán producir monumentos tan fidedignos. Estos se reducen únicamente á los que se contienen en los cuatro evangelios, y á lo que de ellos se deduce sin violencia, mayormente cuando está apoyado con el dicho ó sentencia de algun santo padre. Bajo este concepto, referiremos lo que de esta santa mujer dijeron los evangelistas, que será lo bastante para formar

un juicio cabal de su santidad y alguna idea de su vida, que es como se sigue.

Fué santa Salomé mujer del Zebedeo, y madre de los gloriosos apóstoles Santiago el mayor y san Juan evangelista, llamado por otro nombre el discípulo amado. No se sabe el lugar de su nacimiento, ni quienes fueron sus padres; pero se sabe que era parienta de la Vírgen santísima; por cuyo motivo se trata á sus hijos en el Evangelio como consanguineos de Jesucristo. Se puede presumir que seria oriunda de Nazaret, en donde sabemos que tenian su casa los padres de la Madre de Dios. Como á toda esta santa descendencia estaban hechas las magníficas promesas del nacimiento del Mesías, y se acercaba ya el tiempo de ser enteramente cumplidas, Dios mismo cuidaba de derramar copiosamente sus gracias en todos los individuos de este linaje. Santos y virtuosos eran Joaquin y Ana; santos y virtuosos Isabel y Zacarías; varon justo era el santo José; santos y santísimos fueron Santiago y san Juan; virtuosos sus padres; y por la misma razon, podemos conjeturar que lo serian tambien sus abuelos. Estos darian una educacion á santa Salomé muy semejante á la que ella daba á sus hijos, cuya bondad se comprueba con la pronta correspondencia que dieron á los divinos llamamientos, y la admirable prontitud con que siguieron á Cristo. Casada con el Zebedeo, que era pescador de oficio, aunque con barca propia, se deja conocer, ó que no era tanta su nobleza, como dice el padre san Jerónimo (*Epíst.* 1[illegible] *ad Principiam virginem*), suponiendo que era conocida del sumo pontífice por la nobleza de su linaje, ó que la escasez de bienes de fortuna la habian oscurecido, como acontece frecuentemente en el mundo. Lo cierto es que sus haberes no pasaban de una barca y unas redes, las cuales no debian estar muy buenas; pues, cuando Jesus pasó por el lago de Genezaret, que los

hebreos segun su costumbre llamaban mar, estaban componiéndolas y remendandolas, prueba de que no eran nuevas, ni estaban en aquel estado que las suelen tener las personas ricas y poderosas. Orígenes en el libro primero contra Celso pretende colocar á esta santa familia en una mediania de nobleza, haciendo distincion entre el navegante, ó marinero y pescador; atribuyendo á este último un estado humilde de personas que ganan el sustento con mucho trabajo y con el sudor de su rostro, y al primero mayor riqueza y algunas conveniencias. Pero esta distincion parece algo frívola, porque tambien Simon Pedro tenia su nave propia, como se dice en el capítulo quinto de san Lucas, sin que por eso se le extraiga de la condicion de un pobre pescador. De todo ello resulta que santa Salomé era de pobre linaje, atendiendo á los bienes de fortuna; pero muy rica si se atiende á la rectitud de costumbres.

En el tiempo que Jesucristo llamó á sus dos hijos al apostolado, nada se dice de que hiciese oposicion, ó sentimiento, lo cual es prueba de gran virtud. Tanto Santiago como san Juan eran ya de edad competente para ayudar á su padre en el ejercicio de la pesca; esto sin duda alguna les traeria grande utilidad: por otra parte, es bien notorio el amor que tienen las madres á sus hijos, y que siempre quisieran tenerlos á su lado para tener cerca de sí en qué desahogar el amor maternal. Amor por una parte é interés por otra, son dos agentes muy poderosos, respecto del corazon de una mujer. Sin embargo de esto, cuéntale su marido el Zebedeo lo que habia pasado con sus dos hijos, como estando á la orilla del mar habia pasado por allí Jesus, les habia mandado que le siguiesen, y al momento le habian seguido, dejando las redes, dejando su oficio, y lo que es mas que todo, dejando á su mismo padre. Cuando el Zebedeo referia estas

cosas, veia santa Salomé que eran verdaderas; pues realmente veia que no habian vuelto sus hijos á tomar el alimento diario en su propia casa. Cualquiera madre en semejantes circunstancias parece que habia de acusar de ingratos á sus hijos, y de tirano, cruel ó engañador al que los habia arrancado del seno de su casa. Nada de esto se lee de santa Salomé; antes bien se puede creer que concibió una santa envidia de san Juan y Santiago, y que desde aquel mismo instante propuso imitarlos, si era servido Dios quebrantar los lazos del matrimonio, que por entonces la tenian atada. No debió de tardar en suceder asi, segun parece del santo Evangelio; pues vemos que bastante antes de su muerte seguia á Jesucristo, juntamente con otras mujeres piadosas, naturales de Galilea. Esto era una costumbre entre los hebreos, y en el capítulo 8 de san Lucas se señalan muchas mujeres que seguian a Jesus y á los apóstoles, sirviéndolos y dándoles de sus propias haciendas por solo la recompensa de que las enseñasen y dirigiesen por el camino de la vida. San Jerónimo sobre san Mateo advierte esta misma costumbre de los judios, por lo cual el vulgo no se escandalizaba; y escribiendo san Pablo á los Corintios (*Epist.* 1, *cap.* 9) pregunta asi: *¿Por ventura no tengo yo facultad de llevar una mujer en calidad de hermana por los pueblos y ciudades en donde predico, como lo hacen los demás apóstoles?* Luego, pues, que Salomé se vió libre de las ataduras del matrimonio por la muerte de su marido el Zebedeo, vendió lo que tenia, y llevó el precio á los piés de Jesucristo, prometiendo seguirle, como lo hacian los apóstoles y muchas mujeres piadosas. En esto mismo se manifiesta el desprecio con que miraba esta santa mujer las cosas terrenas, y el esmero con que anhelaba por las celestiales y divinas. En compañía de Jesus y de tantas piadosas mujeres como le seguian, nada podemos suponer en ella

que no sea muy conforme á la doctrina del Evangelio, de la cual hacian profesion; pero sin embargo, fuese por amor de madre, ó fuese por la satisfaccion que le inspiraba el parentesco con Jesucristo, hizo con este Señor una pretension que causó por entonces gran disturbio entre los apóstoles, y ha sido causa de que posteriormente algunos santos padres la hayan notado á ella y á sus hijos de ambiciosos.

Habia oido Salomé decir á Jesus (*Matth.* 19) que sus doce apóstoles se habian de sentar con él en doce sillas para juzgar á las doce tribus de Israel, y ya desde entonces habia concebido pensamientos de pedirle á Jesucristo que mirase á sus hijos con alguna distincion. Oyóle decir despues aquella admirable parábola de los trabajadores de la viña, á los últimos de los cuales dió igual premio que á los primeros, á lo cual se siguió una noticia cierta de lo que le habia de suceder dentro de poco. Caminaba Jesus á Jerusalen, y llamando aparte á sus apóstoles, les dijo: *Hé aquí que subimos á Jerusalen, y el Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, quienes le condenarán á muerte, y le entregarán á las gentes para que hagan de él escarnio, y le azoten y le crucifiquen, y al tercer dia resucitará.* Los hijos de Salomé no pudieron callar el secreto, y así dieron parte á su madre de lo quo les habia dicho Jesucristo. San Agustin *lib.* 2 *de Consensu Evangelist. cap.* 64, San Juan Crisóstomo, *Homil.* 66, y otros piensan que santa Salomé fué instada y movida de sus mismos hijos á hacer la peticion que luego referiremos; pero esto no consta del Evangelio. Es cierto que Jesus dirigió su respuesta á los dos apóstoles: es tambien cierto que san Marcos refiere como vinieron ellos mismos á hacer la pretension; pero casi todos los santos padres y expositores del Evangelio refieren esta historia de la manera que la cuenta san Mateo, y

concuerdan los evangelistas, diciendo que Jesucristo respondió derechamente á los apóstoles, porque les atribuyó á ellos la pretension de su madre. Esta, pues, se fué á Jesus acompañada de sus dos hijos, y habiéndole hecho antes reverencia, se quedó como cortada en ademan de querer pedir alguna cosa, pero sin atreverse á declarar su peticion. Bien conoció el amoroso Jesus todos los secretos de su corazon, y pudiera haberle vuelto la espalda sin permitir que declarase su debilidad; pero quiso que manifestase la llaga para como médico celestial aplicar la medicina. Díjole, pues: *¿Qué es lo que quieres? Conozco en tu semblante que tienes conmigo alguna pretension, y que no te atreves á manifestarla: dí, pues, á qué se reduce lo que deseas para complacerte si es tu pretension justa.* Viendo Salomé que Jesus le franqueaba la puerta para introducir su pretension, le dijo ya sin rezelo: *Señor, pretendo que en vuestro reino se sienten estos dos hijos mios, uno á la derecha, y otro á la siniestra, ocupando las dos primeras y principales dignidades.* Luego que Jesucristo oyó la pretension, conoció que procedia de afecto terreno y ambicion, y desde luego se propuso curar de raiz aquel mal, enseñándoles lo que en aquella materia prescribia la ley del Evangelio. Algunos santos padres, ó, por mejor decir, la mayor parte de ellos convienen en que Salomé cometió exceso en esta peticion, y que no debiera haber condescendido con las solicitudes de sus hijos; y á la verdad la severa respuesta de Jesucristo convence esto. Sin embargo, san Jerónimo y san Ambrosio la disculpan: el primero, diciendo que era ignorancia mujeril, y un piadoso afecto hácia sus hijos; y el segundo dice que, si es error, es error de piedad, porque las maternales entrañas no pueden sufrir dilaciones cuando se trata de la comodidad de sus hijos; y así dice el santo padre: *Considerad que es ma-*

dre, reflexionad que es madre. Orígenes (*Homil.* 25 *in Lucam*) dice que algunos herejes aseguraron que la diestra y siniestra que solicitaron Santiago y san Juan fueron concedidas á san Pablo y á Marcion. Pero dejando aparte las varias exposiciones de los sagrados intérpretes, sigamos la historia de nuestra santa.

Conceptuó Jesucristo que los apóstoles Santiago y san Juan estaban todavía muy apegados á las cosas terrenas, y asi quiso examinarlos perfectamente, echándoles primero en cara lo errado de su pretension, por lo cual les dijo: *No sabeis lo que os pedis: ¿podeis beber el cáliz que he de beber yo?* esto es, ¿podréis padecer los horribles tormentos que anteriormente os he manifestado me aguardan en Jerusalen, y además de esto, una muerte afrentosa? Los hebreos significaban los mayores males y trabajos con los nombres de cáliz y de bautismo, como se advierte en los salmos 10, 74, 68 y 143, templando con estas voces agradables lo áspero y amargo de las persecuciones é infortunios. Sin embargo de esto, como estaba tan reciente la relacion que les habia hecho Jesucristo de lo que habia de padecer en Jerusalen, y como habia de ser entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas para ser escarnecido, azotado y clavado en una cruz, no podian ignorar que bajo el nombre de cáliz y de bautismo se significaban aquellas terribles penas. Pero cuando la ambicion llega á apoderarse del corazon humano, por mínima que sea, ciega y oscurece los dictámenes de la razon y todo prudente discurso. Así sucedió en san Juan y Santiago; pues, sin aguardar á que respondiese su madre á la pregunta de Jesus, respondieron ellos confiados mas de lo justo: Sí, Señor, podemos beber el cáliz que habeis de beber, y nos hallamos con fuerzas y resolucion par ser bautizados con vuestro bautismo. La Sabiduría infinita conoció muy bien la necia confianza

de donde procedia aquella respuesta, mas no quiso desanimarlos, porque tambien conoció al mismo tiempo la grandeza de alma y prontitud de voluntad que manifestaban en servirle; y que los que deseaban estar á la diestra y siniestra de su persona no dejaban de manifestarle bastante amor. *Beberéis mi cáliz,* les dijo; *pero el sentaros á mi diestra ó á mi siniestra no está en mi mano el concedéroslo á vosotros, sino que será para aquellos para quienes está preparado por mi Padre.* Quiere decir: *Las primeras sillas de mi reino no son como las dignidades terrenas, ni se dan por respetos de parentesco, amistad, ó recomendacion; se dan sí á aquellos que, segun los eternos decretos de mi Padre, se harán mas acreedores. A los que combatieren mejor sus pasiones, á los que hicieren un justo aprecio de las inspiraciones de la gracia, á los que no rehusaren los trabajos ni las fatigas, á los que, finalmente, cumplieren la ley evangélica, á estos les serán distribuidas las recompensas á proporcion de su mérito, sin que se les falte en el mas mínimo ápice de la justicia.* De esta manera, sin quitarles la esperanza de poder conseguir los primeros honores, los estimuló á merecerlos con las obras, en lo cual se advierte una conducta propia de la divina Sabiduría y de la infinita misericordia.

Es de creer que santa Salomé, despues de esta instruccion de Jesucristo, se esmeraria mas y mas en desarraigar de su corazon los afectos terrenos, y en seguir su santísima doctrina con mayor pureza. Es creible tambien que se hallase presente á aquellos altísimos discursos y lecciones de caridad que dió el divino maestro en los últimos tiempos de su vida. A lo menos se sabe del Evangelio que en el tiempo borrascoso de la pasion, cuando todos los apóstoles habian huido, á excepcion de san Juan, esta santa, juntamente con otras mujeres, le acompañaron hasta el

Calvario, sin que el terror de los soldados amedrentase la debilidad de su sexo, ni se disminuyese su fe, porque veian padecer á Jesus como si fuera puro hombre y facineroso. Es verdad que solamente la Vírgen María y san Juan estaban junto á la cruz; pero Salomé y las demás mujeres que le habian seguido de Galilea, permanecian no muy lejos de allí. Esta santa fué tambien de las que acompañaron el santísimo cuerpo de Jesus cuando le llevaron al sepulcro, y estuvo tan lejos de rebajar el concepto que tenia formado del divino Maestro, que antes bien desde entonces comenzó á esperar su resurreccion. En la tarde del sábado se juntó con otras mujeres piadosas, y compraron aromas con ánimo de ir por la mañana á ungir el cuerpo de su Maestro. Concertaron esto entre sí, sin decir nada á los discípulos, y el sábado muy de mañana fué Salomé con las demás mujeres á poner en ejecucion sus piadosos intentos. Por el camino fué hablando sobre la dificultad de quitar la piedra con que habian cubierto el sepulcro; pero sin embargo, no perdieron la esperanza. Llegaron allá, encontraron el sepulcro abierto; y habiendo entrado en él, no hallaron el cuerpo de Jesus. Consternóse Salomé con las demás; pero su consternacion duró poco, porque inmediatamente se les aparecieron dos ángeles vestidos de blanco y cercados de resplandores, quienes les aseguraron como habia resucitado segun lo habia prometido; dijéronles tambien que diesen cuenta de esto á los demás discípulos; y que los precederia en Galilea como lo habia prometido. Quedaron las santas sorprendidas con la vista de los ángeles, y mucho mas con lo que les dijeron de la resurreccion de Jesucristo. El temor y la alegría se apoderaron de sus corazones, y saliendo Salomé y las demás del sepulcro, echaron á correr para dar á los discípulos la nueva que habian oido; pero en medio de su carrera fueron todavía mu-

cho mas felices, porque se les apareció Jesus resucitado, y les dijo: *Dios os guarde*. Salomé y las demás, conociendo á Jesus, se fueron á él, se postraron en su presencia, y le tributaron las mas humildes adoraciones. Jesus, lleno de dignacion y de benignidad, les dijo que no temiesen, que fuesen á anunciar su resurreccion á sus hermanos, encargándoles que fuesen á Galilea en donde le verian. Ejecutáronlo así las santas mujeres, y no se sabe mas del resto de la vida de santa Salomé. El breviario actual de España asegura que sufrió persecuciones, lo que es muy creible, atendida su constancia en la fe, y las persecuciones sangrientas que movieron los judíos contra los discípulos de Jesucristo. El martirologio romano dice que murió en Jerusalen; otros testifican que murió en Provenza, y que allí se conserva su cuerpo. Uno y otro es dudoso; pero no lo es que descansa con su hijo en el cielo, y que desde allí empleará su patrocinio, como lo hace tambien Santiago, en beneficio de los Españoles y de todos los fieles.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Jerusalen, san Marcos, obispo, varon muy ilustre é instruido, quien fué el primer gentil que gobernó aquella iglesia, y poco tiempo despues mereció la palma del martirio bajo el emperador Antonino.

En Andrinópolis de Tracia, la fiesta de san Felipe, obispo, san Severo, presbítero, san Eusebio y san Hermas, mártires, quienes fueron quemados bajo Juliano Apóstata, despues de los trabajos de una cárcel y de los azotes.

En el mismo lugar, san Alejandro, obispo, san Heraclio, soldado, y sus compañeros, todos mártires.

En Fermo en la Marca de Ancona, san Felipe, obispo y mártir.

En Huesca de España, santa Nunillon y su hermana santa Alodia, vírgenes, las que, por haber confesado la fe, fueron decapitadas por los Sarracenos, consumando así su martirio.

En Colonia, santa Cordula, una de las compañeras de santa Ursula, la cual, asustada de los suplicios y de la muerte de las demás, se escondió; mas arrepentida de su flaqueza, se presentó al otro dia, y recibió la corona del martirio despues de todas las otras.

En Hierópolis de Frigia, san Aberzo, obispo, que floreció en tiempo del emperador Marco Antonino.

En Ruan, san Mellon, obispo, enviado allí, despues de ordenado por el papa san Estéban, para predicar el Evangelio.

En Toscana, san Donato el Escocés, obispo de Fiésoli.

En Verona, san Verecundo, obispo y confesor.

En Jerusalen, santa María Salomé, de quien se lee en el Evangelio haberse encargado de la sepultura de Nuestro Señor.

En el obispado de Besanzon, san Valiero, diácono de Langres, mártir.

En Clermont de Auvernia, san Nepociano, obispo.

Cerca de Givry en Argona, diócesis de Chalons del Saona, san Luvente, abad de San Privato de Mende.

En Berzet en Parmesan, san Moderando, obispo de Rennes en la Bretaña.

Cerca de Breda en el Brabante, san Ulberto, labrador.

Este mismo dia, san Julio, martirizado con otros muchos cristianos de ambos sexos, venerado por los Coftos y los Abisinios.

En Egipto, san Abibo, monje, venerado por los cristianos de Etiopia.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente :

Domine Jesu, pro cujus amore beata Salome inter primas tibi fideles omnia dimisit, et te sepultum venerari curavit; concede propitius, ut ejus imitatione tecum consepulti, æternæ resurrectionis participes effici mereamur. Qui vivis et regnas...

O Señor y Jesus, por cuyo amor la bienaventurada Salomé entre todas las almas que te fueron primeramente fieles lo dejó todo por ti, y cuidó de venerar tu sagrado cuerpo cuando estaba sepultado; concédenos, misericordioso Señor, que, imitando sus obras, y sepultados contigo, merezcamos ser participantes de la resurreccion eterna. Tú que vives y reinas ..

La epístola es del cap. 31 *de los Proverbios, y la misma que el dia XVII, pág.* 412.

REFLEXIONES.

Si todas las mujeres cristianas considerasen con frecuencia las sentencias del Espíritu Santo, que se contienen en la presente epístola, y arreglasen á ella su conducta, todos los fieles vivirian en esta vida con una tranquilidad y ventura muy semejante á la que disfrutan los bienaventurados. Todos aquellos que han meditado sobre la conexion que tienen entre sí todos los seres de que se compone esto que llamamos naturaleza, cuando descienden á las operaciones de la criatura racional, convienen por la mayor parte en que las mujeres son el móvil de casi todos los sucesos de la vida social. Ellas logran un grande ascendiente sobre el corazon de los hombres : en sus manos colocó el Altísimo los mas eficaces atractivos para que se verificase aquella santa union del matrimonio, sin la

cual ni habria familias, ni poblaciones, ni mundo. Además de esto, como tienen á su cuidado la formacion de todos los corazones en sus principios, y son casi las solas maestras de la educacion, inspiran su amor y su adhesion en las máximas de su enseñanza, y no pueden menos de seguir, ó por ceguedad ó por respeto, las determinaciones de su voluntad aquellos que les son deudores de su existencia. Si empleasen este poder, estas concesiones de Dios, estos privilegios de la naturaleza, y estos encargos de la sociedad con aquella integridad y pureza que corresponde, todos los individuos de la naturaleza humana saldrian bien educados; serian la paz y la ventura de las familias, y todos los trabajos que se siguieron al pecado del primer hombre, hallarian consolacion y remedio en la prudencia y santidad de sus oficios. ¿Cuál será la causa de que no se verifique esto, y de que, diciendo el Espíritu Santo que una mujer buena es la corona del varon, y el premio con que recompensará el cielo sus virtudes, sean tan pocas las madres de familia en quienes se verifiquen estas promesas? Lo que se decia al principio, la falta de reflexion y meditacion sobre los caractéres con que en la presente epístola señala á la mujer fuerte y virtuosa el Espíritu Santo.

Lo primero que le atribuye es la confianza de su marido, diciendo que en ella confia su corazon. Este solo carácter es uno de los mayores elogios que se pueden dar á una mujer buena; porque con esto está dicho que su esposo no solamente está seguro de su castidad, de su amor, de su virtud y de su prudencia, sino que descansa en ella tambien en órden al gobierno de la casa, por cuanto la ve industriosa y solícita; por eso, añade que no tendrá necesidad el marido de procurar muchas presas y despojos en la guerra para mantener su familia. El segundo carácter es de la especie del primero, universal y compren-

sivo de todas las cualidades necesarias para formar una mujer fuerte ó una buena esposa. Este consiste en decir que en todos los dias de su vida no dará á su marido el mas lijero motivo de sentimiento, que le producirá siempre bienes y nunca males. Pinta despues específicamente los oficios de una buena mujer que merezca el nombre de matrona virtuosa, y dice que la que es tal, busca lana y lino, lo hila por sus propias manos, forma paños y telas, las vende, y con el dinero que le produce este comercio socorre las necesidades de su familia; de manera que con su trabajo es semejante á la nave del que comercia, y produce iguales efectos. Por la noche no se entrega al sueño descuidada, sino que le interrumpe á cierta hora para distribuir las respectivas raciones á los que han de ir á trabajar á la aurora, dando tambien á las criadas con que vayan disponiendo su mantenimiento. Al tiempo que se manifiesta tan industriosa, ahorrando en su casa sin miseria, pero con economía, y trayendo de fuera el fruto de su trabajo, pone los ojos en una tierra, la compra, y con lo que le fructificaron las manufacturas propias, plantó en ella una viña. Lejos de parecer delicada, trabaja con sus propias manos, maneja por sí misma los negocios y operaciones que necesitan mayor robustez, contenta de trabajar dia y noche al ver que el fruto corresponde á su fatiga. Los bienes que consigue, no los quiere para sí sola, sino que abre sus manos benéficas para socorrer á los miserables, que en ella siempre hallan consuelo. No teme que en su casa sea sentido el frio de la nieve, porque todos sus familiares tienen vestido doble; ella misma fabrica los tapices y tapetes de varios colores; ella se viste de viso y de púrpura, y su marido, aun mejor vestido que ella, hace la figura de un noble entre los senadores de la tierra. La sabiduría, la fortaleza, la misericordia y la tranquilidad de conciencia la

acompañan hasta los últimos instantes de su vida. Sus hijos hacen eterna su memoria, predicándola bienaventurada y santa, aun mas con sus obras que con sus palabras, y su marido hace de ella continuamente magníficos elogios. Hé aqui la pintura que hace el Espíritu Santo de una mujer virtuosa, de una honesta matrona; á este ejemplar deberán mirar continuamente las mujeres cristianas, las honestas esposas, las buenas madres de familia, si quieren ser tenidas por tales delante de los hombres, y recibir la recompensa de Dios.

El evangelio es del cap. 20 *de san Mateo.*

In illo tempore: Accessit ad Jesum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam et unus ad sinistram, in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.

En aquel tiempo: Se acercó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole alguna cosa. El cual le dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos mios se sienten uno á tu diestra, y otro á tu siniestra en tu reino. Respondiendo, pues, Jesus, dijo: No sabeis lo que pedis. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Díjoles: Bebereis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION.

SOBRE LOS DAÑOS DE LA AMBICION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la ambicion es un vicio tan feo y abominable, que, aun prescindiendo de lo sobrenatural, constituye al hombre en esta vida en un estado tan calamitoso, que por esto solo deberia aborrecerse.

Considerando esto, san Bernardo en el libro 3 de sus Meditaciones exclama: *¡O ambicion, cruz de los pretendientes, cómo es que, atormentando á todos, á todos agradas! Ninguna cosa atormenta mas acerbamente, ni inquieta con mayor molestia.* Tiene razon san Bernardo; porque el ambicioso ni hay trabajo que rehuse, ni servidumbre á que no se abata, ni cautividad y prision á que no se sujete para lograr sus intenciones. Si echamos una ojeada por los palacios y antesalas de los poderosos, hallaremos tan repetidos ejemplares de esta verdad, que causa horror el ver que la condicion de cristianos no baste para contener á los hombres de abatirse á tanta humillacion. Porque, ¿á qué torpes bajezas no se expone un ambicioso para llegar á lograr la gracia de aquel por quien espera ser ensalzado? Él predica por virtudes las acciones mas injustas, alaba su genio, engrandece su ascendencia, canoniza de piedades sus tiranías, llama justicia á sus usurpaciones, hace de fiscal contra los pupilos y viudas, excusando y aun justificando la opresion que padecen de parte de su ídolo, y aun llega su vileza á tributar respetos á las mas despreciables personas que habitan en los zaguanes y caballerizas de su casa. Y esto no lo hacen por un breve

tiempo, ó algunas veces contadas; su servidumbre y bajeza debe existir á todas horas, debe durar todo el tiempo que dure la ambicion, porque en la hora que falte cualquiera de estas condiciones torpes, su personaje se ofende, y cesan todas las esperanzas ambiciosas; como estas no pueden nacer sino de un corazon lleno de soberbia, se deja conocer lo duras, lo pesadas, lo terribles que deben ser semejantes acciones para los miserables ambiciosos pretendientes. Porque si no, ¿á qué fin son todas aquellas demostraciones viles con que se humilla, adula, lisonjea, se hace ver alegre cuando se está triste, y triste cuando se está alegre, siendo el norte de sus afectos el semblante de su protector? Por ventura, ¿no se humilla y arrastra por tierra para lograr ser ensalzado? su esclavitud y servidumbre ¿no van dirigidas á lograr la dominacion? ¿no se hace menor que el mas vil lacayo para levantarse y sobreponerse á todos sus semejantes? ¿no sacrifica la verdad, y cubre con un velo vergonzoso la sabiduría para hacerse dueño despótico de uno y otro, pretendiendo que solo domine su opinion, y que no haya mas verdad ni mas razon que la que intimen sus palabras? Registra la conducta de los ambiciosos, de que tantas imágenes ofrece el mundo, y encontrarás que esto es puntualmente lo que pasa; hallarás que, aun por lo respectivo á lo temporal, la ambicion es lo que dijo san Bernardo, una cruz, un tormento, un verdadero suplicio de los ambiciosos, y que por tanto constituye el estado mas miserable y calamitoso que puede encontrarse en el mundo. ¿Es posible, Dios mio, que, siendo esto así, han de ser tantos los hombres que corran tras de su propia desventura? ¿Es posible que no ha de bastar para retraerlos de un vicio tan feo, ni aquel miedo, turbacion y congoja que los agita mientras dura la pretension, ni aquella mortal tristeza, desprecio y abatimiento con que se

quedan cuando ven frustradas sus esperanzas, inutilizados sus trabajos, y que el mundo se ha portado con ellos con la perfidia que acostumbra? Gran Dios, yo os doy infinitas gracias, porque en este momento habeis ilustrado mi alma acerca de una materia tan peligrosa; yo aborreceré toda dignidad que no me venga destinada por vuestra mano, y desde este momento me coloco y resigno en las disposiciones de vuestra adorable Providencia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, además de los males insinuados que tiene que sufrir el ambicioso en órden á lo temporal y terreno, sujetándose á vilezas que le degradan, es preciso que, cuando llegue un momento de luz, conozca todos sus yerros, la deformidad é injusticia de su conducta, y que, colocado en la cima de una sublime dignidad, se tenga por el hombre mas infeliz, temiendo de un momento á otro su total ruina, y que ejecuta Dios en él sus venganzas.

Es cierto que, como dice san Juan Crisóstomo (*Homil.* 43 *ad pop. Antioq.*), el furor de conseguir mayor gloria ciega de tal manera que suele hacer estúpida la mayor perspicacia de entendimiento; pero tambien es cierto que ha de llegar un momento en que se corra el velo á todas las apariencias, y comparezcan libremente la verdad, la razon y la justicia á manifestar al ambicioso su conducta, segun el aspecto de toda su enormidad. ¡Què congojas entonces las del miserable que se ve ensalzado injustamente sobre el humilde y virtuoso, á quien de justicia se debia aquella dignidad! ¡qué temores los suyos cuando, viendo claramente sobre sí una multitud de grandes obligaciones y la debilidad de sus fuerzas, se ve en la precision ó de renunciar la carga que no puede llevar, ó

de llevarla á precio de la condenacion de su alma! La desesperacion y el despecho se apoderan entonces de su infeliz corazon, y el término de toda su ambicion es la ruina. Esta consideracion parece algo hiperbólica; pero á la verdad son tan repetidos los ejemplares que nos ofrecen las historias sagradas y profanas, que seria una imprudencia el juzgar de lo sucesivo de diversa manera que hemos visto suceder con lo pasado. Apenas se encuentra ninguno que haya tenido ambicion por lugares altos, que no haya sido víctima funesta de su misma ambicion. Los ángeles pretenden subir sobre los astros del cielo, y exaltar allí su solio, y son precipitados á los abismos y convertidos en demonios. Adan y Eva pretenden la ciencia de Dios, y caen en el error, en la ignorancia, en la debilidad, en la enfermedad, en la muerte, y lo que es mas, en perder el derecho al reino de los cielos. Coré, Datan y Abiron se levantan llenos de soberbia y ambicion contra Aaron y contra Moisés, y permite Dios para castigo suyo y escarmiento ajeno los trague la tierra vivos. A este tenor han recibido todos los ambiciosos el castigo de sus deseos altivos, verificándose que aun despues de la consecucion de las vanas honras, por que tanto se anhela siempre, queda pesar, tormento, congoja, ruina y el castigo de Dios, que es severo é inexorable con los ambiciosos. Estos ejemplos son verdaderamente terribles, y bastarian para imponer el terror á todos aquellos que aspiran á ensalzar y mejorar su suerte; pero, cuando no lo consigan, deberá alcanzarlo una reflexion filosófica, fundada en la naturaleza del corazon humano cuando llega á estar poseido de la ambicion. Este es tan insaciable, que ninguna cosa hay en este mundo que baste á apagar la sed de dominar. La consecucion de una honra no le sirve de otra cosa que de aspirar á otra mayor. La dominacion de un reino la considera

como un escalon para sujetar otros muchos. Y primero le faltarán al ambicioso reinos que mandar y dominaciones que pretender, que falten de su pecho aquella hambre que le devora, y aquella sed eterna que nunca se sacia. Alejandro, el hijo de Filipo, es la imágen mas convincente de lo que acabamos de decir: poseia este el reino de Macedonia con algunas mas conquistas que le habia dejado su padre: pudiera ser feliz, si no fuera ambicioso; pero abriendo su pecho á este vicio feroz, mueve guerra deseoso de dominar, y conquista toda la Grecia. No podian prometerse tanto unas prudentes esperanzas; pero Alejandro no se contenta con eso, sigue sus conquistas, y usurpa á los Persas y Medos sus imperios respectivos. Ni con esto se contenta: conquista una gran parte de la India, y cuando le fué dicho que apenas habia mas tierra que conquistar, se queda con mayor tristeza por no haber saciado su ambicion, que cuanta alegría habia tenido en sus innumerables victorias y conquistas. De todo se infiere, ó cristiano, que la naturaleza, la filosofía, el Evangelio, todo declama y todo se conjura contra los ambiciosos.

JACULATORIAS.

Qui altam facit domum suam, quærit ruinam. Proverb. 17.

El que edifica casa alta, busca su ruina; con esta sentencia, Dios mio, me dais á entender que no puedo procurar mi ensalzamiento y gloria sin dar conmigo en un precipicio.

Quicumque voluerit inter vos major fieri, sit vester minister. Matth. 20.

La exaltacion y grandeza delante de vos consiste en la humillacion; y asi dijisteis, Señor, á vuestros dis-

cípulos: el que quiera entre vosotros ser mayor, hágase siervo del otro.

PROPOSITOS.

«La ambicion, dice san Bernardo explicando el salmo 90, es un mal sutil, es una ponzoña secreta, una peste oculta; es artífice de todos los engaños, madre de la hipocresía, padre del rencor, orígen de los vicios y fomento de todos los crímenes; es la polilla de las virtudes, el orin de la santidad, la que ciega los corazones, la que trueca los remedios en enfermedades, y la que engendra dolencias de las mismas medicinas.» Todo esto es la ambicion, segun este santo padre; todos los demás dicen con corta diferencia lo mismo. En vista de esto se necesita poco para conocer cuales deben ser tus propósitos en este dia. El huir los males temporales lo dicta la misma naturaleza; el huir los del espíritu lo dicta la religion y el Evangelio que profesas en calidad de cristiano; estos son motivos suficientes para mirar con horror los puestos y dignidades, puesto que de ellas nada te puede venir sino vanidad de vanidades, afliccion de espíritu, trabajo y dolor, servidumbre en tu cuerpo y ruina en el espíritu. Esto no habla solamente con aquellos que pretenden obispados, grandes dignidades eclesiásticas, puestos altos en la república, señales de distincion y de honor, como son títulos, veneras y nobleza; habla tambien con los cristianos de clase mas inferior en sus líneas respectivas. No hay situacion en la vida humana en que no esté expuesto el cristiano á los ataques de la ambicion, por lo cual decia san Bernardo que es un mal sutil. En los estados mas infelices, en las clases mas subalternas de la sociedad padecen los hombres sus ambiciones respectivas: quieren dominar á los demás, pretenden que sus

opiniones y sus gustos prevalezcan, todo lo quieren sujetar á su arbitrio, y hasta en la casa mas infeliz la mujer pretende sojuzgar al marido, y este intenta ejecutar un poder despótico sobre aquellos pobres miserables que le rodean. Por tanto, para libertarse de los males que produce este monstruoso vicio, todos deben estar muy alerta sobre sí mismos, y armarse con el escudo de la humildad. Aquel que, metiéndose dentro de su corazon, conozca la debilidad de sus fuerzas, y reconózca que nada bueno puede hacer si Dios no le favorece con su gracia, huirá los puestos y las dignidades, se anonadará dentro de sí mismo, y pedirá á Dios, como hacian los santos, que le conserve en un estado de sujecion y de obediencia. Hé aquí lo que debes tú hacer para portarte como cristiano, y corresponder á las gracias con que está Dios ilustrando tu entendimiento al presente con las consideraciones de este dia. Pero ¿lo harás así? ¿serán estables y duraderos los conocimientos que has sacado de la conducta de los apóstoles, y de la peticion que hizo á Jesucristo la madre del Zebedeo? ¡Oh, y cómo es temible que, por mucho que quieras guardarte contra una pasion tan terrible, por mas que los santos ejemplos de una virtuosa compañía te estén siempre incitando á huir de la ambicion, caigas en un lazo de que no se pudieron libertar los apóstoles, con ser que tenian una sencilla voluntad de seguir á Jesucristo, y estaban oyendo continuamente su doctrina! Si: entre los mismos apóstoles se levantó una disension sobre quien de ellos habia de ser el mayor entre todos, y necesitó Jesucristo usar de toda la autoridad de maestro para haberlos de sosegar, enseñándoles que, segun su doctrina, aquel era mayor y adquiriria mas gloria delante de su eterno Padre, que se humillase mas profundamente, sirviendo y obedeciendo á sus iguales. Proponte, pues, desde hoy mirar toda gloria humana

como una despreciable vanidad; todo puesto encumbrado como un peligroso precipicio, en donde es poco menos que inevitable el riesgo; toda dignidad como una sombra ó una apariencia en donde los provechos son aparentes, y los daños ciertos y verdaderos; y últimamente, como una carga de responsabilidad de que se te ha de pedir cuenta, y en que el menor descuido puede costarte la salvacion. Si te persuades á esto, y lo tuvieres presente todos los dias de tu vida, te aseguro en nombre de Dios que será muy difícil que llegues á ser ambicioso.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN JUAN CAPISTRANO, CONFESOR.

San Juan Capistrano, tan célebre en el décimoquinto siglo, y tan benemérito de toda la cristiandad por su eminente virtud y por su gran zelo de la religion, nació en Capistrano, poco distante de la ciudad de Aquila en el Abruzo, provincia del reino de Nápoles. Fué su padre un caballero angevino, que se habia casado en Italia con ocasion de ir en la comitiva del duque de Anjou, coronado por rey de Nápoles en Aviñon. Estudió la gramática y letras humanas en su país, correspondiendo los progresos que hizo en ellas en poco tiempo á los que despues habia de hacer en las facultades mayores. Enviáronle á Perusa para que estudiase en aquella ciudad el derecho canónico y civil. Señalóse en ella tanto por sus cristianas costumbres, por su brillante ingenio y por su celebrada elocuencia, que le dieron una judicatura, cuyo empleo desempeñó con tanta integridad y con tan singu-

lar prudencia, que, enamorado de sus raros talentos, uno de los mas principales ciudadanos le dió por mujer á una hija suya. En todo le mostraba el mundo muy risueño semblante. Brillaba el jóven magistrado no menos por su propio mérito, que por el favor y por el lugar que ocupaba en la mas floreciente fortuna; cuando la divina Providencia, que no le habia dotado de tan bellas prendas para que aumentase el número de los esclavos del mundo, mezcló aquellos primeros gustos con una saludable amargura; paró el curso á aquellas engañosas prosperidades, y en un momento disipó todas las halagüeñas esperanzas de aquella aparente dicha, atajándola en su cuna.

Habiéndose declarado los Perusinos contra Ladislao, rey de Nápoles, tuvieron que sufrir una guerra, cuyos sucesos fueron ventajosos á los mismos ciudadanos. Sospecharon que Juan favorecia el partido de Ladislao, y que tenia inteligencias con el ejército de aquel príncipe. No fué menester mas para que desconfiasen de él. Arrestáronle, y en vano intentó justificarse, probando que solo habia trabajado en acomodar las partes. Metiéronle en una cárcel, donde esperó inútilmente por mucho tiempo que Ladislao le reclamase, empeñándose en solicitarle la libertad que habia perdido por servirle. El olvido del príncipe abrió los ojos á nuestro santo para que hiciese serias reflexiones sobre lo poco que se puede fiar en la amistad de los grandes, como tambien sobre la inconstancia y la nada de los bienes de este mundo. Al mismo tiempo, para mayor dicha suya, murió su mujer; y viéndose libre de este lazo, resolvió trabajar en mas sólida fortuna. Apoderáronse entonces de su corazon las máximas y los afectos mas sagrados de la religion; avergonzóse de que su ambicion hubiese errado el objeto; parecióle el mundo lo que es; y sintiendo en sí cierto oculto, pero piadoso despecho de haberle servido por

tan largo tiempo en perjuicio de su salvacion, determinó abrazar el estado religioso, consagrarse enteramente á Dios, y no reconocer jamás á otro dueño. Vendió todos sus bienes, compró su libertad pagando su rescate, y pasó de la prision al convento. Habia escogido la órden de san Francisco; y despues de satisfechas sus deudas, y repartido entre los pobres todo el caudal que le sobró, se dirigió al convento del Monte de la estrecha observancia. Fué recibido en él; pero temiendo el guardian que su resolucion fuese efecto del despique mas que de legítima vocacion, se la quiso probar ejercitándole en los actos mas abatidos y mas penosos que se pueden imaginar. Lo primero que le mandó fué que anduviese por todas las calles de Perusa montado en un vil jumento y con un traje ridículo, cubierta la cabeza con una mitra de carton en que estaban escritos algunos pecados; prueba verdaderamente dura para un mozo de treinta años, que se habia presentado siempre en aquella ciudad con tanto esplendor, y que se habia granjeado en ella el concepto universal de hombre juicioso, prudente y de gran capacidad; pero la superó aquella grandeza de corazon y aquella generosidad con Dios, que fueron su carácter en todas las ocasiones. Como no habia dejado el mundo á medias, gozoso de que se le ofreciese aquella ocasion de sufocar el resto de su espíritu, ahogó hasta los mas mínimos movimientos con tan gloriosa como señalada victoria. Despues de ella, nada le costaron ya las demás humillaciones de noviciado, devorándolas todas su oracion y su fervor. Habia comenzado tarde, y quiso Dios adelantarle en el camino de la perfeccion, proporcionándole acciones verdaderamente heróicas. Midió la profundidad de los cimientos por la elevacion del edificio, y le ejercitó el Señor en humillaciones correspondientes á los altos designios á que le tenia destinado su divina Providencia. Dos

veces fué expelido del convento como inútil y como absolutamente incapaz de servir á la religion. No le acobardó esta vergonzosa expulsion; quedóse á la portería del convento, contentándose con que le diesen las sobras de los pobres. A vista de tan heróica perseverancia se le volvió à admitir; pero con tan duras condiciones, que nunca se creeria tuviese valor para aceptarlas. Añadia él mismo muchas penitencias voluntarias á las rigurosas que le imponian, hasta que su paciencia y su humildad cansaron la dureza con que se le trataba, y dejó avergonzada la excesiva severidad de los que pretendian apurar su invencible sufrimiento. Fué, en fin, admitido à la profesion, disponiéndose para ella con extraordinario fervor, en fuerza del cual pasó tres dias enteros en oracion sin tomar otro alimento.

Desde que profesó, fué toda su vida un continuado ayuno. Una sola vez comia en las veinte y cuatro horas, y por espacio de treinta y seis años no probó cosa de carne. Su cama era el suelo de su celda, y su sueño no pasaba de tres horas. Estaban salpicadas de sangre las paredes de su celda; testimonio de sus excesivos rigores y de la inocente crueldad de sus sangrientas disciplinas. Los siete primeros años anduvo siempre con los piés descalzos, sin choclos ni sandalias. El hábito lleno de remiendos acreditaba su extremada pobreza, que amó continuamente segun el primitivo espíritu de la órden. Por todas estas virtudes se puede fácilmente conocer cuánta era su devocion. Muerto á sí mismo, solo vivia en Cristo y en Cristo crucificado. Abrasado su corazon en el amor de Dios, nunca le perdia de vista. Era su vida una oracion continua, sin que la interrumpiesen las ocupaciones de la caridad. Nunca se le veia de rodillas delante de un crucifijo ó en presencia del Santísimo Sacramento, que no pareciese arrebatado en éxtasis, manifes-

tando las lágrimas que derramaban sus ojos el amoroso fuego en que se derretia su corazon. Al abrasado amor que profesaba á Jesucristo correspondia su tierna devocion á la santísima Vírgen. Decia que la divina Providencia le habia dado el nombre de *Juan*, para darle á entender que debia aspirar á ser el amado del Hijo, y el hijo de la Madre.

Luego que profesó, fué ordenado de sacerdote, y el sacerdocio fué para él un abundante manantial de gracias extraordinarias con que Dios le favoreció. Habiendo reconocido los superiores su eminente disposicion para el púlpito, le emplearon en el ministerio de la predicacion. Predicó en las ciudades principales con fruto nunca oido; por lo comun interrumpian su sermon los suspiros, los sollozos y las lágrimas de todo el auditorio, siguiéndose despues grandes y ruidosas conversiones. Por este tiempo, trabó nuestro santo una estrecha amistad con san Bernardino de Sena, unidos con el mismo espíritu aquellos dos grandes corazones, á quienes llamaban los apóstoles de Italia. Habia emprendido san Bernardino la reforma de su órden; empeño que le produjo muchas persecuciones, y nuestro santo tomó el de ser su apologista, no contentándose con el de profesarse gran imitador de sus virtudes. Hizo expresamente un viaje á Roma para defenderle en presencia del papa y de los cardenales contra las calumnias y contra los errores de los que impugnaban la devocion del santo nombre de Jesus: con cuya ocasion se dió á conocer en aquella corte, donde adquirió una reputacion y un concepto que perjudicó mucho á sus intentos de pasar la vida en el retiro y en la oscuridad.

Habíase levantado hácia el fin del siglo décimotercio en la Marca de Ancona una perniciosa secta de monjes vagamundos, casi todos apóstatas, con el nombre de *los Fraticelos*, cuyas estragadas costum-

bres y perniciosos errores tenian escandalizada á toda la Iglesia; y habiéndolos condenado el papa Bonifacio VIII, mandó á los inquisidores que procediesen contra ellos como herejes. Juan XXII renovó contra esta secta todas la censuras de sus predecesores; mas ni por él ni por muchos sucesores suyos pudieron ser exterminados aquellos hombres fanáticos, y en tiempo de nuestro santo se reproducia todavía en Italia aquella generacion de víboras. Fué nombrado san Juan Capistrano inquisidor contra los bizochos y los frailecillos; siendo tan eficaz y tan dichoso su zelo, que logró libertar á Italia de aquella peste. Prendado el papa Eugenio IV de las abundantes bendiciones que derramaba el cielo en todo lo que ponia la mano nuestro santo, le hizo su nuncio en Sicilia, y le envió al concilio de Florencia para que trabajase en la reunion de los griegos con los latinos. Despachóle á los duques de Bolonia y de Milan para apartarlos de los enemigos de la santa sede y del partido del antipapa Félix V, cuyos protectores se habian declarado aquellos príncipes. Deputóle tambien al rey de Francia Carlos VII, desempeñando nuestro Juan todas estas comisiones muy á satisfaccion del pontífice, y con aquella felicidad que acompaña ordinariamente á las empresas de los santos.

Pero mientras trabajaba tan gloriosamente en el bien universal de toda la Iglesia, no se empleaba con menos fruto en el particular de toda la órden de san Francisco. A su zelo se debió en gran parte la renovacion del espíritu primitivo por las prudentes constituciones que se hicieron en un capítulo general á que asistió, y por el cuidado con que procuró que refloreciese la observancia regular. Sobre todo, ayudó mucho á san Bernardino de Sena para el suceso de la reforma, y fué nombrado para introducirla ó para restablecerla en los conventos que poseia en el Oriente la

religion. Extendiéronse mucho mas allá los frutos de su zelo y de sus trabajos; habiendo sido asociado tambien á san Laurencio Justiniano para visitar las casas de los Jesuitas, que tenian necesidad de alguna reforma.

Conociendo Nicolao V, sucesor del papa Eugenio, el raro mérito y la poderosa virtud de nuestro santo, le hizo comisario apostólico en Alemania, Bohemia, Polonia y Hungría, experimentándose en todas partes el mismo zelo, el mismo fruto y los mismos felices sucesos. Acompañaban á sus apostólicas fatigas todo género de bendiciones. Despoblábanse las ciudades para salir á recibirle, y de ninguna salia sin que todo mudase de semblante. Seglares, comunidades religiosas y clerecía, todos participaban de sus benignas influencias. Convirtió un sinnúmero de herejes, particularmente de husitas; confundió á Roquisana, cabeza de esta secta, y reconcilió con la Iglesia un prodigioso número de cismáticos. Anunciaban su arribo á los pueblos los sermones y las visitas de los hospitales, siendo el fruto las milagrosas conversiones que hacia en todas partes. Estuvo para costarle la vida esta larga y peligrosa expedicion, no solo por los inmensos trabajos que padeció, sino tambien por el veneno que en dos ocasiones le dieron los herejes, de que el cielo le libró con proteccion particular. Dilatóse tambien su zelo en beneficio de los judíos, cuya terquedad no pudo resistir á la caridad de un apóstol tan poderoso en obras como en palabras. En fin, si los Turcos, aquellos mortales enemigos del nombre de cristiano, cerraron obstinadamente los ojos á las luces de la fe que en todas partes esparcia nuestro santo, se vieron por lo menos precisados á rendirse á la eficacia de sus oraciones.

Mahomet II, terror de la Europa y azote divino

para castigar las culpas de los cristianos, amenazaba á toda la cristiandad por la superior fuerza de sus armas. Acababa de aniquilar el imperio de los Griegos, habiéndose apoderado de Constantinopla el año de 1453. Era ya dueño de doce reinos, y habia tomado mas de doscientas ciudades cuando vino á poner sitio á Belgrado el año de 1456 con un poderoso ejército, que, orgulloso y altivo con sus continuadas victorias, nada menos se prometia que la conquista de todo el imperio cristiano, y enarbolar el estandarte otomano en el capitolio de Roma. A un poder tan formidable se creyó no podia oponerse resistencia mas vigorosa que la virtud de san Juan Capistrano; y así le nombró el papa por predicador y caudillo de la Cruzada. El primer fruto de sus sermones fué como un seguro presagio de la futura victoria. Unió todas las fuerzas de Ladislao, rey de Hungría, del bravo Hugnado, vaivoda de Transilvania, y de Jorge, déspota de Rusia. Mahomet, superior en tropas y en orgullo, temia poco á todos aquellos príncipes coligados; pero no conocia aun la poderosa virtud de san Juan Capistrano, á quien el cielo habia puesto al frente del ejército cristiano. Llegaron á las manos los dos ejércitos; y empuñando Juan en las suyas un crucifijo, fué corriendo con él todas las líneas, y animando á los soldados con la memoria de que iban á combatir por Jesucristo, el gran Dios de los ejércitos. Inspiró la presencia de nuestro santo tanta confianza y tanto ardimiento á los cristianos, que desde el primer ataque fué destruido el ejército otomano, herido el mismo Mahomet, y todas sus tropas derrotadas. Fué completa la victoria al fin como milagrosa; y no solo todos los príncipes, sino toda la cristiandad reconoció haberse debido al zelo, á las oraciones y á la virtud de nuestro santo, que, habiendo desempeñado todas las obligaciones de un hombre apostólico, de un siervo verdaderamente

fiel, terminadas gloriosamente las funciones de su ministerio, fué muy luego á triunfar en el cielo, y á recibir en él las eternas recompensas debidas á sus trabajos. Porque, habiéndose retirado al convento de Vilech, cerca de Sirmich en Hungría, murió con la muerte de los justos, tres meses despues de la batalla, el año de 1456, á los setenta y uno de su edad, colmado de virtudes y de merecimientos. Habiéndose librado su santo cuerpo de la barbaridad de los Turcos, no se libertó de la impiedad de los luteranos. Desenterráronle, y le arrojaron en el Danubio; pero dichosamente le volvieron á encontrar los católicos, los cuales le llevaron á Elloc cerca de Viena en Austria, donde se conserva religiosamente el dia de hoy, honrado con mucha devocion de los fieles. Hizo el Señor glorioso su sepulcro con tantos milagros, que se han compuesto libros enteros de ellos. Beatificóle el papa Leon X el año de 1690, y fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro VIII.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Así dice la cuarta edicion del original que se tiene presente, y es la que se hizo en Leon el año de 1741; pero es clara la equivocacion. Leon X ascendió al pontificado el año de 1513, y murió en el de 1521. Equivocóse la data de la beatificacion con la de la canonizacion; y así se debe decir: *Beatificóle el papa Leon X, y fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro VIII el año de* 1690. »

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nos beati Joannis confessoris tui annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus,

O Dios, que cada año nos alegras en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Juan Capistrano, concédenos benig-

etiam actiones imitemur. Per Dominum nostrum...

no que, cuando celebramos su nuevo nacimiento á la gloria, imitemos tambien la vida que hizo en la tierra. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia VI, pág.* 148.

NOTA.

« El texto dice, *Beatus dives*, bienaventurado el rico que se conservó inocente; y el versículo antecedente dice que el oro es el árbol de tropiezo á todos los que le rinden sacrificio: *lignum offensionis est aurum*. Preténdese que el Sabio en este lugar hace alusion al árbol de la ciencia del bien y del mal, que fué para Adan un tronco en que se estrelló; y quiere dar á entender que el oro es para los avarientos lo mismo que fué para Adan y Eva aquel desgraciado árbol. »

REFLEXIONES.

Publicará sus limosnas toda la congregacion de los santos. Puédense entender por la palabra *limosnas*, no solo las que los ricos hacen á los pobres, sino tambien todas sus buenas obras, particularmente los frutos de su zelo; en cuyo sentido puede convenir esta promesa á todos los santos de cualquiera condicion que sean. El verdadero zelo tiene por principio al puro amor de Dios; pero el zelo falso no tiene origen tan puro: prodúcele el amor propio, el orgullo y el espíritu de parcialidad. El falso zelo no es mas que una máscara con que se cubren las pasiones. Grande error es imaginar que el zelo consiste en meter mucho ruido, en dar á los demás admirables lecciones

de virtud y de reforma, en estar en una agitacion, en un movimiento continuo, trabajando en la salvacion de las almas. Es menester que á las palabras acompañen los ejemplos; que la virtud ejemplar del hombre zeloso sea la primera leccion que se dé, y la primera máquina que se mueva para ablandar los corazones. Sin esto, es mucho de temer que lo que se llama zelo sea en realidad no mas que un mero derramamiento hacia fuera, un ímpetu, una actividad natural, que solo atiende á satisfacerse á sí misma en un empleo ruidoso en que quiere sobresalir, porque en él se gana la confianza de muchas gentes de estimacion y lisonjea grandemente al amor propio. Lo que en esto suele engañar tambien mucho, es la elocuencia, el talento y tal vez la mocion con que se habla de los puntos de espíritu mas sublimes, de las materias místicas mas elevadas. Un hombre capaz y de penetracion fácilmente descubre todos los diversos caminos de la perfeccion cristiana, comprende todas sus obligaciones; y por poco instruido que esté en las máximas del Evangelio, le es fácil saber lo que una alma ha de evitar, y lo que debe hacer para arribar á la mas elevada perfeccion. De aquí nace aquella sagacidad con que descubre los mas mínimos defectos en los otros: aquel cuidado en no sufrir la mas lijera imperfeccion en las almas que dirigé: aquellos consejos espirituales, eficaces, vivos y patéticos, que encienden el corazon de los otros sin calentar el suyo, porque en él no nacen de la voluntad, sino del entendimiento. Grita fuertemente contra el vicio, y desenvuelve maravillosamente todos los artificios del corazon humano. Un hombre hábil penetra toda su malignidad, y se deshace en declamaciones, en invectivas contra el pecado y contra el pecador. Esto es lo que harto comunmente se llama zelo. Pero si á este zelo no le anima la caridad; si es una espiritualidad de mera especulacion; si

solo es habilidad y talento; si acaso habla de nosotros el Salvador cuando dice : *Haced lo que ellos os dijeren, pero no hagais conforme á sus obras; porque dicen, y no hacen :* ¿nos podremos lisonjear de nuestro zelo? *Æs sonans, aut cymbalum tinniens.* ¡Cosa bien extraña es, que en materia de salvacion se sepa decir á los otros lo que deben hacer, y el que da á los demás tan bellas y tan importantes lecciones no haga él mismo lo que dice! Un hombre que en todo y por todo anda buscando eternamente sus conveniencias; un hombre que en materia de sensualidad, de delicadeza y de regalo, atormenta el discurso y adelanta la ejecucion hasta el último refinamiento: que este hombre, digo, tenga valor y cara para reprender en otro con zelo y con fogosidad un simple descuidillo del amor propio, una lijera satisfaccion : que el que es esclavo de todas las pasiones tenga aliento para hacer no solo visibles, sino palpables las funestas consecuencias que se siguen de perdonar una sola; esto ¿qué será? ¿cómo lo llamaremos? Si esta no es monería, si esta no es farsa, si esta no es comedia, si esta no es impía, escandalosa irreligion, ¿qué cosa lo será? ¿y en qué ha de venir á parar esta irreligiosa escena? ¡Cuántos llantos, cuántos lamentos habrá de costar su fin?

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el misme que el dia VI, pág. 150.

MEDITACION.

DE LAS FALSAS MÁXIMAS DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, siendo tan opuesto el espíritu del mundo al espíritu de Cristo, y no teniendo Cristo mayor enemigo que el espíritu del mundo, no debe causar admiracion que las máximas del uno sean tan contrarias á las máximas del otro; ni que los gustos sean tan diferentes. Pero lo que debe aturdir á todo buen entendimiento es, que el mundo tenga mas secuaces que el Salvador del mismo mundo: y que, conviniendo todos en que las palabras de Cristo son palabras de vida eterna, sea tan poco seguida su doctrina, al mismo tiempo que las máximas del mundo reinan y dominan en todas partes. Porque vamos claros ¿dónde no reinan con imperio la ambicion, el interés y el amor de los deleites? ¿dónde no es mirada con desprecio la cruz de Jesucristo? ¿dónde no es oida su doctrina sobre la abnegacion de sí mismo con horror y con disgusto? ¡Ah, que hoy solo se le considera al mundo como el teatro, como la region de los placeres! En él reinan como tiranas las pasiones; la humildad cristiana está desterrada de él. Entre los mismos azotes con que cada dia está castigando Dios á los mundanos, en medio de tanta multitud de desgracias como los hacen gemir, ¿se corrige mucho el mundo? ¿pierde por ventura mucho de sus falsas brillanteces? ¡Ah mi Dios, la profanidad se sustenta hasta de los mismos despojos; y lejos de quedar enterrada la concupiscencia entre las ruinas de una fortuna abatida, renace con mayor viveza de su mismo abatimiento! ¿En qué edad, en qué condi-

cion, en qué estado se proponen las máximas de Jesucristo por regla de conducta? ¿qué lecciones se dan de esto ni por los padres ni por los maestros? ¿qué instrucciones se presentan, ni con qué ejemplos se alientan?

Hoy no se usa otro idioma que el puramente mundano; ni la vida que se hace es mas cristiana que el lenguaje. Tanto las conversaciones serias como las domésticas y las familiares, las lecciones de buena crianza, lo que se llama trato del mundo, gentes de bien, y hasta la misma educacion que se da á la juventud, todo tira y todo rueda sobre las máximas del mundo; las del Evangelio son tan poco conocidas, se toma tan poco gusto á ellas, tienen tan poca autoridad con las gentes del mundo, que parece están como proscritas de él. ¡Mi Dios! ¿á qué se reduce hoy en el mundo nuestra fe? ¿y dónde hay mayor contradiccion que la de nuestra fe y nuestras obras?

PUNTO SEGUNDO.

Considera seriamente y con atencion las siguientes máximas mundanas, sin que para conocer su disonancia sea menester apelar á otro tribunal que al de la razon. El que vive en el mundo, se dice, ha de hacer lo que hacen los demás; y quiera Dios que esta perniciosa máxima no esté tambien introducida en los claustros religiosos, donde frecuentemente es mayor el número de los imperfectos. *Ha de hacer lo que hacen los demás:* esto quiere decir, se ha de dejar arrastrar aturdida y servilmente, como un esclavo vil de la muchedumbre, sin darle cuidado de no saber adónde va, y aun estando prudentemente cierto de que se descamina y se pierde. Dése otro sentido mas natural á esta máxima tan comun. Pero de buena fe: ¿es juicio, es prudencia seguir á ojos cerrados tales

guias? ¿es puesto en razon entregarse al humor, al capricho y á las pasiones de los otros? Y si estos otros hacen mal, ¿porqué hemos de hacer lo que hacen los otros? ¿por ventura se discurre así en las demás materias, que no tocan á la religion y á las costumbres? Si los otros estragan la salud con sus desórdenes y con sus excesos, ¿hay acaso muchos locos que digan, *es menester hacer lo que hacen los demás?* Si los otros se arruinan en el comercio por sus temerarias ideas, emprendiendo proyectos quiméricos en los negocios; ¿hay comerciante tan necio que infiera debe hacer lo que los otros, aunque éstos fueran en mucho mayor número? ¡Qué imprudencia, qué extravagancia, qué insensatez seria seguir una tropa de hombres embriagados que se van á precipitar, para precipitarse con ellos! Pues ves ahí puntualmente lo que significa esa ridícula máxima, tan autorizada el dia de hoy y tan comun en el mundo: *Es preciso hacer lo que hacen los demás.* Es decir, que es preciso condenarse tranquilamente como se condenan los otros; que es preciso entregarse cada cual á sus propios deseos; dejarse arrastrar de sus pasiones; no consultar otra cosa que sus intereses; vivir únicamente para divertirse y para hacer fortuna, porque así lo hacen los demás. Es decir, que es preciso pasar toda la vida en un profundo olvido de Dios y de la salvacion; que es preciso dilatar para el fin de la vida una conversion imaginaria, y morir como mueren los demás, atónitos y desesperados por no haberse convertido.

No permitais, Señor, que sean inútiles para mí unas reflexiones tan justas y tan saludables, que debo puramente á la bondad de vuestra infinita misericordia. Conozco toda su solidez, toda su importancia y todas sus consecuencias. Haced, divino Salvador mio, que jamás mire yo á los que os desagradan y se pierden;

pero en caso de que quiera hacer lo que hacen otros, me proponga por modelos á los que os aman y os sirven, cuidando de su salvacion.

JACULATORIAS.

Averte oculos meos ne videant vanitatem. Salm. 118.
Apartad, Señor, mis ojos de todos los que siguen la vanidad.

Sensum tuum, ó Domine, quis sciet, nisi tu dederis sapientiam? Sap. 9.
¿Quien, Señor, tomará el gusto á vuestras sagradas máximas, si vos no le comunicais aquella sabiduría que descubre su valor y su importancia?

PROPOSITOS.

1. Cuando se consideran seriamente y con serenidad las máximas del mundo, no es posible concebir cómo un hombre de juicio no descubre su error y su ridiculez, ni cómo es posible que un hombre cristiano no las mire con horror. Examina hoy la máxima que acabas de meditar. ¿Cuántas veces has delinquido solo por seguir esta perniciosa máxima: *Es preciso hacer lo que hacen los demás?* Si asististe á espectáculos profanos; si te dejaste llevar de la moda y de la profanidad á costa de tu familia y de tu conciencia; si concurriste á garitos, á comidas, á festines, escollos de la inocencia, ¿no fué por acomodarte á esta máxima: *Es preciso hacer lo que hacen los demás?* Y si has sido irregular, indevoto en tu religiosa comunidad, ¿no fué porque quisiste hacer lo que hacian los otros, esto es, los imperfectos? Pues condena desde luego con dolor esta lastimosa conducta.

2. Resuélvete hoy mismo á hacer lo que hacen

otros; pero ¿quiénes? los que son verdaderamente cristianos y hombres ejemplares: sin salir de tu mismo estado encontrarás grandes modelos. Di animosa y resueltamente que, si es preciso hacer lo que hacen los demás, quieres seguir á los que hacen lo que deben, á los que viven bien. Proponte por modelos á los mas fervorosos, á los mas regulares y á los mas devotos. Pero al mismo tiempo que tomas para tí esta santa máxima, incúlcala frecuentemente á tus hijos, á tus criados y á tus amigos. Esto es de grande importancia.

SAN SERVANDO Y GERMAN, MÁRTIRES.

Una de las naciones del mundo en que la religion cristiana ha sido confesada con mas valor, y recibido mayores sacrificios, ha sido España. En e la hallaron los tiranos su confusion y su vergüenza, viendo vencida su crueldad, unas veces por los inocentes niños, otras por delicadas doncellas, y casi innumerables por los esforzados varones. Entre estos, tienen un lugar muy distinguido san Servando y German, cuyo glorioso martirio celebra la Iglesia de España en este dia. Ignórase cuál fué su patria; bien que, segun los breviarios eboracense y el hispalense antiguo, se dicen naturales de Mérida; y por su testimonio, y otras varias circunstancias que constan de sus actas, es esta opinion la que parece mas probable y verosimil. Sus padres son igualmente inciertos; porque, aunque el breviario de Ebora, de Resende, el Palentino y muchos escritores los hacen hijos de san Marcelo Centurion, contándolos entre los doce hijos que se le atribuyen á este santo, no hay documento positivo que lo convenza, y aun lo contradicen algunas

circunstancias de sus actas. De estas consta que eran de familia noble y esclarecida, y que a lo ilustre de su sangre agregaron la gravedad é inocencia de costumbres. Esta era tal, que aun en los años de la juventud, en que el fuego de las pasiones esta mas vivo, y por lo tanto suelen declarar las obras, mas facilmente que en otra edad, la corrupcion de la naturaleza, los santos se portaban de tal modo que cuantos los miraban advertian en ellos una conducta de ancianos virtuosos. Esto seria todavia mas admirable si, como sienten algunos, siguieron la milicia; pues es bien sabido que entre el estrépito y licencia de las armas suele hallar dificil acogida la virtud. Siendo de edad adulta, y teniendo los conocimientos necesarios para percibir la vanidad del paganismo y la sólida firmeza de los preceptos del Evangelio, determinaron hacerse cristianos, para ser en la milicia de Jesucristo soldados fuertes, que defendiesen su sacrosanto nombre contra los ejércitos de las infernales potestades. Instruidos suficientemente en los misterios de la religion sacrosanta, recibieron el sagrado bautismo, haciendo juramento á Dios delante de los altares de serle eternamente fieles. Este juramento le cumplieron de tal modo que su fe no era aquella estéril y vana que se queda en solas palabras, sino aquella sólida y fructuosa á quien las obras vivifican. Debieron llegar á un grado de perfeccion en la vida cristiana, no de aquellos comunes y vulgares, sino de los mas elevados y heróicos, como lo manifiesta el haber resplandecido en la gracia de hacer milagros. Porque, aunque es verdad que esta gracia no supone en el sugeto que la tiene una santidad necesaria, de la cual esencialmente se derive, tambien lo es que Dios no acostumbra dispensar semejantes gracias sino á los fieles de una virtud muy perfecta; y en esta persuasion está la Iglesia cuando para la canonizacion de los santos exige que

sus virtudes hayan sido confirmadas por Dios con algunas maravillas. Los santos, pues, hacian diversos milagros, conjurando á los endemoniados en el nombre de Jesucristo, lanzando de sus cuerpos los demonios, y además dando vista á los ciegos, habla á los mudos, oido á los sordos, y el uso de sus miembros á los que por cualquiera enfermedad los tenian embargados.

Por aquel tiempo que, segun la conjectura mas prudente fué al fin de la persecucion de Aureliano, padecieron varios Españoles las terribles consecuencias de confesar libremente el nombre de Jesucristo entre las gentes que le aborrecian y tenian en sus manos el poder. Como Servando y German resplandecian entre los demás cristianos por la santidad de sus costumbres y por los frecuentes milagros con que Dios los hacia maravillosos, llamaron fácilmente hácia sí las atenciones del juez imperial. Mandó ponerlos presos, y pidiéndoles razon de su profesion y su conducta, confesaron con valor que adoraban un solo y verdadero Dios, y á su Hijo Jesucristo, el cual, por redimir al mundo de la servidumbre del pecado, se habia hecho hombre, y habia muerto en una cruz: que abominaban con todo su corazon á los ídolos, que no eran otra cosa que obras de hombres, sin poder ni actividad para cosa alguna, sino para mantener á sus necios adoradores en una ceguedad desventurada. Esta respuesta irritó la cólera del juez infernal, y creyendo que podria hacerlos mudar de sentencia por medio de los tormentos, dió órden de que se les aplicasen los mas crueles y exquisitos. Cooperó á esto tambien el reconocer en ellos mas adhesion á la religion que profesaban, y que los demás cristianos los reconocian por superiores. Ejecutóse el decreto; y aunque no se sabe cuál fué determinadamente el modo con que fueron atormentados, se infiere de las expresiones de sus actas que fueron suspendidos en

el ecúleo, en donde los descoyuntaron todos los miembros. Este tormento seria suficiente para privar de la vida al mas robusto; pero Dios, que se complacia en ver pelear á sus esforzados confesores, se la conservó milagrosamente para que ensalzasen su nombre con mayores victorias. Sin embargo, el inicuo juez no desconfiaba por su parte de poder triunfar de su constancia; y así los mandó volver á la cárcel, cargarlos de grillos y cadenas, y atormentarlos con hambre y sed. Nada bastó para contrastar el heróico valor de los siervos de Jesucristo. Los tormentos, la hambre, la sed y horror del calabozo, no sirvieron de otra cosa que de hacer mayor su victoria, y mas vergonzoso el empeño del tirano. Cuando los santos estaban en la cárcel, cesó la persecucion, fuese esto por mandado del emperador, ó porque en aquella determinada ciudad sucedió otro pretor de menos crueldad, y de mas indiferencia respecto de los decretos imperiales; pero el Señor les preparaba la corona de un martirio que les habia de ser de mayor gloria. Dada la libertad á cuantos penaban en las cárceles por motivo de religion, salieron libres Servando y German mas atormentados que los demás; pero tambien con nuevo valor y esfuerzo, no solamente para combatir ellos por sí mismos todas las astucias del infierno, sino tambien para confirmar á los demás en la santa religion que habian profesado. Ningun aprecio les merecia su propia conveniencia, y solo estimaban la vida temporal para poder hacer de ella sacrificio á Dios, por el cual los galardonase con la vida eterna.

A este efecto, practicaban cuantas diligencias podia dictar la caridad mas activa y el zelo mas abrasado. Recorrian la ciudad por todos sus barrios; y no contentos con predicar patéticos discursos contra la vanidad de los dioses gentiles y la debilidad de sus fuerzas, persuadiéndoles cuánta necedad era colocar en

ellos sus esperanzas, llevaban á mayores empresas sus designios. Persuadian á los mismos gentiles á arruinar los templos y aras de los dioses, y á destruir enteramente aquellos lugares sagrados que tenian en los bosques, en donde ejercian su superstición. El fin de unas obras tan grandes, y al mismo tiempo tan atrevidas, era arruinar por una parte los sitios en que se alimentaba el error, y por otra abrir los ojos á aquellos miserables, trasladándolos del error á la verdad, de la muerte á la vida, y de unas funestas tinieblas á la clarísima luz de Jesucristo. Los efectos correspondieron á la actividad y eficacia de la causa y al sublime fin que daba á los santos valor para acciones tan arriesgadas. Fueron innumerables los que comenzaron á aborrecer con toda su alma los ritos y ceremonias profanas con que los sacerdotes sacrificaban á sus deidades. Despreciaron tambien á estas, movidos altamente de que, habiendo visto que Servando y German tiraban contra el suelo y destrozaban los simulacros, ellos ni se habian quejado, ni habian tomado venganza alguna contra los siervos de Jesucristo: de esta manera, se aumentaba prodigiosamente el número de creyentes, pues de todas partes concurrian inmensas tropas á la Iglesia de Dios, confesaban á Jesucristo, y pedian la expiacion de sus pecados.

A esta sazon ya el comun enemigo habia movido cruelísima persecucion contra los cristianos, que, segun se puede conjeturar, fué la de Diocleciano. Habia en Mérida un vicario imperial, llamado Viador, el cual tenia el cargo de hacer la pesquisa de los que adoraban el nombre de Jesucristo, y de procurar retraerlos, ó exterminarlos con los suplicios mas horrorosos. Llegó este á saber fácilmente como Servando y German habian estado antes presos y atormentados por seguir la religion prohibida por decretos imperiales; que, habiendo sido echados de la cárcel, lejos de corregirse

con el castigo, habian seducido á infinitos gentiles, y habia llegado su temeridad hasta profanar y derribar los templos de los dioses y hacer pedazos sus simulacros. Semejantes acusaciones encendieron en ira al juez, quien mandó inmediatamente que se les pusiese de nuevo en prision para que ofreciesen incienso á los dioses, ó perdiesen las vidas con los mas exquisitos tormentos. Cumplióse el decreto del presidente; y habiéndolos puesto presos, volvieron a afligir sus sagrados cuerpos con los mismos tormentos que anteriormente habian experimentado. Los ponen en el ecúleo, desgarran sus sagrados miembros con uñas de hierro, y corren por todas partes los arroyos de sangre; pero los santos se mantenian inflexibles en su primer propósito, no menos constantes en la confesion de la fe, que lo estaban los crueles ministros en atormentar sus cuerpos. Dióselc noticia de esto al juez, el cual concibió una rabiosa furia contra los gloriosos mártires; y falto de consejo, no sabia de qué modo satisfacerla. Por una parte, quisiera ejecutar en ellos hasta el extremo su severidad, exterminando una vida que le era tan enojosa; pero por otra parte contemplaba que, estando los santos muertos, no podrian servir de objeto á su furor, ni cebar en ellos su encono. Con tanta delicadeza discurre una furia infernal cuando el diablo llega á cegarla y á sugerir artificios para su mayor encarnizamiento.

Prevaleció en el juez aquel pensamiento que denotaba mayor protervia en su alma y crueldad la mas parecida á la de los espíritus infernales. Persuadido de que una de las circunstancias que hacen mas terrible un tormento es la de su lentitud y duracion, adoptó el partido de reservar á los santos para nuevas penas, y de este modo saciar en ellos su cólera, y dar un ejemplo á los demás fieles que les hiciese temer. Mandó, pues, que les echasen argollas de hierro al

cuello, y que les atasen con esposas las manos, y de este modo los metiesen en un oscuro y fétido calabozo, en donde estuviesen dispuestos para nuevas penalidades. Entre tanto, tuvo Viador necesidad de pasar desde Mérida á la Mauritania Tingitana, que pertenecia entonces al gobierno civil de España; y queriendo que el martirio de Servando y German aterrase á los demás cristianos, mandó que atados con cadenas los llevasen detrás de él por el camino. Esta pena, que el mismo Satanás habia sugerido al tirano para quebrantar, si fuese posible, la firme constancia de los soldados de Jesucristo, no solamente se convirtió en afrenta del mismo tirano, sino en mayor gloria de los mártires y en grande provecho de la Iglesia. No eran solos Servando y German los que padecian por la fe de Jesucristo; padecian como ellos los trabajos de aquella prision, el peso de las cadenas, el horror de los calabozos, la aspereza de los caminos, la impiedad de los soldados imperiales, la hambre, sed y cansancio, otros muchos á quienes el inicuo tirano habia mandado llevar encadenados para alimento de su furia infernal. Estos se lamentaban de su suerte, y estaban poseidos de tristeza viéndose en penas tan amargas; por el contrario, Servando y German tenian henchidos sus pechos de aquella inefable alegría que derrama el Espíritu Santo en los que con firmeza de fe confiesan á Jesucristo. Entre tanto, llegó el presidente á la jurisdiccion de Cádiz, y habiendo visto que todos los tormentos é incomodidades que habian pasado en el camino no habian producido otro efecto que hacer mas notoria su constancia, dió sentencia de que fuesen degollados. Sacáronlos, pues, á un collado cercano de Cádiz, llamado Ursoniano; y habiendo llegado al sitio del sacrificio, se pusieron de rodillas Servando y German, y con voz sumisa hicieron oracion á Dios, pidiéndole se dignase aceptar el sa-

crificio de su vida. Descargaron el golpe los verdugos, con que fueron cortadas sus sagradas cabezas, y sus almas volaron al cielo á recibir las coronas debidas á tan glorioso martirio. Los cristianos, cuidadosos de que no pereciesen tan preciosas reliquias, procuraron haberlas á las manos, y sepultarlas en lugares honoríficos. Segun el misal y breviario de san Isidoro, el cuerpo de san Servando fué enterrado en Cádiz, y el de san German llevado á Mérida, en donde con el tiempo fué colocado al lado de santa Eulalia y otros muchos mártires, cuyos despojos posee aquella dichosa ciudad. No se sabe en qué año fué trasladado el cuerpo de san Servando; pero lo cierto es que lo fué á Sevilla, y colocado en el cementerio entre santa Justa y santa Rufina. Aunque es creible que inmediatamente despues de su pasion fuesen venerados por santos, no consta de su culto público hasta el tiempo de los Godos, en que se propagó por todas las provincias sujetas á su dominio. La ciudad de Sevilla los venera con gran devocion por poseer el cuerpo de san Servando, y una reliquia mayor de su compañero san German. Mérida los celebra, y tiene por sus abogados y patrones; y en el año de 1619 hizo Cádiz igual demostracion de gratitud, recibiéndolos por patronos, y obligándose á guardar su festividad como dia de precepto en memoria de haber sido regada aquella tierra con su preciosa sangre.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En España cerca de Cádiz en el país de Osuna, san Servando y san German, mártires, quienes, en la persecucion de Diocleciano bajo el lugarteniente Viador, despues de haber sufrido los azotes, el horror de la cárcel, la hambre y la sed, y el cansancio de largas jornadas que hicieron cargados de prisiones, consu-

maron al fin el curso de su martirio, alargando el cuello á la cuchilla. San German fué sepultado en Mérida, y san Servando en Sevilla.

En Antioquía en Siria, la fiesta de san Teodoro, presbítero, que, habiendo sido preso en la persecucion del impío Juliano, fué atormentado en el potro del modo mas cruel y diverso; fué además quemado con hachones aplicados á los costados; y como se mantuviese siempre constante en la confesion de Jesucristo, consumó su martirio bajo los filos de la cuchilla.

En Constantinopla, san Ignacio, obispo, quien, habiendo reprendido al Cesar Bardas por haber repudiado á su mujer, fué denostado y enviado á un destierro; de donde sacado por el papa Nicoalo, murió por último en paz.

En Burdeos, san Severino, obispo de Colonia y confesor.

En Ruan, san Roman, obispo.

En Salerno, san Vero, obispo.

En tierra de Amiens, san Domicio, presbítero.

En el Poitou, san Benito, confesor.

En Villach de Hungría, san Juan de Capistrano, confesor, del órden de los frailes menores, ilustre por la santidad de su vida y por el zelo de la propagacion de la fe católica, quien con sus oraciones y milagros libertó á Belgrado sitiado por los Turcos, cuyo ejército fué enteramente derrotado.

Este mismo dia, san Graciano.

En Toul, san Amon, segundo obispo de aquella ciudad.

Este mismo dia, san Albino de Tomieres, venerado como mártir en San Pons.

En Lillers cerca de Aire en Artois, san Luglo y san Lugliano, hermanos, martirizados por los Vándalos.

En Viena de Francia, san Ecdico, obispo.

En Auch, san Leotado, obispo, que habia sido abad de Moissac.

En Mugel, valle de Toscana entre el Apenino y el rio Arno, san Cresco, mártir.

En Etiopia, san Iluras, mártir.

En Umbría, san Spe, obispo de Espoleto.

Cerca de Sublago, santa Clerdona, virgen.

En Inglaterra, santa Eteldreda, vírgen.

La misa es del comun de muchos mártires, y la oracion la que sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui sanctis fratribus Servando et Germano mirabilem fidei constantiam tribuisti; concede propitius, ut qui sanctorum martyrum patrocinio fruimur, eorum perpetua intercessione roboremur. Per Dominum nostrum...

Omnipotente y sempiterno Dios, que dísteis tan admirable constancia en la fe á los santos hermanos Servando y German; concédenos, misericordioso Señor, que los que gozamos del patrocinio de tan grandes mártires, seamos confortados con su perpetua intercesion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 11 *de la de san Pablo á los Hebreos, y la misma que el dia XI, pág.* 284.

REFLEXIONES.

En la epístola de este dia se ofrecen unas reflexiones de mucho consuelo para aquellos cristianos á quienes Dios ha llamado á un estado de paz y tranquilidad en que pueden ganar su salvacion á costa de poco trabajo. Siempre ha sido cierto para todos que *el reino de los cielos padece fuerza, y que solamente le logran aquellos que le arrebatan haciéndose violencia.* Por esta causa, á todo género de vida cristiana se le da en las sagradas letras el nombre de lucha, batalla

y guerra, en donde es necesario vencer al mundo, al demonio y á la concupiscencia para alcanzar victoria; pero aquellos santos á quienes ha llamado Dios por medio del martirio, no hay duda que han necesitado de mucho mas valor y constancia que los que en vida privada no han tenido mas lucha que con sus propias pasiones. El ánimo mas fuerte padece unas terribles concusiones cuando ve delante de sí los horrorosos instrumentos que han de dilacerar su cuerpo, y la funesta cuchilla que amenaza con la muerte.

Por eso, san Pablo, escribiendo á los Hebreos, les pondera la virtud de la fe, y cuánta debieron tener los que animados de ella sufrieron los terribles suplicios que describe. *Unos,* dice, *fueron extendidos en potros, y despreciaron la vida para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes*, *y además cadenas y cárceles : fueron apedreados, despedazados*, *tentados, pasados á cuchillo, anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos.* Todo este tropel de trabajos y aflicciones que enumera san Pablo, debieron padecer los mártires para lograr la corona del martirio, y por medio de ella la bienaventuranza. Reflexiona tú, ó cristiano, cuánta es al presente tu dicha, cuando para lograr igual suerte á la que disfrutan los mártires de Jesucristo, se te mandan cosas tan fáciles y hacederas. Viviendo en paz en el seno de tu familia, disfrutando las riquezas que la Providencia te ha destinado, sin ver por parte ninguna rezelos ni peligros; tienes la oportunidad de labrarte una corona de igual precio en la sustancia á la que lograron los santos derramando su sangre. Pero al mismo tiempo has de advertir que esto no se puede lograr sin hacer algun sacrificio. Puedes disfrutar las riquezas; pero solamente en aquello que son necesarias á tu conservacion, no en cuanto lisonjean tus pasiones y tus capri-

chos. No tienes obligacion á vestirte de pieles, á andar errante por las selvas, y á estar angustiado y afligido de continuo; pero tampoco te es lícito gastar profanidad en los vestidos, hacer una ocupacion de los espectáculos y teatros, entregarte desenfrenadamente á la diversion y á la risa, y vivir en fin segun las leyes de las pasiones. Si los mártires necesitaron pasar por un sacrificio de sangre para llegar á las promesas eternas, cree firmemente que tampoco llegarás tú sin un equivalente sacrificio.

El evangelio es del cap. 6 de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse, elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cùm vos oderint homines, et cùm separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tanquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate:

En aquel tiempo: Bajando Jesus del monte, se detuvo en el valle y con él la comitiva de sus discípulos, y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen, y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oirle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud, y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os inju-

ecce enim merces vestra multa est in cœlo.

riaren y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

SOBRE LA FACILIDAD QUE TIENEN HOY LOS CRISTIANOS PARA CONSEGUIR SU SALUD SOBRE LOS DE LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA IGLESIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánta ha sido la misericordia de Dios en haberte dado existencia en un tiempo en que ya está tan adelantada su santa religion en el mundo, y disipados enteramente tantos obstaculos como tuvieron que vencer los primeros cristianos para su santificacion.

Admira verdaderamente la fe y la caridad de los primeros creyentes, cuando se considera cuántas razones tenian para que la una fuese débil y la otra tibia. Por una parte estaban cercados de los ritos de los gentiles, y por otra de sus mismas pasiones, que se acomodaban mas bien á una ley carnal, que á una de puro espiritu. Sus padres, parientes y sus amigos, todos eran gentiles, todos ofrecian sacrificios á las inmundas deidades, y todos ellos oian las persuasiones de sus sacerdotes como sentencias de unos hombres inspirados. La pompa profana con que se celebraban los sacrificios, los espectáculos del circo, en que tomaban tanto interés las pasiones mas delicadas, todo concurria á formar en el corazon de los primeros fieles un muro inexpugnable, tan difícil de ven-

cer como la misma naturaleza. Además de esto, el ejemplo de los hombres constituidos en dignidad, de los sabios y de los príncipes, era otro escollo de no menor peligro; porque, ¿cómo era posible que se resolviese un hombre privado á despreciar una religion y unos sacrificios que veia predicar á los sabios de la gentilidad que mas se preciaban de filósofos? ¿cómo atreverse á condenar la conducta de los magistrados y de los césares, ni contradecir aquella innata propension que tiene todo hombre, no ya de agradar de cualquiera manera á sus superiores, sino aun de lisonjear sus caprichos?

Cualquiera razon bien puesta conoce desde luego la gran dificultad que debieron tener los primeros cristianos para abrazar y practicar el Evangelio. Pero aun crece esta dificultad si se considera en sí misma la ley que abrazaban. Esta era una ley enteramente contraria á los dictámenes de la carne y de la sangre. En lugar de prescribir delicias temporales, y todo aquello en que constituye el mundo ciego la felicidad, ordena una perpetua lucha entre el cuerpo y el espíritu; la abnegacion de sí mismo, el desprecio de honras, dignidades y riquezas; y últimamente, lo que es mas difícil de todo, ordena que se desprecie la vida temporal para conseguir la eterna. Todo esto les hubiera sido fácil si al proponerles los misterios y las verdades capitales de la religion, hubiese podido su entendimiento satisfacerse de ellas por sí mismo. Pero ¿cómo podian llegar á comprender las obras de un poder infinito? ¿cómo habia de caber en un entendimiento limitado la grande obra de la redencion del mundo, proyectada y ejecutada por la divina Sabiduría? Por eso, dice san Agustin (*Lib.* 22 *de Civ. Dei, cap.* 7): *¿Cómo era posible que hubiesen creido los filósofos los misterios de la religion, si aquellos que la predicaban no hubieran confirmado con milagros las verda-*

des de que no podian hacer evidencia? Considerado todo esto, se le puede preguntar á cualquiera: ¿Has tenido tú estas dificultades para ser cristiano, ni tienes tantos obstáculos que vencer para observar las verdades del Evangelio?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, si las dificultades que tuvieron los primeros fieles arguyen una grande facilidad de parte de los fieles de este tiempo para conseguir su salvacion, no se infiere menor de las infinitas proporciones que han resultado de la doctrina de los padres, del ejemplo de los santos, y de haberse puesto la Iglesia en un estado perfecto.

Al principio del cristianismo se podia mirar como un problema la divinidad y mision de Jesucristo, y la verdad del Evangelio. Cada artículo de los de nuestra religion sacrosanta padeció la impugnacion de los filósofos ó de los herejes. La ciencia mundana en los unos, la soberbia y contumacia en los otros, fueron los funestos principios de donde se originaron sus errores. Todos los sabios del Areopago no podian meter en su cabeza la consoladora verdad de que hay otra vida, y de que esta carne mortal ha de resucitar para pena ó gloria eterna. Los gentiles calumniaban además nuestra religion como una junta de hombres crueles que en sus reuniones comian carne humana, que de esta manera quisieron difamar el santo sacramento de la Eucaristía; pero los santos padres convencieron en doctísimas apologías no solamente la verdad, sino la racionalidad de la ley evangélica, manifestando la coherencia que tiene la sublimidad de sus misterios con los dictámenes de una razon que admite las influencias de la gracia. Todas las pestíferas opiniones con que pretendieron los herejes turbar

la paz de la Iglesia, y abrogarse el título de sus maestros y doctores, fueron combatidas y disipadas, ya en los multiplicados escritos que trabajaron los padres, y ya en tantos concilios en que difinitivamente fueron condenadas las herejías.

En el tiempo presente están allanadas todas estas dificultades; los dogmas estan en su pura luz, desembarazados de las cabilaciones del error. La Iglesia se presenta al mundo con toda la autoridad y pompa de una madre universal, y con los gloriosos caractéres de una, católica, verdadera é infalible. Tiene establecido pacíficamente su espiritual gobierno, distribuidos en gerarquías sus ministros, alzados con magnificencia sus templos, determinado un incruento sacrificio, señaladas las augustas ceremonias, y puesta toda la ley en el mayor esplendor. Nadie duda ya de ninguna verdad evangélica; tanto, que le obligó á decir á san Agustin al ver la pacífica creencia que habia en su tiempo, estas notables palabras: *El que solicita milagros para creer, es él un verdadero y grande milagro, porque rehusa su fe cuando cree todo el mundo.* Si á esto se añaden los repetidos milagros con que han sido confirmadas las verdades divinas, los gloriosos ejemplos de los santos, que constan de las historias eclesiásticas; y sobre todo, la facil y cotidiana administracion de los sacramentos, se debe inferir que en los tiempos presentes se les ha hecho á los fieles sumamente fácil aquel camino que la eterna Sabiduría llamó angosto y difícil.

JACULATORIAS.

Beati sumus, quia quæ Deo placent manifesta sunt nobis. Baruch, cap. 4.

Somos dichosos, Dios mio, porque nos habeis manifestado aquello que os es agradable.

A Domino factum est istud, et est mirabile iñ oculis nostris. Salm. 117.

Vos, Señor, lo habeis hecho, y en nuestros ojos comparece como un verdadero milagro.

PROPOSITOS.

Si no fuera verdadero el Evangelio, nunca se defenderia con la sangre, dice san Jerónimo (*Epíst.* 150). *El Maestro fué crucificado*, dice él mismo, *sus discípulos anduvieron por las cárceles; sin embargo, crece la religion, y se aumenta.* En estas palabras se contienen dos verdades, que son la basa en donde se deben apoyar tus propósitos y resoluciones para el resto de tu vida. El Evangelio es verdadero; porque si no, no se hace creible que tantos hombres sensatos, que debian estimar su vida y sus conveniencias, hubiesen sacrificado uno y otro en su defensa. Esta primera verdad debe tranquilizarte en cualquiera duda que pueda ocurrirte en materia de religion. Debes conocer cuán feliz es tu suerte en el dia respecto de la de aquellos fervorosos fieles que se resolvieron á creer cercados de una multitud de óbices que acaso tú no vencerias. Igualmente, debes pensar que si Jesucristo y sus apóstoles fueron privados de la vida con exquisitos tormentos, y sin embargo siempre se acrecentó la religion, ni tú debes pretender ser mas que tu maestro, ni excusarte de aquellas obligaciones en que puede tomar acrecentamiento el honor de la Iglesia. Sobre todo, será una culpa muy abominable el que en la plenitud de los tiempos, cuando están patentes á todos los tesoros inmensos de la gracia, hayas de manifestarte ingrato á tu Dios, y despreciar vilmente los medios que te proporciona de ser eternamente venturoso. Tú tienes obligacion de hacer á Dios sacrificio de tí mismo, porque ni Dios ni la ley son otros para

ti que han sido para los primeros cristianos. La facilidad que tienes de cumplir estas obligaciones es grande comparada con todas las edades; la Iglesia te llama, te convida, y aun en cierta manera te hace fuerza. ¡Es posible, cristiano, que tengas entrañas tan duras que desconozcas estas profusiones de la divina misericordia, que abandones tu salud, y que resuelvas tu desventura! No cabe sino en una razon pervertida un desacierto que tanto degrada al hombre, y que tan funestas consecuencias le acarrea.

DIA VEINTE Y CUATRO.

SAN PEDRO PASCUAL, OBISPO Y MÁRTIR.

Despues que los Moros se apoderaron de todas las provincias meridionales de España; esto es, desde el año de 713, en que el desgraciado rey don Rodrigo fué muerto en la batalla que perdió contra los infieles llamados de Africa por el conde don Julian, viéndose reducidos los Godos á refugiarse en las montañas de Leon, de Asturias y de Galicia, establecieron los Sarracenos su tiránica dominacion en el pais, y redujeron todos los cristianos á una lamentable servidumbre. Fué cruel la persecucion; pero no fué bastante para sufocar la fe, conservando Dios por mas de setecientos años multitud de fieles y generosos siervos, que en medio de tan dura esclavitud supieron mantener toda la libertad y todo el zelo de verdaderos hijos de Dios, sacrificando sus bienes y su misma vida á la conservacion del culto divino y al consuelo de sus hermanos cautivos, aliviándolos en sus miserias.

Una familia, entre tantas otras, originaria de Valen-

cia, y tan distinguida por su virtud como por sus muchos bienes de fortuna, descollaba sobre todas las demás desde largo tiempo habia en estos ejercicios de caridad. Contaba ya en sus ascendientes cinco héroes cristianos que habian derramado su sangre por la religion; y sus descendientes, herederos del zelo y de la piedad de sus progenitores, empleaban la mayor parte de sus rentas en mantener el convento del santo Sepulcro de la ciudad de Valencia. Era su casa el refugio de todos los necesitados, y la hospedería comun de los religiosos que venian á redimir cautivos, particularmente de san Pedro Nolasco, célebre fundador de la órden de la Merced. Viendo el santo que sus insignes bienhechores padecian el desconsuelo de no tener hijos, suplicó al Señor con fervorosos ruegos que les diese sucesion, concediéndoles un heredero que lo fuese tambien de su zelo y de su piedad. Fueron oidas sus oraciones, y el año de 1227 tuvieron un hijo, á quien pusieron el nombre de Pedro, por devocion al santo fundador.

Mirándole como hijo de oraciones, le dieron una educacion muy correspondiente á los designios de la Providencia sobre aquel vaso de eleccion, y muy propia de su gran fondo de virtud que resplandecia en sus piadosísimos padres. La nobilísima índole y las bellas inclinaciones del niño Pedro acreditaron desde luego que el cielo le habia prevenido con sus dulces bendiciones desde su mismo nacimiento. Parecia innata en él la inclinacion á la virtud y caridad con los pobres, siendo su mayor diversion repartirles por su misma manecita la limosna que les daban sus padres; y á ella añadia lo que granjeaba su industria, cercenando de todo lo que le daban para jugar, y aun para su propio sustento, sin que en aquella tierna edad fuese jamás posible reducirle á que almorzase en los dias de ayuno. Luego que supo de memoria el cate-

cismo, no tenia mayor gusto que enseñársele á los otros niños de su edad, que se juntaban con él; pero particularmente á los niños de los Moros, y se refiere un caso muy singular. Habiendo oido contar los malos tratamientos que los Moros hacian á los cautivos cristianos, y que algunos de estos habian conseguido la corona del martirio, encendido el niño Pedro en deseos de ser mártir, instó á los muchachos moriscos que le tratasen como sus padres trataban á los cristianos esclavos; y habiendo suscitado los Moros de Valencia una horrible persecucion contra los cristianos, costó gran trabajo tener encerrado dentro de casa al santo niño por las ansias con que suspiraba por el martirio.

Rescataron sus padres á un virtuoso sacerdote, hombre sabio, y le encargaron así la educacion como los estudios de su hijo. Hizo admirables progresos en tan buena escuela; pero al paso que se iba haciendo mas hábil en todo género de ciencias, se hacia tambien mas santo. Distribuia todo el tiempo en la oracion y en el estudio; de manera que apenas se hablaba de otra cosa entre los cristianos que de la eminente virtud y del extraordinario mérito del angelical mancebo. Por este tiempo deshizo á los Moros el rey de Aragon; conquistóles el reino de Valencia; y noticioso de las raras prendas de nuestro santo, de su santidad y de su zelo, le nombró por canónigo de la catedral. Empeñado ya en el estado eclesiástico, se dedicó a cumplir exactamente con todas sus obligaciones; se aplicó al estudio con mayor cuidado, y aun pasó á Paris en compañia de su preceptor para perfeccionarse mas en la sagrada teología. Muy en breve se hizo admirar su ingenio y su virtud; de suerte que apenas se hablaba de otra cosa en la universidad que del jóven español. El obispo de Paris, enamorado de su santidad y de sus raros talentos, le confirió los sagrados órdenes, y le mandó que predicase el Evangelio en toda la extension

de su obispado. Hízolo con aplauso nunca oido, sin que esto le estorbase enseñar tambien en la universidad, donde recibió el grado y la borla de doctor, sin embargo de tener todavía muy pocos años.

Ni los honores que le tributaban en París resfriaron en su pecho el caritativo zelo por los pobres esclavos cristianos que gemian en España bajo la dominacion de los Moros. Habia tiempo que deseaba entrar en la religion de la Merced, redencion de cautivos, fundada recientemente por san Pedro Nolasco, siendo esta vocacion efecto de la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, y de la ardiente caridad que le consumia por el rescate de los mismos cautivos. Con este intento, se restituyó á España, donde el santo fundador, que con sus oraciones le habia alcanzado del cielo para sus padres, le recibió en la órden con indecible consuelo, como quien sabia tan bien lo que valia aquel presente con que el Señor le regalaba. Dióle el hábito en Valencia el año de 1251, y desde el primer dia se admiró en el novicio un perfecto dechado de la religiosa perfeccion. Los superiores nada tuvieron que hacer sino moderar su fervor, y poner límites á sus ansiosos deseos de abatimientos, humillaciones y penalidades.

Luego que profesó, le emplearon en el ministerio de la predicacion, y en enseñar teología. Desempeñó una y otra ocupacion con la felicidad y con el fruto que en todas le acompañaban; y creciendo cada dia su reputacion, le pidió el rey de Aragon para preceptor de su hijo el infante don Sancho, que habia abrazado el estado eclesiástico. Era su genio muy opuesto al bullicio de la corte; pero le fué forzoso sacrificarse y pasar á ella. Desempeñó su nuevo empleo con tanta satisfaccion del rey, con tanto fruto y con tan feliz suceso, que el infante hizo maravillosos progresos en las ciencias humanas y en la ciencia de los santos; tanto,

que tomó el hábito de la Merced, siendo despues gloria y ornamento de la misma órden. Con esta resolucion del infante quedó libre nuestro santo, y tuvo tiempo para ir á hacer una redencion de cautivos cristianos en la tierra de Moros. Cuando volvió de ella se halló con la novedad de que al infante le habian hecho arzobispo de Toledo , y que este le habia pedido al papa Urbano IV para obispo auxiliar suyo. Fuéle preciso obedecer al sumo pontífice, que le nombró obispo titular de Granada, ciudad que gemia aun bajo el yugo de los Moros; sacrificando en obsequio de la obediencia su extrema repugnancia á toda dignidad eclesiástica. Consagróse el año de 1262, y luego se reconoció en él uno de los mas dignos sucesores de los apóstoles. Habiéndosele confiado el gobierno del arzobispado de Toledo, dió principio á él por la visita general. No hubo ciudad, villa, pueblo ni aldea que no mudase de semblante por los desvelos de semejante pastor. La disciplina eclesiastica, que no poco se habia relajado, recobró su antiguo lustre, la religion su primitivo fervor, y en toda la diócesis se hicieron visibles los efectos de sus apostólicas excursiones. Dió admirables providencias para la reforma de las costumbres; y como reinaba mucha ignorancia en los eclesiásticos, pero sobre todo en los párrocos, compuso un excelente libro para su instruccion, con lo que en muy breve tiempo se desterraron los abusos mas inveterados á esfuerzos de su vigilancia pastoral; pero habiendo muerto tres años despues el jóven arzobispo de Toledo, quedó nuestro santo exonerado del gobierno de aquella diócesis.

Luego que se vió descargado de aquel peso, movido del amor á la soledad, se fué á encerrar en un convento de su órden; y animado de aquel ardiente deseo que tenia de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, en cuyas ansias se abrasaba su corazon

desde la edad de siete años, anhelaba por pasar al Africa. Mientras fomentaba en su alma la esperanza de esta mision, hizo en España y en Portugal otras muchas, y mucho mas provechosas, fundando para eternizar el fruto de estas misiones varios conventos de su religion en Toledo, en Baeza y en Jerez, que son hasta el dia de hoy fecundos seminarios de obreros apostólicos. Pero lo que afligia mas su zeloso corazon era el lamentable estado en que se hallaba su iglesia de Granada bajo la tiránica opresion de los mahometanos. Siendo obispo de ella, se consideraba obligado á exponer su vida por la salud de sus ovejas; en cuya virtud hizo un viaje á dicha ciudad, recogiendo todos los caudales que pudo juntar para el consuelo corporal y espiritual de su rebaño, que gemia oprimido con el peso de la mas dura esclavitud. No es posible explicar el infinito bien que hizo en Granada. Visitaba á los pobres cautivos en los mas hediondos calabozos; consolábalos en sus trabajos, instruíalos, y les administraba los sacramentos, pasando muchas veces con ellos las noches enteras en aquellas inmundas mazmorras, siendo lo mas admirable que en ellas mismas convirtió gran número de judíos y de moros. Hasta los mismos infieles no podian dejar de admirar y de respetar su virtud.

Precisado por las necesidades de su afligida iglesia, que tocó mas de cerca durante su mansion en Granada, hizo un viaje á Roma, donde fué recibido del papa Nicolao IV con todas las demostraciones de estimacion y veneracion que se debian á su raro mérito y eminente santidad. Quiso el pontífice que predicase en las iglesias de San Pedro y de Santa María la Mayor; hízolo nuestro santo con tanta elocuencia y con tanta mocion, que el papa le nombró por legado suyo, y le envió á predicar la Cruzada en los reinos de España y Francia. En París fué recibido con extraor-

dinarios honores, esmerándose el rey, el clero y el pueblo en darle las mayores pruebas de su respeto y de su veneracion. Sus sermones hicieron en París el mismo fruto que en todas partes. Movieron y convirtieron á muchos; pero ninguna cosa le hizo tanto honor como el zelo y la fuerza con que defendió públicamente el misterio de la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen. Predicóle con tanta energía, probóle con tanta evidencia, persuadióle con tanto fruto y tan universal aplauso, que, estando en oracion la noche siguiente, se le apareció, á lo que se asegura, la santísima Vírgen rodeada de una luz resplandeciente, acompañada de inmensa multitud de espíritus celestiales; y habiéndole manifestado cuán grato le habia sido su fervoroso zelo, le puso en la cabeza por sus propias soberanas manos una corona de gloria, inundando su alma de aquellos celestiales consuelos que son como anticipados destellos de la eterna bienaventuranza.

Estando todavía en Francia, fué promovido al obispado de Jaen con aprobacion del papa. Era á la sazon toda aquella diócesis como un erial inculto, habiendo carecido muchos años de pastor. Halló su zelo abundante materia para la labor; pero en poco tiempo correspondió la miés á la fatiga del cultivo. Llegó el año de 1297, en que al santo obispo le pareció preciso hacer otro viaje á Granada. Por mas que le representaron el peligro á que se exponia, todo lo venció el deseo del martirio, que siempre habia sido su pasion dominante. No solo trabajó en la redencion de los cautivos, sino que tuvo valor para emprender la conversion de los Moros. Calificóse esto por delito de estado. Arrestáronle, encerráronle en un calabozo, y le cargaron de cadenas. Llegó á Jaen la noticia, y al instante le enviaron una gran suma de dinero para su rescate. Recibióla con el mayor agradeci-

miento; pero en lugar de emplear aquellos caudales en recobrar su libertad, todos los expendió en solicitar la de una gran multitud de pobres cautivos. Compuso en su prision muchos admirables tratados, tan enérgicos como convincentes, para volver al gremio de la Iglesia à los infelices que habian renegado de la fe, y para confirmar en la religion à los que se mantenian en ella. Durante su prision, fué admirablemente consolado con muchas gracias extraordinarias. Apareciósele el mismo Jesucristo mas de una vez, y sobre todas en cierta ocasion en que se le dejó ver bajo la figura y el traje de un niño cautivo. Por mas que le prohibian escribir contra la impía secta de Mahoma, y aunque le encerraron mas y mas estrechamente, nunca se dejaron esclavizar su caridad ni su zelo. Compuso una excelente obra contra las extravagancias del Alcoran, y otra segunda contra las impiedades de aquella monstruosa secta. Sin embargo de ser muy oscuro el calabozo donde le tenian encerrado, le iluminaba continuamente dia y noche un resplandor celestial. De esta maravilla fueron testigos no solo los guardias, sino el mismo príncipe moro, que, asombrado de ella, le puso en libertad, pero con riguroso precepto de no hablar palabra contra la secta de Mahoma. Pero no nudo enmudecer el zelo de nuestro santo; predicó y confundió à los morabitos, convirtiendo à muchos infieles. Incitado y amotinado el populacho por los doctores del Alcoran, acudió tumultuariamente al palacio del rey, pidiendo la cabeza del santo misionero. El príncipe, aunque bárbaro, estimaba al santo; pero temiendo una sedicion, le mandó prender al instante, y le sentenció à que le cortasen la cabeza. Notificáronle aquella noche la sentencia, y él la pasó toda en disponerse para el sacrificio que habia de colmar el lleno de sus deseos. Sin embargo, se sus-

pendió por algunos breves momentos su alegria. Acometióle de repente un vivo sobresalto, y cierta especie de terror que le abatió el corazon; pero muy luego volvió á su antiguo espíritu con una celestial vision que le llenó de consuelo. Apareciósele Jesucristo pendiente de la cruz, en medio de un brillante resplandor, y le dijo estas palabras: *Pedro, no te asustes, porque la naturaleza haga su oficio. Yo mismo estuve triste hasta la muerte la noche antes de mi pasion, y por tu amor padecí aquella amarga agonía.* Con estas palabras cesaron al punto los temores de nuestro santo, sucediendo á la tristeza el valor y la alegría. Al amanecer celebró el santo sacrificio de la misa con tanto fervor, que acreditaba bien lo abrasado que estaba aquel corazon en el divino fuego, que tan en breve habia de consumir la amorosa víctima. Apenas se habia postrado en tierra para dar humildes gracias, cuando entraron los bárbaros llenos de furor, y le cortaron la cabeza con una cimitarra. Así consumó su sacrificio este gran santo, consiguiendo la corona del martirio el dia 6 de enero del año de 1300, á los setenta y tres de su edad. Estaban muy determinados los Moros á reducir á cenizas su cuerpo, sus vestiduras pontificales y todas las alhajas que habian servido á su uso; pero apoderándose de su corazon un repentino terror, dejaron entera libertad á los cristianos para llevar el santo cuerpo, y darle sepultura en una montaña cerca de Macemoro. Tardó poco el cielo en vengar aquella muerte con todo género de calamidades que llovieron sobre la infeliz ciudad de Granada; pero especialmente sobre la familia del príncipe turco, el cual pereció miserablemente, confesando que el obispo de Jaen le castigaba aun en esta vida.

Con el tiempo fué trasladado el santo cuerpo á la ciudad de Baeza, donde continúa Dios en honrar las sagradas reliquias con gran número de milagros. Por-

que la muerte del santo mártir sucedió el dia 6 de enero, en que se celebra la fiesta de la Epifanía, el papa Clemente X fijó la de san Pedro Pascual al dia 24 de octubre, en que se hizo la traslacion de sus reliquias.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Deus humilium consolator, et fidelium fortitudo, cujus charitatis ardore, martyr et pontifex, beatus Petrus Paschasius ætate teneros, et sexu fragiles ab impiorum captivitate propria servitute redemit; ejus, quæsumus, subsidiis ab omni nos absolve fragilitatis humanæ reatu, ut ad cuncta charitatis opera reparemur, et quos venia feceris innocentes, auxilio facias efficaces. Per Dominum nostrum...

O Dios, consuelo de los humildes y fortaleza de los fieles, en virtud de cuyo abrasado amor el bienaventurado mártir y pontífice Pedro Pascual, haciéndose él mismo esclavo, redimió á otros cautivos tiernos en la edad y frágiles en el sexo; suplicámoste que por su intercesion nos libres de toda culpa de la humana fragilidad para estar mas prontos á todas las obras de caridad; y logrando la dicha de estar en tu gracia por habernos perdonado, nos conserves en ella con la eficacia de tus auxilios. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. I *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra; ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, con el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Por-

Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro...

que así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor...

NOTA.

« La segunda epístola de san Pablo á los Corintios es como continuacion ó suplemento de la primera. Consuélalos en ella por las agrias reprensiones que se veia precisado á darles; pero sin dejar por eso de darles á entender que todavía notaba en ellos no poco que reformar. »

REFLEXIONES.

Bendito sea el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo. Las alegrías vanas y pasajeras pueden brotar en nosotros de tantos distintos manantiales cuantos son los objetos que para su satisfaccion se forman nuestras pasiones; pero el verdadero y sólido consuelo no reconoce otro orígen que solo Dios; todo nace únicamente de él. Los que provienen de las

criaturas son tan vacíos y tan superficiales, que no nos pueden llenar. Hacen el mismo efecto en el corazon, que un vaso de agua helada en un cuerpo abrasado con una ardiente calentura. Siempre se paga muy caro el lijero y transitorio gusto que se busca en las cosas criadas, el cual nunca es capaz de consolarnos plenamente. El mismo Dios que consuela es el que perdona, y nunca consuela del todo sin haber antes perdonado. Dios es mi padre, y padre de las misericordias, con que no puede dejar de ser para mí el Dios de todo consuelo si no pongo estorbo á sus piedades. Al estado y aun al mayor bien del cristiano le conviene padecer; á la bondad de nuestro Dios, sostener y consolar al cristiano en sus trabajos. Es cierto que en todas partes nacen las cruces; pero tambien lo es que llevan consigo mismas el consuelo cuando son retoños de la cruz del Salvador. Las pasiones, hablando en propiedad, tampoco producen mas que cruces; pero todas amargas, y todas saben á la calidad del terreno donde nacen. Si el Señor es el Dios de todo consuelo, sus ministros deben ser unos hombres en donde todos le hallen. En su seno han de derramar los fieles su corazon, y en sus consejos han de encontrar alivio á sus trabajos. ¿Qué otra cosa significan los títulos de padre, de pastor, de médico, de esposo que tantas veces toma el Salvador en el Evangelio? nombres todos de consuelo y ternura. Estos oficios deben hacer sus ministros. Los modales severos y entonados, las palabras agrias y ofensivas, las amenazas, los ultrajes y un trato duro, despegado y enfadoso, todo es muy impropio de los ministros del Padre de las misericordias. En el servicio de Dios nada se pierde de cuanto se padece por su amor. Los consuelos corresponden á los trabajos, y á los grandes trabajos la abundancia de los consuelos. Poco importa que los hombres sensuales traten de quimera

las dulzuras que derrama Dios en los corazones de los que le aman; ni por eso es menos verdad que las condiciones mas risueñas, las fiestas y las diversiones del mundo no hacen mas que suspender por un poco las amarguras interiores; cuando el estado de las almas justas, que se representa mas penoso á los ojos de los mundanos, es verdaderamente un copioso manantial de purísimas delicias para quien ama firmemente á Jesucristo.

El evangelio es del capítulo 16 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundùm opera ejus.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque, ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? O ¿qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

DE LA FALTA DE JUICIO QUE SE HALLA EN LAS MÁXIMAS DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las falsas máximas del mundo, aunque sean tan universales, por mas que las quieran acreditar tantas personas que presumen de cuerdas y de entendidas, están destituidas de toda razon y juicio. Una de estas máximas, que ciertamente es el dia de hoy de las mas autorizadas, enseña que se debe hacer lo que hacen otros. Pero considera á sangre fria quiénes son esos otros, que, segun el mundo, han de servir de modelo. ¿Son por ventura algunos hombres de juicio, de notoria probidad, que se hagan recomendables por su vida cristiana, ajustada y ejemplar? A la verdad es bien corto el número de estos; pero ¿á lo menos se propone por ejemplar este corto número? Nada menos. Esos otros que se pretende deben dar la ley, sirviendo de pauta á la imitacion, es esa multitud de ociosos y de pisaverdes, muchos de ellos perdidos de reputacion, la mayor parte sin regla, sin conducta, sin virtud; no pocos casi sin religion, que, dejando á los timoratos el cuidado de trabajar por la salvacion, ellos pasan la vida en un eterno olvido de Dios, apacentándose únicamente de bagatelas, de quimeras y de inutilidades. Es esa confusa multitud de mujeres profanas, engolfadas y sumergidas en el mundo, que, contentándose con una lijerísima tintura de religion, desacreditan con su vida sensual y poco cristiana la doctrina de Jesucristo, forjándose allá no sé qué qui-

mérico sistema de felicidad en una conducta enteramente pagana. Es en fin ese inmenso monton de jóvenes atolondrados, casi todos libertinos, en cuya mayor parte solo se encuentra mucho descoco, grande osadía, poca capacidad, ningun mérito; cuyas estragadas costumbres son el escándalo de toda una ciudad, y cuya lastimosa conducta es el suplicio y aun la deshonra de sus pobres padres y parientes. Estos son aquellos excelentes modelos que nos propone el mundo para la imitacion; estos aquellos otros, cuyo ejemplo se ha de seguir como él lo pretende. Mi Dios, ¡será posible que llegue á tal extremo nuestra ceguedad! ¡que una servil, que una indigna complacencia por unos hombres á quienes ciertamente no se estima, á quienes seguramente se desprecia, domine nuestra razon, y por decirlo así, tiranice nuestra libertad, imponiéndonos cierta especie de necesidad de ser malos y de desbarrar solo porque ellos desbarran! Pero lo mas asombroso es que á solo esto se llama saber vivir, como si toda la sabiduría, toda la prudencia, toda la buena crianza y toda la cordura consistiera ó se estancara en las costumbres de los libertinos, y como si la doctrina de Jesucristo, que cultivó las mas salvajes, las mas barbaras naciones, y que sola ella debiera ser la regla de las costumbres; como si esta doctrina, digo, no nos enseñara á vivir. ¿Dónde está el buen juicio en este modo de pensar? ¿dónde está la sindéresis de la razon natural? Luego los buenos cristianos ignoran el arte de vivir: luego todos esos santos, cuya sabiduría admiramos, cuyas virtudes aplaudimos, cuya proteccion imploramos, cuyas reliquias son objeto de nuestra veneracion y de nuestro culto: luego todos esos santos, todos esos grandes hombres no supieron vivir, pues no supieron seguir esa muchedumbre de mundanos, ni supieron hacer lo que ellos hicieron. Mi Dios,

¿será menester mucho entendimiento para conocer la risible ridiculez de tan lastimosa máxima?

PUNTO SEGUNDO.

Considera la pobreza de los hombres del mundo en su modo de pensar. Pues qué, ¿basta ser buen cristiano, ser devoto, ser discípulo de Cristo para no saber vivir? ¡Qué extravagancia! ¿Ignórase que solo en su escuela se aprende á vivir? Desengañémonos; no hay verdaderamente otro hombre de bien, que el hombre verdaderamente cristiano. En la escuela del Evangelio se aprende aquella inalterable dulzura, aquella humildad de corazon, sin la cual toda aparente afabilidad, toda modestia postiza, toda urbanidad afectada, es una pura monería; pero en poseyendo aquella, se conocen muy bien todos los deberes de la atencion, y todos se practican á tiempo, en sazon y con la mayor oportunidad. Hacer en el mundo lo que hacen los otros, es saber atolondrarse en punto de religion como se atolondran los otros; pero no es saber vivir como verdadero cristiano. Ciertamente, si es preciso hacer lo que hacen otros, ¿no será mejor hacer lo que hace aquel corto número de escogidos á quienes está prometido el reino de los cielos? ¿lo que hacen aquellas personas prudentes, virtuosas, tan respetables por la pureza de sus costumbres, por su conducta arreglada y uniforme, por su probidad; á cuyo mérito se hace justicia, á pesar de la licencia, del desenfreno del siglo, y á quienes hasta los mismos disolutos respetan interiormente? ¿lo que hacen finalmente aquellos hombres de ejemplar virtud, á cuya suerte se tiene envidia, y que nos han de servir de confusion y aun de desesperacion en la hora de la muerte por no haber imitado sus ejemplos? Si en aquella hora nos resta algun rastro de razon · si todavía so-

mos en ella cristianos; si no morimos ateistas, ¿nos consolará mucho el haber seguido el ejemplo de tantos insensatos? ¡Qué dolor, qué desesperacion será entonces la nuestra por haber hecho lo que hicieron tantos libertinos! ¿Quién no querria entonces haber imitado á los buenos? ¿haber vivido como los fervorosos de su comunidad? ¿como los que tuvieron una vida verdaderamente cristiana?

Puedo, mi Dios, con vuestra divina gracia evitar estos desesperados arrepentimientos; todavía estoy en tiempo de hacerlo. Disponed, Señor, que me aproveche de este tiempo y de estas reflexiones.

JACULATORIAS.

Confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis. S. 67.
Confirmad, Señor, y haced que sean eficaces estas luces que vos me comunicais.

Justificationem meam, quam cœpi tenere, non deseram. Job. 27.
Resuelto estoy, mi Dios, á vivir arreglado á vuestras divinas máximas, determinado á conformar mi conducta á vuestra santísima ley.

PROPOSITOS.

1. Siendo cierto que en la hora de la muerte no quisieras haber vivido como ese inmenso monton de libertinos, como esa multitud de mujeres profanas, como ese enjambre de personas, que solo respiran el espíritu del mundo, como ese sinnúmero de indevotos y de imperfectos, oprobio del estado eclesiástico y afrenta del religioso; y que toda la seguridad para mantenerte en los desórdenes que tú mismo condenas, en esa vida tibia que traes, en ese desorde-

nado proceder que de cuando en cuando sobresalta tu conciencia; toda tu seguridad estriba en la esperanza, bien ó mal fundada, que tienes de que antes de morir reformarás tus costumbres, romperás las cadenas que te tienen aprisionado, harás una vida ejemplar y religiosa; ¿porqué no comenzarás á poner hoy en ejecucion lo que no sabes si podrás hacer mañana? El dia de mañana es incierto, y hoy tienes ciertamente tiempo, medios, y me atrevo á asegurar que tambien auxilios para hacerlo; pues ten el consuelo de experimentar hoy, antes que llegue la noche, que no es vana tu esperanza. Si esperas convertirte á Dios antes de la muerte, haz que puedas decir hoy mismo con verdad: Por la misericordia de mi Dios, ya en fin me he convertido.

2. No es posible dejar de conocer á alguno de tu misma edad y de tu misma condicion que viva cristianamente; á alguno de tu misma comunidad ó de tu misma religion que viva ejemplar y santamente. Pues propóntele por modelo para imitarle, para ser tan exacto, tan observante, tan devoto, tan cuerdo y tan circunspecto. En materia de costumbres podemos todo lo que queremos.

SAN RAFAEL, ARCÁNGEL.

La gratitud que exigen de los Españoles tan repetidos beneficios como han recibido del arcángel san Rafael, ha movido á toda la Iglesia de España á dedicarle una fiesta particular en que se celebre su memoria. No satisfecha con las celebridades que se tributan á todos los ángeles custodios en comun, y á los arcángeles san Gabriel y san Miguel en particular, quiso celebrar la memoria de san Rafael, separada

de los demás, para manifestar la obligacion en que le está por las gracias recibidas, y al mismo tiempo excitar en los fieles una particular devocion hácia este santo arcángel. Su beneficencia para con los hombres consta de las sagradas letras por testimonios tan auténticos, y al mismo tiempo tan maravillosos, que su noticia llena de satisfaccion al pecho, y recrea al alma con una divertida é instructiva leyenda. De ella consta todo cuanto se sabe de san Rafael, y de la misma resultan documentos morales tan provechosos para arreglar la vida, que merece una particular relacion, y que el cristiano la medite de continuo; con cuyo fin se inserta aquí.

Refiérese en el libro de Tobías que este santo patriarca de la tribu de Neptalí era tan piadoso y temeroso de Dios, que no habia obra virtuosa en que no se emplease. Llevaban con preferencia su atencion las obras de misericordia, y entre ellas la de enterrar á los muertos. Igualmente se ejercitaba en dar limosna; tanto, que entre todas las obras de caridad esta era su predilecta, atribuyéndola con razon un poder maravilloso para preservar del pecado y para alcanzar la misericordia. Permitió Dios á este santo varon varias aflicciones y trabajos para dar en él al mundo una prueba de resignacion y de paciencia, y hacer ver los maravillosos efectos que produce su divina gracia en los que corresponden á sus inspiraciones. Hiciéronle cautivo en tiempo de Salmanasar, rey de los Asirios; perdió toda su hacienda, y fué mandado matar por el rey Senaquerib, por causa de que persiguiendo este impío á los israelitas, y mandándoles quitar la vida, tuvo noticia de que Tobías, en compañía de su mujer y de su hijo, recogia los cadáveres y les daba sepultura. De este peligro se libertó con la fuga, teniendo que esconderse en un lugar tan estrecho, que no podia estar vestido. Siguiendo en

sus obras piadosas, sucedió cierto dia que, volviendo á casa fatigado del trabajo de enterrar muertos, se echó á descansar junto á una pared, y cayéndole sobre los ojos la inmundicia de un nido de golondrinas, le dejó perfectamente ciego. Llevó con paciencia este trabajo, que no le era tan sensible como los que le ocasionaban su mujer y sus amigos. Estos le echaban en cara el ningun fruto que habia sacado de sus decantadas obras de piedad; pues, cuando esperaba que Dios se las premiase con beneficios, se habia visto en peligro de perder la vida, y á la sazon se hallaba pobre y ciego. Unas reconvenciones tan mezcladas de blasfemia no podian menos de contristar á un hombre tan piadoso. Derramaba lágrimas en presencia del Señor, y con oraciones sumamente encarecidas le pedia se dignase darle consuelo y remedio en tantos males.

En el mismo dia en que Tobías hacia esta oracion sumamente afligido, dirigia á Dios las suyas una doncella por nombre Sara, hija de Ragüel, vecino de Rages, ciudad de los Medos. Esta santa doncella habia sido casada sucesivamente con siete maridos, y á todos ellos les habia quitado la vida un demonio llamado Asmodeo, en la misma noche de las bodas. Reprendió á una de sus criadas por un descuido que habia tenido, y la criada llena de ira y enojo echó á su ama en cara aquellas desgracias atribuyéndoselas á ella, y llamándola matamaridos. Este baldon la acongojó de tal modo que, retirada á un lugar oculto de su casa, se mantuvo por espacio de tres dias y tres noches sin comer ni beber, pidiendo á Dios con muchas lágrimas y con oracion muy fervorosa que le quitase aquel improperio, ó la sacase de esta vida. El Señor oyó las oraciones de Tobías y de Sara, y determinó enviar á su ángel san Rafael para curar á los dos, por cuanto las oraciones de ambos habian sido

presentadas á un mismo tiempo. Pensaba Tobías que en virtud de su oracion se dignaria Dios sacarle de los trabajos de la vida, y así llamó á su hijo para bendecirle y darle las últimas instrucciones como acostumbraban los patriarcas. Estas fueron tan santas, que merecen copiarse á la letra. Cuando le tuvo en su presencia, le dijo de esta manera : *Oye, hijo mio, las palabras de mi boca, y consérvalas en tu corazon como fundamento de toda tu conducta. Cuando Dios haya recibido mi alma, entierra mi cuerpo, y honra á tu madre mientras viva, porque debes tener presente cuántos y cuán grandes peligros ha padecido por causa tuya : y cuando muera, ten cuidado de sepultarla junto á mí. Todos los dias de tu vida has de tener á Dios presente, y guárdate de consentir alguna vez en pecado, ni de quebrantar algun precepto de nuestro Dios y Señor. Haz limosna de tu hacienda, y no apartes los ojos de ningun pobre, porque de esta manera tampoco Dios apartará los suyos de tí. Sé misericordioso, segun te permitan tus circunstancias; si tuvieres mucho, da mucho; y si poco, haz tambien con gusto limosna de lo poco. De este modo, te atesoras un buen premio para el dia de la necesidad, porque la limosna liberta de todo pecado y de la muerte, y no permitirá que vaya el alma á las tinieblas. La limosna dará una gran confianza á todos los que la hacen delante del sumo Dios. Guárdate, hijo mio, de toda fornicacion, y jamás intentes conocer otra que tu mujer. Nunca permitas que domine la soberbia en tus pensamientos ni palabras, porque ella fué el principio de toda la perdicion. Paga el salario inmediatamente á aquel que trabaje para tí alguna cosa; y por ningun acontecimiento retengas en tí el estipendio del que te sirve. Lo que no quieras que se haga contigo, ten cuidado de no hacerlo tú jamás con otro. Reparte tu pan con los que tienen hambre y los menesterosos, y cubre con tus vestidos á los que veas desnudos. Sobre la sepultura*

del justo pon vino y pan, pero no comas ni bebas de él en compañía de los pecadores; pide siempre consejo á aquel que sea sabio; bendice siempre á Dios, y pídele que dirija tus caminos, y que no se aparten de él tus consejos. Tambien te advierto, hijo, que, siendo tú niño, dí diez talentos de plata prestados á Gabelo, natural de Rages, ciudad de los Medos, de lo cual conservo recibo; y así, mira cómo has de ir allá para recibir la dicha cantidad de plata, y restituirle su caucion. No temas, hijo mio: á la verdad pasamos una vida pobre; pero tendremos muchos bienes si tememos á Dios, nos apartáremos del pecado y practicáremos la virtud.

Las últimas palabras del anciano, relativas á la deuda de Gabelo, le pusieron en cuidado al jóven, y así representó á su padre que seria dificultoso cobrar aquella cantidad, porque ni él conocia á Gabelo, ni Gabelo á él, ni tenia quién le dirigiese á su pueblo. Consolóle su padre, y le mandó salir á buscar á un caminante que le dirigiese á Rages, que fuese bueno y fiel para hacer la dicha cobranza. Obedeció Tobías á su padre; y habiendo salido de su casa, encontró un gallardo jóven, ceñido ya y dispuesto para viajar. Saludóle Tobías, y le preguntó de donde era, y si sabia los caminos de la provincia de los Medos, ignorando que aquel con quien hablaba era el ángel de Dios san Rafael, que habia sido enviado para curar á Sara y llenar de bendiciones la casa de Tobías. A estas preguntas satisfizo Rafael, certificando que sabia todos los caminos de los Medos, y que habia estado con Gabelo, señalando el lugar de su morada. Luego que Tobias oyó noticias tan favorables á su intento, suplicó al arcángel que esperase un momento mientras daba cuenta de ello á su padre. Este le mandó venir á su presencia, y habiendo precedido las mutuas salutaciones en que Tobías manifestó gran tristeza por la ceguera que padecia, san Rafael le consoló aseguránd-

dole que dentro de poco le daria el Señor remedio á su ceguera, y se trató del viaje proyectado. El anciano Tobías hizo al arcángel todas las preguntas á que le estimulaba el amor que tenia á su hijo y el deseo de su seguridad; pero habiendo quedado perfectamente satisfecho con las respuestas del arcangel, se dispuso todo lo necesario, y se pusieron en camino. Luego que el jóven Tobías se hubo ausentado, comenzó á llorar su madre y á hacer sentidas exclamaciones, diciendo á su marido que hubiera sido mejor que jamás hubiese existido semejante dinero, que haber expuesto á su hijo á los trabajos y peligros de un camino tan largo. Tobías, lleno de confianza en Dios, y presintiendo en cierta manera todos los efectos de su misericordia, la consoló certificándola de que volveria á ver á su hijo sano y salvo; porque, segun creia, el ángel bueno de Dios iba en compañía de su hijo, y lo dispondria todo de un modo favorable, y tan bien, que volviese á su presencia lleno de regocijo y alegría.

Salió, pues, el jóven Tobías en compañía del arcángel san Rafael á la expedicion proyectada, llevando consigo un perro, fiel compañero de los trabajos del hombre. A la primera jornada hicieron mansion á las orillas de rio Tigris; y viendo Tobías la oportunidad, se puso á lavar los piés. Cuando estaba en esta operacion, hé aquí que un pez monstruoso por su magnitud y figura salió del rio, y acometió á Tobías en ademan de devorarle. Espantóse el jóven, y dió voces; pero el arcángel le mandó que se abrazase con el pez, y le sacase fuera del agua. Obedeció, é inmediatamente comenzó á palpitar el pez á sus piés conforme iba perdiendo la vida. Mandóle el arcángel que le abriese y le sacase el corazon, la hiel y el hígado, y lo guardase para hacer uso de ello á su tiempo. Lo demás del pez lo salaron y reservaron

para el camino, habiendo comido lo que su necesidad les pedia. Prosiguiendo nuevamente su viaje, entró Tobías en la curiosidad de saber para qué efecto habia reservado aquellas tres partes de las entrañas del pez. Satisfízole el ángel, diciendo : *Que, quemando una parte del corazon, servia su humo para ahuyentar todo género de demonios de los miserables que estaban obsesos, y que la hiel tenia virtud para curar los ojos de los que tenian cataratas.* Cuando iban en esta conversacion, se habian adelantado ya bastante, y le preguntó Tobías al arcángel adónde le parecia que fuesen á tomar posada. El arcángel, que vió estaban ya cerca de la casa de Ragüel, en donde habia de manifestar el objeto principal á que habia sido enviado de Dios, respondió al jóven : *Aquí cerca vive Ragüel, pariente tuyo, el cual tiene una hija única llamada Sara, y quisiera que la pidieras para esposa, y de este modo te harias dueño de todas las haciendas de sus padres, que son inmensas.* De muy buena gana lo haria, respondió Tobías; pero he oido decir que ha estado casada con siete maridos, y que en la noche de las bodas el demonio les quitó la vida. Sentiria que me sucediese á mí otro tanto, porque seria sumo el dolor que causase á mis padres mi desgracia. *No temas,* le dijo san Rafael, *porque el demonio no tiene potestad sino en aquellos que contraen el matrimonio, no por agradar á Dios y cumplir sus santas ordenaciones, sino para entregarse á los excesos de su lujuria, como el caballo y el mulo que carecen de racionalidad. No así tú; sino que, en recibiéndola por esposa, te contendrás por tres noches, y en ellas te emplearás en su compañía en el ejercicio de la oracion. Y en la primera noche quemarás un pedazo del corazon del pez, y el demonio será ahuyentado. De este modo, serás salvo de todos los males, y serás participante en tus hijos de las bendiciones hechas á Abrahan.*

No tuvo que replicar Tobías, y así se fueron á casa de Ragüel, el cual apenas supo que era su sobrino cuando le abrazó é hizo todas las demostraciones de alegria y agasajo. Pero luego que vió que le pedia á su hija por esposa, se contristó sumamente temiendo que tendria la misma suerte que habian tenido los otros infelices. Persuadióle lo contrario san Rafael, y sus persuasiones tuvieron tal efecto, que Ragüel quedó enteramente persuadido. Celebróse el matrimonio con grandes banquetes; y venida la noche, introdujeron á Tobias y Sara en el aposento que les estaba preparado. Sosegadas todas las cosas, y persuadido Ragüel de que Tobías estaria ya muerto como los otros siete maridos de Sara, llamó á sus criados á media noche, y les mandó que hiciesen la sepultura para enterrar en ella á Tobías antes del amanecer, caso que hubiese muerto. Pero acordándose el santo jóven de las instrucciones del arcángel, sacó de su repostero un pedazo del corazon del pez, y le puso sobre unas brasas encendidas en su aposento. Entonces el arcangel san Rafael cogió al demonio, y atándole, le dejó preso en el desierto del alto Egipto. Tobias por su parte persuadió á su esposa á pasar la noche en oracion, en lo que ella convino gustosamente. y de todo resultó el efecto deseado; porque, habiendo persuadido Ragüel á su mujer Ana que enviase secretamente una de sus criadas al aposento de Sara para averiguar lo que habia sucedido, esta volvió alegre con la feliz noticia de que los esposos estaban durmiendo sin la menor novedad. Volvieron á cerrar la sepultura, y á la mañana se dispuso un gran convite, é hizo Ragüel a Tobías una escritura de la mitad de lo que poseia, que lo daba en dote á su hija por entonces, declarando al mismo tiempo que la otra mitad le habia de pertenecer tambien despues de su muerte.

La satisfaccion y la alegría eran en todos las mayo-

res que se podian apetecer. Ragüel y Ana rebosaban de gozo viendo á su hija libre ya de la tirania del demonio, y casada con un primo suyo de tan santas costumbres como su padre. Tobías y Sara por su parte tenian todo el gusto que les cabe justamente á los recien desposados, y además de esto, el gozo que veian en sus ancianos padres; y el arcángel, finalmente, como autor que era de tantas felicidades, entraba á la parte en las comunes alegrías. Para celebrarlas con todo el espacio y solemnidad que el caso merecia, dispuso Ragüel que Tobías permaneciese en su casa por espacio de dos semanas. Contristar á su suegro negándole una peticion tan justa, no cabia en su corazon; por otra parte preveia que, si tardaba mas tiempo del que tenian consentido sus padres, creerian que le habia sucedido alguna desgracia, y podia costarles la vida. Llamó, pues, al arcángel, y le rogó que, tomando lo necesario para el viaje, fuese á hacer la cobranza de la deuda de Gabelo. Convino el arcángel san Rafael en la propuesta; marchó á Rages, hizo su cobranza, dió parte á Gabelo de lo que pasaba con el jóven Tobías, y le trajo consigo á la casa de Ragüel para que fuese participante de la alegría de todos. Entre tanto, habiendo pasado el dia fijo en que Tobías debia llegar á su casa, sus padres y principalmente su madre se deshacian en lágrimas, temiendo no le hubiese sucedido algun infortunio. Lloraba Ana inconsolablemente, y en el extremo de su dolor decia: « ¡Ay, ay hijo mio! luz de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida y esperanza de nuestra posteridad, ¿para qué te enviaríamos á un viaje tan largo? ¡Oh! teniendo en tí solo todo nuestro bien y todo nuestro consuelo, no debíamos haber permitido que te separases de nosotros. » Tobías la consolaba con cuantas razones se podian imaginar, y principalmente proponiéndole la bondad y fidelidad

de aquel varon, en cuya compañía le habia enviado. Pero Ana no recibia consuelo alguno; lloraba sin cesar, salia á los caminos, se subia á los lugares mas elevados para ver si desde allí podia descubrir á su hijo. Este, que conocia bien el cuidado en que estarían sus padres, sin embargo de las muchas instancias que le hizo su suegro para que permaneciese mas tiempo en su compañía, determinó ponerse en camino. Ragüel, viendo su resolucion, y que no habia modo ni medio de apartarle de ella, le entregó la mitad de su hacienda en dinero, ganado y alhajas, y asimismo á su hija Sara con grande acompañamiento de criados y criadas; y habiéndose despedido con muchas lágrimas, abrazos y ternura, los dejaron marchar.

El ángel san Rafael, que atendia á todo, y que conocia la amargura y afliccion en que estarian Tobías el anciano y su mujer, persuadió al jóven, despues de haber andado un trozo de camino, que se adelantasen los dos á marchas forzadas para no hacer mayor y mas prolongada la pena de sus padres, sino antes bien anticiparles lo mas que fuese posible la noticia de tantas dichas. Hiciéronlo así, y al tiempo de marchar dijo san Rafael á Tobías: *Lleva contigo algun tanto de la hiel del pez, porque será necesario dentro de poco.* Ana, la madre de Tobías, estaba segun su costumbre en la cumbre de un monte acechando si venia su hijo, cuando hé aquí que le descubrió á lo lejos, y corriendo exhalada, avisó de ello á su marido. El perro que habia ido con el jóven Tobías se adelantó igualmente, y con sus halagos manifestaba que ya su amo estaba cerca. Llegó finalmente el jóven en compañía de san Rafael, y sintiéndole su padre, se levantó con presteza, y tropezando y cayendo, como suele decirse, echó á correr para abrazar á su hijo. Los abrazos, las lágrimas, la alegría y el regocijo fueron recíprocos y

extraordinarios. Dieron gracias á Dios, y le adoraron; y tomando el jóven Tobías de la hiel del pez, como san Rafael se lo tenia prevenido, untó á su padre en los ojos, é inmediatamente se le cayeron de ellos como unas escamas, y se le quedó la vista clara y perfecta. Bendijo á Dios el anciano y todos cuantos le conocian, y multiplicóse su gozo cuando de allí á siete dias vió entrar por las puertas de su casa á la hermosa Sara con tan grande comitiva de criadas y criados, y al mismo tiempo tanta riqueza. Celebróse esta felicidad por siete dias continuos, en los cuales se celebraron grandes banquetes, y llegó la alegria no solo á los amigos y parientes, sino á los mas apartados.

Sosegados los primeros movimientos del regocijo, y conociendo el anciano Tobías que todo aquel cúmulo de bienes les habia venido por san Rafael, llamó aparte á su hijo, y le dijo: *¿Con qué podremos agradecer, hijo mio, los bienes que te ha hecho este buen jóven, que ha ido y ha venido contigo?* A lo cual respondió Tobías: *Padre; yo no sé qué premio se le pueda dar que manifieste bien nuestro agradecimiento, y sea digna recompensa de las mercedes que de él tenemos recibidas. A mí me llevó y me trajo sano; él cobró la deuda de Gabelo; él hizo que Sara fuese mi esposa y ahuyentó de ella el demonio: él llenó de alegría el corazon y la casa de sus padres; yo le soy deudor de la vida, pues me libertó del pez que iba ya á devorarme; á tí tambien te ha restituido la vista, haciendo que veas la luz del cielo; en una palabra, él nos ha colmado de todos los bienes y felicidades. Suplicadle, pues, padre mio, que se digne recibir siquiera la mitad de todo cuanto hemos traido.* Este consejo y parecer de Tobías el jóven halló toda la aceptacion que merecia en su anciano padre, y llamando aparte al arcángel san Rafael, el padre y el hijo le comenzaron á suplicar con el mayor encarecimiento que en recompensa de los grandes fa-

vores que les habia hecho, se dignase aceptar la mitad de cuantos bienes habian traido. Entonces san Rafael, encargándoles el secreto, les dijo de esta manera: *Bendecid á Dios del cielo, y dadle gracias delante de todos los vivientes, porque ha usado con vosotros de su misericordia.* Añadió á estas otras palabras y sentencias que contienen documentos muy importantes para la vida espiritual, que se contienen en la epístola de este dia. Hasta aquel punto les habia ocultado su verdadero nombre y persona; pues, cuando Tobías le preguntó quién era, le respondió el arcángel *que era Azarías, hijo del grande Ananías, porque á la verdad el cuerpo aéreo que habia tomado para ejecutar los oficios referidos era parecido al de Azarías.* Pero ya estando para partirse al que le habia enviado, juzgó debido descubrirles todo el secreto; y así concluyó su razonamiento, diciendo: *Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que estamos delante del Señor.* Al oir esto, los dos Tobías se turbaron, y llenos de temblor cayeron boca á bajo en tierra. Entonces les dijo san Rafael: *La paz sea con vosotros; no temais, porque, cuando yo estaba con vosotros, estaba por voluntad de Dios; bendecidle, y cantad sus alabanzas. A la verdad, parecia que yo comiese y bebiese con vosotros; pero yo me sirvo de una comida invisible y de una bebida que no está sujeta á la vista de los hombres. Ya, pues, es tiempo de que me vuelva al que me envió; vosotros bendecid á Dios, y contad todas sus maravillas.* Dicho esto, desapareció de delante de sus ojos, y no pudieron volverle á ver mas. Entonces, atónitos al ver las misericordias de Dios, se postraron boca á bajo por espacio de tres horas, bendiciendo á Dios que tanto los favorecia. Levantáronse despues, y dieron cuenta à la gran comitiva de lo que les habia pasado, y de como aquel jóven, que tantos beneficios les habia hecho, era el ángel san Rafael, uno de los primeros espíritus que hay en el

cielo. Dieron todos gracias á Dios, que por medio de su ángel habia derramado tantas bendiciones en la casa del justo Tobías.

En esta historia se comprende todo cuanto se sabe de san Rafael, y al mismo tiempo se insinuan los motivos que ha tenido la Iglesia de España para celebrar su memoria con una fiesta particular, distinta de la de los demás ángeles. Cuando se ha tratado de la custodia que hacen estos á los hombres en la festividad del ángel custodio, que se celebra el dia 2 de octubre en toda la Iglesia, se ha dicho lo suficiente para entender la naturaleza y oficios de los espíritus celestiales. Cuanto se contiene en las sagradas letras, y lo mas principal en que convienen los padres, está allí dicho, y seria inútil repetir aquí una doctrina que puede verse en aquel dia; pero san Rafael tiene sobre los demás ángeles la particularidad de ser destinado por Dios para cuidar de la salud de los hombres. Este oficio se ve claramente en toda su historia, reducida principalmente á dos hechos, que fueron curar á Sara de la opresion del demonio, y á Tobías de la ceguera. Esto mismo reconoce la Iglesia de España, dándole en el oficio eclesiástico el título de médico de nuestra salud; y esto, finalmente, testifica el nombre del mismo arcángel, pues Rafael quiere decir medicina de Dios. Así lo han reconocido la mayor parte de las iglesias y ciudades de España en los casos mas apurados de pestes y mortandad; y cuando faltase todo otro testimonio, bastaria para persuadir á los Españoles su singular proteccion, dos mayores de toda excepcion, y comprobados por una multitud de pueblo inmenso que los asegura. El primero es de la religion de san Juan de Dios, cuyos hospitales están bajo la proteccion y tutela de san Rafael arcángel; y aunque á la exacta observancia de un instituto tan evangélico y tan provechso á la sociedad puede atribuirse

la curiosidad, la limpieza y la exencion de contagio que aparecen en los hospitales de esta religion sagrada; sin embargo, los mismos religiosos, haciendo sacrificio á la verdad de su propio interés, confiesan que el patrocinio de san Rafael arcángel tiene la mayor parte en estos beneficios; y en reconocimiento de esta verdad en todos sus conventos le celebran fiesta y devotos novenarios, protestando su piedad y reconocimiento, y excitando á iguales sentimientos á los fieles. El segundo testimonio es de la ciudad de Córdoba, cuya iglesia se cree de las primeras de la cristiandad en celebrar la fiesta de san Rafael. El arcángel es patrono de la ciudad, y está ha reconocido siempre su proteccion en tantos casos, que de ellos solos pudiera formarse una historia. El magnífico triunfo dedicado al santo arcángel, en cuya cima está su estatua, obra magnífica y costosa por la materia, y excelente por el artificio, es la prueba mas convincente de la obligacion en que están al santo arcángel los Cordobeses, puesto que tan costosamente explican su gratitud. Es tradicion entre ellos que en el recinto de la ciudad no puede caer rayo ni centella en virtud del patrocinio de san Rafael, que tiene dada palabra de libertarla de estos males. La experiencia de tantos siglos acredita que no es una tradicion vana; porque se necesita cerrar los ojos de la razon, y hacerse desentendido de las reglas de buena crítica para atribuir este hecho á pura casualidad. Como quiera que sea, lo dicho hasta aquí es suficiente para conocer los poderosos motivos con que celebra esta festividad la iglesia de España, y asimismo los que tienen todos los fieles para esperar prudentemente que en sus enfermedades los favorezca el santo arcángel, y en esta confianza implorar con humildad y devocion u patrocinio.

SAN PROCLO, ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA.

San Proclo, natural de Constantinopla, siendo todavía muy jóven, fué lector de la iglesia de aquella ciudad. Las funciones de este nuevo órden no le impidieron el seguir con ahinco sus primeros estudios. Durante algun tiempo, fué discípulo de san Crisóstomo, quien le nombró por su secretario. Atico le ascendió sucesivamente al diaconado y al sacerdocio. Muerto este arzobispo, le tuvieron por digno de sucederle; pero algunas consideraciones particulares dieron la preferencia á Sisinio; y este consagró á Proclo por arzobispo de Cizico, metrópoli del Helesponto, bien que no tuvo efecto aquel nombramiento; porque los vecinos de Cizico que no querian reconocer la autoridad del arzobispo de Constantinopla, se negaron á recibir al obispo que les enviaba el Constantinopolitano, y escogieron por pastor al monje Dalmacio.

Proclo se quedó pues en Constantinopla, donde alcanzó un gran crédito con sus predicaciones. Habiendo hecho Sisinio dimision de la mitra en 427, pusieron muchos los ojos en nuestro santo para aquella dignidad. Mas otros alegaron que era ya obispo, y que las traslaciones de silla á silla estaban prohibidas por los cánones. Eligieron pues á Nestorio. El nuevo arzobispo, que hasta entonces tenia encubiertos sus verdaderos sentimientos bajo el velo de la hipocresía, apareció muy luego tal cual era. Llegaron á ser el escándalo de la Iglesia sus errores que fué desenvolviendo poco á poco. Proclo defendió valerosamente la verdad; y en un sermon que predicó en 429, probó contra el heresiarca que la santa Vírgen María debe ser llamada Madre de Dios. Estaba Nestorio

presente, y se levantó públicamente en la iglesia contra el predicador.

Despues de su deposicion, acontecida en 431, nombraron á Maximiano por sucesor. Los que deseaban á Proclo se dejaron arrastrar por las razones arriba dichas. Pero habiendo muerto Maximiano tres años despues de su eleccion, se reunieron todos los votos en favor de Proclo, fundándose en no haberle sido posible el tomar posesion de la silla de Cizico. Trató con la mayor dulzura á los nestorianos y demás herejes; sin que por eso dejase de estar inviolablemente unido á la fe católica. Así es que vivió en perfecta union con el papa, con san Cirilo Alejandrino y con Juan Antioqueno.

Los obispos armenios quisieron saber su parecer sobre los escritos y la doctrina de Teodoro, obispo de Mopsuesta, que aun despues de muerto gozaba en Armenia de una gran nombradía. Respondióles Proclo en 436; y su respuesta que todavía conservamos, es la mas célebre de sus obras. Condena en ella la doctrina de que se trataba, como fautora del nestorianismo, y explica la de la Iglesia acerca de la Encarnacion, sin nombrar por eso á Teodoro, que habia muerto en la comunion católica. Exhorta luego á los Armenios á adherirse á la doctrina de san Basilio y de san Gregorio Nazianzeno, cuyos nombres tanto como sus obras, estaban entre ellos en particular veneracion. Otros pusieron mayor calor en esta contestacion; y hasta querian algunos que la condenacion recayese sobre los nombres de Teodoro, de Teodoreto y de Ibas; lo que dió principio á la disputa de los tres capítulos. En el mismo año Juan Antioqueno dirigió al arzobispo de Constantinopla una refutacion de la doctrina de los que confundian las dos naturalezas en Jesucristo, error que fué despues enseñado por Eutiques.

Por las obras que nos quedan de san Proclo se ve que sus luces igualaban á su zelo. Sus cartas tienen por objeto principal las disputas que se suscitaron en su tiempo acerca de la Encarnacion. Algunas de sus homilias son un elogio de Nuestra Señora; probándose en ellas que con razon se le da la cualidad de Madre de Dios. Las demás tratan en gran parte de los misterios de Jesucristo, y contienen ademas instrucciones sobre las principales festividades del año. El estilo de este padre es conciso, sentencioso, lleno de giros vivos y agudos, mas propio sin embargo para agradar que para mover. En vano se buscaria en los escritos de san Proclo la facilidad y la grave naturalidad de san Basilio, ni lo melifluo de san Crisóstomo.

El año 447 es famoso en la historia por un temblor de tierra, que por el espacio de seis meses se hizo sentir en diferentes comarcas del Oriente. Fueron tan violentos los sacudimientos, que llegó á ser universal el terror. No sabian donde guarecerse para estar seguros. Los moradores de Constantinopla andaban errantes acá y acullá por los campos; el emperador Teodosio el jóven y sus cortesanos estaban tan consternados como todos. San Proclo con su clero seguia á sus ovejas que el miedo habia dispersado, consolándolas y exhortándolas incesantemente á implorar la misericordia divina. El pueblo, uniéndose á las oraciones del arzobispo, respondia repitiendo tres veces: *Señor, tened piedad de nosotros*. Por Teófanes sabemos como por otros historiadores griegos que se dejó ver un niño en los aires, y que se oyó cantar á los ángeles el *trisagio*; lo que movió á san Proclo á cantar con su pueblo: *O Dios santo, ó Dios santo y fuerte, ó Dios santo e inmortal, tened piedad de nosotros*. Sea lo que quiera de esta aparicion, todos convienen á lo menos que el santo arzobispo recurrió con su pueblo á esta oracion,

y que luego cesaron los temblores de tierra. Insertaron el trisagio en el oficio divino, y hasta el dia de hoy está en uso entre los Griegos. Los herejes del Oriente le hicieron diversas adiciones, corrompiendo el sentido con sus errores. Pedro el Batanero, patriarca eutiquiano de la iglesia de Antioquía, atribuia todo el *trisagio* á Jesucristo, y añadia estas palabras : *Que habeis padecido por nosotros*; queriendo dar á entender que hasta la divinidad habia padecido. Otros herejes corrompieron el sentido del *trisagio* de otro modo. Muchos fieles le entendian todo entero de Jesucristo, lo que no era contrario á la fe, porque lo entendian católicamente; pero san Ambrosio observa que la Iglesia lo entiende de Dios subsistente en tres personas. Por lo demás, siendo las tres personas un solo Dios, las oraciones que se dirigen inmediatamente á una de ellas, son por lo mismo dirigidas á la Trinidad. Para contener el atrevimiento de los herejes, fué prohibido por el concilio *Trulano*, celebrado en 692, el añadir la menor cosa al *trisagio*.

Los Orientales atribuyen á san Proclo la última revision de la liturgia de san Crisóstomo, ó de la iglesia de Constantinopla, y la de Santiago ó de la iglesia de Jerusalen. San Cirilo dice hablando de él « que era un varon lleno de piedad, versado á fondo en el conocimiento de la disciplina eclesiástica y exacto observador de los cánones. » El mismo elogio de él hace el papa Sixto III Vigilio le llama *el mas sabio de los prelados*. San Proclo murió el 24 de octubre de 447, el mismo año que aconteció el temblor de tierra de que hemos hablado. El nombre del santo se halla en los menologios de los Griegos, y en el calendario moscovita.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Venusa en la Pulla, la fiesta de san Félix, obispo africano; san Andracto y san Januario, presbíteros; san Fortunato y Septimio, lectores, mártires, quienes en tiempo de Diocleciano fueron por órden del procurador Magdeliano detenidos aherrojados en la cárcel en Africa y en Sicilia. No habiendo, á pesar de eso, querido Félix entregar los libros sagrados conforme al edicto del emperador, fueron degollados.

En el país de los Homeritas en la ciudad de Nagron, el martirio de san Areto y de sus trescientos cuarenta compañeros en tiempo del emperador Justino bajo el tirano judío Dunaan. Despues de su suplicio, fué entregada á las llamas una mujer cristiana; su hijo de edad de cinco años confesando á Jesucristo tartamudeando, y no pudiendo hacerle callar ni con caricias ni con amenazas, se arrojó él mismo al fuego donde se estaba quemando su madre.

En Colonia, san Evergislo, obispo y mártir.

En Constantinopla, san Proclo, obispo.

En Bretaña, el tránsito de san Maglorio, obispo, cuyo cuerpo descansa en Paris.

En el monasterio de Vertou, san Martin, abad.

En Campama, san Marcos, solitario, cuya brillante vida ha sido escrita por san Gregorio.

En Boney, diócesis de Toul, san Florentino, confesor.

En Loches en Turena, san Senoquio, abad.

En Normandía, san Fromondo, venerado como mártir en San Lo de Ruan.

En Poitiers, san Marsan, abad.

En Nicomedia, san Papiro y santa Victoria con otros cuatro mártires.

En Tívoli, san Cleto, confesor.

La misa es propia del santo arcángel, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Raphaelem archangelum Tobiæ famulo tuo comitem dedisti in via; concede nobis famulis tuis, ut ejusdem semper protegamur custodia, et muniamur auxilio. Per Dominum nostrum...

O Dios, que diste por compañero para el camino de tu siervo Tobías al bienaventurado arcángel Rafael; concédenos á tus siervos que seamos siempre protegidos con su custodia, y fortalecidos con su auxilio. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 12 *del libro de Tobías.*

In diebus illis: Dixit angelus Raphael ad Tobiam: Etenim sacramentum regis abscondere bonum est; opera autem Dei revelare, et confiteri, honorificum est. Bona est oratio cum jejunio, et eleemosyna magis quàm thesauros auri recondere; quoniam eleemosyna à morte liberat, et ipsa est quæ purgat peccata, et facit invenire misericordiam et vitam æternam. Qui autem faciunt peccatum et iniquitatem, hostes sunt animæ suæ. Manifesto ergo vobis veritatem, et non abscondam à vobis occultum sermonem. Quando orabas cum lacrymis, et sepeliebas mortuos. et derelinquebas prandium tuum, et mortuos abscondebas per diem in domo tua, et nocte sepeliebas eos, ego obtuli orationem tuam Domino. Et quia acceptus

En aquellos dias: Dijo el ángel Rafael á Tobías: Es bueno tener escondidos los secretos del rey; pero sin embargo, es laudable revelar las obras de Dios y confesarlas. Buena es la oracion con el ayuno, y la limosna mas que el esconder los tesoros de oro; porque la limosna liberta de la muerte, y ella es la que purga los pecados, y hace encontrar la misericordia y la vida eterna. Aquellos, pues, que cometen pecado é iniquidad, son enemigos de su alma; por tanto, yo os manifiesto la verdad, y no os ocultaré el misterio. Cuando orabas con lágrimas, y enterrabas los muertos, y dejabas tu comida, y escondias los muertos por el dia en tu casa, y á la noche les dabas sepultura, yo ofrecí tu oracion al Señor. Y

eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te. Et nunc misit me Dominus ut curarem te, et Saram uxorem filii tui a dæmonio liberarem. Ego enim sum Raphael angelus, unus ex septem qui adstamus ante Dominum.

porque eras amado de Dios fué necesario que te probase la tentacion; y ahora me envió el Señor para curarte á tí, y para que librase del demonio á Sara, mujer de tu hijo, porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que estamos delante del Señor.

REFLEXIONES.

Cada palabra de la epístola de este dia está llena de instrucciones saludables para la vida cristiana, y cada sentencia merece reflexionarse con la mayor atencion para sacar de ella el provecho debido. Al principio propone el arcángel la grande diferencia que hay entre las obras de Dios y las de los hombres, entre el rey del cielo y los reyes de la tierra. En órden á estos avisa que es cosa buena el tener secretos sus designios; porque un rey terreno, como débil y flaco, no puede precaver las consecuencias, ni impedir que queden frustrados sus mayores proyectos por una leve causa. Por tanto, en órden á estas operaciones civiles suele decirse, y con verdad, que su esencia y subsistencia consisten en el secreto. No así las obras de Dios: estas no temen ninguna fuerza humana; todo el poder de la naturaleza es débil para turbarlas é impedir su existencia. Así nada importa que se sepan; antes bien confesarlas y publicarlas á voz en grito es una accion útil, laudable y honrosa. Dicho esto, sigue el arcángel á dar un documento en que, segun los teólogos, consiste y se comprende toda la doctrina de la vida espiritual. Las obras morales buenas que pueden ser provechosas para la vida eterna se reducen á tres géneros; conviene á saber, al ayuno, á la oracion y á la limosna. Del ayuno y de la li-

mosna son tantas las recomendaciones y alabanzas que se contienen en las sagradas Escrituras, que de uno y otro afirman unanimemente los padres que son como dos alas, con las cuales sube la oracion hasta el cielo. Por lo que toca á la oracion, bien sabida es su nobleza, su eficacia y la necesidad que de ella tiene el espíritu. Jesucristo, verdadero Dios y hombre, la practicaba continuamente, y de ella dicen los padres que es el alimento del alma, y el medio de alcanzar la divina misericordia.

Sigue el arcángel á manifestar el daño que se hacen á sí mismos los que caen en pecado, declarando que son enemigos de su alma, y pasa despues á decir á los dos Tobias el empleo de los espíritus celestiales en beneficio de los hombres, para que estos se llenen de consuelo, sabiendo por una parte que sus oraciones son presentadas delante de Dios; y por otra, que son presentadas por mano de unos intercesores tan poderosos y tan benéficos, que no se puede dudar de su feliz despacho. Es grande satisfaccion por los miseros mortales el saber que, por mínimas que sean sus acciones de piedad, hay un ángel que las recoge, que las toma á su cargo, y cuida de presentarlas á Dios, dandoles todo el mérito que han contraido por la gracia de Jesucristo, y la buena voluntad del cristiano. Dichos todos estos documentos que se refieren á las obras y ejercicios piadosos que practicaba Tobías, le habla tambien de sus calamidades para enseñarle una doctrina importantísima, que deben tener presente los hombres en los trabajos de esta vida. *Porque eras amado de Dios*, le dice, *fué necesario que la tentacion te probase.* Esta misma doctrina dió san Pablo escribiendo á los Hebreos, diciendo (cap. 11): *Dios usa de la férula y del castigo con todo hijo que reconoce por suyo.* Esto mismo practicó con el santo Job, y esto mismo le advierte á Tobias, que es una prueba del

amor con que Dios le ha mirado. Como padre caritativo le ha corregido sus deslices, ha permitido que le aflijan el destierro, la cautividad y la pobreza; pero en recompensa le ha llenado de tesoros, ha traido la paz y la alegría á sus casas, y le ha enviado uno de sus primeros arcángeles para que le certifique de su amistad y benevolencia. Así paga Dios las buenas obras, y así manifiesta que es padre de misericordias, aun en las mismas adversidades, para que el hombre se confunda de su ingratitud, y admire en todo la profunda sabiduría de los divinos consejos.

El evangelio es del cap. 5 *de san Juan.*

In illo tempore: Erat dies festus judæorum, et ascendit Jesus Jerosolymam. Est autem Jerosolymis Probatica piscina, quæ cognominatur hebraicè Bethsaida, quinque porticus habens. In his jacebat multitudo magna languentium, cæcorum, claudorum, aridorum, exspectantium aquæ motum. Angelus autem Domini descendebat secundùm tempus in piscinam, et movebatur aqua. Et qui prior descendisset in piscinam post motionem aquæ, sanus fiebat à quacumque detinebatur infirmitate.

En aquel tiempo: Era un dia festivo de los judíos, y subió Jesus á Jerusalen. Hay en Jerusalen una piscina Probática, que en lengua hebrea se llama Betsáida, la cual tiene cinco pórticos. En estos yacia una gran multitud de enfermos, de ciegos, de cojos, de paralíticos, que esperaban el movimiento del agua. Porque el ángel del Señor bajaba á un cierto tiempo á la piscina, y el agua era movida. Y cualquiera que entraba en la piscina el primero despues del movimiento del agua, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese.

MEDITACION.

SOBRE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE ATENDIDA LA CUSTODIA DE LOS ÁNGELES.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto es el precio de tu alma, y la dignidad á que Dios ha querido elevarla, cuando, no contento con los innumerables beneficios y gracias que le ha hecho, se ha dignado destinarle un ángel para su custodia.

Esta providencia de Dios es tan maravillosa por tantos títulos, que ella sola ocuparia dignamente todas nuestras atenciones, y seria un poderoso motivo de nuestra continua gratitud. Pero de luego á luego nos pone delante de los ojos nuestro propio interés, y nos enseña cuánto debemos estimarnos á nosotros mismos cuando así nos estima Dios. Ya el padre san Jerónimo hizo esta misma reflexion, y de ella dedujo oportunamente la nobleza y dignidad del hombre. Crió Dios á este en el principio, y crió asimismo á los espíritus angélicos: á unos y á otros los destinó para la bienaventuranza; á los ángeles y al hombre los crió en justicia original, y les dió todos los medios y gracias necesarias para perseverar en ella si querian. Pero entre el hombre y el ángel hubo esta diferencia, que al ángel no le destinó otro ángel custodio que le sirviese de guia en todos sus caminos, que le libertase de los peligros y les sugiriese santas ideas. Por el contrario, al hombre le destina un ángel desde el mismo instante en que cria su alma para que la guarde, la dirija, la conserve, y sea su protector y abogado en todas las circunstancias de la vida. Esta providencia de Dios ensalza la humana naturaleza; de

manera que en su consideracion parece que no tenia el santo Job toda la razon que se presenta á primera vista cuando decia hablando con Dios: *¿Qué es el hombre para que así le engrandezcas, ó por qué causa has de fijar en él los cuidados de tu corazon?* No es el hombre tan vil y despreciable como parece, cuando Dios hace de él tanto caso. Dios es infinita sabiduría: sus operaciones están exentas del error, y ni la lisonja puede corromperlas, porque es infinita verdad, ni el interés darles movimiento, porque para nada necesita al hombre. Sin embargo, Dios te da su gracia; y no contento con esto, te destina un ángel que cuide de tu alma: ¡cuánta, pues, deberá ser la dignidad de esta, y cuánto el cuidado que debes tener de tu salvacion! ¿Y corresponde á esta grandeza de tu alma, y á las ideas naturales que ella misma sugiere para empeñarte en su custodia y cuidado, el esmero que has puesto hasta ahora en librarla de los peligros, apartándola de las ocasiones, y sujetando la rebeldía del cuerpo para que no la ofenda? Tu misma conciencia te está condenando en este punto; ella misma te acusa de descuidado, de omiso y aun de pérfido; pues lo cierto es, que no solamente has despreciado la dignidad de tu alma, descuidando en su beneficio, sino que has hecho diligencias positivas para deshacer y frustrar los esmeros que pone tu ángel en su custodia: considera bien esto, y duélete íntimamente de lo engañado que has estado hasta ahora.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que los espíritus que destina Dios á la custodia del hombre, le acompañan en todo tiempo y en todo lugar. Son unos espíritus bienaventurados que están viendo á Dios continuamente, y algunos de ellos, como el arcángel san Rafael, son de los prime-

ros y mas principales que tiene Dios en su gloria; y de consiguiente, ¡cuánta es la dignidad del hombre, cuánto el precio de su alma, y cuán exquisitas deben ser las diligencias que se pongan para su salvacion, cuando tanto se esfuerzan por ella los espíritus angélicos!

Se sorprende el entendimiento humano cuando considera que unas criaturas tan nobles como los ángeles hayan de estar destinadas para ayos y tutores del hombre. Los ángeles son espíritus sin mezcla alguna de materia: son las criaturas mas sabias que hay en toda la naturaleza; su hermosura, su resplandor y todas sus cualidades les dan un precio y recomendacion sobre todo lo criado; confirmados en gracia desde el instante siguiente al que salieron de las manos de la omnipotencia, se ven en una imposibilidad dichosa de ser ingratos á Dios: por lo mismo, gozan continuamente de aquella gloria eterna que dejó absorto á san Pablo, y que tiene Dios dispuesta para sus elegidos. Estos espíritus tan sublimes y dichosos, y tan dignos de veneracion y respeto, que los hombres mas grandes se han postrado en su presencia, luego que se han permitido ver, acompañan al hombre de noche, de dia, velando, durmiendo, en el campo, en el poblado, en todas las edades, en todos los ejercicios, sin que haya alguno tan vil y despreciable que pueda hacer que los ángeles le desdeñen. Aun hay mas: es constante que el ángel custodio ejerce su ministerio de varias maneras: unas veces oponiéndose á las astucias de tus enemigos para que no puedan dañarte; otras representando á Dios las acciones mas mínimas de piedad, para que su Majestad las tenga presentes, y te socorra con su gracia; otras conteniendo los efectos de la naturaleza, para que no te ofendan con tanta actividad, ó dirijan á otra parte sus tiros; y otras, finalmente, que son las mas, suge-

riéndote ideas de probidad y de rectitud, produciendo de un modo admirable y desconocido, pero verdadero, mil santas inspiraciones que te inclinan y te persuaden al cumplimiento de la ley. Todo esto lo has despreciado muchas veces, ó te has hecho desentendido de lo que tu ángel te proponia, ó conociéndolo claramente, has abandonado su dictámen por seguir el de tus pasiones, ó el de tus enemigos. Con todo eso, estos soberanos espíritus no han abandonado la custodia de tu alma, no te han desamparado, sino que han sufrido tus ingratitudes, y han continuado sus beneficios y esmeros. Cualquiera que sea el principio que mueve á unas criaturas tan nobles á semejante conducta, siempre se infiere que el hombre vale mucho, que es grande su dignidad, y que nunca llegará á ser tanto el cuidado que se ponga en su salud, que no merezca mayor esmero. Saben muy bien los ángeles que los hombres están destinados para compañeros suyos, y para ocupar aquella multitud de sillas que perdieron los ángeles malos por su soberbia. Saben que para este efecto se hizo hombre el Hijo del Eterno Padre, y padeció muerte de cruz, demostracion de amor que no hizo por los ángeles, y esto mismo les hace conocer la dignidad del alma racional, y portarse con ella tan obsequiosos.

JACULATORIAS.

Quanto tempore hæres parvulus... sub tutoribus et actoribus est usque ad præfinitum tempus à Patre. Paulus ad Galat. cap. 4.

Conozco, Señor, que mientras vivimos en esta vida estamos en una minoridad, bajo tutores y curadores, hasta aquel tiempo dichoso en que podamos llegar á ganar la herencia.

Isti sunt administratorii Spiritus iis, qui capiunt hæreditatem salutis. Paulus ad Hebr. cap. 1.

Pero tambien conozco que vuestra dignidad ha llegado hasta el punto de hacer que vuestros mismos espíritus sean mis tutores, y los que tengan el cuidado de que yo alcance la posesion de mi herencia, que es la bienaventuranza.

PROPOSITOS.

Sola la historia de san Rafael con Tobías y sus benéficas operaciones bastan para grabar en tu alma una ardiente devocion á los ángeles, principalmente á tu ángel custodio, y un firme propósito de acudir á él en todas las necesidades y tentaciones de la vida. Pero cuando este hecho no produjera por sí mismo una resolucion tan provechosa, bastaria para persuadirla la razon natural, apoyada en la doctrina de los santos padres. Porque, ¿qué puedes apetecer mas en tus mayores trabajos y aflicciones, que tener un amigo, un protector poderoso que pueda darte auxilio contra tus enemigos, y al mismo tiempo tan sabio é interesado en tu bien como es el ángel custodio? Todas las demostraciones de sumision, docilidad y agradecimiento seran siempre inferiores á tus deberes y á los beneficios que hayas recibido, porque con dificultad podras encontrar tampoco quien tanto interés tenga en protegerte y ampararte. Los ángeles, como que estan siempre delante de Dios, están abrasados en una caridad perfecta. Tienen su voluntad íntimamente unida con la voluntad de Dios. Saben que este Señor amó de tal manera al mundo, que dió su Hijo unigénito para que todo el que crea en él no perezca, sino que consiga la vida eterna. Estos conocimientos los ponen en una venturosa necesidad de favorecer al hombre, y de buscar por todos los medios posibles

su salvacion. Su caridad los estimula, y la voluntad de Dios los obliga á ello.

Resuélvete, pues, á ser de aquí adelante sumamente devoto del ángel de tu guarda. Considérale siempre presente á tu lado, y no te atrevas á hacer en su presencia lo que de ninguna manera te atreverías á ejecutar delante de un hombre, aunque fuese el mas malo del mundo. Implora su proteccion y auxilio, porque este á la verdad es sumamente poderoso, principalmente en dos ocasiones. La primera, cuando te veas en la necesidad de emprender algun negocio de gran momento, y que te vaya mucho en su buen ó mal éxito. El ángel custodio será entonces tu maestro y consejero, y con su direccion saldrás felizmente de tu empresa. La segunda, cuando te veas en alguna tentacion, principalmente contra la castidad, porque para este género de tentaciones es sumamente eficaz el auxilio de aquellos que son vírgenes por esencia, y que en esta virtud tienen sus mayores delicias.

DIA VEINTE Y CINCO.

SAN CRISANTO Y SANTA DARÍA, MÁRTIRES.

Entre los muchos ilustres mártires que hácia la mitad del tercer siglo, imperando Numeriano, derramaron su sangre por la fe de Jesucristo, fué uno de los mas célebres el invicto san Crisanto. Era natural de Alejandría; y habiendo venido á Roma su padre Polemio, caballero distinguido y muy estimado del emperador, trajo consigo á su hijo; cuyo noble natural, cuya cultura y cuyo suavísimo genio le dieron

luego á conocer, amar y respetar. Viéronse precisados á fijar su residencia en aquella capital del imperio romano por los honores que en ella recibieron, habiéndosele hecho á Polemio senador de Roma, y siendo Crisanto á pocos dias la admiracion y las delicias de toda la ciudad. Era muy inclinado á la lectura, siendo este su noble vicio; y como dotado de un perspicacísimo ingenio, hacia oportuna eleccion de lo mejor que habian escrito los antiguos, sin esconderse cosa alguna á su crítica ni á su penetracion. Hambriento siempre y codicioso de las mejores obras, se quejaba muchas veces de no encontrar en las de los antiguos filósofos, venerados por oráculos, cosa alguna que plenamente le satisfaciese, experimentando en todas no sé qué vacío, que traia siempre inquieto su corazon, y siempre mas y mas ansioso de lectura. Insaciable en los deseos de leer todo género de libros, se le vinieron dichosamente á las manos los libros sagrados de los cristianos; y sobre todo, los del sagrado Evangelio. Leyólos con aplicacion, le hicieron impresion; y gustando en cada página cierto fondo de verdad y de solidez que convencia su entendimiento, al mismo tiempo que le cautivaba y le suspendia aquella majestuosa simplicidad de estilo, carácter propio de los sagrados libros, concibió un soberano desprecio de todas las obras profanas, disgustándole ya todo lo que no era sagrada Escritura.

Ansioso de ser instruido á fondo en aquellas divinas verdades, que solo descubria como á medias en la lectura de los libros sagrados, deseó con ansia encontrarse con algun maestro hábil que le declarase su verdadera inteligencia. Deparósele muy en breve la divina Providencia, y fué un santo presbítero llamado Carpóforo, hombre lleno del espíritu de Dios, y perfectamente instruido en la ciencia de la religion, y de maravilloso talento para explicar las verdades del

Evangelio. Tuvo Crisanto muchas conferencias con él; y obrando la gracia en aquel corazon dócil, y en aquel entendimiento claro y recto, que únicamente iba buscando la verdad, acabó de convencerle y de convertirle. Disipadas muy en breve las tinieblas del paganismo á los rayos de la fe, descubrió claramente la locura y la impiedad de las supersticiones gentílicas; y abriéndose camino la verdad de la religion cristiana por entre los errores del nacimiento y de la educacion, declaró Crisanto absolutamente que queria ser cristiano : pidió con instancia el bautismo; y despues de suficientemente instruido, le recibió.

No pudo ocultarse largo tiempo tan ilustre conversion. Era Crisanto como la sal y el alma de todas las conversaciones : notóse que ya no se dejaba ver en las concurrencias profanas ni en los juegos públicos : hízose reparar su circunspeccion, su reserva, su compostura y su retiro : veíase su frecuente trato con los cristianos, y se llegó á sospechar que ya no era gentil. Quiso su padre aclarar este punto, y oyó de la misma boca de su hijo que ya en fin habia encontrado la verdad, despues de tanto tiempo como andaba en busca de ella, y estaba convencido de que no habia otra verdadera religion que la cristiana, ni por consiguiente otro verdadero Dios que el que adoraban los cristianos.

No cabe en la explicacion cuán sorprendido se quedó el padre de Crisanto; pero presto se cambió la suspension en cólera, y la cólera en arrebatado furor. Mandó encerrar á su hijo en un horroroso calabozo, resuelto á dejarle morir en él de hambre, de hediondez y de miseria. Pasados algunos dias, habiéndole hallado no solo incontrastable en la fe, sino encendidamente ansioso de dar su vida por amor de Jesucristo, mudó Polemio de idea, y discurrió valerse de otro artificio. Parecióle que, siendo Crisanto jóven, de bella

disposicion, y educado en una religion como el paganismo, que autorizaba las licencias de la carne, el medio mas seguro para vencerle seria entregarle á los desahogos de la sensualidad. Con esta infernal idea, mandó que le sacasen del calabozo, y le trasladasen á una magnífica sala, adornada con preciosísimos muebles, y en ella le dejó encerrado con muchas damas cortesanas, de las mas jóvenes, de las mas bellas y de las mas desahogadas, todas bizarramente vestidas, y todas prevenidas á porfía de cuantos adornos provocativos podian ser incentivos á la tentacion. Era el combate violento, y sin la asistencia de un poderosísimo auxilio necesariamente se habia de desesperar de la victoria. Al instante acudió Crisanto por él, pidiéndosele con instancia al Señor, y fué prontamente oido. En el mismo punto que entraron en la sala todas aquellas doncellas, se apoderó de ellas un sueño, ó una modorra tan profunda, que fué preciso sacarlas á todas de la pieza sin sentido y como muertas. Atribuyóse este maravilloso suceso á hechicería de los cristianos, segun la cantinela ordinaria y recurso general de los gentiles en semejantes lances. Pero á Polemio le pareció haber dado ya con un medio eficaz para burlar la virtud de estos imaginarios encantamientos ó mágicos artificios. Tuvo modo de ganar á una de las vírgenes vestales, ó, segun algunos autores, á una doncella consagrada á la diosa Minerva, que se llamaba Daría; y sobre estar dotada de una extraordinaria hermosura, hacian grandes excesos á las gracias de su cuerpo las de su despejo, entendimiento y discrecion. Persuadióla á que admitiese á su hijo por esposo, muy esperanzado de que con sus graciosísimos modales y con sus ingeniosos artificios le reduciria á renunciar la religion de los cristianos. Dió Daría su consentimiento á la proposicion, y fué presentada á Crisanto como su futura esposa.

Descubrió el santo mancebo en aquella hermosa doncella un entendimiento y una penetracion no muy comunes en las personas de su sexo; y sintiéndose interiormente movido del Señor à emprender su conversion, le habló con tanta energía, con tanta elocuencia y con tanta mocion sobre la virtud de la religion cristiana, y sobre la quimérica divinidad de los falsos dioses, que Daría pidió el bautismo. Administrósele en secreto despues de haberla instruido, y desde luego se mostró una de las mas generosas y mas fervientes cristianas. Unidos de esta manera los dos en religion, en máximas y en costumbres, convinieron recíprocamente en estrecharse tambien con el vínculo del matrimonio; pero con la condicion de que habian de guardar virginidad hasta la muerte. Ignoraba Polemio este misterio, y se quedó tranquilo luego que se efectuó el matrimonio; no dudando que Daría, á quien siempre consideraba gentil, reduciria á Crisanto a que no fuese cristiano.

Aprovecháronse ventajosamente en beneficio de la religion de la libertad que los dos castos esposos gozaban en la ciudad. Procuraban informarse de las necesidades espirituales y corporales de los cristianos, y todas sus visitas eran excursiones de misericordia y de caridad. Buscábanlos hasta en los sepulcros y en las grutas, donde se ocultaba la mayor parte de ellos durante la persecucion; asistiéndolos, consolándolos y esforzándolos á padecer todo lo que se ofreciese por amor de aquel gran Dios, que premia con eterna gloria hasta los deseos de padecer por su amor. Ni se limitaba su zelo y su caridad á solas las necesidades de los fieles: experimentábanla tambien en las suyas hasta los mismos gentiles. Convencidos muchos con la fuerza de sus discursos, y movidos mas con la eficacia de sus ejemplos, detestaron sus errores, abrieron los ojos á la luz de la fe, y recibieron

el bautismo. Como Crisanto y Daría eran tan cristianos, no era posible que lo disimulasen; y por otra parte, era demasiado el ruido de sus conversiones para que se pudiese encubrir. Fueron delatados : arrestáronlos; y queriendo convencerse de la verdad, el tribuno Claudio ordenó que Crisanto fuese conducido al templo de Júpiter para ofrecer en él sacrificio; y en caso de resistirse, que fuese despedazado á azotes como un esclavo vil, pues por el mismo hecho se hacia indigno de la gracia del emperador.

Ejecutose la sentencia. Burlóse Crisanto del ídolo, haciendo de él un soberano desprecio. Desnudáronle á la misma puerta del templo : azotáronle tan inhumanamente, que se le descubrian las entrañas; y sin un milagro, hubiera espirado en la crueldad de aquel tormento. Condujéronle despues á un lóbrego calabozo, que servia de letrina á los presos de la cárcel, tan asqueroso por su inmundicia, como intolerable por su fétida hediondez; pero apenas el santo mártir entró en él cuando su lobreguez se convirtió en un resplandor celestial mas brillante que el mismo sol, y su hedor en una exquisita y suavísima fragrancia. Dióse órden á los verdugos para que le azotasen segunda vez con unas varillas de hierro; pero apenas las tomaron en las manos cuando se ablandaron de manera que no les fué posible servirse de ellas. A vista de este segundo prodigio quedó tan asombrado el tribuno, que confesó no haber otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y en el mismo punto se convirtió. Noticioso de todo el emperador se irritó tanto, que mandó fuesen al instante degollados todos los que se habian convertido con aquellas maravillas, y que al tribuno Claudio se le arrojase en el Tíber : lo que al momento se ejecutó.

Fué restituido á la cárcel san Crisanto, mientras á Daría se la arrastraba á un lugar infame para ser

afrentada en él; mas la misma mano que defendia al santo confesor, defendió tambien milagrosamente á la santa vírgen. Salió un leon de su jaula, forzando las rejas y la puerta, y se fué derecho á postrarse á los piés de la santa para defenderla contra todo insulto de parte de los licenciosos. Ninguno tuvo aliento para arrimarse á ella despues que vieron la furia con que la fiera se arrojó sobre un insolente que tuvo tal atrevimiento; y hubiera perecido entre sus garras á no haberle libertado las oraciones de la misma santa, cuyo duplicado milagro le convirtió. Espantado, pero no vencido, el tirano mandó que pusiesen fuego al cuarto donde estaba Daría, para que ella y el leon que la guardaba se redujesen á cenizas; pero el leon marchó sereno y sin lesion por medio de las llamas, volviéndose derecho á su jaula sin hacer daño á persona alguna. El cuarto de la santa quedó abrasado; pero á Daría no la tocó el fuego al pelo de la ropa. El mismo prodigio se obró en favor de san Crisanto; porque, habiendo ordenado el juez que le abrasasen los costados con hachas encendidas, aplicadas estas, no hicieron el mas mínimo efecto. Avergonzado en fin el tirano de verse vencido por aquellos dos jóvenes héroes de la religion cristiana, mandó que los sacasen á un campo fuera de la ciudad, que se llamaba *el Escelerado*, porque en él eran enterradas vivas las vírgenes vestales convencidas de incontinencia, y en el mismo consumaron su glorioso martirio los dos santos mártires, siendo enterrados vivos en un arenal el dia 25 de octubre, hácia el año del Señor de 284.

Luego que el Señor dió la paz á su Iglesia, y la ciudad de Roma abandonó públicamente el culto de los ídolos para rendirse á Jesucristo, plugo al mismo Señor, dice san Gregorio, revelar el lugar donde estaban sepultados los cuerpos de estos santos mártires. Fue-

ron desenterradas sus preciosas reliquias, y los milagros que acompañaron su descubrimiento hicieron glorioso su sepulcro, aumentando el culto y la devocion de los fieles.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente:

Beatorum martyrum tuorum, Domine, Chrysanti et Dariæ, quæsumus, adsit nobis oratio, ut quos veneramur obsequio, eorum pium jugiter experiamur auxilium. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que no nos falte en nuestras necesidades la intercesion de tus bienaventurados mártires Crisanto y Daría; para que experimentemos continuamente el auxilio de aquellos que respetuosamente veneramos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 6 *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros, in multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in scientia, in longanimitate, in suavitate, in Spiritu Sancto, in charitate non ficta, in verbo veritatis, in virtute Dei, per arma justitiæ, à dextris, et à sinistris, per gloriam, et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam: ut seductores, et veraces, sicut qui ignoti, et cogniti: quasi morientes, et ecce vivimus: ut

Hermanos: Portémonos en todas las cosas como ministros de Dios, con mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en los golpes, en las cárceles, en las sediciones, en los trabajos, en las vigilias, en los ayunos, con la castidad, con la ciencia, con la longanimidad, con la suavidad, con el Espíritu Santo, con la caridad no fingida, con la palabra de verdad, con la virtud de Dios, con las armas de la justicia, á la diestra y á la siniestra: por medio de la gloria y de la ignominia, por medio de la

castigati, et non mortificati: quasi tristes, semper autem gaudentes: sicut egentes, multos autem locupletantes: tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.

infamia y de la buena fama: como seductores, siendo veraces: como desconocidos, siendo conocidos: como moribundos, y eso que vivimos: como castigados, mas no muertos: como tristes, pero siempre alegres: como necesitados, pero enriqueciendo á muchos: como que nada tenemos, y todo lo poseemos.

NOTA.

«En esta segunda epístola consuela, y al mismo tiempo instruye el apóstol á los Corintios, templando la severidad de la reprension con expresiones de estimacion y de afecto, y haciendo no tanto la apología de su persona, cuanto la del ministerio apostólico que ejercia.»

REFLEXIONES.

Mostrémonos en todas las cosas como corresponde á ministros de Dios, siempre con mucha paciencia. Cuando en los sagrados ministerios solo se busca el esplendor, la preeminencia, el aplauso, el propio interés, entonces cada uno se hace ministro y artífice de su propia gloria; pero no ministro como lo deben ser los ministros de Dios. Estando tan unidas la gloria de Dios y la gloria del ministro, por el esplendor que las funciones sagradas refunden en el que las ejerce, ¿quién podrá saber si en ellas busca su propia gloria, ó la gloria del Señor á cuyo servicio se dedica? Sin embargo, como hay algunos ministerios que necesariamente traen consigo penalidades, trabajos y humillaciones; cuando estas se abrazan con gusto, ó se padecen con valor, señal es de que aquellos van ani-

mados con verdadero, con puro y con legítimo zelo. Predicar con elocuencia, con discrecion, con ingenio y con cultura en concursos numerosos, en auditorios brillantes; ser puntual, acudir con ansiosa prontitud á confesar, á dirigir personas ilustres, distinguidas, sobresalientes: gran zelo, mucha propension á ministerios de ruido, de séquito y de esplendor: una inclinacion mal disimulada á direcciones honrosas y lucrativas; al mismo tiempo que al pobre se le dispide con enfado, ó se le trata con desabrimiento, huyendo de todos los ministerios oscuros y deslucidos, sin sentir ni zelo, ni gusto, ni talento para instruir al ignorante, al idiota, al oficial, al labrador, al mendigo; pregunto: ¿es este el carácter de los sagrados ministros? Cotejemos nuestro zelo con el de los apóstoles y con el de los varones apostólicos; este solo cotejo nos descubrirá su verdadero mérito y su legítimo valor.

Cosa grande es, sin duda, el padecer por amor de Dios; pero fácilmente se pierde el mérito de los trabajos. Guardémonos mucho de que, hinchados con el de nuestras fatigas, seamos menos circunspectos al acercarse la tentacion; ó que, exasperados con su duracion y con su aparato, tratemos á los otros con desabrimiento; ó, en fin, que, demasiadamente preocupados de la causa que nos la ocasiona, demos á la obstinacion y al capricho lo que únicamente debiéramos conceder á la religion y á la caridad. Nunca puede estar el auxilio de Dios donde no se encuentra la palabra de la verdad. Es especie de fanatismo atribuir á la gracia aquella constancia en la persecucion que solo es empedernimiento en el error, sufriendo por un lado todo el esfuerzo del combate para ceder por otro toda la gloria al demonio. En este sentido lloraba san Agustin la insensata terquedad de los donatistas, y en nuestros tiempos hemos visto mu-

chos fanáticos que llevaron hasta el cadalso sus extravagancias y su irreligion. Sea puro nuestro zelo, busquemos únicamente á Dios en nuestros ministerios; y entonces tendremos una caridad humilde y rendida, un espíritu dócil y un corazon verdaderamente cristiano.

El evangelio es del cap. 5 *de san Mateo.*

In illo tempore: Videns Jesus turbas, ascendit in montem, et cùm sedisset, accesserunt ad eum discipuli ejus, et aperiens os suum, docebat eos, dicens: Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum cœlorum. Beati mites: quoniam ipsi possidebunt terram. Beati qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur. Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam: quoniam ipsi saturabuntur. Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur. Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt. Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur. Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam: quoniam ipsorum est regnum cœlorum. Beati estis cùm maledixerint vobis et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversùm vos, mentien-

En aquel tiempo: viendo Jesus las turbas, subió á un monte; y habiéndose sentado, se llegaron á él sus discípulos. Y abriendo su boca, los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos conseguirán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por amor de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren contra vosotros falsamente todo género de mal

tes, propter me: gaudete, et exultate: quoniam merces vestra copiosa est in cœlis.

por causa mia: alegraos y regocijaos, porque vuestro premio es grande en los cielos.

MEDITACION.

DEL BUEN USO DE LAS ADVERSIDADES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las adversidades y las miserias de esta vida no son puramente castigos por nuestras culpas. El delincuente, cuando padece la pena que le corresponde en justicia, no merece recompensa; pero el Hijo de Dios, queriendo convertir este destierro, á que justamente estamos condenados, en una carrera gloriosa y ventajosa para nosotros, le quitó el nombre de suplicio, y le dió el de milicia y de combate, ennobleciéndole con su mismo ejemplo, y autorizándole con la dignidad de su divina persona; de suerte que aquel que mas y mejor padece, ese es el mas gloriosamente coronado. Es ocioso pretender huir de los trabajos; no hay condicion tan ilustre, no hay fortuna tan brillante, no hay en esta vida estado tan privilegiado que esté á cubierto de las adversidades. Nacen las cruces en la elevacion del mismo trono: es insensatez, es locura persuadirse que se pueden prevenir, ni que se pueden evitar. No consiste la habilidad en excusarlas, sino en aprovecharse de ellas. No hay en la tierra hombre alguno exento de su jurisdiccion. El que mas se empeña en desviarlas, este las agraba mas; ni hay otro medio para suavizarlas, que el arte de aplicarlas bien. En comprendiendo bien lo mucho que valen, dejaremos de temerlas. Quizá no hay cosa que sea mas ventajosa á los fieles. Míranse comunmente las adversidades como castigos; y á la verdad,

tienen toda la amargura de tales para aquellos que las miran con ojos menos cristianos; pero mirémoslas con los ojos de la fe, con atencion á la mano paternal que las distribuye, y hallaremos que en suma solo son señales de predestinacion. Los trabajos que nos vienen de la mano del Señor, decia la incomparable Judit, no son castigos de un severo juez que nos intenta perder, sino avisos de un amoroso padre que nos pretende corregir. No hay medio mas eficaz que las desgracias para obligar al pecador á convertirse y á reformar sus costumbres: no le hay mas propio para que purgue á poca costa los pecados de la vida pasada, ni para que satisfaga las deudas que ha contraido para con la divina justicia. Si eres justo, los trabajos son un fuego que purifica y consume la escoria del corazon. Nunca está mas puro el oro que cuando sale del crisol. ¡Mi Dios, cuántos bienes invisibles y secretos se ocultan en las desgracias! Pero es muy de temer se sienta mas la pesadez de la mano que descarga el golpe, que la bondad del corazon que le ordena. Siempre que el enfermo se inquieta y se irrita mas con la amargura del remedio, corre peligro. A la verdad, las adversidades desazonan á los sentidos y sobresaltan al amor propio. Siempre las reputa el mundo por desgracias; pero miradas á las luces de la fe, tienen muy distinto semblante. Son remedios verdaderamente amargos, pero muy oportunos para curar las dolencias del alma, para romper los lazos que nos tienen atados á la tierra: son recios vientos que sacuden, pero al mismo tiempo disipan las nubes y las nieblas. Son siempre muy preciosas á una alma verdaderamente cristiana: en sabiendo aprovecharse de ellas, se conoce lo que valen.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el mundo en la realidad no gusta de pobres ni de afligidos : en su opinion, toda adversidad es un estorbo invencible para ser feliz; este es el concepto que forma el mundo de las adversidades. Pero sujétese uno á las órdenes de la divina Providencia : esté contento con el estado en que Dios le colocó : sufra con paciencia las incomodidades y las necesidades que están anejas á él : reciba con resignacion aquel contratiempo, aquella desgracia; su herencia será el cielo, porque esta es la legítima de los afligidos y de las almas humildes. La adversidad, santificada con saber aprovecharse de ella, es la prenda mas segura y la menos equívoca de nuestra predestinacion. ¡Y despues de esto, levantamos el grito, nos quejamos de los trabajos de esta vida! En una condicion oscura y abatida se encuentran grandes ventajas para el cielo. Los desprecios, los llantos, las enfermedades son copiosos manantiales de bienes para la otra vida; ninguna cosa adelanta mas el negocio de la salvacion. Para quitar el pecho á un niño, para destetarle, se aplica alguna sustancia amarga á los pezones: así se logra que le sepa mal la leche. Nada nos quita mas eficazmente el gusto á esta miserable vida como las aflicciones, las enfermedades y los contratiempos. Bien se puede decir que en el manejo de la salvacion el mas hábil es el que sabe padecer mas y mejor por amor de Dios. Pero ¿á quién le faltan estos medios mientras vive en este mundo? ¿quién podrá disculparse en este punto con su pobreza, con su falta de entendimiento, con su poca habilidad? No hay cosa mas fácil que saber aprovecharse bien de los trabajos. Es cierto que muchos no tienen talentos para trabajar, para hacer cosas grandes á mayor gloria de Dios;

pero ¿quién dirá que no tiene talento para padecer Los negocios temporales no se pueden manejar sin talento, sin destreza, sin crédito y sin apoyo; pero en materia de salvacion la simplicidad, la sencillez, la pobreza, el menosprecio y la oscuridad pueden y deben considerarse como los principales y mas eficaces talentos.

Haced, Señor, que no haga inútil, y que me sirva provechosamente de tan ventajoso medio.

JACULATORIAS.

Multiplicatæ sunt infirmitates eorum : postea acceleraverunt. Salm. 15.

Conozco, mi Dios, que el medio mas eficaz para adelantar en la virtud es padecer.

Benedico te, Domine Deus Israel, quia tu castigasti me, et tu salvasti me.

Seais mil veces bendito, mi Dios, porque me castigaste y me salvaste.

PROPOSITOS.

1. Todos tenemos en nuestra mano un gran fondo de merecimientos, y en vez de beneficiar este tesoro, le enterramos. Algunas veces andamos solícitos en busca de medios para ser santos; se consultan directores hábiles y experimentados; se leen libros espirituales con deseo de encontrar en ellos industrias y piadosos artificios para correr acelerados hácia el cielo, para adquirir grandes méritos; diligencia loable, pero no muy necesaria. Sálennos al encuentro mas trabajos de los que quisiéramos; nacen las cruces debajo de nuestros mismos piés; brotan á cada hora. Pero ¿cómo nos aprovechamos de estos contra-

tiempos? ¿damos gracias á Dios porque nos castiga en esta vida? ¿besamos la mano que nos azota? Lejos de murmurar y de quejarnos, ¿reconocemos la bondad y la misericordia de nuestro Dios en todas esas adversidades? Y si no las recibimos en alegría, ¿nos esforzaremos por lo menos á sufrirlas con resignacion y con paciencia? Ves aquí unos medios admirables, eficacísimos, segurísimos para ser santos; sin el trabajo de buscarlos, ellos mismos se te meten en casa, y se te vienen á las manos. A pesar del resentimiento, del alboroto de las pasiones y del amor propio, á quienes siempre ponen de mal humor estos reveses de fortuna, muéstrate tú contento, manifiesta en tus palabras tu conformidad con la voluntad de Dios, y di con el santo Job: *El Señor me dió este hijo, estos bienes, esta salud, este empleo; el Señor se ha servido quitármele: pues sea su nombre eternamente bendito.*

2. Si no puedes hacer grandes cosas por amor de Dios, á lo menos puedes sufrir por su amor todos los trabajos que se te ofrecieren. ¿Cuánto hay que padecer en las familias? El humor extravagante, violento, duro, de un marido desbaratado; el genio áspero, altanero, terco y caprichoso de una mujer vana y presumida; hijos mal inclinados, la malicia de un émulo envidioso, la pérdida de un pleito, el mal suceso de los negocios; todas son cruces muy pesadas, es verdad; pero son cruces. Y ¿por qué razon las malograrás con tus impaciencias? En una comunidad tambien hay que aguantar. ¡Cuántos genios testarudos, agrestes, revoltosos, incómodos! Pues toléralos con dulzura y con agrado. A este duro ejercicio de paciencia tiene Dios aligada tu perfeccion.

SAN GABINO, PROTO Y GENARO, MÁRTIRES.

La isla de Cerdeña, famosa en los anales eclesiásticos por haber sido lugar adonde fueron desterrados tantos santos obispos y tan ilustres confesores de la fe de Jesucristo, no es menos famosa por los esclarecidos varones que han tenido en ella su nacimiento. El haberla mirado la naturaleza con ceño, haciéndola de un aire mal sano á causa de los pantanos que engruesan su atmósfera, y de las altas montañas que impiden su traspiracion por la parte del Norte, ha sido una venturosa circunstancia para que los enemigos de la religion cristiana pensasen establecer allí el teatro de sus crueldades, y al mismo tiempo el de los triunfos de los valerosos soldados del Crucificado. En la ciudad de las Torres, que al presente se llama Sasarí, y está situada sobre el rio Torres, no lejos del mar, nacieron san Proto y Genaro, varones santísimos y de tan arregladas costumbres, que merecieron dar su vida por Jesucristo. Los primeros años de su existencia nos son enteramente desconocidos; solamente se sabe que su aplicacion á los estudios sagrados y el fervor de sus costumbres le proporcionaron á Proto la dignidad del sacerdocio, y á Genaro la de diácono. Este hecho en unos tiempos en que solo servian estas dignidades de acelerar los instantes de la vida, y de llamar hácia sí la crueldad de los tiranos y los horrores del martirio, prueba bastante que tanto el uno como el otro eran personas virtuosas, criadas en las maximas del Evangelio, y con todo el valor necesario para derramar la sangre en obsequio de las verdades reveladas. Estas circunstancias hacen

creer que Proto y Genaro cumplirian exactamente las estrechas obligaciones de sus ministerios respectivos. El primero, repartiendo á los fieles el pan de vida y de doctrina, confirmándolos en la fe que habian profesado al recibir el bautismo, y preparando sus almas con el escudo y armadura de Dios, para poder defender su ley santa en las ocasiones continuas que se ofrecian. El segundo, cuidando de las iglesias, de la asistencia y servicio de los altares, recogiendo las limosnas de los fieles, y distribuyéndolas de manera que se mantuviesen los eclesiásticos; pero que las viudas y los huérfanos quedasen al mismo tiempo socorridos. Vivian estos siervos de Dios en tiempo que Diocleciano pretendia saciar la sed que le devoraba de sangre de cristianos; y pensando que sus personas podrian ser útiles en unas circunstancias tan críticas, pasaron á Roma, que era el teatro de la persecucion, y se presentaron al sumo pontífice san Cayo para que los emplease, segun que, atendidas las circunstancias, hallase ser mas conveniente. El santo pontífice se consoló mucho viendo que en tiempos tan calamitosos se encontraban cristianos, que sin temor de los tiranos ni de los tormentos presentaban el pecho á los peligros. Dióles los sagrados órdenes que arriba se han referido; y dispuestos de esta manera para predicar mas libremente y con mayor autoridad las grandes verdades del Evangelio, se volvieron á Cerdeña deseosos de aprovechar cuanto les fuese posible á su amada patria.

Apenas llegaron á Torres cuando pusieron en ejecucion su proyecto con un zelo y actividad tales, que hacian gran fruto en los que adoraban á los dioses; sus pechos encendidos con el fuego de la caridad exhalaban palabras y discursos tan abrasados, que todo cuanto encontraban lo penetraban del mismo fuego. El culto supersticiose que se tributaba á las mudas

obras de las manos de los hombres decaia por instantes, y en su lugar se iba plantificando la religion verdadera, que muchos abrazaban convencidos de su predicacion. Esta eficacia les ocasionó su martirio; pues habiendo entre los convertidos cabido esta suerte feliz á un tal Gabino, soldado romano, personaje noble de la familia de los Sabelinos, fué llevada tan á mal esta conversion, que de sus resultas se vieron los santos presos y atormentados. La nobleza del linaje de Gabino hacia mas notorio este hecho, y en Roma se habia de hablar precisamente de la negligencia y descuido del gobernador de la isla, á cuyo cargo estaban todos los puntos crueles que contenia el decreto de la persecucion. Por este motivo, la conversion de Gabino hizo en el presidente una sensacion maravillosa, llenando su corazon de ira, de venganza, de desesperacion y de amargura. Mandólos prender y traerlos á su presencia; y habiéndoles preguntado porqué pervertian con doctrinas falsas y supersticiosas á los que adoraban á los ídolos, despreciando los sagrados decretos imperiales que debian obedecer, respondieron con libertad propiamente cristiana: *Que ellos obedecian primero los decretos y mandamientos de Dios eterno, que están llenos de santidad y de justicia, que los de un hombre mortal engañado en sus ideas, seducido de sus pasiones, y tan injusto en todas sus obras como la misma secta de supersticion que profesaba: que ellos no temian á un mortal, cuyo poder se extendia, á lo mas, á atormentar su cuerpo, sino que temian á un Dios omnipotente y justo, que, despues de castigarlos en esta vida, tenia poder para destinarlos á suplicios eternos en la otra. Por tanto, que tuviese entendido que ellos creian en un solo Dios criador de los cielos y de la tierra, en su Hijo Jesucristo, que por redimir al género humano murió muerte de cruz, y en el Espíritu Santo, que con el Padre*

y el Hijo vive y reina por todos los siglos de los siglos: que á este Dios adoraban, no á los simulacros de las inmundas deidades del paganismo, que ningun poder tenian ni representaban otra cosa que hombres malvados y mujeres deshonestas, dignos de la execracion de todo el mundo.

Una respuesta tan valerosa y tan llena de verdades contrarias á las ideas de que estaba imbuido el inicuo presidente, exaltó su cólera de manera que mandó echarlos en un calabozo oscuro, en donde los afligiesen el hambre y la hediondez en el interin que se desocupaba de ciertos negocios, y tenia la complacencia de ver atormentarlos á su gusto. En efecto, pasados algunos dias en que los santos sufrieron todas las miserias y penalidades de una cárcel tenebrosa y hedionda, y de una inhumanidad que los afligia con hambre y desamparo, mandó el presidente que pusiesen su tribunal en lugar público, y preparados todos los instrumentos de la crueldad, le trajesen á su presencia á Proto y á Genaro. Hízose así, y preguntándoles, segun las formalidades de la ley, y hallándolos firmes y constantes en su doctrina, mandó que los pusiesen sobre el potro, y que allí fuesen despedazadas sus carnes con garfios de hierro. Ejecutaron la inicua sentencia los verdugos; y desnudando, segun costumbre, al santo presbítero y diácono, los colocaron en los potros, y comenzaron á despedazar sus cuerpos con tan fiera inhumanidad, que corrian arroyos de sangre. Estaban los santos en este tormento tan terrible con los semblantes alegres y risueños, gozándose interiormente de que tenian la dicha de padecer por Cristo, y manifestando en lo exterior aquella heróica fortaleza que puede solamente producir la divina gracia. A proporcion que los santos sufrian los tormentos con paciencia invencible, se aumentaban la ira y el encono del presidente, que

veia despreciados é inútiles todos los medios de su venganza. Obstinóse mas y mas; y creyendo que muchos y repetidos tormentos podrian conseguir lo que el primero no conseguia, mandó que los verdugos apurasen su ingenio y su fiereza para atormentar á los santos de todas las maneras posibles. No se sabe cuáles fueron estas, ni ha querido Dios que tengan los fieles el consuelo de saber completamente todo el triunfo de estos dos siervos suyos. Pero se sabe que, aunque ejecutaron con ellos el bárbaro decreto del presidente, se cansaron mas presto los verdugos de desgarrar y atormentar á aquellos miembros sagrados, que los mártires de Jesucristo de tolerar con paciencia invicta los extremos de su crueldad impía. Se sabe tambien que Dios nuestro Señor protegió de tal modo con su gracia á estos dos ilustres confesores de su santo nombre, que de todos aquellos tormentos quedaron tan sin lesion y tan sanos como si nunca jamás los hubieran padecido.

Viendo el presidente lo poco que aprovechaban sus crueldades para que los santos mudasen de pensamiento, echó mano de los artificios. Pensó que Genaro, como mas jóven, estaba seducido por el presbítero Proto, y que de consiguiente, separándole de su compañía, podria atraerle fácilmente á que adorase los ídolos. En órden á Proto, no concibió esperanzas tan lisonjeras, porque su edad y su dignidad eran en cierta manera un obstáculo insuperable para que se determinase á abandonar una religion en la cual tenia el oficio de sacerdote. Por tanto, mandó que le llevasen desterrado á la isla de Hércules, llamada por otro nombre Linaria, situada á corta distancia de la de Cerdeña. Estaba esta isla á la sazon enteramente desierta, y solamente cubrian su suelo enmarañados bosques y malezas, habitacion horrorosa de fieras y animales ponzoñosos. Era el ánimo

del presidente que en esta isla fuese primeramente atormentado Proto de la soledad, del desamparo y de la hambre, y que cuando para evitar tan fieros enemigos quisiese internarse en busca de algun socorro, ó los animales ponzoñosos le envenenasen, ó las fieras le despedazasen sus carnes para servirse de ellas por alimento. Fué llevado el santo á esta desamparada y peligrosa mansion, en que el ministro gentil tenia por seguro que habia de perecer con la muerte mas horrorosa. Pero aquel Señor, que mantiene á las avecillas del campo, y que no permite que muera de hambre el mas mínimo y despreciable insecto, preparó al santo presbítero en aquella isla desierta, comida y bebida abundantes, que no solamente bastaban para mantener su vida, sino que además le servian de rega o. Estas misericordias del Señor le tenian sumamente conforme con su divina voluntad, y le obligaban á emplearse continuamente en darle gracias por tan divinas piedades. La oracion era su ordinario empleo, y con ella consiguió que aquella soledad horrorosa, inundada de fieras é infestada de animales ponzoñosos, fuese limpia de ellos perfectamente, y este mismo beneficio se cree el dia de hoy haber alcanzado igualmente á la isla de Cerdeña.

Entre tanto, se ocupó el presidente en ver si podia verificar sus proyectos en órden al jóven Genaro, para lo cual le llamó delante de sí, y le propuso con artificio cuanto pudiera hacer mella en el corazon de un jóven. Hízole presente lo florido de su edad y las grandes proporciones que esta le ofrecia para disfrutar una vida colmada de delicias: que reflexionase que era el extremo de la necedad sacrificar una vida tan preciosa á un capricho de la opinion, y en obsequio de una religion que todos los sacerdotes y personas sabias del gentilismo reputaban por supers-

ticiosa y llena de errores: que en obedecer los decretos imperiales iba á ganar reputacion y conveniencias; pues todos le alabarian de juicioso y de prudente, y el emperador le colmaria de honores y beneficios, con los cuales podria disfrutar tranquilidad y delicias: que abjurase finalmente la religion de Jesucristo, que ofreciese incienso á los ídolos, y él salia fiador de que el emperador le cumpliria exactamente sus promesas. Ni estas, ni las estudiadas razones del inicuo juez hicieron mas impresion en el alma de Genaro que hacen las olas del mar furioso en la dura y antigua roca que está en medio de sus ondas. Viendo el presidente que todas sus artes eran inútiles para conseguir lo que habia premeditado, mandó que asegurasen á Genaro en la cárcel, y que trajesen á Proto de Linaria con ánimo de volver á juntar á los dos, y hacerlos pasar por tormentos tan terribles, que pudiesen servir de escarmiento á los demás adoradores de Jesucristo. Ejecutóse así, siendo igual, y aun superior, la constancia de los mártires á la crueldad del tirano en inventar tormentos. No se saciaba este en dilacerar los sagrados miembros de aquellos siervos de Jesucristo; y así, en lugar de mandar que les quitasen la vida, pues no podia dudar que era absolutamente invencible su constancia, determinó que los entregasen á un soldado llamado Gabino, para que este los guardase, mientras la furia infernal del presidente inventaba nuevas maneras de atormentarlos. La dicha fué para el mismò Gabino, pues los santos mártires le instruyeron en la religion cristiana, y le hablaron de sus soberanos misterios con expresiones tan vivas y penetrantes, que el dichoso soldado percibió toda la fuerza de la verdad, dejó que esta ilustrase su entendimiento con sus divinos resplandores, y se convirtió á la religion de Jesucristo. Instruyéronle los santos Proto y Genaro en los misterios de la reli-

gion; y cuando estuvo catequizado suficientemente, le administraron el sagrado bautismo. En recompensa de un beneficio que, con las luces de la fe, reconocia por inestimable, dió á los dos santos la libertad, abriéndoles las puertas de la cárcel, y permitiéndoles que huyesen de la crueldad del tirano; y no contento con esto, no se detenia en decir públicamente que, si habia dado libertad á aquellos dos cristianos presos, era porque los concebia inocentes, y que no habia razon ni motivo para tenerlos en prisiones.

Llegaron estas noticias al tirano; y disimulando al principio su enojo, llamó á Gabino, y con razones blandas y promesas procuró inducirle á que, arrepentido de su error, despreciase la religion que habia abrazado, y volviese nuevamente al culto de los dioses. Todas sus diligencias fueron inútiles, porque, persuadido Gabino de las grandes y luminosas verdades que Proto y Genaro le habian enseñado, ni amenazas ni recompensas tuvieron fuerza suficiente para apartarle de su propósito. Por esta causa, viendo el presidente que perdia el tiempo, pronunció sentencia capital contra Gabino, mandándole degollar en el puerto de Balagai. Mientras esto pasaba, Proto y Genaro, que se habian ocultado en un lugar de las afueras de Torres, tuvieron una vision, en la cual eran convidados por Gabino á la palma del martirio. Animados con esta vision, salieron de su escondrijo, y se presentaron con entereza al tirano, quien mandó que fuesen igualmente degollados. Ejecutóse la sentencia el dia 25 de octubre, en el cual, cortadas sus sagradas cabezas, consiguieron estos tres santos la ilustre corona del martirio. Para que sus cuerpos no fuesen venerados de los cristianos, mandó el tirano que los echasen en alta mar; pero Dios, que tiene empeñada su palabra, y ha ofrecido que, aun cuando se conjuren contra sus siervos todas las fuerzas del abismo, ja-

más podrán conseguir que perezca un solo cabello de su cabeza, cuidó de que las olas del mar los llevasen blandamente á la orilla, y que, recogiéndolos los cristianos, los sepultasen con el honor y decencia que merecian. Con el tiempo, se les fabricó una iglesia magnífica, que se consagró á su nombre, en la cual fueron colocados los sagrados cuerpos con toda la pompa, riqueza y magnificencia que manifestaba la devocion de los Sardos. Su fiesta es celebrada por toda la isla, y principalmente por la provincia Turritana con gran devocion é inmenso concurso del pueblo, el cual experimenta diariamente los frutos de su piedad en continuos favores que Dios le dispensa por la intercesion de estos santos. Aunque todos tres son mártires de Cerdeña, y venerados con extraordinarias festividades y demostraciones de júbilo, es tan singular la devocion que tienen los Sardos á san Gabino, que por esta causa el mes de octubre, en que se celebra su fiesta, le suelen llamar san Gabino.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente:

Deus, qui per beatos martyres tuos Gabinum, Protum et Januarium Ecclesiam tuam mirabiliter illustrare dignatus es; concede nobis famulis tuis, ut quos patronos veneramur in terris, intercessores habere mereamur in cœlis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que te dignaste dar un admirable lustre á tu Iglesia por medio de tus bienaventurados mártires Gabino, Proto y Genaro; concédenos á tus siervos que los merezcamos tener por intercesores en la patria celestial, puesto que en la tierra los veneramos como á patronos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 3 del libro de la Sabiduría.

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tor-

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no lle-

mentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et æstimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. In paucis vexati, in multis benè disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se. Tanquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tanquam scintillæ in arundineto discurrent. Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

gará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz; y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido lijeros males, recibirán grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES.

Las primeras palabras de la divina Sabiduría que usa en este dia nuestra madre la Iglesia para la instruccion de los fieles, á cuyo fin se dedican las epístolas de las misas, daná entender una cosa bien notable, ó una diferencia maravillosa entre los justos y los pecadores. Los justos, dice el Espíritu Santo, á diferencia de los malvados, vivirán eternamente, y su premio le tendrán delante del Señor. Es bien sabido que el alma racional, sea del pecador ó sea del justo, es inmortal, y de consiguiente ha de vivir una vida eterna. La diferencia está en que el justo con la muerte comienza una eternidad llena de delicias y

venturas, y el pecador por el contrario comienza desde la muerte una eternidad de penas y de tormentos, que son mucho mas penosos y amargos que la misma muerte. Los justos, en recompensa de haber despreciado en este mundo unos bienes transitorios que ninguna otra cosa les podria producir que cuidados, desasosiegos, afliccion de espíritu y peligros muy probables de perder para siempre la felicidad, recibirán el cúmulo y perfeccion de todos los bienes, no solo existentes, sino aun imaginables. Sus pensamientos no se emplearán ya mas en las cosas caducas concernientes á su propia conservacion y existencia, como debian hacerlo mientras vivian en esta vida mortal, en fuerza de un precepto divino que lo manda. Sus pensamientos no tendrán otro objeto que á Dios, ni mas móvil que á Dios, ni mas fin que engolfarse mas y mas en aquel mar inmenso de perfecciones para gozar mas de su gloria, y estrecharse con él mas intimamente por medio de la caridad. Los pecadores recibirán tambien el merecido de sus obras; pero, oh Dios eterno, ¡y cuán diferente será este! Un penar sin intermision, un arder para siempre en los fuegos eternos del infierno, una persuasion firme de verse para siempre desdichados por su culpa y sin remedio; últimamente, una desesperacion la mas horrorosa y aflictiva llenará sus almas de un dolor interior, de un pesar tan acerbo, que todas las imaginaciones y cuanto se puede fingir es como un sueño en comparacion de la verdad.

Despues sigue el Espíritu Santo en la epístola de este dia á descifrar mas menudamente los bienes que se siguen á la muerte del justo, notando con voces propias aquellos grandes bienes que suelen en este mundo arrebatar ciegamente la atencion de los hombres. Nada hay en este mundo que deslumbre la vista de estos tanto como el resplandor de un trono. Un

monarca es una persona sola en dilatadas provincias, y tal vez en muchos y extendidos reinos. Él disfruta de los bienes y trabajos de todos; á él se le reservan las mas preciosas producciones del arte y de la naturaleza; ni la distancia, ni el rigor de las estaciones, ni ninguna otra dificultad pueden retardarle los frutos mas preciosos de la tierra; todos doblan delante de su trono la rodilla, y cualquiera vasallo se tiene por dichoso en que su príncipe acepte su servidumbre. El oro, la plata, todo el brillo de los metales, todo el resplandor de las piedras, y cuantas combinaciones agradables puede disponer el artificio con los colores y la luz, otras tantas se ven en sus palacios, en sus casas de campo, en sus utensilios y en cuanto le rodea. Por tanto, nada hay en la naturaleza que tanto llame la atencion del hombre como este real resplandor; y hé aquí lo que recibe el justo en premio de sus trabajos, y en justa recompensa de las humillaciones y abatimientos que ha debido sufrir para seguir los preceptos del Altísimo. Por eso, dice la divina Sabiduría, recibirán el reino de hermosura y la diadema de belleza de la mano del Señor, porque su diestra los protegerá, y con su santo brazo los defenderá. Prescindiendo de que *la misma gloria*, esto es, el disfrutar de la vision beatífica, es obtener un reino y una diadema de tanta grandeza, de tanta belleza y hermosura, que cuantas ideas se pueden formar con el entendimiento humano todas son limitadas; el vivir seguros, protegidos de la diestra de Dios, es mayor bien que todos los bienes de este mundo, aunque en ellos se cuenten las monarquías mas poderosas y los reinos mas extendidos. Ningun bien hay mientras hay rezelo de perderle, mientras hay temor de tener á Dios por enemigo. Los justos que gozan de su perfecta amistad son mas dichosos que todos los monarcas del mundo; y con

razon dice el Espíritu Santo que su muerte es mas propiamente principio de una eterna vida.

El evangelio es del cap. 21 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Cùm audieritis prœlia, et seditiones, nolite terreri, oportet primùm hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis : Surget gens contra gentem, et regnum adversùs regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de cœlo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in sinagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum : continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis ; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis : et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum : et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os asusteis ; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces, les decia, se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas y á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre ; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

SOBRE LA MUERTE DE LOS JUSTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la muerte para los justos no es un mal que llena de horror y de espanto solo el considerarle, sino que por el contrario nada tiene de temible, nada tiene de horrorosa, y puede considerarse como un positivo bien, que es el fin de otros males temporales, y el principio de bienes eternos é infinitos.

En el capítulo tercero de los Proverbios comprende el Espíritu Santo en pocas palabras todos los bienes insinuados acerca de la muerte del justo, hablando con él, y diciendo : *Cuando mueras, no temerás; descansarás, y tu sueño será suave.* En la primera parte se contienen todas las consolaciones que ofrecen á un moribundo las acciones de su vida cuando esta ha sido arreglada, y la tranquilidad de su conciencia. Un justo, aunque interiormente se mira con ojos tan delicados, que su humildad le hace reputarse por uno de los mayores pecadores del mundo, no puede sin embargo apagar las luces con que resplandece la verdad, ni sufocar los dictámenes de su conciencia. Esta no le presenta delitos por mas que sus ojos linces se empeñen en buscarlos. En aquellos momentos tranquilos en que la gracia de Dios le hace gustar de las suaves efusiones de sus dulzuras, cuando la esperanza prevalece contra el temor, y se le representa Dios como un señor, como un padre, cuyas misericordias exceden á sus justicias, entonces ve el justo su vida con una cierta complacencia que le hace no temer la

muerte. No ve en su discurso aquellas infracciones de la ley santa de Dios que forman los delitos; ve una serie continuada de mortificaciones respecto de sí mismo, de obras caritativas en órden á sus prójimos, y de sacrificios y oraciones respecto de Dios y de los santos. No se le presenta el pobre desvalido á quien haya oprimido con injusticias, ni el infeliz deshonrado por su murmuracion ó detracciones, ni la honesta doncella privada de su honor por su culpa; no ve la tierra empapada en sangre por cebar su ambicion, ni trastornados los reinos y las provincias por sus astucias y cabilaciones, y todo este conjunto causa tal tranquilidad en su alma, que la exime del temor que tan terribles angustias causa en aquella hora. La misericordia del Señor ve que solamente se puede emplear en unas acciones casi indiferentes, y que sola la debilidad humana puede hacer que sean faltas; pero su levedad, y el saber que la divina justicia no tiene decretados contra ellos los últimos suplicios, le consuela, le llena de gozo, y hace á su corazon exento del temor. Por otra parte, mira todos los bienes criados con el mismo desprecio en que los ha tenido toda la vida, y el ver en la hora de la muerte la inutilidad de todos ellos con luces mas claras, hace que este desprecio tome mayor incremento, y le haga insensible su pérdida. Acostumbrado á mirar las riquezas como lazos escondidos contra las buenas costumbres, á las delicias del mundo como sombras pasajeras, que solo tienen de verdad lo que dejan de contricion y de amargura, á los puestos encumbrados y dignidades altas como precipicios ó escollos, en donde casi es inevitable la ruina, conserva estas mismas ideas en la hora de la muerte; y al ver que esta le va á librar de tan grandes males, lejos de mirarla con horror, la mira con cariño y la abraza como á su libertadora.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que despues de la tranquilidad y dulzura que siente en su alma el justo á la hora de la muerte, volviendo los ojos á su vida, se refuerza su consolacion dirigiéndolos á cuanto le ha de suceder en lo futuro, desde el instante mismo en que se verifique la separacion de su alma y de su cuerpo.

El Espíritu Santo en las palabras anteriormente alegadas insinúa esto mismo cuando dice al justo: *Descansarás, y tu sueño será tranquilo.* Nada ha tenido á los hombres mas inquietos que el deseo de saber con certeza cuál ha de ser su suerte cuando hayan pasado de esta vida. Aun en las religiones mas estrafalarias y extravagantes la idea del premio ó el castigo ha tenido suspensos á los hombres, y siempre temerosos de que sus delitos no podrian quedar impunes, ni los justos é inocentes dejar de ser vengados. Por mas que el capricho, la necedad ó la loca manía de parecer sabios hayan precisado á algunos hombres ingeniosos á manifestar en sus escritos su ningun cuidado de la inmortalidad, se ha observado que estos mismos hombres, cuando han llegado á la hora de la muerte, han abjurado prácticamente su error, presentándose con las convulsiones horrorosas que les causaba su conciencia. Todos han conocido que en aquella hora en que no se puede disfrazar la verdad, ni esconder los verdaderos sentimientos del alma, daban á entender que reconocian un Ser supremo, el cual habia de castigar sus excesos para vengar las prevaricaciones de esta vida. Nosotros los cristianos, que conocemos y confesamos estas verdades inconcusas, conviene á saber: que el alma del hombre no muere con el cuerpo; que existe un Dios omnipotente y justo, que recompensa á los buenos y castiga

á los malvados; que en el mismo momento en que el alma racional se separe del cuerpo, se ha de presentar en el tribunal rectísimo del juez de vivos y muertos; y que á esto, finalmente, se ha de seguir una vida feliz ó desdichada, pero eterna, tenemos razones de mucho consuelo cuando nos acompaña la justicia en órden á nuestra suerte futura. Porque ¿cómo ha de temer un justo presentarse en el tribunal de un Dios á quien ama con todas las veras de su alma, y de quien sabe que es amado con los extremos de un amor divino? ¿qué rezelo ha de tener un hijo de presentarse delante de su padre, cuando su misma conciencia le asegura de que siempre ha respetado sus leyes, y jamás le ha faltado á la obediencia? ¿mirará á Dios como á un Dios justiciero y terrible, que tiene empuñada la espada de la venganza para fulminar contra él una desventura eterna? ¿se presentará en su tribunal con aquella confusion, con aquel espanto, con aquella contricion y amargura producidas de la conciencia, del delito y del castigo que le amenaza? Nada menos que eso. El justo se presentará delante e Dios como delante de un amigo suyo, que tiene unidos con él todos sus intereses; como delante de un hermano que le espera para partir con él una preciosa herencia; como delante de un padre tierno y amoroso que le está esperando con los brazos abiertos para premiar sus obras, su obediencia filial, su respeto, su amor, y llenarle de eterna ventura; y todas estas consideraciones es preciso que le hagan mirar la muerte exenta de los horrores naturales, y come un bien que le abre la puerta á interminables bienes.

JACULATORIAS.

Timenti Dominum benè erit in extremis, et in die defunctionis suæ benedicetur. Eccle. 1.

El que tema al Señor lo pasará bien á la hora de la muerte, y el dia de su tránsito será para él principio de sus bendiciones.

Domine, deduc me in justitia tua. Salm. 5.
Señor, guiad mis pasos, y haced que todas mis operaciones sean segun vuestra justicia, para que á la hora de la muerte tenga la consolacion de los justos.

PROPOSITOS.

El hombre prudente no se deja llevar del destino con su ceguedad acostumbrada, sino que prevee con anticipacion sus situaciones futuras, y se prepara para ellas, de manera que perciba de ellas provecho, y de ningun modo daño. El labrador sabio y experimentado prepara sus tierras para recibir al tiempo oportuno los frutos sazonados y provechosos. El general diestro prepara en determinadas situaciones los puestos oportunos que sabe que con el tiempo le han de hacer conseguir victorias. Esto mismo debe hacer el cristiano en la vida espiritual, que por lo comun está sujeta á las mismas leyes y al mismo modo de direccion que todas las cosas humanas. Si quieres ser participante de la suerte de los justos; si quieres tener una muerte feliz, libre de aquellos horrores que tanto atormentan á los malvados, y llenan de las dulzuras inefables que concede Dios á los justos, procura imitarlos en su vida, pues de esta imitacion pende la de su muerte. No puede morir mal dice san Agustin (*Lib.* 1 *de Civit. Dei.)*, el que viviere bien. En esta suposicion, tus obras han de decidir la suerte de tus deseos: Dios se te representa en este instante como un juez terrible; tus pecados te le hacen temer como riguroso; pero estás en tiempo: ese mismo juez, ese mismo Dios te ha dejado misericordiosamente los

medios de aplacarle. Con su misma sangre hizo un balsamo precioso, para que en el sacramento de la penitencia pudiesen ser curadas todas las heridas de tu alma. Con su misma sangre te preparó un caudal inmenso de gracias, que son el tesoro con que puedes satisfacer todas tus deudas, y enriquecerte ademas para comprar el reino de los cielos.

Solamente se te pide que uses de estos medios, y que, despues de conseguir la divina misericordia, tengas constancia en el bien. Con estas facilísimas condiciones se te promete la muerte de los justos. ¿Seras tan falto de juicio, que rehuses adquirir tan gran bien á tan poca costa? Si á un miserable que hubiese padecido naufragio le ofreciesen, no ya un débil fragmento de una tabla para salvar su vida, sino una nave bien tripulada y abastecida, ó un puerto seguro y tranquilo, ¿crees tú que llegaria á tanto su temeridad y locura que los despreciase, perseverando en el riesgo, clamando al mismo tiempo que deseaba salvacion? Es seguro que le tendrias por loco, y que te mereceria el mas alto desprecio. Pues ahora bien: en estas meditaciones has visto claramente que la muerte del justo es amable, es dulcísima, es apetecible, que esta exenta de aquellos horrores y arrepentimientos que acongojan á los malvados, y les hacen gustar anticipadamente unos dolores y amarguras propiamente de infierno. Has visto que la separacion del alma y cuerpo, tenida entre los mortales por el trance mas insoportable y doloroso, es para los justos un instante de gusto, un momento de gloria, un fin de sus trabajos, y un principio feliz de una ventura que ha de durar para mientras Dios fuere Dios. La muerte de los santos martires que celebra la Iglesia en este dia te confirma estas verdades, cuando la experiencia de tantos siglos no la probara mas que suficientemente. Pues ¿en qué te detienes que no buscas

todos los medios de procurarte una muerte de esta naturaleza? ¿porqué desde este mismo instante no te has de convertir á Dios, y hacerte amigo del que inevitablemente ha de ser tu juez? Si mañana, ¿porqué no ahora? ¿estará mañana en tu mano producir en tu alma las santas inspiraciones que ahora sientes? No, seguramente: tal vez querrás, y no podrás, castigando Dios tu temeridad con la dureza que experimentas. Pues, cristiano, no seas temerario: aprovéchate de los momentos presentes para asegurar un momento feliz, que sea el principio de una eternidad de gloria.

SAN FRUTOS, CONFESOR, PATRON DE SEGOVIA.

En Dios siempre está la justicia acompañada de la misericordia: cuando la primera preparaba á España el mas terrible castigo que se ha visto en el mundo, pero el mas proporcionado á sus excesos, al mismo tiempo la divina misericordia miraba esta feliz region con ojos de piedad, y la preparaba, sino el remedio á sus males, á lo menos un gran consuelo en sus aflicciones. Pocos años antes de la gran devastacion de los sarracenos nació en España san Frutos, para que en medio de las turbulencias que habian de padecer los fieles de la bárbara morisma, tuviesen á lo menos un profeta que les acordase á los Españoles la causa de su desolacion, contuviese con prodigios el ímpetu furioso de sus crueldades, y aplacase á Dios con sus humildes oraciones. La desgracia y turbacion de aquellos tiempos han sido causa de que las memorias de un tan gran varon hayan llegado á los muestros tan escasas, que apenas se sabe de él otra cosa que lo poco que consta de algunos manuscritos de la iglesia

de Segovia, segun los cuales, la vida de san Frutos se reduce á lo siguiente.

Nació san Frutos en Segovia, ciudad de tan antiguo orígen, que no ha podido la curiosidad de los mas laboriosos anticuarios averiguar sus principios. La época de su dichoso nacimiento, atendiendo al año en que murió, y á tener setenta y tres de edad cuando Dios le llamó á mejor vida, se debe establecer en el de 642, primero del reinado de Chindasvinto, y á la sazon que en la provincia cartaginense presidia Eugenio II, metropolitano de Toledo. No se sabe el nombre de sus venturosos padres; pero de las costumbres de sus hijos se deduce que eran cristianos piadosos, pues dificultosamente pudiera verificarse en tiempos tan corrompidos, que tres hermanos tuviesen á un mismo tiempo el pensamiento santo de abandonar el mundo, si en su crianza no les hubiesen inspirado sus padres un profundo desprecio de las cosas temporales. Por conjetura sabemos que fueron gente bien abastecida de bienes de fortuna, y que, dejando tres hijos en una edad bastante adulta, pagaron el comun tributo de la naturaleza. Los otros dos hermanos de Frutos se llamaban Valentin y Engracia, y todos tres vivian en Segovia, ejercitándose en obras de caridad y en cuanto prescribe el Evangelio para la propia santificacion. Era el tiempo en que, concertados mutuamente el pueblo y los soberanos de España, habian echado el sello á la última abominacion. Toda la gente estaba entregada á la corrupcion de sus pasiones: la principal ocupacion de los Españoles en aquel tiempo desdichado era el desórden y los delitos: las leyes sin vigor y sin aprecio yacian despreciadas. Hasta los eclesiásticos, olvidados de su profesion, y de que Dios ha puesto en sus manos las almas de los demás hombres, para que las enseñen con su doctrina, y las edifiquen con su ejem-

plo, habian prostituido todas sus obligaciones y la santidad del sacerdocio, provocando las iras del cielo hacia la manchada tierra que los sostenia.

Frutos lloraba incesantemente en compañía de sus hermanos los públicos delitos. Cuanto era de su parte, procuraba recompensar con santas obras los innumerables males en que estaba sumergida su ciudad y toda la provincia. Pero como siempre son contrarias las tinieblas y la luz, ni puede sufrir Satanás que se le interrumpa la dominacion, cuando llega á tiranizar un miserable reino, padecian los tres santos hermanos grandes contradicciones. El mundo, siempre enemigo de los siervos de Jesucristo, los perseguia cruelmente; y no podia sufrir unas obras que mudamente le argüian de todas sus iniquidades. Frutos, como el mayor de sus hermanos, les propuso el medio de servir á Dios con la mayor tranquilidad, burlándose al mismo tiempo de cuantos enemigos habian declarado guerra á su virtud. Representóles que los bienes que poseian, aunque despreciables en su estimacion, eran sin embargo unas cadenas que los tenian atados, precisándolos á residir en Segovia, viviendo entre los peligros de tantas abominaciones: que era preciso romper de una vez estas cadenas, poniendo por obra la máxima del Evangelio, que aconseja que se vendan los bienes temporales, se reparta á los pobres el precio, y libre de ellos se siga á Jesucristo. Esta propuesta logró la aceptacion de Valentin y Engracia, quienes, como Frutos, no tenian otro interés en este mundo que el de su salvacion, y el procurarla por todos los medios posibles. Pero no habian tratado qué sitio deberian escoger para su residencia despues de vendidas sus haciendas y abandonada la ciudad. Propuesta esta duda, y reflexionados por nuestro santo los innumerables escollos que habia en toda poblacion, y la dificultad de evitarlos

en la actual constitucion de las cosas, resolvieron irse á un lugar desierto á hacer vida eremítica, y á acabar el resto de sus dias en compañía de las fieras, menos temibles á la sazon que los mismos hombres. Establecida esta resolucion, vendieron todos sus bienes, los repartieron á los pobres; y desembarazados de su peso, quedaron mas expeditos para emprender el áspero y empinado camino que conduce á la region de la vida.

Saliéronse de Segovia, y caminando á pié hácia la parte del Norte, anduvieron como unas diez leguas, encaminándose siempre á un asperísimo desierto, que está á orillas del rio Duraton. Cerca de este sitio existe hoy un convento de religiosos franciscos con la advocacion de Nuestra Señora de la Hoz, tomando este nombre de una vuelta que hace el rio, con la cual forma la figura de aquel instrumento. A poca distancia comienza el terreno á cubrirse de tanta aspereza, lleno todo de peñas altísimas y quebradas, que el solo aspecto causa terror al mas alentado. Conforme se iba presentando á los ojos de los tres santos hermanos tanta escabrosidad y horror, iba tambien logrando este desierto una interior aceptacion y aprecio dentro de sus corazones. Marcaron aquel sitio por acomodado á sus ideas, y le destinaron para teatro de la vida celestial que habian determinado emprender. Siendo preciso separarse, porque Engracia, aunque hermana de los dos santos, era al fin mujer, y de consiguiente poco á propósito para hacer la vida eremítica, eligieron lugares separados en donde fabricar unas pobres ermitas, que les sirviesen de habitacion y de oratorio. A Engracia le dispusieron la suya en el sitio menos áspero, donde el risco comenzaba á levantarse. No lejos de allí á un lado de la de Engracia construyó la suya Valentin; y Frutos, como mas esforzado que sus hermanos, subió á la cumbre de la

montaña, y eligió para sí el sitio de mas elevacion, de mas horror y de mas aspereza. Esta es la distribucion que señala Colmenares, quien afirma que en aquellas alturas se conserva una fuente, que las gentes comarcanas llaman de San Frutos, persuadidos de que el santo la hizo brotar por especial virtud del cielo.

Del fervor que les hizo abandonar su casa, vender su patrimonio y distribuirlo á los pobres, y venirse á un desierto tan espantoso, se deja inferir cuál seria el tenor de vida que emprenderian aquellos ermitaños. La sola vista de aquellas fragosidades anuncia la penitencia, aspereza y mortificacion en que vivian. Su ayuno era continuo, sin permitirse otro alimento que las yerbas silvestres que producian aquellas breñas, ni otra bebida que el agua de los arroyos, que frecuentemente se mezclaba con sus lágrimas. Su lecho era el duro suelo, y de almohada servian las piedras. A estas mortificaciones añadian las del cilicio y disciplina; y cuando el sueño debia reparar las debilitadas fuerzas con algun alivio, entonces los santos se mantenian en vigilia, enviando suspiros al cielo, no solamente por sus propios pecados, sino por los de todo el mundo. Fija su vista en los desórdenes que oprimian á España, derramaron abundantes lágrimas, pidiendo al Señor la mirase con ojos de misericordia, y no permitiese que una region predilecta, que habia merecido desde el principio sus paternales cuidados, las distinciones de su Madre santísima y la predicacion de uno de sus apóstoles, fuese finalmente sumergida en el abismo de sus iniquidades. La justicia de Dios es tan saludable como su misericordia. Su sabiduría, que es infinita, no puede errar los medios de la correccion y del castigo; y cuando permite á los malos que apuren el vaso de su abominacion, no es tanto para vengar los derechos de su Majestad ofendida, como para sacar de allí mayores provechos.

Mientras los santos oraban fervorosamente por los pecados de los demas hombres, y pedian á Dios pusiese término á los delitos en que estaba anegada España, el Señor habia permitido que vencido su rey pagase su deshonestidad y cobardía, y que toda la península tuviese que recibir el yugo de la nacion mas carnal y mas bárbara. No solamente habian subyugado los sarracenos las Andalucías, sino que, adelantando sus conquistas, habian llegado á apoderarse de la ciudad de Segovia y sus contornos.

Muchos cristianos, huyendo su furor, y no encontrando asilo contra él sino en las montañas ásperas y lugares inaccesibles, se refugiaron á aquel sitio solitario en donde habitaba Frutos. Allí les refirieron las calamidades que padecia España: como toda ella habia caido en manos de una gente feroz que profanaba los templos, se burlaba de los misterios, degollaba los sacerdotes, deshonraba las mujeres, violaba las vírgenes, y hacia un horrible destrozo en cuanto encontraba por delante. Los santos solitarios lloraron en compañía de los demás cristianos tanta miseria y desventura, y uniendo todos sus votos y gemidos, hacian oracion á Dios, diciendo: *No entregueis, Señor, á una gente bestial unas almas que confiesan tu santo nombre; ni te olvides para siempre jamás de la vida miserable que viven los fieles humildes que profesan la pobreza de tu Evangelio.* Poco tiempo les duró á los fugitivos la seguridad y consuelo que les daban aquellas soledades; porque, apoderados los bárbaros de aquellos contornos, llegaron á descubrir á los solitarios, y á los que se habian refugiado á aquellas asperezas. Juzgáronse todos perdidos, pues no podian prometerse otra cosa de una gente ensoberbecida con las victorias, que la esclavitud ó la muerte. Llegáronse á Frutos los cristianos implorando su proteccion, en la firme confianza de que el cielo los ayudaria por su mediacion con

mas poderoso socorro que el que les pudiera prestar un numeroso ejército. Su confianza no fué vana, pues quiso el Señor acreditar con un maravilloso prodigio con cuánta complacencia ostenta su poder en beneficio de sus siervos, y cuántas atenciones le merece una firme y humilde confianza. San Frutos, lejos de intimidarse al ver que estaba rodeado por todas partes de mahometanos, ni abatir su corazon con los clamores y desventura de los cristianos fugitivos, habia concebido el proyecto mas arriesgado que puede caber en humano pecho. Era este nada menos que el intentar convertir á los sectarios de Mahoma, pretendiendo que abjurasen su secta carnal y abrazasen el cristianismo. Para este efecto, les hacia frecuentes y vigorosas exhortaciones, proponiéndoles lo brutal de su superstición, y las racionales leyes que habia promulgado Jesucristo. Este empeño llegó á irritar de tal manera á los mahometanos, que determinaron quitar la vida á Frutos, y á todos los que con él habitaban aquellas fragosidades, para dar de este modo alguna satisfaccion á su gran profeta, á quien juzgaban altamente ofendido. Señalaron dia para la ejecucion de tan inicuo proyecto; y al tiempo que se acercaban á la celdilla en que habitaba Frutos, les salió este al encuentro, bien persuadido de que venian con intento de quitarle la vida, pero al mismo tiempo con grandes deseos de sacrificarla por Jesucristo. Sin embargo, le dolia sumamente el ver que su muerte seria principio de la desolacion que padecerian todos cuantos se habian refugiado á aquellas breñas. Y haciendo sacrificio de la gloria que le podria resultar de dar su vida en defensa de la fe al amor que tenia á sus prójimos, quiso antes conservar á estos su seguridad, que alcanzar la laureola del martirio. Luego que tuvo á los mahometanos delante de sí, armados con picas y lanzas para quitar la vida á una tropa de cristianos, que,como ove-

jas delante del lobo, habian venido amedrentados á guarecerse de san Frutos, juzgó que debia invocar el santo poder de Dios, y dar á conocer á aquella gente proterva, que hay un Dios en el cielo que sabe vengar sus ultrajes. Mandóles que se detuviesen en el nombre de Dios, y que no pasasen adelante de una raya que con el baculo hizo sobre una gran peña. Antes que los bárbaros pudiesen manifestarse desobedientes á este precepto, quiso contenerlos el cielo con una maravilla inaudita. Por la misma raya que habia señalado san Frutos se abrió el peñasco, formando una profundidad grandísima, que separaba los Moros de los cristianos, y dejaba á estos libres y seguros de la furia de los primeros. Con este prodigio los Moros volvieron atrás de su intento, y los cristianos quedaron nuevamente persuadidos de la gran santidad de Frutos, y de lo mucho que el cielo le favorecia. Este prodigio está comprobado no solamente con los documentos de la santa iglesia de Segovia, sino con la vista ocular del mismo hecho; pues hasta el dia de hoy permanece la misma peña dividida, y perpetuado el milagro, llamándose aquella rotura *la cuchillada de san Frutos.*

Los Moros cobraron gran terror al santo, al paso que los cristianos le tributaban nuevo respeto y veneracion, haciéndose así famoso su nombre á proporcion de sus virtudes. Estas crecian cada dia mas, porque el santo las aumentaba con la oracion, penitencia y todo género de ejercicios piadosos, y además de esto, con infinitos trabajos que empleaba en la salud de sus prójimos. Quiso Dios premiárselos llamándole para sí, y aunque no constan, como sucede de otros santos ermitaños, las particularidades que precedieron á su muerte, se debe creer que se armaria con los santos sacramentos de la Iglesia para entrar en la última lucha con el enemigo comun. Se sabe, si

que salió de ella victorioso, y que, siendo de edad de setenta y tres años, lleno de trabajos y merecimientos, le llevó Dios á darle el premio de su gloria el dia 25 de octubre del año del Señor de 715. Honró el Señor á su siervo con varios prodigios; pues varias personas que tenian enfermedades incurables, solo con tocar sus sagrados despojos fueron repentinamente sanas. Luego que el santo espiró, procuraron sus santos hermanos Valentin y Engracia amortajarle segun les permitia su pobreza; y dándole sepultura en la misma ermita en que habia vivido, se retiraron á otra cerca de Caballar, en donde murieron martirizados por los Moros, segun testifica Mondejar. Los cuerpos de estos tres santos se conservaron en la ermita de san Frutos, venerados de los cristianos hasta el siglo XI, en que el rey don Alfonso el VI, habiendo ahuyentado la morisma de todos aquellos contornos, y viendo como de dia en dia se aumentaba el culto de san Frutos y sus hermanos, dió la ermita al monasterio de Silos para que la cuidase con el esplendor que á tales santos convenia. Restaurada Segovia, y restituida á su dignidad pontifical, solicitaron y alcanzaron por medio del arzobispo de Toledo don Bernardo que el monasterio de Silos les concediese la mitad de las reliquias de estos santos, lo cual se verificó en el año de 1125. Recibiéronlas los Segovianos con increible júbilo de sus almas, manifestando en la pompa exterior cuánto gozo recibian en la posesion de sus santos compatriotas. Guardaron el tesoro de tal manera que con el tiempo llegó á perderse la memoria del sitio determinado en donde se custodiaban tan preciosas reliquias. Este olvido causaba suma afliccion en los ciudadanos, hasta que, hecho obispo de aquella iglesia don Juan Arias de Avila, natural de la misma ciudad, quiso Dios premiar su piedad y zelo con el descubrimiento de tan precioso tesoro. Este

venerable obispo publicó ayunos y rogativas; y yendo despues en compañía de algunas dignidades y prebendados de la iglesia á hacer la investigacion, uno de los artífices advirtió un hueco en el altar de Santiago. Lleno de alegria, metió la mano, y comenzó á gritar inmediatamente clamando que se le abrasaba. Acudieron todos sobresaltados; pero la turbacion se convirtió bien pronto en alegría. El obrero que tenia un dedo de la mano sin movimiento, le sacó perfectamente sano. Toda la iglesia se llenó inmediatamente de una fragrancia celestial, y á este gozo se siguió la invencion de las sagradas reliquias, las cuales se colocaron en lugar decente, haciendo Dios continuas maravillas por su intercesion, y manifestando de este modo cuán maravilloso es en sus santos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Crisanto y su mujer santa Daría, mártires, quienes, despues de los muchos tormentos que padecieron por Jesucristo bajo el prefecto Celerino, fueron por órden del emperador Numeriano echados en un arenal de la via Salaria, donde los enterraron vivos cubriéndolos de piedras y de arena.

Tambien en Roma, la fiesta de cuarenta y seis bienaventurados soldados, quienes, bautizados juntamente por el papa Dionisio, fueron luego degollados de órden del emperador Claudio, y sepultados en la via Salaria con otros ciento veinte y un mártires, entre los cuales se contaban cuatro soldados de Jesucristo, Teodoro, Lucio, Marcos y Pedro.

En Soissons de Francia, san Crepino y Crepiniano, nobles romanos, mártires, quienes, en la persecucion de Diocleciano, bajo el presidente Ricciovaro, consiguieron la corona del martirio siendo decapitados des-

pues de haber sufrido horribles tormentos. Sus cuerpos fueron en lo sucesivo llevados á Roma, y enterrados con pompa en la iglesia de San Lorenzo *in pane peniâ.*

En Florencia, el suplicio de san Miniato, soldado, quien, combatiendo valerosamente por la fe de Jesucristo bajo el emperador Decio, fué coronado con un noble martirio.

En Torre en Cerdeña, san Proto, presbítero, y san Januario, diácono, mártires, quienes, habiendo sido enviados á aquella isla por el papa san Cayo, fueron inmolados en tiempo de Diocleciano bajo el presidente Barbaro.

En Constantinopla, el suplicio de san Martirio, subdiácono, y de san Marciano, chantre, que fueron sacrificados por los herejes bajo el emperador Constancio.

En Roma, san Bonifacio, papa y confesor.

En Perigueux en Francia, san Fronte, quien, habiendo sido consagrado obispo por el apóstol san Pedro, convirtió á Jesucristo con el presbítero Jorge una muchedumbre de Franceses, y murió en paz, célebre en milagros.

En Bresa, la fiesta de san Gaudencio, obispo, de notable erudicion y santidad.

En Javoux, hoy Mendo en Gevaudan, san Queli, obispo.

En Gap, san Demetrio, obispo.

En Turena, san Epen, mártir.

En Amblis en el Berri, san Tucarto, confesor.

En Bayeux, san Lupo, obispo.

En Laon, san Susino, presbítero.

En Vaison, san Teodosio, obispo.

En Quimperlé en Bretaña, san Goisenou, obispo.

En Ivrea en el Piamonte, san Tiel, mártir.

En Buitrago en Castilla la Vieja, san Frutos, confesor.

En Alemania, el venerable Rutardo, monje.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Adesto, Domine, populo tuo: ut beati Fructi confessoris tui merita præclara suscipiens, ad impetrandam misericordiam tuam semper ejus patrociniis adjuvetur. Per Dominum nostrum....

Dad, Señor, favor á vuestro pueblo, para que, imitando los ejemplos admirables del bienaventurado Frutos, vuestro confesor, sea ayudado con su patrocinio. Por nuestro Señor...

La epístola es del capít. 45 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia III, pág.* 57.

REFLEXIONES.

Cuando un hombre corresponde de tal manera á la gracia que llega à cautivarse del amor de Dios, este Señor le ensalza de manera y le colma tanto de sus dones, que no parece sino que le saca de la esfera de hombre; y que se verifica literalmente lo que dice el salmo de los justos: *Vosotros sois dioses é hijos todos del Excelso.* Los elogios que el Espíritu Santo tributa á Moisés en la epístola de este dia, y que la Iglesia aplica á san Frutos, es una prueba convincente de esta verdad. Cuando no se verificara de la soberana virtud de la gracia otra cosa mas que lo que contienen las primeras palabras, era bastante para conocer su ilimitado poder la profusion de gracias que derrama Dios sobre sus siervos, y la alteza á que suben estos con solo cumplir la ley santa del Señor: *Moisés*, dice, *fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria está en bendicion.* El mismo elogio se aplica á san Frutos, y á uno y á otro se le conciliaron justamente sus

obras. Pero ¿ quién no ve en esto mismo el dedo poderoso de Dios? porque ¿cuánta dificultad no incluye en sí el ser á un mismo tiempo amado de Dios y de los hombres? ¿por ventura, estuvieron estos jamás de acuerdo con la voluntad de su Dios, agradándose de lo que se agrada, y aborreciendo lo que aborrece? ¿no es cierto que el pensamiento y las inclinaciones del hombre van al mal desde los primeros momentos de su vida, y que Dios es el justo, el santo y el bueno por esencia?

Todo esto es verdad; pero á las reflexiones dichas se satisface con una de dos respuestas, en que se deja ver igualmente la gran bondad de Dios para con sus siervos. Él les concede el privilegio singular de tratar en este mundo con los hombres de buena voluntad, de que conozcan el fondo de su virtud, y de que le amen segun su mérito. En medio de la corrupcion de que está inundada la tierra, se reserva el Señor ciertas almas, á quienes previene con su gracia, y le son fieles en todas las ocurrencias de la vida. Estas aman á Dios y todo cuanto le pertenece. Por eso, el justo, que es amado de Dios, es tambien amado de los hombres, quienes llenan de bendiciones su memoria. De otra manera, puede desatarse la dificultad igualmente gloriosa á Dios y recomendable para sus siervos. En dos cosas principalmente, dice el Espíritu Santo, que consiste la santidad del justo que elogia la epístola de este dia, conviene á saber, en la fe y en la mansedumbre. Por lo que toca á la fe, están llenas las escrituras del viejo y nuevo Testamento de sus elogios y de sus prodigiosos efectos. Con ella se hizo Abrahan tan humilde y obediente, que sin desplegar sus labios iba á sacrificar á su hijo unigénito. Por la misma desafiaba Elías todo el poder de los reyes, y se burlaba de las astucias de los sacerdotes gentiles. Al primer aspecto ni uno ni otro po-

dian causar en los hombres sino cierta especie de terror, porque le infunden realmente el haber de degollar á su propio hijo, y el llover fuego del cielo y devorar un buen número de soldados. Pero la mansedumbre, aquella virtud que nace, no de la natural templanza de los humores, sino de un gran fondo de caridad, es amable de todos los hombres. No hay protervia ni malignidad que resista á la beneficencia de un hombre manso y verdaderamente caritativo. Aquella compasion que manifiesta de las desgracias de su prójimo; aquel disimulo de sus defectos; aquel zelo activo con que pretende socorrer todas sus necesidades; aquel deseo sencillo, en fin, de su salvacion, y de que logre todos los bienes, son unos motivos de amor y de gratitud á que no puede resistirse el hombre que por la depravacion no ha llegado á convertirse en fiera. Por tanto, el justo debe ser amado de Dios y de los hombres.

El evangelio es del capítulo 19 *de san Mateo*, *y el mismo que el dia III, pág.* 59.

MEDITACION.

SOBRE LOS BENEFICIOS Y PROVECHOS DE LA VIDA SOLITARIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que de apartarse del mundo, y separarse á vivir con solo Dios, resultan, no solamente la propia santificacion, sino la utilidad de tus prójimos, y el hacerte terrible á las mismas potestades infernales.

El Espíritu Santo dice: *Que el que anda entre la pez, necesariamente ha de recibir alguna mancha de ella.* De aquí se arguye que los negocios y bullicio del siglo contaminan el espíritu, y ponen varios impedi-

mentos para conseguir la salud eterna. La recta razon infiere desde luego que en la soledad se ha de hallar todo lo contrario. Asi es en la realidad, y asi lo experimentaron los santos. Considera un Moisés en el desierto, y verás cuántas cosas le enseña allí el espíritu del Señor. En solos cuarenta dias, dice san Ambrosio que se retiró del tráfago del mundo, aprendió aquella sublime ciencia de dar leyes á un pueblo numeroso · aquella discrecion para juzgar acertadamente en los casos mas arduos : aquella severidad que tenian los poderosos reyes de la tierra, y aquella mansedumbre que le hacia amado de Dios y de los hombres. En el desierto consiguió aquel resplandor que adornaba su rostro, y que era un símbolo de las soberanas luces que habia adquirido su alma. Allí mismo se le apareció el Señor, le comunicó sus designios en órden á libertar el pueblo de la tiranía de Faraon, le eligió á él por caudillo, y puso en sus manos la virtud de su omnipotencia, para que pudiese confundir los encantos de los magos y la contumacia del rey con prodigios inauditos. De la misma manera vemos á san Juan Bautista que desde niño deja los regalos de su casa, las comodidades de la poblacion, y se retira á un desierto á vivir una vida áspera y penitente. Allí adquirió aquella santidad sublime, tan recomendada por el mismo Jesucristo, que llegó á ensalzarla sobre la de cuantos habian nacido de mujeres. De allí sacó aquel espíritu terrible con que reprendia y amenazaba á los escribas y fariseos, llamándolos simiente de víboras; y á Herodes diciéndole con una fortaleza inaudita : *No te es lícito tener la mujer de tu hermano.*

Solo el ejemplo de estos santos manifiesta suficientemente los grandes provechos que resultan de la soledad, tanto en órden á la propia santificacion, como para utilidad de los prójimos. Pero la razon misma lo

persuade, porque el hombre se entrega à la consideracion de si mismo, repasa todo el discurso de su vida, y mira con interés el tiempo que está por venir. El solo aspecto horroroso de sus excesos pasados le mueve à compuncion y lágrimas, le acuerda la misericordia divina, y le dispone a un verdadero arrepentimiento. Por otra parte, considera la brevedad de la vida, y que à ella se sigue otra inmortal y eterna, que ha de ser feliz ó infeliz, segun hubieren sido sus obras. La tranquilidad y el reposo dan cierto vigor y consistencia à sus meditaciones, y de todo resulta la abominacion de los pasados excesos, y el entablar nuevamente una vida arreglada por los preceptos del Evangelio. El Espíritu Santo derrama entonces sus gracias sobre el corazon que halla tan bien dispuesto, y de todo resulta una mutacion que se puede atribuir à la diestra del Excelso. Tanto bien como tiene la soledad, debe animar los espíritus apocados, y hacer mudar de opinion à los que viven entregados al mundo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la soledad y el retiro son los medios mas oportunos para libertarse de los continuos peligros, engaños y asechanzas con que nuestros enemigos visibles é invisibles procuran nuestra ruina.

En el cap. 48 de Isaías intima el espíritu de Dios esta misma doctrina, diciendo à los israelitas verdaderos: *Huid de los Caldeos, y salve cada uno su alma.* El mejor consejo que se puede tomar para precaver tanta multitud de lazos como están escondidos por todas partes, es la fuga. Por eso, dice san Ambrosio *(lib. 4 in cap. 4 Luc.)*: *Huye el mar del siglo, y no temerás el naufragio: en un mar tempestuoso, agitado de encontrados vientos, caso que todos no padezcan naufragio, no se puede negar que todos están en peligro*

de padecerlo. La misma experiencia le puede enseñar á cada uno la verdad que contienen estas sentencias. Porque, ¿cuántas veces tuviste unos deseos sencillos de abandonar tu vida relajada, y emprender otra cristiana y piadosa? La muerte repentina de un amigo, de un hijo, ó de una esposa; la pérdida de los bienes de fortuna; alguna centella que prendió en tu corazon oyendo la palabra divina, ó cualquiera otro de los muchos artificios con que procura la gracia la conversion del pecador, han movido tu corazon, y le han inclinado á un verdadero arrepentimiento. Semejantes efectos los sentiste sin duda alguna en la soledad; esto es, cuando retirado del mundo pensabas en solo Dios, ya fuese esto en una iglesia al tiempo de asistir á los adorables misterios, ó en tu misma casa, en uno de aquellos ratos en que te entregas á tus devociones y á la consideracion de tí mismo. Pero ¿qué se hicieron estos pensamientos luego que te apartaste de tu soledad, y comenzaste á chocar con los objetos del mundo? Un hombre impío te hizo creer que era apocamiento de espíritu el dedicarse á los ejercicios de devocion; un amigo disipado te llevó al espectáculo ó á la reunion, donde todas las ideas de reforma se convirtieron en humo; un jugador, que te llevó á una de esas infames casas, donde hace mansion el desórden, te hizo aventurar á una suerte la subsistencia de tu familia; una mujer profana, en fin, irritó la sensibilidad de tu concupiscencia, y te hizo víctima de sus obscenidades. Todos los buenos efectos de aquel rato de separacion se acabaron en el mismo momento en que volviste al mundo.

Persuádete, pues, que semejante traidor y semejante enemigo es necesario huirle : de otra manera, no te podrás libertar de sus continuas y crueles hostilidades. Así lo consiguió el pueblo de Dios oprimido en Egipto con las infinitas vejaciones de la supersti-

cion y de la tiranía. Salió al desierto, é inmediatamente recibió los divinos beneficios. Su caudillo veia y hablaba á Dios con la misma familiaridad que un hombre trata á otro. Para que no errase en sus caminos le puso una columna en el aire, que de noche era luminosa para alumbrarle y apartarle de los precipicios, y de dia tan opaca y oscura que le defendia de los rayos del sol. El mismo Dios era su guia y capitan que los alimentaba con maná llovido del cielo, con agua milagrosa que brotaban las piedras, y que les daba victoria contra todos sus enemigos. Los mismos beneficios recibirás tú si, dejando el bullicio del mundo, te determinas á amar la soledad y á escuchar con docilidad lo que en ella hablará Dios á tu corazon.

JACULATORIAS.

Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo, et requiescam? Salm. 54.

¿Quién me dará, Dios mio, alas para volar huyendo del siglo, y hallar el verdadero descanso que solamente se encuentra en vos?

In abscondito plorabit anima mea à facie superbiæ. Jerem. 3.

Mi alma se retirará á un lugar escondido, y allí llorará los extravíos y delitos en que la ha precipitado su soberbia.

PROPOSITOS.

Son innumerables los elogios que dan los santos padres á la vida solitaria, é inexplicable el esmero y zelo con que la recomiendan. San Basilio dice que la soledad es la muerte de los vicios y el purgatorio de las impurezas. *¡O soledad,* diceen el mismo libro de las alabanzas de la vida solitaria, *ó soledad! el hombre*

es ciertamente el que te habita, pero el que habita en él es Dios. En otra parte la llama paraiso de delicias, deleite de las almas santas; y el Crisóstomo en la homilía tercera sobre el evangelio de san Marcos, llega á decir que el Espíritu Santo no habita en otra parte sino en la soledad, en la cual tiene su asiento. Al oir todas estas cosas, es natural que se te sobresalte el corazon, imaginando que para lograr los bienes de la soledad necesitas abandonar tu casa, tu familia, los negocios anejos al estado en que te ha constituido la Providencia, y encaminarte á un desierto para hacer allí la vida eremítica que profesaron los santos anacoretas. No, cristiano, ese es un concepto errado que formas de la soledad : esta, segun los maestros de la vida espiritual, no es otra cosa que un voluntario apartamiento por algunos dias de los negocios del mundo, de la sociedad de los demás hombres, y de aquellas ocupaciones mecánicas en que se pasa la vida, para dedicarse al exámen de la conciencia, al arreglo de sus operaciones, al arrepentimiento de sus pasados delitos y á la institucion de una nueva vida. No es la soledad de que hablamos aquella austera que profesan algunas religiones por su instituto, ni aquella puramente filosófica que han abrazado algunos sabios para la contemplacion de las verdades naturales. Esta soledad se limita solamente al único y grande negocio de tu salvacion. Para hacerla debidamente, debes elegirte un lugar solitario y apartado del mundo, y un varon sabio y virtuoso á quien descubras las llagas de tu alma para recibir de su mano las oportunas medicinas. Toda la ocupacion de estos ejercicios espirituales se debe reducir, ante todas cosas, á hacer una confesion general, de donde resulte la restitucion de la hacienda ajena y del honor que has quitado á tu prójimo : la restauracion de la inocencia de tu alma, llorando con lágrimas de compun-

cion las culpas pasadas, y haciendo un firme propósito de perder antes la vida, que ser á Dios ingrato ; á ordenar tus ocupaciones y ejercicios de tal manera que todos los dias destines algun tiempo á la lectura de algun libro espiritual y á la contemplacion de los divinos misterios; y últimamente, de esta soledad debes sacar la renovacion de tu espíritu y la salud de tu alma. Todos cuantos pretextos quieras oponer contra ella no serán otra cosa que lazos del demonio é invenciones de tu misma depravacion para confirmarte mas en tu ruina. Ni la hacienda, ni la mujer, ni los hijos, ni la evacuacion de tus negocios te importa tanto como tu salvacion. Perdido este negocio, todos los demás están perdidos. Para una cosa de tanta importancia se halla fácilmente oportunidad y tiempo cuando la voluntad es sencilla. Por ocupado que estés, no dejas de curarte un brazo si se te quiebra, ó de perseguir á un ladron si te roba la hacienda de tu casa. Y ¿querrás comparar con estas cosas perecederas el asunto de tu salvacion, un asunto que le costó al Hijo de Dios todo el infinito precio de su sangre? Soledad, cristiano, retiro espiritual, abstraccion del mundo, que este es el medio poderoso de que llegues á ser eternamente feliz.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN EVARISTO, PAPA Y MÁRTIR.

Fué san Evaristo griego de nacimiento; pero originario de Judea, como hijo de un judío llamado Judas, natural de Belen, que fijó su residencia en la Grecia, y educó á su hijo en la doctrina y principios de su religion. Nació por los años de 60, con tan bellas disposiciones para la virtud y para las letras, que su padre dedicó el mayor cuidado á cultivarlas, dando al niño maestros hábiles que le instruyesen tanto en estas como en aquella. Era Evaristo de excelente ingenio, de costumbres inocentes y puras; por lo que hizo grandes progresos en breve tiempo. No se sabe cuándo ni dónde tuvo la dicha de convertirse á la fe de Jesucristo, como ni tampoco con qué ocasion vino á Roma; solo se sabe que era del clero de aquella iglesia, madre y maestra de todas las demás, centro de la fe y de la religion, á quien tributa tantos elogios san Ignacio, obispo de Antioquía. Alaba el santo á los fieles de Roma, singularmente por su fidelidad, por su valor y por su constancia en la fe, por la pureza de sus costumbres, y por aquella caridad que los constituia modelos de los fieles esparcidos en todas las demás iglesias. Sobre todo, ensalza la grande union, que se observaba entre ellos, y el sumo horror que profesaban al cisma y á los errores de tantos herejes como á la sazon afligian y despedazaban la Iglesia de Jesucristo. Pero todos convienen en que estos elogios eran propiamente el panegírico del santo papa Evaristo, cuyo zelo y cuya santidad, generalmente reconocida

y celebrada en toda Roma, sostenia la virtud de todos los fieles; pues, siendo todavía un mero presbitero, encendia el fervor y la devocion en los corazones de todos con sus instrucciones, con su caridad y con sus ejemplos. Era tan universal la estimacion y la veneracion con que todos le miraban, que, habiendo sido coronado con el martirio el santo pontifice Anacleto, sucesor de san Clemente, glorioso fin de todos aquellos primeros papas, solo vacó la silla apostólica el tiempo preciso para que se juntase el clero romano, el cual, sin deliberar un solo momento, á una voz colocó en ella á san Evaristo. No hubo en toda la Iglesia quien desaprobase esta eleccion sino el mismo santo. Por su profunda humildad, por el bajo concepto que tenia hecho de si mismo, por la grande estimacion que hacia de la ciencia, de la virtud y del mérito de todos los demás que componian el clero, dudó mucho que aquella eleccion fuese dirigida por el Espiritu Santo: renunciόla, resistióla, representó su indignidad; pero su misma resistencia acreditó mas visiblemente lo mucho que la merecia. En fin, á pesar de su humildad, le fué forzoso rendirse y ceder á la voluntad de Dios, manifestada por la voz del pueblo y por los unánimes votos de toda la clerecía. Fué consagrado el dia 27 de julio hácia el año de 108 del Señor.

Luego que el nuevo papa se vió colocado en la silla de san Pedro, aplicó todo su desvelo á remediar las necesidades de la santa Iglesia en aquel calamitoso tiempo, perseguida en todas partes por los gentiles, y cruelmente despedazada por los herejes. Los simoniacos ó los simonianos, los discípulos de Menandro, los nicolaitas, los gnósticos, los cainianos, los discípulos de Saturnino y de Basílides, los de Carpócrates, los valentinianos, los helceseitas, y algunos otros herejes, animados por el espiritu de las tinieblas, hacian todos sus esfuerzos y se valian de todos sus artificios

para derramar por todas partes el veneno de sus errores, singularmente entre los fieles de Roma; persuadidos de que una vez inficionada la cabeza del mundo cristiano, luego se dilataria á todo el cuerpo la ponzoña del error, haciendo el mayor estrago. Pero como Jesucristo tenia empeñada su palabra de que las puertas del infierno jamás prevalecerian contra su Iglesia, para detener esta inundacion de iniquidad, y para disipar esta multitud de enemigos, habia dispuesto su amorosa providencia que ocupase san Evaristo la cátedra de la verdad. Con efecto, se aplicó el santo pontífice con tanto desvelo á cuidar del campo que el Señor le habia confiado, que nunca pudo lograr el hombre enemigo sembrar en él la zizaña. Todos los fieles de Roma conservaron siempre la pureza de la fe; y aunque la mayor parte de los heresiarcas concurrió á aquella capital para pervertirla, el zelo, las instrucciones y la solicitud pastoral del santo papa fueron preservativos tan eficaces, que jamás pudo inficionar el corazon de un solo fiel el veneno del error.

Pero esta pastoral solicitud del vigilante pontífice no se limitó precisamente á preservar los fieles de doctrinas inficionadas; adelantóse tambien á perfeccionar la disciplina eclesiástica por medio de prudentísimas reglas y decretos, que fueron de grande utilidad á toda la Iglesia. Distribuyó los títulos de Roma entre ciertos presbíteros particulares para que cuidasen de ellos. No eran entonces estos títulos iglesias públicas, sino como unos oratorios privados dentro de casas particulares, donde se congregaban los cristianos para oir la palabra de Dios, para asistir á la celebracion de los divinos misterios, y para ser participantes de ellos. Llamábanse *títulos*, porque sobre sus puertas se grababan unas cruces para distinguirlos de los lugares profanos; así como los sitios públicos se distinguian por las estatuas de los emperadores, á los

cuales se les daba el mismo nombre de *títulos*. Los presbíteros nombrados para la direccion de aquellos oratorios, eran propiamente los párrocos de Roma, que en tiempo de Optato eran en número de cuarenta. Ordenó tambien que, cuando predicase el obispo, le asistiesen siete diáconos para honrar mas la palabra de Dios, y por respeto á la dignidad episcopal en el principal ministro de ella. Asimismo mandó que, conforme á la tradicion apostólica, se celebrasen públicamente los matrimonios, y que los desposados recibiesen en público la bendicion de la Iglesia. Atribúyense á san Evaristo dos epistolas, una á los fieles de Africa, y otra á los de Egipto. Esta es sobre la reforma de las costumbres; y en aquella se condena que un obispo pase de un obispado á otro puramente por ambicion ó por interés, declarándose que no son lícitas semejantes traslaciones sin una evidente necesidad, y sin que se haga canónicamente la misma traslacion. Ocupado total y únicamente san Evaristo en dar todo el lleno á las obligaciones de buen pastor, no descargaba enteramente el cuidado de repartir el pan de la divina palabra en los santos presbíteros que habia nombrado para cada parroquia; él mismo le distribuia cotidianamente á su pueblo, y aun muchas veces al dia. Extendíase su infatigable zelo hasta los niños y hasta los esclavos, debiéndose á esta menuda solicitud, á esta caridad universal, eficaz y laboriosa la conservacion de todo su rebaño en la pureza de la fe, á pesar de los artificios y de los lazos que armaban tantos heresiarcas.

Aunque el emperador Trajano fué en realidad uno de los mayores príncipes que conoció el gentilismo, tanto por su dulzura como por su moderacion, no por eso fueron mejor tratados en su tiempo los que profesaban la religion cristiana. Antes bien no cedió ni en tormentos ni en crueldades á las demás persecu-

ciones la que padeció la Iglesia en tiempo de este emperador. Hacia gloria Trajano de ser mas religioso que los otros príncipes, y de mantener las leyes del imperio romano en todo su vigor. Es verdad que no publicó edicto nuevo contra nuestra religion, segun se lee en san Meliton y en Tertuliano; pero tenia mortal aversion á los cristianos, porque no los conocia sino por los horrorosos retratos que le hacian, así sus cortesanos idólatras, como los sacerdotes de los ídolos; y bastaba esta aversion para excitar contra ellos á los pueblos y á los magistrados.

Luego que se dejó ver en la tierra nuestra santa religion, comenzó à experimentar el odio que ordinariamente sigue á la verdad, contando tantos enemigos como esta tiene contrarios. Uno de los principales motivos de esta pública y general aversion fué la pureza de la doctrina evangélica, tan opuesta á la universal corrupcion de los gentiles; y como las potestades del infierno, que tenian tiranizado al mundo, habian sido vencidas por la cruz de Jesucristo, cabeza y fundador del cristianismo, convirtieron estas todo su furor contra el nombre y contra la religion de los cristianos. Eran estos la execracion de los grandes y el horror de los plebeyos; porque la pureza de sus costumbres y la santidad de su vida servia de muda, pero cruel censura de sus comunes desórdenes y de la impiedad del paganismo. Fuera de eso, para hacer todavia mas odioso el Evangelio á todo el mundo, no cesaba el demonio de sembrar por todas partes las mas horribles calumnias contra los cristianos; pintándolos como hechiceros y como magos, que con sus sortilegios y hechicerias encantaban á las gentes. Sus milagros eran encantamientos; sus juntas nocturnas y secretas conventículos de infamias y de prostituciones, ocultando bajo una aparente modestia y compostura unas almas negras, corrompidas y disolutas.

Preocupados todos de esta manera, lo mismo era ver á un cristiano, que gritarle públicamente: *Al malvado, al facineroso;* y por consiguiente, sin otra formalidad que confesar uno que lo era, condenarle al último suplicio. De este mismo principio nacian aquellos tumultos populares en el circo, en los anfiteatros, en los juegos publicos, en los cuales, sin que precediese por parte de los fieles el mas mínimo motivo, levantaba el grito la muchedumbre, pidiendo alborotadamente su muerte y la extirpacion de su secta. A estos amotinamientos populares se atribuye la persecucion de la Iglesia en el imperio de Trajano. Esta persecucion se señala en la crónica de Eusebio hacia el año de 108 de Jesucristo, el onceno de dicho emperador, y duró hasta la muerte de este príncipe, que sucedió el año de 117, á los diez y nueve de su reinado.

No podia estar á cubierto de esta violenta tempestad el santo pontífice Evaristo, siendo tan sobresaliente la eficacia de su zelo, y tan celebrada en toda la Iglesia la santidad de su vida. El desvelo con que atendia á las necesidades del rebaño hicieron odioso á los enemigos del cristianismo al santo pastor; sin que en su avanzada edad entibiase su apostólico ardor, ni fuese motivo para moderar sus excursiones y sus gloriosas fatigas. Siendo tan visibles y tan notorias las bendiciones que derramaba Dios sobre su zelo, de necesidad habian de meter mucho ruido, ó á lo menos era imposible que del todo se ocultasen á los enemigos de la religion. Crecia palpablemente el número de los fieles, y regada la viña del Señor con la sangre de los mártires, se ostentaba mas lozana, mas florida y mas fecunda. Conocieron los paganos que esta fecundidad era efecto de los sudores y del zelo del santo pontífice; por lo que resolvieron deshacerse de él, persuadidos de que el medio mas eficaz para que se derramase el rebaño, era acabar con el pastor. Echáronle mano, y

le metieron en la cárcel. Mostró tanto gozo al ver que le juzgaban digno de derramar su sangre y dar su vida por amor de Jesucristo, que quedaron atónitos los magistrados, no acertando á comprender cómo cabia tanto valor y tanta constancia en un pobre viejo, agobiado con el peso de los años. En fin, fué condenado á muerte como cabeza de los cristianos; y aunque se ignora el género de suplicio con que acabó la vida, es indubitable que recibió la corona del martirio el dia 26 de octubre del año del Señor de 117 ó 118, honrándole hasta el dia de hoy como á mártir la universal Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Evaristo, papa y mártir, que purpuró con su sangre la Iglesia de Dios bajo el emperador Adriano.

En Africa, san Rogaciano, presbítero, y san Felicísimo, mártires, que consiguieron una ilustre corona en la persecucion de Valeriano y de Galiano, y de quienes habla san Cipriano en su epístola á los confesores.

En Nicomedia, san Luciano, san Floro y compañeros, mártires.

El mismo dia, san Quodvultdeus, obispo de Cartago, quien, habiendo sido puesto con todos sus clérigos por el rey arriano Genserico en unos barcos viejos sin remos ni velas, aportó á Nápoles contra toda esperanza; y viviendo allí en destierro, murió con la calidad de confesor.

En Narbona, san Rústico, obispo y confesor, que floreció en tiempo de los emperadores Valentiniano y Leon.

En Salerno, san Gaudesio, obispo.

En Pavía, san Fulco, obispo.

En dicha ciudad, san Cuadragésimo, subdiácono, que resucitó á un muerto.

En Agenois, san Morino, venerado como mártir.

En Angulema, san Aptono, obispo.

En Farmoutier en Brie, la venerable Gibitruda, virgen.

En Metz, san Sigisbaudo, obispo.

Cerca de Roma, la aparicion de la Cruz á Constantino.

En Ultonia de Irlanda, san Nasado, confesor.

En el ducado de Northumberland, san Ceda, obispo de los Sajones orientales sobre el Támesis.

En Agustald en Inglaterra, san Eato, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Evaristi martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat. Per Dominum nostrum...

Atiende, ó Dios todopoderoso, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, dígnate de sostenernos por la gloriosa intercesion de tu bienaventurado mártir y pontífice san Evaristo. Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 1 *del apóstol Santiago*

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam, cùm probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cùm tentatur, dicat quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est: ipse autem neminem tentat. Unusquisque ve-

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque, cuando fuere examinado, recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno, cuando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á

rò tentatur, à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia, cùm conceperit, parit peccatum: peccatum verò, cùm consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est; descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntariè enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscencia, habiendo concebido, pare al pecado; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva, y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

NOTA.

«La epístola del apóstol Santiago, llamado el *Menor*, obispo de Jerusalen, es una de las siete epístolas católicas ó canónicas que se ponen en la Biblia despues de las de san Pablo. Llámanse *canónicas*, porque contienen cánones ó reglas importantes para el gobierno de las costumbres, y porque asimismo comprenden instrucciones en las materias de fe, derivándose de la palabra *cánon* que significa *regla*. Tambien se llaman *católicas*, es decir, universales ó circulares, por no dirigirse á iglesia ó á persona particular, sino á todos los fieles en general.»

REFLEXIONES.

Ninguno diga cuando es tentado que le tienta Dios. Dios no puede tentar al mal; y así este Señor á ninguno tienta; y por tanto, cada uno es tentado por el cebo y

por los atractivos de su propia concupiscencia. Pocos disolutos, pocos mundanos, pocos pecadores hay que no echen la culpa de sus desórdenes á la malignidad del tentador, pretendiendo excusarlos con la violencia de la tentacion. El mundo todo es peligros, esto no se niega; pero porque todo es peligros el mundo, ¿nos hemos de arrojar á ellos aturdida ó atolondradamente? ¿será razon vivir en el mundo sin preservativos, sin atencion y sin temor? Es el mundo un mar borrascoso y cubierto todo de escollos; los navichuelos pequeños y poco cargados los evitan con mas facilidad que los buques soberbios y corpulentos, los cuales reciben mas viento, y se gobiernan con mayor trabajo. Pero despues que se habla tanto de este proceloso mar, tan famoso por los naufragios, ¿se han hecho por ventura mas cuerdos, mas avisados y mas prevenidos los que se engolfan en él? Y si á lo menos nos hiciera mas vigilantes la multitud de los peligros de la salvacion; ¡pero ha! que sucede todo lo contrario; cuanto mas hay por qué temer, menos se teme. ¿Dónde se vive con menos precauciones contra los malos deseos, que en medio de los objetos que los excitan mas? En las córtes de los príncipes, en el centro de este mundo inficionado y engañoso, ¿qué preservativos se aplican para no contraer el contagio? ¡Y despues nos quejamos, y despues nos admiramos de que sean tan contados los que se preserven de él! Mas nos debiéramos admirar de que alguno se preservase. Si en un estado donde todo es tentacion, todo lazos y peligros; si en un pais donde estuviesen inficionadas casi todas las fuentes, casi todos los manantiales, y se tomasen pocas ó ningunas precauciones para librarse del veneno, se conservasen muchos por largo tiempo en perfecta y robusta salud, ¿no seria cosa muy extraña? las almas inocentes, las mas puras se sustentan con la penitencia; rodeadas de espi-

nas y de abrojos, aun no consideran segura la delicada flor de la pureza. El mas leve soplo de viento las sobresalta. La menor infidelidad, la mas lijera imperfeccion causa inquietud á su fervor; ni aun con todas estas precauciones se dan por seguras, ó se imaginan exentas del peligro; mientras una alma imperfecta, una persona religiosa poco observante, poco mortificada, poco inocente, se expone sin temor á los mayores riesgos. No nos quejemos ya ni de los muchos peligros de la salvacion, ni del corto número de los predestinados. Con nosotros mismos llevamos los peligros; en nuestro mismo terreno nace la tentacion. No contentos con el enemigo doméstico que nosotros mismos mantenemos, vamos á buscar otros extraños y forasteros; ¿qué maravilla que seamos vencidos, ni qué milagro que nos precipitemos? Hay condiciones, hay estados, es verdad, en que son mayores y mas frecuentes los peligros; pero todo país donde abundan insectos ponzoñosos, abunda tambien en contra venenos, siendo igualmente fecundo en preservativos y en remedios.

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son ne-

perficiendum; ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversùs alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longè agente, legationem mittens, rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

cesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

DE LA NECESIDAD DE LA PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay mas que dos caminos para ir al cielo: la inocencia ó la penitencia. No hay medio. O nunca pecaste, ó eres pecador. ¡Buen Dios! ¿quién se podrá lisonjear de aquella primera inocencia? pues ¿quién se podrá excusar de los rigores de la penitencia? Busca algun otro camino; por lo menos es cierto que Jesucristo le ignoró. Fabriquémonos el sistema que nos pareciere; finjámonos la moral que se nos antojare; pretextos de salud, vanos títulos de la edad, excusas frívolas del amor propio, alegatos aéreos del estado ó de la condicion; no hay privilegios, no hay razones que te eximan de una ley tan indispensable.

No hay otro partido que tomar: ó llorar mientras dura el tiempo, ó arder por toda la eternidad; ó infierno, ó penitencia.

Es esta vida el tiempo de la misericordia; es el fruto de la muerte del Redentor. Pero la divina justicia no puede ser frustrada de sus derechos; estos son los que conserva y sostiene la penitencia; ella ocupa, por decirlo así, el lugar de la justicia divina; ella la representa como apoderada suya. Sí por cierto; quiere Dios dejar á tu buena fe el castigo de tus pecados; quiere que tú mismo seas el vengador de tus delitos; quiere que tú te impongas á tí propio la pena que merecen; ¿puedes poner tus intereses en manos mas favorables ni amigas? Desengañémonos; todo pecado ha de ser indispensablemente castigado, ó por un Dios vengador, ó por el hombre penitente.

¿Qué penitencia no hizo el mismo Jesucristo solo por haber tomado la apariencia de pecador? Las almas mas puras, los santos mas inocentes pasaron la vida entre los rigores de espantosas penitencias; ¡con cuánta amargura de su corazon, por cuán largo espacio de tiempo mezclaron su pan con las lágrimas por los pecados mas lijeros! Nosotros, gracias al Señor, somos de la misma religion; hemos pecado. ¡Ah! que ninguno hay que no pueda decir con verdad como el Profeta: *Mis maldades me cubrieron mas arriba de la cabeza* (Salm. 37). Pero ¿cuál es nuestra penitencia? En medio de eso, ninguno hay que no espere lograr la misma dicha que gozan los satnos; ninguno que no aspire á la misma corona. Mas ¿en qué fundará esta confianza? en los méritos de Jesucristo. Sin duda que á estos divinos méritos deberemos nuestra salvacion. Pero ¿será sin hacer penitencia? Escuchemos al oráculo del mismo Jesucristo: *Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis* (Luc. 13). No ignoraba él lo que valia su sangre; conocia perfectamente el precio y la virtud

de sus merecimientos. En medio de eso, con toda mi redencion sobreabundante, con el fruto de mi pasion y de mi muerte, dice el Salvador, ninguno se salvará si no hace penitencia. *Omnes*, todos pereceréis: el rey como el vasallo; el amo como el siervo; *todos*: la mujer noble como la plebeya; la señora como la criada; *todos*: el letrado, el hombre de negocios, el mercader, el seglar, el eclesiástico; vosotros jóvenes, y vosotros viejos, agobiados con los años; hombres del mundo y religiosos, si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis. Este solo oráculo vale una meditacion, vale un libro entero.

¡Ah, mi Dios, y cuánto me acusa en este mismo punto mi conciencia! ¡qué remordimientos! ¡qué temores; ¡qué justos sobresaltos! ¿Y será posible que todo esto sea sin provecho?

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué enorme error es pretender salvarse sin hacer penitencia. Si no quereis renunciar mi Evangelio, dice el Salvador del mundo, debeis estar persuadidos de que el que pecó, si no hace penitencia, vanamente se lisonjea de conseguir su salvacion (Marc. 1). ¿Se sigue hoy en el mundo esta doctrina?

Pero ¿no será hacer bastante penitencia confesar sus pecados, rezar algunas oraciones, ejercitarse en algunas obras satisfactorias, impuestas en la confesion? ¿no bastará esto para cumplir con el precepto de hacer penitencia? Mas yo pregunto: ¿y será posible que la doctrina de Jesucristo sobre la necesidad de la penitencia no se ha de reducir mas que á esto?

Los santos que no conocieron otra moral que la de Jesucristo, ¿entendieron por ventura aquella doctrina segun esta benigna interpretacion? Ni aun nosotros mismos, aunque no tengamos mas que una leve tin-

tura de nuestra religion, ¿nos persuadiremos fácilmente de que todo el castigo que la divina justicia exije por nuestros pecados, se reducirá á una tan corta, tan lijera y tan superficial satisfaccion? ¿será esta toda la penitencia cristiana despues de tan enormes culpas?

¡Qué! esas almas disolutas, esos insignes pecadores, esas mujeres mundanas, cuya confesion apenas interrumpió por algunas pocas horas, una ó dos veces al año, el juego, el fausto, las diversiones, los banquetes, y acaso tambien los mas vergonzosos pecados; esas personas que se dispusieron para la confesion pascual, disfrutando los gustos y los pasatiempos en el carnaval; que con vanísimos pretextos se dispensaron en el ayuno y en la abstinencia de la cuaresma; todas estas personas ¿hacen verdadera penitencia?

¡Qué! aquellas otras personas tan inmortificadas, que á la sombra de cierta exterioridad de virtuosas, y aun acaso en un estado de penitencia, quizá buscan en todo sus conveniencias y sus comodidades; que quiza no tengan á los ojos de Dios otra cosa de verdaderos penitentes, que la indispensable obligacion de serlo; aquellas personas que solo obedecen y se gobiernan por su amor propio, ¿harán verdadera penitencia? Y si en adelante no entablan una vida mas penitente, ¿en qué principios, contrarios á la palabra de Jesucristo, fundarán la confianza de conseguir su salvacion?

Pero ¿no estamos nosotros mismos en este caso? Sabemos ciertamente que hemos pecado; ¿estamos igualmente seguros de nuestra penitencia? ¿siguióse á aquella contricion verdadera la fuga de las ocasiones, la reforma de las costumbres, la modestia en el traje, y otros frutos dignos de verdadera penitencia?

Mi Dios, ¡cuántos cargos tengo que hacerme á mí

mismo! ¿y cómo podré sufrir los que algun dia me haréis vos, si no comienzo á hacer penitencia desde este mismo punto? Palpo la precision; conozco la indispensable necesidad; todo lo arriesgo si lo dilato. Aunque dentro de veinte y cuatro horas tenga que ir á daros cuenta de mi vida, por lo menos tendré el consuelo de haber comenzado.

JACULATORIAS.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. 88.

Examinaré de aquí adelante, mi Dios, todos los años de mi vida en la amargura de mi corazon.

Quis dabit oculis meis fontem lacrymarum, et plorabo die ac nocte! Jerem. 9.

¡Oh, y quién diera á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar dia y noche mis pecados!

PROPOSITOS.

1. Pocos hay que no confiesen, y muchos menos que no tengan sobrada razon para confesar que son grandes pecadores. Pero ¿dónde está la penitencia? ¿de qué servirá el estéril conocimiento, y esa infecunda confesion sino de aumentar nuestras deudas? ¿de qué servirá reconocerse uno pecador si no pasa á ser penitente? Y no hay que atrincherarse, no hay que cubrirse ni con la ternura de la edad, ni con la delicadeza de la complexion, ni mucho menos con los empleos, con la clase, con la calidad. Para quien pecó no hay salvacion si no hace penitencia. Fuera de la penitencia interior, que pasa allá dentro del alma en la amargura del corazon, es menester la exterior que mortifique al cuerpo, que le dome y que le humille. Da principio

por las penitencias de precepto: las abstinencias de obligacion, los ayunos de la Iglesia son leyes inviolables de que jamás te debes dispensar con frívolos pretextos. Es mucho desorden el de hoy, parece que estas santas leyes solamente se hicieron para los claustros religiosos, ó para la gente comun. Las personas de distincion, las ricas, las de conveniencias nunca tienen bastante salud para comer de vigilia; es preciso que se las dispense. Pero ¿autorizará Dios estas dispensas? Examina lo que has delinquido en este punto. Haz un firme propósito de observar con todo rigor todas estas penitencias de precepto. Guárdate bien de permitir que los que estan á tu cargo se dispensen en ellas sin grave é indubitable motivo; mira que te harás reo de su pecado.

2. No te contentes con aquellas penitencias comunes en que ningun cristiano debe jamás dispensarse sin causa legítima y verdadera; hay otras particulares, que no te son menos necesarias en atencion á tus necesidades espirituales. La vista, el nombre solo de ciertos instrumentos de penitencia espanta, estremece á algunas personas á quienes no estremecieron ni espantaron los desórdenes mas vergonzosos y mas enormes. ¡Con cuánta razon se podria preguntar á muchos si la multitud y la enormidad de sus pecados los dispensaban de este género de penitencias! Porque, ¡cuánto lo extrañan, cuánto recalcitran, y aun cuánto se escandalizan si tal vez un confesor zeloso tiene valor para imponérselas en la confesion! ¡Cosa extraña! un jóven, una tierna doncella vuelven las espaldas al mundo aun antes de haberle conocido; retíranse á conservar la inocencia bautismal entre los rigores de la penitencia; mientras un hermano suyo perdido y estragado, una hermana suya entregada á las vanidades del mundo viven como anegados, como sumergidos en el desórden, y no pueden siquiera su-

frir que se les hable de penitencias ni de mortificaciones. Pero ¿será muy semejante la eterna suerte de estos? Consulta cuanto antes con tu director lo que debes hacer en este particular. No des oidos á tu delicadeza, sino á tu conciencia, á tu religion y á tus necesidades; si eres inocente, la penitencia es la sal que preserva de la corrupcion; si eres pecador, la penitencia es el contraveneno del pecado.

DIA VEINTE Y SIETE.

SANTA ANASTASIA, VÍRGEN, Y SAN CIRILO, MÁRTIRES.

Despues de la muerte de Galo, que sucedió el año de 244, ascendió al imperio Valeriano, el cual se mostró muy favorable á los cristianos á los principios de su reinado, y tanto, que ninguno de sus predecesores los habia tratado con igual benignidad. Así en público como en particular les daba siempre señales de su singular afecto y cariñosa inclinacion; de manera que habia dentro de su mismo palacio tanta multitud de siervos de Dios, que mas parecia una iglesia que la corte de un emperador pagano; pero si fué tan extraordinaria para ellos esta blandura, no lo fué menos la cruel violencia con que despues los persiguió. Engañado el miserable príncipe por un egipcio que hacia profesion de mago, se dejó arrastrar á todo género de impiedades, no ofreciéndosele el menor reparo en sacrificar al demonio víctimas humanas. Era como consecuencia forzosa de esta sacrilega impiedad la persecucion de la Iglesia, por ser los cristianos los mayores y mas declarados enemigos de la magia,

siendo pocos los que con el nombre solo de Jesucristo y con la señal de la cruz no disipasen, deshiciesen y aniquilasen todos los efectos y encantos del demonio. Irritado y animado el emperador por su abominable privado y confidente, que absolutamente le dominaba, excitó contra la Iglesia la persecucion mas cruel que hasta entonces habia experimentado. Comenzó esta persecucion el año de 247, y fué la octava que se levantó contra ella.

Entre la gran multitud de sagradas víctimas que fueron sacrificadas á Jesucristo por este cruel tirano, una de las mas ilustres fué santa Anastasia. Habia nacido en Roma de padres cristianos, y de familia distinguida por su nobleza, pero mucho mas por su piedad. Criaronla sus padres con cuidado en los principios de la religion verdadera, aunque hubo poco que hacer en su educacion; porque, habiendo nacido la niña con inclinaciones naturalmente cristianas, ella misma prevenia muchas veces las piadosas lecciones que se le daban. Pero las virtudes que principalmente hacian su carácter eran la modestia, la devocion y el amor á la virginidad; pues, aunque era una de las mas hermosas damas que se celebraban en Roma, y aunque la brillantez de su despejado entendimiento añadia nuevo lustre á su hermosura, se reconoció desde su mas tierna infancia que no tomaba gusto á las vanidades del mundo, y nunca admitiria otro esposo que á Jesucristo. Pasó su primera juventud dentro de la casa de sus padres, continuamente retirada, invisible á los ojos de los hombres, y ocupada únicamente en el cuidado de hacerse agradable á los de Dios. Consiguiólo; y aquel Señor, que la habia escogido para formar en ella una de las mas amadas esposas suyas, enriqueció su alma con sus mas preciosos dones. Aprovechóse bien de ellos Anastasia; pues, abrasada toda en el fuego del divino amor, empleaba todo el

tiempo en continuos ejercicios de fervorosa virtud. Era la oracion su ocupacion principal; y como tomaba tanto gusto en el trato con Dios, ninguna cosa podia distraerla de él. Estaba reñida con todo género de ociosidad, y toda la labor que hacia la destinaba al servicio de los pobres, ó al adorno de los altares.

Muertos sus padres, solo pensó en buscar para esconderse algun otro mayor retiro. Habia en Roma cierta congregacion ó compañía de doncellas consagradas á Dios, las cuales vivian de comunidad en una especie de monasterio. Gobernábalas una superiora llamada Sofía, doncella de virtud sobresaliente, perfectamente instruida en los caminos del Señor, y dotada de extraordinaria prudencia. Renunció Anastasia todos sus bienes, con todas las grandes esperanzas que le prometian en el mundo sus brillantes prendas y noble nacimiento, y á los veinte años de su edad se fué á encerrar en aquella especie de convento, poniéndose para siempre bajo la direccion de tan santa superiora. Fué recibida en él como un rico presente con que el cielo la regalaba; pero al mismo tiempo como un depósito pasajero, que no habia de durarle mucho; porque su maestra y superiora sintió no sé qué secreto prenuncio de que tan eminente virtud mereceria algun dia la corona del martirio. No fué necesario activar su fervor, sino moderarle; porque, atenta á desempeñar exactamente las mas menudas obligaciones del estado, en breve tiempo fué uno de los mas perfectos modelos de la vida religiosa. El abrasado amor que profesaba á Jesucristo, su celestial esposo, y la extrema ternura con que amaba á la Reina de las vírgenes, aumentaban cada dia su alto concepto de la virginidad, y su ardiente deseo del martirio. Sin duda que, para disponerla mejor á esta duplicada palma, permitió Dios que fuese ejercitada en muchos y vigorosos combates. Llevaba con mucha impaciencia el demonio

tanta virtud en una tierna doncella en lo mas florido de su edad, dotada de tan singulares prendas, y sobre todo de aquella rara hermosura que con tanto esmero procuraba ella misma esconder, haciéndose invisible; por lo cual, aquel formidable enemigo de las castas esposas de Jesucristo puso en movimiento todas sus maquinas para derribarla. Sintióse asaltada de las mas furiosas tentaciones; alborotándose en su corazon unas violentas pasiones que no conocia la purísima doncella, y el tentador hizo cuanto pudo para vencerla, ó á lo menos para desalentarla; pero estos ataques solo sirvieron para hacerla mas aguerrida, disponiéndola Dios por estos combates interiores á mas ruidosas y mas ilustres victorias.

Habiéndose publicado los edictos del emperador Valeriano contra los cristianos, se desataron contra ellos los ministros idólatras como fieras encarnizadas y sedientas de su sangre, corriendo por todas partes para arrastrarlos al suplicio. Como Anastasia habia hecho en Roma tanto ruido, ya por su pública adhesion á la fe de Jesucristo, ya por su notoria ejemplarisima virtud, no podia menos de ser uno de los primeros objetos de su furor; y noticiosos de que estaba retirada en casa de la matrona Sofía, volaron allá para sacarla de ella. Acude al monasterio una tropa de gente perdida mandada por un oficial; fuerza las puertas, y á nombre del prefecto de Roma, llamado Probo, uno de los mas crueles enemigos del nombre cristiano, pide le sea entregada Anastasia. Informada Sofía de lo que pasaba, corre apresurada al cuarto de su querida discípula, y abrazándola tiernamente: *Ea, hija mia,* le dice, *ya llegó la hora en que te llama tu divino Esposo. Vé, inocente víctima, vé á ser sacrificada por la gloria y por el amor de aquel que quiso primero ser sacrificado por tu amor en el ara de la cruz. Combate como generosa cristiana, y muéstrate digna de*

esposo tan celestial. No bien acabó de pronunciar estas palabras, cuando entraron aquellas furias del infierno; y arrebatando á la castísima doncella, la condujeron al palacio de Probo. Luego que este la vió, prendado de su singular hermosura, no menos que de su virginal modestia, lejos de mostrarse colérico ni airado, la trató con dulzura, con atencion y con respeto. Preguntóla luego por su nombre : *Llámome Anastasia*, respondió la santa, *y tengo la dicha de ser cristiana. Peor para tí*, replicó el juez; *esa profesion te perjudica, y ese solo borron desluce todas las prendas que brillan en tu persona. Aconséjote, hija mia, que, sin detenerte un punto á deliberar, renuncies una religion que atrae todo género de desdichas sobre aquellos infelices que la profesan. Tu modestia me ha encantado, y mucho mas tu hermosura : de mi cuenta corre tu fortuna; mereces sin duda ocupar uno de los primeros lugares en la ciudad y en la corte; ven conmigo al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificio. Por lo demás, debo decirte que, si te resistes con terquedad y con imprudencia á obedecerme, bien puedes hacer el ánimo á sufrir los mas crueles tormentos.*

Ya le tengo hecho, respondió la santa, *y estoy resuelta á padecer cuanto hay que padecer por la gloria de mi Dios. Cristiana quiero ser aun á costa de mi vida : ni creas vanamente que me tienten tus promesas, ni que me espanten tus amenazas. El Dios todopoderoso á quien adoro, mi Señor y Señor tuyo, sabrá darme fuerzas para sufrir los mas horrorosos suplicios.* Aturdió á todos los circunstantes una respuesta tan animosa como poco esperada; pero irritó furiosamente al prefecto. Mandó que la abofeteasen, lo que se ejecutó con tanta crueldad, que quedó la santa bañada toda en sangre, y cargada de cadenas la encerraron en una cárcel. Salíale al rostro la alegria del corazon, al mismo tiempo que la sangre le corria de las narices; los

cardenales de sus mejillas y el peso de sus cadenas sacaban lágrimas de compasion aun á los mismos paganos. Como perseverase en confesar a Jesucristo, el prefecto, que por otra parte era de genio barbaro y cruel, mandó que la aplicasen a una horrible tortura, y que, mientras todos sus miembros fuesen dislocados con ella, le abrasasen los costados con hachas encendidas, suplicio espantoso que la santa toleró, no solo sin exhalar la mas mínima queja, sino con una serenidad y un gozo que á todos llenó de admiracion. Habia dado órden el tirano á los verdugos de que se valiesen de toda su industria y de toda su inventiva para atormentar á la invencible mártir; y como vieron que ni el fuego ni la tortura hacian impresion en su invariable constancia, les ocurrió el pensamiento de arrancarle los pechos; y despues hicieron lo mismo con las uñas y con los dientes, que todos los hicieron saltar de la boca á martillazos, sin que en medio de tan horrorosa carnicería cesase Anastasia de bendecir y de cantar alabanzas al Señor. Naturalmente habia de espirar á violencia de tan crueles tormentos; pero el mismo que era absoluto dueño de su alma, sostenia milagrosamente su cuerpo, dandole fuerzas superiores a todos ellos; y con efecto, restituida á la cárcel, se halló de repente perfectamente sana de todas sus heridas.

Debiera convertirse el tirano á vista de tan palpable prodigio, si los tiranos se convirtieran. Noticioso del portento, é informado del desprecio con que la santa trataba á sus mentidas deidades, llamándolas dioses de metal, de piedra, de barro y de madera, mandó que le arrancasen la lengua. Sabiendo Anastasia la órden del prefecto, aprovechó todo el tiempo que precedió á la cruel ejecucion, empleándole en dar gracias á Dios públicamente por la merced que le hacia, y en cantar con voz mas esforzada sus divinas

alabanzas. Fué dolorosa la operacion, y salió de su boca un arroyo de sangre que tiñió toda la ropa. Como la santa sintió que se iba desmayando, reparó en un cristiano llamado Cirilo que estaba cerca de ella, á quien rogó por señas que la socorriese con algunas gotas de agua. Hízolo así Cirilo, y esta generosa caridad le mereció la palma del martirio. Suplia Anastasia la falta de la lengua, levantando sin cesar las manos al cielo para bendecir mas y mas al Señor, pidiéndole que la asistiese hasta el último momento de su vida. Viendo esto el tirano, tuvo todavía la barbaridad de mandarle cortar las manos y los piés, despues de lo cual, habiéndole cortado la cabeza, adornada de tantas galas como suplicios, segun se explica el martirologio romano, voló á la gloria en busca de su celestial Esposo. Al mismo tiempo Cirilo, aquel caritativo cristiano que le habia dado el agua á ruego suyo, recibió la corona del martirio en premio de su caridad, habiéndole cortado la cabeza en el propio dia, que fué el 27 de octubre, hacia el año 249.

Refiere Surio que la virtuosa Sofía estuvo en oracion todo el tiempo que duró este combate de su querida discípula, y que, noticiosa de su glorioso triunfo, halló modo de apoderarse del santo cuerpo, que envolvió con veneracion en una tela; pero, como por su avanzada edad no tuviese fuerzas para llevarle, vió venir á dos hombres venerables que cargaron con él, y le enterraron fuera de la ciudad.

SAN VICENTE, SANTA SABINA Y SANTA CRISTETA, MÁRTIRES.

Entre los mas ilustres mártires de Jesucristo, que, en tiempo de las persecuciones gentílicas, dieron

pruebas de su valor y de su ardiente zelo por la defensa de la religion cristiana, son dignos de memoria eterna los tres insignes hermanos san Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, los cuales fueron naturales, segun unos, de la villa de Talavera, sita en la provincia de Toledo, y segun otros, de Ebora en Portugal. Pero la diferencia de estas opiniones se concilia con saber que Talavera se llamó Ebora en la antigüedad, segun escriben varios autores nacionales.

Enviaron á España los emperadores Diocleciano y Maximiano en clase de presidente ó gobernador á Daciano, hombre bárbaro y cruel, con el perverso intento de extinguir, si pudiese, la religion y el nombre cristiano; á cuyo fin hizo todos cuantos esfuerzos y tentativas le fueron posibles. Despues que hubo sacrificado al furor de su saña innumerables víctimas de inocentes cristianos en Barcelona, Zaragoza, Toledo y otros pueblos, dejando en todas partes por donde transitó horrorosas señales de su barbarie, se presentó en Talavera esta fiera revestida de carne humana, haciendo por sí y por medio de sus ministros las mas exquisitas pesquisas en busca de los profesores del cristianismo, para obligarlos á sacrificar á los dioses romanos, ó hacerles sufrir de lo contrario los tormentos y penas mas inhumanas.

Brillaba á la sazon en Talavera un jóven llamado Vicente, educado en la religion cristiana, tan ejemplar y tan modesto, que servia de edificacion su conducta hasta á los mismos paganos. Preso por esta causa, le presentaron á Daciano, quien, viendo su compostura y su gallarda disposicion, fingiendo al parecer una falsa compasion, intentó pervertirle con halagos y caricias. Preguntóle qué secta profesaba; y sin turbarse, Vicente le respondió con valentía de espíritu, que la religion de Jesucristo, por cuyo nombre se llamaba cristiano. *Y qué,* siguió el presidente:

¿adoras por Dios á un hombre que por sus delitos crucificaron los judíos? Calla, replicó entonces el santo, *no vituperes á quien debias venerar si no estuvieras endemoniado*. Disimuló la injuria por entonces Daciano, lisonjeándose que rendiria en juicio al jóven Vicente continuando el interrogatorio con blandura; y siguiendo esta idea, le dijo: *Perdono á tu juventud esas libertades, pues conozco que no has llegado á edad de una prudencia cabal, por lo que te debo aconsejar que me oigas como á padre, y como tal te ordeno que sacrifiques á los dioses imperiales*. A lo que satisfizo Vicente: *Careceria de sólido entendimiento si, menospreciando al Dios verdadero que crió el cielo, formó la tierra, penetró los abismos y ciñió los mares, diese culto á los falsos dioses de leño y piedra, representados en las estatuas vanas. Pues ¿quién es el Dios que hizo esas maravillas*, replicó el tirano, *sino Jupiter? Júpiter*, respondió Vicente, *fué un hombre inútil, cuyas maldades y torpezas publican vuestros mismos libros; pero mi Dios es santo é inmaculado, uno en esencia y trino en personas, quien por su infinito poder y suma bondad hizo las obras admirables que en el cielo y en la tierra vemos y sabemos; las cuales por todas partes testifican su divinidad.*

Encendido Daciano en un furor extraordinario al oir las concluyentes respuestas de nuestro santo, mudando de tono, le dijo: *Es cosa indigna para mi cuestionar á un jóven bisoño; y puesto que no obedeces á mis mandatos, eres indigno de que oiga tus razones. Lo que de tu Dios puedes hablarme ya lo tengo oido de otros fanaticos, tan ciegos, tan perdidos y tan destemplados como tú. Así debes consultar á tu edad, y dar á otros ejemplo. Sacrifica luego al gran Dios Júpiter. Sacrifícale tu*, respondió Vicente, *pues has de caer con él en el fuego eterno del infierno, que está preparado para el demonio y sus secuaces.*

No pudiendo ya sufrir Daciano el desprecio que el valeroso jóven hacia de su autoridad y de sus amenazas, levantando la voz en tono descomedido, dijo á sus ministros: *Apartad de mi vista, y retirad de mi presencia á ese mancebo sacrílego, y notificadle el edicto publicado, para que, ó sacrifique á Júpiter, ó sea condenado en el mismo lugar que lo resista á una muerte infame, acompañada de crueles tormentos.* Condujéronle los ministros á una de las plazas de Talavera para que se ejecutase el sacrificio ordenado. Pero apenas puso el santo jóven los piés en la piedra del ara de aquel falso dios cuando, convirtiéndose su dureza en una blandura maravillosa, quedaron en ella impresas sus plantas como en blanda cera; de cuyo prodigio pasmados los ministros gentiles, reconociendo que ninguno de sus dioses obraba maravillas semejantes, no pudieron menos de confesar que era el verdadero el Dios que adoraba Vicente; por lo que, suspendiendo la ejecucion con deseo de librarle de la muerte, pretextaron á Daciano que pedia el jóven el término de tres dias para deliberar. Le fueron concedidos, guardándole en el interin en una casa particular.

Puesto el santo en aquella prision, concurrieron á visitarle muchos fieles y paganos, de los que convirtió á no pocos á la fe de Jesucristo en virtud de sus vivas persuasiones, desengañándolos de los delirios y necedades que, en las supersticiones gentílicas, adoptaba la idolatría contra todo lo que dicta la razon. Pasaron tambien á verle sus hermanas Sabina y Cristeta, y le hicieron presente el desamparo en que quedaban, á fin de inclinarle á que huyese de la cárcel. *Ya ves*, le decian bañadas en tiernas lágrimas, *nuestra soledad; huérfanas de padre y madre, sin mas amparo que el tuyo, si este nos falta, ¿quién defenderá nuestra pureza del furor de los bárbaros? ¿quién forta-*

lecerá nuestro ánimo? Oye nuestras súplicas, y sal de la prision.

Rendido Vicente á las lágrimas y á los ruegos de sus hermanas, valiéndose de la oportunidad que le ofrecieron los guardias de la cárcel, se ausentó una noche con Sabina y Cristeta tan aceleradamente, que, aunque despachó tras ellos sus ministros Daciano á marcha precipitada, no pudieron alcanzarlos hasta la ciudad de Avila. Habiéndolos preso, los sacaron fuera de las puertas de la ciudad; y extendiendo á cada uno en su potro, los azotaron con la mayor crueldad, y descoyuntaron sus miembros á fuerza de exquisitos tormentos. Pero como los tres santos no cesaban de alabar á Dios en el suplicio, llenos de alegría porque se consideraban dignos de padecer por amor de Jesucristo, irritados los bárbaros á vista de su constancia, pusieron las cabezas de los santos sobre unas piedras, y con otras y con palos les dieron tan recios golpes, que saltaron los sesos por varias partes. Por medio de este castigo inhumano lograron los héroes la apetecida corona del martirio en el dia 27 de octubre del año 303 ó 304.

Dejaron los verdugos en el suelo los venerables cuerpos de los tres ilustres mártires con el perverso fin de que fuesen pasto de las fieras; pero manifestando Dios su visible proteccion en favor de aquellos apreciables cadaveres, dispuso que para defenderlos de todo insulto saliese de entre las breñas una serpiente formidable que causaba muchos estragos en las inmediaciones de Avila. A este prodigio se siguió otro no menos maravilloso, y fué que, queriendo un judío poderoso de la ciudad insultar las sagradas reliquias, apenas llegó donde estaban cuando se enroscó á su cuerpo la serpiente apretandole con tanta fuerza, que le puso en términos de espirar, y manteniéndose por espacio de una hora con silbidos espantosos en ade-

man de devorarle, hasta que, conociendo el judío ser aquel un visible castigo del cielo por su perfidia, prometió á Jesucristo que, si le salvaba del peligro, abrazaria la fe, y daria sepultura á los cuerpos de los mártires. Dejóle al punto la serpiente que jamás se volvió á ver; y él cumplió sin tardanza su promesa: recibió el baustimo, y acompañado de otros cristianos, practicó el piadoso oficio prometido. Despues erigió un templo magnífico en honor de los santos sobre su sepulcro, al que quiso el Señor hacer célebre por medio de una multitud de prodigios en favor de los que concurrian á tributarles los debidos obsequios, y á implorar su patrocinio. Fué tenido por tan célebre, que, siguiendo muchos fieles la práctica de jurar sobre los sepulcros de los insignes mártires y santos, lo ejecutaron sobre el de san Vicente. Los reyes católicos don Fernando y doña Isabel prohibieron en las cortes de Toro semejante costumbre por los perjurios que de ella resultaban; cuya prohibicion se lee en una de las leyes de la Recopilacion en estos términos: *Otrosí mandamos, que ningun juramento, aunque el juez lo mande hacer, ó la parte lo pida, se haga en San Vicente de Avila, ni en el herrojo de santa Agueda, ni sobre el altar, ni cuerpo santo, ni sobre las reliquias del cuerpo de san Isidro de Leon, ni en otra iglesia juradera,* etc.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de los apóstoles san Simon y san Judas.

En Avila de España, el martirio de san Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, quienes fueron primero extendidos en el potro hasta descoyuntarles sus miembros; luego les hicieron pedazos las cabezas sobre unas piedras á garrotazos hasta hacerles saltar los

sesos; y terminaron así su martirio por las malas artes del presidente Daciano.

En Trecastillo, san Florente, mártir.

En Capadocia, santa Capitolina y santa Eroteida, su sirvienta, mártires, que padecieron en tiempo de Diocleciano.

En las Indias, san Frumencio, obispo, que estuvo allí primero cautivo, luego habiendo sido consagrado obispo por san Atanasio, propagó el Evangelio en aquella region.

En Etiopia, san Elesbaan, rey, quien, despues de haber vencido á los enemigos de Jesucristo, envió su real diadema á Jerusalen; y profesando la vida monástica en tiempo del emperador Justino, como lo habia prometido con voto, rindió su alma á Dios.

En la diócesis de Toul, san Eucario, venerado como obispo y mártir en el mismo lugar.

En el Limosin, san Justo, discípulo de san Hilario, cuyo nombre tiene una aldea.

En Bretaña, san Alorio, obispo de Quimper, sucesor de san Guenegan.

En Auxerre, san Didier, obispo.

En la Barra, diócesis de Strasburgo, el martirio de un cura párroco.

En Gevaudan, el martirio del cónsul de Ners, sacrificado por los herejes.

En Pola de Istria, san Fior, obispo de Emonia.

Este mismo dia, el tránsito de san Abrahan el solitario, tio de santa María la Penitente.

En Irlanda, san Abaino, abad, discípulo de san Yvoro.

En la misma isla, san Macduaco, solitario.

En Palestina, san Estéban, el poeta.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente:

Deus, qui inter cætera potentiæ tuæ miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti; concede propitius, ut qui beatæ Anastasiæ, virginis et martyris tuæ natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que entre las otras maravillas de tu poder diste fuerzas aun al sexo mas frágil para conseguir la corona del martirio; danos gracia para que caminemos á tí imitando los ejemplos de tu vírgen y mártir santa Anastasia, cuya fiesta celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 51 *del libro de la Sabiduría.*

Domine Deus meus, exaltasti super terram habitationem meam, et pro morte defluente deprecata sum. Invocavi Dominum, patrem Domini mei ut non derelinquat me in die tribulationis meæ et in tempore superborum sine adjutorio. Laudabo nomen tuum assidue, et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione, et eripuisti me de tempore iniquo. Propterea confitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra; y yo te rogué por la muerte que todo lo destruye. Invoqué al Señor, padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el dia de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias, porque mi oracion fué oida; y me libraste de la perdicion, y me salvaste del tiempo inicuo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendeciré el nombre del Señor.

NOTA.

« Jesus, hijo de Sirach, autor del libro de donde se sacó esta epístola, acaba su obra con una oracion, en que nos instruye de muchas particularidades de su vida, de los peligros en que se vió, y de la gracia que le hizo Dios en librarle de ellos. »

REFLEXIONES.

Dios y Señor mio, tú exaltaste mi habitacion sobre la tierra. Todos somos extranjeros en el mundo, el cielo es propiamente nuestra patria, y es la vida una jornada que se hace por país extraño. No hay mayor necedad, no hay mayor locura que emplearse, que tomar únicamente gusto á los bienes de esta vida. Un caminante mira con indiferencia todo lo que le sale al encuentro en el camino. Diversiones, costumbres, campiñas deliciosas, bellas casas de campo, edificios suntuosos, objetos agradables, todo le hace poca fuerza, en nada se detiene. Aprovéchase con la vista de los objetos divertidos que se le presentan; toma de ellos al paso lo que le parece necesario; pero la memoria y el deseo de su amada patria le ocupan enteramente. Alma muy baja, corazon muy corrompido ha de tener el que está gustoso, el que está muy divertido en el lugar de su destierro, aunque sea su país desdichado, aunque se ejercite en los oficios mas penosos y mas abatidos, llegando á perder el amor y aun la memoria de su patria, no obstante de ser un país delicioso, y de que viviria en él con estimacion, con esplendor y con regalo. O buen Dios, ¡y cuántos hay en esta odiosa disposicion! Agrádanos la tierra, aunque sea region y valle de lágrimas; pero el cielo, aquella feliz estancia; el cielo, aquel dichoso centro de todos los bienes,

de toda la felicidad, nos es indiferente. ¿Ocupa mucho á esas personas mundanas el pensamiento del paraiso? ¿á esos hombres de negocios, a esos idólatras de los pasados tiempos, á esas almas bajas y terrestres, que parece colocan su felicidad en las diversiones de la tierra, y que parece no tienen otro último fin que el de los bienes criados? A la verdad, si no estarian en buen estado los que nunca suspirasen por el cielo, los que se contentasen con poseer perpetuamente los bienes de este mundo, ¿podremos darnos por seguros en conciencia? ¡Oh, cuántos sinsabores nos ahorraríamos, ó á lo menos, cuántos consuelos hallaríamos en nuestros trabajos y en nuestros contratiempos, si, mirándonos como futuros ciudadanos de la corte celestial, como hijos adoptivos de Dios, como presuntivos herederos de su gloria, nos acordáramos que solo estamos de paso en esta triste vida para ser algun dia eternos moradores de la celestial Jerusalen! Yo gimo; yo ha muchos años que vivo como enterrado en la pobreza y en la oscuridad; yo no hallo mas que espinas, abrojos, trabajos y cruces en todas partes; yo mojo el pan que como en las lágrimas que derramo. Ea, no mas que un poco de paciencia; dia vendrá en que seré santo. Aborrecido, menospreciado, perseguido; no pasarse dia sin algun trabajo, no encontrar camino que no esté sembrado de tropiezos, vivir siempre con las armas en la mano, no dar paso que no se encuentre con un lazo en que caiga la inocencia serme sospechoso mi propio espíritu, hacer liga contra mi propio corazon de inteligencia con mis sentidos; ¿qué vida, Señor, mas triste, mas enojosa, mas pesada? Pero ea, un poco de paciencia; el cielo ha de ser el término dichoso de todos estos trabajos; el mismo Dios ha de ser su recompensa; cada dia, cada hora y cada instante nos vamos avanzando hácia aquella estancia feliz. ¡Oh, y cuánto

consuela este pensamiento á una alma que está llena de religion, y no está pegada á la tierra.

El evangelio es del capítulo 13 *de san Mateo, y el mismo que el dia VIII, pág.* 194.

MEDITACION.

NO HAY TIEMPO EN LA VIDA EN QUE NO DEBAMOS TRABAJAR EN NUESTRA SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo el tiempo de la vida se nos dió para que trabajásemos en el negocio de nuestra salvacion, y que todo este tiempo es necesario para salir bien con él. Por aquí comprenderás el error de aquellas falsas máximas del mundo. *Es menester dar a la mocedad lo que le toca : los mozos, es preciso que sean mozos y que se diviertan ; ya les vendrá tiempo de tener juicio y darse á la virtud. La edad mas madura es mas á propósito para la perseverancia : cada cosa á su tiempo.* Esto quiere decir en buenos términos, que las primicias de la vida del hombre no deben consagrarse á Dios; que aquellos primeros años, como los mas floridos de la edad, segun el espíritu del mundo, se han de destinar á los gustos, á las diversiones y á los pasatiempos. Todo lo que se reserva para el negocio de la salvacion, para el cual precisamente se nos concedieron todos los momentos de la vida, es un miserable resto de dias inciertos, achacosos, sin vigor y medio apagados. Cuando ya no estés para servir al mundo, ni seas de provecho para nada, entonces serás bueno para servir á Dios. Es preciso dejar pasar la mocedad : bien; ¿y en qué se funda esta perniciosa máxima? Pues qué, la edad mas propia para la vir-

tud, y la mas expuesta al vicio, ¿no debe estar sujeta á la ley? El torrente es impetuoso; pues rómpanse todos los diques. Son fogosas las pasiones en la juventud; pues quítensele todos los frenos y perdónensele todos los estragos. Porque un ánimo jóven y tierno se corrompe mas facilmente, ¿será razon dejar que penetre la corrupcion hasta el corazon y hasta las entrañas? Tienen los jóvenes mayor propension á lo malo : ¿será caridad, será proceder con juicio alargarles el freno, y darles mayor libertad para precipitarse? Un padre, una madre, un amo, un superior ven con frialdad la vida irregular de sus hijos, de sus súbditos, de sus criados; cierran los ojos, y se tranquilizan diciendo que es preciso dar á la mocedad lo que le corresponde; que es menester perdonar alguna cosa á los pocos años. Esto significa que es menester dejarlos que sean malos, porque están en una edad muy oportuna para ser cada dia peores; que es menester permitirles se dejen llevar del mal ejemplo, por lo mismo que están en paraje de que cada instante los arrastre mas y mas; que es menester disimular sus extravíos en atencion a que se descaminan al principio de la carrera. ¡Buen Dios, qué materia copiosa de dolor, y qué sementera de arrepentimientos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que como, hablando en rigor, no tenemos mas que un solo negocio en esta vida, todo el tiempo y todas las edades de la vida se deben emplear en este único é importante negocio, que es el de la salvacion. La primera edad es inocente; pues nada nos importa mas que aplicar todos los medios para conservar esta inocencia, de cuya conservacion pende muchas veces nuestra salvacion eterna. La juventud está mas expuesta, y es mas peligrosa; pues ¿qué no

debemos hacer para preservarnos en ella de las ocasiones y de tantos peligros tan resvaladizos? No hay edad mas crítica, y por consiguiente ninguna en que sea mas necesaria la circunspeccion, la fuga de las ocasiones, la devocion y la frecuencia de sacramentos. Una vez corrompido el tiempo de la juventud, todo el resto de la vida olerá á la misma corrupcion; ni la edad mas madura está mas á cubierto de las tentaciones. Esta es propiamente la edad de los negocios; ¿tenemos alguno de mayor consecuencia que el de nuestra salvacion? Y si no trabajamos en él en esta edad, ¿cual es la que destinamos para adelantarle? La vejez está mas cerca de la muerte, gran razon por cierto para trabajar únicamente en ella en este importantísimo negocio; pero ¿no es verdad que la vejez es la edad de las costumbres inveteradas? ¿no es verdad que entonces somos regularmente lo que siempre fuimos? Pero al fin, si no empleamos en nuestra salvacion estos últimos dias de la vida, ¿cuál será nuestro destino? Sin embargo, pocos viejos comienzan á ser devotos cuando viejos. Pues considera cuanto te importa comenzarlo á ser en buena edad : en la vejez solo se obra por costumbre.

Mas qué, Señor, ¡será posible que no se hizo para vos la edad florida! ¿Llamaranse siervos vuestros los que temen serviros demasiados años, si lo comienzan á hacer desde su juventud, y los que, habiendo dedicado esta al servicio del mundo, juzgan que os conceden demasiado si os dan á vos los últimos carcomidos dias de su estragada vida? Oh Señor, ¡y cuánto dolor tengo de comenzar á serviros tan tarde! Pero al fin comienzo; y en vuestra divina gracia espero no trabajar ya en otra cosa que en el negocio de mi salvacion.

JACULATORIAS.

Quid mihi est in cœlo, et à te quid volui super terram? Salm. 72.

Señor, ni en el cielo ni en la tierra deseo otra cosa que á vos, único bien mio.

Custodiam legem tuam semper in sæculum, et in sæculum sæculi. Salm. 118.

Resuelto estoy, Señor; no quiero se pase un solo dia de mi vida en que no os sirva, guardando exactamente vuestra santa ley.

PROPOSITOS.

1. Grande error es imaginar que haya en el discurso de nuestra vida cierto tiempo, ó cierta edad, en que impunemente se pueda omitir el aplicarse seriamente al negocio de la salvacion. Como si Dios hubiera exceptuado algunos dias en que no tuviéremos obligacion de trabajar en este único negocio; como si el Señor no nos hubiera de tomar estrecha cuenta de todos los dias de la vida. Ni uno solo se nos concedió para otro fin, ni uno solo se nos dió de sobra. ¿Pues qué será de aquellas personas que malograron toda su juventud, y acaso las tres partes de su vida, sin hacer en ellas nada por su eterna salvacion? Contado y determinado está el número de nuestros dias. ¿En qué parte del Evangelio se encuentra que no nos pedirá Dios cuenta de muchos ó de algunos? ¡Y despues nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos! Examina bien cuantos dias has perdido, y llora amargamente esta pérdida.

2. Procura emplear tan cristianamente el poco tiempo de vida que te resta, que tengas alguna ra-

zon para esperar que Dios tendrá piedad de ti por su infinita misericordia. Trabaja sin cesar en el negocio de tu salvacion; no malogres un instante; no hay que perder tiempo, pues demasiado has perdido. Haz propósito por las mañanas de emplear todo aquel dia en este importante negocio, y renueva el mismo propósito al principio de todas las acciones.

DIA VEINTE Y OCHO.

SAN SIMON Y JUDAS, APÓSTOLES.

De ninguno de los apóstoles nos refiere quizá menos cosas el sagrado Evangelio que del santo apóstol san Simon. Es verdad que nos dice muy bastante solo con asegurarnos que Jesucristo le escogió para que fuese uno de sus doce apóstoles; eleccion y ministerio que por sí solos significan mas que todo cuanto nos podian referir los historiadores en una difusa y circunstanciada relacion de sus virtudes y proezas, pues basta la misma eleccion para su elogio. San Mateo siempre llama á Simon *el Cananeo,* para distinguirle de san Pedro, que tambien se llama Simon; y el distintivo de *Cananeo* le tomó de la ciudad de Caná en la provincia de Galilea, donde san Simon habia nacido. San Lucas le apellida Simon el Zelador: *Simon Zelotes*; ó por alusion á su ardiente zelo, que fué siempre como su especial carácter; ó acaso principalmente porque como la palabra hebrea *Caná* significa en griego *Zelo,* y san Lucas escribió en esta última lengua, le dió el nombre de *Zelador,* que equivale á *Cananeo,* para fijar el significado equívoco del hebreo *Canani,* que puede significar ó zelador, ó fe-

nicio, ó cananeo. Asegura Teodoreto que san Simon fué de la tribu de Zabulon ó de Neftalí, adelantando Nicéforo que nuestro santo fué el esposo de las bodas de Caná, á que asistieron convidados el Salvador y la santísima Virgen, haciendo en ellas, á ruegos de esta Señora, el primer milagro de convertir el agua en vino; cuyo prodigio, obrado en su favor, hizo tanta impresion en el novio, que todo lo dejó por seguir á Jesucristo, y de consentimiento de su esposa, á quien no habia tocado, conservó perpetua virginidad en el matrimonio, sirviendo de modelo á tantos grandes santos que imitaron despues tan bello ejemplo.

Desde que Simon se determinó á dejarlo todo por seguir á Jesucristo, no reconoció á otro maestro; tan adherido á su divino Salvador, que nunca le perdió de vista. Siempre atento á sus divinas lecciones, y perpetuo testigo de todas sus maravillas, sobresalió muy presto entre todos los discípulos; pero su amor con especialidad á la persona de Jesucristo, y el ardiente zelo que manifestaba por la gloria de su celestial Maestro, le acreditaron muy desde luego por uno de los mas fervorosos apóstoles del Salvador.

San Judas, por apellido *Tadeo,* dos voces que significan una misma cosa, siendo la primera hebrea y la segunda siriaca, y queriendo ambas decir lo mismo que *confesion:* san Judas fué hermano de Santiago el Menor, hijo de Alfeo y de María, tan conocida en el Evangelio por su adhesion á la persona de Jesucristo. Ambos eran llamados hermanos del Señor, segun la costumbre de los judíos, porque eran parientes muy cercanos de la santísima Vírgen. San Jerónimo llama tambien á san Judas *Lebbeo,* que quiere decir *hombre sabio y generoso,* con cuyo distintivo le apellida igualmente el griego de san Mateo. Es muy verisímil que nuestro santo no seria de los últimos que fueron llamados al apostolado, y que, teniendo la honra de

ser deudo tan cercano de la santísima Vírgen, lograria igualmente la dicha de ser uno de los primeros discípulos del Salvador. Por lo menos, parece cierto que fué uno de los que tuvieron mas parte en la amistad de su divino Maestro, y de los que con mas cariñosa confianza se atrevia á preguntarle las dudas que se le ofrecian. Despues de la institucion de la sagrada Eucaristía, habiendo dirigido el Hijo de Dios á los apóstoles aquel admirable sermon que se refiere en el capítulo 14 de san Juan, como san Judas no hubiese comprendido bien lo que el Salvador quiso decir en aquellas palabras: *El mundo no me verá, pero vosotros me veréis; porque yo estaré vivo, y vosotros lo estaréis tambien*; Señor, le preguntó san Judas, ¿porqué os habeis de dar á conocer á nosotros, y no al mundo? Por ventura, vuestro reino ¿no se ha de extender á toda la tierra? ¿no han de lograr todas las naciones la dicha de conoceros? Pues qué, Israel y Judá ¿serán excluidos de vuestro reino? El fruto de vuestra venida al mundo, la grande obra de la redencion ¿se ha de limitar á un corto número de discípulos y de siervos vuestros? Respondióle Jesucristo con aquella dulzura y con aquella condescendencia que era tan familiar; y tomando ocasion de la pregunta que le habia hecho, dió la razon por qué no se haria conocer del mundo, como prometia dejarse conocer de sus apóstoles, y era porque el mundo no le amaba; siendo la prueba de que no le amaba, el que no guardaba sus mandamientos.

Siendo san Judas inseparable de Jesucristo por el tierno amor que le profesaba, se halló presente á todos los grandes misterios de nuestra redencion, y tuvo la fortuna de ver muchas veces á Jesucristo despues de resucitado; oyendo de la misma boca del divino Maestro todas las verdades y todos los secretos misterios de la religion. Despues de su gloriosa as-

cension á los cielos y de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, participó tambien san Judas del consuelo de padecer por el nombre de su celestial Maestro muchos malos tratamientos en la persecucion que los judíos movieron contra la recien nacida Iglesia.

Habiendo resuelto los apóstoles salir de Judea para anunciar el Evangelio á toda la tierra, san Simon se dirigió á Egipto, donde sembró el divino grano, que con el tiempo habia de convertir aquella dichosa provincia en un terreno prodigiosamente fecundo de innumerables santos, siendo ordinaria habitacion de tantos millares de anacoretas. Pero no bastando á la dilatacion de su zelo los inmensos espacios de aquel extendidísimo país, corrió las vastas provincias del Africa, cultivándolas con tanto fruto, que en breve tiempo fueron una de las mas floridas y mas abundantes regiones de la cristiandad. Dícese que tambien penetró hasta la gran Bretaña; tan insaciable era su zelo de conquistas y de trabajos por amor de Jesucristo: pudiendo parecer que no le bastaba todo el universo, y que él solo, por decirlo así, quisiera convertir toda la tierra. Segun la opinion mas antigua, se dilató asimismo hasta la Persia, donde despues de inexplicables trabajos, de indecibles frutos y de innumerables conquistas, habiendo llevado la luz de la fe á las tres partes del mundo, tuvo la dicha de coronar su apostolado con la gloria del martirio.

San Judas, segun el martirologio romano, fué á predicar el Evangelio á la Mesopotamia, donde hizo innumerables conversiones; y san Paulino afirma que tambien llevó á la Libia la luz de la religion. Hallándose en una de estas dos provincias, no contento con trabajar tan felizmente en la conversion de los gentiles, quiso extender tambien su zelo á todos los fieles, dirigiéndoles aquella admirable epístola, que es

la última de las católicas, por no enderezarse á alguna iglesia particular, sino en general a todas. Entra protestando que ya habia tiempo tenia animo de escribir á los judíos convertidos y dispersos por todo el Oriente; pero que al fin se veia ahora como precisado á ponerlo en ejecucion, por la necesidad de oponerse á ciertos falsos doctores que corrompian le sana doctrina y llenaban la Iglesia de turbacion. Tiénese por cierto que hablaba principalmente de los simonianos, de los nicolaitas y de los demás herejes conocidos en la historia con el nombre general de gnósticos, cuyos extravagantes errores y cuyas extragadas costumbres describen san Epifanio, san Ireno y otros padres antiguos. En el mismo principio de su epístola hace de ellos san Judas una pintura que de ninguna manera los lisonjea; pero como el verdadero zelo es sin hiel y sin amargura, no teniendo otro fin que el de la conversion y salvacion de los mayores enemigos de Jesucristo, exhorta el santo apóstol á los fieles para que con sus oraciones y con sus buenos ejemplos trabajen con humildad en la conversion de aquellos miserables, retirándolos del fuego eterno, adonde los iba precipitando su locura. Alaba Orígenes esta epístola diciendo que en las pocas líneas que contiene comprendió san Judas unos discursos llenos de fuerza y de gracia celestial; y san Epifanio dice está persuadido de que el Espíritu Santo inspiró á san Judas el pensamiento de escribir contra los gnósticos la epístola que tenemos de él. Aunque no hay cosa mas cierta en órden al lugar ni al género de martirio que padecieron estos dos grandes apóstoles, diremos lo que se lee en algunas actas muy antiguas, y parece estar autorizado por el martirologio romano, á lo menos en cuanto al lugar de su martirio.

Despues de haber corrido los dos santos apóstoles Simon y Judas grandes y vastísimos espacios de paises

por el discurso de casi treinta años, aumentando en todas partes el rebaño de Jesucristo con crecido número de fieles, se sintieron inspirados del cielo á ir á predicar la fe en el reino de Persia. Al entrar en él, se encontraron con un ejército mandado por el general Baradach, que iba contra los Indios, á quienes el rey de Persia habia declarado la guerra. Luego que los santos entraron en el campo, todos los demonios que hablaban antes por el órgano de los adivinos y de los magos enmudecieron de repente, sin dar ya respuesta alguna. Este repentino silencio admiró y aun atemorizó á todo el ejército; y habiéndose consultado sobre él á un famoso ídolo, que distaba algunas leguas del campo, respondió que la presencia de los extranjeros Simon y Judas, apóstoles de Jesucristo, habia cerrado la boca á los dioses del imperio; añadiendo que era tan formidable su poder, que ninguno de estos se atrevia á parecer en su presencia. Con esta noticia, todos los sacerdotes y adivinos del ejército concurrieron en tumulto á la tienda del general, pidiendo la muerte de aquellos dos extranjeros, y amenazándole con una géneral rebelion si no se la concedia. Baradach, hombre cuerdo y detenido, no quiso precipitar el negocio: mandó llamar á los dos santos, hizoles varias preguntas, y quedó tan satisfecho y tan pagado de sus respuestas, que los miró con estimacion y con respeto, citandolos para una conversacion particular y reservada. En ella le explicaron la santidad y la verdad de nuestra religion; le hicieron evidencia de las imposturas y embustes de todos aquellos encantadores, no menos que de la flaqueza y ningun poder de todos sus ídolos; y para acabarle de convencer, añadieron que daban licencia á aquellos embusteros para que hablasen y pronosticasen el suceso de aquella guerra. Respondieron todos, despues de haber consultado con el demonio, que la

guerra seria larga, peligrosa y sangrienta. Tomando entonces los apóstoles la palabra, y volviéndose al general, le dijeron: *Ahora conoceréis, señor, la falsedad y la impostura de vuestros oráculos. Es tan falso el pronóstico de estos vuestros adivinos, como que mañana á esta misma hora en que os estamos hablando llegarán al campo los embajadores de los Indios, y os pedirán la paz con las condiciones que les quisiéreis imponer, sin la menor resistencia.* Todo el ejército estuvo aquel dia en impaciente expectacion hasta ver el efecto de la profecía. Llegaron los embajadores á la misma hora señalada, y se concluyó la paz como se quiso. A vista de tan maravilloso suceso no solo se convirtieron el general, los oficiales y la mayor parte del ejército, sino que, informado el rey que estaba en Babilonia, quiso ver á los santos apóstoles, y se convirtió él con toda su real familia. A este primer milagro se siguieron otros que contribuyeron á la conversion de casi todo el reino, mediante las excursiones apostólicas que nuestros santos hicieron por sus principales pueblos y ciudades. Solamente permanecieron obstinados los magos y los sacerdotes de los ídolos, los cuales, con el despecho de verse olvidados y desatendidos, determinaron acabar con los dos santos apóstoles. Sublevaron contra ellos al pueblo en una ciudad distante de la corte, y al mismo tiempo que los apóstoles se disponian para anunciarles el Evangelio, se arrojó sobre ellos el populacho, y arrastrando al uno ante una estatua del sol, y al otro ante un ídolo de la luna, les mandaron ofrecer incienso á aquellas imaginarias deidades. Mostraron los santos apóstoles el horror que les causaba aquella execrable impiedad, y al punto fueron sentenciados á muerte. San Simon, segun la tradicion antigua, fué aserrado por el medio; y á san Judas le cortaron la cabeza. En virtud de la misma tradicion se pinta á san Simon con una sierra y á san

Judas con una hacha en la mano, como símbolos del género de martirio que padecieron. Tardó poco Dios en vengar su gloriosa muerte, pues se dice que en el mismo punto se levantó una horrible tempestad, que dió en tierra con los templos de los falsos dioses, hizo pedazos los ídolos, y quedaron sepultados entre las ruinas todos los que tuvieron parte en su suplicio.

Con el tiempo fueron llevadas á Roma las reliquias de los santos mártires, venerándose alguna parte de ellas en Tolosa, y algunos huesos en la iglesia de San Andrés de Colonia y en la de los Cartujos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de los apóstoles san Simon el Cananeo y san Tadeo, á quien llaman tambien Judas. Estos dos apóstoles predicaron el Evangelio, san Simon en Egipto, y san Tadeo en Mesopotamia; despues habiendo entrado juntos en Persia, y sometido una grande muchedumbre de aquella nacion á Jesucristo, consumaron su martirio.

En Roma, santa Cirila, vírgen, hija de santa Trifonia, que fué degollada por Jesucristo, bajo el emperador Claudio.

En el mismo lugar, santa Anastasia la Antigua, vírgen, y san Cirilo, mártires. Esta santa, en la persecucion de Valeriano, fué cargada de cadenas, abofeteada, atormentada con fuego y azotes por órden del prefecto Probo; y como perseveraba constante en confesar á Jesucristo, le cortaron los pezones, le arrancaron las uñas, le rompieron los dientes, le cortaron los piés y las manos, y por último la cabeza. Adornada con las galas de tantos suplicios, entregó el alma á su Esposo. San Cirilo, que, á solicitud de la santa, le habia dado de beber agua, recibió el martirio en recompensa.

En Como, san Fidel, mártir, bajo el emperador Maximiano.

En Maguncia, san Ferrucio, mártir.

En Meaux, san Faron, obispo y confesor.

En Nápoles, san Gaudioso, obispo africano, quien, habiendo ido á la Campania á causa de la persecucion de los Vándalos, murió santamente en un monasterio de aquella ciudad.

En Verceil, san Honorato, obispo.

En Thiers en Auvernia, san Ginés, neófito, mártir.

En Metz, san Terencio, obispo.

En Picardía, el tránsito de san Sauvo, obispo de Amiens.

En Soissons, san Ludardo, panadero.

En Leon, san Remigio, obispo.

En Tarso de Cilicia, san Firmiliano, obispo de Cesarea en Capadocia.

En Pisaura en el ducado de Urbino en Italia, san Decencio, martirizado con san German su hermano, que era diacono.

En Bolonia de Italia, el bienaventurado Morbiolo, penitente.

La misa es en honor de los dos santos apóstoles, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nos per beatos apostolos tuos Simonem et Judam ad agnitionem tui nominis venire tribuisti, da nobis eorum gloriam sempiternam et proficiendo celebrare, et celebrando proficere. Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos concediste la gracia de que llegásemos á conocer tu santo nombre, mediante la predicacion de tus apóstoles san Simon y Judas, concédenos tambien que adelantemos en la virtud cuando celebramos su gloria, y que celebremos su gloria cuando adelantemos en la virtud. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 4 de la del apóstol san Pablo á los Efesinos.

Fratres: Unicuique nostrum data est gratia secundùm mensuram donationis Christi. Propter quod dicit: Ascendens in altum captivam duxit captivitatem: dedit dona hominibus. Quod autem ascendit, quid est, nisi quia et descendit primùm in inferiores partes terræ? Qui descendit, ipse est et qui ascendit super omnes cœlos, ut impleret omnia. Et ipse dedit quosdam quidem apostolos, quosdam autem prophetas, alios verò evangelistas, alios autem pastores, et doctores ad consummationem sanctorum in opus ministerii, in ædificationem corporis Christi: donec occurramus omnes in unitatem fidei et agnitionis filii Dei, in virum perfectum, in mensuram ætatis plenitudinis Christi.

Hermanos: A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia segun la medida de la donacion de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo á lo alto, llevó cautiva la cautividad; dio dádivas á los hombres. ¿Qué quiere decir, pues, el que subió, sino que descendió tambien primeramente á las partes mas bajas de la tierra? El que bajó es el mismo que subió sobre todos los cielos para dar cumplimiento á todo: y él constituyó á unos apóstoles, á otros profetas, á otros évangélistas, á otros pastores y doctores para la perfeccion de los santos, para la obra del ministerio y para la edificacion del cuerpo de Cristo: hasta que nos reunamos todos por la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios en un hombre perfecto á la medita de la edad perfecta de Cristo.

NOTA.

« Habiendo vuelto san Pablo á la ciudad de Éfeso hácia el fin del año de 54, se mantuvo en ella tres años. Desde allí pasó á Corinto, de Corinto á Jerusalen, de Jerusalen á Cesarea y de Cesarea á Roma, donde estuvo preso desde el año de 61 hasta el de 63, y en el de 62 escribió esta epístola desde aquella ciudad. »

REFLEXIONES.

A cada uno se le dió la gracia segun la medida de la liberalidad de Cristo. No á todos se concede la misma ó igual medida de gracias: distribúyelas el Señor segun la infinita sabiduría de su divina providencia; pero á todos se da la gracia suficiente, la que á ninguno falta jamás. Nosotros sí que faltamos á la docilidad y fidelidad que debemos á la gracia. Las gracias son diferentes: *Divisiones gratiarum*; pero el espíritu y la misericordia que las comunica son las mismas, y uno mismo es el fin. El que Dios tiene en comunicárnoslas, es prestarnos auxilios y medios para conseguir nuestra salvacion. No nos pide Dios que ganemos cinco talentos habiendo recibido solo uno: lo que pretende es que negociemos con él, y que se doble el caudal que se recibió. Igualmente recompensa al siervo fiel que ganó dos, no habiendo recibido mas que dos, que al que ganó cinco, habiendo recibido cinco. Pero reprueba y condena al siervo haragan y perezoso, que, habiendo recibido uno, le enterró, no le benefició, y no supo aprovecharse de él. Leccion misteriosa; pero de suma importancia para todos los fieles. Ninguno deja de recibir las gracias que le bastan para ser santo; solo resta que se aproveche de ellas, y el modo de aprovecharlas, es corresponderlas. Pero sepultamos esta gracia. Dominando en nosotros los deseos terrenos, el amor del mundo, la concupiscencia, la avaricia, las pasiones, que todas son otros tantos mortales enemigos de la gracia, prevalecen en el corazon, y en él la sufocan, ó á lo menos la inutilizan. Ninguna gracia, por pequeña que sea, deja de ser efecto de los méritos, sangre y muerte de nuestro Redentor. Siempre nos la concede Dios proporcionándola á los peligros en que nos hallamos. Con ella podrás resistir á

la tentacion. Podias muy bien no haber hecho ese contrato usurario; pues ella te descubria su injusticia: podias no haber concurrido á aquella casa, escollo de tu inocencia, como lo pensaste alguna vez; pues ella te hacia conocer el peligro: podias haber recurrido al sacramento de la penitencia, como tu misma conciencia te lo estaba continuamente gritando: podias haber acudido á la oracion : podias haber reformado tus costumbres, aprovechándote de tantas ocasiones, de tantos buenos ejemplos de que se valió la gracia para acusar interiormente tu negligencia y cobardía. No te dió gana de hacerlo : atribuístelo á tu flaqueza; pero tu verdadera flaqueza fué tu mala voluntad. Algun dia sabrás que con la misma gracia, y aun con menor, hicieron muchos por su salvacion lo que tú, siervo ruin y perezoso, no tuviste valor para hacer. No digamos ya que la gracia fué menos fuerte que la pasion: hubiera sido mil veces mas vigorosa que ella, si como tu corazon estaba de inteligencia con la pasion, hubiera querido estar de acuerdo con la gracia. No hay santo en el cielo que no reconozca por toda la eternidad que debió su salvacion únicamente á la gracia del Salvador. No hay condenado en el infierno que no esté plenamente convencido, que no experimente por toda la desdichada eternidad, que él solo fué el único artífice de su funesta reprobacion. ¡Oh, y qué grandes efectos produciria en un corazon verdaderamente cristiano esta verdad bien considerada!

El evangelio es del cap. 15 *de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Hæc mando vobis, ut diligatis invicem. Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit. Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret: quia

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Esto es lo que os mando, que os ameis unos á otros. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á mí antes que á vosotros Si fuérais del mundo, el mundo

verò de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo, proptereà odit vos mundus. Mementote sermonis mei, quem ego dixi vobis. Non est servus major domino suo. Si me persecuti sunt, et vos persequentur: si sermonem meum servaverunt, et vestrum servabunt. Sed hæc omnia facient vobis propter nomen meum: quia nesciunt eum qui misit me. Si non venissem, et locutus fuissem eis, peccatum non haberent: nunc autem excusationem non habent de peccato suo. Qui me odit, et Patrem meum odit. Si opera non fecissem in eis, quæ nemo alius fecit, peccatum non haberent: nunc autem et viderunt, et oderunt me, et Patrem meum. Sed ut adimpleatur sermo, qui in lege eorum scriptus est: Quia odio habuerunt me gratis.

amaria lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por tanto él os aborrece. Acordaos de la sentencia que os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si á mí me persiguieron, tambien os perseguirán á vosotros: si guardaron mi palabra, tambien guardarán la vuestra. Pero todo esto lo harán con vosotros por causa de mi nombre; porque no conocen á aquel que me envió. Si no hubiera venido, y no les hubiese hablado, no tendrian culpa; pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece á mí, tambien aborrece á mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos obras tales, que ningun otro las hizo, no tendrian culpa; pero las han visto, y con todo eso me aborrecieron á mí y á mi Padre. Pero debe cumplirse aquella sentencia que está escrita en su ley: Me tuvieron odio sin motivo.

MEDITACION.

DEL ODIO QUE EL MUNDO TIENE Á LOS BUENOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cosa bien extraña que los buenos sean tan mal recibidos del mundo, siendo asi que ellos son la parte mas sana de él. ¿Dónde se halla la realidad, la buena fe, la hombría de bien, el agrado, la cortesanía, el verdadero mérito, sino en los hom-

bres virtuosos? En el resto de los demás hombres ¿hay otra cosa que embuste, artificio, infidelidad, intencion torcida, mala fe, pasion, envidia, malignidad y superchería? ¿Dónde se encuentra una amistad sincera, una fidelidad constante, una correspondencia firme, segura y desinteresada? Solo en el espíritu y en el corazon de los buenos. Sal, por decirlo así, del distrito, del territorio de la verdadera virtud, y solo encontrarás brillanteces falsas, apariencias engañosas, ficciones, artificios y monadas; el parentesco, las conexiones, las alianzas, todo es infiel, todo sospechoso. Pues ¿en qué consiste que aquella virtud cristiana tan majestuosa, tan respetable, tan útil, tan amable, no acierte á parecer delante de los hombres del mundo sin revolverles la cólera, sin avinagrar mas su mal humor? Consiste en que la virtud es una censura incómoda, una muda, pero punzante acusacion de la malignidad que reina en el mundo. Un hombre virtuoso, una persona verdaderamente cristiana no se puede dejar ver, sin que su misma vida reprenda á los disolutos los mas secretos desórdenes de una conciencia ulcerada. Quisieran los viciosos que todos fuesen tan corrompidos como ellos. Desearian los malos que fuese imposible la práctica de la virtud. La vida arreglada de los otros es su proceso y es su condenacion. Por eso, se mira siempre en el mundo con malos ojos á la virtud cristiana: por eso, se siente cierta secreta, pero maligna complacencia, siempre que se descubre el mas mínimo defecto en los hombres virtuosos. Esta es la razon por qué nunca se quiere creer que haya verdadera virtud en las personas devotas; y de aquí nace aquella chacota impía, aquellas insulsas chufletas con que se pretende hacer ridícula y despreciable la virtud y la devocion: de aquí aquel desenfrenarse tan furiosamente contra los devotos, á quienes se quisiera exterminar de la socie-

dad de los hombres. No es ya la virtud á quien se persigue; los secretos, pero intolerables remordimientos de la propia conciencia, que no se pueden sufocar, esos, esos son los que ponen de tan mal humor á los mundanos, á los libertinos y á los disolutos. Tiempo vendrá en que se restituirá a la virtud aquel honor que ahora se le procura denigrar con tan infames calumnias; pero en la hora de la muerte, pero en el dia del juicio, pero en el infierno, ¿será tiempo oportuno, te servirá mucho el conocer, el confesar que te alucinaste, que te aturdiste, que te engañaste?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el odio que los mundanos tienen á los buenos, es consecuencia forzosa del odio que el mundo profesó al mismo Jesucristo. ¿Qué mayor honra, que mayor gloria para los verdaderos virtuosos, para los verdaderos cristianos? *Si el mundo os aborrece*, dice el Hijo de Dios, *sabed que primero me aborreció á mí. Si vosotros fuérais del mundo*, continúa el Salvador, *el mundo amaria lo que es suyo. Pero porque no sois del mundo, y porque yo os escogí, sacándoos de en medio del mundo, por eso el mundo os oborrece*. La aversion que el mundo tiene á los buenos, es continuacion de la que todavía profesa al Salvador del mundo. En virtud de ella se mueven los mundanos á condenar sus leyes y su Evangelio. Oprímeles mucho aquella religion que condena el desórden de sus costumbres. No pueden tolerar tanta multitud de preceptos. Alborótalos la doctrina de Jesucristo, no puede ser de su gusto una doctrina que tiene tan á raya á los sentidos, al amor propio, y pone freno á las pasiones. Desagradandoles tanto el amo, por precision han de desagradarle sus siervos. Siendo la doctrina del Hijo de Dios tan enfadosa á su perverso co-

razon, de necesidad le han de ser insoportables todos aquellos que la siguen. Son los mundanos enemigos declarados del Salvador; con que no pueden ser amigos de los que sirven á tan buen amo. Y como por otra parte son osados, son atrevidos, á todo hacen frente, sin que nada los contenga, ni el temor de Dios, ni el respeto de la religion; se desencadenan con toda libertad contra las personas devotas. Pero ¿se ha de temer su desenfreno? ¿y seria mucho honor de los siervos de Dios que los amasen y los estimasen unos hombres que aborrecen á su divino Maestro? Por el contrario, ¿cuánto los honra el odio de este género de gentes? Muy mala señal seria si tuvieran á su favor el voto de los que desaprueban tan descubiertamente las máximas del Evangelio. *Si deseara agradar á los hombres,* decia el apóstol san Pablo, *no seria siervo de Cristo.* ¡Pues qué vergüenza será si todavía se teme la maligna crítica de esos miserables censores! ¡qué dolor es ver á algunas almas virtuosas tener miedo á los juicios de unos hombres que condenan la moral del Evangelio! ¡pues qué, se ha de rezelar cumplir con nuestra obligacion, obrar bien á vista de los que viven mal! ¿Quién ignora que su persecucion es el mayor elogio de los mismos á quienes aborrecen? Despues de esto, ¿quién hará ya caso de los respetos humanos? ¿quién no despreciará sus insultos, sus irreligiosas zumbas? ¿seremos ya eternamente esclavos del capricho, de la fantasía y del mal humor de aquellos que abominan de la virtud, solo porque ellos hacen profesion de ser viciosos?

Avergüénzome, Señor, de haber tenido miedo por tanto tiempo á una fantasma. Conozco todo el horror de tan indecente cobardía. No, mi Dios, no temeré ya el maligno odio de vuestros enemigos; sean tambien enemigos mios los que lo son vuestros. De esto me glorio yo; y resuelto estoy, mediante vuestra divina

gracia, á no hacer ya el menor aprecio de su persecucion.

JACULATORIAS.

Diligam te, fortitudo mea. Salm. 17.

Cuanto mas me aborrezca el mundo, mas y mas quiero amarte á tí, Dios mio, que eres toda mi fortaleza.

Quis me separabit à charitate Christi? Ad Rom. 8.

¿Quién será capaz de apartarme nunca del amor de mi Salvador Jesucristo?

PROPOSITOS.

1. Que una virtud fingida alborote los ánimos y excite la indignacion de todo el mundo, no hay cosa mas justa. Los hipócritas son objeto de la abominacion de Dios y del horror de todos los buenos. Pero que se levanten los ánimos contra la verdadera virtud, y que la virtud cristiana sufra una especie de persecucion en medio del cristianismo, son unos hechos que solo por la experiencia se pudieran hacer creibles, y parecen tan opuestos á la religion como á la razon. No te admiren, pues, ni mucho menos te acobarden los modales duros, groseros, desdeñosos con que los mundanos tratan á las personas que hacen profesion de virtud; ni mucho menos extrañes la poca justicia que á esta se le hace. Antes bien debes persuadirte de que tu conducta no será muy aprobada de este género de gentes desde el mismo punto que te retires de sus concurrencias, y comiences á reformar tus costumbres; pero guárdate bien de rendirte jamás á sus falsos juicios. Para lograr mejor esto, nunca te declares á medias por el partido de Dios. Haz pública profesion de

servirle; declárate abiertamente por la perfeccion cristiana. A ninguno desprecia mas el mundo que á aquellos devotos que se avergüenzan de que los tengan por tales.

2. Es un acto de virtud de suma utilidad cumplir todas las obligaciones de cristiano públicamente y de un modo ejemplar. Asiste los domingos al sacrificio de la misa y á los divinos oficios en tu parroquia con modestia y con ejemplar devocion. Frecuenta los sacramentos en público, y nunca te avergüences de parecer cristiano.

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN NARCISO, OBISPO.

Fué san Narciso uno de los mas santos prelados del segundo siglo, y vino al mundo hacia fines del primero. En aquellos dichosos tiempos, tan cercanos al nacimiento de la Iglesia, los sucesores de los primeros fieles casi todos heredaron la inocencia, el zelo y el fervor de los que el mismo Salvador del mundo habia formado ó habian sido instruidos y enseñados por sus sagrados apóstoles. Es probable que san Narciso fué natural de Jerusalen, que fué educado en el primitivo espiritu de la religion cristiana, que reinaba en aquella capital de la Judea, teatro de nuestra dichosa redencion. Ignóranse los sucesos de los primeros años de su vida; solo se sabe que se aplicó con desvelo al estudio de las ciencias, particularmente al de la religion en que salió muy excelente. Correspondian á la excelencia de su ingenio la rectitud y la pureza de su corazon; por lo que hizo mayores progresos en la san-

tidad que en la inteligencia de la sagrada Escritura. Siendo aun mas santo que sabio, todavía esta misma sabiduría contribuyó mucho á purificar sus costumbres. Entró en el clero en tiempo del patriarca Valente, ó á lo menos en el del obispo Dulciano, y en breve tiempo fué modelo de santos eclesiásticos. Elevado al sacerdocio, á pesar de su humilde resistencia, la nueva dignidad dió nuevo lustre á su inocencia y á su virtud. Llamábanle el sacerdote santo, y pocos fieles dejaron de experimentar los efectos de su virtud y su zelo; pero sobre todo ningun pobre dejó de publicar los de su ardiente caridad.

Lograba Narciso esta general estimacion de los fieles y del clero cuando vacó la silla patriarcal de Jerusalen por muerte del patriarca Dulciano. Hubo poco que deliberar en la eleccion de su sucesor; fué Narciso elegido patriarca de Jerusalen por todos los votos. No hubo mas oposicion que la suya; pero no se podia deferir á ella siendo el sugeto tan digno, y la voluntad de Dios tan declarada. Fuéle preciso rendirse á los sufragios y clamores de todos los buenos; y habiendo sido consagrado hácia el año de 180, fué el trigésimo obispo de aquella santa ciudad despues de los apóstoles.

Con la nueva dignidad se sintió animado de nuevo fervor y de nuevo zelo; tanto, que, contando ya á la sazon ochenta años, gobernó el rebaño con el mismo vigor y con la misma actividad que lo pudiera hacer en la mas robusta y mas florida juventud. Por su solicitud pastoral devoró fácilmente todos los trabajos de la mitra; y su penitente vida solo era austera para él mismo. Estaba en continua accion, predicando, instruyendo ó visitando su obispado, atento siempre á desviar los lobos, que con piel de ovejas se arrimaban al redil, cubiertos con todos los artificios de los herejes, para encarnizarse en el rebaño. Infa-

tigable en las funciones de su ministerio, consolaba á unos, alentaba á otros, y se hacia todo á todos por ganarlos para Cristo.

Hácia el año de 195 asistió y presidió el concilio que se convocó en Palestina para decidir el punto sobre el dia en que se debia celebrar la Pascua: controversia que á la sazon tenia tan encontrados los ánimos como divididos los pareceres. Los padres del concilio compusieron una epístola sinodal importantísima y oportunísima, á juicio de san Jerónimo, para confundir á los que no se querian rendir á la decision del papa Víctor, obstinándose en que la Pascua se debia celebrar, como lo hacian los judíos, el dia catorce de la luna de marzo, contra lo que habia definido la santa sede. Tiénese por cierto que este concilio se celebró en Cesarea, metrópoli á la sazon de toda la Palestina. Tambien se asegura que nuestro santo convocó otro concilio de catorce obispos en su iglesia de Jerusalen sobre el mismo asunto; y que en todos fué igualmente escuchado y venerado como oráculo.

En el cuarto siglo se conservaba todavía entre los fieles de Jerusalen la memoria de muchas maravillas que habia obrado Dios por los méritos del santo obispo, uno de los mas célebres patriarcas de aquella santa ciudad. Entre otras es muy particular la que refiere Eusebio. Una víspera de Pascua faltó el aceite de las lámparas al mismo tiempo que los ministros de la iglesia iban á celebrar la solemnidad de la vigilia. Movido san Narciso de la turbacion y de la confusion que causaba en el pueblo aquel descuido, mandó á los que cuidaban de las lámparas que sacasen agua de un pozo que estaba á mano, y se la trajesen. Animado de aquella viva fe y de aquella entera confianza, que en parte caracteriza á todos los santos, hizo oracion, y mandó á todos los ministros que llenasen con ella las lámparas. Obedecieron, y en el mismo punto,

por un milagroso efecto del poder divino, aquella agua se halló convertida en aceite. Todos á porfía acudieron á proveerse del aceite milagroso, el cual se conservó mucho tiempo en memoria de tan nuevo y tan particular prodigio, asegurando Eusebio que aun se conservaba alguna porcion de él en sus dias; es decir, mas de ciento y cuarenta años despues de san Narciso.

Aunque era tan notoria y tan brillante la virtud de nuestro santo, queriendo el Señor purificarla con el fuego de la persecucion, permitió que no estuviese á cubierto de la mas fea calumnia. Tres hombres malvados, no pudiendo sufrir el resplandor de tan eminente santidad, ni mucho menos las saludables reprensiones de su zeloso pastor por su escandalosa vida; considerando por otra parte como un yugo insoportable su vigor episcopal y el arreglado tenor de aquella conducta irreprensible, le acusaron de un crimen verdaderamente atroz. Para hacer mas creible su acusacion, la confirmaron con un solemne juramento, en forma de imprecacion, siendo diferente la de cada uno. El primero dijo: *Quemado muera yo si no es verdad lo que digo*. El segundo: *Permita Dios que me cubra de lepra si es falsa mi acusacion*. El tercero: *Quiero perder la vista si no fuese cierto lo que afirmo*; pero con todos estos juramentos, á ninguno pudieron persuadir que el santo obispo fuese capaz del delito que le imputaban. Sin embargo, horrorizado el santo de tan injusta acusacion, y perdonando de corazon á sus calumniadores, le pareció que Dios le ofrecia esta ocasion para retirarse á la quietud y á la soledad, por la que largo tiempo habia estaba suspirando. Partió, pues, secretamente; huyóse de su iglesia, y se fué á enterrar vivo en un espantoso desierto, donde se supo ocultar tan bien, que por espacio de ocho años no se pudo descubrir el lugar de su retiro,

Entre tanto, no tardó Dios en vengar la inocencia de su siervo castigando con precipitada pena la maldad de sus calumniadores. En breves dias se vieron cumplidas en los tres perjuros las maldiciones que cada uno habia pronunciado contra sí. Prendióse fuego una noche en la casa del primero con tanta violencia y con tanta rapidez, que él y toda su familia perecieron vivos en las llamas, sin que fuese posible socorrerlos. El segundo se cubrió de tan horrible y asquerosa lepra, que no se dejó ver en público hasta la muerte. El tercero, á vista de la desgracia de los otros dos, quedó tan espantado, que confesó delante de todo el mundo la conspiracion formada contra el santo prelado, siendo tan vivo su dolor y arrepentimiento, tan continuas y tan copiosas sus lágrimas, que al cabo perdió la vista. Así vengó la divina justicia al inocente calumniado, y así castigó el sacrilegio y el perjurio.

Habiendo desaparecido san Narciso, sin que por espacio de un año se hubiese podido saber el lugar donde se habia retirado, fueron de parecer los obispos de la provincia que se debia proceder á la eleccion de nuevo pastor. Recayó esta en Dio; pero habiendo fallecido pocos meses despues, fué puesto Germanion en su lugar, y á Germanion sucedió Gordio en muy breve tiempo. En estas circunstancias dió el Señor á entender á nuestro santo que, corriendo de su cuenta el cuidado pastoral de un numeroso rebaño, debia preferir los trabajos del ministerio episcopal á la tranquilidad de su propia quietud; y que, estando tan visiblemente probada, como universalmente reconocida su inocencia, era obligacion precisa restituirse á su iglesia. Costóle mucho este sacrificio; pero al fin fué necesario hacerle, y se dejó ver en Jerusalen como un hombre venido del otro mundo. Recibiéronle todos los fieles con tanto alborozo, que,

por mas instancias que les hizo para que le permitiesen acabar sus dias en el retiro y en la oscuridad de una vida privada, no lo pudo conseguir; ni le fué posible excusarse de volver á tomar el gobierno de su iglesia. Asi parece que lo queria tambien Dios; porque apenas llegó Narciso á Jerusalen, cuando murió el obispo Gordio, suceso que confirmó a nuestro santo en el concepto de que esta era la voluntad del Señor. Aplicóse, pues, segunda vez al pastoral gobierno de sus ovejas con una vigilancia, con un zelo y con un vigor, que nada se resentian de la avanzada edad, trabajando todavia algunos años con copioso fruto. Pero al fin, su extrema ancianidad, sus fatigas apostólicas y sus excesivas penitencias llegaron á debilitar, y aun á consumir todas sus fuerzas; de manera que se halló imposibilitado de cumplir con las precisas obligaciones del ministerio episcopal; y suplicó intensamente al Señor que, si no era su voluntad sacarle todavía de este mundo, se dignase por lo menos proveerle de un auxiliar, que pudiese suplir la debilidad de un viejo de ciento y doce años. Oyóle Dios benignamente, inspirando á san Alejandro, obispo de Flaviada en la Capadocia, que fuese en peregrinacion á visitar los santos lugares de Jerusalen, y una vision que tuvo le confirmó en este pensamiento. La misma víspera de su entrada en la santa ciudad reveló Dios á san Narciso y á muchos de sus clérigos que el dia siguiente al mismo romper del dia entraria en la iglesia un obispo extranjero, el cual habia de ser coadjutor y sucesor del patriarca Narciso. Pasaron toda aquella noche en oracion, y al amanecer se oyó una milagrosa voz, que clara y distintamente les decia saliesen á recibir al que estaba destinado para obispo suyo. Salieron todos, y el primero con quien se encontraron fué con san Alejandro, que se quedó extrañamente admirado y sorprendido cuando vió delante

de sí á todo el clero con el santo patriarca al frente. Introdujéronle en la iglesia con solemnidad; y habiéndole declarado san Narciso lo que Dios les habia revelado, le rogó que quisiese encargarse juntamente con él del cuidado de aquella iglesia. Informado el pueblo de lo que pasaba, acudió de tropel á unir sus ruegos con los del clero; y como el santo obispo Alejandro vió tan descubierta la voluntad del Señor, se rindió á tomar el gobierno de todo el rebaño bajo las ordenes de su santo pastor. San Alejandro, ilustre ya por haber confesado muchas veces á Jesucristo, y con el tiempo mucho mas por el glorioso martirio que padeció en el imperio de Decio, promovió maravillosamente el zelo de nuestro santo. Escribiendo algun tiempo despues a los antinoitas de Egipto, les dice así: *Salúdoos de parte de Narciso, que gobernó esta iglesia antes de mí, y ahora la gobierna juntamente conmigo, siendo al presente de mas de ciento diez y seis años.*

Con efecto, ya no se hallaba nuestro santo en estado de hacer otra cosa que orar, por su extremada ancianidad. Su continua union con Dios, la ternura de su devocion, el ardor de su caridad, y lo dilatado é infatigable de su zelo en una edad tan avanzada, acreditaban bien que Dios le habia dejado tan largo tiempo en este mundo, solo porque la Iglesia gozase mas años aquel perfecto modelo de virtudes episcopales, y todos los fieles un cabal dechado de la mas elevada santidad. Quiso, en fin, el Señor premiar á su siervo tan larga cosecha de trabajos, y tan rico tesoro de merecimientos como habia adquirido en su dilatada carrera, y murió con la muerte de los justos, siendo de mas de 116 años, que vivió en un continuo ejercicio de todas la virtudes cristianas.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En la Lucania, san Jacinto, san Quinto, san Feliciano y san Lucio, mártir.

En Sidon de Fenicia, san Zenobio, presbítero, quien, exhortando á los otros al martirio en el rigor de la última persecucion, fué él tambien hallado digno del martirio.

El mismo dia, los santos obispos Maximiliano, mártir, y Valentin, confesor.

En Bérgamo, santa Eusebia, vírgen y mártir.

En Jerusalen, la fiesta de san Narciso, obispo, respetable por su santidad, su paciencia y su fe, que rindió su alma á Dios de edad de ciento diez y seis años.

En Autun, san Juan, obispo y confesor.

En Casiope en la isla de Corfú, san Donato, de quien habla san Gregorio papa.

En Viena, el tránsito de san Teodoro, abad.

En Broc de Auvernia, san Mazoriano, confesor.

Cerca de Sens, san Bondo, penitente, venerado en una iglesia de su nombre, donde está su sepulcro.

En Senlis, santa Lueva, reina de los Armoricanos.

Este mismo dia, santa María la Penitenta, convertida por su tio san Abrahan.

En Sarzana en Italia, san Basilio de Luna, obispo, tan venerado, que ha dado su nombre á la catedral.

En Hamptoncourt en Inglaterra, santa Elfleda, abadesa.

En el reino de Nápoles, san Estéban de Cayas, obispo de la ciudad de este nombre.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Narcissi, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Narciso, para que, así como él te sirvió dignamente, nos libres de nuestros pecados por sus merecimientos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5 *de la de san Pablo á los Hebreos, y la misma que el dia XIV, pág.* 352.

NOTA.

« Escribió san Pablo esta epístola en hebreo, cuyo original se perdió muy desde el principio. Ni esto nos debe admirar, á vista de que el evangelio de san Mateo, tan respetable por mil razones, reconocido por Orígenes y por san Jerónimo, que le vieron y le consultaron, ha mas de mil y doscientos años que absolutamente no parece. Créese comunmente que san Lucas tradujo esta epístola en griego; y como la lengua griega era entonces la mas universal, y la que usaban comunmente los judíos convertidos, no se cuidó mucho del original hebreo. »

REFLEXIONES.

Para ofrecer sacrificios por los pecadores. El sacrificio de la nueva ley hace infinitos excesos en mérito y en virtud á todos los sacrificios de la ley antigua. Ins-

titucion enteramente divina, oblacion santa, víctima de infinito precio, inmolacion del cuerpo y sangre adorable del hombre Dios, pontífice igual en todo á Dios mismo; ¿puede imaginarse sacrificio mas divino, ni mas digno de nuestro culto? Todo esto se halla junto en el santo sacrificio de la misa. No solo es este sacrificio el acto mas perfecto de religion; es, por excelencia, la maravilla de la misma religion; es, por decirlo así, el compendio de toda ella. Todos los sacrificios de la ley antigua, aunque tan augustos, eran no mas que oscura sombra, débil, imperfecta figura de la majestad, de la dignidad, de la excelencia del sacrificio de la nueva ley. Es la misa propiamente el tesoro de la Iglesia; es el esmero de la sabiduría y de la misericordia de Dios: ¡con qué respeto se debe asistir á ella! pero ¡con qué pureza de vida! ¡con qué fe! ¡con qué fervor! ¡con qué devocion! ¡con qué modestia! ¡con qué gravedad y majestad debe el sacerdote celebrar este adorable sacrificio! ¡con qué profunda religion se ha de presentar en el altar! La Escritura dice que Salomon sacrificó al Señor veinte y dos mil bueyes, ciento y veinte mil ovejas y carneros en la solemnidad de la dedicacion del templo. La Iglesia cuenta mas de veinte millones de mártires, que, habiendo derramado su sangre por la fe, fueron otras tantas víctimas sacrificadas al Dios vivo. Pues ¿qué honra no le tributará tambien el sacrificio voluntario de todas la criaturas? Con todo eso, todos los actos de religion, y muchos otros mas perfectos que pudieran hacer las criaturas mas nobles, son muy inferiores, no tienen la menor proporcion con la excelencia del incruento sacrificio de Jesucristo en el ara del altar. Mas se le honra á Dios con una sola misa, que le pudieran honrar todas las obras de los ángeles y de los hombres, por fervorosas, por perfectas, por heróicas que fuesen. La inmaculada hostia que se

ofrece en el divino sacrificio, es de un mérito proporcionado á la majestad del mismo Dios á quien el sacrificio se ofrece. ¿Está Dios irritado con nosotros? ¿tenemos necesidad de nuevos auxilios? ¿gemimos bajo el violento yugo de las pasiones? ¿desfallecemos al rigor de obstinadas y graves enfermedades? ¿tenemos que rendir gracias á Dios por nuevos beneficios? ¿hallamonos alcanzados, y todavía con obligacion de satisfacer á la divina justicia? Pues en solo el sacrificio de la misa encontraremos remedio á todas estas necesidades, y sobradísimo caudal para salir de todas nuestras deudas. Es la misa el remedio universal, el árbol de la vida y de la inmortalidad; porque en ella recibe Dios el homenaje de su querido Hijo, en quien tiene sus complacencias. Es una víctima que desarma su cólera : es un sacrificio de propiciacion que no puede dejar de aceptar, á lo menos, por parte de la misma víctima. ¡Buen Dios, con qué ansia debieran los fieles asistir á ella! ¡y cuánta es la dignidad de los sacerdotes, respetable aun á los ángeles mismos! pero ¡cuál debe ser su pureza, su fe, su devocion!

El evangelio es del cap. 24 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Vigilate ergo, quia nescitis qua hora dominus vester venturus sit. Illud autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias qua hora fur venturus esset, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Ideò et vos estote parati, quia qua nescitis hora Filius hominis venturus est. Quis putas est fidelis servus, et prudens, quem cons-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos Velad, porque no sabeis en qué hora ha de venir vuestro señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de *venir el ladron*, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Por tanto, estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sa-

tituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore? Beatus ille servus, quem, cùm venerit dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis, quoniam super omnia bona sua constituet eum.

beis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo, á quien su señor cuando venga encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

DE ESTO QUE SE LLAMA MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cosa bien extraña que, hablándose tanto del mundo, teniéndose tantos miramientos por el mundo, poniéndose tanto cuidado en agradar al mundo, temiéndose tanto disgustarle, no se apliquen los hombres á conocer qué es eso que se llama mundo, y á examinar si acaso se discurre sobre preocupaciones falsas, si los temores son bien ó mal fundados, si este ídolo no es mas que una fantasma; en una palabra, si lo que se llama mundo es una cosa que merezca ser temida, y á la cual se hayan de sacrificar los bienes, la quietud y la misma alma; en fin, si el tal mundo es un objeto digno de ser tratado con tanta circunspeccion y con una eterna condescendencia. ¡Cosa rara! no se propone verdad de religion, máxima del Evangelio, que no se haya de consultar con el espíritu del mundo, que no se apele á su tribunal. Por lo comun la doctrina de Jesucristo ha de pasar por su exámen. Asústese enbuenhora la conciencia, condene, prohiba Dios, todo está suspenso mientras el oráculo de los mundanos no da su parecer. Todo se ar-

regla, por decirlo así, segun sus interpretaciones; todo cede á sus costumbres y á sus leyes; todo se acomoda á sus máximas. El mundo quiere, el mundo condena, no sufre el mundo, el mundo no aprueba. Santo Dios, ¡qué lenguaje es este entre los que hacen profesion de cristianos! ¡y qué vergüenza de los cristianos el usar de este lenguaje! El mundo quiere ó no quiere. Y en suma, ¿quién es ese mundo cuyo imperio está tan extendido, cuyo poder es tan universal, y cuyas decisiones son oráculos? Si ese mundo moral es una fantasma, que solo tiene ser en la imaginacion, ¿no seremos unos insensatos en forjarnos un amo tan incómodo, sin mas sustancia ni subsistencia que las fantasías de otros? ¿en figurarnos un ídolo formidable, compuesto y fabricado de nuestras propias ideas? Pero si ese mundo es alguna cosa real, ¿qué derecho tiene para imponernos leyes tan duras? ¿quién le dió esa autoridad? ¿de dónde le vino la jurisdiccion? ¿y por qué fatalidad hemos de ser nosotros esclavos suyos? Ciertamente cuando se discurre sin pasion y sin preocupacion; cuando se examina de cerca qué cosa es ese mundo, debiéramos indignarnos contra nosotros mismos por haber hecho tanto caso de él, siendo el juguete y la burla de su capricho.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que este mundo, que ejerce tan absoluto dominio en los entendimientos y en los corazones, hablando en propiedad, no es otra cosa que esa bulliciosa multitud de hombres de diferentes genios, inclinaciones y gustos, que, no acomodándose con las máximas de Jesucristo, no tiene otro fin que su interés, no reconoce otra regla para gobernarse que la de sus pasiones, ni otro objeto de sus ansias que los bienes, las honras, los deleites y los gustos de esta

vida; gente, por lo comun, de un espíritu vano, atronado, turbulento, de un corazon corrompido y de una ambicion sin medida, ocupada únicamente en mil frívolas bagatelas, sin gusto para cosa de sustancia, dejándose llevar de apariencias, y apacentándose de quimeras; hombres, en quienes muchas veces no se halla otro mérito que el de su vestido, el de sus galas, el de sus ricas telas, el de sus brillanteces, y que por la mayor parte solo son hábiles en el arte de engañar, teniéndose por mas discretos los que saben mejor aprovecharse de las desgracias ajenas, y por mas dichosos los que tienen mas habilidad para disimular las propias, cubriendo con un esparcimiento superficial y exterior sus disgustos, cuidados y amarguras; gente, en fin, que toda hace profesion de no ser devota, y á favor de tan vergonzosa confesion se imagina con derecho para insultar á la virtud mas ejemplar, para burlarse impía y escandalosamente de las mas santas devociones, que hace ostentacion de sus desórdenes, y aun de no tener religion, sino por bien parecer y por costumbre. Es el mundo un gran teatro donde los hombres se burlan unos de otros. Alguno hay que es la risa de todo el pueblo, y está en la inteligencia de que todo el mundo le admira. Reina en el mundo despóticamente una multitud de jóvenes aturdidos y disolutos, de mujeres vanas, esparcidas y libres, todas ellas de una reputacion, por lo menos, muy dudosa. Ese confuso monton de corazones estragados es el que juzga absolutamente; es el que condena ó aprueba segun su extravagante capricho. Y estos son aquellos formidables censores á quienes temen tanto esos hombres de juicio; estos, aquellos amos imaginarios á quien tanto rezelan disgustar esos hombres de bien. Este es aquel grande, aquel bello mundo, que pretende ser árbitro de la fortuna de

los hombres; y si le hemos de creer á él, de la felicidad de todo el género humano. A la verdad, ¿puede subir mas de punto la pobreza del humano entendimiento, que figurarse él mismo un horroroso monstruo de una fantasma fabricada á su placer? ¿Respetar, contemporizar, y aun llegar á temer el juicio de unos hombres, de quienes muchas veses se hace un altísimo desprecio, y que de cierto no merecen nuestra estimacion?

Ah Señor, ¡ y qué dolor es el mio por haber hecho tanto aprecio hasta aquí, á costa de mi salvacion, de esa ridícula fantasma! No, mi Dios; ya no temeré mas á ese mundo; ya trataré todas sus máximas con todo el desprecio que merecen; y espero, con vuestra divina gracia, que el mundo no tendrá ya entrada en mi corazon, ni aun se arrimará á él.

JACULATORIAS.

Ego non sum de hoc mundo. Joann. 8.

Sí, Señor: es mucha verdad, y me glorio de decirlo; ya no soy de este mundo.

Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo. Joan. 2.

Quien ama al mundo, no ama á Dios.

PROPOSITOS.

1. Nos indignamos, y con sobrada razon, contra la impiedad de aquel insensato pueblo, que, habiendo sido él mismo testigo de los milagros que Dios acababa de obrar en favor suyo, colmado de sus beneficios, é informado por sus propios ojos de las maravillas del Omnipotente, se deshace de lo mas precioso que tiene, entrega todas sus joyas para que se fundan y se fabrique de ellas un becerro de oro, á quien reconoce por su

Dios. Pero, Señor, ¿somos nosotros menos ingratos, menos locos cuando sacrificamos nuestras mas esenciales obligaciones, nuestra salvacion, nuestra religion, nuestra alma á las leyes y á las vanas máximas del mundo, cuando por él os dejamos á vos? Avergüénzate delante de Dios de tu infidelidad; detesta tu pobreza de juicio, tu bajeza de ánimo en haber deferido hasta aquí al imaginario capricho de ese fantástico mundo, y de haberle preferido á tu Dios. A presencia de tus hijos, delante de tu familia y de tus criados no dejes pasar ocasion de ponerles á la vista qué cosa tan ridícula es esto que se llama mundo, y el ningun caso que debe hacerse de él.

2. Jamás uses aquellos modos de hablar tan comunes hoy entre las gentes del mundo: *El mundo no aprueba esto; esto es la moda; hoy no se estila esto en el mundo; el mundo dice; el mundo condena; estamos en el mundo; es menester vivir como el mundo.* Mi Dios, ¡y qué poco cristianos son estos modos de pensar y estos modos de hablar! Digamos por el contrario: *Dios quiere, Dios nos pide, el Evangelio condena, Dios desaprueba, Dios manda esto ú lo otro.*

DIA TREINTA.

SANTA PELAGIA, PENITENTE.

Hácia la mitad del quinto siglo, es decir, por los años de 453, reinando el grande y religioso emperador Marciano, dió el Señor á su Iglesia uno de los mas ilustres ejemplos de su infinita misericordia con los pecadores en la persona de Pelagia, una de las mas insignes pecadoras que se vieron en el mundo.

Habiendo convocado en Antioquía su patriarca Máximo un concilio provincial de todos los obispos sufraganeos suyos, concurrió á él Nono, uno de los prelados mas santos de su siglo. Fué monje del célebre monasterio de Tabenas en la Tebaida, de donde le sacaron por la fama de su eminente virtud para hacerle obispo de Edesa en Mesopotamia, y de aqui fué trasladado á la silla de Heliópolis en Siria, cerca del monte Líbano, donde convirtió á la fe innumerables sarracenos y otras naciones idólatras. En todas partes hacian portentoso fruto sus sermones; porque en él todo predicaba su compostura, su modestia, su semblante extenuado por sus continuas penitencias, su humildad, y hasta sus mismos modales llanos y sencillos, pero siempre respetables.

Un dia en que estaban sentados á la puerta de la iglesia del martir san Julian el patriarca, el obispo Nono y otros ocho prelados de los que habian concurrido al concilio, rogó el patriarca á san Nono que les hiciese una especie de plática espiritual. Ejecutólo al punto; y habló con tanta elocuencia y con tanta uncion, que á todos los tenia como embelesados; pero al mismo tiempo que le estaban oyendo con la mayor suspension, pasó por delante de ellos una cèlebre cortesana llamada Pelagia. Era la primera comedianta de la ciudad de Antioquía, famosa por su extraordinaria hermosura; pero mucho mas por los desórdenes de su licenciosa vida. Llamábanla *la Margarita,* que en el idioma del pais significaba *la Perla,* ó por su rara belleza, ó porque siempre se presentaba cubierta de pedreria. Aquel dia se habia adornado con todo el primor y con todo el arte que le pudo dictar el deseo de parecer bien. Estaba soberbiamente vestida; pero con tanta inmodestia como ostentacion: el cabello artificiosamente rizado, elevada la cofia con cuidadoso desden, sin velo en la cabeza, y el

costado por una y otra parte con todo el desahogo que le sugeria la indecencia. Iba montada sobre una briosa mula para estar mas descubierta á los ojos y á la provocacion; y acompañada de una numerosa comitiva de doncellas y de pajes, caminaba como en triunfo por aquella gran ciudad. Escandalizáronse los obispos, y apartaron los ojos de un objeto tan peligroso como profano. Solo el santo obispo Nono, contra su costumbre, la estuvo mirando fijamente todo el tiempo que la pudo alcanzar la vista, y luego que se le ocultó, exclamó deshecho en lágrimas: *¡Ah, hermanos mios, y cuánto temo que esta mujer que pone tanto cuidado en agradar á los hombres, algun dia ha de ser nuestra condenacion, por el poco cuidado que nosotros ponemos en agradar á Dios!*

Retiróse despues á la posada con su diácono, que escribió toda esta historia; postróse en tierra, y llorando, gimiendo y dándose fuertes golpes de pecho, decia: *Señor, tened misericordia de este pobre pecador. Veis allí una miserable criatura que gasta los dias en componerse; que emplea lo mas engañoso del arte, lo mas brillante, lo mas precioso de la tierra para hacerse agradable á los ojos de los hombres, para dejarse amar de ellos; y yo sacerdote, yo obispo, ¿qué cuidado pongo en adornar mi alma con la gala de las virtudes? ¿qué tiempo gasto en purificar mi corazon para presentarle á vos, y para que merezca vuestro agrado? Será posible que aquella infeliz mujer tenga mas industria para hacerse amar de los hombres, que yo para merecer ser amado de mi Dios!* Pasó el santo obispo lo restante de la noche lleno de dolor y de compuncion, mostrándose inconsolable por su imaginaria indolencia, descuido y frialdad.

La noche siguiente tuvo san Nono una misteriosa vision que refirió á su diácono, el cual cuidó de trasmitirla á la posteridad. « Parecióme, le dijo, que, es-

tanto celebrando en el altar, revoloteaba al rededor de mí una *paloma cubierta de un asqueroso lodo*, que despedia de sí un hedor intolerable; y por mas que yo la espantaba, ella siempre me volvia á inquietar, hasta que el diácono dijo que saliesen los catecúmenos, y entonces tambien desapareció la paloma. Despues de la misa, y dadas gracias, queriendo volver á casa, encontré la misma paloma en el lintel de la puerta; parecióme que la tomé en la mano, y que, habiéndola metido en una gran taza llena de agua, se quedó blanca como la misma nieve sin rastro de mancha alguna; y tomando de repente el vuelo hácia el cielo, desapareció de mis ojos. Quiera el Señor, añadió el santo, declararnos lo que esto significa. »

Era domingo el dia siguiente, y habiéndose juntado en la iglesia todos los obispos para celebrar los divinos misterios, concluido el evangelio, se presentó el patriarca á san Nono, y le rogó repartiese al pueblo el pan de la palabra de Dios, explicándole el sagrado texto que se acababa de leer. Era prodigioso el concurso, porque la solemnidad del dia, la celebridad del concilio, y la noticia de que predicaba san Nono, habian atraido todos los fieles y todos los catecúmenos de la ciudad. Subió al púlpito el santo obispo, y predicó con tanta energía acerca de las grandes verdades de la religion, sobre el sumo mal del pecado, y el infinito tesoro de la misericordia de Dios, que todo aquel inmenso auditorio se deshacia en lágrimas. Hallábase dichosamente en él la famosa cortesana Pelagia, que en otro tiempo se habia alistado entre los catecúmenos; pero sufocados ya en ella por su licenciosa vida todos los piadosos movimientos de religion, solo habia concurrido á la iglesia por mera curiosidad. Mas quiso la gracia hacer aquella ilustre conquista, y tocó eficazmente su corazon. Movióla tanto todo lo que acababa de oir, que no

pudo reprimir las lágrimas; y luego que el predicador se retiró á su posada, le escribió un billete en estos precisos términos:

AL SANTO DISCÍPULO DE JESUCRISTO, LA PECADORA Y ESCLAVA DEL DEMONIO.

He oido decir que tu Dios bajó del cielo á la tierra para la salvacion de los hombres, y que aquel á quien los querubines no se atreven á mirar por respeto, se dignó conversar con los pecadores y con los publicanos, sin desdeñarse de hablar con una samaritana y con una insigne pecadora. Si eres discípulo de tal maestro, no desprecies á una infame cortesana como yo soy, y no me niegues el bien y el consuelo de tener contigo una conferencia para poder hallar gracia por tu medio con Jesucristo nuestro Salvador.

Mostróse pasmado Nono cuando leyó esta carta, y temiendo algun lazo del demonio por el artificio de una mujer tan peligrosa, le respondió que Jesucristo, su divino maestro, no ignoraba lo que ella era, y conocia perfectamente todo el interior de su corazon; que por lo demás no pretendiese tentarle, pues, aunque era siervo de Dios, era pecador, y tenia muy conocida su miseria; y en fin, que, si su intencion era santa, le podria hablar cuando gustase; pero no á solas, sino en presencia de todos los obispos. Luego que Pelagia recibió esta respuesta, voló á la iglesia de San Julian, y encontrándole entre los demás prelados del concilio, se arrojó á sus piés en presencia de todos, regóselos con sus lágrimas que derramaba á torrentes, y con voz angustiada, interrumpida de sollozos y suspiros, le pidió el bautismo. Representóle el santo obispo que los sagrados cánones prohibian administrar este sacramento á los pecadores públicos, y especialmente á una pública cortesana como

era ella, mientras no renunciasen su vida licenciosa, y no diesen pruebas suficientes de no volver á atollarse en sus antiguos desórdenes. Pelagia, que se mantenia siempre postrada á los piés del santo obispo, le respondió: *Padre, mis lágrimas son las mejores fiadoras de la sinceridad de mi conversion, y pues Dios me ha conducido á tus piés, queriendo servirse de ti para lavarme de mis pecados, mira no te pida cuenta de que dilates mas tiempo admitirme en el número de sus esposas.* Conoció el santo por sus instancias la sinceridad de su mudanza; y siendo de parecer todos los obispos que no debia negarle lo que pedia con tales muestras de contricion y con tan ejemplar perseverancia, no pudo resistirse mas á concedérselo. Entre tanto, se dió parte al patriarca de todo lo que pasaba, y se le pidió su permiso para administrarle los sacramentos, rogándole al mismo tiempo que eligiese alguna virtuosa matrona para cuidar de tan ilustre neófita. Admirado el patriarca de tan no esperada conversion, dió mil gracias al Señor, y rogó á una virtuosa señora, por nombre Romana, muy conocida en toda la ciudad por su eminente virtud y por su continuo ejercicio en todo género de buenas obras, que tomase á su cargo aquella nueva ovejita que iba á entrar en el rebaño, queriendo ser su madrina. La virtuosa señora, fuera de sí de gozo por la ocasion que se le venia á las manos de emplearse en tan buena obra, corrió á la iglesia de San Julian, y abrazó tiernamente á la dichosa Pelagia. Despues que san Nono le hubo explicado los principales misterios de nuestra religion, de que ya se hallaba bastantemente instruida, le preguntó cómo se llamaba: *Mis padres*, respondió, *me dieron el nombre de Pelagia; despues, ó por mi vanidad, ó por la riqueza de mis galas, dieron en llamarme Margarita; tú, padre mio, podrás ponerme el nombre que mejor te pareciere.* Hizole san

Nono los exorcismos acostumbrados; y habiéndola bautizado con el nombre de Pelagia, la confirmó, y le dió la sagrada comunion. Dice el historiador de su vida que, cuando el santo obispo volvió á casa, despues de una funcion tan llena de consuelo, no cabiendo en sí de alegría, le dijo á su diácono: *Hermano carísimo, este dia es muy solemne para nosotros; no le he tenido de mas gusto en toda mi vida, y así es menester que todo huela á fiesta; hoy, contra nuestra costumbre, has de guisar las legumbres con aceite, y hemos de beber un poco de vino.* Luego que se sentaron á la mesa, hizo el demonio un espantoso ruido en la posada; oyéronse ahullidos, gritos formidables, y entre ellos una triste y pavorosa voz, que decia: *¡Oh, y lo que me hace padecer este maldito viejo! ¿No le bastaba haber convertido y bautizado á treinta mil sarracenos, y despues á toda la ciudad de Heliópolis? No contento con todas estas conquistas que has hecho á tu Dios á costa mia, me vienes ahora á quitar una cortesana, que ella sola me desquitaba de todas mis pérdidas; ¡no reventarás tú, viejo maldito!* Conociendo el santo el artificio del demonio, no hizo mas que reirse y hacer la señal de la cruz, con lo que le hizo callar, y le echó de allí.

Entre tanto, restituida santa Pelagia á su casa como una nueva criatura, repartió entre los pobres todas sus joyas y todos sus bienes, sin reservar nada para sí, y dió libertad á todos sus esclavos. Aquellas primeras noches tuvo mucho que padecer del espíritu de las tinieblas; pero instruida de su santo director, con la señal de la cruz y con los dulcísimos nombres de Jesus y de María, puso en fuga á todo aquel ejército infernal.

Ocho dias despues dejó la túnica blanca, trocándola por un cilicio, y cubierta con un manto que le dió el santo prelado, se salió secretamente de la ciu-

dad de Antioquía, tomó el camino de Jerusalen, y se fué á enterrar en una gruta del monte Olivete, donde todos la tuvieron por un solitario jóven llamado Pelagio, y con este nombre hizo una vida muy penitente, entregada á las mayores austeridades, y pasándola en continua oracion. Concluido el concilio de Antioquía, se retiró san Nono á Heliópolis sin descubrir á nadie el paradero de su ilustre penitenta, pues ya lo sabia por divina revelacion. Su diácono Jacobo, que le acompañó al concilio, y nos dejó escrita toda esta historia, deseó ir en peregrinacion á Jerusalen, y pidió licencia al santo obispo. Diósela san Nono; pero le encargó que, en llegando á la santa ciudad, se informase de un solitario llamado Pelagio, que habitaba en el monte de las Olivas; y que no se volviese sin traerle noticias de él. No se olvidó Jacobo del encargo, y luego que llegó á Jerusalen, preguntó por el solitario Pelagio. Dijéronle que era un ángel en carne mortal; asombro de todo aquel país por su eminente santidad, y tenido por prodigio de penitencia; que despues de cuatro años que se habia encerrado en una especie de sepultura, solo se alimentaba de algunas raices insípidas que brotaban en el desierto, sin otra conversacion que con Dios y con los ángeles. Partió Jacobo á ver al santo solitario, y le halló en una celdilla abierta en el mismo peñasco, sin otra abertura que la de una ventanilla, la cual estaba casi siempre cerrada. Como iba en el concepto de encontrarse con un hombre, no le pasó por la imaginacion que pudiese ser Pelagia. Por otra parte, estaba la santa tan desfigurada, los ojos tan hundidos y tan apagados con sus lágrimas, el semblante tan seco y tan descarnado al rigor de sus penitencias, la tez y el semblante tan alterado y tan mudado, que le fuera imposible conocerla, aun cuando hubiese ido con aquella duda. Díjole

Jacobo que venia de parte del obispo Nono, cuyo diácono era él : *Nono es un santo,* respondió la santa, *y díle que me encomiende á Dios :* con lo cual cerró prontamente la ventana; y Jacobo oyó que comenzó á rezar Tercia. Volvióse este á Jerusalen lleno de admiracion y de consuelo por haber visto aquel prodigio, y despues de haber visitado los santos lugares, como tambien muchos monasterios, donde no se hablaba de otra cosa que de la santidad del solitario Pelagio, no quiso restituirse á Siria sin haberle hecho segunda visita; llegó á la celda, hizo ruido para que le oyesen, y viendo que nadie parecia, exclamó : *Siervo de Dios, hazme la caridad de dejarte ver.* Como nadie respondiese, volvió al dia siguiente, y sucediéndole lo mismo, repitió lo propio el tercer dia, en el cual, viendo que tampoco le respondian, tuvo la curiosidad de asomarse por la ventanilla, que estaba entreabierta, y vió que estaba muerto el imaginado solitario. Acudió prontamente á dar parte de lo que pasaba á los solitarios del contorno, y todos concurrieron á hacer con el cadáver los últimos oficios. Forzóse la puerta, y se sacó el santo cuerpo para embalsamarle; pero todos se quedaron admirablemente sorprendidos cuando se reconoció que era mujer la que se creia hombre, y luego se oyó exclamar de todas partes : *Seais eternamente alabado, mi Dios, que teneis tantos tesoros escondidos en la tierra; no solo entre los hombres, sino tambien en el sexo mas débil y mas delicado.* Esparcida la voz de aquella maravilla por toda la comarca, concurrió en tropel, así la gente de Jerusalen, como innumerables religiosas que estaban en los monasterios de los llanos de Jericó, y á las orillas del Jordan, todas con velas encendidas, cantando himnos, y asistiendo á sus exequias, celebrándose estas con la mayor solemnidad; y desde aquel tiempo fué muy célebre en toda la Iglesia el

nombre de santa Pelagia. Sucedió esta muerte tan preciosa á los ojos del Señor en el mes de octubre por los años de Cristo 468; y su santo cuerpo, muchos siglos despues de su muerte, fué trasladado á Francia, y depositado en el monasterio de Jonarré en el Brié, diócesis de Meaux, donde ce celebra su traslacion el dia 12 de junio.

SAN CLAUDIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

Entre los hijos de san Marcelo, centurion de la legion que tenian los Romanos en la ciudad de Leon de España, cuentan varios escritores nacionales á san Claudio, Luperio y Vitorico, los cuales, educados en la religion cristiana, seguian fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, y por fin de su carrera, testificaron con su sangre las verdades infalibles de nuestra santa fe, á imitacion de su padre, uno de los mas ilustres mártires de Jesucristo.

Movieron á principios del siglo tercero los emperadores Diocleciano y Maximiano, implacables enemigos de Jesucristo, una de las mas sangrientas persecuciones que padeció la Iglesia en tiempo de los gentiles. Enviaron á España por gobernador de la provincia de Galicia á Diogeniano, hombre fiero y brutal, muy proporcionado para desempeñar el principal encargo de aquellos impíos príncipes, dirigido á extinguir, si pudiesen, la religion de Jesucristo en todos sus dominios. Presentóse este ministro, zeloso del culto de sus dioses, en la ciudad de Leon; y como en ella brillaban Claudio, Luperio y Vitorico en las acciones mas recomendables que exige de sus profesores la religion de Jesucristo, no tardaron en descu-

brirlos los ministros del nuevo gobernador. Diéronle parte de la conducta de los tres hermanos enteramente contraria á lo que mandaban las leyes del imperio. Con este aviso mandó Diogeniano congregar al pueblo, y le habló en estos términos : *He oido que entre vosotros hay ciertos hombres que desprecian á nuestros dioses y los decretos imperiales*; y como ninguno se atreviese á responder, llenos de terror, porque conocian su crueldad, prosiguió : *¿Por ventura todos vbsotros consentis con ellos en su propósito?* Cuando se mantenia el pueblo en una estática suspension, creyendo Claudio, Luperio y Vitorico ser aquella la ocasion mas oportuna de hacer una confesion pública de la fe que profesaban, encendidos en vivísimos deseos de lograr la corona del martirio, dijeron á una voz á Diogeniano : *Nosotros tres somos siervos de Jesucristo, dispuestos á padecer gustosos por la confesion de su santo nombre cuantos tormentos pueda discurrir tu crueldad : mándanos comparecer á tu audiencia, responderemos á tu interrogatorio, pues el Señor á quien adoramos nos dictará cuanto hemos de decir en este caso, conforme tiene prometido á sus discípulos cuando se presenten á los tribunales de sus enemigos.*

Vosotros solos, continuó el tirano, *parece que sois los que resistis obedecer los mandatos de los príncipes del mundo, á quien obedecen tantos millares de Romanos, cuya audacia sin duda os hace temerarios. Yo quiero saber de vosotros la causa de esta loca resistencia. Con razon,* respondieron los tres hermanos, *está escrito en las santas Escrituras, que no verán los que tienen ojos, ni oirán los que tienen oidos. Tú que ponderas la multitud de los que sacrifican á tus dioses, y obedecen á los emperadores romanos, ¿cómo no reparas los millares de ángeles y fieles creyentes en Jesucristo que los desprecian?* De lo que irritado Diogeniano, les vol-

vió á preguntar : *¿En quién teneis puesta vuestra confianza para responder con esa osadía?* Y contestaron los santos, que en el verdadero Dios Criador del cielo, de la tierra y de todas las criaturas.

Enfurecido el gobernador al oir á Claudio, Luperio y Vitorico, se explicó en estos términos: *Nuestra paciencia nos causa el mayor desprecio, pues da lugar á que á vuestro ejemplo puedan seguir otros vuestra perversidad; y así, ó sacrificad á los dioses romanos, ó preparaos á morir.* A esta amenaza respondieron los santos, llenos de un extraordinario júbilo : *Nosotros no tememos á los que pueden dar muerte al cuerpo, sino aquel que puede condenar el alma al infierno, bajo cuyo supuesto haz lo que te persuada el diablo tu padre ; pues nosotros hasta el último aliento despreciaremos á tus dioses y á los emperadores, que son hijos de Satanás.*

No es fácil poder explicar la ira que concibió el tirano, en vista del desprecio que los santos hacian de sus amenazas; y queriendo desahogar su cólera algun tanto, les dijo : *Parece que el triunfo vil y ruin de los cristianos consiste, segun estoy informado, en hacer gala de sufrir con valentía los tormentos mas formidables, pues yo haré que no tengan esta gloria vana;* y siguiendo esta idea, mandó degollarlos sin dilacion, cuya sentencia se ejecutó en 30 de octubre del año 303. Dieron por entonces los fieles sepultura á los venerables cuerpos de los tres ilustres mártires en un lugar oculto por temor de la persecucion; pero luego que gozó de paz la Iglesia, erigieron en honor suyo un templo. Dado despues á los monjes de san Benito, construyeron estos cerca de él un célebre monasterio titulado de San Claudio. Despues que ganó el rey don Alonso á los Moros la ciudad de Leon, á ruegos del rey don Fernando, de Juan, obispo de Leon, y del abad Pelagio, hizo en 23 de mar-

zo de 1173 el cardenal Jacinto, hallándose legado de la santa sede en España, la solemne traslacion de los cuerpos de los tres ilustres mártires á lugar mas decente, con asistencia de muchos obispos, abades y grande concurso de personas eclesiásticas y seculares; habiéndose dignado el Señor obrar muchos prodigios por intercesion de sus siervos, entre los cuales es memorable el siguiente:

Cuando ganó de los cristianos el rey moro Almanzor la ciudad de Leon, queriendo entrar á caballo en el monasterio de San Claudio, rebentó de repente el caballo que le conducia; por lo que, lleno de temor, no se atrevió á hacer daño alguno á los monjes; antes bien los trató con una urbanidad extraordinaria. Este suceso se ve pintado al lado del sitio donde se conservan las reliquias de los santos; y en la sacristía del mismo monasterio se muestran algunos pedazos del caparazon de labor árabe que llevaba el caballo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Africa, la fiesta de doscientos bienaventurados mártires.

En Tanger en la Mauritania, el suplicio de san Marcelo, centurion, á quien cortaron la cabeza bajo Agricolao, lugarteniente del prefecto del pretorio.

En Alejandría, trece bienaventurados mártires, quienes padecieron bajo el emperador Decio, con san Julian, san Euno y san Macario.

En el mismo lugar, santa Eutropia, mártir, quien, por visitar á los mártires, fué cruelmente atormentada con ellos, y con ellos mereció la corona del martirio.

En Cagliari en Cerdeña, san Saturnino, mártir, que alargó el cuello á la cuchilla en la persecucion de Diocleciano, bajo el presidente Barbaro.

En Apamea, san Máximo, mártir, bajo el mismo Diocleciano.

En Leon de España, san Claudio, san Luperio y san Vitorico, mártires, hijos de san Marcelo el centurion, que fueron condenados á ser decapitados en la persecucion de Diocleciano y de Maximiano, bajo el presidente Diogeniano.

En Egea de Cilicia, el martirio de san Zenobio, obispo, y de su hermana santa Zenobia, bajo el emperador Diocleciano y el presidente Lisias.

En Altino, san Teonesto, obispo y mártir, que fué muerto por los arrianos.

En París, san Lucano, mártir.

En Antioquía, san Serapion, obispo, celebérrimo por su saber.

En Capua, san German, obispo y confesor, varon de gran santidad, cuya alma vió llevar al cielo san Benito por los ángeles, al salir del santo cuerpo.

En Potenza en Lucania, san Gerardo, abad.

En Issoudun en el Berri, san Talazo, corepíscopo en Auvernia.

En el mismo Berri, san Genitoux, confesor, bajo cuya advocacion hay una iglesia en el Blanc.

En Lorena, el bienaventurado Nantier, abad de San Mihiel.

En Asia, san Artemas, discípulo de san Pablo.

En Cerdeña, el tránsito de san Ponciano, papa.

En Etiopía, los santos mártires Iraeo y Atanasio.

En el ducado de Spoleto, san Félix de Janocastro.

La misa es en honor de la santa y la oracion la que sigue:

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Pelagiæ festivitate gaudemus, ita

Oyenos, ó Dios, salud y vida nuestra, para que, así como la solemnidad de tu bienaventu-

piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum...

rada Pelagia nos da una verdadera alegría, así experimentemos tambien el fervor de una santa devocion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5 *de la de san Pablo á los Efesinos.*

Videte, fratres, quomodò cautè ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes: redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes: sed intelligentes quæ sit voluntas Dei.

Hermanos, cuidad de caminar cautamente: no como ignorantes, sino como sabios, recobrando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto, no seais imprudentes, sino entended cuál sea la voluntad de Dios.

NOTA.

Por las suscripciones que se leen en los ejemplares griegos al fin de la epístola de san Pablo á los Efesinos, se infiere bastantemente que se escribió en la ciudad de Roma, y tambien porque en ella habla el Apóstol frecuentemente de sus cadenas. Pero como san Pablo estuvo dos veces preso en Roma, es muy probable que habla de la primera prision, especialmente por la circunstancia de haber sido portador de la carta el diácono Tiquiques.

REFLEXIONES.

Rescatando el tiempo, porque los dias son malos. Cómprase el tiempo cuando se sacrifican la quietud, las conveniencias, los bienes y los gustos de esta vida para lograr tiempo de vacar al negocio de la propia salvacion, que es el único necesario de este mundo. Todo se conjura para robarnos un tiempo tan precioso, ó

por lo menos para hacérnosle perder; nuestros amigos, nuestros enemigos, el cuidado del cuerpo, de los bienes, de los empleos y de los negocios. Estamos expuestos á mil peligros, á mil tentaciones, á mil escándalos. Nuestra aplicacion, nuestra ansia y nuestro gran negocio debe ser rescatar, conservar, ganar este tiempo tan precioso, que se nos huye con tanta rapidez. No es nuestro el tiempo de esta vida; estamos en ella como extranjeros y como caminantes; aprovechémonos de él con prudencia; gobernémosle con economía; rescatémosle á costa de todo lo demás. El tiempo perdido nunca vuelve; pero aprovechando bien el que nos resta, nos podemos resarcir de lo que se perdió en el pasado. Son pocos los que conocen cuanto vale el tiempo de esta vida. Pero ¿qué se hace de este precioso tiempo? Los mas no saben qué hacerse de él, y solo discurren el modo de perderle. Por eso, hay tantos ociosos, tantos empalagados con su misma ociosidad. No hay cosa mas larga que el tiempo para los que le inutilizan : no la hay mas pasajera ni mas veloz para los que le aprovechan. Contados están nuestros dias; en su corto número podemos labrar nuestra fortuna para el cielo y para la eternidad. ¡Cosa verdaderamente extraña! Esas mujeres profanas, cuya vida se reduce á una perpetua cadena de pasatiempos, de juegos, de diversiones y de ociosidad, no tienen otro tiempo para trabajar en su salvacion, que ese mismo que pierden. Cae alguna peligrosamente enferma, al punto se llama á toda prisa al confesor; se recurre á los santos sacramentos; se procuran atropelladamente aprovechar aquellos momentos fugitivos, con una razon y con una religion, digámoslo así, medio apagadas, y todo para solicitar la salvacion en aquel residuo de tiempo, habiéndose perdido miserablemente el de la vida muy descuidadamente, y con entera reflexion de querer perderle. El tiempo fu

turo no está en nuestra mano; está únicamente en las de Dios, que nos concedió el tiempo presente como un talento de que nos ha de pedir estrecha cuenta. No esperemos á conocer lo que vale el tiempo cuando ya sea inútil este conocimiento. Nuestra ansia por aprovecharle, bien debiera igualar á la velocidad con que corre. No hay mayor desconsuelo ni mayor desesperacion que el dolor de haber perdido el tiempo cuando ya el tiempo se huyó, y ya no hay mas tiempo para nosotros.

El evangelio es del capítulo 7 de san Lucas.

Ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix, ut cognovit quòd Jesus accubuisset in domo pharisæi, attulit alabastrum unguenti : et stans retrò secus pedes ejus, lacrymis cœpit rigare *pedes ejus, et capillis capitis* sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat.

En aquel tiempo: Hé aquí que una mujer, que era pecadora en la ciudad, luego que entendió que Jesus comia en casa del fariseo, tomó un alabastro de ungüento; y estando detrás á *sus piés, comenzó á regar con* lágrimas los piés de Jesus, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y los ungia con ungüento.

MEDITACION.

DE LA NECESIDAD DE LA CONVERSION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es artículo de fe que Dios quiere sinceramente la conversion del pecador. No quiero la muerte eterna del pecador, dice el Señor por su Profeta; lo que quiero es que, convirtiéndose de todo corazon, y haciendo penitencia, viva eternamente en

el cielo: *Sed ut magis convertatur et vivat.* Gran consuelo es saber que verdaderamente quiere Dios mi conversion, y que, por grande pecador que sea, quiere absolutamente que me convierta. Por mas pecados que haya cometido, quiere Dios volverme á su amistad, restituirme á su gracia, perdonarme, y aun olvidar todos mis pecados, solo con que me convierta de veras. Para esto tengo necesidad de su gracia, y una gran gracia; pero él me la quiere dar, él me la ofrece, puesto que quiere mi conversion sinceramente. ¿Será posible que, estando en mi mano convertirme, solo yo no quiera mi conversion? Y es preciso que no la quiera, puesto que no me convierto. Dícese comunmente que bien quisiera uno convertirse; pero efectivamente no quiere el que dice quisiera. Quisiera hacerlo, si estuviera ya disgustado de aquella mala costumbre; quisiéralo, con tal que nada costase á la inclinacion y al amor propio; quisiéralo, como no fuera menester hacerse violencia, como se rompieran por sí mismas las cadenas que nos tienen aprisionados, como todo fuera fácil y allanado; pero mientras hay algo que vencer, solo se tiene una voluntad condicionada, una media voluntad. Quiérese uno convertir; pero imperfectamente, sin tener nada que sacrificar, y sin que nada le cueste; esto en buenos términos es no querer convertirse. De aquí nace el que se vean el dia de hoy tan pocas conversiones, aunque hay tantas gentes con tan gran necesidad de convertirse, y que dicen que lo quieren. Esas medias voluntades entretienen y amodorran al pecador, para no le convierten.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es muy corto el número de los que quieren sinceramente convertirse. En tratándose de convertirse perfectamente, se quiere, y no se quiere;

ni aun se sabe bien lo que se quiere; porque muchas veces nada menos se quiere que aquello mismo que mas se afecta querer. Eternamente andamos regateando con Dios; siempre se le retiene algo de lo que se prometió; siempre se consulta sobre lo que nos pide, y siempre se le disputan sus derechos, buscándose interpretaciones benignas para explicar en nuestro favor su voluntad. Mídense escrupulosamente todos los pasos, como si temiéramos empeñarnos demasiado. Ah, Señor, ¿y se procede con el mismo tiento cuando un hombre se pierde, entregándose libremente al mundo, á los pasatiempos, á la licencia de las costumbres, á los desórdenes y á la disolucion? ¿se teme entonces empeñarse demasiadamente en el mundo, y en aquella infeliz carrera que conduce á la perdicion eterna? ¡Y será posible que por Dios y por la salvacion siempre se ha de creer que se hace demasiado, ó por lo menos que se hace bastante! Y bien, mi Dios, ¿qué es lo que tememos? ¿tememos entregarnos todos á vos demasiadamente? y no cierto porque no estemos bien persuadidos á que esta dichosa entrega seria utilísima para nosotros; pero se rezela dar este paso, porque la tibieza de una desmayada fe debilita la confianza; desconfiamos mucho, porque os amamos poco. Se sentiria romper con todos los lazos que nos tienen aprisionados en el mundo, y por eso nos contentamos con hacer pedazos algunos. Pero la verdadera conversion no entiende de cobardes contemporizaciones, no da cuartel á esas irreligiosas partijas. Como Dios es su móvil, su único fin y su principio, todo se lo sacrifica, pasiones, amor propio, honra, intereses y vida. Hace pedazos las cadenas, reduce á cenizas todos los lazos que le aprisionaban aincendios del divino amor que anima, por decirlo así, toda conversion verdadera. No se da oidos á los gritos de las pasiones, ni á las costumbres mas

inveteradas, solo se presta atencion á la voz de Dios.

Dignaos, Señor, hacérmela percibir, pues estoy bien resuelto, mediante vuestra divina gracia, á oirla con docilidad. Ya no diré jamás : *Yo me convertiré* : la mudanza de mi vida, la reforma de mis costumbres y mi humilde penitencia os dirán de aquí adelante que por vuestra infinita misericordia estoy ya convertido.

JACULATORIAS.

Converte me, et convertar : quia tu Dominus Deus meus. Jerem. 31.

Conviérteme, Señor, y me convertiré; porque tú eres mi Dios y mi Señor.

Converte nos, Deus salutaris noster, et averte iram tuam à nobis. Salm. 84.

Conviértenos, ó Dios Salvador nuestro, y aparta tu ira de nosotros.

PROPOSITOS.

1. No basta hacer bellos planes de conversion, si no se aplican medios seguros y eficaces para ponerlos por obra. Propósitos sin efecto son resoluciones vanas, que solo servirán para nuestra condenacion. La conversion sincera y eficaz es inseparable de la penitencia real y efectiva; los frutos de esta prueban la verdad de aquella. Conviértete desde este mismo dia, y desde luego haz frutos dignos de penitencia. Si tienes necesidad de una confesion general, comienza á disponerte para ella desde hoy, y no lo dilates para mañana. Si es menester romper algun lazo, huir de alguna ocasion, por aquí has de comenzar; desde hoy mismo has de dejar esa visita, esa conversacion, esa tertulia; así obra el que verdaderamente quiere convertirse.

2. Pero la conversion no solo pide cortar el mal; tambien requiere que se haga bien. Da principio por aquellos ejercicios de cristiano en que tanto te has descuidado hasta ahora : oir misa, rezar el rosario, visitar los altares, un poco de oracion, y otras ciertas devociones y buenas obras que te convienen mucho, sin olvidarte de visitar todas las tardes el Santísimo Sacramento. Esta es una de las mas provechosas devociones. Da tambien algunas muestras de tu particular devocion á la santísima Vírgen : fuera del rosario que le debes rezar todos los dias, visita cada semana aquella iglesia ó aquella capilla en que es particularmente reverenciada.

DIA TREINTA Y UNO.

SAN QUINTIN, MÁRTIR.

Fué san Quintin hijo de un senador romano, llamado Zenon, muy conocido en Roma por sus grandes riquezas y por su valimiento con los emperadores. Aunque desde el nacimiento de la Iglesia en todas partes fueron los cristianos perseguidos bajo la dominacion de mas de treinta emperadores paganos, no dejó de florecer el cristianismo en todas ellas, particularmente en aquella capital del imperio donde se aumentaba cada dia el número de los cristianos, acreditando que la sangre de los mártires era fecunda semilla de los verdaderos fieles. No se sabe á punto fijo el tiempo en que san Quintin se convirtió á la fe; pero es probable que fué hácia el fin del pontificado de san Eutiquiano, á quien sucedió san Cayo; conquista ilustre que añadió mucho esplendor á la Iglesia. Era Quintin

hombre de bello entendimiento; y queriendo el Señor formar en él uno de sus mas esclarecidos mártires, desde el mismo bautismo le inspiró tan ardiente zelo por la religion, que desde entonces caminó siguiendo las huellas de los sagrados apóstoles. Su abrasado amor á Jesucristo inflamó su corazon en una caridad tan encendida, que quisiera pegar el mismo divino fuego á todos los corazones, y reducir á cenizas todos los ídolos.

Luego que san Cayo se sentó en la silla de san Pedro el año de 283, le descubrió san Quintin todo su pecho, manifestándole el fervoroso deseo que tenia de llevar la fe á los paises donde Jesucristo era menos conocido, pero particularmente á las Galias. Muy consolado el santo pontífice por hallarse con un operario tan excelente, en tiempo en que la miés era tan copiosa, alabó mucho su zelo, y concediéndole la mision que deseaba, le señaló por compañero á san Luciano, á quien san Oven llama su cólega en el ministerio del Evangelio. Luego que se publicó en Roma la generosa resolucion de san Quintin, se ofrecieron á acompañarle en aquella apostólica expedicion gran número de los mas zelosos fieles, entre los cuales se cree que fueron san Crispin y Crispiniano, Victórico y Tusciano, Platon, Eugenio, Rufino, Dalero y Marcelo. Dejó san Quintin su patria, su casa, sus bienes; y renunciándolo todo por amor de Jesucristo, partió de Roma con san Luciano, y se adelantó predicando la fe hasta la ciudad de Amiens, á las riberas del Soma. Allí se separaron los dos, pasando san Luciano á plantar la fe en Beauvais, y quedándose en Amiens nuestro san Quintin. Era el campo verdaderamente vasto y fecundo; pero inculto, silvestre y montuoso, necesitando el santo misionero de tanto zelo como valor para desmontarle. Mas ¡qué no podrá un hombre verdaderamente apostólico!

Apenas comenzó á predicar san Quintin cuando mudó de semblante todo el terreno. La luz del Evangelio que alumbraba los entendimientos, encendia al mismo tiempo los corazones; y creciendo cada dia el número de los fieles, en breve tiempo se vió en Amiens una de las mas florecientes iglesias que habia en las Galias. A la verdad, no parecia fácil que produjesen menos frutos los laboriosos afanes del apostólico varon. Siendo tan poderoso en obras como en palabras, cada dia iba añadiendo nuevas conquistas á Jesucristo, tanto con sus sermones, como con sus milagros. A solo el nombre de Jesus, pronunciado por la boca de Quintin, se ponian en fuga legiones enteras de demonios, y cobraban la salud todos los enfermos. De todas partes acudian estos á san Quintin para que los sanase; y á la salud del cuerpo, que al instante conseguian, acompañaba siempre la del alma. Venian los ciegos conducidos por sus lazarillos á nuestro santo, y se volvian sin ellos á sus casas; y los que llegaban impedidos de todos sus miembros, se restituian á ellas sin apoyo y sin arrimo. No se hablaba de otra cosa en todo el país que de las maravillas que obraba el Señor por medio de su siervo; y las bendiciones que todos daban á Dios publicaban en todas partes la eminente santidad del nuevo apóstol.

Como metian tanto ruido las insignes conversiones que hacia cada dia, no solo en Amiens, sino en todo el país circunvecino, necesariamente habian de disgustar mucho á los sacerdotes de los ídolos, y los habia de poner de mal humor contra nuestro santo. Veian desiertos los templos, cubiertos de polvo los altares, y que se iba secando el manantial de las ofrendas; y vestida de zelo la codicia, tomaron la maligna resolucion de perder al siervo de Dios. Con este fin acudieron á Ricciovaro, que acababa de ser nombrado prefecto de las Galias, y era uno de los mas crueles per-

seguidores del nombre cristiano. Celebrando este la ocasion de satisfacer su odio mortal al cristianismo, pasó á Amiens personalmente, y vió por sus ojos los asombrosos progresos que habia hecho el Evangelio por el zelo y por la buena conducta de san Quintin. Mandóle prender, y *llevado á su tribunal*, *dió principio* afeándole el borron infame que echaba á su ilustre sangre, pues, siendo hijo de un senador romano, se habia dejado infatuar de las supersticiones de los cristianos. Respondióle el santo que en la religion cristiana no se conocian qué cosa era supersticion; puesto que en ella solo se rendia culto al único Dios verdadero, y se *miraban* con horror las gentílicas supersticiones.

Irritó tanto al prefecto esta generosa respuesta, que, sin respetar su calidad, ni los privilegios de ciudadano romano, le mandó azotar con varas; suplicio afrentoso, que solo permitian las leyes se ejecutase con los esclavos. Levantando el santo los ojos al cielo, dió gracias al Señor por la merced que le hacia en padecer por su gloria, y no cesaba de invocar el dulcísimo nombre de Jesus. Al tiempo que padecia este suplicio, se oyó una voz del cielo que decia: *Buen ánimo, Quintin, buen ánimo; yo soy el que padezco en tus miembros; yo te fortalezco y te asisto;* y en el mismo punto cayeron los verdugos en tierra medio muertos, no de otra manera que si hubieran sido heridos de algun rayo. Fué testigo el prefecto de este suceso, que, en vez de escarmentarle, le enfucerió mucho mas, atribuyéndole á arte mágica, segun la costumbre dominante de los gentiles, que echaban siempre mano de este recurso para deslumbrar al pueblo idiota, y deslucir las maravillas que obraba Dios en favor de los cristianos. Mandó que le encerrasen en un horroroso calabozo hasta el dia siguiente, con resolucion de pasar á mas crueles suplicios. Luego que

el santo entró en él, se convirtió su lobreguez en un brillante claridad; y hácia la media noche se dejó ver unángel del cielo que hizo pedazos las cadenas, y le trasladó milagrosamente á la mas hermosa plaza de la ciudad, en medio de la cual desde el mismo romper el dia comenzó á predicar con mayor zelo que nunca. Noticioso el carcelero de esta maravilla, acudió prontamente con sus guardias para echar mano de él; pero quedaron tan asombrados al verle, y tan movidos al oirle, que todos se convirtieron.

Espantado Ricciovaro, pero no convertido, á vista de tan portentoso prodigio, pareciéndole que, si se ablandaba, le desacreditaria la victoria del santo mártir en el concepto del pueblo y en el ánimo del emperador, ordenó que le aplicasen á la tortura, y que, mientras la máquina le dislocaba todos los huesos, le despedazasen á azotes con ramales armados con pelotillas plomadas. Y porque el santo mártir se mostraba insensible á este espantoso tormento, hizo que le rociasen las llagas con aceite hirviendo, mezclado de pez y grasa derretidas; y pareciéndole que todavía no era bastante vivo este penetrante fuego, mandó que al mismo tiempo le abrasasen todo el cuerpo con hachas encendidas. Pero ¿qué fuerza tiene toda la crueldad de los tiranos contra el poder de Dios? El mismo santo confesó al tirano que todos sus tormentos eran para él delicias verdaderas. Llenáronle la boca de cal viva, desleida en un fortísimo vinagre, y el santo la tragó, como si fuese la bebida mas regalada y exquisita.

Conmovióse toda la ciudad de Amiens á vista de este espectáculo, y toda ella comenzaba ya á alborotarse contra el tirano; el cual, temiendo un motin popular, hizo sacar en secreto al santo mártir, y conducirle á la ciudad de Augusta, capital entonces del Vermandois, adonde el mismo dia le fué siguiendo

Ricciovaro. Mandó comparecer á nuestro santo, y despues de haber empleado lo mas halagüeño de las promesas, y lo mas terrible de las amenazas, encontrando siempre inflexible al héroe cristiano, mandó que le pasasen dos asadores desde el cuello hasta las piernas; y para colmo de crueldad, que le metiesen agudos clavos entre las uñas y la carne. En medio de tan horrorosa carnicería mostraba nuestro santo una paciencia, que pasaba de sufrimiento, y se acercaba á ser gozo; lo que no pudiendo ya sufrir el tirano, mandó que le cortasen la cabeza, como se ejecutó el último dia de octubre del año 287. Añaden las actas de su martirio que, cuando el santo llegó al lugar del suplicio, rogó al verdugo le concediese algunos momentos para ofrecer al Señor el sacrificio de su vida. Púsose de rodillas, suplicando á Dios que se dignase recibir su alma en paz; y en el mismo punto que le cortaron la cabeza, se oyó una milagrosa voz que decia : *Quintin, siervo mio, ven á recibir en el cielo la corona que mereciste con tantos tormentos*. Pusiéronse centilenas al santo cuerpo para que los cristianos no le tributasen el honor de la sepultura; y llegada la noche, mandó el prefecto que le arrojasen en el rio Soma con una gran maza de plomo al cuello, para que, hundiéndose en lo mas profundo, sirviese de pasto á los peces.

Habiendo cesado la persecucion con la muerte de Diocleciano y Maximiano, una matrona romana, llamada Eusebia, que habia perdido la vista, oyó, estando en oracion, una voz que le decia que, si la queria recobrar, hiciese un viaje á Vermandois, y dispusiera que se sacase del rio Soma el cuerpo de san Quintin. Ejecutólo la buena señora; y habiéndose informado donde podia estar el cuerpo de san Quintin, un hombre anciano le señaló el sitio donde se decia que habia sido arrojado en el rio. Dió órden para que á su

costa se hiciesen diligencias de buscarle; y apenas se descubrió el santo cuerpo cuando se vió venir nadando de muy lejos la cabeza que estaba separada, y con nuevo prodigio la matrona romana recobró la vista luego que adoró al santo cuerpo. Contentáronse por entonces con poner las santas reliquias en un sepulcro, el que cubrieron tanto de tierra, por ocultarle mejor, que en breve tiempo se perdió la memoria de donde estaba, bien que persuadidos siempre de que estaba dentro de la iglesia que se habia fabricado en aquel mismo lugar.

Creciendo cada dia el culto de nuestro santo, se deseaba con ansia sacar de la oscuridad aquel sagrado tesoro para exponerle á la veneracion de los fieles. Por los años de 640, un clérigo, llamado Maurin, tan desarreglado en sus costumbres, como lleno de ambiciosa hipocresía, publicó que se le habia manifestado por revelacion dónde estaba el cuerpo del santo, y con el mayor descaro él mismo se puso á cavar para desenterrarle; pero apenas habia comenzado á mover la tierra cuando se le pegó á las manos el mango del azadon con que cavaba, segun dice san Oven, de manera que al instante se llenaron todas de gusanos, y el desdichado clérigo murió al dia siguiente. A vista de tan extraño suceso se enfrió mucho el deseo de buscarle, hasta que, habiendo sido san Eloy nombrado obispo de Noyon y del Vermandois, determinó buscar aquella preciosa reliquia. Despues de tres dias de ayuno y de oraciones encontró en fin el sagrado tesoro que colocó en una caja; y aumentándose cada dia el concurso de los pueblos, dentro de poco pasó el corto lugar á ser una ciudad, que tomó el nombre de San Quintin, donde reposan hasta hoy las reliquias de nuestro santo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de todos los santos.

En Roma, la fiesta de san Nemeso, diácono, y santa Lucila, vírgen, su hija, quienes, no pudiendo ser reducidos á renunciar á Jesucristo, fueron decapitados el 25 de agosto. Sus cuerpos fueron enterrados por el papa san Estéban; con el tiempo lo fueron con mayor distincion en la via Apia en igual dia por san Sixto. Gregorio V los trasfirió á la iglesia de Santa María la Nueva, con san Sinfronio, san Olimpo, tribuno, santa Exuperia su mujer, y su hijo san Teodulo; quienes, habiendo sido todos convertidos por el zelo de san Sinfronio, y bautizados por el mismo san Estéban, recibieron la corona del martirio. En el pontificado de Gregorio XIII, habiendo sido hallados los cuerpos de estos santos en el mismo lugar, fueron colocados con mayor magnificencia debajo del altar de la mismaiglesia el dia 8 de diciembre.

El propio dia, san Ampliato, san Urbano y san Narciso, de quienes habla san Pablo en su epístola á los Romanos, y que fueron muertos por los judíos y los gentiles en odio del Evangelio de Jesucristo.

En Francia, en Vermand (hoy San Quintin), san Quintin, ciudadano romano, del órden se senadores, que padeció el martirio bajo el emperador Maximiano. Su cuerpo fué hallado intacto cincuenta años despues, por revelacion de un ángel.

En Constantinopla, san Staquis, obispo, que fué consagrado primer pontífice de aquella iglesia por el apostol san Andrés.

En Milan, san Antonino, obispo y confesor.

En Ratisbona, san Wolfgango, obispo.

En Autun, san Pigmeno, obispo.

Entre Soignes y Nivelle, cerca de Reux en el Hai-

naut, san Foiñan, hermano de san Fursy, y san Ultain.

En Colonia, santa Noitburga, de quien hay en la Cartuja de Coblentz una parte del cuerpo.

En Quercy, el venerable Cristóval de Cahors, del órden de san Francisco.

Entre los Etiopes, los santos mártires Aziriano y Epimaquio.

En el mismo lugar, san Abaido, confesor.

En el condado de Northumberland, santa Bea, virgen.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Quintini natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todo poderoso, que nos fortifiques en el amor de tu santo nombre por la intercesion de san Quintin, cuyo dichoso nacimiento al cielo celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera del apóstol san Pedro, cap. 4.

Charissimi: Communicantes Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis: quoniam quod est honoris, gloriæ, et virtutis Dei, et qui est ejus spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur, aut maledictus, aut alienorum appetitor. Si au-

Carísimos: Alegraos de participar de los trabajos de Cristo, para que os alegreis tambien y os regocijeis cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados ignominiosamente por el nombre de Cristo, seréis dichosos; porque el honor, la gloria y la virtud de Dios, y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladron, ó maldi-

tem ut christianus, non erubescat: glorificet autem Deum in isto nomine, quoniam tempus est ut incipiat judicium à domo Dei. Si autem primùm à nobis, quis finis eorum, qui non credunt Dei Evangelio? Et si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi parebunt? Itaque et hi, qui patiuntur secundùm voluntatem Dei, fideli Creatori commendent animas suas in benefactis.

ciente, ó acechador de los bienes ajenos. Pero si como cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen el *Evangelio de Dios*? Y si *el justo* apenas se salvará, ¿en dónde pararán el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.

NOTA.

« Aunque no se sabe á punto fijo el año en que se escribió esta epístola, siendo cierto que ya entonces se daba comunmente el nombre de cristianos á los discípulos, que san Marcos estaba á la sazon en compañía del Apóstol, y que san Pedro dice en ella que *ya estaba cerca el dia del Señor*, aludiendo á la próxima ruina de Jerusalen, se puede decir que se escribió entre el año 45 y 50 de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Si fuéreis afrentados por el nombre de Jesucristo, seréis bienaventurados. Así pensaba san Pedro, y así pensaron y pensarán como el mismo santo apóstol hasta el fin de todos los siglos todos los que tuvieren el verdadero espíritu de Dios. ¿Qué mayor honra, qué gloria mayor, qué mayor ventaja, ni qué bien mas sólido y mas verdadero, que padecer y ser maltratados por el nombre de Jesucristo? No hay mayor prueba

del amor que tenemos á Dios, no hay demostracion mas clara de un gran fondo de religion, que esta ilustre paciencia; en la tierra no hay cosa mas honorífica ni mas gloriosa para el hombre que padecer por la gloria de Dios. Triunfaban de alegría los apóstoles al salir del concilio ó de la sinagoga, por haberlos juzgado dignos de ser maltratados por el nombre de Jesus. Traigamos á la memoria aquellos tantos millones de mártires, que nunca se consideraron mas dichosos que cuando se veian hartos de oprobios por amor de aquel á cuya gloria sacrificaban su vida. Presentemos á los ojos de la consideracion el indigno modo con que el mundo trató á tantos grandes siervos de Dios, de que no era digno el mismo mundo; y sin retroceder con la reflexion á los siglos pasados, notemos con cuánta indignidad es tratada el dia de hoy la virtud cristiana por los impíos, por los disolutos, y por todos aquellos que están embebidos en el espíritu del mundo. ¿Con qué insulsas chocarrerías no se burlan de la devocion y de los devotos? ¿qué sátiras tan picantes no desprenden contra el arreglo de las costumbres, contra la modestia, la gravedad, la circunspeccion y el retiro de los buenos? Trátanlos de espíritus apocados, de gente insociable, de hombres de corto entendimiento. El mundo es el que les hace causa, como á enemigos de sus desórdenes; y el mundo es el que no puede llevar con paciencia su juicioso proceder y su cordura. La pureza de sus costumbres es una importuna y penetrante censura de la disolucion de los mundanos; esto es lo que los pone y los pondrá siempre de mal humor contra los siervos de Dios. Hónrase á los santos despues de su muerte; pero en cambio se los maltrata bien en vida. No hay que extrañarlo. *Mundus vos odit, quia me priorem vobis odio habuit*: Si el mundo os aborrece á vos-

atros, dice el Salvador, tened entendido que primero me aborreció á mí.

El evangelio es del cap. 12 *de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terra mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá. y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION

DE NO DILATAR LA CONVERSION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguno hay que en el espacio de su vida no hubiese tenido algunas veces el pensamiento, y aun los deseos de convertirse á Dios perfectamente. Hay ciertos momentos felices en que, á favor de no sé qué luz interior, se descubren tantas nulidades en todas las criaturas; se encuentra tan poca solidez en todas las cosas de acá abajo; y se mira con tanto tedio aquello mismo en que antes se hallaba mayor atractivo, que no es posible dejar de confesar que es una insensatez el no servir á Dios. Sobro

entendimiento para rendirse á las razones que convencen la necesidad de mudar de vida; pero falta generosidad y valor para resistir á las pasiones, que nos tienen hechos viles esclavos suyos. Entre estos dos partidos halla el amor propio un temperamento; satisface á la razon conviniendo en que la conversion es indispensable; pero se acomoda con la cobardía, induciéndola á que la dilate, y continuando entre tanto en el ejercicio de nuestras viciosas costumbres. Mas es visible que enteramente nos engaña, porque esta misma dilacion nos pone en evidente peligro de no convertirnos jamás. Para convertirse son necesarias tres cosas: tiempo, volundad y gracia. Aunque se dilatara la conversion no mas que un solo dia, ¿quién nos ha dicho que tendremos ese dia para convertirnos? ¿quién nos ha dicho que, aun logrando este dia, tendremos entonces mejor voluntad que al presente? ¿y qué revelacion nos ha asegurado que se nos dará entonces una gracia mas eficaz que tantas otras á que hemos resistido hasta ahora? ¿hay cosa mas incierta que el tiempo? A infinitos sorprendió la muerte en la víspera de su conversion. No hay mayor desconsuelo que morirse uno con solo el proyecto de una conversion futura. Todavía no es tiempo, se suele decir, de romper estas prisiones, de dejar aquella ocasion, de corregir este vicio, de emprender una vida mas cristiana y mas santa. Bien; pero ¿cuándo ha de llegar este tiempo? ¿Cuando se enfrie el ardor de la mocedad, cuando los años y las experiencias nos hayan desengañado de las bagatelas que ahora nos ocupan, y cuando todas las cosas concurran á llevarnos y á volvernos á Dios? Así discurren, así raciocinan los hombres sobre el proyecto de su salvacion; casi todos piensan en este particular de una misma manera; pero ¿raciocinan y discurren con solidez? ¿hay seguridad de llegar á esa edad, en que, sosega-

da la razon y calmadas las pasiones, se conozca, se experimente y se palpe la vanidad de todo lo que ahora nos encanta? ¿de cuándo acá podemos nosotros disponer del tiempo y de los momentos, de que solo es dueño el Padre celestial? Y sin embargo, en esto se funda la mayor parte de los hombres. Fuera de eso, ¿quién nos ha dicho que las pasiones se debilitan con la vejez? Antes bien sucede todo lo contrario : al paso que van decayendo las fuerzas corporales, se van fortificando mas y mas los hábitos viciosos, aprovechándose, digámoslo así, de la misma debilidad del espíritu. ¡Oh, y qué raras veces se ve á un viejo disoluto perfectamente convertido!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que se engaña mucho el que imagina que la última enfermedad es al fin un seguro recurso para remediar el daño de estas peligrosas dilaciones. ¿Qué hombre de razon, por poco entendimiento que tenga, se podrá persuadir á esto? Una conversion verdadera no es negocio de un dia. Es preciso que sea larga la enfermedad ; mas por lo mismo que es larga, no se cree que esté la muerte muy cerca. Se familiariza uno, por decirlo así, con la misma dolencia, y su misma duracion hace al enfermo mas flaco y mas cobarde; pero ¿le hace por ventura mas devoto? Para convertirse verdaderamente es necesario un gran despejo y una gran libertad de espíritu ; pero un enfermo ¿tiene esta libertad y este despejo? ¿gozará el alma de mucha tranquilidad, cercada de agudísimos dolores, y combatida de pavorosos sobresaltos? ¿quién nos ha dicho que nuestra última enfermedad será exenta, por un nuevo milagro, de todos estos inconvenientes? ¿qué hombre de juicio reservaria para la última enfermedad un negocio tempo-

ral de alguna consecuencia? ¿Y será prudencia, será cordura reservar para ella el negocio de nuestra eterna salvacion? Por otra parte, ¿qué enfermo ha creido hasta ahora que su enfermedad era la última? Y entre todos los que dilatan la conversion para la hora de la muerte, ¿se han visto muchos que verdaderamente se hayan convertido en aquella hora? Es verdad, dice san Agustin, que se acepta la penitencia de aquellos que dan entonces señales de convertirse; pero no creo que se deba hacer gran caudal de aquellas señales. Hasta ahora no hemos querido verdaderamente convertirnos, al presente tampoco lo queremos; pues ¿qué motivo tenemos para creer que lo querremos eficazmente en adelante? Es que hasta ahora hemos tenido estorbos: bien, pero los estorbos crecen con las pasiones, las pasiones con los hábitos viciosos, y los habitos viciosos con la edad. Hasta aquí te lo estorbaron los pasatiempos de la mocedad, y despues te embarazarán los negocios serios de la edad madura. En todo tiempo, me dirás, se puede uno convertir; no te lo niego, pero ¿quién te ha dicho que en todo tiempo estarás dispuesto á convertirte? Si no lo quisiste hacer cuando Dios te solicitaba; cuando eran menores los estorbos; cuando los lazos no eran ni tan fuertes, ni tan multiplicados; cuando los hábitos estaban menos arraigados, y no eran tan vehementes las pasiones; ¿puedes racionalmente esperar que lo harás cuando serán casi infinitos estos estorbos, cuando estén mas apretados los lazos, y las pasiones sean mas inveteradas? Cansado Dios de tu resistencia á su gracia, solo te dejará con los auxilios suficientes. No solo es probable, es ciertisimo que todo se arriesga en dilatar la conversion; pues ¿qué hombre será tan insensato, que no tema exponerse á tanto riesgo?

Se acabó, Señor, se acabó; ya no quiero dilatarlo

mas. Pero, por buena que sea mi voluntad, nada se hará si vuestra gracia no acude á socorrerme. No permitais que estas saludables reflexiones que vos mismo me inspirais, y son verdadera prueba del deseo que teneis de mi conversion, sean inútiles para mí. Vos quereis que me convierta, yo me quiero convertir, pues haced que esto se efectue sin la menor dilacion.

JACULATORIAS.

Dixi, nunc cœpi : hæc mutatio dexteræ Excelsi. Salm. 76.

Resuelto estoy, Señor; ya llegó, en fin, aquel dichoso momento en que quiero ser todo vuestro. Reconozco la poderosa mano del Altísimo en la mudanza que experimento.

Adhæsi testimoniis tuis, Domine; noli me confundere. Salm. 118.

Resuelto estoy, Señor, desde este mismo punto á vivir enteramente arreglado á vuestra santísima ley; no permitais que jamás me desvíe un punto de ella.

PROPOSITOS.

1. ¿Vióse jamás en el mundo un solo delincuente, un reo condenado á muerte, que, estando pronto el príncipe para concederle el perdon, le suplicase que difiriese la gracia para otro tiempo? Ofrécenos Dios su amistad; bríndanos con su gracia; pero no queremos admitirla por ahora. Decimosle, sino con las palabras, á lo menos con las obras, que espere un poco, que tenga un poco de paciencia, hasta que estemos de humor, y nos venga el antojo de corresponderle. Solicítanos mas y mas, pero no importa; queremos que se reserve su amistad para mejor ocasion. ¿Y

tendríamos aliento para portarnos así con el hombre mas despreciable del mundo? Pero, ¿y cómo nos portaríamos con el que tuviese valor para hacer esto mismo con nosotros? Cualquiera entendimiento un poco racional se alborotaria con esta conducta, cuanto mas un entendimiento cristiano. No te contentes con abominarla especulativamente; mira con mayor horror la práctica. Mas de una vez en el discurso de este año has hecho muchas reflexiones y meditaciones sobre este importantísimo punto; pues examina hoy si fueron eficaces tus resoluciones, y guárdate bien de que te suceda lo mismo con esta meditacion.

2. Postrado á los piés de un crucifijo, ó en presencia del Santísimo Sacramento, reflexiona bien los capítulos de tu conversion. ¿Sobre qué ha de recaer esta? ¿qué tienes que reformar en tus costumbres y en tu vida? ¿qué pasion debes domar? ¿qué victoria conseguir de tus inclinaciones, de tus malas costumbres? ¿qué tienes que arreglar en tu familia, en tu tren, en tu persona y en el público? ¿qué hay que reformar en tus palabras, en tus acciones, en tus modales, en tus diversiones y en tu profanidad? No lo dilates para mañana; y haz que hoy mismo se conozca tu conversion en tu reforma. Si se pasa este dia sin convertirte, hay gran peligro de que nunca te conviertas: *Quodcumque facere potest manus tua, instanter operare; quia nec opus, nec ratio, nec sapientia, nec scientia erunt apud inferos, quo tu properas.* Haz prontamente todo aquello que está en tu mano hacer; porque en la sepultura, adonde vas caminando á toda priesa, no hay obras, ni razon, ni prudencia, ni sabiduría.

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE DÉCIMO TOMO.